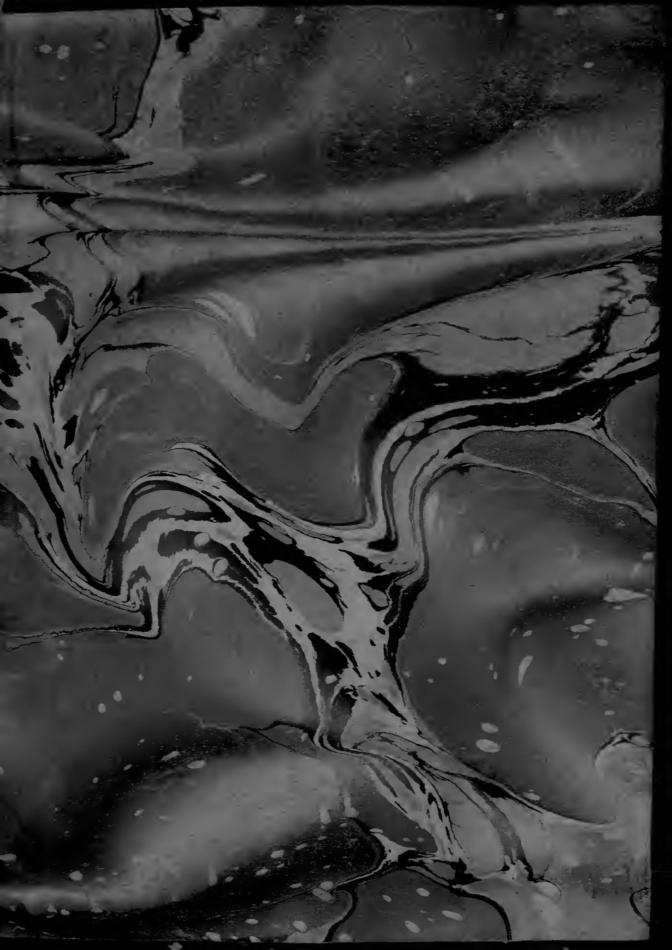




DÉCADAS DE TITO LIVIO.

TOMO V.







DÉCADAS DE TITO LIVIO,

PRÍNCIPE DE LA HISTORIA ROMANA,

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

POR FR. PEDRO DE VEGA, DEL ORDEN DE S. GERÓNIMO.

CORREGIDAS Y AUMENTADAS POSTERIORMENTE

POR ARNALDO BYRKMAN.

TOMO V.





CON LICENCIA

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.

AÑO DE M.DCCXCVI.

LIBRO PRIMERO

DE LA QUINTA DECADA DE TITO LIVIO.

CAPITULO PRIMERO.

De la guerra que hicieron los Romanos contra los Istrios, en la qual los Ramanos fueron desechos de los Istrios, et se fueron huyendo por el mar llenos de temor et espanto.

Ya el Pueblo Romano habia rodeado con victoria todas las partes del mundo enseñoreándose ancha y largamente de regiones muy apartadas, y de islas divididas con muchos mares. E tan grande felicidad no le quitó de alcanzar alabanza de moderacion, como fuese mas poderoso por la autoridad que por el imperio; ca se gloriaba de hacer mas cosas en las naciones extrañas con el consejo, que con la fuerza y el miedo. No era áspero para los pueblos vencidos, liberal con los amigos, solamente codicioso de la victoria, por lo qual en todos los pactos, iguales ó desiguales, habia conservado á los pueblos sus leyes é libertad. De suerte que habia tomado por armas entrambas las costas del mar Mediterráneo desde Cadiz hasta Syria, y habia hecho respetable el nombre Romano, por espacios inmensos de tierra; é con todo esto solamente tenia sujetos á su señorio los pueblos de Sicilia, et islas de alrededor, y de la mayor parte de España, si bien estos pueblos de mala gana sufrian el yugo. Mas la perversidad de los enemigos y competidores, no que su ambicion, dióle ocasion de aumentar su señorio. E lo primero la crueldad de Perseo contra el pueblo, el qual con engaño y maldad

habia usurpado el Reyno de Macedonia, su avaricia desenfrenada entre riquezas inmensas, et su liviandad inconsiderada en tomar y executar los consejos, lo perdieron á él y todas las cosas que principalmente con este freno del poder Romano, podian estar firmes. Pues su ruina alcanzó á otros pueblos de los mas remotos, quanto mas de los cercanos. La qual fue seguida de la ruina de Cartago et de los Acheos. E sacudido del estado de los demas Imperios con las destrucciones de ellos, todos vinieron en manos de los Romanos. Mas aunque estas cosas acaescieron en lugares y tiempos diversos parecieronnos juntarlas en uno aqui, para que con una mirada se vea como de esta guerra de Perseo con los Romanos, el poder de Roma tuvo principio de crecer en gran manera. Perseo maquinaba esta guerra ocultamente á sazon qne los Ligures y Franceses provocaban mas que exercitaban las armas Romanas.

E por esta causa la Francia et los Ligures, fueron decretados provincias á los Cónsules M. Junio Bruto, y A. Manlio Vulso. La Francia tocó á Manlio, y los Ligures á Junio. De los Pretores Marco Titinio Curvo tuvo la jurisdiccion de lu ciudad, Tib. Claudio Neron la Peregrina, M. Titinio (en este año hubo dos Pretores Titinios) la España Citerior, y Tito Fonteyo Capitan la Ulterior. Un incendio hubo cerca de la Plaza en el qual muchos edificios fueron abrasados, et del templo de Vesta no quedó señal. En el templo de Vesta se apagó el fuego, y la virgen que lo guardaba fue azotada por mandado del Pontífice Máxîmo. Este año hicieron el padron M. Emilio Lepido y M. Fulvio Nobilior, et fueron empadronadòs doscientos setenta y tres mil doscientos quarenta y quatro ciudadanos.

Vinieron Embaxadores de Perseo Rey de Macedonia á pedir que el Senado declarase al Rey amigo y compa-

ñero, y que se renovase con él el pacto que con su padre Filipo habia habido. Perseo era sospechoso y aborrecido de los Romanos, como la mayor parte no dudase que á la primera ocasion haria la guerra que Filipo tantos años habia aparejado ocultamente. No obstante de eso concediéronle lo que demandaba, porque no pareciese que quieto él y deseoso de paz le habian provocado y dado motivo de guerra. E recibida esta respuesta juzgó que tenia enteramente asegurado el Reyno, et asi pensó en fortalecerse con los Griegos: codicioso, pues, de ganar su amistad, llamó á Macedonia todos los que por deudas ó por delitos de Magestad se habian huido, para lo qual publicó edictos en la isla de Delos, y en Delfos, et en el templo de Minerva Itonia, prometiéndoles no solamente perdon, mas tambien la restitucion de todos sus bienes con los frutos desde el tiempo que estaban desterrados. Pues á los que moraban en Macedonia les perdonó todo lo que debian al Fisco, y á los que estaban presos por delitos de Magestad, los puso en libertad. Con estas cosas movió los ánimos de muchos, y convirtió á sí la Grecia, á la qual llenó de grande esperanza, si bien en todo lo demas de su vida conservaba la dignidad de Rey. Su semblante era hermoso, y tenia el cuerpo recio et apropósito para los menesteres de la paz y de la guerra, y hermoso aspecto para su edad ya madura. Ni tenia nada de la lascivia de su padre, et de aquel apetito desordenado á la luxuria, y al vino. Con estas virtudes Perseo hacia recomendables los principios de su reynado, á los quales no habian de responder los fines.

Antes que los Pretores que habian sorteado las Españas llegaren á sus provincias, Posthumio y Gracho hicieron alli grandes hazañas; mas la alabanza principal fue de Gracho, el qual en su edad florida excedia con mucho en fortaleza de ánimo et prudencia á todos sus iguales; et ya

entonces era celebrado con gran fama, dando mayor esperanza de sí para lo venidero. Como veinte mil Celtiberos combatiesen á Carabio, ciudad amiga de los Romanos, Gracho se dió priesa á socorrerla; mas un ciudadano le aconsejaba, como avisaria su consejo á los sitiados tan estrechamente por los enemigos que parecia que apenas podia pasar á ellos quien llevase la noticia. Esta empresa tan dificultosa fue allanada por el atrevimiento de Cominio, el qual era Capitan de una esquadra de Caballeros. Habiendo pensado bien el caso, avisó á Tiberio de lo que trataba, y vestido con el ferreruelo de los Españoles, marchose con los forrageadores enemigos, et con ellos entró en sus reales. De alli fuese corriendo á la ciudad, et dixo como Tiberio venia. Los ciudadanos con esta nueva convirtieron su extremada desesperacion en alegria y atrevimiento fortalecidos sus ánimos á una fuerte resistencia; y dentro de tres dias como se fueron los enemigos por la venida de Gracho, quedaron libres del cerco. Tambien el mismo Gracho fue despues acometido con engaño por los Bárbaros; mas de tal suerte apartó el peligro ayudando la fuerza con el arte, que volvió el engaño contra los autores. Complega era una ciudad algunos años atras edificada, mas bien fortalecida con muros, et en muy poco tiempo acrecentada, como se hubieren juntado en ella muchos Españoles, antes pobres, que eran obligados á andar vageando acá y allá por los campos. De esta ciudad salieron hasta veinte mil hombres á manera de quien ruega, y extendiendo ramos de oliva, los quales como para pedir la paz, se pararon á la vista de los reales; mas algunos arrojando las insignias de rogadores acometieron repentinamente á los Romanos llenando todo de espanto y alboroto, Gracho con prudente determinacion fingiendo huida, desamparó los reales; los quales entretanto que los seguian, y se cargan de despojos, volviendo de repente, y acometiéndolos descuidados, mató mu-

chos, y se apoderó tambien de la ciudad. Diversamente cuentan otros el caso, diciendo que sabedor Gracho de la penuria de los enemigos, desamparó los reales muy aparejados de todas comidas, hartos et cargados de las quales demasiadamente volvió el exército Romano, y de repente dió sobre ellos, et los desbarató.

Mas como quiera que el caso haya pasado, lo cierto es que Gracho domó muchos pueblos, y aun toda la nacion de los Celtiberos. Aunque Polibio, Autor gravísimo, cuenta que les tomó y destruyó trescientas ciudades, yo no me atrevo á asegurarlo como cierto, á no ser que por el nombre de ciudades se hayan de entender las torres y los castillos, con cuyo género de memoria, tanto los Generales como los Historiadores gustan de adornar sus hazañas. Pues ademas de que la España por su suelo seco é inculto no puede sustentar muchedumbre de ciudades, tambien son en contra de esto las costumbres feroces y campesinas de los Españoles, si no son los que habitan las costas de nuestro mar, y en las juntas de las ciudades los ingenios de los hombres se hacen mas mansos. Mas sea lo que fuere del número ó género de ciudadanos que haya tomado Sempronio, pues aun en el número están contrarios los Autores, diciendo unos que fueron ciento y cincuenta, y otros ciento y tres, ciertamente él hizo cosas grandes; y no solo fue esclarecido por las alabanzas militares sino que se mostró excelente moderador y árbitro de paz y de leyes con las naciones vencidas, pues repartió campos á los pobres, y les señaló lugares que habitasen; y á todos los pueblos de aquellas tierras les escribió leyes muy ajustadas, segun las quales viviesen en amistad y compañia del pueblo Romano, confirmándolas con juramento que se hizo por una y otra parte. E la autoridad de este pacto muchas veces fue pedida en la edad siguiente en las guerras que despues se originaron. Gracho quiso distinguir con su nom-

bre para memoria de sus hechos la ciudad Grachures, la qual antes se llamaba Ilurcis. La fama de las cosas de Posthumio es mas obscura, aunque sujetó los Vaceos y Lusitanos, y mató quarenta mil hombres de estos pueblos. Estas cosas hechas vinieron los sucesores, y habiéndoles entregado el exército y las provincias, entrambos se partieron al triunfo.

En Francia el Consul Manlio, al qual habia tocado esta provincia, como no tuviese materia de triunfo, abrazó con ansia la ocasion que le ofreció la fortuna, de mover guerra á los Istrios, los quales como en otro tiempo hubiesen ayudado á los Etolos en la guerra, tambien ahora se habian revuelto. Eran gobernados por aquel tiempo por el Rey Epulon, de ingenio feroz, el qual decian que habia armado la gente que su padre tuvo en paz, et que por esto era muy bien visto de los mozos que estaban deseosos de robar.

Quando el Consul hubo tomado acuerdo de hacer la guerra contra los Istrios, unos eran de opinion que á la hora se puesiese por obra, antes que los enemigos pudiesen congregar copioso exército, y otros eran de parecer que se dilatase hasta tomar el consejo y parecer del Senado. A la fin, en esta deliberacion venció la opinion de los que aconsejaban, que sin dilacion ninguna se hiciese la guerra. Partido, pues, de Aquileya el Consul con su hueste, asentó su real cerca del lago, que es llamado Timavo. Este lago está cerca del mar. Vino á este mismo lugar con diez naos de armada Cayo Furio, uno de los dos Capitanes elegidos para el gobierno de la armada por mar. Contra la flota de los Istrios habian elegido los Romanos dos Capitanes por Caudillos y Gobernadores de su armada por mar, para que con veinte naos bien aderezadas defendiesen la ciudad de Ancona de la otra banda del mar, como aquella que era un baluarte firme, y puerto muy seguro de

Italia. Y asi Lucio Cornelio guardaba el paso de la banda derecha costeando la tierra hasta Tarento. Y Cayo Furio defendia la parte siniestra hasta Aquileya. Estas naos de armada, con otras tambien cargadas de vituallas, et de gran abundencia de bastimentos fueron enviadas hasta el primer puerto de los confines de Istria. Siguió tambien luego tras ellas el Consul con sus legiones, y asetó su real casi á cinco millas del mar. Luego se hizo en el puerto un mercado de mucha variedad de cosas, que gran número de gentes traian á vender, et de alli proveian el real de todas cosas necesarias. Y para que pudiesen ser proveidos seguramente, pusieron guarnicion, en torno al real, en todas las partes que podian ser molestados de los enemigos, para que guardasen el paso, y tuviesen el camino siempre abierto. Dieronse tal maña, que con su celeridad et prudencia pusieron un esquadron de gente Placentina por guarnicion estante contra Istria entre el real y la mar, para molestar á los adversarios en lo que pudiesen, y para teter abierto et seguro el camino que guiaba al rio, de donde el real era proveido de agua. Y los Capitanes mandaron tambien á Marco Ebucio, Tribuno Militar de la segunda legion, que añadiese á este esquadron dos Manipulos (*). Allende de esto, Tito y Cayo Elios, Tribunos Militares, pasaron la tercera legion al camino que iba á Aquileya, para tener el paso cierto y seguro, por donde sin embarazo pasasen los que proveian el campo de leña, y traian la provision necesaria para el mantenimiento et pasto de las bestias. Habia de este lugar hasta donde tenian asentado su real los Galos, mil pasos, ó poco menos, de distancia. Donde estaba en nombre del Rey por Capitan General Carmelo con tres mil hombres de armas. Los Istrios, luego que vieron el real de los Romanos ser fortalecido cerca del lago Ti-

(*) Parte de una legion, que cada una constaba de 220 hombres.

mayo, tomaron ellos su asiento de la otra parte del collado en un lugar escondido. De alli por caminos desviados seguian poco á poco el exército Romano, por donde quiera que se movia, estando muy atentos por no perder ocasion con que pudiesen defender los suyos et dañar los adversarios. Usaban de tanta vigilancia y diligencia, que ninguna cosa ignoraban de las que hacian sus contrarios, asi por mar como por tierra. Quando vieron que las guardas del real de los Romanos eran débiles et de pocas fuerzas, et que mucha parte de los soldados andaban vagabundos, et sin orden ninguna, esparcidos por el camino entre el real y la mar, ocupados con los que venian á venderles cosas necesarias, sin municion ni amparo ninguno por mar ni por tierra, acordaron de dar en los enemigos, y acometieron en un mismo tiempo dos guarniciones Romanas, la una del esquadron Placentino, et la otra de los Manipulos de la segunda legion. La niebla de la mañana los cubrió al principio á todos de tal manera que no podian ver los Romanos el número de los contrarios, ni sabian hacer diferencia entre amigos y enemigos. Poco tiempo despues, rompiendo el alba del dia con la calor y obscuro resplandor del sol, que comenzaba á salir, deshízose la niebla, et fue nuevamente engañada la gente Romana. Porque como los rayos del nuevo sol herian en las armas de los adversarios, cegáronse con esta lumbre los ojos y los sentidos de los Romanos, et no pudiendo claramente ver todos los Istrios pensaron que venia sobre ellos muy mayor número de enemigos de los que en efeto de verdad eran. Y asi con esta falsa imaginacion engañados los soldados de entrambas guarniciones, cobraron gran temor y espanto. Y con gran alboroto despavoridos como hombres fuera de sentido se pusieron todos en huida enderezando su camino al real donde pensaban poderse acoger seguramente. Donde como fueron llegados pusieron mas temor á los suyos de

lo que ellos mismos traian ; porque estaban tan atemorizados y llenos de espanto, que ni sabian decir la causa porque huian, ni podian dar ninguna respuesta á los que alguna cosa les preguntaban. Y las voces y alaridos que se oian á las puertas del real eran grandes, como si fueran de enemigos, et en tal lugar que no habia guardas ni defension ninguna que les hiciese resistencia. Y como se topaban unos con otros en tiempo y lugar no bien claro, sin orden ninguna dando grandes alaridos, no podian juzgar los Capitanes si eran entrados dentro del real los enemigos, ó de fuera se combatian. Una sola voz se oia por todo el real de hombres que llamaban al mar. Y es asi, que como á caso uno sin pensar dixese esta palabra, luego le siguió toda la otra multitud, de tal suerte que no se oia otra cosa, y con los alaridos de esta voz toda la hueste resonaba. Demanera, pues, que no de otra manara que si fuera expreso bando de su Capitan todos se aparejaban, et sin tener respeto de ninguna otra cosa se iban derechos la via del mar. Los que podian, tomaban sus armas, la mayor parte desarmada, todos hechos un desordenado tropel corrian al mar. Al principio salieron los que se hallaron primeros, despues tras ellos muchos mas, et á la fin casi todos á rienda suelta tan desapoderados, y en tan gran número, que el mismo Consul no pudiéndolos retraer ni con su autoridad, ni con amenazas, ni por ruegos, tambien determinó de seguirlos, para ver en que pararia aquel repentino espanto, et para recoger su gente que tan sin orden y sin concierto endaba esparcida. En el real quedó solamente Marco Licinio Strabo, Tribuno Militar de la tercera legion, con solos tres Manipulos de ella.

CAPITULO II.

De como los Istrios despues que fueron huidos, los Romanos acometieron su real, y le tomaron sin resistencia de persona. Y de como despues Marco Licinio queriendo usar de su virtud salió contra los Istrios de los quales fue vencido y muerto con todos los suyos.

Como esto vieron los Istrios, acordaron de acometer con gran impetu el real desamparado de los Romanos, y como hombres victoriosos robar sus despojos. Pudieron facilmente poner en efecto su designio, pues que no habia ningun hombre armado que les hiciese resistencia. Porque á esta sazon estaba Marco Licinio en el Pretorio instruyendo y conhortando los suyos, quando los Istrios, sin pensar, vinieron sobre ellos. La necesidad presente requeria mayores fuerzas, y mejor concierto. Pero faltando en aquel trance lo uno y lo otro, acordó Licinio, como valeroso Capitan, de aprovecharse de su virtud et los suyos, y en aquella necesidad usar de lo último de potencia. Dióse la batalla de entrambas partes mas porfiada et sangrienta de lo que se pensaba pudiera ser donde habia tan pequeña resistencia, de la qual no se despartieron hasta que Marco Licinio y los suyos fueron todos muertos. Habida esta victoria, los Istrios luego derribaron por tierra el Pretorio, robaron sus despojos, y pasando adelante llegaron hasta el lugar donde estaba el erario público, y hasta la plaza y calles del real. Y como alli hallaron gran abundancia de todas cosas necesarias para su provision et mantenimiento, y muchas camas prestas en la estancia del tesoro, el Capitan de los Istrios se sentó á la mesa, et comenzó á comer de las viandas que halló presentes. Poco tiempo despues hicieron lo mismo todas sus gentes poniendo en olvido las armas et los enemigos. Y como suelen hacer los que son

acostumbrados á mantenimiento extrecho, que quando se hallan entre mas copiosa abundancia de viandas comen sin regla demasiado, asi tambien estas gentes como lobos hambrientos con gran agonia cargaron sus cuerpos de viandas, hasta que á la fin quedaron tales como si en vino, viandas y sueño fueran sepultadas.

A esta sazon era muy diferente gobierno, y contrarios pensamientos los de la gente Romana. Por donde quiera que se hallaban, asi por mar, como por tierra estaban todos con gran alteracion et espanto temblando como azogados. Los marineros con toda celeridad y presteza trabajaban en coger las tiendas que tenian armadas á las orillas del mar, y á meter dentro de las naos las vituallas et vastimentos que en ellas habia. Los soldados llenos de temor y espanto daban consigo dentro de los bateles y del mar, como mejor podian, por acogerse presto á las naos. Los marineros que en ella estaban, porque no se hinchiesen las naos de hombres inutiles et temerosos, una parte de ellos resistia á la multitud de gente que acudia para entrar; y otra parte, alzadas las ancoras, apartaba las naos de las orillas del mar, et las llevaba en el alto pielago. A esta causa se levantó gran discordia, y tras ella se siguió luego una porfiada y peligrosa pelea entre los soldados et los marineros con sangre y muertes de entrambas partes. Duró la porfia hasta que por mandado del Consul todas las naos de su armada por mar fueron apartadas harto lexos de la tierra. Despues mandó que se hiciese alarde de su gente, y que se apartasen los que estaban sin armas de los que estaban armados. Entre tanta multitud de gente con dificultad se pudieron hallar mil y doscientos hombres de guerra, que tuviesen armas, y entre ellos muy pocos caballeros, que hubiesen traido consigo sus caballos. Toda la resta era una confusa et abatida multitud tan desordenada y deforme, que no parecia harto buena para que hiciesen presa en ella los aguadores et los que acarrean leña al real, si los ene-

migos tuviesen memoria de su oficio, ó se acordasen de hacerles la guerra. Entonces por ordenacion y mandamiento del Consul fueron enviados Embaxadores á llamar la tercera legion y el socorro de los Galos. Tambien comenzaron por todas partes á ponerse todos en orden, para procurar, si fuese posible, de recobrar el real perdido, y quitar parte de la ignominia en que habian caido.

CAPITULO III.

De como se aparejaron los Romanos para recobrar de las manos de los Istrios el real que antes habian perdido, y como hallaron dentro de él á los Istrios tomados del sueño y del vino, y los mataron.

Los Tribunos Militares de la tercera legion, mandaron que echasen por tierra la leña y el mantenimiento que traian para las bestias. Mandaron tambien á los Centuriones, que de los soldados que eran de mas edad pusiesen sobre aquellas bestias, que habian descargado de dos en dos los que pudiesen, y de los otros que eran mas mancebos ordenaron, que cada uno de los caballeros tomase uno de ellos en su caballo. Animándoles á todos para cobrar la honra perdida, diciendo que seria para la tercera legion hazaña muy gloriosa, si por su esfuerzo et virtud pudiesen ganar el real, que los que estaban puestos en el segundo lugar, habian perdido, y que seria cosa muy facil ponerlo por obra, si con gran celeridad et animoso corazon diesen sobre los enemigos entretanto que ellos estaban descuidados et ocupados en robar el campo; porque como ellos le tomaron, asi tambien podria ser de ellos tomado. Con gran gozo et alegria de todos los soldados fue oida su exhortacion et buen consejo. Y asi movieron muy aceleradamente sus enseñas sin esperar los que estaban armados á

sus Alferezes. Los primeros que á las cavas et municiones del real llegaron, fueron el Consul et con él la gente de guerra que habia recogido de la mar, et á la hora la traia consigo. Lucio Acio, que era el Tribuno primero de la segunda legion, no solamente animaba los suyos; peró aun por ciertas razones les mostraba como tenian en la mano la victoria, si ellos en aquel trance usasen de tal virtud, qual se esperaba de hombres Romanos. Porque si los Istrios, victoriosos con la presa del real, usaran de oficio de diestros guerreros, et como tales quisieran con las mismas armas que le habian tomado defenderle et proseguir su victoria, lo primero que deberian hacer, era perseguir hasta el mar á sus enemigos, que á la hora iban llenos de temor, como aquellos que habian perdido su real et sus armas, et lo que peor es, sus propios ánimos. Allende de esto, ya que no querian llevar adelante la victoria siguiendo á sus enemigos, á lo menos debieran fortalecer el real ganado, et poner guardas en torno, por estar dentro al seguro. Pero pues que no habian hecho lo uno ni lo otro, era argumento certisimo de inexpertos et cobardes guerreros, que como gente abatida estaba dentro sepultada en el vino et en el sueño. Esto dicho, luego mandó que Aulo Beculonio su Alferez, hombre de singular esfuerzo et virtud metiese dentro del real su enseña. El le respondió que luego lo pondria por la obra como lo mandaba, aunque no hubiese que solo uno que le siguiese. Y fue asi, que por dar exemplo á los otros se movió, et con gran trabajo et fatiga pasó la enseña de la otra parte de las municiones, de manera que el primero de todos entró por la puerta del real. Tambien por otra parte vinieron Tito et Cayo Elios Tribunos Militares de la tercera legion con la gente de á caballo. Tras estos se siguieron luego los que habian puesto de dos en dos sobre las bestias descargadas, et con ellos tambien el Consul con todo su exército. Demanera, pues, que entrados dentro del real, hallaron que entre

los Istrios habia pocos trasportados del vino, que se acordaron de huir. Los otros todos como animales estaban sin sentido caidos por tierra ya vencidos del vino et del sueño, sobre los quales dieron los Romanos et del primer impetu los mataron á todos sin dexar solo uno vivo. Y de esta manera los Romanos recobraron lo que habian perdido todo por entero, excepto el vino et mantenimientos que los Istrios habian consumido. Tambien los soldados enfermos que habian quedado en el real, quando sintieron los suyos estar dentro los muros, cobraron ánimo, et tomando sus armas, hicieron gran estrago en sus adversarios. Entre todos se mostró muy señalado en este hecho Cayo Popilio, Caballero Romano, que tenia por sobrenombre Sabello, el qual fue dexado en el real, por causa de un pie que tenia herido, et á la hora poniendo en olvido su llaga, mató por su mano infinito número de enemigos. Murieron en aquel sobresalto ocho mil Istrios, sin ser preso ni tomado á merced solo uno, porque la ira et indignacion, que los Romanos traian les hizo poner en olvido el despojo. Con todo esto el Rey de los Istrios trasportado y fuera de sentido qual estaba, fue arrebatado de los suyos, que huyeron, y puesto sobre un caballo le llevaron consgio. De los Romanos vencedores murieron doscientos y treinta y siete soldados, y muchos mas quando huyeron á la mañana, que quando tornaron á recobrar el real.

CAPITULO IV.

De como se extendió por toda Italia la nueva de ser vencidos los Romanos, et del nuevo exército que se hacia en Roma contra los Istrios, y de como los Istrios se huyeron por causa de la nueva gente que contra ellos venia, y de las cortes que despues se hicieron en Roma.

En este medio aconteció á caso que Cneo et Lucio Gavilios Caballeros nobles Aquilienses, que venian con bastimentos al real, como ignoraban lo que habia pasado, casi se vinieron á meter en el real, quando estaba tomado de los Istrios. Pero como antes que á él llegasen fueron avisados del caso, dexaron las cargas y embarazos que traian, y tornados á Aquileya recontaron la perdida de los Romanos, como ellos lo habian entendido. Esta nueva fue causa de gran espanto et alteracion, no solamente en Aquileya, sino tambien en Roma, donde dentro de muy pocos dias fue notorio todo el caso. Y como suele acontecer, que la fama siempre aumenta semejantes nuevas, dixose tambien por cosa cierta en Roma, que no solamente habian huido los Romanos, et que su real era venido en poder de sus enemigos (que lo uno y lo otro era verdad) sino que tambien habian perdido todo lo que tenian, y era destruido todo su exército. Demanera, pues, que oidas estas tristes nuevas, que por muy verdaderas andaban vulgares por todas partes, hicieron con gran presteza lo que en semejantes alteraciones y repentinos alborotos suele hacerse. Mandaron que luego se hiciese muestra de gente de guerra, allende del ordinario no solamente en Roma, sino tambien por toda Italia. Luego fueron congregadas dos legiones de ciudadanos Romanos; y mandaron á los confederados del nombre Latino, que proveyesen hasta diez mil hombres de pie, y quinientos de á ca-

ballo. Ordenaron tambien que Marco Junio Consul pasase á la Galia, y demandase á las ciudades de aquella provincia tanta ayuda de gente, quanta de cada una de ellas pudiese ser congregada. Tambien se ordenó por decreto del Senado que Tito Claudio Pretor, mandase á los soldados de la quarta legion, y á cinco mil hombres de á pie de los confederados del nombre Latino, y á doscientos y cincuenta de á caballo de los mismos, que todos se juntasen luego cerca de Pisa, y él con ellos defendiesen aquella provincia entretanto que el Consul estaba ausente. Fue tambien ordenado, que Marco Titinio Pretor hiciese congregar en Ariminio la primera legion, con igual número de la gente de á pie et de á caballo de los confederados. Neron Paludato se partió para Pisa por Gobernador de aquella provincia. Titinio, despues de haber enviado á Cayo Casio á Ariminio por Capitan de la primera legion, hizo leva de la gente que habia en Roma. Marco Junio Consul luego pasó de Liguria á la provincia de Galia, y quando hubo demandado ayuda á las ciudades, et puesto los soldados en guarnicion distribuidos por los moradores de la tierra, él se tornó á Aquileya. Y como alli entendió que el exército Romano estaba en salvo, y que habian recobrado lo que habian perdido y triunfado de sus enemigos, escribió letras á Roma haciendo saber la buena nueva, y rogándoles estuviesen á reposo sin hacer mas alteraciones ni alborotos. Esto hecho, et despedido los soldados que habia colegido en la Galia, él se fue para el Consul su compañero. Quando llegó á Roma la nueva, hubieron todos muy grande y no pensado gozo y alegria. Dexaron luego de coger mas gente de guerra, y despidieron á los soldados que tenian, dexándolos ir libres del sacramento militar, que habian hecho. Y tambien deshicieron el exército que tenian en Ariminio, dexando ir libres á los soldados á sus casas, que estaban algo tocados de pestilencia.

En este medio los Istrios, que tenian su real asentado

con mucha genta no muy lejos del real del Consul, quando entendieron que venia el otro Consul con nuevo exército, luego levantaron su real, et aposentaron su exército distribuido en guarnicion por las ciudades comarcanas. Los Consules con sus legiones se retraxeron á Aqüileya, donde pensaban pasar el invierno.

Apaciguado, pues, de esta manera el alboroto de los Istrios, fue ordenado por decreto del Senado, que los Consules ordenasen entre sí, qual de ellos tomaria el cargo de ir á tener las Cortes en Roma. Porque Aulo Licinio Nerva, y Cayo Papilio Turdo, Tribunos del pueblo, acusaban publicamente á Manlio estando ausente, y publicaban por ley establecida y rogada, que no se permitiese á Manlio usar del imperio y administracion militar mas de hasta los Idus del mes de Marzo, porque se habia dilatado á los Consules por un año el gobierno de las provincias, y que pudiese venir á responder por sí, sin tener espacio de tomar consejo, quando fuese quitado del oficio publico que tenia. Contra esta rogacion et ley demandada se puso por intercesor Quinto Elio su colega, y á la fin con gran dificultad alcanzó que no fuese pasada por el Senado. En este medio Tiberio Sempronio Gracho, y Lucio Posthumio Albinio vinieron de España á Roma, á dar cuenta de la administracion que en nombre del pueblo Romano en aquella provincia habian gobernado. A la hora Marco Ticinio Pretor en nombre del pueblo Romano, les ordenó un dia señalado, en el qual se congregase todo el Senado en el templo de Belona, para que en su presencia ellos diesen cuenta et razon de los cargos que habian administrado, y de los negocios que habian hecho, por cuya ocasion demandasen tambien los honores y triunfos que por su virtud habian merecido, et de comun opinion hiciesen todos gracias á los Dioses inmortales por la conservacion et próspero suceso del Imperio Romano.

CAPITULO V.

De las alteraciones que se levantaron en Cerdeña por causa de los Ilienses. Y de la embaxada que enviaron al Senado los Licios contra los de Rodas por la crueldad que con ellos usaban, y del remedio que en ello puso el Senado. Y de los dos triunfos que se celebraron en Roma.

A esta sazon Tito Ebucio, Pretor, en la gobernacion de Cerdeña escribió letras al Senado, et las envió con su propio hijo, por las quales hacia saber los grandes alborotos de guerras que por toda la isla se habian levantado. La causa de estas repentinas alteraciones eran los Ilienses, que juntando consigo gran poder de los Balaros, que venian en su ayuda, todos juntos habian venido de sobresalto sobre la isla de Cerdeña, que á la hora estaba muy pacífica, et sin pensamiento ninguno de semejante guerra. Y como fueron acometidos con poderoso exército de improviso no podian resistir á tan gran poder con su poca gente, la mayor parte de la qual era muerta de pestilencia. Lo mismo afirmaban los Embaxadores de la isla de Cerdeña, que estaban en Roma, rogando con gran instancia al Senado et pueblo Romano, que les enviasen algun socorro, siquiera para defender et conservar las ciudades de la isla, porque todas las otras posesiones de la tierra estaban ya destruidas et ocupadas de los enemigos, Oida esta embaxada en el Senado, fue determinado, que todo lo que tocaba á este negocio de Cerdeña se remitiese á los nuevos Magistrados et Gobernadores, que á la hora debian ser en Roma elegidos.

Casi en este mismo tiampo enviaron los Licios otra embaxada al Senado, semejante á esta de Cerdeña, por la qual avisaban á los Romanos de la crueldad que con ellos

usaban los de Rodas, debaxo de cuyo gobierno et amparo Lucio Cornelio Scipion los habia puesto. Querellábanse gravemente diciendo, que antes habian estado debaxo de la potestad et gobierno del Rey Antiocho, et á la hora se hallaban debaxo del mando et gobernacion de los de Rodas en nombre del pueblo Romano; pero que hallaban por experiencia, que aquella servidumbre Real, que primero habian tolerado, era una libertad muy notoria en comparacion de la triste servidumbre que entonces padecian atormentados et afligidos con las injurias et mal tratamiento de los de Rodas. Y que no solamente eran apremiados con el imperio público et leyes estrechas ordenadas, et establecidas para todo el cuerpo comun de la República, sino que tambien cada uno de los ciudadanos libres en particular era constriñido et apremiado con intolerable servidumbre. Porque los padres et los hijos justos y honestos eran azotados et atormentados en sus propios cuerpos. Y lo que menos pueden sufrir los corazones generosos, era mancillada su fama con injustas y falsas acusaciones, et muchas veces por usar ellos de virtud et de justicia. Y á la fin que tenga por muy cierto el Senado ser tan grande la servidumbre que padecen, que de ellos ā esclavos comprados por dineros no hay ninguna diferencia. Fue movido en gran manera el Senado Romano con estas nuevas, et asi luego dió letras á los Licios escritas para los Rodios, por las quales mandaban expresamente que no pasase mas adelante aquella desordenada libertad suya, ni el mal tratamiento de los Licios. Porque no era su voluntad que los Licios ni otros ningunos subjectos al imperio Romano fuesen puestos debaxo del gobierno y amparo de los Rodios ni de otro ningun pueblo, para que fuesen apremiados con estrecha servidumbre, ni de otra suerte tratados de lo que convenia á hombres libres. Porque no permitian que hombres que de su natural condicion eran nacidos libres fuesen apremiados con la ser-

vidumbre de ninguno. Y que los Licios de tal manera eran puestos debaxo del gobierno et amparo de los de Rodas, que no por eso sus ciudades dexaban de ser libres et confederadas con el Imperio Romano.

Despues de esto fueron celebrados dos triunfos continuos de España. El primero fue de Sempronio Gracho, el qual triunfó de los Celtiberos et de sus aliados. Y el dia siguiente se celebró el segundo triunfo de Lucio Posthumio, el qual triunfó de los Lusitanos, et de otros pueblos de la misma España. Tiberio Gracho traxo consigo quarenta mil libras de plata, et Albino veinte mil. Distríbuyeron entrambos una parte de esta suma, dando á cada uno de los soldados veinte et cinco dineros, á los Centuriones doblado, et á los caballeros tres doblado, por igual número, tanto á sus confederados, quanto á los mismos Romanos.

Por este mismo tiempo Marco Junio, Consul, vino de Istria á Roma, para hallarse presente en las cortes que estaban establecidas. Y como fue entrado en el Senado, comenzaron luego á fatigarle con muchas demandas los Tribunos del pueblo, Papirio et Licinio, preguntándole con gran instancia nuevas de las cosas que habian pasado en Istria, et no fueron contentos hasta sacarle en pública plaza, para que en presencia de todos dixese lo que pasaba. Pero el Consul como se vió en aquel lugar, forzado á decir lo que sabia, respondió que él no habia estado en aquella provincia mas de once dias, et que por la brevedad del tiempo él no podia recontar lo que habia pasado, como testigo de vista, et que lo que antes de este tiempo habia acontecido ellos tambien como él por fama y ciertas nuevas lo habrian sabido. Pero ellos no quedando satisfechos con esta respuesta comenzaron de nuevo á fatigarle, preguntándole: ¿Por qué causa no habia venido á Roma Aulo Manlio, para dar cuenta et razon al pueblo Romano, á que fin et porque razon habia desamparado la provincia

de la Galia, cuya gobernacion le habia caido por suerte, et se habia ido á Istria, donde no le habian enviado? ¿Quándo esta guerra habia sido determinada et ordenada por decreto et autoridad del pueblo Romano? A esto respondió el Consul, ser verdad que la guerra se habia movido por consejo particular, pero que habia sido gobernada con gran prudencia et fortaleza. Antes, dixo el Pretor, ¿es por cierto cosa muy dificultosa de juzgar, qual es dígno de mayor reprehension, haberla comenzado injustamente, ó gobernado sin consejo ni prudencia? Pues que dos bandas de su guarnicion sin pensar habian sido rotas et desechas de los Istrios, állende de esto, habian perdido y puesto en potestad de los enemigos el real de los Romanos, y con él toda la gente de pie et de caballo, que á la hora se halló dentro del real. Toda la resta de los hombres de guerra desarmados y desordenados sin concierto ninguno, como gente cobarde y furiosa, se habian huido á las naos, et lo que peor es el mismo Consul llegó huyendo á la mar antes que otro ninguno. ¿Y qué hombre particular et privado de su oficio daria cuenta et razon de estos hechos, pues que no habia querido darla siendo Consul?

CAPITULO VI.

De los nuevos Cónsules que se eligieron en Roma, et como fueron repartidas las provincias á los nuevos Gobernadores, et de las querellas que vinieron de diversas partes al Senado Romano. Y de la orden que en todos estos negecios dió el Senado.

Daspues de esto, juntáronse las cortes et en ellas fueron elegidos por nuevos Cónsules Cayo Claudio Pulcro, y Tiberio Sempronio Gracho. El dia siguiente sacaron tambien por nuevos Pretores á Publio Elio Tuberon, otra vez, á Cayo

Quinto Flaminio, á Cayo Numisio, á Lucio Mummio, á Ceneo Cornelio Scipion, y á Publio Valerio Levino. Allende de esto á Tuberon le cayó por suerte la jurisdiccion del pueblo, á Quinto la gobernacion de fuera, á Numisio le cupo el gobierno de la provincia de Sicilia, y á Mummio la de Cerdeña. Pero esta, por causa de la guerra peligrosa que entonces en ella habia, fue hecha provincia consular, cuya gobernacion le cayó por suerte á Gracho: Istria le cupo á Claudio: Scipion et Levino salieron por Gobernadores de la Galia, que fue repartida en dos provicias. A los quince dias andados del mes de Marzo, que fue el primer dia del consulado de Sempronio et Claudio, solamente se hizo mencion de las provincias de Cerdeña y de Istria, y de los enemigos de entrambas, que habian contra estas provincias movido la guerra. El dia siguiente fueron oidos los Embaxadores de Cerdeña, que habian sido dilatados hasta la eleccion de los nuevos Gobernadores, et remitidos á su juicio. Lucio Minucio Termo, que habia sido Embaxador del Consul Manlio en Istria, entró en el Senado. Estos Embaxadores declararon al Senado las grandes guerras et peligros que habia en aquellas provincias. Movieron al Senado estas embaxadas de los confederados del nombre Latino, las quales tambien habian fatigado á los primeros Censores et Consules, et á la fin fueron en el Senado admitidas. La suma principal de las querellas que daban era, que los que por alguna ocasion habian adquirido el derecho de ser ciudadanos Romanos todos, ó los mas de ellos se pasaban á morar á Roma. Lo qual si ellos permitian, harian tanto daño á la tierra, que dentro de muy pocos años verian las ciudades et villas et toda la tierra tan desiertas et desoladas, que ni podrian dar ninguna gente de guerra en tiempo de necesidad al pueblo Romano, ni aun defender los términos de sus propias provincias. Allende de esto quejábanse gravemente los Pelignos et los Samnites, afirmando

que de sus ciudades se habian pasado quatro mil familias á á morar en Fregelas, et que no obstante esto, aunque estaba la tierra desolada, en tiempo de necesidad les mandaban et ordenaban que diesen tanto número de soldados, quanto solian dar, en el tiempo que con mas cospiosa multitud de gente florecian. Y que habian inventado dos géneros de engaño debaxo de cuyo color poco á poco se mudasen los moradores de las ciudades et de uno en otro se fuesen á vivir á otros pueblos. Era ley establecida en Roma que por expreso privilego permitia á sus aliados et á los confederados del nombre Latino, que dexasen generacion en sus familias, que estos tales pudiesen gozar de todos los privilegios de la ciudad de Roma, como si fuesen ciudadanos naturales de ella. Y los hombres, segun la costumbre humana, usando mal de esta ley, unos hacian injuria á los confederados, et otros al pueblo Romano. Porque los unos, por no dexar ninguna generacion en sus casas que no tuviese la misma libertad que ellos, tomaban sus hijos, et dábanlos en servidumbre á los Romanos, con tal condicion, que habiéndose servido de ellos algun espacio de tiempo, despues quedasen horros et francos et en su entera libertad puestos, á los quales llamaban ciudadanos libertados. Los otros, á quien faltaba generacion que pudiesen dexar en sus familias et en su nombre, hallaban otra nueva invencion, y procuraban de hacerse como ciudadanos Romanos.

Allende de esto, creciendo la malicia entre los hombres, et confirmándose la desenfrenada audacia, menospreciaban tambien la imagen de guardar las leyes y justicia, et asi, sin diferencia ninguna, todos juntos, sin tener respeto á la ley, et sin dexar otra generacion en su casa poco á poco se pasaban á morar á Roma, los unos con título de haber servido en alguna guerra al pueblo Romano, los otros, pasándose á vivir á la misma ciudad con sus familias.

Estos Embaxadores, pues, demandaban al presente en el Senado que no se permitiese para delante semejante licencia, et que mandasen tornar á sus ciudades los confederados, que se habian pasado á Roma. Allende de esto, que ordenasen et mandasen por ley establecida, que ningun señor, ni ciudadano Romano tomase en su servicio alguno de los aliados, con aquella condicion primera, de ser libertado, para que so este color pueda desamparar su tierra, et venirse á vivir á Roma. Y mas ordenasen, que si alguno por esta via hubiese alcanzado el derecho de ser libertado et admitido en el número de los ciudadanos Romanos, que este tal fuese forzado de tornarse á su tierra, para vivir en ella y defenderla en el tiempo de la necesidad, y venir tambien á servir, quando fuese llamado. Todo esto concedió el senado á los embaxadores, como ellos lo habian demandado.

Allende de esto fue ordenado, que se enviase socorro á las provincias donde habia la guerra, á Cerdeña et á Istria. Para Cerdeña mandaron, que se cogiesen dos legiones, en cada una de las quales habia cinco mil y docientos hombres de pie, y trecientos de caballo. Allende de estos, otros doce mil hombres de pie de los aliados y nombre Latino, y seiscientos de caballo, et diez naos de armada grandes de á cionco bandas de remos cada una. Otro tanto número de gente de á pie y de á caballo fue enviado á Istria, quanto á Cerdeña.

Tambien fue ordenado que los Cónsules enviasen á España, á Marco Titinio una legion de soldados et trecientos de á caballo. Y de los áliados cinco mil hombres de á pie, y docientos y cincuenta de á caballo.

CAPITULO VII.

De los prodigios y milagros monstruòsos que acontecieron en diversas partes de Italia, y de los sacrificios que se hicieron en Roma para aplacar la ira divina. Y de la ley que se hizo de los aliados, y como los Cónsules viejos llevaron exército á la provincia de Istria. Y de la batalla que se dió contra los Istrios.

Antes que á los Cónsules cayese por suerte la gobernacion de las provincias, fueron denunciadas ciertas señales milagrosas que contra el curso de natura entonces se habian visto. Cayó del cielo una piedra muy grande en la tierra Crustumina dentro del lago de Marte. En los términos de la ciudad de Roma nació un niño falto de algunos miembros de su cuerpo, et tambien fue vista una serpiente con quatro pies. En Capua muchos edificios en la plaza pública fueron tocados et abatidos con rayos del cielo. En Puzol se quemaron dos naos con el fuego de un rayo que las partió por medio. Entre las otras monstrosas señales que se divulgaban, aconteció en este mismo tiempo, que estando corriendo en la ciudad de Roma un lobo se escapó por entre la gente, y habiendo entrado por la puerta Colina, se salió fuera del pueblo por la puerta Esquilina con grandes alaridos y alboroto de mucha gente que le seguia. Por causa de estas señales monstruosas los Cónsules ordenaron que fuesen celebrados sacrificios et ofrendas á los Dioses inmortales hechas de ganado mayor, et un dia entero por todos los altares se hicieron suplicaciones. Acabados de celebrar los sacrificios conforme á la religiosa costumbre del pueblo Romano, sacaron por suerte las provincias. A Claudio le cupo la gobernacion de Istria, et á Sempronio la de Cerdeña. Despues de esto, Cayo Claudio por

autoridad et consentimiento del Senado y pueblo Romano estableció publicamente la ley de los aliados, y mandó publicar expresamente: que todos los aliados del nombre Latino, asi ellos como sus mayores, que hubiesen sido llamados para la guerra, ó para otro servicio de la República Romana, desde el tiempo que Marco Claudio, y Tito Quincio habian sido Censores, luego se partiesen todos para sus provincias y cada uno morase en su patria natural, donde era nacido. Y que á todos los que de esta manera habian venido á vivir á Roma, se les ponia término señalado para volverse á su patria, hasta el principio del mes de Noviembre primero. La inquisicion et cargo de este negocio se dió al Pretor Lucio Mummio, para que fuese la ley executada, et publicamente castigados los que al término puesto no la cumpliesen. Esta ley fue ratificada et confirmada por autoridad del Consul y de todo el Senado. Ordenaron mas, que el Dictador, el Consul, el Interey, el Censor, y el Pretor tomasen juramento á todos los que dende en adelante fuesen libertados, que no eran puestos en libertad para que pudiesen mudar la estancia de su tierra, sino para que mejor la conservasen et aumentasen, et el que no quisiese hacer este juramento, que no fuese libertado. Demanera, pues, que este decreto fue establecido siendo Consul Cayo Claudio por causa de conservar la jurisdiccion y señorio de las provincias del estado Romano.

Entretanto que estas cosas se hacian en Roma Marco Junio, et Aulo Manlio, que habian sido Consules el año antes, habiendo pasado el invierno en Aquileya, á la punta del verano entraron con exército por los términos de la provincia de Istria, por donde no cesaban de destruir y quemar quanto topaban. Los Istrios por la indignacion grande que tenian de ver destruir y quemar sus tierras y posesiones, mas que por esperanza ninguna que tuviesen de haber victoria, ni aun de poder resistir á dos exércitos, determinaron de

salir fuera contra los Romanos. Para poner en efecto esta deliberacion, congregaron con la mayor presteza que pudieron todos los fuertes mancebos que hallaron en los pueblos comarcanos, et con este repentino et alborotado exército salieron al campo contra los Romanos, donde pelearon con mayor impetu, que perseverancia. En aquella batalla murieron hasta quatro mil de los Istrios. El resto de todos los que quedaron, desamparado el campo, se acogieron á las ciudades comarcanas. De alli enviaron sus Embaxadores á demandarles paz, et á prometerles de dar en rehenes las personas que demandasen, hasta haber cumplido lo que en las paces fuese asentado. Quando estas nuevas fueron sabidas en Roma por letras de los Proconsules, Cayo Claudio Consul, temiendo que aquel prospero, et no pensado succeso seria causa de le quitar, asi la gobernacion de la provincia, como el exército, sin celebrar los sacrificios divinos, et sin llevar consigo los verdugos adornados con las ropas públicas, conforme á la costumbre Romana, y sin hacerlo saber á otra persona que á solo el Consul su compañero, se partió de noche desapoderado para Istria, donde se gobernó con menos prudencia que habia venido. Porque luego hizo congregar toda la gente, y en presencia de todos acusó de cobarde á Aulo Manilio, diciendo que se habia huido del real hasta la mar, lo qual no pudo hacer sin ofender gravemente los oidos de los soldados, que habian huido los primeros. Despues de esto reprehendió tambien á Marco Junio, porque se habia querido hacer participante de la deshonra de su compañero. A la fin los despidió á entrambos, et los mandó luego partir de la provincia.

A esta sazon los soldados et gente de guerra como vieron al Consul usar de su autoridad absoluta, dixeron que de presta voluntad le catarian obediencia, como á superior suyo á quien reconocian por su legitimo magistrado. Principalmente viendole al presente venir de Roma, donde sin

duda era de creer que hubiese celebrado solemnes sacrificios en el alto Capitolio antes de su partida, conforme á la costumbre antigua de sus mayores, et que despues venia con autoridad y consentimiento de todo el pueblo Romano, y con sus verdugos prestos et adornados acompañado. Visto este favor del exército, el Consul mandó luego llamar al Lugarteniente del Capitan Manlio, y demandando cadenas como hombre furioso, et encendido de ira comenzó hacer grandes amenazas, diciendo que con aquellas cadenas atados enviaria á Roma á Junio, et á Manlio, si en todo et por todo ellos y sus exércitos no le obedeciesen. Pero vista su indignacion desordenada, fue tambien del Lugarteniente del Capitan menospreciado el imperio del Consul.

El exército de la gente de guerra, que estaba entorno, et entendia lo que pasaba de una parte et de otra, favorecia ya claramente la causa de los Capitanes, et mostrandose enemigo del Consul, dabales ánimo para no admitir el imperio del Consul, ni obedecer á sus injustas ordenanzas. A la fin fatigado el Consul, asi con los baldones que cada uno le daba, como con los denuestos de toda la multitud, que manifiestamente de él se burlaba, en la misma nao que habia venido, se tornó á Arquileya. De alli escribió letras á su colega á Roma, rogándole, que mandase á la parte de los nuevos soldados que estaba ordenada para ir á la provincia de Istria, que dexado el camino derecho, se viniesen á Aquileya donde él estaba. Allende de esto le rogaba, que ninguna cosa le detuviese en Roma, sino que lo antes que pudiese despues de celebrados los sacrificios, investido del ornamento y autoridad del Imperio Romano le saliese al camino. Esto que ordenaba el Consul por sus cartas, fue con diligencia por su colega cumplido, y dentro de pocos dias se juntaron en el tiempo y lugar ordenado. Claudio casi llegó á Roma tan presto como sus cartas. En llegando congregó el Senado sobre la causa de Manlio et Junio, y sin de-

teneŕse mas de tres dias en Roma, se partió luego con tanta celeridad y presteza como la primera vez despues de haber en el Capitolio hecho sus acostumbrados sacrificios, y siendo acompañado de los verdugos, y enseñas publicas del pueblo Romano.

CAPITULO VIII.

Del cerco que pusieron los Capitanes Romanos sobre la ciudad de Nesacio, y despues de luenga porfia fue tomada, y muertos y presos todos los que en el pueblo se hallaron, y fue sojuzgada toda la provincia de Istria.

Pocos dias antes que él llegase, Junio et Manlio pusieron cerco sobre la ciudad de Nesacio, á la qual se habian acogido los principales de los Istrios, y aun segun decian su mismo Rey Epulo, et con la gente que tenian le combatieron valerosamente. A esta sazon llegó Claudio con dos legiones de gente nueva que traia consigo, y despedido el viejo exército con sus Capitanes, él con su gente puso cerco sobre la ciudad, y determinó de combatirla por todas partes tanto con los pertrechos que traia para el combate, quanto con el asalto de la gente. Habia en este lugar un rio de agua corriente, que pasaba por en medio de la ciudad, y batia por de fuera los muros, del qual recibian daño los Romanos. Porque á ellos les estorbaba el combate, et bastecia de agua á los que estaban dentro del pueblo. Y asi gastaron algunos dias, et pusieron harto trabajo en quitar el agua á los de dentro, y en derrivar toda la corriente del rio por otro camino. Este hecho como si fuera milagroso puso gran espanto á los Barbaros, et casi les hizo perder de todo punto el ánimo y la esperanza de poder mas tiempo defenderse. Y aun con todo esto era tanta su pertinacia, que ni se acordaban de paz, ni se querian abatir á demandarla. Antes como

gentes desesperadas ellos mismos mataban á sus mugeres et á sus hijos, porque no viniesen á manos de sus enemigos. Y en presencia de los mismos Romanos los mataban sobre los muros, y despues los despeñaban de la otra parte en las cavas, para mover con esta vista tan enorme sus corazones. En este medio que se atronaba por una parte la tierra, et se hinchian los ayres de los gritos et alaridos de las mugeres y de los niños, que llegaban hasta el cielo, et por otra parte estando los hombres ocupados en aquella cruel carniceria, entraron los Romanos por las murallas en la ciudad. Aqui se aumentaron de entrambas partes los clamores, asi de los vencedores, como de los vencidos.

Estando, pues, en tal estado los negocios, quando el Rey vió tan gran alboroto por todo el pueblo, et entendió de los que iban huyendo por unas partes y por otras, con temor de ser muertos, como era tomada la ciudad, et estaba ya en potestad de sus enemigos, que hacian en ella gran estrago, él mismo con su propia mano se metió un puñal por el pecho, por no ser muerto ó preso vivo por los Romanos. Todo el resto de los que en el pueblo se hallaron, ó fueron muertos ó presos. Allende de esto, dos villas Mutila et Faveria fueron por fuerza de armas presas y asoladas. El despojo et robo de las tierras tomadas fue mayor de lo que se esperaba entre gente pobre, como aquellos eran, et todo fue dado á los soldados. Cinco mil seiscientas treinta y dos cabezas de los presos fueron vendidas al pregon público. Los que se hallaron haber sido autores de esta guerra, fueron condenados á ser publicamente azotados con mimbres, y despues cortadas las cabezas. De esta manera, pues, toda la provincia de Istria con destrucion de tres pueblos, y con la muerte del Rey, quedó pacifica y sosegada. Todos los otros pueblos et ciudades concurrian de todas partes á ponerse debaxo de la sujecion et merced del Imperio Romano, dando para esto los rehenes y seguridad que les fuese demandada.

CAPITULO IX.

Como despues de la guerra de Istria se movieron los Lygures contra los quales se hizo gente, y vinieron buenas nuevas á Roma de diversas provincias, y á la fin fueron vencidos y deshechos los Lygures, y con la victoria de esta provincia se tornó el Consul á Roma donde entró triunfando. Y de las cosas monstrosas que en aquel tiempo sucedieron.

Acabada la guerra de Istria, comenzaron los Lygures á alterarse, et á tomar entre sí consejos de nueva guerra. En este medio Tito Claudio Proconsul, que habia sido Pretor el año antes, tenia el cargo de la gobernacion de Pisa, con guarnicion de una legion de gente de guerra. Avisado, pues, el Senado de lo que alli pasaba por letras del Procunsul, acordó de enviar las mismas letras á Cayo Claudio, porque el otro Consul ya era pasado en Cerdeña, y junto con las letras le fue tambien enviado el decreto del Senado, diciendo: que pues la provincia de Istria estaba ya pacificada, si á él le pareciese, que debia pasar el exército contra los Lygures. Tambien por causa de las letras que habian recibido del Consul, por las quales eran avisados de las cosas de Istria, ordenaron que fuesen hechas suplicaciones por dos dias. Allende de esto, supieron tambien por nueva cierta, como los negocios de Cerdeña, que gobernaba el otro Consul Tiberio Sempronio, habian sucedido prosperamente. Pasó al principio con su exército en Cerdeña, á la tierra de los Ilienses. Y á la hora vinieron grandes ayudas de la gente de los Balaros en favor et socorro de los Ilienses. En esto el Consul Romano ordenó sus hazes, et dió la batalla contra entrambas gentes. En la qual fueron rotos y vencidos los enemigos, y perdieron su real, y murieron en ella hasta

doce mil hombres de armas. El dia siguiente mandó el Consul que las armas elegidas, que se habian habido del despojo de los muertos y vencidos, fuesen puestas juntas en un lugar, para que de ellas se celebrase un sacrificio al Dios Vulcano. Esto hecho, mandó que su exército victorioso se retraxese á las ciudades libres comarcanas donde pudiese pasar en reposo la aspereza del invierno.

Cayo Claudio, luego que recibió las letras de Tito Claudio, et con ellas el decreto del Senado Romano, pasóse de Istria con las legiones de gente de guerra que tenia en la tierra de los Lygures. Los enemigos habian ya asentado su real en los campos cerca del rio Scultenna. En aquel mismo lugar se dió entre los dos exércitos la batalla, en la qual murieron quince mil personas de los enemigos. Fue tambien robado su real, y asi en el real como en la batalla fueron presas setecientas personas, et tambien con ellas cincuenta et una enseñas de Capitanes. Las resta de los Lygures, que habian quedado vivos, luego se acogieron huyendo á los montes, ó donde quiera que pensaban poder salvar la vida. Despues de esto, el Consul fue á correr la tierra, y aunque andaba destrozando et quemando todo lo que topaba, no halló persona que osase tomar armas contra él. Demanera, pues, que el Consul Claudio, despues de haber sido en un año vencedor de dos naciones, despues de haber apaciguado et puesto pacificamente so la merced del pueblo Romano dos provincias, en el tiempo de su consulado, lo qual á muy pocos otros solia acontecer, con la gloria y triunfo de entrambas victorias se tornó á Roma.

En aquel año acaecieron tambien algunos milagros monstrosos. En la tierra Crustumina fue vista una ave, que llaman Sanqualis, ó quebrantahueso que cõn su pico rompió una piedra (*)

(*) De la religion del Dios Termino, ó de esta piedra. Véase á Plut. hablan. de Nunma.

agrada. En Campania habló un buey. En Sicilia un toro silvestre salido desapoderadamente de su ganado se fue á juntar con una vaca de metal, que habia en la misma tierra. Y asi en la tierra Crustumina se hicieron suplicaciones et oficios divinos en aquel mismo lugar todo un dia entero. En Campania mandaron, que aquel buey fuese publicamente criado. Y el caso enorme de Sicilia fue repurgado con rogarias et suplicaciones dedicadas á los Dioses que los adevinos nombraron. En este año murio el Pontifice Marco Claudio Marcelo, que habia sido Consul y Censor juntamente, en su lugar fue elegido por Pontifice su hijo Marco Marcelo. En este año fueron pasadas á Luca poblaciones de ciudadanos Romanos, hasta el número de dos mil moradores. Furon elegidos tres señalados varones Publio Elio, Lucio Egilio, et Ceneo Sicino, para que ellos las llevasen, con ordenacion et comision del pueblo Romano, que á cada uno de los tales moradores fuesen asignadas cincuenta et una medidas et media de tierra. Esta tierra fue tomada de los Lygures, que antes habia sido de los Hetruscos. El Consul Cayo Claudio llegó á la ciudad de Roma, el qual habiendo hecho en el Senado entera relacion de las victorias habidas en Istria et en Lyguria, demandó el triunfo merecido por su virtud, conforme á la costumbre del pueblo Romano, el qual por consentimiento de todo el Senado le fue concedido. Demanera, pues, que durante el tiempo de su magistrado triunfó de dos naciones juntamente. Llevó en su triunfo trescientas et siete mil monedas forxadas, y mas otras ochenta et cinco mil et setecientas y dos piezas de monedas, que llamaban Victoriatas, en cada una de las quales estaba esculpida la victoria. Fue ordenado, que á cada uno de los soldados fuesen dados quince dineros, y á los Centuriones doblado, et á los Caballeros Romanos tres doblado. A los aliados del pueblo Romano se dió la mitad menos, que á los que eran ciudadanos naturales de Roma. Por lo que

se vian ir siguiendo el carro triunfal mustios, et con semblante de hombres enojados.

CAPITULO X.

De como se rebelaron otra vez los Lygures, y de los nuevos Magistrados que se eligieron en Roma, y se partieron á sus provincias, salvo Popilio y Licinio que quedaron en Roma, y de las fiestas Latinas que se celebraron en la ciudad, y se tornaron á renovar por causa del Magistrado Lanuvino. Y de la muerte del Consul Ceneo Cornelio.

Entretanto que en Roma se celebraba este triunfo de los Lygures, los mismos Lygures, como gente inquieta, considerando que los Romanos habian llevado á Roma su exército consular, y que tambien habian dexado en Pisa la legion de Tiberio Claudio, perdieron el temor de los Romanos, y procuraron de mover nuevamente alguna casa contra ellos. Hicieron exército con grande presteza, y por caminos desviados pasaron los montes, y llegaron con su exército hasta los campos, donde comenzaron luego á talar et destruir la tierra de los de Modena, y con un arrebatado impetu tomaron las poblaciones de la tierra. Quando estas nuevas viniéron á Roma, mandó el Senado, que el Consul Cayo Claudio mandase llamar á juntas generales con la mayor celeridad y presteza que pudiese. Y que siendo elegidos nuevos Magistrados por un año cada uno de ellos se fuese luego á la provincia que le cupiese por suerte, y principalmente se pusiese diligencia muy grande en recobrar de las manos de los enemigos la poblacion de gentes que habian tomado. Asi como lo ordenó el Senado se celebraron las juntas, et se eligieron nuevos Cónsules Ceneo Cornelio Scipion Hispalo, y Quinto Petilio Spurino. Eligieronse tambien nuevos Pre-

tores Marco Popilio Lentulo, Publio Licinio Craso, Marco Cornelio Scipion, Lucio Papirio Maso, Marco Aburio, y Lucio Aquilio Gallo. Al Consul Cayo Claudio le fue dilitado el imperio por un año, y la provincia de Galia. Y porque los Istrios no hiciesen lo mismo que habian hecho los Lygures fue ordenado que el Consul tornase á enviar á Istria los mismos aliados del nombre Latino, que habia traido consigo de la misma provincia para celebrar con ellos su triunfo. Los Cónsules Ceneo Cornelio, y Quinto Petilio el mismo dia que fuaron elegidos para la administracion de su magistrado, sacrificó cada uno un buey, dedicado al alto Júpiter, como lo tenian de costumbre los nuevos Cónsules en Roma. Aconteció á caso que en aquel sacrificio que el Consul Quinto Petilio celebraba, registradas las partes interiores del animal, en el higado no se halló cabeza, lo qual juzgaban por mala señal los Romanos. Este caso declaró el Consul en el Senado, por cuya autoridad y decretó se ordenó que de nuevo sacrificase un buey, porque fuese su sacrificio cumplido, como fue hecho. Quanto á las provincias ordenó el Senado Romano que las provincias de Pisa, y de los Lygures fuesen atribuidas á los dos Cónsules. Al que cupiese por suerte la provincia de Pisa, mandó el Senado que quando fuese llegado el tiempo de elegir nuevos magistrados, tornarse á la ciudad de Roma, para hallarse presente en las juntas públicas. Añadióse tambien á este decreto, que se escribiesen de nuevo dos Capitanías de gente de á pie y trescientos hombres de á caballo. Mandóse tambien á los confederados del nombre Latino que ellos cogiesen entre los suyos diez mil hombres de á pie y seiscientos de á caballo. A Tiberio Claudio se le prolongó el imperio hasta tanto que el Consul llegase á su provincia. Entretanto que se tomaba deliberacion en el Senado sobre estos negocios. Cayo Cornelio que habia salido un poco fuera del templo fue llamado por un ministro público, el qual poco tiempo despues tornó con muy triste semblante. Declaró en presen-

cia de los Padres Conscriptos como el higado de un buey grande que habia sacrificado se habia todo deshecho et colado, como si fuera agua, de lo qual él mismo habia hecho la experiencia. Porque quando el Sacerdote que administraba los sacrificios le dixo que el higado se habia convertido en agua, no quiso creerlo. Y á esta causa él mismo con su propia mano derramó el agua de la olla donde se habian de cocer las asaduras del buey, et vió todas las otras partes enteras, pero no halló señal ni rastro del higado, sin saber de que manera se habia consumido. Espantáronse mucho con estas nuevas y peligrosas señales los Padres, et aumentóse mas su alteracion con lo que de nuevo les dixo el otro Consul, á quien habia faltado la cabeza del higado en su sacrificio que con tres bueyes que habia querido sacrificar, no habia podido hacer entero et perfecto su sacrificio, porque todos los hallaba faltos. Entonces el Senado ordenó que se celebrasen los mas grandes et solemnes sacrificios hasta que fuese la obra perfeccionada. Dícese que fueron celebrados enteramente los sacrificios dedicados á los otros Dioses; pero que Petilio no sacrificó perfectamente el sacrificio dedicado á la Diosa llamada Salud. Despues de esto hecho, los Cónsules y los Pretores destribuyeron entre sí las provincias de esta manera. La provincia de Pisa vino á Ceneo Cornelio, y la de los Lygures cupo á Petilio. Los Pretores echaron suertes, et á Lucio Papirio Maso, cayó la provincia de la Ciudad, á Marco Aburio la de fuera, y Marco Cornelio Scipion Malugiaense hubo cargo de la provincia de España Ulterior, Lucio Aquilio Gallo tuvo la Silicia. Dos de ellos rogaron que les fuese permitido que no fuesen á sus provincias. Marco Popilio tuvo la Cerdeña, y fue ordenado que Gracho gobernase y apaciguase aquella provincia, y le fue dado á Tito Ebucio que le ayudase. Juzgaban tambien que no era honesto ni conveniente romper en tiempo tan necesario el tenor de los negocios, para la execucion et perfeccion de los quales es por

extremo necesaria la continuacion, la qual entre las otras cosas es de muy grande eficacia. Porque muchas veces acontece que se pierden ocasiones de graves momentos, quando se mudan los Gobernadores que están puestos en los negocios y saben el curso de ellos, et en su lugar se ponen otros nuevos que muchas veces gastan el tiempo, que se habia de emplear en executar, y poner por obra cosas de importancia, en aprender. Fue aprobada la execucion de Popilio. Tambien Publio Licinio decia que estaba tan ocupado en celebrar los sacrificios solemnes, que no podiá buenamente sin detrimento de ellos ir á la provincia de España Citerior. Pero no fueron facilmente admitidas estas excusaciones. Por tanto le mandaron que fuese á su provincia, ó que firmase públicamente con juramento que los solemnes sacrificios le impedian. Despues que esto fue ordenado en Publio Licinio, tambien Marco Cornelio demandó que le tomasen á él el mismo juramento, perque no podia buenamente ir á la provincia que le habia cabido por suerte de la España Ulterior. Entrambos los Pretores juraron como les fue ordenado. Marco Titinio et Tito Fonteyo, Procónsules, fueron ordenados para que quedasen en la provincia de España con el mismo imperio et cargo, que á los que se excusaron tocaba. Tambien fue ordenado que para cumplimiento de su exército les enviasen á España tres mil soldados Romanos et docientos caballeros, y cinco mil hombres de á pie de los confederados del nombre Latino, y trecientos de á caballo. Las fiestas Latinas se celebraron el dia quatro de Mayo, en las quales porque el Magistrado Lanuvino al tiempo que se celebraba uno de los sacrificios no hizo las suplicaciones acostumbradas en tales ceremonias, los Quirites et el pueblo Romano se escandalizaron, juzgando que se habia hecho injuria á la religion de los Dioses. Quando esta causa se propuso en el Senado, ordenose por decreto comun, que fuese remitida al colegio de

los Pontífices. Los quales visto que no habian sido bien hechas las fiestas Latinas, ordenaron que de nuevo fuesen restauradas, et que en ellas los Lanuvinos enmendasen la falta pasada, renovando las fiestas á su costa et dando los sacrificios. Aumentose la sospecha et odio de estas fiestas primeras, por el caso que acontesció en aquella sazon triste et no pensado. Porque el Consul Ceneo Cornelio tornando del monte Albano adeshora se cayó, y luego se le pasmó una parte de los miembros. Despue se partió para los baños Cumanos, donde creciéndole la enfermedad de cada dia se retraxo á la ciudad de Cumas, et alli murió en breve tiempo. Despues de muerto fue llevado á Roma, et sepultado en la ciudad con muy magnífica pompa. Este mismo habia tambien sido Pontífice.

CAPITULO XI.

De las juntas et fiestas Latinas que se celebraron nuevamente en Roma, et de las cosas monstruosas que acontecieron en Italia, y de los sacrificios que se hicieron para limpiar estas señales. De la toma de Modena, y de las victorias en Cerdeña, y de como se rebelaron nuevamente los Ligures, et á la fin fueron vencidos et destruidos, aunque murió en la batalla el Consul Quinto Petilio.

Ordenó el Senado que el Consul Quinto Petilio, lo mas presto que pudiese, quando juzgase ser prósperos los agüeros, publicase las juntas, et las fiestas Latinas. Para que fuesen celebradas las juntas á quatro de Julio, et las fiestas á doce del mismo. Estando, pues, los ánimos de los hombres llenos de religion, y muy devotos, vinieron nuevas de ciertos milagros monstruosos que habian acontecido. En la tierra Tusculana fue vista una hacha encendida en el cielo. En los Sabinos fue tocado de un rayo del cielo el tem-

plo de Apolo et otros muchos edificios particulares, et en los Graviscos el muro y la puerta. Los Padres mandaron que estas señales divinas fuesen alimpiadas y aplacada la ira del cielo de la misma manera que los Pontífices ordenasen. Estando, pues, los Cónsules ocupados en estos oficios de religion pertenecientes al culto divino, et tambien el un Consul particularmente impedido con la muerte del otro y con las juntas, y con las renovaciones de las fiestas Latinas, moviose Cayo Claudio con gente de guerra, et cercó la ciudad de Modena, la qual habian tomado los Lygures el año antes. Tres dias antes que diese el asalto la cobró de los enemigos y la restituyó á sus mismas poblaciones. En aquella toma fueron muertos ocho mil Lygures, é Genoveses, dentro de los muros de la ciudad. Esto hecho, escribió letras al Senado Romano, en las quales no solamente recontaba el caso por extenso, pero aun se gloriaba, que por su virtud et felicidad habia hecho de tal manera que de esta banda de los Alpes no quedase ninguna persona que fuese enemiga del pueblo Romano. Allende de esto, que habia ganado tanta tierra, que se podria distribuir en muchos millares de hombres. En este mismo tiempo Tiberio Sempronio en Cerdeña fue tan victorioso et próspero en las batallas que dió contra los Sardos, que en breve tiempo domo toda la provincia. Murieron en aquellas batallas quince mil enemigos. Todos los pueblos de los Sardos que se habian apartado de la obediencia del pueblo Romano, se cobraron y quedaron todos sujetos á los Romanos. A los que desde luengo tiempo habian recibido sueldo del pueblo Romano, les fue puesto el tributo doblado, los otros bastecieron la provision necesaria de trigo. Despues que fue tomada pacíficamente la posesion de toda la provincia, y tomadas docientas y treinta señaladas personas en rehenes, enviaron Embaxadores á Roma con las buenas nuevas haciendo saber al Senado lo que pasaba. Rogando tam-

bien á los Padres, que por causa de estas prósperas victorias que habia alcanzado Tiberio Sempronio durante la administracion de su provincia se hiciesen gracias á los Dioses inmortales, que eran los principales autores de estas prosperidades. Demandó mas Tiberio Sempronio, que al tiempo que él se partiese de su provincia le fuese lícito llevar consigo su exército. El Senado oyó esta embaxada en el templo de Apolo, et fueron rescibidas de todos estas nuevas con grande gozo y alegria, y fue ordenado que dos dias enteros celebrasen los Cónsules quarenta sacrificios menores. Ordenose tambien que el Proconsul Tiberio Sempronio con su exército por aquel año quedase en la Provincia. Despues de esto, las juntas que estaban ordenadas para elegir el Consul que faltaba, se celebraron el mismo dia que se habia publicado. En estas juntas el Consul Quinto Petilio eligió por su compañero á Marco Valerio Levino, para que luego comenzase á administrar el oficio de su magistrado. Este habia mucho tiempo que estaba deseoso de tener cargo de alguna provincia, y vínole muy apropósito para su deseo que en aquella hora vinieron letras que los Ligures se habian rebelado contra el pueblo Romano. Oidas estas letras á siete de Julio, el nuevo Consul vestido con su acostumbrada magnificencia mandó que por causa de esta alteracion que se habia levantado, luego partiese la tercera legion para Francia al Proconsul Cayo Claudio. Ordenó tambien dos personas señaladas, que tuviesen cargo de la armada por mar, y á estos ordenó que luego se partiesen para Pisa con su flota costeando siempre la tierra de los Lygures, para ponerles temor et espanto asi por mar como por tierra. En el mismo lugar mandó el Consul Quinto Petilio que se señalase un dia en el qual se juntase todo el exército. Tambien el Proconsul Cayo Claudio luego que oyó la contumacia y rebeldia de los Lygures, allende del exército que tenia consigo en Parma cogió con grnde celeridad

el mayor número de soldados que pudo, y se fue con su exército hasta la tierra de los Lygures. Los enemigos como supieron que venia Cayo Claudio, acordándose que este mismo Capitan los habia vencido y destrozado pocos dias antes cerca del rio Scultena, acordaron de defenderse mas con la fortaleza de algunos lugares que no con el valor de sus armas et esfuerzo, pesándoles ya del hecho temerario que habian cometido. Tomaron, pues, dos montes llamados Leto y Balista, para hacerse fuertes en ellos et resistir á la fuerza de los enemigos. Cerráronse tambien con un muro por estar mas seguros, y al tiempo que se iban á encerrar dentro de sus baluartes, los que fueron mas negligentes y postreros fueron oprimidos de los Romanos, et murieron de los Lygures mil y quinientos hombres en aquel acometimiento. Los otros se tenian bien fortalecidos en los montes, et aun estando alli con grande temor no podian olvidarse de su natural ferocidad, haciendo grandes crueldades en la presa que habian tomado en la ciudad de Modena. A los cautivos que tenian los mataban desmembrándolos con una crueldad inhumana. A las bestias mataban tambien cruelmente en los lugares sagrados, haciendo de ellas sangrienta carniceria et no devotos sacrificios. Despues que se hallaron hartos de las muertes hechas en los animales, comenzaron á tomar vana venganza de las cosas que no eran animadas. Hacian pedazos las cosas que tenian, y echaban contra las paredes los vasos hechos mas para uso que para ornamento de las gentes. El Consul Quinto Petilio porque no se acabase aquella guerra estando él ausente, escribió letras á Cayo Claudio, por las quales le rogaba que luego se viniese con su exército á la provincia de Galia, donde él estaba, y que le estaria esperando en el lugar llamado los campos Macros. En recibiendo estas letras Cayo movió su exército de los Lygures, et se fue derecho donde Petilio le habia escrito, et alli en los campos

Macros dió al Consul todo el exercito. Pocos dias despues vino tambien al mismo lugar el otro Consul Cayo Valerio. Alli se repartieron las Capitanias, et antes que se partiesen de en uno se hizo la muestra general de entrambos exércitos. Despues echaron suertes sobre el oficio de cada uno en la parte por donde habian de ir ordenadamente contra los enemigos, porque no querian acometerlos todos por un lugar. Constaba que Valerio entró en las suertes con buena dicha, porque se habia hallado en el templo al tiempo de los sacrificios. Lo contrario fue dañoso en Petilio, segun despues respondieron los adivinos, porque habia sacado fuera del templo la suerte que dentro del templo se habia puesto en el cántaro. De alli se partieron cada uno para su region, como le habia caido por suerte. Petilio se fue contra los montes de Balista et de Leto, las espaldas de cuyos montes se juntan en una continua y perpetua cumbre. Quando fue llegado al pie de los montes, comenzó á animar á sus soldados amonestándoles que en aquel acometimiento mostrasen la virtud et esfuerzo de sus ánimos. Dícese que sin considerar el doblado entendimiento de sus palabras dixo una profecía, que despues fue cumplida por la obra: *Que en aquel dia tomaria á Leto.* Despues de acabado su razonamiento comenzó á subir el monte juntamente por dos partes diversas. La parte por donde él iba estaba desembarazada. Por la otra parte acometieron los enemigos, los quales resistieron de tal manera que rechazaron la esquadra Romana. Quando esto vió el Consul dexando su gente, arremetió con su caballo por la otra parte que iba como de vencida, y luego hizo tornar á los suyos. Pero cómo él mismo sin rezelo de su persona andaba descuidado animando á su gente el primero de toda la esquadra, vino un dardo tirado de los adversarios que le pasó el cuerpo, et luego cayó muerto. Los enemigos no sintieron que habian muerto al Ca-

pitan et Caudillo de los Romanos. Los mismos Romanos que lo vieron et conocieron fueron muy pocos, solamente los que estaban en la delantera, y estos considerando que les importaba la vida et la victoria, el caso de su Capitan, luego tomaron el cuerpo muerto et le encubrieron de tal manera que habia muy pocos en todo el exército que supiesen como faltaba su Capitan. La otra multitud de gente de á pie et de á caballo, pensando que seguian siempre á su Capitan acometieron animosamente contra los enemigos, et les tomaron los montes por fuerza et sin Capitan los vencieron et echaron fuera de las municiones donde estaban. En este acometimiento murieron cinco mil Lygures, del exército Romano murieron cincuenta et dos personas. Allende de tan evidente caso venido por el triste et desdichado agüero, dícese que hubo tambien algunas otras malas señales, las quales no ignoró el Consul quando vino á la batalla. Cayo Valerio, oida la muerte de Quinto Petilo, juntó el exército que habia quedado sin General con el suyo; y volviendo á acometer al enemigo, con la sangre de ellos hizo un excelente sacrificio al alma de su compañero, y triunfó de los Lygures. El Senado castigó severamente aquella legion delante de las banderas de las quales el Consul habia sido muerto, mandando que toda ella perdiese aquel año el sueldo y honores militares, porque no habian puesto sus cuerpos á las saetas para salvar á su General. Por este tiempo vinieron á Roma Embaxadores de los Dardanos á los quales apretaba, como antes hemos dicho, un poderoso exército de los Bastarnos, capitaneados por Clondico. Y despues que hubieron hablado, y dixeron quanto era grande su muchedumbre, que altos y desmesurados sus cuerpos, y su atrevimiento en los poligros, añadieron como estaban coligados con Perseo, y que á la verdad mas temian á este que á los Bastarnos. E por consiguiente pidieron al Senado que les diese socorro. Los Padres decretaron que fuesen

Legados que viesen las cosas de Macedonia; y muy luego mandaron á Aulo Posthumio que partiese allá. Diéronle compañeros de entre los mozos, de suerte que en él era la principal fuerza y autoridad de la embaxada. Despues de esto se trató de las juntas de los Magistrados para el año siguiente, sobre lo qual se levantó una gran contienda.

El negocio vino á Interregno, y por el Interrey fueron hechos Cónsules P. Mucio Scevola, y M. Emilio Lepido, segunda vez. E despues fueron hechos Pretores C. Popilio Lenate, Tito Annio Lusco, C. Memmio Galo, C. Cluvio Saxula, S. Cornelio Sulla, y Ap. Claudio Centon. A los Cónsules tocaron por provincia, la Francia y los Lygures; y á los Pretores, Cornelio Sulla tuvo á Cerdeña, Claudio Centon la España Citerior. En las demas provincias prectorias no hay memoria á quien hayan tocado. Este año fue muy pestilencial aunque solamente afligió los ganados. Los Lygures, nacion siempre vencida y siempre rebelde, habian saqueado á Luna y Pisa, quando tambien se habia oido el alboroto de Francia, el qual Lepido habiendo reprimido facilmente, pasó contra los Lygures. Algunos pueblos se entregaron á su arbitrio, á los quales traspasó á lo llano á exemplo de algunos Cónsules antes de él, persuadido á que pues los genios de los hombres son casi semejantes á los lugares, las ásperas montañas que habitaban los hacian feroces.

De esta parte del monte Apenino estaban los Garulos et Lapicinios et Hercates. De la otra parte del monte estaban los Briniates. Cerca del rio Andena Quinto Mucio hizo la guerra con los que habian talado la tierra de Luna et de Pisa. Y despues de haberlos vencido y sojuzgado á todos les quitó las armas. Por causa de estas prósperas victorias que hubieron los Cónsules en la Galia et en Lyguria, ordenó el Senado que se hiciesen suplicaciones y gracias á los Dioses por tres dias, et que se sacrificasen quarenta sacrificios. De manera que todos aquellos grandes alborotos

que en el principio de aquel año se habian levantado en la Gallia et en Lyguria en breve tiempo, et con poca pena fueron apagados.

CAPITULO XII.

Del nuevo cuidado que habia en Roma de la guerra de Macedonia, y de la guerra que huvo entre los Bastarnos et los Dardanos. Dicese tambien de las malas condiciones que tenia el Rey Perseo de Macedonia. Y como fue señalado en los dones que daba á las ciudades, y en el culto de los Dioses.

Ya se despertaba entre los Romanos un nuevo cuidado de la guerra de Macedonia que se temia. Porque Perseo entre los Dardanos y Bastarnos sembraba grandes contiendas y alteraciones. Y los Embaxadores Romanos que habian sido enviados expresamente á conocer el estado en que estaban los negocios de Macedonia, ya eran tornados á Roma, y traian las nuevas como en Dardania habia una guerra muy grande. Tambien vinieron en aquel mismo tiempo los Embaxadores del Rey Perseo, que disculparon en el Senado al Rey, afirmando que ni él habia hecho venir á los Bastarnos, ni se hacia ninguna cosa en aquel alboroto que fuese por su autoridad y juicio ordenada. El Senado ni quiso librar enteramente de culpa al Rey, ni tampoco quiso acusarle claramente. Pero mandó que avisasen con grande instancia á Perseo, que guardase religiosamente la confederacion que tenia hecha con el pueblo Romano. Los Dardanos como vieron que los Bastarnos no solamente no querian salir de su tierra, pero aun de cada dia les eran mas molestos, y les hacian mayores agravios confiando en algun favor y ayuda que tenian de los vecinos Thraces et Scordiscos, por echar de sí esta carga determinaron de tentar alguna cosa contra ellos, aun-

que pudiera ser juzgada obra temeraria, y asi luego se armaron todos, y se juntaron en un lugar que estaba cerca del real de los Bastarnos. A esta sazon era invierno, el qual tiempo del año habian elegido porque entonces los Thraces y los Scordiscos se solian recoger á sus tierras y casas. Lo qual entonces tambien se hizo, y como los Dardanos supieron que habian quedado solos en su real los Bastarnos repartieron su exército en dos partes. La una parte para que fuese contra ellos derecho camino, y los acometiese por delante descubiertamente; la otra parte para que arrodeando un pequeño monte viniese sobre ellos de improviso por las espaldas. Pero antes que estos que iban en celada pudiesen cercar el real de los enemigos, se dió la batalla con los que iban descubiertos, en la qual fueron vencidos los Dardanos, y forzados á entrarse huyendo en la ciudad de donde habian salido, que casi estaba doce mil pasos del real de los Bastarnos. Los vencederos vinieron en seguimiento de los vencidos y luego cercaron la ciudad, con pensamiento que el dia siguiente se les darian los enemigos por causa del miedo grande que tenian, ó sino quisiesen darse que ellos entrarian en la ciudad por fuerza. Tomó sin ninguna dificultad los reales de los Bastarnos que habian quedado sin guarnicion. Los Bastarnos despojados de los bagages y provisiones de guerra, no pudiendo rehacerse en un pais enemigo, y la estacion peor del año, determinaron volverse á sus casas. Por lo qual habiendo llegado al Istro se alegraron mucho quando vieron que estaba helado, y que á su parecer resistiria qualquiera peso. Mas como todo el exército entrase apresurado en el rio, el yelo no pudo sufir tan grande peso; y luego muchos fueron tragados por los remolinos, y otros sumergidos por los pedazos del yelo. De suerte que pocos y muy estropeados se salvaron en ambas orillas. Por este tiempo Antioco hijo de Antioco el Grande, y que largo tiempo habia estado en rehenes en Roma, ocupó el Reyno de Syria por muerte de su

hermano Seleuco. Seleuco lo habia hallado muy debilitado con las pérdidas de su padre; mas pasados doce años de un reynado tranquilo, y sin suceso ninguno memorable, hizo volver de Roma á su hermano menor en edad, enviando á su hijo Demetrio en lugar de él, conforme á lo tratado que permitia trocar los rehenes. No bien era llegado á Atenas quando Seleuco fue muerto por traicion de Heliodoro uno de sus privados, el qual aspirando al Reyno, lo echaron Eumenes y Atalo, y pusieron en posesion de él á Antioco, porque hacian mucho caso de tenerle obligado con tan gran beneficio. Asi apoderado del Reyno Autioco, fue recibido con tanto regocijo de los pueblos, que por renombre le pusieron Epifanes, porque quando unos hombres extraños á la sangre real imbadian el reyno, él habia venido á establecer el señorio de sus abuelos. Y á la verdad no le faltaba inclinacion y talento para la guerra; mas tan perverso é inconsiderado fue en todas sus costumbres y modo de vida, que muy presto le mudaron el renombre, y en lugar de Epifanes, le llamaban Epimanes, á saber, el loco.

Muchas veces salia de palacio sin saberlo sus misnistros con uno ó dos compañeros, y se andaba por la ciudad con corona de rosas y vestiduras de oro, unas veces apedreando á los que encontraba con piedras que llevaba debaxo del brazo, y otras arrojando dinero al vulgo, voceando toméls aquel á quien la fortuna se los depare: ya iba por las casas de los plateros y otros artesanos hablando muy satisfecho de sus artes; ya entablaba conversaciones en público con qualquiera plebeyo: ya de taberna en taberna se ponia á beber con los peregrinos y forasteros de infima clase. Asi mismo es cierto que en los baños públicos concurria con la muchedumbre. Finalmente, por los reales vestidos tomaba la toga, como habia visto hacer en Roma; y asi andaba por la plaza abrazando á qualquiera plebeyo, pretendiendo unas veces la Edilidad, y otras el Tribunado de la plebe; y á la pos-

tre alcanzó la Magistratura por los votos del pueblo segun costumbre de Roma. En este medio los otros que habian rodeado el monte para dar por las espaldas sobre los enemigos ignoraban la fortuna adversa que les habia acontecido á los suyos, y como hallaron el real de los Bastarnos desembarazado, y sin guarda de persona pudieron tomarle facilmente. Poco tiempo despues entendido el caso de los suyos dexando guarnicion en el real salieron á librar los cercados. Y asi estos por una parte, et los del pueblo que salieron por otra dieron la batalla en la qual perecieron muchos de entrambas partes, et á la fin se acordaron que por medio de ciertas condiciones de paz los Bastarnos se tornaron á su tierra.

Tornando, pues, al Rey Perseo, despues que tomó la posesion del reyno muerto su padre el Rey Filipo, gastaba la mayor parte del tiempo en deleytes y pasatiempos, como persona que no era nacida para administrar los graves negocios de un reyno, sino para servir á su cuerpo con gran pompa y magnificencia. Hacíase llevar al consistorio, lugar dedicado para conocer las causas, sentado en una silla de marfil, et alli hacia tales leys quales á él le parecian ser convenientes á su estado, mas conforme á su albedrio et tirania que fundadas en buena razon et claro juicio. Y era de tan abatido ánimo que hallándose en el juicio él mismo disputaba muy curiosamente sobre las mas pequeñas et abatidas causas que alli se trataban. Era de su natural inclinacion inconstante y mudable, de tal suerte que lo que agora él aprobaba por bueno dentro de muy poco tiempo lo reprobaba por malo. En ninguna suerte de fortuna se hallaba firme y constante su ánimo. Andaba vagabundo por todos los géneros de vida del mundo, et ninguno habia que lo contentase. Y era tan extraño en todas sus condiciones que no podia agradar ni contentar á sí mismo ni á sus amigos. Los hombres que le conocian estaban maravillados de ver tal suerte de ingenio, et tan desordenadas condiciones et deseos fuera de regla. A la fin ninguno sa-

bia juzgar qué suerte de hombre fuese. Nunca solia hablar con sus amigos, et á gran pena los miraba, aunque los topase en la calle, ó los viese dentro de su casa. Por otra parte reíase et jugaba familiarmente con los que á gran pena conocia. Defraudábase á sí mismo y á sus amigos con una liberalidad desigual que usaba entre las gentes, sin saber donde ni á quien hacia beneficios, y se olvidaba de hacerlos donde era mas obligado. Habia muchas señaladas personas dignas de grande honra tanto por el valor de su virtud, como por la estimacion en que tenian al Rey que le servian con grande vigilancia et procuraban encubrir sus faltas. De estos hacia poca cuenta et muchas veces los menospreciaba, et otras veces pensando que hacia por ellos gran cosa en recompensa de servicios de mucha importancia, les daba el pago que se da á los niños haciéndoles algun presente de cosas de comer ó de algun juego, ó pasatiempo. A otros que eran de ningun merecimiento les hacia mucha fiesta, y sin esperar ellos ninguna cosa los hacia ricos. De manera que ninguno sabia conoscer su ingenio y costumbres, ni lo que le era agradable ó enojoso. Muchos pensaban que tomaba su recreacion en burlarse sin juicio de las gentes, otros considerando las cosas fuera de propósito que hacia, juzgaban que enteramente estaba fuera de sentido. Pero con todo esto en dos cosas de grande importancia y muy honestas era de ánimo real y magnífico. La una era en los dones que daba á las ciudades, et la otra en el culto de los Dioses. En la ciudad Megalopolitana, que es en Arcadia, prometió que la cercaria toda de un muro fuerte, et en efeto de verdad dió la mayor parte de los dineros que costó el muro. En la ciudad de Thegea ordenó que se edificase un teatro muy magnífico todo de marmol. En la ciudad de Cyzica, en el Pritaneo, que es un lugar puesto en medio del pueblo, donde comen públicamente los que por algun hecho notable de su virtud

han alcanzado este honor de la república, hizo un presente de vasos de oro muy ricos que sirviesen para siempre en una de aquellas mesas. En Rodas no dió solamente una cosa señalada y de gran valor, sino muchas y de grande importancia, edificando y proveyendo liberalmente las cosas que juzgaba ser en el pueblo necesarias. Pues tocante á la magnificencia y liberalidad que usó para con los Dioses solo el templo de Júpiter Olympio que comenzó á edificar en Athenas, da muy evidente testimonio, que es el único que se comenzó á edificar en la tierra, conforme á la grandeza y magestad del mismo Dios. Tambien adornó el templo de Delos con imágenes y estatuas excelentísimas. Pues el templo magnífico de Júpiter Capitolino que se halla en Antiochía no solamente estaba cubierta de oro la boveda, sino tambien todas las paredes estaban cubiertas de oro de martillo. Állende de estas cosas prometió de hacer otras muchas et diversas obras en otros lugares, las quales no pudo acabar porque fue muy breve el tiempo de su reynado. Tambien sobrepujó á los Reyes, que antes de él florecieron en Macedonia en hacer juegos muy suntuosos et en otras representaciones y espectáculos de gran magnificencia. Tuvo en tanta estimacion estos exercicios que por causa de su liberalidad y natural inclinacion florescieron en su reynado, y en ellos hizo ventaja á todos los mas excelentes maestros que en Grecia se hallaron. Estableció tambien en su reynado el exercicio de los esgrimidores, la qual costumbre antes habia sido propia de lós Romanos. Pero despues en Grecia vinieron á usarse hasta el sumo grado. Al principio que se comenzaron á usar en Macedonia, los hombres que no eran acostumbrados á ver semejante crueldad de unos hombres contra otros, cobraron mayor espanto que deleyte de esta vista. Despues usose tanto y de tan diversas suertes: unas veces hasta que se herian los hombres: otras veces hasta sacar sangre: otras hasta la muerte, que á la fin con el

uso continuo vino á ser juzgada por una cosa grata et apacible, aunque de su natural era cruel y dañosa. Por esta via despertó el estudio et amor de las armas en muchos mancebos, que despues se mostraron en ellas señalados. Demara que el Rey Perseo que al principio habia hecho venir de Roma los esgrimidores proponiendo grandes premios á los que quisiesen venir á Macedonia á usar este exercicio, despues él en su reyno tenia las mas señaladas personas en este arte que se hallaban en el mundo. Y asi al presente parece haber sido verdad lo que vulgarmente se dice que la honra et el premio despiertan y sustentan las artes, y que los exemplos de los Príncipes se esparcen despues por todas las partes del reyno. Porque si el Rey Perseo no pusiera grandes premios á los esgrimidores que exercieron su arte, no llegara á la cumbre que llegó en Macedonia. Y si el mismo Rey no se deleytara con esta misma ciencia no hubiera tantas personas en su reyno que á ella se dieran.

El Rey no halló Gladiatores voluntarios que de buena gana se ofreciesen á pelear por pequeño salario. Mas igual perversidad y liviandad manifestó en dar los juegos que en lo demas de su vida; de suerte que nada pareciese mas magnífico que el aparato de los juegos, ni mas vil y despreciable que el Rey mismo. Esto fue visto en muchos parages y particularmente en los que con tanta costa como deshonra suya dió en Antiochía queriendo imitar la magnificencia de los que Paulo diera en Macedonia despues de haber vencido á Perseo. Volvamos ya á las cosas de Roma de las quales nos hemos apartado mucho por hacer mencion de este Rey.

Tiberio Sempronio Graco que dos años habia gobernado á Cerdeña en habiendo entregado la provincia á Sergio Cornelio Sulla Pretor, volvió á Roma y triunfó de los Sardos. E cuentan que fue tanta la muchedumbre de esclavos que traxo de la isla, y tanto tiempo se gastó en ven-

derlos que se hizo proverbio, y el vulgo por burla llamaba *Sardos en venta* las cosas de baxo precio. Tambien triunfaron entrambos los Cónsules, Scebola de los Lygures y Lepido de estos mismos y de los Franceses. Por este tiempo fueron las juntas de los Magistrados para el año siguiente. Y fueron hechos Cónsules Spurio Posthumio Alvino y Q. Mucio Scebola. En las juntas de los Pretores la fortuna no sin gran embidia metió á Lucio Cornelio Scipion, ó bien fue Ceneo, uno de los Candidatos en competencia con Cayo Cicereyo, el qual habia sido Secretario de su Padre. Ya estaban nombrados cinco Pretores, C. Casio Longino, P. Furio Philo, L. Claudio Asello, M. Atilio Serrano, y C. Servilio Cepion, á los quales Scipion intentaba seguir siquiera en último lugar; mas pareció tan de generado de las virtudes de su Padre que Cicereyo por los votos de todas las centurias habia sido antepuesto á él, si este con su modestia no hubiese enmendado, bien sea el delito de la fortuna, bien sea el error de las juntas. E no quiso en esta contienda del campo vencer al hijo de su Patrono, sino que arrojando al punto la toga blanca, de competidor seguro de la victoria se volvió en cliente agradecido, y diole el voto. De esta suerte con la ayuda de Cicereyo, pero con mayor gloria de este que suya, Scipion consiguió la honra que parecia no habia de alcanzar del pueblo. La Francia y los Lygures fueron señalados á los Cónsules por provincias: luego sortearon los Pretores, Cayo Cassio Longino tuvo la jurisdiccion de la ciudad, y Lucio Cornelio Scipion la Peregrina.

CAPITULO XIII.

De como se repartieron las provincias en Roma, y de la grande pestilencia que hubo en la ciudad que duró dos años, el primero en los bueyes, y el segundo en los hombres, y de las monstruosas señales que se vieron, y de como el Rey Perseo domó los Dolopes, y vino á Delphos, et despues se volvió á Macedonia.

Despues se repartieron las provincias en Roma et le cayó por suerte á Marco Atilio la provincia de Cerdeña. Pero le mandaron tambien que pasase á Corcega con la nueva legion que habian colegido los Cónsules de cinco mil hombres de á pie y trescientos de á caballo. En este medio que Atilio hacia la guerra en Corcega, fue prolongado el imperio á Cornelio, et le fue mandado que tuviese cargo de Cerdeña. Ceneo Servilio Cepion fue á la España Ulterior, y Publio Furio Filo á la España Citerior, et les fueron asignados tres mil soldados de á pie ciudadanos Romanos, et ciento y cincuenta hombres de á caballo, y cinco mil hombres de á pie del nombre Latino, y trescientos de á caballo. A Lucio Claudio fue atribuida la provincia de Sicilia sin suplimiento de nueva gente de guerra. Tambien ordenó el Senado que los Cónsules escribiesen dos nuevas legiones de buena gente llenas de su justo número de hombres de á pie et de á caballo, y que mandasen á los confederados del nombre Latino que luego diesen diz mil hombres de á pie et seiscientos de á caballo. El sorteo y eleccion de esta gente fue harto dificultosa para los Cónsules por causa de la pestilencia grande que habia habido el año pasado, la qual se habia extendido principalmente sobre los bueyes, et en aquel año se habia convertido contra los hombres. Los que eran tocados de esta enfermedad por maravilla llegaban hasta el

seteno dia; pero los que podian pasar este término, escapábanse por la mayor parte de la muerte quedando enfermos de quartanas, que es enfermedad muy luenga et en aquel tiempo peligrosa. Principalmente morian en aquella pestilencia las gentes de servicio. Grande número de cuerpos muertos se hallaban echados por las calles sin sepultura. Porque como no se hallaban gentes que bastasen á enterrar los propios hijos muertos, dexábanse por enterrar los cuerpos de los siervos. Los cuerpos muertos que no eran tocados de los perros ni de los buytres la sequedad los consumia. Y constaba claramente que ni en aquel año ni en el pasado, aunque habia muerto grandísimo número de bueyes y de hombres, nunca se habia visto volar un solo buytre. En aquella pestilencia murieron tambien algunos Sacerdotes públicos, Ceneo Servilio Cepion Pontífice, padre del Pretor, Tiberio Sempronio, hijo de Tiberio, principal Ministro de las cosas sagradas, Publio Elio Peto, que adivinaba por el vuelo de las aves, Tiberio Sempronio Graco, Cayo Mamilio Vitulo, principal Guardian de la arte Sacerdotal, y Marco Sempronio Tuditano Pontífice. En lugar de estos Sacerdotes et Pontífices muertos se eligieron otros nuevos que administrasen sus oficios. Cayo Sulpicio Galba fue elegido en lugar de Tuditano. Se eligieron Agoreros en lugar de Graco, Tito Veturio Graco Semproniano, y en lugar de Publio Elio, á Q. Elio Peto, Cayo Sempronio Longo por Ministro de las cosas sagradas, y Cayo Scribonio por principal Guardian. Visto, pues, que en luengo tiempo no cesaba la pestilencia, ordenó el Senado que se abriesen los libros Sibylinos para que conforme á su doctrina se diese orden en aplacar con sacrificios la ira encendida de los Dioses. Por decreto público se hicieron procesiones y suplicaciones todo un dia entero. Quinto Marcio Filipo mandó que se congregase el pueblo en la plaza, y allí les hizo prometer á todos pronunciando él delante las palabras, que si los Dioses tuviesen por

bien de hacer cesar la pestilencia en Roma y en sus confines, que dos dias enteros les celebrarian fiestas y suplicaciones. Despues de hecha esta promesa fueron denunciadas ciertas señales que habian acontecido monstruosas. En la tierra de los Veyentas nació un niño con dos cabezas. En Sessa nacio una niña con dientes. El arco del cielo se mostró muy extendido y resplandeciente sobre el templo de Saturno en la plaza Romana, y á la hora se vieron en él tres soles que resplandecian con clara lumbre. En aquella misma noche cayeron del cielo muchas hachas de fuego encendidas en la tierra Lanuvina. Los Cerites afirmaron que se habia aparecido dentro de su villa una espantosa serpiente con luengas crines, y toda pintada con muchas manchas de oro. Tambien se contaba por cosa cierta que en la tierra de los Campanos habia hablado un buey. A los cinco de Junio tornaron á Roma los Embaxadores Romanos, que habian sido enviados á Africa, que habiendo primero comunicado con el Rey Masinisa despues fueron á Cartago. Y es verdad que todas las cosas que se habian hecho en la ciudad de Cartago las entendieron muy mas ciertamente de los embaxadores del Rey Masinisa que de los mismos Cartagineses. Pero afirmaron por cosa muy cierta como testigos de vista que habian venido á Cartago Embaxadores de Perseo Rey de Macedonia, y que los Cartagineses les habian dado audiencia de noche en el templo de Esculapio. Tambien afirmó el Rey que de Cartago se habian enviado Embaxadores á Macedonia, lo qual tampoco los mismos Cartagineses, osaron negar con perpetua constancia. A esta causa juzgó el Senado ser cosa necesaria que se enviasen Embaxadores á Macedonia. Enviáronse tres nobles personas, Cayo Lelio, Marco Valerio Mesala, y Sexto Digitio. A esta sazon el Rey Perseo era partido con exército contra los Dolopes, los quales habian comenzado á rebelarse contra él por causa de ciertas diferencias que entre ellos habia. Los Dolopes rehusaban el

juicio de Perseo, et querian que los Romanos fuesen jueces de sus diferencias. Pero no queriendo sufrir esto Perseo movióse contra ellos y subjetólos á todos. De alli pasó los montes Octeos, y movido por cierta opinion de religion que se le ofreció á su ánimo en el camino se fue á la isla de Delfos para consultar con el Oráculo de Apolo. Como se halló pues casi á deshora en medio de Grecia, las nuevas de su venida alteraron toda la provincia, y puso grande espanto no solamente á las ciudades comarcanas, mas aun la fama de esta alteracion llegó tambien en Asia hasta los oidos del Rey Eumenes. Detúvose Perseo en el templo de Apolo en Delfos no mas de tres dias, y despues se tornó luego á su Reyno de Macedonia tomando el camino por Achaya et por Thracia sin hacer daño ninguno en las tierras por donde pasaba. Era tanto el deseo que tenia Perseo de ganar la voluntad de todas las ciudades de Grecia que no solamente queria tener gratas á las gentes et ciudades por donde pasaba enviando á las unas sus Embaxadores, á las otras sus cartas de amistad y confederacion, á todas palabras blandas et amorosas para robar sus corazones; pero aun procuraba por todas las vias que podia de hacerse amigo de todos enviándoles á decir que les rogaba pusiesen en olvido todas las diferencias que habian tenido con su padre, pues que ellas de su natural habian sido de muy poco valor, ó de pequeña importancia, ó á lo menos no eran de tanta calidad que con él mismo no fuesen ó debiesen ser fenecidas y sepultadas. Y pues que él era ya nuevo sucesor en el reyno no habia impedimento ninguno por el qual no quisiesen et aun debiesen firmar con él nuevas amistades. Sobre todas las otras gentes de Grecia procuraba con los Acheos tener firme amistad. Prorque esta provincia entre todas las otras y con ella la ciudad de Athenas estaban tan encendidas de odio contra el Rey Filipo, y habian tanto crecido las enemistades de una parte y otra, que estos Griegos habian por públicos

estatutos defendido, que no pudiesen venir seguramente á sus tierras los Macedonios. Era una costumbre recibida en aquella tierra, que por causa de las enemistades que habia entre las dos provincias, los siervos que huyan de Achaya por causa de algun maleficio que hubiesen hecho, luego se acogian á Macedonia pensando estar en aquel reyno muy seguros. Pero como en aquella sazon habia bandos entre las naciones, no osaban los siervos de Achaya entrar en los términos de Macedonia. Considerando esto Perseo mandó que se publicasen letras en su nombre por las quales se concediese libertad et buen tratamiento á todos los que de otras provincias se pasasen en su reyno, y porque no recibiesen daño los Acheos ni las otras naciones por causa de este mandamiento, mandó que se les escribiesen letras amorosas rogándoles que no diesen ocasion á sus siervos á quererse pasar á otras naciones. Estas letras fueron llevadas et pronunciadas de parte del Rey en las congregaciones de los Griegos por Xenarcho, el qual se quiso ofrecer á este servicio (aunque odioso) porque deseaba ganar la voluntad del Rey á causa de sus provechos particulares. Despues que fueron leidas estas letras en muchas partes de Grecia, muchos juzgaban ser humana y moderadamente escritas, porque tenian estos esperanza de recobrar por esta via los siervos que habian por otras ocasiones perdido. Pero con todo esto, Calicrates, que como hombre prudente consideraba que en este punto consistia la salud de toda la Grecia, si guardasen inviolable et firme confederacion con los Romanos, en presencia de muchos Griegos señores de gran valor dixo estas palabras.

CAPITULO XIV.

Del razonamiento que hizo Calicrates contra las cartas del Rey Perseo defendiendo la parte Romana, y amonestando á sus gentes que no se dexasen engañar con las artes de Perseo y de los Macedonios.

» A muchos les parece, Acheos, este negocio que al pre» sente se trata de muy pequeña importancia, ó á lo me» nos de mediana suerte. Pero yo soy de parecer contrario, » y es, que lo que agora se hace, ó por mejor decir, no » se hace, sino antes es ya casi hecho, es la cosa mas » grave y de mayor calidad y valor que en luego tiempo » se ha hecho en Grecia. Nosotros antes por ley pública » establecimos de comun opinion et consentimiento de to» das las confederaciones de Grecia que ningunos de los » Reyes de Macedonia, ni otras personas particulares de los » Macedonios entrasen en nuestras tierras, et quisimos de una » perpetua voluntad que este decreto fuese valedero, por no » dar ocasion que viniesen á nuestras tierras ningunos Emba» xadores de Reyes, ni de otras naciones, que so color de nue» vas embaxadas y falsas promesas procurasen de corromper » nuestros ánimos, y meternos debaxo de servidumbre. Por» que es la vanidad de nosotros, que somos hombres, tan » grande, que estando el Rey ausente oimos sus propias pa» labras pronunciadas como sermones en nuestra presencia por » la voca de sus Embaxadores, y aun segun somos de im» prudentes aprobamos sus razones, declarando por este he» cho que somos mas agenos de razon que las mismas bestias » brutas. Porque como sea verdad que los animales irracio» nales muchas veces no quieran tocar al mantenimiento que » se les pone delante como cebo para engañarlos; pero noso» tros peores que los brutos, con esperanza de un pequeño

„ et falso beneficio nos cebamos y quedamos presos como lo „ merece nuestra vanidad y locura ; et nosotros mismos so- „ mos engañados y presos, perdiendo nuestra propia libertad, „ que es de grandísima importancia. ¿Quién es tan ciego que „ no vea como en estas embaxadas que los Reyes envian de „ unas partes á otras por toda Grecia no se busca otra cosa „ que deshacer la confederacion que tenemos hecha et con- „ firmada con los Romanos en la qual consiste nuestra liber- „ tad, et dexarnos desnudos y desamparados para que des- „ pues sin ninguna defension humana seamos presa et rapiña „ de crueles tiranos? Los que esto ignoran tambien preten- „ derán ignorar la guerra que habia entre Perseo et los Ro- „ manos. Como sea verdad que lo que se temia durante la „ vida de Filipo, et lo que hasta la hora presente se ha di- „ latado por causa de su muerte, de aqui adelante se pon- „ drá por obra despues del Rey Filipo sepultado. Bien sabeis „ que el Rey Filipo tuvo dos hijos, el uno de los quales se „ llamó Demetrio, et el otro Perseo. Asi en el linage noble „ de la madre, como en su propia virtud, ingenio et favor „ de todos los Macedonios sin comparacion ninguna, fue muy „ mas excelente y digno del reyno Demetrio. Pero porque „ puso el reyno en premio del odio que tenia con los Roma- „ nos, mató á Demetrio sin hallarse en él otra culpa que la „ amistad que habia hecho con los Romanos. Hizo tambien „ Rey á Perseo, el qual sabia bien el pueblo Romano que „ antes habia de ser heredero de la pena que del reyno. „ ¿Qué otra cosa pues se hallará que haya este hecho des- „ pues de la muerte de su padre que aparejar la guerra? Lo „ primero por poner espanto á todos envió á los Bastarnos „ contra los Dardanos, los quales si pudieran ganar la tierra „ de Dardania, y hacer en ella su asiento, como lo tenian „ pensado, muy mas graves y peligrosos vecinos tendria Gre- „ cia á su lado, de lo que fueron los Galos en Asía. Per- „ diendo, pues, la esperanza de salir con lo que se habia

„ propuesto en este caso, no por eso dexó de inventar otros „ nuevos tratos de guerra. Pero si queremos hablar verdad, „ podemos decir que ya ha comenzado la guerra. Ha sojuz- „ gado con mano armada la provincia de Dolopia, y no per- „ mitió que en las diferencias que habia se refiriesen al juicio „ del pueblo Romano, como de derecho hacerse debia. De „ allí se pasó por el monte Oeta, para que adeshora le vie- „ sen las gentes pasar por medio del centro de Grecia, et lle- „ gar hasta la Isla de Delphos. ¿Qué pensais que quiere de- „ notar esta usurpacion de camino no acostumbrado? Despues „ de esto pasó por en medio de Thesalia, et en haber pasa- „ do sin hacer daño ninguno á los que sabemos ciertamente, „ que de todo corazon aborrece, tanto mas temo sus tratos „ ocultos, et que como hombre falto de virtud quiere tentar „ de convertir con engaños y falsas promesas los animos de „ los hombres. Despues nos escribió nuevas cartas enviándo- „ nos con ellas una forma de presente. Y mandanos que „ consideremos como de aquí adelante no tengamos necesi- „ dad de semejante presente, quiero decir, que procuremos „ de deshacer el decreto por el qual está ordenado que los „ Macedonios no puedan entrar en Peloponeso. Quiere tam- „ bien que veamos otra vez con nuestros ojos los Embaxa- „ dores del Rey, y les demos aposento con los Principes, et „ luego despues que contemplemos los exércitos de los Ma- „ cedonios, y aun á él mismo. ¿Quán estrecho es el brazo „ de mar que está puesto en medio, que pasa de la Isla „ de Delphos hasta Peloponeso? Quiere que nos mezclemos „ con los Macedonios que se están armados contra los Ro- „ manos. Considerando, pues, que todos estos hechos son „ llenos de falsedad y peligro; yo soy de parecer que no se „ haga ningun decreto nuevo, sino que se guarden religio- „ samente los decretos antiguos sin hacer novedad ninguna „ que sea dañosa á nuestra honra ni estado, hasta tanto que „ veamos reposadas todas las cosas, y conozcamos por expe-

„ riencia si este nuestro temor que al presente tenemos es „ vano ó verdadero. Si permaneciere la paz firme y cons„ tante entre los Macedonios, et entre los Romanos, haya „ tambien amistad y conversacion entre nosotros con ellos. „ Pero pensar al presente de hacer nuevas comunicaciones du„ rante la llama que vemos encendida de las alteraciones pre„ sentes, pareceme cosa muy fuera de tiempo y no poco „ peligrosa."

CAPITULO XV.

Del contrario razonamiento que pronunció el Pretor Arco hermano de Xenarcho contra lo que antes habia dicho Calicrates, escusando las acusaciones propuestas contra Perseo, y defendiendo su partido.

Quando este acabó su razonamiento, levantóse Arco hermano del Pretor Xenarcho, y dixo estas palabras. "Las razo„ nes de Calicrates han hecho que asi para mi como para to„ dos los otros sea dificultoso qualquier razonamiento. Porque „ so color de defender et conservar la amistad Romana, querien„ do persuadir á las gentes que al presente es solicitada et „ combatida, como sea verdad que ninguno la tienta ni la „ combate, ha hecho tanto que todos los que fueren de con„ traria opinion serán juzgados por enemigos de los Romanos, „ como si quisiesen ir contra ellos. Y lo primero, pronuncia „ con tanta audacia todas las cosas, que en todas partes has„ ta hoy se han hecho secretamente, y aun adivina todas „ las cosas que pudieran acontecer si Filipo fuera vivo, co„ mo si no hubiese vivido con nosotros, sino que agora de „ nuevo viniese de la corte del pueblo Romano, ó como si „ se hubiese hallado presente en los consejos secretos de los „ Reyes. Quierenos poner delante de los ojos, de que ma„ nera Perseo ha sido heredero del reyno, que es lo que

» aparejan los Macedonios, y que es lo que piensan los Ro» manos. Pero nosotros, como no somos sabedores de la oca» sion porque fue muerto Demetrio, y tambien ignoramos lo » que hiciera el Rey Filipo, si viviera, es necesario que go» bernemos nuestros consejos y nuestras obras conforme al es» tado en que están los negocios presentes, et á lo que ve» mos que en todas partes se hace publicamente. Pues bien » sabemos que luego que Perseo tomó la posesion del reyno » lo hizo saber á los Embaxadores Romanos, y él envió sus » Embaxadores á Roma, por los quales Preseo fue llamado » y confirmado Rey por voz del pueblo Romano. Tambien » oimos que los Embaxadores Romanos vinieron al Rey, y » fueron de él muy bien recebidos. Todas estas cosas por » cierto que yo las juzgo ser unas señales muy ciertas de paz, » et no temor ninguno de guerra. Tampoco pienso que ten» drán ocasion para ofenderse los Romanos, si como los se» guimos antes al tiempo que hacian la guerra, tambien los » sigamos al presente siendo autores de paz. Tampoco veo » causa suficiente por lo qual nos debamos mover solos noso» tros entre todos los hombres para hacer la guerra contra » los Macedonios. Es verdad que somos cercanos de Mace» donia, ¿pero por eso habremos de ser los mas abatidos de » los hombres, ó semejantes á los Dolopes que fueron los dias » pasados por ellos sujetados? Antes podemos decir que por » la bondad de los Dioses tanto por la virtud de nuestras » fuerzas, quanto por el entrevalo de la region podemos es» tar seguros y sin rezelo de los que quisieren injuriarnos. » Pero somos tanto sujetos, quanto lo son los Thesalianos y » los Etolos, et no tenemos mas credito ni autoridad contra » los Romanos, habiendo sido siempre sus aliados y amigos, » que los Etolos, que poco tiempo ha fueron sus enemigos. » Tengamos pues tambien nosotros con los Macedonios la mis» ma confederacion et alianza que tienen con ellos los Eto» los, los Thesalianos, los Epirotas et juntamente con estos

„ todo el restante de Grecia. Esta buena amistad con nues-
„ tros vecinos, ¿por qué se ha de juzgar en nosotros solos
„ por abominable et como aborrecimiento del derecho hu-
„ mano? Que sea verdad lo que decis que hizo Filipo. ¿Por-
„ qué causa viendole nosotros armado y haciendo la guerra,
„ hacemos contra el tal decreto? ¿Pues quánto menos contra
„ este nuevo Rey Perseo que es dotado de toda inocencia, y
„ vive sin pensamiento de hacer injuria á persona? Antes
„ con su beneficio procura deshacer las injurias de su pa-
„ dre. ¿Qué mal merece por estas obras virtuosas? ¿Por qué
„ causa nosotros solos entre todos los hombres somos sus ene-
„ migos? Allende de esto tambien puedo decir con justo ti-
„ tulo que son tan grandes los beneficios que en los tiempos
„ pasados nosotros habemos recebido de los antiguos Reyes
„ de Macedonia, que aunque nos hubiese hecho algunas in-
„ jurias Filipo solo, con grande razon merecian ser perdo-
„ nadas, y mucho mas disputandose la cosa despues de su
„ muerte. Quando estaba la flota Romana en el puerto de
„ Cenchris, y el Consul con exército en Elacia, tres dias en-
„ teros estuvimos en concilio consultando sobre lo que habia-
„ mos de hacer, si nos inclinaríamos á seguir á los Romanos,
„ ó á favorecer á la parte de Filipo. El miedo que veíamos
„ presente nos hizo inclinar algun tanto en favor de los Ro-
„ manos. Pero es notorio que fue alguna cosa de grave im-
„ portancia la que nos causó estar tan luengo tiempo delibe-
„ rando, y fue la antigua confederacion y alianza que tenia-
„ mos con los Macedonios, y los antiguos, y grandes bene-
„ ficios que de los Reyes de Macedonia habiamos recebido.
„ Sean, pues, al presente del mismo valor, las mismas cau-
„ sas, y aprovechennos si no para que seamos sus principa-
„ les amigos, para que no seamos sus mas grandes enemi-
„ gos. No hay razon para que ninguno sospeche de nosotros
„ que fingimos lo que no pensamos. ¿Cómo Calicrates pien-
„ sa que nosotros nos queremos obligar temerariamente con

„ nuevas confederaciones? Solamente demandamos que haya „ conversacion comun entre las gentes, que usen los unos „ del derecho de los otros. Porque no sea que si nosotros „ defendemos á ellos los fines de nuestra jurisdiccion, ellos „ tambien nos defiendan entrar en su reyno, y de esta ma- „ nera demos ocasion á nuestros siervos que se huyan de no- „ sotros. ¿Qué cosa cometemos en esto que sea contra los „ pactos y confederaciones Romanas? ¿Por qué queremos „ hacer calumniosamente que una cosa pequeña y clara con „ odiosas palabras aumentada parezca sospechosa y grande? „ ¿Por qué movemos en la república alborotos vanos? ¿Por „ qué permitiremos ser nosotros lisonjeros manifiestos para con „ los Romanos, solamente por hacer á otros sin culpa para „ con los mismos odiosos y sospechosos? Si hnbiera guerra „ manifiesta, ninguno duda ni aun el mismo Perseo, que no- „ sotros habemos de seguir á los Romanos. A lo menos en- „ tretanto que dura la paz sino queremos poner fin entera- „ mente á todos los rencores y malevolencias de ánimo, por „ cierto que es cosa honesta que por lo menos los dilatemos."

CAPITULO XVI.

De como prevaleció la parte que defendia á los Romanos, y de las alteraciones que hubo entre los Etolos, y de la traicion que hizo Eupolemo contra los nolles hombres Hypateos desterrados haciéndolos matar contra su promesa, y como á la fin fueron concertadas las partes contrarias por los Embaxadores Romanos.

Despues de acabado este razonamiento fue aprobado de los mismos que antes habian aprobado las letras del Rey, las quales favorecian su partido. Pero por otra parte se movian á grande indignacion los Principes juzgando ser cosa deshonesta y fuera de razon que Perseo pudiese alcanzar

solamente por una carta de pocos renglones tal cosa qual él juzgaba no ser digna que por ella fuesen enviados ciertos Embaxadores. A esta causa se dilató este decreto. Poco tiempo despues el Rey Perseo hallándose en la ciudad de Megalopolis, donde habia hecho congregar un concilio, les envió sus propios Embaxadores, para procurar haber por medio de estos lo mismo que habia demandado por intercesion de las letras. Pero los que favorecian á los Romanos, y temian ofender á sus aliados procuraron quanto pudieron que esta embaxada no fuese admitida en sus congregaciones. En este mismo tiempo se convirtió contra ellos el favor de los Etolos, el qual creció en tanto grado que parecia que con unas mismas armas se habian de matar los unos á los otros, y que no antes podria ser aplacada su indignacion que fuese destruida toda la gente de entrambas partes. Pero á la fin cansadas las naciones con una luenga y peligrosa guerra enviaron entrambas partes sus Embaxadores á Roma, et ellos entre sí procuraban de reconciliarse, y reformar la concordia perdida. Estando casi las partes acordadas sucedió un caso nuevo et no pensado por el qual se deshizo la voluntad primera de concordia, y se renovaron los odios y las iras antiguas. Habia entre los Hypateos muchos hombres desterrados á los quales se les habia prometido seguridad y libre recurso en la patria. Para seguridad de esta promesa obligó su fe el Príncipe de la ciudad, Eupolemo. Entre la otra multitud de los desterrados que querian tornar á la patria hubo ochenta hombres ilustres que habian padecido el mismo destierro por causa de haber seguido el partido de Proxeno. Estos eran de tanta autoridad, que como se publicaba que ellos tambien querian tornar á la patria confiando en el salvo conducto dado y confirmado del mismo Príncipe, salió á recebirlos al camino el mismo Eupolemo. Luego que se vieron se saludaron amorosamente, y se dieron las manos en señal de paz y amistad; pero luego que entraron dentro

de las puertas de la ciudad cargó sobre ellos grande número de hombres que estabam para esto sobornados, y los mataron á todos sin aprovecharles ninguna cosa las protestaciones que hacian de la seguridad que se les habia dado implorando el favor de los Dioses, á los quales hacian testigos de la traiciony crueldad que con ellos usaban. De aquí se comenzó á encender la guerra muy mas grave et mas cruel de lo que antes ardia. Vinieron á él Cayo Valerio Levino, Apio Claudio Pulchro, Cayo Memmio, Marco Popilio, y Lucio Canuleyo enviados del Senado, para conocer esta caucsa, et procurar, si fuese posible, dar algun corte en los negocios y hacer entre las partes encendidas de ira alguna enpaz y concordia. A estos vinieron los Embaxadores de entrambas partes á la isla de Delfos en presencia de los quales propuso cada uno su querella que tenia contra los otros con la mayor contencion y vehemencia que pudieron. Entre los otros parece que Proxeno hacia grande ventaja tanto en la justicia de su causa como en su propia eloqüencia. Pocos dias despues este mismo Proxeno fue muerto de veneno dado por mano de su muger Orthobula, la qual fue condenada de este crimen, et desterrada de la patria. Este mismo furor atormentaba tambien á los Cretenses. Poco tiempo despues con la venida del Embaxador Quinto Minucio que fue enviado del Senado con diez naos para concertar aquellas diferencias, cobraron las gentes alguna esperanza de paz pensando que presto serian aquellos alborotos apaciguados. Allende de esto, antes se habian concertado entre las partes seis meses de treguas, pero no sé como despues se encruelesció mas la guerra que de antes. En este mismo tiempo eran tambien los Licios gravemente atormentados de los de Rodas. Pero no nos hemos propuesto en esta obra contar por extenso las guerras de diversas naciones, como fueron encendidas, proseguidas y acabadas; pues que es arto grande la carga de escribir los hechos del pueblo Romono sin meternos en las guerras de otras naciones.

CAPITULO XVII.

De como se rebelaron los Celtiberos y fueron vencidos y sujetados con las armas Romanas, y de los nuevos Magistrados que se eligieron en Roma, y se repartieron las provincias, y de las obras notables que hicieron los Censores en Roma, y en otras partes.

Los Celtiberos en España que habian sido domados por Tiberio Graco et puestos en su potestad, ó señorio en nombre del Imperio Romano, quedaron por entonces apaciguados et arreposo, teniendo el cargo de aquella provincia el Pretor Marco Titinio. Pero poco tiempo despues se rebelaron con la venida de Apio Claudio, comenzando la guerra de un súbito et no pensado combate de ciertos castillos Romanos que habian acometido. Ya comenzaba á romper el alba del dia, quando las guardas que estaban velando en los baluartes et en las puertas, como vieron desde lejos venir los enemigos sin disimular ninguna cosa luego tocaron al arma. Apio Claudio haciendo señal de batalla, tomó consigo pocos saldados et amonestándoles que mostrasen en aquel trance su virtud los sacó fuera al campo por tres puertas. Defendíanles la salida con mano armada los Celtiberos, y al principio se dió la batalla sin detenimiento ninguno et sin conocerse mejoria de una parte ni de otra, porque á causa de los lugares estrechos donde se combatian no pudieron pelear todos los Romanos. Apretándose despues los unos á los otros et siguiendo siempre los que estaban detras á los primeros que abrian el camino, á la fin salieron fuera de las cavas et baluartes á los campos espaciosos et llanos. Alli pudieron extender sus haces igualando sus alas con el exército de los enemigos, que procuraban cercarlos en torno. Salieron, pues, las haces Romanas súbitamente de un golpe con tanta cele-

ridad et vehemencia que los Celtiberos no pudieron resistir á su grande ímpetu. Antes de dos horas fueron todos deshechos et puestos en huida. Fueron muertos et presos en aquella batalla hasta quince mil hombres de los Celtiberos, y se tomaron treinta y dos enseñas militares. Tambien en aquel mismo dia fue tomado el real et se acabaron de vencer todos los enemigos de tal manera que no habia ya persona que resistiese á las armas Romanas. Porque los que quedaron vivos de aquella batalla escapáronse huyendo et se encerraron dentro de las ciudades comarcanas, de suerte que dende en adelante fueron muy pacíficos et tuvieron por bueno de ser obedientes al Imperio Romano. En aquel año se eligieron Censores, Quinto Fulvio Flaco, et Albo Posthumio Albino, y luego eligieron el Senado conforme á la costumbre Romana. El primero de todos fue elegido Marco Emilio Lepido por Pontífice Máxîmo. Echaron tambien fuera del Senado nueve personas de las que antes habia. Hicieron señaladas obras Marco Cornelio Maluginense, el qual dos años antes habia sido Pretor en España, et Lucio Cornelio Scipion Pretor, el qual tenia entonces cargo de administrar la jurisdiccion de los ciudadanos et de los extrangeros, et Lucio Fulvio, el qual era hermano carnal del Censor, y aun tambien, segun escribe valerio Antias, fue compañero en el oficio. Los Cónsules tambien despues de haber celebrado sus sacrificios en el Capitolio se partieron para sus provincias. Entre estos el Senado mandó á Marco Emilio que tuviese cargo de apaciguar la sedicion de los Paduanos, que se habia levantado en Venecia. La qual habia cobrado tan grandes fuerzas que de pequeñas discordias se habia levantado una guerra muy cruel y peligrosa, como sus mismos Embaxadores tambien lo declararon. Tambien los Embaxadores que habian ido á Etolia para componer et apaciguar semejantes alteraciones, escribieron letras al Senado, haciéndoles saber, como por ninguna via podian reprimir la rabia de aquella gente; pero á

los Paduanos fue muy saludable et provechosa la venida del Consul. Y despues que acabó prósperamente lo que tenia que hacer en la provincia tornose á Roma. Las obras que los Censores mandaron que hiciesen asi dentro de la ciudad, como de fuera son estas: Mandaron empedrar una calle dentro del pueblo et otra fuera de la ciudad todas enteras con sus ceras et aderezos muy cumplidamente. Esta fue la primera obra de esta suerte de edificios que hicieron. Allende de esto mandaron hacer muchas puentes en diversos lugares en la ciudad y fuera. Hicieron tambien un tabernáculo que cubriese á los Pretores et á los Ediles en el tiempo de las juntas públicas. Tambien hicieron una carcel en el circo donde se congregaban las gentes por ver los juegos et representaciones públicas. Mandaron empedrar la cuesta por donde subian al Capitolio. Hicieron edificar un andamio, ó pasadizo desde el templo de Saturno hasta el Capitolio, et sobre este andamio se edificó un palacio grande et espacioso. Fuera de la puerta llamada Trigemina empedraron un patio ancho, et le cercaron todo de maderos. Hicieron aderezar el patio que llamaban Emilio et hicieron unas gradas para subir del rio Tibre hasta el patio. Fuera de aquella misma puerta empedraron una plaza muy grande que llegaba hasta el monte Aventino, haciendo que esta plaza empedrada fuese pública, et se pudiese ir á ella desde el templo de Venus. Estos mismos Censores hicieron cercar de muros á Calacia et á Oxîmo. En aquella tierra vendieron ciertos lugares que eran públicos, et de los dineros que de ellos se sacaron mandaron hacer casas que cercasen entrambas plazas entorno. El uno de los Censores Fulvio Flaco, porque Posthumio dixo que no queria gastar ningun dinero sino por mandamiento et autoridad del pueblo Romano, hizo aderezar et adornar el templo de Júpiter en Pisauro et en Fundo. Tambien en Polencia hizo conductos de agua, et que en Pisauro se empedrase una calle. Estas et otras

cosas semejantes hizo hacer el uno de los Censores con muy buena gracia de los que moraban en los pueblos. Tambien pusieron diligencia muy grade en la gobernacion et reformacion de las costumbres. A muchos se quitaron los caballos que tenian demasiados, et los criaban mas por magnificencia et superfluidad que para provecho et necesidad. Ya era casi llegada la fin del año, quando se hicieron suplicaciones et plegarias un dia entero por hacer gracias á los Dioses á causa de las prósperas victorias que se habian alcanzado en España durante la gobernacion del Psoconsul Apio Claudio, et se celebraron veinte sacrificios mayores. El dia siguiente tambien se hicieron suplicaciones dedicadas á la Diosa Ceres et al Dios Libero et Libera, porque vinieron nuevas de los Sabinos que en aquella tierra se habia levantado un terremoto espantable que habia derribado muchos edificios de la ciudad, pero sin daño de la gente. Quando Apio Claudio tornó de España á Roma fuele permítido por decreto del Senado que entrase dentro de la ciudad con triunfo, que llamaban de Ovacion. Ya se acercaba el tiempo de celebrar las juntas consulares, las quales en el dia para ellas señalado se celebraron con grande contencion et competencia de muchas personas por causa de la multitud de hombres señalados que competian entre sí por alcanzar de la dignidad et oficio de algun Magistrado. A la fin fueron elegidos Lucio Posthumio Albino et Marco Popilio Lenas. Despues se hicieron Pretores, Numerio Fabio Buteo, Marco Matieno, Cayo Cicereyo, Marco Furio Crasipes la segunda vez, Aulo Atilio Serrano la segunda vez, et Cayo Claudio Saxula la segunda vez. Despues de acabadas et despedidas las juntas Apio Claudio Cento entró en Roma con triunfo de Ovacion, et puso en el tesoro público diez mil libras de plata, y cinco mil de oro, y Ceneo Cornelio fue elegido por Sacerdote de Júpiter, á los quales Sacerdotes llamaban Diales. En el mismo año se puso una tabla

en el templo de la madre Matuta, en la qual se scribieron estas palabras: Durante el imperio et gobernacion del Consul Tiberio Sempronio Graco con su gobierno et administracion la legion et exército del pueblo Romano sojuzgó á la provincia de Cerdeña. Fueron en aquella provincia muertos et presos pasados de ochenta mil hombres. Despues de haber acabado este hecho público con prosperidad et gloria felicísima, habiendo libertado et restituido las personas que solian pagarles tributo, tornó á traer su exército á Roma sano et próspero y cargado de presa riquísima. Este mismo entro otra vez dentro de la ciudad de Roma con gran triunfo en memoria del qual hecho glorioso, puso esta tabla dedicada al alto Júpiter. En esta tabla estaba tambien pintada la forma de la isla de Cerdeña, et las batallas que en ella habian ganado los Romanos siendo su Capitan et Caudillo este mismo Consul, Tiberio Sempronio Graco. En este año se dieron algunos presentes pequeños á los esgrimidores, uno fue sobre todos los otros señalado de Tito Flaminio. El qual por causa que su padre era muerto les hizo una fiesta que duró quatro dias asi en convites como en juegos et representaciones. Fue cosa notable en esta fiesta que dentro del espacio de tres dias se combatieron esgrimiendo setenta y quatro hombres, conforme á la costumbre antigua de los Romanos.

El fin de este año fue señalado por una ley nueva é de gran provecho, la qual exercitó la ciudad como hubiese sido tratada no sin algun movimiento de los ánimos. Hasta este tiempo las mugeres eran admitidas á las herencias no menos que los hombres; de donde sucedia que muchas veces los bienes de familia muy ilustres pasaban á otras extrañas con gran daño de la república, á la qual conviene que los herederos de claros varones tengan riquezas con que conservar y acrecentar el esplendor del linage, el qual sin esto mas es peso que honra. E tambien se temia que

creciendo las riquezas de los privados con las del Imperio, las mugeres mas inclinadas por naturaleza al luxo y á los adornos mas pulidos, et irritado su apetito con la abundancia de las riquezas se fuesen deslizando á gastos no moderados y á la luxuria et apartándose de aqui por ventura de la antigua santidad, de suerte que las costumbres llegasen á trocarse tanto como los adornos. Q. Voconio Saxa, Tribuno de la plebe, procuró remediar estos daños para lo qual propuso al pueblo: Que ninguno que fuese empadronado despues de la censura de A. Posthumio y Q. Fulvo, hiciese heredero á virgen ó muger, et que ninguna virgen ó muger pudiese percibir mas de cien mil sextercios de los bienes de qualquiera. E tambien Voconio entendió que se debia precaver que las herencias no se apurasen, como sucedia, con los grandes legados. Asi añadió á la rogacion: que nadie legase á otro que de lo que llegase al heredero ó herederos. El pueblo aprobaba facilmente este último capítulo de la ley, porque ademas de ser muy justo, á nadie era muy perjudicial; mas estaban dudosos sobre el primero por el qual las mugeres eran enteramente apartadas de las herencias de todos los ciudadanos. Quitó la duda Marco Caton que en otro tiempo habia sido gran contrario et reprehendedor de las mugeres defendiendo la ley Oppia, el qual aconsejó tambien esta contra ellas reprehendido su altivez y soberbia en la opulencia, et con especialidad de las matronas ricas; porque ellas de ordinario retenian para sí gran porcion de la crecida dote que traian al marido, et luego prestaban al marido aquel dinero; y que quando estaban enfadadas lo andaban importunando como si fuese un deudor extraño, por medio de siervo recepticio que lo andaban siguiendo y pidiéndole la paga. E con esto de tal suerte se indignaron, que determinaron la ley como pedia Voconio.

LIBRO SEGUNDO

DE LA QUINTA DECADA DE TITO LIVIO.

CAPITULO PRIMERO.

De como se repartieron entre los Cónsules y Pretores las provincias, y de como castigó el Consul á los Prenestinos, el qual exemplo fue dañoso para los confederados de los Romanos, y de las nuevas que traxeron los Embaxadores enviados á Etolia y á Macedonia, y de los monstruosos milagros que se vieron en diversos lugares.

Lucio Posthumio Albino, y Marco Popilio Lenas fueron los primeros que relataron en el Senado lo que les parecia se debia hacer tocante á las provincias y á los exércitos. A estos dos fue atribuida la provincia de Lyguria, y se ordenó que para entrambos se escribiesen nuevas legiones, dos para cada uno, et de los confederados del nombre Latino diez mil hombres de á pie et seiscientos de á caballo, y para el suplemento de España mandaron que se hiciesen tres mil hombres de á pie de los soldados Romanos y docientos hombres de á caballo. Allende de esto ordenó el Senado que se hiciesen mil y quinientos soldados Romanos et cien caballeros, para que con estos el Pretor á quien cayese por suerte la provincia de Cerdeña pasase de alli á Corcega, et en aquella provincia hiciese la guerra. En este medio que Marco Atilio, que era el Pretor pasado, gobernase la provincia de Cerdeña. Despues de esto asi ordenado los Pretores repartieron entre sí las provincias. Aulo Atilio Serrano tuvo la gobernacion de la ciudad: Cayo Cluvio Saxula tuvo repartido el imperio entre los ciu-

dadanos y los extrangeros: á Fabio Buteo vino la provincia de España Citerior, y á Marco Matieno la España Ulterior: á Marco Furio Crasipes le cupo la provincia de Sicilia: á Cayo Cicereyo fue atribuida Cerdeña. Antes que los Magistrados se partiesen á sus provincias, ordenó el Senado que el Consul Lucio Posthumio fuese primero á Campania para limitar los términos de los campos et posesiones, separando con ciertos limites las posesiones públicas de las particulares. Porque constaba que muchos hombres particulares habian usurpado grandisimo espacio de campos públicos, y los habian hecho como propios suyos cobrando licencia con el tiempo luengo, et con la desordenada avaricia que con daño público busca sus provechos particulares. En esta jornada este Consul se indignó gravemente contra los Prenestinos. La causa fue porque viniendo él otra vez á esta misma ciudad siendo hombre particular para celebrar ciertos sacrificios en el templo de la Fortuna, ninguna honra le hicieron los Prenestinos ni pública ni particular. Despues que le hubieron dado este cargo, escribió letras á la ciudad de Preneste en las quales mandaba que el Magistrado de aquella tierra le saliese á recebir al camino, y que se le ordenase un lugar público en la ciudad donde fuese aposentado, et que tuviesen prestos caballos et otras bestias para llevar su fardaje al tiempo que quisiese salirse. Antes de este Consul no se halla que ningun Magistrado Romano haya dado fatiga ni hecho costa á ninguno de sus aliados. A esta causa solian estar los Magistrados de los pueblos amigos aposentados en muchos tabernaculos, y adornados de muchos instrumentos militares porque ninguno les hiciese injuria, ni se demandase cosa deshonesta de los confederados del pueblo Romano. Solian tener los Embaxadores Romanos quando venian á tales pueblos sus aposentos en casas de hombres particulares, con los quales vivian muy pacifica et amorosamente, y guardaban con grande religion el derecho de acogimiento que á los huespedes se debe. Tambien sus mismas casas estaban abier-

tas en Roma para recebir en ellas á sus huespedes quando viniesen á la ciudad en cuyas casas ellos habian sido aposentados conforme á la costumbre de aquel tiempo muy honesta y loable. Los Embaxadores Romanos que eran enviados subitamente á poner en execucion algunos negocios de importancia, solian tomar en cada lugar por donde pasaban un caballo, ó azemila en que fuese su persona ó llevase su fardaje. Otra cosa ni gasto ninguno no solian hacer los confederados con el Magistrado Romano. El agravio que entonces hizo este Consul, aunque por una via podria parecer ser justo, por otra no parece que debia ser hecho contra el mismo Magistrado. Pero como lo hizo et salió con ello, et el silencio de los Prenestinos en este caso fue demasiadamente modesto, ó por ventura temeroso, fue causa que como si fuera ley establecida y aprobada por este probado exemplo dende en adelante cobraban cada dia mayor audacia los magistrados Romanos de echar semejantes cargas sobre sus confederados, mandándoles cosas graves, y saliendo con ellas, que al principio no quisieran proponerlas. En el principio de este año los Embaxadores que habian sido enviados á Etolia y á Macedonia tornaron á Roma, y hicieron saber en el Senado como nunca habian podido hallar facultad de hablar con el Rey Perseo, porque unas veces les decian los Macedonios que estaban en la corte, que el Rey era ido á otro lugar, et otras veces les hacian entender, como estaba enfermo, siendo verdaderamente fingido y falso lo uno et lo otro, y á esta causa por no perder tiempo en tierra extraña eran venidos á Roma, para dar cuenta de lo que pasaba, principalmente conociendo, como conocian facilmente que en Macedonia se aparejaba la guerra contra ellos, y que segun podian juzgar por ciertas señales, no tendrian mucho tiempo sus ánimos encubiertos, sino que muy presto tomarian las armas. Allende de esto, afirmaban estos Embaxadores que en Etolia crecian cada dia los alborotos et sediciones populares, et que el que era principal

autor de estas discordias no habia podido ser reprimido ni moderado con su autoridad ni industria. En el tiempo que estaba el reyno de Macedonia tan alterado que no esperaban los Romanos de aquella banda otra cosa que guerra, antes que ellos se moviesen para resistir, quisieron poner por obra lo que mas importaba, que era aplacar la ira divina con devotos sacrificios. Habianse visto algunos prodigios monstruosos, y otras cosas adversas et no acostumbradas, señales ciertas de los Dioses ayrados. A esta causa determinaron los Romanos de alcanzar con devotas oraciones lo primero la paz y reconciliacion de los Dioses, y despues aparejarse para la guerra, como lo pusieron por obra, conforme á lo que se habia hallado en los libros sagrados, cuya doctrina acostumbraban á usar en todos los tiempos adversos en que se ofrecian semejantes necesidades. Deciase por cosa cierta que en Lanuvio se habian visto en el cielo unas imagenes espantosas como de una flota de naos de armada. En Priverno se decia que habia nacido de la misma tierra harta cantidad de lana negra. En la tierra de los Veyentes en el lugar llamado Romente cayeron del cielo piedras muy grandes. En Pomptino se vió todo el cielo et la tierra cubierta de langostas. En la tierra de Francia se decia que en el mismo lugar donde se hincaba el arado salian de los propios cespedes muchos peces. Por causa de estos prodigios monstruosos fueron mirados con grande atencion los libros sagrados, y los diez varones que tenian cargo de este oficio, declararon á quales Dioses, y con qué suerte de sacrificios habia de ser aplacada la ira de los Dioses inmortales, y limpiadas aquellas señales espantosas. Declararon tambien los mismos que los votos que se habian hecho el año pasado para alcanzar la salud de las gentes del pueblo, se celebrasen con solemnidad, como fiestas publicas. Demanera que asi por la una como por la otra ocasion se celebraron tales sacrificios, quales los diez varones por escritura declararon.

CAPITULO II.

De como el Censor Fulvio Flaco por edificar un templo en Roma descubrió el techo del templo de Juno Lacinia de los Brucios, y como despues por autoridad del Senado fueron tornadas las tejas de marmol al dicho templo donde fueron quitadas. Y de lo que se hizo en las provincias y de las artes que usaba Perseo por hacer mas á su salvo la guerra contra los Romanos, y de como fueron acortadas las diferencias de los Etolos y de los Thesalianos.

En este mismo año se descubrió el techo del templo de Juno Lacinia. El Censor Quinto Fulvio Flaco, siendo Pretor en España en el tiempo de la guerra contra los Celtiberos, prometió de edificar un templo dedicado á la Fortuna favorecedora de los caballeros, et entonces lo ponia por obra, procurando con todas sus fuerzas que no hubiese en toda la ciudad otro templo que fuese de mayor sumptuosidad y magnificencia. Pensó que aumentaria de este modo el ornamento de este templo, si le cubriese todo de tejas de marmol. A esta causa se partió para los Brucios, y entrando dentro del templo de Juno Lacinia, que estaba cubierto de estas mismas tejas, hizo descubrir la mayor parte, y llevar las tejas á Roma para cubrir el templo que él hábia edificado, pensando que la mitad de las tejas del templo de los Brucios bastarian para cubrir el templo de Roma. Alli tenia prestas las naves que luego se cargaron de las tejas, y sin detenimiento las llevasen á Roma. Espantados, pues, los compañeros y aliados del pueblo Romano con la autoridad de los Censores, parecióles ser cosa honesta, y aun necesaria defender este sacrilegio. Mas despues que el mismo Fulvio Flaco tornó hecho Censor, hizo descargar las tejas, y que fuesen llevadas de las naos al templo, aunque ninguno decia

de donde venian, no pudo encubrirse la cosa. Levantóse, pues, en el palacio una murmuracion muy grande sobre este caso. Todos á una voz demandaban que los Cónsules propusiesen en el Senado este negocio. Fue llamado el Censor, para que diese cuenta y razon de donde venian aquellas tejas. Luego que fue llegado á la corte con muy mayor odio y indignacion le acusaban y maldecian todos á una voz pequeños y grandes viendole presente, que antes habian murmurado de él estado ausente. Decian ser un sacrilegio intolerable, que él con sus crueles manos habia querido violar aquel templo nobilisimo et magnificentisimo, que ni Pirro, ni Anibal enemigos del pueblo Romano habian querido tocarle ni dañarle. Y que no contento él con haberle violado sacrilegamente, le habia tambien descubierto y despojado con una fealdad muy grande, como si quedara ya desierto y asolado. Pues que habia robado el techo, y dexado el templo descubierto, para que en breve tiempo despues fuese podrecido con la lluvia. Decianle mas que se acordase que el Censor era hecho en la república para castigar y reformar las costumbres de todo el pueblo, et que el principal cuidado que habia de tener en la administracion de su oficio era conservar inviolables y enteros los públicos lugares sagrados, et para defender con todas sus fuerzas aquellos lugares santos conforme á la costumbre de sus antecesores. Pero que él dexando el oficio de verdadero Censor se iba como vagabundo por las ciudades de los confederados del pueblo Romano despojando y desturyendo los templos y descubriendo los techos de los lugares sagrados. Si esto hiciese en las casas y edificios de hombres particulares, pareceria y con gran razon una maldad digna de notable castigo. ¿Pues quánto merece ser juzgado por mas grave crimen deshacer con manos sacrilegas los templos sagrados de los Dioses inmortales? Y sobre todo esto acusar de impiedad al pueblo Romano como si se deleytase de edificar templos en su ciudad con los despojos roba-

dos de los templos de otros lugares. No de otra manera que sino fuesen los mismos en todas partes los Dioses inmortales, sino que ellos se deleytasen con sacrilegios, queriendo los unos ser honrados y adornados con los robos y despojos de los otros. Despues que la mayor parte del Senado dixo estas palabras, antes que los padres declarasen su parecer y sentencia ya se conocia claramente lo que ellos de este hecho sentian en su ánimo. Hecha, pues, esta relacion en el Senado, todos se acordaron en una misma sentencia, juzgando todos á una voz, que estas tejas fuesen llevadas al mismo lugar de donde se habian quitado. Allende de esto, que se celebrasen sacrificios expresamente apropiados para aplacar la ira de la Diosa Juno. Esta sentencia de los padres y del Senado fue cumplida, quanto pudo hacerse. Todas las cosas que pertenecian á los sacrificios, y á la religion del culto divino fueron hechas con singular diligencia. Las tejas fueron tambien llevadas al templo y dexadas alli en el patio, porque no se halló maestro de tanta destreza que supiese ponerlas tambien como de antes estaban. Esto afirmaron las mismas personas que tenian cargo de hacer asentar las tejas en el techo. Entre los Pretores que fueron á las provincias Ceneo Fabio murió en Marsella, yendo su camino derecho á la provincia de España Citerior. Quando avisaron de este caso al Senado los Embaxadores que estaban en Marsella, determinó el Senado que Publio Furio et Ceneo Servilio que sucedian casi por derecho en su lugar, echasen suertes entre sí, para que supiesen á qual de los dos caia por suerte la provincia de España Citerior, siendole prolongado el imperio. La suerte cayó harto á propósito sobre el mismo Publio Furio que antes habia administrado la misma provincia, por cuya ocasion hubo de quedar en ella mas luengo tiempo de lo que pensaba. En este mismo año despues que fueron distribuidos los campos que se habian ganado de los Lygures, et de los Galos en las personas que se hallaron, la parte

que quedó por distribuir fue ordenado por decreto comun de todo el Senado, que se distribuyese enteramente en los hombres que se hallasen. Para poner por obra este negocio, Aulo Atilio Pretor de la ciudad por mandamiento del Senado eligió diez varones prudentes, que tuviesen cargo de este hecho. Estos fueron Marco Emilio Lepido, Cayo Casyo, Tito Ebucio Caro, Cayo Tremelio, Publio Cornelio Cethego, Quinto y Lucio Apuleyos, Marco Cecilio, Cayo Salonio, et Cayo Munacio. Estos repartieron los campos libres, et de ellos dieron á cada uno diez aranzadas de tierra, y á los confederados del nombre Latino tres á cada uno. En el tiempo y sazon que se hacian estas cosas, vinieron á Roma los Embaxadores de los Etolos para tratar de sus discordias y sediciones. Tambien vinieron los Embaxadores de Thesalia, los quales traian las nuevas de las cosas que en Macedonia se hacian. Perseo tenia enteramente asentado en su ánimo de poner por obra la guerra que su padre Filipo antes de su muerte tenia pensada. Para este efecto procuraba por todas las vias que podia ganar la voluntad no solamente de todas las naciones de Grecia en general, sino tambien de todas las ciudades en particular á cada una de las quales enviaba sus Embaxadores, prometiéndoles muchas mas cosas de las que cumplia. Y es verdad que la mayor parte de los hombres inclinaron mas sus ánimos á favorecer el partido de Perseo, que á defender el de Eumenes, sin embargo de estar muy obligadas al Rey Eumenes no solamente todas las ciudades de Grecia, sino tambien la mayor parte de los Principes, por causa de los grandes dones y presentes que á todos habia dado, y usaba de tanta liberalidad y mansedumbre con todos, que las ciudades que estaban debaxo de su imperio eran tanto bien tratadas que ninguna de ellas quisiera trocar su condicion et fortuna con las mas libres ciudades de Grecia. Por el contrario Perseo era fama vulgar y de muchos aprobada, que despues de la muerte de su padre con su propia

mano habia dado la muerte á su muger. Allende de esto, hizo llamar á Apeles que estaba desterrado, el qual en el tiempo pasado habia sido su ministro en poner por obra la traicion que habian hecho en matar alevosamente á su hermano Demetrio, et á esta causa el padre de Filipo le habia hecho buscar para matarle, et despues que Perseo le tuvo en su poder hizole dar la muerte secretamente en pago de los grandes prometimientos que le habia hecho, porque habia puesto por obra un hecho de tanta importancia. Sobre todo habia hecho matar tanto número de personas señaladas, asi de los suyos como de los extraños, con las muertes de los quales se habia hecho publicamente infame. Con todas estas cosas, et con no haber en él virtud que mereciese ser loada ni favorecida, no sé como las ciudades le preferian al otro Rey Eumenes, siendo como era tan religioso para con sus parientes, tan justo para con sus ciudadanos, et tan liberal para con todos. Esto procedia segun parece, ó por estar ya los ánimos de los hombres desde mucho tiempo ocupados con la opion de la noble fama y magestad de los Reyes de Macedonia, la qual los movia al presente á menospreciar el origen del nuevo reyno, ó porque de su natural inclinacion los hombres son deseosos de mudanzas et novedades, ó porque querian ponerle delante de los Romanos como enemigo suyo. Estaban, pues, no solamente los Etolos alterados con graves sediciones por causa de las grandes deudas con que estaban agravados y obligados, sino tambien los Thesalios se alteraban por la misma causa. Cundia tambien esta enfermedad contagiosa como cancer hasta llegar á Perhebia. Quando vinieron las nuevas á Roma que los Thesalios estaban en armas, el Senado envió por Embaxador á Apio Claudio para que conociese el estado en que estaban los negocios, et para que en nombre y con la autoridad del Senado y pueblo Romano procurase de apaciguar aquellos movimientos, et acordar las discordias que entre ellos habia. Lle-

gado, pues, Apio Claudio á Thesalia lo primero que hizo despues de conocida la causa de aquellas alteraciones, fue castigar gravemente á la mayor parte de los principales de entrambas partes, que eran los autores donde principalmente procedian estos daños. Despues considerando que la grandeza de las injustas usuras habia crecido mas que las mismas deudas principales, permitiéndolo por la mayor parte los mismos que las habian cargado, alivió á los deudores de esta carga tan grande de las usuras. Despues ordenó que las deudas principales fuesen pagadas dentro de cierto número de años por iguales pensiones. Por el mismo Apio Claudio, y de la misma manera que lo habia hecho en Tesalia, fueron acordadas las diferencias de Perhebia. En este mismo tiempo conoció Marcelo las causas de los Etolos estando él en la isla de Delfos. Estas causas se habian tratado entre los Etolos con ánimos de capitales enemigos, queriendo cada uno defender su derecho con las armas, y queriendo llevar todas las cosas á punta de lanza. Conociendo, pues, Marcelo que de entrambas partes habia culpa no pequeña, et que los unos et los otros que estaban discordes habian usado de una temeridad muy grande solamente por salir cada uno con la suya, no quiso por su decreto et sentencia librar de culpa ni agravar mas á ninguna de las partes. Y asi rogó á los unos et á los otros comunmente, que cesasen de entrambas partes las discordias y las guerras, et poniendo en olvido todas las quejas y rencores pasados, pusiesen fin en sus enemistades, et principió en una nueva y firme concordia. Para confirmar enteramente esta nueva reconciliacion entre las dos partes, se dieron prendas et rehenes bastantes de la una parte y de la otra. Juntáronse todos para ratificar esta concordia en la ciudad de Corinto donde fue ordenado que quedasen como en depósito puestos los rehenes.

CAPITULO III.

De lo que Marcelo hizo en Peloponeso, y de los cinco Embaxadores que enviaron los Romanos á Macedonia et á Alexandria, y de la embaxada y presente que envió el Rey Antiocho á los Romanos. Y de la victoria que el Consul hubo de los Lygures, y de la crueldad que usó con los vencidos, y del decreto que contra ella hizo el Senado Romano.

Despues de este acuerdo hecho en la isla de Delfos, et confirmado en el concilio de los Etolos, Marcelo se pasó á Peloponeso, en la qual ciudad habia mandado llamar á concilio á los Acheos, para tratar tambien sobre sus negocios. Despues de haber mucho loado la fidelidad y constancia de aquella gente, en haber guardado siempre con mucha firmeza el antiguo decreto que entre ellos habia, de no dexar entrar dentro de los términos de su tierra á los Reyes de Macedonia, declaroles el odio grande que tenian los Romanos contra Perseo. Y porque estos ánimos enconados mas presto saliesen á luz declarando por la obra lo que dentro estaba encerrado, avisábales tambien como el Rey Eumenes era venido á Roma, y habia traido consigo unos comentarios muy luengos de los aparatos de guerra que se hacian por todas partes, los quales él habia hecho inquirir con mucha diligencia. En este mismo tiempo enviaron los Romanos cinco Embaxadores al Rey Perseo con orden que viesen y considerasen atentamente el estado en que estaban los negocios de Macedonia, et se informasen cautamente de todo lo que se hacia. Mandáronles tambien á estos Embaxadores que de Macedonia pasasen á Alexandria, para renovar la confederacion y amistad antigua que tenian con Ptolomeo Rey de Egypto. Los Embaxadores eran estos,

Cayo Valerio, Ceneo Lutacio Cerco, Quinto Bebio Sulca, Marco Cornelio Mammula, Marcó Cecilio Denter. Casi en este mismo tiempo vinieron tambien á Roma los Embaxadores del Rey Antiocho, el principal de los quales, Apolonio, fue mandado entrar en el Senado, et en presencia de los Senadores Romanos et de los Padres Conscriptos excusó á su Rey por muchas et muy justas causas por haber enviado el tributo que debia al pueblo Romano algo mas tarde del dia señalado. Este tributo decia que él lo traia consigo todo por entero, para que entendiese el Senado Romano que de ninguna otra cosa queria que se le hiciese gracia al Rey que de un pequeño espacio de tiempo. Allende del tributo traia tambien un presente que enviaba el Rey á los Romanos de vasos de oro que pesaban quinientas libras. Demandaba tambien el Rey, et rogaba con grande instancia al Senado y pueblo Romano que tuviesen por bien de renovar et confirmar con él la misma amistad y confederacion, que habian tenido con su padre. Y para en recompensa de este beneficio él prometia de nunca faltar á su fe, ni romper la amistad por ninguna via, et daba tambien facultad al pueblo Romano que le mandasen todo lo que á un bueno y fiel Rey et compañero honestamente debe ser mandado, lo qual él nunca rehusaria. Porque él reconocia claramente que habia usado con él el Sedo de tanta virtud et humanidad estando en Roma, y habia sido tratado con tanta benevolencia y reverencia de todos los mancebos Romanos, como si todos le tuvieran por Rey et no por rehen en Roma. Respondieron los Romanos muy benignamente á los Embaxadores del Rey Antiocho, et fue mandado á Aulo Atilio Pretor de la ciudad, que renovase con el Rey Antiocho la misma amistad que su padre habia tenido con el pueblo Romano, como él la demandaba. Los Tesoreros de la ciudad recibieron el dinero, et los Censores recibieron los vasos de oro. Al Embaxador

del Rey enviaron un presente de cien mil monedas de metal y le fue dado aposento libre, y asignado cierto salario, para que sin costa suya viviese todo el tiempo que estuviese en la Italia. Los Embaxadores que habian estado en Syria dixeron que el Rey hacia grande honra á este Apolonio et le tenia en mucha estimacion por causa de su virtud, y que era muy amigo del pueblo Romano. Lo que se hizo en las provincias en este año es lo siguiente: El Pretor Cayo Cicereyo en Corcega peleó prósperamente á banderas tendidas. Murieron en la batalla siete mil Corzos, y fueron presos mas de mil y setecientos. Prometió en aquella batalla el Pretor consagrar el templo de la Diosa Juno, que tiene por sobre nombre, Moneta. Despues de esto les concedió la paz, la qual le fue demandada con grande instancia de los mismos Corzos, y les hizo pagar docientas mil libras de cera. Acabada, pues, de sojuzgar toda la provincia de Corcega, Cicereyo se pasó á Cerdeña. Y en los Lygures se dió tambien una batalla en el campo Statiellato cerca de la villa llamada Carysto. En este lugar se congregó muy copioso exército de los Lygures. Al principio quando supieron de la venida del Consul Quinto Popilio, estábanse encerrados dentro de los muros del pueblo. Despues como sintieron que los Romanos querian combatir la villa, ellos se salieron delante de las puertas, et alli ordenaron muy concertadamente sus haces. Por otra parte tampoco el Consul puso dilacion ninguna en la batalla, la qual demandaba mas que otra cosa; y para hacerla venir en efecto, habia hecho la manera de querer combatir el pueblo. Pelearon, pues, pasadas de tres horas enteras sin que de la una parte, ni de la otra se conociese mejoria, ni pudiese ninguno cobrar esperanza de victoria. Quando el Consul vió que los enemigos estaban firmes resistiendo animosamente, y que por ninguna parte se inclinaban ni se movian las enseñas de los Lygures, mandó á los caballeros

que luego subiesen sobre sus caballos, et diesen por tres partes sobre los enemigos con el mayor alboroto et ardimiento que pudiesen. La mayor parte de los caballeros acometió con tanto impetu que pasó por en medio del exército y penetró hasta las espaldas de los que estaban peleando. Viendo, pues, los Lygures el gran poder que sobre ellos venia de refresco, cayó en sus ánimos un pavor et espanto muy grande, que los abatió de tal manera que desamparando el campo esparcidos por diversas partes se pusieron en huida. Muy pocos de ellos se tornaron dentro de la ciudad, porque como vieron que de alli habia salido la mayor parte de la caballeria Romana, pensaron estar menos seguros dentro de los muros, que en el campo libre. En esta batalla tan porfiada perecieron muchos de los Lygures, y los Romanos que fueron en su alcance mataron tambien muchos quando iban huyendo. Dícese que murieron en este combate y seguimiento diez mil hombres de los Lygures, et fueron presos en diversos lugares pasados de setecientos. Tambien ganaron los Romanos ochenta y dos enseñas militares. Esta victoria fue para los vencederes sangrienta, en la qual perdieron los Romanos pasados de tres mil soldados, et como la batalla fue muy porfiada sin querer reconocer ventaja la una parte á la otra murieron de entrambas partes muchas señaladas personas. Despues de esta batalla, los Lygures que habian huido por diversos lugares, como cada uno habia podido hallar el camino libre, tornose á congregar en un lugar, para tomar consejo sobre lo que debian de hacer en caso desesperado. Como vieron que era muerto muy mayor número de ciudadanos de los que quedaban vivos, porque apenas habia diez mil hombres, acordaron de darse libremente et ponerse en la merced de los Romanos. Porque tenian cierta esperanza que el Consul Romno no usaria con ellos de mayor crueldad de lo que habian usado los otros Capitanes Romanos que mas veces

los habian vencido. Pero como el Consul los tuvo en su mano, lo primero que hizo fue quitarles á todos las armas, Despues abatió la ciudad echándola toda por el suelo, et á los mismos hombres con todos sus bienes los vendió en pública almoneda. Esto hecho, escribió letras al Senado haciéndoles saber la próspera victoria que habia alcanzado en la provincia de Lyguria, contando por extenso todo lo que habia hecho. Estas letras leyó en el Senado el Prètor Aulo Atilio, porque el otro Consul Posthumio estaba ocupado en la Campania en reconocer los campos et poner los límites de las posesiones. Este hecho del Consul Popilio pareció cruel al Senado. Decian claramente que los Statiellates solos entre toda la nacion de los Lygures nunca habian tomado armas contra los Romanos, et que entonces tambien habian sido acometidos, et no habian ellos movido la guerra de su propia voluntad, y que habiéndose dado á sí mismos confiando en la fe et clemencia del pueblo Romano, usar con ellos de un exemplo de crueldad extremamente riguroso destruyendo y matando cruelmente á muchos de ellos, et vendiendo en pública almoneda tantos mil hombres inocentes que imploraban el favor et clemencia del pueblo Romano, era por cierto un exemplo muy malo, por el qual movidas las otras gentes nunca querrian sujetarse al Imperio Romano. Estos exemplos de crueldad nunca aumentaron ni confirmaron los imperios, antes los alborotaron et destruyeron. Por tanto juzgó el Senado en el caso presente, que el Consul Marco Popilio tornase el precio que habia recibido por los Lygures, á los que los habian comprado, et ellos fuesen restituidos y puestos en libertad entera, y que trabajase tambien de recobrar por el mismo precio todos sus bienes vendidos, y quantos se pudiesen hallar se restituyesen como á cada uno les tocaba. Mandó tambien el Senado que se les restituyesen las armas que habian perdido; mandó mas, que el Consul se partiese de aquella provin-

cia despues que hubiese puesto en su liberiad et en su antigua estancia á los Lygures, que se habian dado. Porque las nobles victorias se hacen ilustres y claras venciendo á los enemigos que resisten, et no usando de crueldad contra los afligdos que se dan por vencidos. El Consul oido este mandamiento del Senado, quiso usar de la misma ferocidad en resistir y no querer obedecer al Senado, que antes habia usado contra los Lygures. Luego á la hora envió las Capitanias de su exército á Pisa para que invernasen en aquella ciudad, et él despues de concebido una indignacion et odio muy grande contra los Padres et contra los Pretores se tornó á Roma. En llegando á la ciudad luego mandó que se congregase el Senado en el templo de Belona. Estando, pues, todos en esta junta con muchas y muy encendidas palabras reprehendió gravemente al Pretor, diciendo, que tocaba á su oficio hacer celebrar solemnes sacrificios á los Dioses inmortales en señal de ánimo grato et de la reverencia debida por la próspera victoria que contra gente rebelde habia alcanzado, y que de este hecho habia de hacer entera relacion en el Senado; pero que él pervirtiendo su oficio habia hecho al contrario de lo que era obligado, haciendo decreto contra el Consul en favor de los enemigos, para transferir en los Lygures enemigos la gloria et honor que á su victoria era con justo título debida, et que casi habia mandado que el mismo Consul fuese entregado á los Lygures. Demanera que por este hecho él pronunciaba por sentencia que el Pretor debia ser castigado. Allende de esto, rogaba á los Padres que mandasen deshacer el decreto que contra él habian ordenado, y despues que esto fuese hecho como era razon, mandasen que entonces en su presencia se celebrasen las mismas suplicaciones et sacrificios que con justa razon debian celebrarse en recibiendo sus letras et estando él ausente por la próspera victoria que habia alcanzado de sus enemigos, et que es-

tas solemnidades se hiciesen lo primero por la honra et honor debido á los Dioses inmortales, y despues tambien teniendo algun respeto de su virtud, et de la próspera victoria que habia alcanzado. Despues que este Consul hubo declarado harto libremente su sentencia en el Senado, fue reprehendido con graves palabras de los Senadores, no con menor vehemencia et ardimiento que antes habia sido reprehendido estando ausente. Mas el Consul sin alcanzar ninguna de las dos cosas que demandaba se tornó á su provincia.

CAPITULO IV.

De lo que hizo el otro Consul en los limites de los campos de Campania, y del lustro que hicieron los Censores, et de las langostas que vinieron á Apulia, y como se renovaron las contenciones del año pasado.

El otro Consul Posthumio despues de haber consumido todo el verano en reconocer et limitar los términos de los campos, sin haber visto á su provincia se tornó á Roma, porque se acercaba ya el tiempo de las juntas consulares. Llegó á Roma et juntados en la congregacion se eligieron nuevos Magistrados. Lo primero se hicieron Cónsules, Cayo Popilio Lenate, et Publio Elio Lygur. Despues se eligieron Pretores, Cayo Licinio Craso, Marco Junio Penno, Spurio Lucrecio, Spurio Cluvio, Ceneo Sicinio, et Cayo Memmio la segunda vez: este año se hizo lustro. Los Censores eran Quinto Fulvio Flaco, et Lucio Posthumio Albino. Posthumio fue el que tomó la cuenta del lustro. Halláronse por cuenta doscientas y sesenta y nueve mil y quince cabezas de casas de ciudadanos Romanos. Este número fue algo menos de lo que fuera en efecto de verdad, porque el Consul Lucio Posthumio habia mandado públicamente, que los que eran confederados del nombre Latino con-

forme al mandamiento del Consul Cayo Claudio, que se tornasen á sus ciudades, et ninguno de ellos quedase en Roma, y todos fuesen contados en sus propias ciudades. Fue muy concorde este cuento y provechoso para la república. Todos los que fueron quitados del Senado, ó á los que quitaron los caballos, ó hicieron tributarios, ó echaron fuera de su tribu, ó cofradia, fue de comun opinion y consentimiento de todos hecho, et no se halló ninguno que contradixese al otro en persona. Fulvio consagró en Roma el templo de la Fortuna favorecedora de los caballeros, que habia prometido siendo Proconsul en España, estando peleando con las legiones de los Celtiberos; y cumplió este voto seis años despues de haberle prometido. Hizo tambien representar ciertos juegos en quadro en el circo público por un dia entero. Lucio Cornelio Lentulo ministro de las cosas sagradas murió en aquel año. En su lugar fue elegido Aulo Posthumio Albino. Fue tan grande la multitud de langostas que traxo un viento que venia de la parte del mar, y las llevó á Apulia, que eran como espesas nubes que escurecian el cielo, et cubrian tambien gran parte de la tierra. Para quitar esta cruel pestilencia, que estragaba y consumia los frutos de la tierra fue elegido Pretor Ceneo Sicinio, et con imperio y mando enviado á Apulia, para poner remedio en este estrago tan grande. Llevó este consigo infinito número de hombres para coger las langostas, et aunque eran muchos los que en esto trabajaban gastaron harto tiempo en hacerlo. El principio del año siguiente, en el qual fueron Cónsules Cayo Pupilio et P. Elio, fue ocupado et fatigado con las contenciones que quedaban por concluir del año antes. Los Padres querian que se renovase el decreto público, et se pusiese por obra lo que antes habian hecho tocante á los Lygures, et el Consul Elio lo pronunciaba et afirmaba. Popilio era intercesor vehemente por su hermano para con el Senado, et para con el Consul su compañero. Y como casi demostraba que

si otra cosa se hiciese, que él mostraria intercesor, ganó la voluntad del Consul su compañero, que no quiso mas mostrarse contrario. Los Padres tanto mas se enojaban contra entrambos Cónsules, et permanecian firmes en su propósito comenzado. Demanera que al tiempo que se consultaba de la suerte que se habian de repartir las provincias, et como ya se temia el comienzo de la guerra de Perseo la provincia de Macedonia era demandada, y ordenóse que á entrambos los Cónsules fuesen atribuydos los Lygures. La provincia de Macedonia dixeron que no seria dada hasta que fuese ordenado lo que habia de hacer Marco Popilio. Demandaron tambien que pudiesen escribir nuevos exércitos, ó á lo menos añadir algun suplemiento á los viejos; pero lo uno et lo otro les fue negado. Tambien á los Pretores en España que demandaban suplemento para sus exércitos les fue negado, á Marco Junio en la España Citerior, et á Spurio Lucrecio en la España Ulterior. A Cayo Licinio Craso cayó por suerte la jurisdiccion de la ciudad, et á Ceneo Sicinio la extrangera, á Cayo Memmio fue atribuyda la provincia de Sicilia, y á Spurio Cluvio cupo Cerdeña. Los Cónsules por causa de estos repartimientos fueron indignados, et declararon que despues de haber publicado las fiestas Latinas para el primer dia que pudiesen celebrarse, que luego se irian á su provincia, et que no se entremeterian en otros negocios ningunos de la república, sino solamente en lo que fuese necesario para la administracion de las provincias.

CAPITULO V.

De la venida del Rey Eumenes á Roma, et del razonamiento que hizo en el Senado, avisando á los Romanos de los hechos del Rey Perseo de Macedonia, et amonestándolos que tomasen las armas contra los Macedonios.

Escribe Valerio Antias, que durante la gobernacion de estos Cónsules vino á Roma por Embaxador Atalo hermano del Rey Eumenes para descubrir los crimines de Perseo, et para declarar los grandes aparatos de guerra que hacia; pero otros muchos anales, que son dignos de mayor crédito afirman, que vino el mismo Rey Eumenes en persona. De manera, pues, que luego que vino á Roma, fue recibido con tanto honor del Senado et del pueblo Romano, quanto no solamente era debido á su virtud, sino tambien á los grandes beneficios que él habia recibido del pueblo Romano, y con mucha pompa y magestad fue llevado hasta dentro del Senado. Alli él dixo en presencia de los Padres, y de todo el Senado Romano, que la causa porque entonces habia venido á Roma, allende del deseo que tenia de visitar los Dioses, y de comunicar con los hombres, por cuyo beneficio estaba puesto en tal estado, que otro mas eminente él no sabria, ni queria desear, habia sido tambien por avisar con su presencia et palabra al Senado, que le parecia ser honesto, et aun necesario que se moviesen para deshacer los intentos de Perseo, y para resistir á las fuerzas que tenia aparejadas contra ellos. Allende de esto comenzando desde los consejos que tenia pensados el Rey Filipo antes de su muerte, contó por extenso la muerte desastrada et traidora de Demetrio, por haber desaconsejado la guerra contra los Romanos. Dixo mas, como habian hecho salir de su tierra á la

gente de los Bastarnos, en cuya ayuda et fuerzas confiaban para pasar en Italia, y penetrar por fuerza de armas todos los inconvenientes que delante se les pusiesen. Estando, pues, revolviendo estas cosas en su ánimo, fue arrebatado de la muerte dexando en el gobierno del reyno á Perseo, que sabia ser sobre todos los otros hombres enemigo de los Romanos. Demanera que Perseo habiendo recibido la guerra ya comenzada en el ánimo de su padre juntamente con el reyno, lo uno et lo otro como por sucesion hereditaria, él comenzaba ya de nuevo á sustentar et aumentar esta herencia de la guerra procurando confirmarla y apresurarla con todos los consejos, et por todas las vias que podia. Allende de esto, decia que en aquella sazon florecia el reyno de Macedonia de una muchedumbre infinita de animosos y valientes mancebos, que se habian criado durante el tiempo de la luenga paz que habian gozado los Macedonios. Florecia tambien este reyno en riquezas, et en edad. Y como sea verdad que los mancebos en su mocedad florezcan en las fuerzas, et fortaleza de su cuerpo naturalmente, estos eran tanto mas excelentes que los otros, que allende de la flor de su edad en que estaban, eran tambien exercitados et aun endurecidos en el perpetuo uso de la guerra, exercitados en las armas de donde se les recrecia ardimiento et esfuerzo del ánimo que aumentaba et perfeccionaba el robusto vigor de las fuerzas del cuerpo. Decia mas Eumenes que este Perseo desde los primeros años de su niñez era acostumbrado á andar con su padre en las guerras y por todas las partes que iba, et no solamente habia estado con los Capitanes de su padre en las guerras de pequeña importancia contra los pueblos et naciones cercanas de Macedonia, sino tambien se habia hallado presente en las peligrosas empresas contra los Romanos, et sobre todo esto muchas veces le habia enviado su padre á expediciones de guerra arduas et varias. Pues en el poco tiempo que habia poseido el reyno de Macedonia, hallabase

por experiencia, que con una increible felicidad de prósperos sucesos habia acabado muchas cosas de grande importancia, que su padre Filipo nunca pudo traer al fin, aunque habia hecho todas las experiencias asi de fuerza como de engaños, que le habian sido posibles. Aumentabanse estas sus fuerzas et felicidad con la autoridad grande que para con todas tenia, la qual suele ser cobrada et confirmada con espacio de luengo tiempo, et con muchos y muy grandes beneficios hechos á personas señaladas. Porque era verdad que todas las ciudades de Grecia y de Asia temian y reverenciaban su magestad como á cosa muy sublime y eminente. Tampoco se puede ver ni juzgar, por qué causa, por qué beneficios, ó liberalidad suya las gentes le atribuyan tanta dignidad et honra. Ninguno puede afirmar por cosa cierta si esto le acontece por una cierta felicidad et buena dicha suya, ó (lo que él no se atreve á decir) por la envidia que algunas gentes tienen contra los Romanos, se aumenta la gracia et dignidad de Perseo. Allende de esto, constaba que tenia gran favor et amistad intrinseca con muchos Reyes muy poderosos, et su autoridad para con ellos era tanto estimada que se tenian por dichosos los que podian firmar con él su amistad et parentesco. Habiase casado con la hija del Rey Seleuco la qual él no habia demandado, sino antes le rogaron con ella. Tambien habia dado á su hermana al Rey Prusia de Bitinia que le habia rogado muy ahincadamente por haberla. Fueron celebradas las bodas de los unos y de los otros con grandisimas solemnidades, y con presentes innumerables de diversos Embaxadores de muchas partes que á ellas fueron enviados, y al fin fueron acompañadas con gran triunfo de nobilisimos pueblos y ciudades. Procuró Filipo con toda la industria que pudo atraer á su compañia y amistad la gente de los Beotos; pero nunca pudo persuadirles á que quisiesen firmar con él su amistad y alianza. Mas agora en tres partes de la misma provincia tiene Perseo con ellos confede-

racion firmada y sellada por letras patentes. La primera confederacion es hecha en la ciudad de Thebas, la otra en Delos en un templo sunptuosisimo y muy celebrado, la tercera en la Isla de Delphos. Pues en el concilio de Achaya, sino fuera por algunas pocas et señaladas personas que resistieron favoreciendo al imperio Romano, ya fuera la cosa venida á tales términos, que tendria la entrada libre et abierta en la provincia de Achaya. Tambien los honores debidos á Hercules en aquella tierra (cuyos merecimientos et beneficios hechos para con aquellas gentes son tan grandes que no se puede decir, si son mayores los públicos, ó los particulares) al presente los vemos en parte desamparados por la negligencia y menosprecio de los hombres ingratos, et en parte quitados con odio de capitales enemigos. Pues quanto á los Etolos, ¿quién ignora que en el tiempo de sus alborotos et sediciones demandaron socorro y favor á Perseo, et no á los Romanos? Estando, pues, fortalecido Perseo, y rodeado con tantas confederaciones et alianzas de diversas provincias, ya tiene aparejados tan grandes aparatos de guerra dentro de su reyno, que no tiene necesidad de cosa ninguna de las que hay de fuera. Tiene congregados treinta mil hombres de á pie et cinco mi de á caballo gente bellicosa y exercitada. Tiene allegada provision et bastimento de trigo para diez años. De suerte que luengo tiempo podrá sustentar su exército solamente con la provision que ya tiene preparada, sin que tenga necesidad de buscar nuevos bastimentos en su tierra ni fuera de ella. Pues quanto á dineros, tiene tanta suma allegada, que puede con ellos entretener diez mil soldados mercenarios allende del exército de los Macedonios, por diez años enteros, y esto allende de las rentas grandes que se le pagan cada año de lo que se saca de las minas que propiamente pertenecen á la corona real. Sobre todo esto tiene comprada tanta cantidad de armas que para bastecer á tres exércitos enteros tiene llenos los almacenes. ¿Pues qué dire-

mos de la multiud de mancebos fuertes et robustos que puede poner en campo para hacer la guerra? Aunque toda Macedonia fuese agotada, y no pudiese hallar un mancebo solo en su reyno tiene á mano la provincia de Thracia, de donde puede sacar, como de una fuente llena et perenal, todos quantos mancebos fuertes para la guerra él quisiere. Lo demas del razonamiento del Rey Eumenes, fue una amonestacion grave y necesaria para los Romanos; avisándoles de lo que habian de hacer en caso tan peligoso, usando en su razonamiento de semejantes palabras. „No os „digo yo esto, Romanos, habiendolo entendido de rumores „inciertos y levantados con la temeridad del vulgo, que luego perecen con la misma vanidad que se levantan. Tampoco os traigo nuevas facilmente creidas, como persona que „ligeramente cree los crímines del enemigo, porque querria „fuesen verdaderos. Pero tened por cierto, Padres Conscriptos, que lo que os digo es muy cierto et muy probado, „et como testigo de vista yo lo afirmo, no de otra manera „que si yo fuese enviado de vosotros mismos á informarme „de todo el caso como pasa, et despues tornase á contaros „lo que yo he visto con mis propios ojos. Tened por cierto, „Padres Conscriptos, que no quisiera yo dexar mi reyno, „el qual vosotros hicisteis muy grande et glorioso, et pasar por „un camino de mar tan luengo y peligroso, para veniros „atraer nuevas vanas, que no servirian de otra cosa sino de „violar mi fe y hacerme perder el crédito que con vosotros „tengo. Yo veia con mis ojos, que las mas nobles et ricas „ciudades de Asia, et de Grecia de dia en dia iban mas „descubriendo et desnúdando sus juicios, y que estaban en „tales términos que si esta licencia se les permitiese luengo „tiempo llegarian á tal audacia y desverguenza que ya no „habia mas lugar ni remedio para arrepentirse. Veia ya con „mis ojos que Perseo no se queria contener dentro de los „términos del reyno de Macedonia, antes salia ya fuera, et

„ conquistaba algunas tierras por fuerza de armas, et otras „ que no podia sojuzgar por fuerza las abatia y abrazaba con „ su demasiado favor et benevolencia. Consideraba tambien „ quan fuera de razon et de justicia era la suerte de entram- „ bas partes, visto que él movia guerra contra vosotros, y „ vosotros le concedíades á él paz y seguridad, como sino „ hubiese muestras de guerra. Aunque para decir la verdad „ á mí me parece, que al presente no se puede tanto decir „ que apareja la guerra, como afirmar que ya la hace. Pu- „ blicamente ha echado fuera de su reyno á Abrupolo vues- „ tro aliado y amigo. Allende de esto ha muerto cruelmen- „ te á Artetaro Ilirico, que era tambien vuestro amigo y con- „ federado, solamente porque le halló ciertas cartas que él os „ escribia á vosotros. Ordenó tambien que fuesen muertos „ Everca et Calicrito Thebanos, principales de la ciudad, „ solamente porque hablaron libremente contra él en el con- „ cilio de los Beocios, y públicamente declararon que os avi- „ sarian de todo lo que alli pasaba. Envió ayuda á los de „ Bizancio contra las pleytesias y confederaciones hechas. Mo- „ vió guerra pública contra Dolopia. Pasó por la tierra de „ Thesalia y de los Dorides con exército, para que en el „ tiempo que estaban encendidas graves alteraciones en estas „ provincias él ayudase la peor parte et afligiese la mejor. „ Confundió et destruyó todo lo que habia en Thesalia et „ Perhebia, con esperanza de nuevas leyes que se hacian „ por las quales se perdonaban las deudas á los deudores. „ Por esta via pensaba él favoreciendo á los hombres aba- „ tidos et cargados de deudas, teniéndolos por la misma „ ocasion muy obligados, abatir y deshacer con las fuer- „ zas de estos la autoridad de los principales gobernadores. „ Habiendo, pues, hecho Perseo tantas y tan grandes co- „ sas estando vosotros quedos et sufriéndolas, ya le parece „ que le habeis concedido á toda la Grecia, et que tiene de- „ recho en ella como en cosa propia suya, y aun se tie-

„ ne persuadido que no habrá hombre armado que le sal-
„ ga delante ni ose resistirle hasta que sea ya pasado en
„ Italia. Quanto esto sea para vosotros honesto, ó seguro,
„ á vuestra prudencia toca juzgarlo. Es verdad que yo juz-
„ gué, ser cosa muy fea para mí, que soy vuestro amigo
„ y confederado, esperar á que Perseo pasase en Italia pa-
„ ra haceros la guerra, antes que venir yo como aliado y
„ amigo vuestro para avisaros de lo que pasaba, y rogaros
„ diésedes orden en lo que á negocio de tanta importancia
„ cumplia. Habiendo, pues, yo hecho al presente lo que
„ debia necesariamente á mi oficio, et habiendo librado et
„ descargado en vuestra presencia mi fe y lealtad, que otra
„ cosa me resta, sino rogar á los Dioses inmortales que vo-
„ sotros tomeis buen consejo, y le administreis diestramente
„ en lo que toca á la salud comun de todos, et al pro-
„ vecho de vuestra república et de nosotros vuestros amigos,
„ y confederados que colgamos de vuestro esfuerzo y pru-
„ dencia."

CAPITULO VI.

De como fueron oidos en el Senado los Embaxadores del Rey Perseo; y de los odios que entre Harpalo y el Rey Eumenes se conocieron, y de la traicion que este Harpalo ordenó contra el Rey, el qual fuera casi muerto; y como se escaparon los traidores sin poderlos alcanzar los que los siguieron.

Esta habla del Rey Eumenes movió mucho los ánimos de los Padres Conscriptos; pero por entonces ninguna persona pudo saber ni entender cosa de las que en el Senado se trataban. Solamente se decia vulgarmente como era venido el Rey Eumenes, et que habia sido admitido en el Senado. Porque como los negocios eran muy arduos todas las co-

sas estaban cerradas con perpetuo silencio. Pero á la fin despues de acabada la guerra fueron públicas las cosas que dixo el Rey y las que le fueron respondidas. Pocos dias despues de esta habla del Rey Eumenes dió el Senado audiencia á los Embaxadores del Rey Perseo que estaban en Roma. Pero como los Padres Conscriptos, y todo el Senado tenia ya ocupados no solamente los oidos, sino tambien los ánimos con la plática del Rey Eumenes, ninguna de las defensas et excusas que hacian los Embaxadores en favor de su Rey era admitida en los ánimos de los Senadores Romanos. Encendió en mayor ira los ánimos de los Padres la ferocidad et soberbia desordenada de que usaba Harpalo, que era el principal de los Embaxadores de Perseo. Este dixo en el Senado que su Rey queria y tenia propuesto de procurar que se les diese entero crédito en su defensa; pero que si viese que con mayor instancia buscaban de saber mas particularmente la causa de la guerra, que él se defenderia con grande esfuerzo y valor. Que Marte, el Dios de la guerra, era comun para todos, y el suceso de ella incierto; pero que la experiencia y la virtud á la fin declararian cuya fuese la victora. A esta sazon todas las ciudades de Grecia y de Asia estaban en gran cuidado, y deseaban mucho saber lo que habian hecho en el Senado el Rey Eumenes, et los Embaxadores del Rey Perseo. Por causa de la venida de Eumenes, el qual muchos pensaban ser muerto, enviaron algunas ciudades sus Embaxadores pretendiendo algunos negocios, para que so color de embaxada pública, notasen lo que se hacia particularmente. Entre los otros enviaron tambien los de Rodas, porque tenia por muy cierto su Príncipe Satyro, que el Rey Eumenes habia juntado su ciudad como compañera de los crímenes de Perseo. Hallando, pues, este Embaxador de Rodas tiempo y lugar oportuno usó de suelta libertad contra Eumenes con mayor instancia de lo que debia, acusán-

dole que habia incitado los ánimos de los Lycios á que moviesen guerra contra los de Rodas, et que en efecto de verdad era mas grave su imperio en Ásia que habia sido el de Antiocho. Sobre este argumento hizo este Embaxador una habla popular y grata á los pueblos de Asia, porque habia ya subido á tan alto grado el favor de Perseo, que el Embaxador de Rodas en su razonamiento quiso mas ofender al Senado Romano, que á las ciudades de Asia; pero asi como esta habla no fue grata al Senado, asi tampoco fue provechosa para la ciudad. Állende de esto la conspiracion y odio que fue claramente conocido en estos Embaxadores contra el Rey Eumenes, fue causa que el Senado Romano aumentase el amor que con él tenia, y le obsequiasen con ornamentos ilustres de muchas honras y presentes que le hicieron, et entre los otros le dieron una silla que llamaban Curul, y un baston de marfil. Despedidos, pues, los Embaxadores, Harpalo se tornó á Macedonia con la mayor celeridad que pudo, y avisó al Rey Perseo, como habia dexado á los Romanos en tal estado que aun no habian comenzado á aparejar ninguna cosa para la guerra; pero con los ánimos tan indignados y encendidos de odio, que á quanto él podia juzgar, ellos no dilatarian mucho en poner en orden lo que fuese necesario para la guerra. Dixo mas este Embaxador al Rey, que él no solamente creia ser verdad esto que decia, pero aun deseaba que asi fuese. Porque á la hora él estaba en la flor de su edad, y estaba con deseo muy grande de emplear las fuerzas y vigor de su mocedad contra los Romanos. Sobre todas las otras criaturas humanas tenia este Harpalo odio grandísimo contra el Rey Eumenes con cuya sangre queria dar comienzo en aquella guerra. Propuso, pues, en su ánimo de matarle á traicion, et para este hecho buscar medios injustos, asi como el caso era feo y malo. Lo primero que hizo fue sobornar á Evandro Cretense, que era el Capitan

de semejantes ayudas, y con él tambien á otros tres Macedonios que tenian por costumbre y a et por oficio exercitarse en tales maldades. A estos descubre su ánimo y les gana la voluntad para que quieran emplearse en matar al Rey Eumenes por algun medio facil et cierto. La manera que quisieron usar en este acometimiento fue esta: Dieles Harpalo letras para su huéspeda llamada Praxo, que era Princesa de grande autoridad et señora de grandes riquezas, que moraba en la isla de Delfos; porque les constaba claramente que el Rey Eumenes habia de venir á la isla de Delfos para celebrar sacrificios en el templo de Apolo. Partióse, pues, Evandro con sus traidoras espias para poner por obra lo que habian prometido, et para dar fin á una maldad tan grande, no buscaban otra cosa, que oportunidad de lugar; el qual buscaban con diligencia grendísima, rodeando los caminos y considerando todos los encubiertos lugares que podian hallarse. Hallándose, pues, en el lugar llamado Cerrha, determinaron de subir hasta el templo por ver si podrian hallar algun rincon oportuno para lo que deseaban. Andando por este camino, antes que llegasen á los lugares que estaban poblados con muchos edificios, vieron á la mano izquierda una tapia medio derribada, cerca de la qual por la parte de fuera habia un camino tan estrecho, que no podian pasar por él dos hombres juntos á caballo, sino que era necesario pasar uno á uno. De la parte de dentro la tierra de la tapia que se habia caido hacia el lugar algo alto. De manera que se podian esconder detras de las piedras y tierra caida, et levantarse tambien en alto quando quisiesen para ver los que pasaban. Detras de esta tapia determinaron de esconderse, acomodando de tal manera el lugar, que sirviese para tenerlos encubiertos, y haciendo ciertas gradas en la tierra para subir sobre el muro, quando quisiesen, de donde, como de lugar alto y seguro pudiesen echar piedras y saetas sobre los que pasaban

por el camino. Aqui hicieron su manida esperando á que viniese el Rey, el qual sabian cierto que habia de pasar por aquel lugar, porque no habia otro camino. Quando fue, pues, desembarcado Eumenes partiose con sus gentes de á caballo por aquel mismo camino. Venian del mar con él gran número de amigos suyos y de Alabarderos que tenian cargo de la guarda de su persona. Poco á poco como se iba estrechando el camino, asi se iban disminuyendo et estrechando las filas de los caballeros que antes en el campo ancho habian ido juntos. Quando llegaron á la senda estrecha donde necesariamente habian de ir uno á uno, el primero que pasó fue Pantaleon, principal de Etolia, con el qual iba hablando el Rey por el camino. A esta sazon los traidores que estaban atentos por no perder esta oportunidad, quando vieron que pasaba el Rey echaron sobre él dos cantos, el uno de los quales le dió en la cabeza, y el otro le cayo sobre el hombro. Con estos dos golpes cayó el Rey del caballo, et los ladrones como le vieron caido echaron sobre él muchas piedras; lo qual pucieron hacer sin dificultad por ser el lugar alto donde estaban dexandolas caer sobre el Rey caido. Los que venian con el Rey, asi la gente de su guarda como sus amigos, luego que vieron aquel caso tan desastrado que adeshora les habia acontecido, como despavoridos se fueron huyendo unos por una parte et otros por otra. Solo Pantaleon quedó firme y constante poniendo su cuerpo al peligro por defender el cuerpo del Rey. Los ladrones á estra sazon pudieran muy facilmente salir del muro rompido et acabar de matar al Rey que ya estaba herido y maltratado; pero cegolos el juicio divino, que pensando haberle muerto enteramente, no esperaron mas en aquel lugar, sino fuéronse corriendo con gran presteza hasta la cumbre del monte Parnaso. En este camino, como iban corriendo por lugares muy ásperos y fragosos, á caso un compañero de los malhechores no podia seguir corriendo á los

otros, por causa de la aspereza del camino. Los otros, como vieron que por causa de este se tardaba mas su camino de lo que les cumplia para salvarse, temiendo que si algunas gentes viniesen en su seguimiento y prendiesen á este que venia detras, él descubriria á los otros, ellos mismos mataron con sus manos á su compañero por no ser por él descubiertos. Poco tiempo despues, cobrando ánimo los que iban con el Rey, tornaron todos á defender su cuerpo y guardarle; y los primeros que á él llegaron fueron sus amigos, despues la gente de su guarda. Levantáronle del suelo donde estaba, y halláronle que estaba trasportado y sin sentido por causa de la llaga, pero quanto pudieron juzgar asi del color, como del aliento que le salia del corazon, vieron que aun tenia vida. Pero pensar que podria escapar de aquella herida y vivir, no habia esperanza ninguna, ó á lo menos muy pequeña. Algunos de la guarda del Rey, siguieron los malhechores, y despues de haber llegado con grandísima dificultad hasta la cumbre del monte Parnaso, no los hallaron, y así fueron forzados á tornarse sin saber ninguna cosa de aquel hecho. En este hecho cometieron los Macedonios una maldad, que así como fue comenzada sin consejo et temeridad, de la misma manera fue dexada locamente, y con temor. Ya habia tornado en sí el Rey, et cobrado el sentido, quando sus amigos le tomaron el dia siguiente, y asi mal dispuesto como estaba le pusieron en la nao. Luego se partieron por mar de alli á Corinto. Desde Corinto pasando las naos por la altura de Isthmo pasaron hasta Egina. En esta ciudad se puso en cura el Rey Eumenes tan secretamente, que no permitia que ninguna persona fuese admitida al aposento donde él estaba; porque las gentes pensasen que él era muerto, y llegase la fama de su muerte á Asia, para conocer en esta coyuntura los ánimos de las gentes, como cierto se descubrieron. Porque es verdad que Atalo su hermano creyó mas

presto ser verdadera la fama de su muerte de lo que convenia á la concordia debida á su propio Señor y hermano; porque luego habló con la muger de su hermano y con el Alcayde de la fortaleza con tanta audacia et atrevimiento, como si fuera ya sin ninguna duda heredero del reyno. Todas estas cosas no las ignoró despues Eúmenes, el qual fue de ellas muy bien informado. Y aunque es verdad que al principio habia deliberado disimular, y pasar con silencio blandamente por aquella injuria del hermano, todavia no se pudo reprimir la primera vez que le vió, que no le zahiriese asperamente la demasiada priesa que habia tenido en demandar á su muger, y la herencia del reyno. Tambien llegó hasta Roma la fama de la muerte de Eúmenes.

CAPITULO VII.

De la venida del Embaxador Marco Valerio á Roma, y como traxo consigo á la hechicera de Delfos, Praxo, y tambien al Príncipe de Brundusio Rammio, el qual descubrió la maldad que queria executar por sus manos el Rey Perseo de Macedonia contra los Romanos. Y de lo que el Senado ordenó para los comienzos de la guerra de Macedonia, y de como el Rey Ariarates envió su hijo á los Romanos para que le criasen en Roma.

En este mismo tiempo tornó á Roma el Embaxador Cayo Valerio, que habia sido enviado á Grecia para ver la tierra, y para considerar las cosas que hacia, y los consejos que tomaba el Rey Perseo, et todo lo que contó de las novedades que habia visto y entendido en aquella tierra, fue muy conveniente con todos los crímenes que habia dicho en el Senado el Rey Eumenes. Este mismo Embaxador traxo tambien consigo á Roma desde la isla de Delfos

á la huéspeda llamada Praxo, cuya casa era una cueva de ladrones, y recurso donde se acogian todos los malhechores, á los quales ella guardaba encubiertos. Traxo tambien con ella á Lucio Rammio Brundusino, que fue el descubridor de esta maldad. Este Rammio fue Príncipe de Brundusio, y solia recibir en su casa tanto á todos los Embaxadores Romanos, quanto á los otros Legados y señaladas personas que venian de diversas tierras y naciones, y principalmente daba acogimiento á los Embaxadores reales. A esta causa tenia muy particular noticia del Rey Perseo, aunque siempre habia estado ausente, y nunca el uno habia visto al otro. A esta causa el Rey le escribió cartas, por las quales le ofrecia su amistad, et para comunicar sobre cosas de importancia, que no buenamente se escriben por cartas, le rogaba se llegase á Macedonia, prometiéndole de aumentar la dignidad de su estado. Vistas estas letras partióse Rammio de Brundusio para donde estaba el Rey. Fue muy bien recibido, et en breve tiempo fue tan familiar y cabido, que comunicaban con él casi los mas interiores secretos mucho mas de lo que él deseaba. El Rey le rogó con grande instancia quisiese condescender á sus ruegos en lo que tenia propuesto demandarle, y si lo pusiese por obra en recompensa de aquel servicio le prometia grandísimos premios. Lo que el Rey le demandaba era, que pues todos los Embaxadores, et Príncipes Romanos se aposentaban en su casa, que hiciese dar veneno á algunos de ellos, cuyos nombres él le daria por escrito. Decíale mas el Rey que por la comparacion de otros él sabia ser este negocio lleno de dificultad et peligro, principalmente si se comunicase con muchas personas. Allende de esto, que el suceso de estas cosas no solia siempre ser cierto ni tal como los hombres imaginan antes que lo pongan por obra. Porque muchas veces, ó no se da el veneno de tanta eficacia quanto es necesario para acabar de una vez lo que se comienza, ó no

se usan medios seguros para encubrir el caso. Pero que él le mostraria tal remedio et tal via, que ni en dar el veneno, ni en la virtud del mismo habria indicio ni rastro de sospecha, ni tampoco falta de hacer tal efecto, y operacion qual deseaban. Oida esta respuesta del Rey, temiendo Rammio lo que era verdad, que si negaba de hacer lo que queria, él seria el primero que probase la fuerza del veneno. A esta causa, prometió al Rey de hacer lo que mandaba, y con esto partióse para su patria, y no quiso llegar á Brundusio antes de haber primero comunicado con Cayo Valerio, Embaxador de los Romanos, que por entonces estaba cerca de Calcide. A este descubrió por extenso el secreto de todo lo que habia pasado con el Rey, y por consejo de este Embaxador, Rammio se vino con él á Roma, et entrando en el Senado, en presencia de los Padres declaró todo lo que pasaba: demanera que estas maldades se aumentaron sobre los otros crimines que habia dicho el Rey Eumenes. Y confirmandose mas los Romanos en su opinion, et en el aviso de Eumenes, esto fue causa que tanto mas presto y con mayor confianza juzgasen á Perseo por capital enemigo. Pues que veia claramente ya por muchas experiencias, que Perseo hacia en efecto la guerra; pero no justa ni con ánimo real y magnifico confiando en su virtud, sino como persona abatida usaba de infames artes, no dudando de acometer todas las maldades, latrocinios, y hechizos que en el hombre mas malo de los malos pueden hallarse. Determinaron, pues, los Romanos sin dilacion de hacer muy de veras esta guerra, la administracion et cargo de la qual fue remitida á los nuevos Cónsules. Pero por la hora presente, ordenó el Senado que el Pretor Ceneo Sicinio, cuya jurisdiccion se extendia sobre los ciudadanos, y sobre los extrangeros, hiciese luego gente de guerra, la qual con el primer viento partiese para Brundusio, y de alli luego pasase á Apolonia et á Epiro para ocupar las ciudades que están al luengo del mar, donde

pudiese el Consul, á quien cupiese por suerte la provincia de Macedonia, aportar con su armada, y tuviese puertos seguros, et lugares para las naos, y para sacar en tierra las gentes de guerra. El Rey Eumenes se detuvo algun tiempo en la ciudad de Egina ocupado en su cura harto dificultosa y peligrosa. Pero luego que se sintió un poco bien dispuesto, se partió para Pergamo, aumentando siempre en su ánimo el odio grande y antiguo, que habia siempre tenido contra Perseo por causa de la maldad presente. Y para tomar venganza entera con todas sus fuerzas aparejaba cruel guerra contra los Macedonios. Los Romanos le enviaron desde Roma sus Embaxadores, y le hallaron en aquel lugar, por los quales le hacian saber lá grande alegria que habian recibido en haberle Dios librado de tan grave peligro, y haciéndole todos los ofrecimientos de amor et benevolencia que podian. Por aquel año se dilató la guerra de Macedonia. Y á esta sazon como todos los otros Pretores ya eran idos á sus provincias, Marco Junio, et Spurio Lucrecio, á los quales habian caido por suerte las provincias de España, fatigaron de nuevo al Senado que tuviese por bien de les dar algun suplimento de su exército. Pudieron tanto sus ruegos importunos, que vencieron los ánimos de los Senadores, et á la fin ordenaron que se les diese suplimento para sus exércitos de tres mil hombres de á pie, y ciento y cincuenta de á caballo. Esto se entiende para las legiones Romanas, et mas fue ordenado que los aliados Romanos les proveyesen de cinco mil hombres de á pie, et trescientos de á caballo. Este nuevo exército llevaron á España los Pretores nuevos. En este mismo año porque despues del reconocimiento del Consul Posthumio la mayor parte de la tierra de Campañia, que los hombres particulares sin derecho ninguno habian luengo tiempo poseido, á la fin era ya cobrada y declarada por pública. Marco Lucrecio Tribuno del pueblo mandó que los Censores tuviesen cargo de arrendar aquellas posesiones, para el uso et prove-

cho de las gentas, lo qual no habia sido hecho en tantos años despues que fue presa Capua: en tanto grado se habia extendido la desordenada licencia et apetito de usurpar lo ageno de los hombres particulares. Estando, pues, el Senado de esta manera que decimos, esperando la guerra, aunque á esta sazon no era publicada, estaba ya enteramente determinada, y para ella se hacian todos los aparejos necesarios, ordenando entre sí las naciones á quien habian de seguir en esta guerra, juntaronse muchos Reyes amigos, y aliados del pueblo Romano que seguian su partido, et otras gentes que favorecian á Perseo, los unos et los otros conforme á sus amistades, y antiguas confederaciones. A esta sazon vinieron á Roma los Embaxadores del Rey Ariarates que traian consigo al hijo del Rey heredero del reyno. La embaxada de estos fue honesta, y llena de amor y paz. Decian que por quanto era notoria por todos los fines de la tierra la virtud, y justicia del pueblo Romano, el Rey Ariarates les enviaba su hijo rogándoles que tuviesen por bien de tenerle en su custodia, y enseñarle desde sus tiernos años todas las buenas costumbres, y principalmente la virtud y severa justicia que los Romanos solian usar en todos los negocios que administraban. Allende de esto les rogaba que le quisiesen tener en su ciudad para que viviese et conversase con los hombres Romanos no como hombre extrangero y peregrino en lugares, ó estancias de personas particulares, sino como aliado y amigo, que debaxo de la pública fe et autoridad del pueblo Romano fuese guardado, et tratado conforme á la dignidad de su persona, y á la amistad que deseaba tener perpetua con los Romanos el Rey su padre. Esta embaxada del Rey fue muy grata á todo el Senado. Ordenóse luego que el Pretor Ceneo Sicinio le hiciese aparejar una casa muy buena, y bien aderezada, donde el hijo del Rey fuese aposentado con sus compañeros, y con las personas que con él venian. Tambien á los Embaxadores de los Thraces que entre sí estaban

altercando, y demandaban como en competencia la amistad del pueblo Romano, fueles otorgado á todos lo que demandaban, et á cada uno de ellos fue dada la suma de dos mil monedas de metal. Holgóse mucho el Senado et pueblo Romano de esta amistad, porque estos pueblos de Thracia estaban á las espaldas de Macedonia lugar muy oportuno para los Romanos, para tener los suyos en aquella tierra seguros, y molestar muy de cerca los enemigos en aquella guerra que se aparejaba. Tambien para considerar los negocios de Asia, y de las Islas, et para dar orden en lo que en todo cumplia enviaron dos Embaxadores á aquellas tierras, que fueron Tito Claudio Neron, et Marco Decimio. Mandáronles que lo primero fuesen á la Isla de Creta, y á Rodas asi por renovar y confirmar la amistad antigua que con aquellas naciones tenian, como por considerar con atencion lo que hacian, y entender si los ánimos de aquellas gentes habian sido solicitados del Rey Perseo.

CAPITULO VIII.

Del terremoto que se levantó en Roma, et del rayo que partió por medio la columna del Capitolio, y de los otros milagros monstruosos que de otras partes se denunciaron, y de como fue aplacada la ira divina con sacrificios públicos. De la nueva guerra que el Proconsul Popilio hizo contra los Lygures, y mató diez mil de ellos, y de como fueron restituidos en su libertad los Lygures por decreto del Senado.

Estando, pues, la ciudad suspensa y ocupada con la esperanza de la nueva guerra levantóse de noche un terremoto et tempestad tan grande, que cayó un rayo del cielo y partió por medio desde lo alto hasta lo baxo una columna aguda que estaba en el Capitolio, que habia sido alli

puesta en el tiempo de la guerra Africana, gobernando en Roma el Consul que habia tenido por su compañero á Servio Fulvio. Este caso fue juzgado por milagroso y aun monstruoso, et como tal se propuso en el Senado. Los Padres lo remitieron á los Auruspices, y mandaron que los diez varones que tenian cargo de las cosas sagradas visitasen los libros Sibylinos, conforme á cuya doctrina fuesen purificadas aquellas malas señales. Los diez varones mandaron que se purificase todo el pueblo, y que se hiciesen grandes oraciones et plegarias á los Dioses, y despues de esto se celebrasen grandes y solemnes sacrificios asi en Roma dentro del Capitolio, como tambien en Campania en el promontorio que es llamado de Minerva. Mandaron mas que se hiciesen muy solemnes fiestas en honor del alto Júpiter el primer dia que pudiesen celebrarse. Todas estas cosas se hicieron con mucha orden, y con singular diligencia, et despues de hechas los Auruspices pronunciaron que aquella señal seria muy próspera para el pueblo Romano, et que denotaba que los términos de su imperio serian aumentados, y los enemigos vencidos y destruidos, porque aquellas enseñas que la tempestad habia derribado habian sido alli puestas de los despojos de los enemigos. Aumentáronse tambien á esta otras señales que movieron los ánimos de los hombres á religion mas entrañable, porque vinieron nuevas como en la tierra Saturnia dentro del pueblo habia llovido sangre por espacio de tres dias. En Calacia nació un asno con tres pies, y un toro con cinco vacas perecieron tocados de un golpe de rayo. En Oximo llovió tierra. Tambien por causa de estos milagros monstruosos, se celebraron muchos sacrificios, procesiones y oraciones que duraron un dia entero. A esta sazon los Cónsules no eran partidos para sus provincias, porque aun no se ponia por obra lo que el Senado habia mandado tocante al negocio de Marco Popilio, y los Padres estaban determinados á no hacer otro decreto hasta que primero este fuese

cumplido. Aumentóse mas la envidia et odio contra Popilio por causa de sus mismas letras, por las quales escribia como siendo Proconsul habia peleado de nuevo otra vez contra los Lygures Stateliatos, et que habia matado en la batalla diez mil de ellos, et que movidos por la crueldad de esta guerra habian tomado las armas todos los otros Lygures. Entonces no era solamente reprehendido Popilio estando ausente por haber hecho la guerra contra todo derecho, y contra los que ya se habian dado, et los habia incitado con su crueldad á rebelarse estando de antes apaciguados; pero aun eran tambien acusados los Cónsules de todo el Senado porque no se habian partido para sus provincias. Encendidos, pues, con este firme propósito de los Padres, Marco Marcio Servio y Quinto Marcio Scila Tribunos del pueblo, y tambien los Cónsules pronunciaron que se les pondria grave pena sino se partiesen para sus provincias, y leyeron tambien en el Senado la ley que habian determinado publicar tocante al negocio de los Lygures que se habian dado. El tenor de la ley era este: "Que todos y qualesquiera Lygures de los Stateliatos que se habian dado, y no fuesen restituidos et puestos en su libertad entera el dia último de Julio, que el Senado prometia y juraba que proveeria de personas que se informasen del caso, et castigaran gravemente á quien quiera que fuese causa de la servidumbre de los tales." Despues por autoridad et decreto del Senado publicaron esta ley. Antes que los Cónsules se partiesen para sus provincias, dióse audiencia á Cayo Cicerio Pretor del año pasado en el templo de Belona, donde se juntó el Senado. Este declaró en presencia de todos las obras nobles que habia hecho en Corcega, por las quales rogó al Senado le fuese concedido solemne triunfo como á los otros nobles Capitanes.

El Senado aunque aprobó la administracion de aquella provincia, no por eso quiso permitirle triunfo público,

porque no juzgaba sus hechos, aunque virtuosos, ser dignos de solemnidad tan grande. Vista esta deliberacion del Senado, determinó de triunfar él mismo en el Monte Albano, la qual costumbre ya era recibida en Roma todas las veces que era el triunfo público negado. La ley Marcia de los Lygures con gran consentimiento fue aprobada et confirmada de todo el pueblo. Despues de confirmado este decreto el Pretor Cayo Licinio pregunto al Senado, quien queria que fuese el executor de aquella ley. Los padres le respondieron que él mismo fuese el que tomase el cargo de informarse, y de poner en execucion todo lo que en la ley se contenia. Esto hecho los Consules se partieron para sus provincias, et tomaron el exército de Marco Popilio. A esta sazon Marco Popilio no osaba tornar á Roma, porque no se procediese contra él rigurosamente, pues que sabia que se habia de tratar su causa en presencia del Senado que era su adversario, et en presencia del pueblo que tambien la aborrecia, et delante del Pretor á quien habia dado cargo el Senado que hiciese la execucion del negocio. Vista esta pertinacia de Popilio los Tribunos del pueblo acordaron de poner en ella remedio con una ley nueva que contra él establecieron. La ley era de este tenor: » Que si Popilio no entrase dentro de las puestas de » Roma el dia doce del mes de Noviembre, que Cayo Licinio » procederia contra él estando ausente, et pronunciaria la sen» tencia con la misma severidad que si se hallase presente.» Con el vinculo et rigor de esta ley le traxeron á Roma, et con vergüenza muy grande suya, y odio de todas las gentes entró en el Senado. Alli fue mal tratado con gravisimas reprehensiones de muy señaladas personas. Despues se ordenó por decreto comun de todo el Senado, que todos los Lygures, que no habian sido enemigos del pueblo Romano despues de la administracion de los Cónsules Quinto Fulvio, et Lucio Manlio, al presente los Pretores Cayo Lucinio, y Ceneo Sicinio los hiciesen restituir en su antigua libertad, et

ninguno de ellos padeciese servidumbre. Allende de esto, que el Consul Cayo Popilio atribuyese á cada uno cierta medida de tierra allende la ribera del Pado. Con este decreto público fueron restituidos en su libertad muchos millares de hombres, et á todos los que pasaron allende del Pado fue asignada cierta medida de tierra. Marco Popilio por causa de la ley Marcia fue constreñido á defender dos veces su causa en presencia de Cayo Licinio. A la tercera vez del Pretor teniendo respeto á la gracia et dignidad del Consul que estaba ausente, et al linage de los Popilios, vencido de los ruegos de muchos buenos, mandó que á los quince dias andados del mes de Marzo el culpado Popilio se hallase presente, en el qual dia habian de ser celebradas las fiestas de los nuevos Magistrados, et que no insistiese mas en defender su partido pues que dende en adelante habia de ser hombre particular. De esta manera, pues, la ley de los Lygures fue disimulada, et concluida por arte ingeniosa.

CAPITULO IX.

De las quejas que propusieron en el Senado los Embaxadores Cartagineses contra el Rey de Numidia Masinisa, y de la embaxada de Gulusa hijo de Masinisa contra los Cartagineses, et de lo que sobre ello el Senado acordó que se hiciese.

En este mismo tiempo vinieron á Roma los Embaxadores Cartagineses, et tambien Gulusa hijo del Rey Masinisa. Entre estas dos partes hubo grandes contenciones et alteraciones en el Senado. Quejábanse gravemente los Cartagineses de Masinisa, diciendo, que allende de las tierras que los Embaxadores Romanos le habian atribuido por orden del Senado, despues de considerados en presencia los límites de las tierras, el mismo Rey Masinisa en el espacio de dos años

pasados les habia tomado por fuerza de armas pasadas de setenta villas, lugares, et castillos, que sin controversia ninguna pertenecian á la jurisdiccion de los Cartagineses. Lo qual él podia hacer facilmente confiando en el favor del pueblo Romano; et no teniendo respeto á persona. Con todo esto los Cartagineses callaban sin decirle palabra, ni hacerle daño, considerando que estaban obligados con vínculo de firme alianza, á no salir armados fuera de los términos de su tierra, aunque sabian muy bien que dentro de los fines de su jurisdiccion podrian hacer la guerra si echasen fuera de ellos á los Numidas que los ocupaban; pero que no se atrevian á hacerlo por causa de una condicion contenida en las capitulaciones de paz, por la qual prometieron claramente que no tomarian armas contra ningunas ciudades, ó Príncipes confederedos del pueblo Romano. Mas al presente habia crecido en tanto grado la soberbia, la crueldad, et la avaricia de Masinisa, que ya no lo podian mas sufrir los Cartagineses. Por tanto que eran enviados de su república, expresamente para rogar con mucha instancia al Senado Romano, que tuviese por bien de concederles una de tres cosas, que al presente propondrian. La primera, que quisiesen admitir en su juicio el conocimiento de toda la causa, para que ellos juzgasen igualmente, et sin aficcion de partes lo que á cada uno pertenecia. La segunda, que sino querian ellos ser los jueces de esta causa permitiesen á lo menos que contra las injustas injurias et armas que movia contra ellos Masinisa, pudiesen defenderse los Cartagineses con justa et santa guerra. La tercera, que sino les placia la condicion primera ni la segunda, et si querian que valiese mas en su juicio la gracia qne la verdad, que ellos ordenasen de una vez que, et quanto querian que diesen de sus tierras á Masinisa, sin que de derecho le tocase ninguna cosa de ellas; porque ellos sufririan con mejor ánimo esta injuria, et darian lo que el pueblo Romano ordenase, pues que de esta manera sabrian á lo menos

lo que daban, et quando et como serian libres de tantas tiranias. Porque de otra manera se tenian por ciertos que Masinisa jamas pondria fin á su desordenada avaricia. Decian mas los Embaxadores Cartagineses, que si no podian alcanzar del Senado Romano alguna de estas condiciones, cada una de las quales era justa et moderada, et despues se hallase alguna falta suya contra las capitulaciones de paz acordadas con Publio Scipion, que este tal delito los Romanos le habian de imputar á sí mismos et no á los Cartagineses. Porque ellos estaban deliberados de padecer antes segura servidumbre debaxo del Imperio Romano, á quien reconocerian por Señor, que conservar el nombre solo de su libertad, siendo en efecto de verdad sujetos á las injurias de Masinisa. Pues que era muy mejor para ellos perecer de una vez, que vivir medio muertos debaxo de la servidumbre et albedrio de un cruelísimo verdugo. Despues de dichas estas palabras se postraron en tierra derramando lágrimas de sus ojos, et estando asi postrados rogaron á los Romanos que no se moviesen mas á misericordia para poner remedio en sus males, quanto á justicia para castigar las injurias del Rey Masinisa. Oidas estas querellas de los Cartagineses, antes que se les diese respuesta, quiso el Senado oir lo que Gulusa respondia á las graves quejas que contra su padre se proponian. Y si á él le pareciese mejor declarase primero la causa por qué era venido á Roma, et las nuevas que traia de parte de su padre. Gulusa respondió que no le parecia cosa facil dar respuesta sobre negocios que no le habian encomendado, ni que tampoco su padre pudiera darle cargo de este negocio, pues que enteramente ignoraba por qué causa los Embaxadores Cartagineses eran venidos á Roma, ni lo que habian de tratar en el Senado, et lo que mas es, tampoco sabia que los Cartagineses viniesen con embaxada á los Romanos, ni ellos le hicieron saber que enviaron sus Embaxadores á Roma. Mas

que era verdad que algunos dias despues ellos habian entendido como los Cartagineses habian tenido un consejo muy secreto en el templo de Esculapio que habia durado no sé quantas noches, en el qual se hallaron presentes muchos Príncipes, et que despues de este concilio habian enviado secretamente sus Embaxadores á Roma. Y que esta era la causa por qué su padre le habia enviado entonces para rogar al Senado que no diese crédito ninguno á cosa que dixesen los Cartagineses, pues que sabian ser comunes enemigos de entrambos. Y que si algun crimen contra él propusiesen, tuviese por cierto el Senado ser cosa fingida et falsa, et que solamente tenian odio con él por cansa de la grande constancia et fe que siempre guardaba en la amistad del pueblo Romano. Oidas, pues, las embaxadas et querellas de entrambas partes, el Senado despues de habida su deliberacion sobre las querellas de los Cartagineses, mandó que se les diese tal respuesta. Que placia al Senado que Gulusa se partiese luego sin detenimiento para Numidia, et que dixese á su padre que enviase luego sus Embaxadores al Senado para responder á las injurias de que se quejan los Cartagineses, et que se haga tambien saber á los Cartagineses para que ellos vengan juntamente, et sea conocida la causa de entrambas partes, et deshecho el tuerto de quien le padeciese. Que si algo pudiesen los Romanos hacer para aumentar la honra et dignidad de Masinisa, antes lo habian hecho, et despues tambien lo harian en todas cosas justas et honestas. Pero que estaban deliberados de no violar la justicia por gratificar á persona, et que querian que las tierras fuesen poseidas de aquellos á quien de derecho pertenecian, et no de los que por injuria et fuerza las hubiesen usurpado. Decian mas, que no querian establecer nuevos términos en las posesiones, sino que tenian propuesto de conservar et defender los límites antiguos sin que se hiciese injuria á persona. Que ellos habian concedido á los Cartagi-

neses ya vencidos sus ciudades et tierras, para que fuesen suyas libremente, et no para que les fuesen quitadas en tiempo de paz injustamente; pues que ellos por justicia et derecho de buena guerra no habian querido quitárselas. De esta manera fueron despedidos, y á Gulusa, y á los otros fueron dados nobles presentes conforme á la costumbre Romana, et fueron muy bien tratados, usando con ellos de todos los oficios de humanidad que con semejantes personas suele usarse.

CAPITULO X.

De como fueron oidos los Embaxadores Romanos con grande indignacion del Rey Perseo, y de como ellos le renunciaron la paz, et se rompió la guerra entre los Macedonios y los Romanos. Y de la querella que propusieron en el Senado los Embaxadores de los Isenses contra el Rey Gencio de los Ilyrios, y de como los Romanos enviaron sus Embaxadores á Ilyrico.

En este mismo tiempo tornaron los Embaxadores que se habian enviado á Macedonia para demandar las cosas que pertenecian á losRomanos et para renunciar al Rey su amistad. Estos Embaxadores fueron Ceneno Servilio Cepio, Apio Claudio Centho, Tito Annio Lusco. Estos con las nuevas que traxeron encendieron á indignacion contra Perseo el Senado que antes de su propia voluntad estaba movido á ira. Relataron por extenso todo lo que habian visto et oido. Decian que por todas las ciudades de Macedonia por donde habian pasado, habian visto como con grandísima diligencia todas se aparejaban para la guerra. Quando llegaron donde estaba el Rey hiciéronles esperar muchos dias antes que pudiesen hablar con él ni decir á lo que venian. A la fin como viesen que no hallaban remedio de cumplir su embaxada, per-

diendo la esperanza de poder hablar al Rey, se partieron. Despues de partidos fueron llamados del camino et llevados ante el Rey, en cuya presencia propusieron su embaxada, la suma de la qual fue esta: Que la confederacion et alianza que el Senado et pueblo Romano tenian hecha con el Rey Filipo su padre, despues se habia renovado con él mismo despues de la muerte del padre. En la qual confederacion con claras palabras está escrito, que no puedan los Mocedonios tomar armas para hacer la guerra fuera de los límites de su reyno. Tambien le era defendido que no pudiese hacer guerra contra los confederados del pueblo Romano. Despues le relataron por orden todo lo que el Rey Eumenes habia contado en el Senado, lo qual hallaban por experiencia ser verdadero. Dixéronle mas, como era notorio que en Samotracia habia tenido un concilio secreto que habia durado muchos dias, en el qual se habian oido muchas embaxadas de las ciudades de Asia. Por haber violado los pactos juzgaba el Senado ser justo et honesto, que el Rey Perseo restituyese tanto á su república, quanto á sus aliados et confederados las cosas et personas que tenia usurpadas contra las capitulaciones de la confederacion hecha primero con su padre, et despues por él confirmada. Oidas estas palabras de los Romanos el Rey se encendió de ira, et habló muy soberbiamente acusando muchas veces de avaros et de soberbios á los Romanos. Diciendo que venian siempre de Roma unos Embaxadores sobre otros, como gente ociosa y maliciosa, solamente para asechar et especular sus dichos et sus hechos; porque era tanta su soberbia que se persuadian que el Rey no habia de hacer ni decir otra cosa de lo que ellos tuviesen por bueno. Despues de haber dicho muchas palabras injuriosas, et gastado mucho tiempo en denuestos, á la fin mandó que los Embaxadores Romanos por entonces se saliesen, et que tornasen el dia siguiente, porque les queria dar la respuesta que habian de

llevar á Roma por escrito. Hicéronlo como les fue mandado, et el dia siguiente les dieron tal respuesta por escritura: Que la confederacion hecha con su padre á él no le tocaba por ninguna via. Es verdad que él permitió que fuese renovada, lo qual hizo, no porque aprobase aquellos contratos, sino porque en la nueva posesion del reyno fue forzado á sufrir mas cosas que las que despues hallaba por experiencia ser convenientes á la prosperidad de su Reyno et á la magestad de su persona; pero que si querian acordar con él los Romanos un nuevo asiento, que él era contento; mas que era necesario que constase primero entre ellos quales habian de ser las condiciones. Y si juzgasen los Romanos ser conveniente que se hiciese una confederacion con iguales pactos, que en tal caso él tomaria consejo sobre lo que debia hacer, et tambien pensaba que ellos procurarian de tener respeto al provecho de la república. Con estas palabras el Rey se salia de la sala, et comenzaban tambien á ir fuera del palacio todos los que se habian hallado presentes. A esta hora los Embaxadores Romanos le renunciaron la amistad et alianza que con él tenian. En oyendo esta palabra el Rey se encendió de ira, et se quedó pasmado sin hablar palabra. Poco tiempo despues pronunció con clara voz, que dentro de tres dias saliesen fuera de los términos de su reyno. Con esto se partieron, et afirmaron que en todo el camino, ni á la ida ni á la venida, ni á la estada no se les habia hecho ningun beneficio ni buen tratamiento. Despues de estos fueron oidos los Embaxadores de los Tehsalianos et de los Etolos. Al Senado le pareció ser necesario que se escribiesen letras á los Cónsules por las quales fuesen avisados que hallándose desocupados entrambos, ó el uno de ellos viniese á Roma al tiempo que se hubiesen de elegir los nuevos Magistrados, para que supiese la república quales eran los Capitanes que tenia, et los que se habian de escoger para aquella guerra. En aquel año no

hicieron los Cónsules grandes cosas que sean dignas de memoria, porque la mayor parte del tiempo gastaron en libertar y apaciguar á los Lygures, lo qual fue provechoso para la república. Estando, pues, en la mano la guerra de Macedonia, vinieron los Embaxadores de los Isenses, los quales hicieron tambien sospechoso á Gencio Rey de los Ilirios. Quejábanse lo primero estos Embaxadores Isenses, que Gencio habia ya dos veces talado sus campos et destruido sus tierras, et allende de esto, afirmaban tambien que el Rey de Macedonia et el Rey de los Ilirios vivian con una misma opinion, et eran de un mismo ánimo, et que juntos de comun consentimiento aparejaban la guerra contra los Romanos. Afirmaban mas, que los Embaxadores de los Ilirios que estaban en Roma, eran verdaderas espias, que so color de embaxada, venian solamente á notar lo que se hacia, et que por consejo et autoridad de Perseo eran enviados para que él fuese siempre avisado de lo que en Roma se hacia. Los Ilirios fueron llamados al Senado, los quales en entrando dixeron que eran Embaxadores del Rey Gencio de los Ilirios enviados al Senado para disculparse de los crímenes que contra ellos propusiesen los Embaxadores de los Isenses. Entonces les preguntaron, ¿por qué causa, luego que llegaron á Roma, no habian hablado con el Magistrado, para que conforme á la costumbre Romana les fuesen asignados honestos aposentos como se solia hacer á los otros Embaxadores; porque ya se sabia como ellos eran venidos, et tambien la causa sobre que eran venidos? A esta pregunta se hallaron confusos los Embaxadores, et no se les ofreció respuesta honesta con que pudiesen excusarse. Entonces los mandaron salir fuera del Senado, y poco tiempo despues se les dió la respuesta como á Embaxadores, diciendo, que pues ellos no habian querido hablar con el Magistrado, para que los llevase al Senado, tampoco á ellos les placia darles entera audiencia. Juzgaron tambien ser ne-

cesario enviar sus Embaxadores al Rey, para hacerle saber quales de los confederados del pueblo Romano se quejaban que él les habia talado et destruido sus tierras, et que si asi era que hacia injustamente; pues que siendo él amigo et aliado no era honesto que tambien hiciese injuria á ninguno de sus confederados. Para esta embaxada fueron nombrados, Aulo Terencio Varron, Cayo Pretorio, et Cayo Cicereyo.

CAPITULO XI.

De lo que traxeron de nuevo los Embaxadores Romanos que tornaron de Asia, y de lo que ordenó el Senado que se aparejase para la guerra de Macedonia, asi de naos de armada, como de gente de guerra, y de como se celebraron las juntas consulares, et fueron elegidos nuevos Magistrados.

Casi por aquel tiempo tornaron á Roma los Embaxadores de Asia, que habian sido enviados con embaxada á los Reyes aliados et compañeros del pueblo Romano. Las nuevas, que traian, eran como habian hablado con el Rey Eumenes en Asia, et con el Rey Antiocho en Syria, y con el Rey Ptolomeo en Alexandria, que todos ellos juntos habian sido muy solicitados et fatigados con las embaxadas de Perseo; pero que aprovecharon poco sus artes, et que todos estaban y querian permanecer firmes et constantes en la amistad del pueblo Romano, y que todos prometian que luego pondrian por obra con mucha diligencia todo lo que el pueblo Romano les mandase. Allende de esto dixeron haber tambien visitado las ciudades aliadas, et que á todas las habian hallado de comun opinion fieles y constantes en la fe prometida; pero que solamente los de Rodas estaban un poco vacilando, y los habian hallado llenos de los consejos de Perseo. Vinieron tambien á esta sazon á Roma los Em-

baxadores de los de Rodas, para excusarse de los crímenes que sabian cierto ser acusada su ciudad vulgarmente. Pareció á los Gobernadores ser honesto que se les diese audiencia, y que los nuevos Cónsules fuesen confirmados en la administracion de su oficio. En este medio juzgaron que no debia ser dilatado el aparato que era necesario se aparejase para la guerra. Dieron cargo al Pretor Cayo Licinio que hiciese visitar todas las galeras de á cinco bandas de remos que habia en Roma, et las que viese que eran buenas et fuertes las hiciese todas aderezar, et bastecer de las cosas necesarias, y allende de estas aparejase otras cincuenta naos grandes. Y que si faltasen algunas naos para cumplir este número que escribiese letras á su compañero Cayo Memmio que estaba en Sicilia, por las quales le avisase, que luego hiciese aparejar las naos que alli hubiese, y bien bastecidas de todas cosas las enviase con el primer tiempo á Brundusio. Ordenó mas el Senado que el Pretor Cayo Licinio tuviese cargo de escribir tantos sobresalientes marineros animosos y expertos de los Libertinos, quantos fuesen necesarios para veinte y cinco naos de las grandes. Mandaron tambien que Ceneo Sicinio tuviese cargo de escribir igual número de hombres de los aliados del pueblo Romano para otras veinte y cinco naos semejantes. A este mismo Pretor dieron cargo que hiciese escribir entre los confederados del nombre Latino, hasta ocho mil hombres de á pie, y quatrocientos de á caballo. Fue elegido Aulo Atilio Serrano, que habia sido Pretor el año pasado, para que fuese Capitan de esta gente, la recibiese en Brundusio, y pasase con ella á Macedonia. Tambien mandaron al Pretor Ceneo Sicinio que tuviese el exército aparejado para pasar con él quando fuese necesario. Allende de esto, por mandamiento del Senado el Pretor Cayo Licinio escribió letras al Consul Cayo Popilio, por las quales le ordenaba, que diese orden como á los trece dias andados del mes de Febrero estuviesen en Brundusio la le-

gion segunda que estaba en Lyguria, y toda ella constaba de soldados viejos, et con ella quatro mil hombres de á pie de los aliados del nombre Latino, y doscientos de á caballo. Con esta armada, y con este exército fue ordenado que Ceneo Sicinio tuviese por suya la provincia de Macedonia, hasta que el Senado y pueblo Romano le enviasen sucesor, prolongándole por un año el imperio. Todas estas cosas que ordenó el Senado fueron hechas con mucha diligencia. Sacaronse de las atarazanas treinta y ocho galeras de á cinco bandas de remos cada una. Fue hecho gobernador de ellas Lucio Porcio Licinio para que las llevase hasta Brundusio. Doce naos fueron enviadas de Sicilia. Enviaronse tres Embaxadores á Apulia y Calabria para comprar la provision de trigo que era necesaria para la flota por mar, y para la armada por tierra. Estos tres Embaxadores fueron Sexto Digicio, Tito Juvencio, y Marco Cecilio. Estando todas estas cosas aparejadas, salió el Pretor Ceneo Sicinio de la ciudad adornado de una vestidura muy rica, qual en tal estado solian traer los Capitanes, et con toda su armada, y gente llegó á Brundusio. Casi en la fin de aquel año tornó á Roma el Consul Cayo Popilio algo mas tarde de lo que el Senado habia ordenado. Luego le fue ordenado que para el primer tiempo oportuno llamase las juntas, para que en ellas fuesen elegidos con diligencia nuevos Magistrados, y tales que fuesen suficientes para administrar prósperamente los negocios de la guerra peligrosa que se comenzaba. Quando este Consul estaba dando cuenta en el templo de Belona de las cosas que habia hecho en la provincia de los Lygures, no le oyeron con pacientes oidos los Padres que estaban indignados contra la crueldad de su hermano.

En aquella congregacion murmuraban muchos, y le reprehendian con claras palabras preguntándole, ¿por qué causa no habia puesto en libertad á los Lygures, que habian sido apremiados con injusta servidumbre por la maldad y crueldad de su hermano? Las juntas consulares se

celebraron á los diez y ocho dias andados del mes de Febrero, para el qual dia fueron publicadas. Fueron elegidos por Cónsules Publio Licinio Craso, y Cayo Casio Longino. El dia siguiente se hicieron tambien Pretores Cayo Sulpicio Galba, Lucio Furio Philo, Lucio Canuleyo Dives, Cayo Lucrecio Galo, Cayo Caninio Rebilo, y Lucio Junio Añal. Entre estos Pretores se repartieron las provincias de esta manera. Dos para la administracion Romana: España, Sicilia y Cerdeña que fuese una suerte para uno, et que comenzase á administrarse quando lo tuviese por bueno, et en lugar que le pareciese ser mas conveniente y provechoso. Despues de declarados los Cónsules mandóles el Senado que en el mismo dia que comenzasen la administracion de su oficio, celebrasen solemnes sacrificios, y que rogasen con mucha devocion á los Dioses inmortales, que aquella guerra que entonces queria comenzar el pueblo Romano fuese próspera y gloriosa para su república. En este mismo dia ordenó el Senado que el Consul Cayo Popilio prometiese al supremo Júpiter de celebrar sus fiestas solemnemente por espacio de diez dias enteros, et de dar dones en todos sus altares si la república Romana fuese conservada en el mismo estado y dignidad en que entonces se hallaba por diez años enteros. De la misma manera que lo mandó el Senado lo prometió el Consul Popilio en el Capitolio de celebrar las fiestas, y de dar los dones, de tanto valor et estima, quanto el pueblo Romano ordenase. Al tiempo que se hacia este voto se hallaron en el Capitolio no menos de ciento y cincuenta personas señaladas, que estaban presentes, y pronunciando las palabras Lepido Pontífice Máxîmo primero, y despues siguiendo las mismas todos los que se hallaron presentes fue confirmada esta promesa. En aquel año murieron algunos Sacerdotes públicos Lucio Emilio Pappo, que fue principal ministro de las casas sagradas, et Quinto Fulvio Flaco Pontífice, que el año antes habia sido Censor. Este murió de una muerte triste et

desastrada. Tenia dos hijos varones que estaban en la guerra en Ilyria, de los quales le vinieron nuevas, como el uno era muerto, y el otro estaba enfermo de una grave et peligrosa dolencia. Con estas nuevas fue combatido y oprimido su ánimo por una parte de gravisima tristeza por causa del hijo muerto, y por otra de no menor miedo por el hijo que estaba para morir, y no pudiendo mas sufrir estos sobresaltos, como hombre pusilanime, se dió á sí mismo la muerte de tal modo, que el dia siguiente quando sus criados entraron en la camara le hallaron colgado de un lazo. Era comun opinion de las gentes, que despues que hubo administrado el oficio de Censor habia salido fuera de su sentido natural, y que casi habia perdido el seso. Juzgaba el vulgo de la gente que le habia comprehendido la indignacion de la Diosa Juno Lacinia por haber él despojado su templo, con cuya ocasion decian que ella le habia quitado el sentido. En lugar de Emilio fue elegido Marco Valerio Mesala Decemvir, para que administrase su oficio. En lugar de Fulvio, fue elegido por Pontífice Ceneo Domicio Ahenobarbo, y aunque era muy mancebo quisieron que fuese Sacerdote.

CAPITULO XII.

De los muchos Reyes, Principes y ciudades que se movieron para esta guerra, buena parte de las quales venia en favor y ayuda del pueblo Romano, otros favorecian la parte del Rey de Macedonia. Otros quisieron ser neutrales, y sin juntarse á los unos ni á los otros esperar seguramente el fin de la guerra.

En el tiempo que administraban el oficio de Cónsules Publio Licinio, et Cayo Casio, no solamente la ciudad de Roma, y toda la tierra de Italia sino tambien todos los Reyes y ciudades que habia en Europa, et en Asia convirtieron sus

ánimos á ocuparse con gran cuidado y diligencia en la guerra Macedonica, et Romana. El Rey Eumenes estaba encendido por una parte del odio antiguo, et por otra de la nueva ira por causa de la traicion que le habian hecho los Macedonios, en la qual casi fuera muerto, y hecho de su persona un triste sacrificio en la Isla de Delphos. El Rey Prusias de Bithinia tenia propuesto de estar quedo esperando el suceso de aquella guerra. Porque á este le parecia no ser cosa honesta ni justa que se juntase con los Romanos contra el hermano de su muger, y si á caso Perseo fuese en aquella guerra vencedor facilmente juzgaba que podia alcanzar su gracia por el medio de su hermana. El Rey Ariarathes de Capadocia allende de haber prometido en su nombre ayuda cierta á los Romanos, tenia otra nueva obligacion que mas le constriñia á hacerlo. Porque despues que juntó parentesco con el Rey Eumenes, habia hecho con él tal compañia que todos sus hechos y consejos eran comunes, asi en tiempo de paz, como de guerra. El Rey Antiocho estaba casi á punto para venir sobre el reyno de Egypto menospreciando la niñez del Rey, y la ignorancia et negligencia de los tutores, y como estaban en diferencia sobre la jurisdiccion de Celesyria, ya le parecia tener justa causa para moverse contra ellos, y hacerles la guerra; la qual pensaba poder hacer sin estorbo de persona, estando en aquella sazon ocupados los Romanos en la guerra Macedonica. Pero no obstante esto él habia hecho grandes promesas al Senado asi enviándoles sus propios Embaxadores, como recibiendo muy humanamente los Embaxadores Romanos, et prometiéndoles de nuevo lo que por los suyos habia prometido al Senado. El Rey Ptolomeo de Egypto por causa de su tierna edad estaba debaxo de gobierno ageno. Los tutores aparejaban la guerra contra el Rey Antiocho por guardar la jurisdiccion de Celesyria, et tambien prometian á los Romanos tanta ayuda quanta pudiesen darle para la guerra de Macedonia. El Rey Masinisa ayudaba á

los Romanos con trigo, et tenia determinado de enviarles á su hijo Misagenes con elefantes, y otras ayudas para la guerra. Este Rey Masinisa, como quira que sucediese á los otros la guerra, juzgaba que este consejo era para él, y para su estado muy provechoso. Porque si los Romanos fuesen victoriosos, juzgaba que su reyno quedaria en el mismo estado que estaba sin detrimento, y que no se harian ningunas otras novedades. Porque no permitirian los Romanos que se hiciese injuria, ni fuerza á los Cartagineses. Y si á caso se quebrasen, et debilitasen las fuerzas de los Romanos, las quales entonces defendian á los Cartagineses, se tenia por cierto que toda Africa seria luego suya. El Rey Gencio de los Ilyrios antes habia dado ocasion á los Romanos de serles sospechoso, et no acababa él de determinarse á qual de las dos partes se allegaria. Y segun juzgaban las personas prudentes tenian por cierto que por un repentino impetu, et no por deliberado consejo se juntaria á la una parte, ó á la otra. Cotys Thraciano, Rey de los Odrysios claramente seguia la parte del Rey de Macedonia. Demanera que tocante á las fuerzas de esta guerra, los Reyes eran de la opinion et sentencia que habemos dicho. Entre las gentes y ciudades libres la gente popular, como siempre suele, se juntaba á las partes peores por causa del Rey y de los Macedonios. Los Principes eran de diversos pareceres. Una parte de ellos en tanto grado era inclinada en el favor de los Romanos que disminuyan su autoridad con el favor demasiado. Algunos de estos se movian encendidos por la admiracion et amor que tenian con la justicia del pueblo Romano. Pero la mayor parte de ellos seguia sus partidos pensando que si en aquella guerra les hiciesen servicio, ganarian su gracia, et despues serian mas poderosos en sus ciudades. La otra parte de los principales seguia las lisonjas et fingidas promesas del Rey. Porque estos eran personas de tal calidad, que por causa de las muchas deudas de que estaban cargados tenian temor de

perder todo su estado, et no sabian mejor consejo para entretenerse que hacer algunas novedades por no estar siempre en el mismo estado de desesperacion y de miseria. Algunos tambien se movian por causa de su ingenio vano et ventoso, semejante al ingenio de Perseo, que era amigo de magnificas palabras por ganar la voluntad de los hombres vulgares que se ceban con semejantes cosas. La tercera parte de los principales era la mejor, y la mas prudente. Si estos pudieran elegir señores á su voluntad, sin duda ninguna quisieran mucho mas estar debaxo del imperio de los Romanos, que ser sujetos á los Macedonios. Pero si el albedrío de fortuna les diese facultad para hacer lo que quisiesen, desearan que la una parte no se hiciera mas poderosa con destruicion et perdimiento de la otra; Pero quisieran mas quedando las fuerzas enteras de entrambas partes se hiciese paz et concordia. De esta manera pensaban que seria muy mejor la condicion, et suerte de las ciudades libres, porque quedando las partes con su potencia cada uno defenderia al pobre de la injuria del otro. Siendo, pues, de esta opinion esta tercera parte de los principales, pareciòles que el mejor consejo que podrian tomar en caso tan dudoso era estarse quedos sin llegar á la una parte ni á la otra, contemplando seguramente la salida de tan encendidos combates. Los Cónsules en el dia primero que comenzaron la administracion de su Magistrado, conforme al decreto del Senado anduvieron por todos los templos de la ciudad, en los quales la mayor parte del año suele estar puesta una cama, et en ellos celebraron los sacrificios mas solemnes. Despues de haber sacrificado hicieron sus oraciones muy devotamente, las quales juzgaron ser admitidas en los oidos de los Dioses inmortales. Esto hecho hicieron saber al Senado como habian sacrificado diestramente, et hecho tambien oraciones por la guerra. Los adivinos respondieron que si alguna novedad queria comenzar el pueblo Romano, que lo hiciesen con toda celeridad, et presteza, porque de los

sacrificios et oraciones hechas juzgaban que se les siguiria victoria, triunfo, et acrecentamiento del imperio.

CAPITULO XIII.

De como los Romanos publicaron la guerra contra el Rey Perseo de Macedonia, y fue de todos aprobada, y de las elecciones consulares, y Capitanes, y gente de guerra que hicieron los Romanos para hacer esta guerra; y de la reparticion de las provincias, y de las diferencias que se levantaron entre los Tribunos Militares y los Tribunos del pueblo, y lo que sobre ello habló el Proconsul Popilio.

Los Padres oidas estas buenas nuevas, mandaron que los Cónsules hiciesen llamar á Cortes generales, et que en ellas los Cónsules propusiesen al pueblo lo que pasaba haciendo saber á todos, que por quanto Perseo hijo del Rey Filipo de Macedonia contra la alianza que tenia hecha el pueblo Romano con su padre, et despues de su muerte tambien con él mismo renovada, él habia hecho guerra contra los confederados del pueblo Romano, habia destruido sus tierras, et tomado sus ciudades, et no contento con esto habia tambien consultado de hacer la guerra contra el pueblo Romano, y para ponerla en efecto habia congregado gentes, armas, naos, flota, y todas las otras cosas necesarias para hacer guerra á enemigos, que si de todas estas injurias y daños no hiciese suficiente recompensa al pueblo Romano, que se tomasen las armas contra él, y le persiguiesen como á capital enemigo hasta tomar de él la venganza que sus crimines merecian. Esta rogacion fue propuesta en presencia de todo el pueblo. Despues se hizo decreto confirmado por el Senado que los Cónsules entre sí repartiesen, ó echasen suertes sobre las provincias de Italia y de Macedonia. El Consul á quien cupiese la

provincia de Macedonia que tuviese cargo de hacer la guerra contra Perseo, y contra todos los que siguiesen su secta, si él no satisfaciese lo que era obligado al pueblo Romano. Ordenóse tambien que hiciesen quatro legiones de gente escogida mas de las que habia, dos legiones para cada uno de los Cónsules. La ventaja que se hizo al Consul que tuviese cargo de la provincia de Macedonia, fue que en cada una de sus legiones hubiese seis mil hombres de á pie, et trescientos de á caballo igualmente, et las legiones de los otros Cónsules eran solamente de cinco mil hombres de á pie y doscientos de á caballo, como solia ser la costumbre antigua recibida entre los Romanos. Allende de esto, en el exército de los aliados se aumentó tambien el número de la gente al uno de los Cónsules. Para el Consul que tenia á cargo la provincia de Macedonia mandaron que se escribiesen diez y seis mil hombres de á pie de los aliados, y ochocientos hombres de á caballo, allende de los otros seiscientos de á caballo que Ceneo Sicinio habia pasado á Macedonia. Para el otro Consul que quedaba en Italia fue ordenado que se hiciesen doce mil hombres de á pie de los confederados, et seiscientos hombres de á caballo, el qual número les pareció ser suficiente para la provincia de Italia. Allende de lo que dicho es, dióse otra ventaja á la suerte de Macedonia, que el Consul pudiese elegir los Centuriones y soldados viejos que fuesen mas expertos en la guerra á su voluntad hasta la edad de cincuenta años. En los maestros de caballeros, que eran llamados Tribunos Militares, se hicieron algunas novedades en aquel año por causa de la guerra de Macedonia. Los Cónsules por decreto del Senado propusieron al pueblo que en aquel año no se hiciesen Tribunos Militares por votos, como antes se acostumbraba, sino que se permitiese al Consul, y á los Pretores que en elegir los tales Tribunos usasen libremente de su juicio, et tomàsen por maestros de caballeros á quien ellos quisiesen. Entre los Pretores fueron distribuidos los imperios

de esta manera. Al que le cayase por suerte ser Pretor, que fuese donde el Senado le mandase, et fue ordenado que se partiese para Brundusio, para que alli reconociese et considerase la gente de guerra por mar, desechando los que le pareciesen no ser suficientes, et eligiendo nuevo suplimento de los libertinos, procurando siempre que entre los Soldados de las naos hubiese las dos partes de ciudadanos Romanos, y la una de los aliados del nombre Latino. Mandó mas el Senado que toda la provision, y bastimentos que fuese necesaria para proveer las naos cumplidamente se traxese de Sicilia y de Cerdeña. Ordenóse tambien que se diese cargo á los Pretores, á quien hubiesen caido por suerte estas provincias, que echasen nuevo tributo de las diezmas á los provinciales Sicilianos y Sardos, et que este trigo fuese llevado á Macedonia para la sustentacion del exército. La provincia de Sicilia fue atribuida á Cayo Caminio Rebilo, á Lucio Furio Philo cupo por suerte la provincia de Cerdeña, á Lucio Canuleyo España, á Cayo Sulpicio Galba la jurisdiccion de la ciudad, Lucio Junio Añal tuvo el mando sobre los extrangeros, y á Cayo Lucrecio Galo le cayó por suerte que hubiese de ir á donde el Senado le mandase. Entre los Cónsules se levantó una pequeña diferencia, que no fue durable, ni de mucha importancia tocante á las provincias que habia de administrar cada uno. Casio decia que sin haberle caido por suerte él se ofrecia para combatir la provincia de Macedonia, et que su compañero no podia echar suertes con él, salvo el juramento que habia hecho. Porque Siendo Pretor habia jurado en la congregacion del pueblo que no iria á la provincia, porque en cierto lugar señalado, y en ciertos dias solia celebrar ciertos sacrificios, que no podian ser celebrados estando él ausente, et que no se podian mas celebrar como convenia estando el Consul ausente que si el Pretor faltase. Si ya el Senado no quisiese tener mas respeto á lo que por decreto comun fue ordenado, que al juramento

que hizo Publio Licinio, siendo Pretor; pero no obstante esto, que él haria todo lo que el Senado ordenase. Remitióse esta qüestion al juicio de los Padres, los quales juzgaron, que á quien el pueblo Romano no hubiese querido negar la dignidad del Consulado, que tampoco les parecia honesto, que ellos le negasen la provincia. Pero que para quitar estas diferencias les parecia que los Cónsules debian echar suertes entre sí, qual de ellos habria de ir á la provincia de Macedonia, y qual habia de quedar en la provincia de Italia. Cayó por suerte á Publio Licinio que fuese á Macedonia, y á Cayo Casio que administrase la provincia de Italia. Despues echaron tambien suertes sobre las legiones que habia de tener cada uno, et cayó por suerte que la primera y tercera legion fuesen á Macedonia, y la segunda y quarta quedasen en Italia. Los Cónsules en la eleccion de los soldados ponian á esta sazon mayor diligencia que hasta entonces habian puesto en ninguna guerra. Licinio escribió siempre los soldados y Centuriones viejos, et expertos en la guerra, y muchos de su propia voluntad venian á escribir sus nombres en la nomina de este Capitan por mostrar su virtud en aquella jornada contra los Macedonios, y tambien porque habian visto por experiencia que habian tornado ricos casi todos los que se habian hallado en la primera guerra de Macedonia, y tambien los que habian ido contra el Rey Antiocho en Asia. Quando los maestros de caballeros que son llamados Tribunos Militares, citaron los Centuriones escogidos uno á uno, los Tribunos del pueblo que eran tambien llamados, eligieron por su mandado veinte y tres Centuriones que siempre habian sido los primeros en su oficio. Dos de ellos que eran del colegio de los Senadores, Marco Fulvio Nobilior y Marco Claudio Marcelo, fueron remitidos á los Cónsules, porque decian que á los Cónsules tocaba el juicio et eleccion de las personas que habian de ir á la guerra, pues que á ellos como á Capitanes Generales se habia

dado el cargo de la administracion del exército. Pero en lo demas que tocaba al oficio que se les habia encargado, que ellos conocerian las causas que perteneciesen á su cargo, y si se hiciese alguna injuria, que favorecerian siempre y ayudarian á sus ciudadanos. Estas cosas se trataban ante el juicio de los Tribunos. Al qual juicio fue llamado Marco Popilio varon consular, y los Centuriones y el Consul, los quales juntos comparecieron ante los Tribunos. El Consul ordenó que aquel negocio, pues que era general y comun, que no se tratase solamente ante el juicio de los Tribunos, sino en presencia de todo el pueblo. Fue llamado á junta el pueblo por esta causa, en la qual congregacion Marco Popilio, que dos años antes habia sido Consul, habló estas palabras en favor de los Centuriones: „Los hombres „que gastan la vida en el uso de la guerra con muy justo „título han ganado su sueldo por causa de los grandes tra„bajos que han tolerado, y de muchos peligros en que se „han visto. Tambien estos mismos, como nos lo enseña el „uso ordinario, tienen sus cuerpos quebrantados y debilita„dos por causa del continuo uso de adversidades que han „padecido. Pero los que son de noble corazon et zelosos „de ayudar con su virtud á su patria, no por esto rehu„san de emplearse siempre en el provecho y servicio de la „república. Esto es lo que solamente ruegan, que no les „sea atribuido grado mas baxo del que otras veces han te„nido en las guerras en que se han hallado." El Consul Publio Licinio mandó que se pronunciase alli públicamente el decreto del Senado, en el qual era ordenado lo primero que se hiciese la guerra contra Perseo, y despues como expresamente habia mandado, que para esta guerra se eligiesen por la mayor parte Centuriones ancianos et de grande experiencia de hasta la edad de cincuenta años, y que ninguno pudiese ser exîmido de esta guerra, sino el que pasase de esta edad nombrada. Rogó mas, que no fuesen estorbados

los maestros de los caballeros en hacer la eleccion que quisiesen de las gentes que habian de llevar consigo para esta nueva guerra tan cercana de Italia, et contra un Rey potentísimo su capital enemigo, y que no procuraba otra cosa que la destruccion y abatimiento del Imperio Romano. Rogoles tambien que diesen facultad al Consul como de derecho se le debia, que pudiese sin contradiccion de ninguno asignar á cada persona tal grado et lugar, qual él juzgase serle conveniente y provechoso á la república, y que si alguna duda, ó alteracion en este caso se hallase, era justo y honesto que se remitiese al Senado para que por el juicio de los Padres y Senadores fuese deshecho todo agravio.

CAPITULO XIV.

Del razonamiento grave que hizo Spurio Lygustino en presencia de todo el pueblo en el qual recontó el curso de su vida, et se ofreció á emplearse de nuevo en lo que fuese provechoso al pueblo Romano, por cuya ocasion cesaron las diferencias que entre algunos habia.

Despues que el Consul hubo dicho lo que le parecia ser necesario, Spurio Ligustino, que era de aquel número de personas que habian apelado á los Tribunos del pueblo, rogó al Consul y á los Tribunos que le permitiesen hablar en presencia del pueblo algunas palabras. Fuéle permitido por voluntad de todos lo que habia demandado, y él habló de esta manera: » Yo Spurio Ligustino, Romanos, soy » nacido de la nacion de los Sabinos, de la Tribu Crus- » tumina. Mi padre me dexó por herencia una aranzada de » tierra, et una pequeña casilla, que era como una choza, » ó cabaña, en la qual yo fui nacido y criado, y en el » dia de hoy moro tambien en ella. Quando llegué á edad » de discrecion y de fuerzas, mi padre me dió por muger

„á una hija de su hermano, la qual ninguna otra cosa me
„traxo consigo por dote que su libertad et honestidad, y
„con estas dos virtudes me traxo tambien fertilidad tan gran-
„de que seria harto bastante para qualquiera casa rica. Ha-
„nos Dios dado á entrambos seis hijos varones y dos hijas
„hembras, entrambas son ya casadas. Los quatro hijos ya
„traen ropas de hombres, los dos menores traen ropas que
„llaman Pretextas. Yo fui hecho soldado en el tiempo que
„eran Cónsules en la república Publio Sulpicio y Cayo
„Aurelio. En aquel exército que fue llevado á Macedonia,
„yo fui soldado bisoño dos años enteros contra el Rey Fili-
„po. En el tercero año, por causa de mi virtud, Tito Quin-
„cio Flaminio me puso en la décima orden de los Lanceros.
„Despues de vencido Filipo, et rotos los Macedonios, fui-
„mos tornados á Italia. Alli luego de mi propio albedrio
„me hice soldado voluntario, et me puse con el Consul
„Marco Porcio para ir á la guerra de España, donde al
„presente se partia. Yo fui con él y le acompañé y ser-
„vi todo el tiempo que duró la guerra. Los que cono-
„cen á este Capitan y á los otros Emperadores exercita-
„dos con el uso de luenga guerra saben muy bien, que
„entre todos los Capitanes que á la sazon vivian no habia
„ninguno que con mas agudo ingenio y grave juicio juz-
„gase de la virtud de los buenos que en la disciplina mi-
„litar se exercitaban. Este Capitan me sacó de la orden dé-
„cima donde estaba puesto, y me juzgó por digno á quien
„diese el primer lugar en la orden primera de los Lance-
„ros de la primera centuria. Allende de esto, la tercera vez
„fui tambien hecho soldado voluntario en aquel exército
„que enviaron los Romanos contra los Etolos y contra el
„Rey Antiocho. El Capitan Marco Elio me asignó el prime-
„ro de la primera Centuria. Vencido, pues, el Rey An-
„tiocho et sojuzgados los Etolos fuimos otra vez llevados á
„Italia, y despues gané dos veces el mismo sueldo que ga-

„naban las mismas legiones cada año en Italia. Despues de „esto fui dos veces á la guerra de España, la primera vez „con el Capitan Quinto Fulvio Flaco, y la otra vez con „el Pretor Tiberio Sempronio. El Capitan Flaco entre los „otros que eligió por causa de su virtud para que fuesen „con él para adornar su triunfo me llevó á mí, y sien„do rogado de Tiberio Gracho fui con él á la provincia. „Quatro veces dentro de pocos años me fue atribuida la „primera suerte entre todos los soldados. Treinta y quatro „veces por respeto de la virtud me dieron premios et do„nes los Emperadores. En las guerras en que me he halla„do, he recibido seis coronas cívicas. Veinte y dos pagas „se me pagaban cada año en el exército, y soy de mas „de cincuenta años. Y aunque fuese verdad que yo no hu„biese ganado justamente mi sueldo, ni tampoco me ex„cusase la edad para dexar de ir á la guerra, paréceme „por cierto, Publio Licinio, que dando yo quatro solda„dos que sirvan á la república en lugar de mí solo, con „muy justo título podria ser excusada mi persona. Pero no „obstante todo esto, al presente digo tocante á mi causa, „que mientras hubiere algun Capitan que hiciere gente de „guerra, y me juzgaré á mi por digno de ir en su com„pañía, nunca quiero que la república me haya por excu„sado. Quanto á la orden y grado en que hubiere de ser „puesto, esto toca al oficio de los Tribunos Militares, á los „quales yo lo remito. Pero quanto á lo que á mí toca, „procuraré con todas mis fuerzas que no haya en el exér„cito persona que en virtud y honestidad me haga venta„ja, como siempre lo he hecho por el pasado en todas las „guerras que me he hallado, de lo qual darán cierto tes„timonio, asi mis Capitanes como mis compañeros, que en „las mismas guerras conmigo se hallaron. Vosotros tambien, „amigos y compañeros mios, es honesto que no haya ren„cilla ninguna entre vosotros por cousa del lugar que ha

„ de tener cada uno. Porque aunque sea verdad que usur„ peis el derecho de apelacion, pues que sois mancebos vir„ tuosos, y nunca habeis hecho ninguna cosa contra la dig„ nidad y autoridad de los Magistrados y del Senado, es ra„ zon que al presente os sometais tambien á la voluntad del „ Senado y de los Cónsules, y que reconozcais que estais „ debaxo de su potestad y señorio. Y tened por lugares ho„ nestísimos todos aquellos en los quales por vuestra virtud „ y esfuerzo podais defender la república." Dichas estas palabras callose. El Consul loó mucho su virtud y razonamiento, y tomando á Ligustino por la mano le llevó consigo al Senado. Alli tambien fue muy loado de todos los Senadores, y por autoridad del Senado se le hicieron muchas gracias, et los Tribunos Militares le asignaron el primer lugar en la primera legion por causa de su virtud. Visto esto, todos los otros Centuriones dexando la apelacion que antes pretendian fueron muy obedientes, y respondieron que en la eleccion de la gente de guerra seguirian lo que los Capitanes ordenasen.

CAPITULO XV.

De las fiestas Latinas que se celebraron en Roma, y de los Embaxadores que enviaron los Romanos al Rey de Numidia, y al Rey de Creta, y de los Embaxadores que envió el Rey Perseo á Roma, á los quales contradixo Spurio Carvilio, y fueron luego despedidos del Senado, et echados fuera de Italia con mandamiento que no tornasen mas á Roma.

Porque se pudiesen partir los Capitanes mas presto para la guerra, ordenaron que se celebrasen las fiestas Latinas en el primero dia de Junio. Acabada la solemnidad de estas fiestas, el Pretor Cayo Lucrecio despues de haber provei-

do en todas las cosas que eran necesarias para la armada por mar, él se partió para Brundusio. Allende de los exércitos que los Cónsules aparejaban para sus provincias conforme á la ordenacion del Senado, fue ordenado, que el Pretor Cayo Sulpicio Galba tuviese cargo de hacer otro nuevo exército, en el qual hubiese quatro legiones enteras de su justo número de ciudadanos Romanos, asi de á pie como de á caballo, y que para ellos eligiese veinte y quatro Tribunos Militares del Senado que las gobernasen. Que hiciese mas quince mil hombres de á pie de los confederados del nombre Latino, y mil y docientos de á caballo. Este exército que estuviese siempre presto y á punto para ir donde el Senado mandase. El Consul Publio Licinio demandó, que se le diese alguna ayuda y suplemento para sus exércitos, tanto para los ciudadanos Romanos como para los confederados del nombre Latino. Fuele concedido lo que demandaba, y ordenado que se le enviasen dos mil hombres de los Lygures, et de los Cretenses flecheros incierto número, tantos quantos quisiesen enviar en su ayuda los Cretenses por ruego del pueblo Romano. Enviáronsele mas ciertos caballos ligeros de Numidia, y algunos elefantes. Para este efecto enviaron sus Embaxadores al Rey de Numidia, Masinisa, y á los Cartagineses. Los que llevaron esta embaxada fueron Lucio Posthumio Albino, Quinto Terencio Culeo y Cayo Alburio. A Creta fueron tambien enviados otros tres Embaxadores, Aulo Posthumio Albino, Cayo Decimio, et Aulo Licinio Nerva. En este mismo tiempo vineron á Roma los Embaxadores del Rey Perseo; pero no les fue permitido entrar dentro de la ciudad, pues que ya se habia denunciado claramente la guerra á su Rey et á los Macedonios, asi por decreto del Senado, como por voluntad y mandamiento del pueblo. Pero congregose el Senado en el templo de Belona, y alli hicieron ir á los Embaxadores de Perseo. Quando se hallaron en presencia del

Senado dixeron en nombre de su Rey estas palabras: Que se maravillaba el Rey, por qué causa habian hecho pasar exércitos en Macedonia, y que si era cosa que se podia alcanzar del Senado, que se hiciesen tornar aquellos exércitos á Italia, y que el Rey les prometia de satisfacer á todas las injurias, que se quejaban ser hechas á sus confederados. Spurio Carvilio que era venido de Grecia, enviado por Ceneo Sicinio sobre este mismo negocio, se halló entonces en el Senado presente. Este afirmó claramente en presencia de los Embaxadores, que el Rey Perseo habia tomado por fuerza de armas á Perhebia, y que habia tambien tomado algunas ciudades de Thesalia, y declaró mas todo lo que el Rey en aquel tiempo hacia y aparejaba. A estas cosas que decia aquel que era testigo de vista, mandó el Senado á los Embaxadores que respondiesen. Pero como ellos estaban vacilando, respondieron que no les habian mandado decir si no lo que habian dicho. Entonces les dixo el Senado, que dixesen á su Rey, que el Consul Publio Licinio seria dentro de muy breve tiempo con su exército en Macedonia, et que si tenia voluntad de satisfacer á las injurias hechas, como decia, enviase sus Embaxadores á este Consul, y no á Roma, pues que ya ninguno de ellos seria admitido dentro de la ciudad de Roma, ni aun seria lícito á ninguno de los Macedonios andar por Italia. Con esta respuesta fueron despedidos los Embaxadores de Perseo. Y dieron el cargo al Consul Publio Licinio para que los mandase salir fuera de toda Italia dentro de once dias, y que enviase con ellos á Spurio Carvilio que los guardase hasta que entrasen dentro de la nao. Estas cosas fueron hechas en Roma antes que los Cónsules se partiesen para sus provincias. A esta sazon Ceneo Sicinio, que antes de la fin de su Magistrado era enviado delante de Brundusio para tener cargo de la flota y del exército, pasó en Epiro con cinco mil hombres de á pie y trecientos de á caballo, y tenia asen-

tado su real en la tierra de los Apoloniates cerca de Ninfeo. De alli envió los Tribunos Militares con dos mil soldados para ocupar las fortalezas y castillos de los Dasarecios y Ilirios, llamándolos ellos mismos para su guarnicion y defensa, porque estuviesen mas seguros de los ímpetus de los Macedonios, que eran sus comarcanos. Pocos dias despues fueron enviados cinco Embaxadores á Grecia, los nombres de los quales son estos: Quinto Marcio, Aulo Atilio, Publio y Servio Cornelios Lentulos, y Lucio Decimio. Estos llevaron consigo mil hombres de á pie hasta Corcira. En este lugar repartieron entre sí las regiones y tierras que habian de visitar, y tambien los soldados que llevaban. Decimio fue enviado al Rey Gencio de los Ilirics, con cargo que si hallase en él algun rastro ó muestra de amistad cierta que la aumentase, et aun tambien le provocase á nueva y segura confederacion y alianza. Los Lentulos fueron enviados á Cefalenia, con orden que de alli pasasen en Peloponeso, et procurasen de visitar antes del invierno todo el luengo del mar que está puesto de cara del Occidente. A Marco et á Atilio fue asignada Epiro, Etolia, et Thesalia, para que anduviesen et visitasen todas aquellas regiones, et notasen en que estado estaban todas las cosas. Despues les mandaron que de alli viniesen á Beocia y á Euboea, et á la fin pasasen á Peloponeso; porque en aquel lugar ordenaron señaladamente de juntarse con los Lentulos que tambien alli acudirian. Antes que se partiesen de Corcira vinieron letras del Rey Perseo, por las quales les preguntaba, ¿qué causa tenian los Romanos de pasar gentes de guerra en Grecia, ni de ocupar ningúnas ciudades? A estas letras pareció á los Embaxadores Romanos de no responder por escrito; pero dieron por respuesta á los que las traxeron, que los Romanos lo hacian por poner guarnicion que guardase seguramente las ciudades. Los Lentulos iban rodeando las ciudades de Peloponeso, exhortando á todas las ciudades,

sin faltar ninguna, que permaneciesen siempre firmes et constantes en aquel ánimo et lealtad que siempre habian tenido, et que asi como antes habian ayudado á los Romanos contra el Rey Filipo de Macedonia que les hacia la guerra, de la misma manera los ayudasen al presente contra su hijo Perseo, que sin razon ni justicia se movia contra ellos. Pues que era notorio que su amistad y confederacion no era nueva ni fingida, sino antigua y confirmada con muchos hechos ilustres et muestras de benevolencia de entrambas partes, que de la parte de las ciudades se habia siempre declarado, asi en las guerras contra el Rey Filipo de Macedonia, como contra el Rey Antiocho de Asia, et en todas las otras coyunturas que ha sido necesario mostrarse por la obra su fe et lealtad en favor del pueblo Romano contra sus enemigos. Diciendo estas palabras los Embaxadores Romanos en las congregaciones de algunas ciudades, oian grandes contradicciones en muchos lugares. Bramaban los Acheos indignándose contra el pueblo Romano, y diciendo, que el estado de su república no florecia entonces con mayor prosperidad que la república de los Mesenios, ó de los Elios, como sea verdad que los Acheos habian siempre favorecido el partido de los Romanos, y en la guerra contra el Rey Filipo pasada se habian declarado expresamente enemigos de los Macedonios y favorecedores de los Romanos, habiendo hecho lo contrario otras repúblicas, que habian seguido el partido del Rey Antiocho de Asia contra los Romanos, las quales, ni antes habian recibido detrimento ninguno, ni en aquella sazon se hallaban mas afligidas por esta causa. Y en los dias pasados como habian sido agregadas al concilio de Achaya, estas ciudades se quejaban de ser otorgadas como esclavas á la servidumbre de los Acheos, en premio de la victoria que por su virtud habian alcanzado. Allende de estos, Marco y Atilio llegaron á una ciudad de Epiro llamada Gitanas, que está situada diez millas lejos del mar. En es-

ta ciudad se hizo un concilio de los Epirotas, en el qual los Romanos fueron oidos y recibidos con grandísimo consentimiento y alegria de todos los principales de la tierra. Estos Epirotas desencargándose enteramente de los Macedonios eligieron quatrocientos mancebos de los principales de su tierra para que fuesen á la ciudad de Orestas, y estuviesen alli en guarnicion de parte de los Romanos contra los Macedonios. De alli se partieron los Embaxadores Romanos para Etolia donde se detuvieron muy pocos dias, solamente para elegir un Pretor que gobernase toda la tierra en lugar del que antes habia, que era muerto. En esta coyuntura considerando los negocios presentes, y lo mucho que importaba tener alli persona que fuese en favor de los Romanos, eligieron por Pretor á Licisco, del qual sabian notoriamente que favorecia el partido de los Romanos, y quedando muy seguros y confirmados de aquella tierra se partieron de alli á Thesalia. A esta provincia vinieron los Embaxadores de los Acarnanes y de los Beotos desterrados. Los Embaxadores Acarnanes tenian á cargo de hablar con los Romanos, y confesar claramente su pecado demandando perdon de su culpa. Decian que ellos conocian haber sido engañados la primera vez con las promesas del Rey Filipo, y despues con las lisonjas del Rey Antiocho; por cuya ocasion en las guerras pasadas habian seguido el partido de entrambos Reyes contra el pueblo Romano, y con su propio et no pequeño daño. Pero que en la guerra presente ofreciéndoseles ocasion de enmendar las faltas pasadas por ninguna via habian querido cometer otras semejantes. Por tanto, que eran venidos en su presencia para renunciar las enemistades pasadas, y ofrecerse enteramente á su servicio confiando en la bondad y grandeza de ánimo del pueblo Romano, que si antes mereciendo pena habian conocido por experiencia su clemencia, al presente ofreciéndose de su propia voluntad á su servicio con mayor ranzon conoce-

rian su liberalidad y benevolencia. Los Beotos en esta congregacion fueron reprehendidos y acusados como gentes que habian hecho encubiertas alianzas con el Rey Perseo contra los Romanos. Ellos echaron la culpa de este hecho á Ismenia, Príncipe de la parte contraria, y para confirmacion de su opinion alegaron el testimonio de algunas ciudades que no quisieron aprobar estas alianzas. A esto respondió Marcio, que la verdad seria descubierta, y que á la fin se conoceria quien tenia la culpa de aquellas injustas confederaciones. Porque se daria facultad á todas las ciudades generalmente, que cada una de ellas en particular tomase consejo sobre lo que mas les cumplia. En la ciudad de Larisa, en la provincia de Thesalia, fue publicado el concilio. A esta sazon se les ofreció á los Thesalianos una copiosa materia et lugar muy oportuno para hacer gracias á los Romanos por el beneficio de libertad que de ellos habian recibido. Tambien los Embaxadores Romanos hicieron gracias á los Tesalianos, asi por la gratitud de ánimo que en ellos conocian, como porque en la primera guerra contra el Rey Antiocho habian sido muy bien ayudados de los Thesalianos. Esta mencion y renovamiento de los beneficios antiguos que se habian hecho los unos á los otros encendió de tal manera los ánimos de toda la multitud popular, que ya todos estaban prestos para hacer en el concilio todo lo que los Romanos quisiesen.

CAPITULO XVI.

De los Embaxadores que envió el Rey Perseo de Macedonia á Marcio, por los quales demandaba su habla, et de como se juntaron, et de lo que habló Marcio en presencia del Rey.

Despues de este concilio llegaron alli los Embaxadores del Rey Perseo enviados á los Romanos, confiando principalmente en la amistad antigua, et ley de acogimiento que habia entre el Rey Filipo su padre, y el Embaxador Romano Marcio. Comenzando, pues, por esta estrecha amistad, demandaron los Embaxadores de Perseo á los Romanos que tuviesen por bien de dar audiencia á su Rey que deseaba hablar con ellos sobre cosas pertenecientes al provecho comun de entrambas partes. El Embaxador Marcio les dixo, que él habia conocido y recibido de su padre aquella amistad y ley de acogimiento que tenia con el Rey Filipo, y que acordándose muy bien de aquella estrecha amistad habia tomado el cargo de aquella embaxada, et de administar el oficio que tenia, en lo qual no pensaba hacer ninguna cosa contra la amistad antigua y particular que tenia con el Rey de Macedonia. Quanto á la habla que demandaba Perseo si estuviese en buena disposicion él se la concederia luego; pero que lo mas presto que pudiese él se llegaria hasta el rio Peneo al paso de Omolio á Dio, et que él enviaria delante personas que hiciesen saber al Rey para quando serian presentes en el lugar señalado. Oida esta respuesta el Rey Perseo se partió de la ciudad de Dio donde estaba, hacia los Lygures, mas dentro del reyno, concibiendo en su ánimo una liviana esperanza de alcanzar lo que quisiese, pues que Marcio habia dicho, que por su causa habia tomado cargo de aquella embaxada. Pocos dias despues vinieron de en-

trambas partes al lugar señalado. Grande era la compañia de gente que venia con el Rey, asi de sus amigos, como de sus criados, y de la gente de su guarda. No con menor compañia y magnifico aparato vinieron los Embaxadores Romanos. Porque allende de la mucha gente de los suyos que siempre andaba con ellos, entonces se les habia juntado un número infinito de personas que los acompañaban, asi de los principales de Larisa, que iban con ellos, como de muchos Embaxadores de diversas ciudades que los seguian, y deseaban hallarse presentes á todo lo que pasase porque tornados á sus tierras pudiesen decir ciertas nuevas, como testigos de vista á los que los habian enviado. Allende de estas causas juntabase tambien la curiosidad de la gente con el deseo grande que tenian de ver los hombres juntos en una semejante habla de un Rey nobilisimo, y á los Embaxadores de tal república, que era principal de todas las tierras. Quando llegaron á vista los unos de los otros pasando el rio por en medio que los despartia, pararonse un poco con las embaxadas que se enviaban de la una parte á la otra sobre la deliberacion en que estaban qual de las dos partes pasaria el rio. Los de la parte del Rey juzgaban que se debia alguna honra et preeminencia á la magestad real, et por otra parte los Embaxadores Romanos se tenian persuadido que esta ventaja con mas justo titulo era debida al nombre del pueblo Romano cuyo imperio ellos representaban, principalmente habiendo el Rey Perseo demandado esta habla, et no los Romanos. Estando en su duda las partes, el Embaxador Marcio con una palabra ingeniosa y graciosa hizo mover á los del Rey diciendo. "Ea venga el menor al mayor, pues que es "razon que pase el hijo donde está su padre." Esto dixo Marcio porque él tenia por sobrenombre Filipo, como se llamó el Rey de Macedonia padre de Perseo. Demanera que con este dicho luego fue persuadido de pasar el Rey Perseo. Pero sobre otra cosa entonces se dudaba con quantos hombres

acompañado pasaria. Al Rey le parecia ser justo y honesto pasar con toda su compañia. Los Romanos no lo permitian; pero dieronle facultad que pasase acompañado de tres personas quales él quisiese, y que si queria pasar con toda la gente que le acompañaba, que depositase algunas personas señaladas por rehenes en seguridad que no habria ningun fraude ni engaño en la habla que demandaba. Aprobó esta condicion el Rey, et luego puso en poder de los Romanos á Hippias y á Pantauco, á los quales habia enviado por Embaxadores, que eran los principales de sus amigos. Y para decir la verdad no tanto fueron demandados los rehenes por seguridad del campo, pues que los Romanos con los que los seguian eran en mayor número, quanto porque fuese notorio á todos los que alli estaban, como se juntaban con desigual dignidad, et desiguales condiciones, siendo en todo, et por todo los Romanos superiores, et haciendo manifiesta ventaja al Rey Perseo. La salutacion de entrambas partes no fue como de enemigos, sino como de amigos muy benigna et amorosa. Despues de saludados les pusieron sillas, et se sentaron. Alli estuvieron de entrambas partes algun espacio de tiempo en silencio, esperando quien hablaria el primero; pero como esto tocaba á los Romanos á los quales ya por sus Embaxadores habia propuesto lo que queria el Rey, et esperaba de ellos respuesta, á la fin el Embaxador Marcio rompiendo el silencio, dixo estas palabras. » Bien creo » que estás esperando, Rey, que nosotros respondamos á » las letras que por tus Embaxadores nos enviaste á Corcyra, » en las quales nos preguntas, por qué causa seamos nosotros » venidos como Embaxadores, y con gente de guerra, et » pongamos nueva guarnicion en todas las ciudades. A esta » demanda tuya, Rey, tengo miedo que sino respondemos, » nuestro silencio será reputado por soberbia, y si respon- » demos conforme á buena razon, verdaderamente como » somos obligados, temo tambien que nuestra verdad te será

„ muy dura y dificultosa. Pero como sea verdad que el que „ rompe la confederacion y alianza que tiene hecha, haya de „ ser reprehendido et castigado con armas, ó con palabras, „ soy forzado al presente á usar de palabras asperas, et poco „ gustosas contra tí, que eres nuestro huesped, aunque cier- „ to lo hago contra mi voluntad, como es verdad que tam- „ bien querria que el cargo de la guerra contra tí fuese an- „ tes encomendado á otro Capitan que á mí. Seguiré, pues, „ en esta habla con buen ánimo el exemplo de los buenos „ medicos, que suelen muchas veces aplicar remedios as- „ peros y dificultosos por alcanzar mas presto la salud desea- „ da. Despues que tú tomaste la posesion del reyno de Ma- „ cedonia, el Senado Romano juzga que tú has hecho una co- „ sa digna de toda honestidad y virtud, y que con razon „ debia de ser hecha, y es que enviaste tus Embaxadores á „ Roma para renovar y confirmar la confederacion que el „ Rey Filipo, tu padre, tenia hecha con el Senado y pue- „ blo Romano. Y cierto no pensó el Senado que despues de „ renovada la alianza tan presto quisieras violarla. Tu has „ echado fuera de su reyno á Abrupolis que era amigo y „ confederado del pueblo Romano. A los homicidas que ma- „ taron á Artetaro, tú los recibiste en tu reyno, porque pa- „ reciese que te alegrabas con su muerte, como sea verdad „ que estos homicidas mataron al Príncipe mas fiel, et amigo „ del pueblo Romano que habia entre todos los Ilyrios. Pa- „ saste por toda Thesalia, y por la tierra de los Malienses, „ hasta la Isla de Delphos con exército, et gente de guerra „ contra la alianza que tú mismo habias renovado. Enviaste „ tambien ayuda á los de Bizancio contra las capitulaciones „ hechas. Con nuestros compañeros y aliados los Beocios, tú „ procuraste de tener secretas amistades, y las confirmaste „ con juramento, lo qual no te era licito.

„ Pues los Embaxadores Thebanos que venian de nuestra „ república, Everca y Calicrito, mas quiero demandarte, ¿quie-

„ nes los mató, que acusarte de su muerte? ¿La guerra civil que
„ se levantó en Etolia, et las muertes de los Príncipes, quienes
„ diremos que fueron la causa de todo ello, sino tus propias
„ gentes? A los Dolopes sin contradiccion ninguna tú los des-
„ truiste. El Rey Eumenes que se tornaba de Roma para su
„ reyno, quando llegó á la Isla de Delfos, como si fuera un
„ destinado sacrificio en aquel lugar sagrado, delante del tem-
„ plo fue casi cruelmente sacrificado. ¿De este tan grave cri-
„ men á quien echaremos la culpa? por cierto que no tengo
„ atrevimiento de acusar á quien con razon merece ser acu-
„ sado. ¿Pues que diré de las secretas y graves maldades que
„ descubrió el huesped Brundusio? Yo sé muy cierto que
„ todas estas cosas se te escribieron muy particularmente de
„ Roma, et que tus mismos Embaxadores te las contaron. Si
„ tú quisieras excusarme, et evitar que yo no dixera nin-
„ guna de estas cosas, estaba en tu mano hacerlo, et pu-
„ dieras facilmente evitarlo por una via, si tú no me pre-
„ guntáras la causa por qué pasabamos con exército en Ma-
„ cedonia, et por qué poniamos guarnicion en las ciudades
„ confederadas. Pero pues que nos lo preguntaste, con
„ mas razon pudieramos ser notados de soberbios, sino qui-
„ sieramos darte respuesta, que al presente merecemos ser
„ acusados de atrevidos en decirte claramente lo que es ver-
„ dad. Es verdad que por causa de la amistad y ley de aco-
„ gimiento que yo tuve con tu padre favorezco quanto pue-
„ do, y favoreceré siempre á tu buena razon, y asi deseo
„ que tú me des ocasion y materia para que yo pueda ser
„ intercesor y medianero de tu causa para con el Senado Ro-
„ mano."

CAPITULO XVII.

De lo que respondió el Rey Perseo á las acusaciones que contra él proponian los Romanos, procurando de excusarse con palabras, y deshacer todos los crimines de que era acusado. Es razonamiento falso y engañoso, acomodado para dar lustre y color de virtud á los vicios con palabras fingidas.

Oyó el Rey con atencion las palabras de Marcio, y despues que él acabó su razonamiento, dióle Perseo tal respuesta. „Si mi causa fuese tratada en el juicio de justos jueces, „yo sé muy cierto que seria juzgada por buena y justa, et „asi al presente la trataré yo en presencia de los mismos, „que son acusadores y jueces. Quanto á los crimines de que „me habeis acusado, respondo que parte de ellos son de „tal calidad que no sé si por ellos debo gloriarme: otra „parte es de tal suerte que no tendré vergüenza ninguna de „confesarlos: y la tercera parte es de crimines tales que asi „como soy acusado de ellos con una palabra, de la misma „manera puedo con otra negarlos. ¿Qué es lo que yo puedo „buenamente responder á falsas acusaciones? Si soy acusado „como transgresor de vuestras leyes, y me quereis hacer „culpado de los crimines que decis ha descubierto el huesped „de Brundusio, et del caso del Rey Eumenes, seria honesto „que los que tales cosas proponen se fundasen en alguna „razon firme, porque con justo titulo no fuesen juzgados „mas por calumniadores falsos, que por acusadores verdaderos. ¿Pensais vosotros que el Rey Eumenes no tiene á „otros enemigos que á mí, como sea verdad que él sea molesto y grave á infinito número de personas asi pública como particularmente? ¿Y pensais tambien que si yo quisiese „poner por obra semejantes cosas, que no hallaria otros mi-

„ nistros de maldades muy mas apropiados que el huesped „ Rammio de Brundusio, al qual no habia yo antes otra vez „ visto, ni tampoco despues le habia mas de ver? Pues de los „ Thebanos que se anegaron en la mar, y de la muerte de „ Artetaro, soy yo obligado á daros cuenta? Aunque quanto „ á esto es verdad que por ninguna otra cosa me acusais, si„ no porque estuvieron desterrados en mi reyno los homicidas. „ La injusticia y desigualdad de esta condicion que me pro„ poneis, no la rehusaré yo si por el consiguiente vosotros „ tambien admitieredes ser tenidos por autores de los crimines „ porque fueron condenados los desterrados que se acogieren „ á Italia ó á Roma? Pero si vosotros rehusais este partido, „ y todas las otras gentes tambien le rehusan, es razon que „ yo tambien sea contado por uno entre los otros que no le „ admiten. Y por el Dios Hercules, os ruego, que me digais, „ ¿ qué aprovecha desterrar á una persona sino ha de hallar „ lugar en el mundo donde pase la soledad, y miseria de su „ triste destierro? Pero no obstante esto, luego que yo fui „ avisado de vosotros que estos malechores estaban en Mace„ donia, los hice buscar, y mandé que sin detenimiento sa„ liesen fuera de los fines de mi reyno, et que para siempre „ fuesen desterrados de mis tierras. Demanera, que por estas „ cosas como acusado et culpado de ellas, me disculpo, et „ doy razon de mí como los que se defienden en juicio. Los „ otros crimines mayores que me proponeis, no son propues„ tos como á persona particular, sino como á Rey, que con„ sisten en la confederacion y alianza que yo tengo con vo„ sotros, y decis haber sido por mí violada. Si es verdad „ que está escrito en la confederacion, que si alguno mue„ ve guerra contra mí, que yo no tenga facultad de defen„ derme á mí ni á mi reyno, es necesario que al presente „ yo confiese, que en haber tomado armas contra Abrupolis „ aliado del pueblo Romano, para defenderme he violado la „ confederacion hecha con los Romanos. Pero si la defension

„propia es licita, y está permitida en las capitulaciones, et „por ley de natura todas las gentes conocen y juzgan ser „cosa muy justa y santa resistir á las armas con armas, ¿qué „habia yo de hacer en un caso tan injusto y peligroso, viendo „que Abrupolis destruia con mano armada los limites de mi „reyno, y habia ya llegado con gente de guerra hasta la ciudad „de Amphipolis: habia llevado presos et cautivos muchos „hombres libres: habia llevado infinito número de sier- „vos, corrido y robando muchos millares de cabezas de „ganado? ¿Era honesto que me estuviera quedo mirando la „destrucion de mi reyno? ¿Pareceos ser cosa justa que yo „sufriese tales injurias et daños, sin haber dado causa para „ellos? ¿Qué queriades que yo hiciese en tal caso? ¿A „vuestro parecer habiale de estar esperando sin moverme, „hasta que llegara á la ciudad de Pela, y entrara por las „puertas de mi palacio armado? ¿Pero direisme por ventura „que fue lícito tomar armas para defenderme, y resistir con „fuerza al que injustamente me queria hacer fuerza; pero no „era lícito qu él fuese de mi vencido, ni padeciese lo que „suele acontecer á los vencidos? A esto respondo, que pues „yo era sujeto á la misma fortuna, y pudiera venir por mí „lo mismo que vino por él siendo yo con sus armas aco- „metido, no hay razon porque se queje de mí en haberle „acontecido lo que le aconteció, sino de sí mismo, que sin „causa, ni propósito ninguno fue autor y causa de la guerra.

„Quanto á lo que me acusais de haber reprimido con „armas á los Dolopes, y haberlos sojuzgado, tened por cier- „to, Romanos, que no me defenderé en este caso con la „misma escusa que me defiendo en la causa de Abrupolis. „Concedo haber sojuzgado á los Dolopes, sin haberme ellos „dado ocasion de venir con armas contra ellos; pero tam- „bien afirmo que lo hice con justo título, y por mi propio „derecho, porque son gentes de mi reyno, y sujetas á mi „jurisdiccion, atribuidas por decreto vuestro al Rey Filipo,

„mi padre. Y si hubiese de dar cuenta et razon de la ma-
„nera que me hube con ellos, tengo por cierto que no di-
„go yo vosotros, ó qualesquiera confederados, sino todas
„las mas moderadas gentes del mundo, que no aprueban
„el demasiado rigor y ferocidad contra los siervos y es-
„clavos, juzgarian que no me hube mas severa ni riguro-
„samente con ellos de lo que era justo et honesto. Porque
„es verdad que ellos mataron con tanta crueldad á Eu-
„franor, mi Presidente, que yo les habia dado para que
„los gobernase, que entre todas las otras penas que pa-
„deció, la misma muerte fue la mas liviana de sus tor-
„mentos. Despues de partido de alli me llegué á visitar las
„ciudades de Larisa, de Atrona y de Pyleo. Hallándome á
„esta sazon cerca de la isla de Delfos determiné de llegarme
„hasta allá por celebrar en aquel templo con debida reli-
„gion los sacrificios que mucho antes habia prometido al
„Dios Apolo. Y es honesto, y aun necesario, que las cosas
„pertenecientes al culto divino no sean de los buenos Prín-
„cipes menospreciadas. Aqui por aumentar mas mi crimen,
„añaden de suyo que vine con exército al templo de Apo-
„lo. Ruegoos que me digais, ¿á qué propósito habia yo de
„traer exército conmigo en tiempo tan reposado, y en tal
„sazon que venia para sacrificar, y no para guerrear? ¿Que-
„reis por ventura acusarme del crimen, por cuya ocasion
„yo al presente de vosotros me quejo? Direis que venia
„á ocupar las ciudades libres de Grecia, et á poner gen-
„te de guarnicion en las fortalezas y lugares fuertes, co-
„mo vosotros sin pensarlo yo, et sin por qué, lo ha-
„beis hecho. Haced juntar todas las ciudades del Imperio
„Griego, por las quales yo pasé, preguntad á todos los
„soldados que hay por este camino uno á uno, si de pa-
„labra, ó por obra han recibido de mí ni de los mios al-
„guna injuria. Si se hallare alguno que se queje, soy con-
„tento de confesar el crimen de que me acusais, que fin-

„ giendo sacrificios buscaba yo otra cosa en Grecia. ¿ De „ qué mas me acusareis ? Decis que envié ayuda y socorro „ á los Etolos y á los Bizancios, et que hice confederacion „ y alianza con los Beocios. Estos crímenes de qualquiera „ calidad que ellos sean, ya les he muchas veces por mis „ Embaxadores en el Senado Romano, no solamente decla- „ rado, sino tambien excusado. Donde me tengo por cierto „ que se hallaron algunos disputadores y jueces, que no fue- „ ron dotados de tanta equidad para conmigo quanto tú lo „ eres, Marco, á quien yo reconozco por amigo y huesped „ de mi padre. Pero á esta sazon aun no era llegado á Ro- „ ma mi grave acusador Eumenes, que calumniando é in- „ terpretando todas las cosas á la peor parte, hiciese to- „ das mis obras en vuestra presencia sospechosas et odio- „ sas, et procurase de persuadiros, que en ninguna manera „ podria permanecer en su libertad antigua Grecia, ni go- „ zar del beneficio que de vosotros le viene, si el reyno de „ Macedonia floreciese con su antigua y acostubrada gloria. „ Revuelvase este mundo lo de arriba á baxo, et hallareis „ muchas personas que os afirmarán, que no es Antiocho „ el que quiere apremiar con triste servidumbre las gentes, „ el qual está allá apartado de la otra parte del monte Tau- „ ro, sino que Eumenes es mas grave et mas intolerable pa- „ ra todas las ciudades de Asia, que jamas fue Antiocho. „ Hallareis tambien por experiencia, que no podrán vivir „ á reposo vuestros propios confederados durante el tiempo „ que tuviere puesto su asiento real en la ciudad de Per- „ gamo. Porque esta es una fortaleza que está puesta so- „ bre las cabezas y las cervices de las ciudades comarca- „ nas. Muy bien sé, Quinto Marcio, y Aulo Atilio, que „ todas estas cosas de que vosotros me habeis acusado, y al „ presente yo me he excusado son de tal calidad, quales „ son los oidos y los ánimos de los que las oyen y juz- gan. Y que no hace tanto al caso todo lo que yo he hecho,

,, ni el ánimo con que lo he hecho, quanto importa el ánimo y voluntad con que vostros pensais ser hecho. A mi conciencia pongo por testigo, que ninguna cosa he hecho ni pensado de la qual juzgase que podria redundar algun detrimento al Senado y pueblo Romano. Y si en alguna cosa he errado, ha sido por ignorancia et no por malicia, y todo lo he hecho con tan limpio ánimo, que holgarme he de ser corregido y enmendado. Por cierto que no hay cosa ninguna en mí que no sea curable, et es verdad que no he cometido contra vosotros ninguna cosa que merezca ser vengada y perseguida por fuerza de armas. Puedo tambien afirmar que no merece tanto ser celebrada por todas las partes del mundo y por boca de tantas gentes como lo es la fama de la clemencia y gravedad del pueblo Romano, si por semejantes causas de tan poco valor, que apenas merecen ser reprehendidas, luego tomais las armas y quereis hacer la guerra contra los Reyes vuestros confederados.

CAPITULO XVIII.

De las treguas que se hicieron, y los Embaxadores que envió á Roma Perseo con esperanza de paz, los quales fueron echados fuera de la ciudad, y se prosiguió de entrambas partes la guerra, y de lo que en ella sucedió.

Despues que hubo acabado su razonamiento el Rey Perseo, aprobó Marcio algunas cosas de las que decia, principalmente dando crédito á lo que afirmaba que estaba presto para enmendar sus faltas pasadas conforme á la voluntad y juicio del pueblo Romano. A esta causa le confortó Marcio con buenas palabras, y le dió por consejo que enviase sus Embaxadores al Senado Romano, con el qual él pro-

curaria quanto pudiese que se tomase un buen corte en aquellos alterados negocios. Holgose mucho el Rey Perseo en conocer en este caso la voluntad de Marcio. y teniendo por cierto que este era el mejor camino que se podia hallar para hacer alguna paz con los Romanos, determinó de hacer lo que le aconsejaba, conservando siempre en su ánimo una cierta esperanza de concordia, con determinacion de tentar hasta la última experiencia lo que pudiese hacer en este negocio. Faltaba otra nueva consultacion, de qué manera se podria hallar camino cierto y seguro para los Embaxadores. Para este efecto como eran muy necesarias las treguas, las quales en efecto de verdad las deseaba mucho Marcio, y no buscaba sino esto en la habla con Perseo, á la fin despues que el Rey las demandó con grandísima dificultad quiso concederlas, dándole á entender que solamente lo hacia por hacerle singular gracia y merced. Hechas, pues, las treguas por algun pequeño espacio de tiempo entretanto que iba á Roma y tornaba el Embaxador de Perseo, pensó Marcio que habia hecho una obra notable. Porque los Romanos en aquella sazon ninguna cosa tenian presta para la guerra. No estaba aparejado el exército, ni tenian elegido Capitan, como sea verdad que á esta hora el Rey Perseo tenia sus cosas todas puestas en orden, de las quales pudiera usar con provecho suyo y detrimento de los Romanos, sino le engañara la vana esperanza que habia concebido en su ánimo de alcanzar paz. Pudiera, si quisiera comenzar la guerra, y hacerla con gran provecho suyo en tiempo muy oportuno y desaventajado para sus adversarios. Despues de estas hablas, siendo ya confirmadas de entrambas partes las treguas, los Embaxadores Romanos se fueron á Beocia. En este lugar se comenzaban ya á levantar nuevos alborotos, porque se apartaban de la comun alianza y confederacion que se habia hecho y confirmado en algunos pueblos de los Beocios. Esta alteracion se habia levan-

tado despues que se divulgaron las hablas de los Embaxadores Romanos y del Rey Perseo, y fue notorio lo que habia dicho Marcio, que á la fin se conoceria por la obra quales pueblos habia habido en toda la provincia que no habian querido hacer alianza con el Rey Perseo. Los primeros Embaxadores que vineron á los Romanos fueron los de la ciudad de Cheronea, despues los de Thebas, los quales los toparon en el camino, afirmando estos Embaxadores de entrambas ciudades que no se habian hallado presentes en el concilio donde se trataron estas confederaciones. A estos Embaxadores no se les dió por entonces ninguna respuesta, sino solamente les mandaron que siguiesen á los Romanos hasta la ciudad de Calcide.

En la ciuda de Thebas se habia levantado otra nueva alteracion por causa de otras discordias. En las juntas de los Beocios la parte que fue vencida quiso tomar vengaaza de aquella injuria que habia recibido. Para esto se congregó toda la multitud, et se hizo un decreto en la ciudad de Thebas que ninguno de los Gobernadares de la provincia de Beocia fuese recibido dentro de las ciudades. Los que fueron por este decreto desterrados se acogieron á la ciudad de Thespia. Desde alli, donde fueron recibidos sin dificultad ninguna, otra vez los llamaron los de Thebas, despues de haberse un poco amansado el rigor de sus ánimos. Ellos vinieron, y llegados hicieron que fuesen castigados con destierro. Despues de esto el nuevo Gobernador que sucedió, que tenia por nombre Ismenias, hombre noble y poderoso, pronunció por sentencia que estos doce hombres que estaban ausentes fuesen condenados á muerte. Oido este decreto ellos se fueron huyendo á la ciudad de Calcide. De alli se pasaron á Larisa donde estaban los Romanos, en cuyo juicio se excusaban acusando á un Caudillo, y decian que la causa porque ellos habian hecho alianza con el Rey Perseo habia sido solamente su Gobernador Ismenias. De

esta diferencia se levantó una grave contienda entre las partes que estaban diferentes, de las quales vinieron Embaxadores á los Romanos para defender su causa. De la una parte fueron los desterrados y acusadores de Ismenias, y de la otra el acusado Ismenias. Quando estos fueron llegados á la ciudad de Calcide, vinieron tambien los Príncipes de las otras ciudades, lo qual fue muy grato á los Romanos, et cada uno de todos ellos por su propio particular decreto en presencia de todos renunciaban la amistad que tenian con el Rey Perseo, et públicamente se juntaban con los Romanos. A esta sazon á Ismenias le pareció ser cosa conveniente y necesaria en aquella oportunidad de entregar la nacion de la gente de Beocia en la fe y alianza de los Romanos. De aqui se levantó una disension entre los desterrados y Ismenias tan grande, que si él no se acogiera al tribunal de los Embaxadores Romanos casi fuera muerto por mano de los desterrados, et de otros muchos que los favorecian. Tambien dentro de la misma ciudad de Thebas, que es cabeza de la provincia de Beocia, se habia levantado entre los ciudadanos una alteracion y alboroto muy grande. Estaban divididos los ánimos de la gente que habia en el pueblo, una parte de los quales se inclinaba en favor del Rey, et la otra parte se allegaba mas al favor de los Romanos, y asi estaba la ciudad en dos bandos repartida. Allende de la gente del pueblo se habia juntado tambien gran multitud de hombres de los Coroneos y Haliartos para defender la parte del pueblo que seguia el bando del Rey Perseo. Pero á la fin fue vencedora en esta contienda la constancia et gravedad de los Príncipes que demostraban por evidentes argumentos de las destrucciones que habian habido el Rey Filipo y el Rey Antiocho, de quan grande valor et magestad fuese la potencia y fortuna del Imperio Romano. A la fin vencida la multitud popular por la eficacia de estas razones, ordenaron por

decretó que se echase fuera del pueblo la parcialidad del Rey, y se diesen todos á los Romanos. Allende de esto, á los que habian sido autores que se firmase la alianza con el Rey, fue ordenado por decreto público que luego fuesen todos á la ciudad de Calcide, y se presentasen ante los Embaxadores Romanos ofreciéndoseles á toda le satisfaccion que á esta causa ellos les demandasen. Enviaron tambien sus Embaxadores á los Romanos rogándoles que tuviesen por bien de recibir debaxo de su amparo y tutela la ciudad de Thebas. Los Embaxadores Romanos, Marcio y Atilio, oyeron con gran gozo y alegria la embaxada de los Thebanos; y despues de haberles hecho gracias por su buen ofrecimiento, hablaron con ellos particularmente, y los amonestaron que enviasen sus Embaxadores á Roma al Senado para que ellos en presencia renovasen y confirmasen su amistad con el pueblo Romano. Ante todas cosas mandaron que fuesen restituidos en su lugar los desterrados, y por su decreto condenaron á los que fueron autores que se hiciese alianza con el Rey Perseo. Esto hecho, que era lo que mas los Romanos deseaban, luego que tuvieron en su potestad los ánimos de los Beocios se partieron para Peloponeso, y antes que se partiesen llamaron á la ciudad de Calcis á Servio Cornelio. En la ciudad de Argos hicieron tambien congregar nuevo concilio, en el qual ninguna otra cosa demandaron á la gente de los Acheos, sino que les diesen mil soldados. Esta gente de guerra fue enviada á la ciudad de Calcide para que estuviese alli puesta en guarcion para defensa del pueblo entretanto que el exército Romano pasaba á Grecia.

CAPITULO XIX.

De como los de Rodas se juntaron con los Romanos, y los tres Embaxadores confirmaron en su fe á las principales ciudades de Grecia, y de las embaxadas que el Rey Perseo envió á los de Rodas y á las otras ciudades, y del poco recurso que halló en ellas por estar antes aliadas con los Romanos.

Los Embaxadores Romanos, Marcio y Atilo, despues de haber dado fin y conclusion en los negocios de Grecia al principio del invierno se tornaron á Roma. De alli fue enviada una nueva embaxada casi en aquel mismo tiempo de Asia á las islas. Tres fueron los Embaxadores que hicieron este camino, Tito Claudio, Publio Posthumio, et Marco Junio. Estos andando rodeando las provincias de Asia por todas partes amonestaban á sus confederados que hiciesen ellos tambien la guerra en compañia del pueblo Romano contra el Rey Perseo, et quanto era mas rica et mas poderosa la cuidad donde se hallaba, tanto con mayor instancia importunaban que en aquella sazon declarasen la fe et constancia que tenian con sus aliados. Porque sabian muy bien que las ciudades menores seguirian la autoridad et exemplo de las mayores. Sobre todas las otras gentes eran de mayor fuerza y poder para todas cosas los de Rodas que ningunos de los confederados. Porque no solamente podian favorecer de palabra á los Romanos, sino tambien ayudarles en aquella guerra, cuya pótencia era tan grande que podian ayudarlos con quarenta naos bien abastecidas, lo qual hicieron por persuasion de Hegesiloco. El qual como en aquella sazon estaba puesto en la suprema dignidad del gobierno de la república, al qual Magistrado ellos llaman Pritania, habia persuadido por muchas et muy evidentes razones á los Ro-

dianos, que dexada la esperanza vana que algun tiempo habian tenido sustentando la amistad de los Reyes, la qual habian probado ser de ningun valor, se abrazasen con la amistad et alianza de los Romanos; pues que sabian por cierta experiencia que esta sola en toda la redondez de la tierra era sobre las otras excelente, asi en fuerzas como en constancia et lealtad perpetua de que siempre usaba para con sus amigos, y que á esta causa cobrasen esta confederacion, et con gran religion la conservasen. Decíales mas Hegesiloco, que en aquella sazon se les ofrecia á los Romanos una guerra grave et peligrosa contra el Rey Perseo, y que con justo título les demandarian el mismo socorro de naos de armada que poco tiempo antes ellos habian visto en la guerra contra el Rey Antiocho, et en la otra antes contra el Rey Filipo, et que se hallarian turbados et confusos al tiempo que se hubiese de enviar la armada, si desde entonces no comenzasen á aderezar las naos et á bastecerlas, asi de gente escogida para la guerra como de municiones et otras cosas necesaraias para su sustentacion, y que le parecia que esto se debia desde entonces poner por obra tanto con mayor diligencia, quanto era en aquella coyuntura mas necesario deshacer con la fe de las obras los crímenes de que los habia acusado el Rey Eumenes poco antes en el Senado Romano. Movidos por estas razones los Rodianos luego armaron una flota de quarenta naos et la pusieron muy en orden, et asi adornada de todas las cosas que eran necesarias la presentaron á los Embaxadores Romanos luego que vinieron, porque no pareciese habian querido esperar á que les fuese demandado. Demanera que esta embaxada fue de momento para ganar los ánimos de las ciudades de Asia. Decimio tornó á Roma, que era uno de aquellos que eran infames por sospecha de haber sido corrompidos con dineros de los Reyes de los Ilirios. Pues tornando al Rey Perseo, despues que se partió de

la habla de los Embaxadores Romanos, se retraxo á su reyno de Macedonia, et luego envió sus Embaxadores á Roma para concluir por ellos las condiciones de paz que habia comenzado con Marcio. A los mismos Embaxadores dió letras para que diesen tambien á la ciudad de Byzancio, et á la ciudad de Rodas. En las letras que por todas partes enviaba se contenia tal sentencia: Como él habia hablado con los Embaxadores Romanos, et lo que de ellos habia oido, et lo que él les habia dicho iba por tal estilo contado, que en aquella platica se hacia á sí mismo superior como si hubiera hecho gran ventaja á los Romanos. En presencia de los gobernadores de Rodas los Embaxadores del Rey dixeron mas que tenian esperanza que se concertaria la paz de entrambas partes con honestas condiciones. Porque se habian enviado Embaxadores á Roma sobre este negocio por consejo de Marcio et de Atilio. Pero que sino se hiciese la paz, y quisiesen los Romanos llevar adelante la guerra contra toda razon, y contra las alianzas hechas, que en tal caso el Rey era de parecer que ellos procurasen por todas las vias que pudiesen de reconciliar la paz. Y sino pudiesen alcanzarla rogando, que debian trabajar en todo caso ante todas cosas que fuese reducida la potestad y jurisdiccion de todas las cosas al juicio y albedrío de un solo pueblo. Porque esto era muy necesario para todas las ciudades libres, et mucho mas para los Rodianos que en riquezas et dignidad et potencia hacian ventaja á todas las otras ciudades de Grecia, los quales despues serian siervos et esclavos sino tuviesen otro respeto que á solos los Romanos.

Estas letras del Rey Perseo, et las palabras de sus Embaxadores fueron leidas et oidas de los de Rodas benignamente; pero fueron de ningun valor para mudar los ánimos que ya estaban confirmados en la amistad de los Romanos. Porque comenzaba ya á ser de muy mayores fuerzas la autoridad de la parte mejor que favorecia et confirmaba la

alianza de los Romanos. A la fin por decreto comun fue respondido á los Embaxadores del Rey, que los de Rodas deseaban mucho la paz; pero que si hubiese guerra no esperase ni demandase ninguna cosa de ellos el Rey Perseo, que pudiese por alguna via deshacer ó dañar la amistad antigua que tenian desde muchos años con los Romanos, la qual habian alcanzado et confirmado con muchas, et muy grandes prendas de amistad asi en tiempo de paz como de guerra. Partidos estos Embaxadores de Rodas, pasaron tambien por Thebas, Coronea, et Haliarto que son ciudades de la provincia de Beocia, de las quales se tenia opinion que contra su voluntad las habian hecho dexar la amistad del Rey, et juntarse con los Romanos. Los Thebanos ninguna cosa se movieron con esta embaxada del Rey, aunque en efecto de verdad estaban algo sentidos et resabiados contra los Romanos por causa de haber ellos restituido á los desterrados, et condenado á sus Principes. Los Coroneos, et los Haliartos acordándose tambien entonces del natural favor que siempre habian mostrado para con los Reyes, enviaron sus Embaxadores á Macedonia demandando gente de guarnicion con que se pudiesen defender contra la demasiada soberbia de los Thebanos. A esta embaxada respondió el Rey, que por entonces no les podia enviar ninguna guarnicion por causa de las treguas que ultimamente habia hecho con los Romanos; pero que les amonestaba que se defendiesen de las injurias que les hacian los Thebanos por la mejor via que pudiesen; pero de tal manera que no diesen ocasion á los Romanos de usar de su crueldad contra ellos.

CAPITULO XX.

De la relacion que hicieron Marcio et Atilio de lo que habian hecho, et como se gloriaron de haber engañado á Perseo con las treguas dándole esperanza de paz, lo qual fue reprehendido de los Senadores ancianos, et aprobado de la mayor parte del Senado, et de como fueron tornados á enviar á Grecia los mismos Embaxadores. Y de la partida del Consul con su exército.

Los Embaxadores Marcio y Atilio luego que llegaron á Roma relataron su embaxada en el Capitolio, pero de tal suerte, que de ninguna cosa se gloriaban mas que de haber engañado con las treguas al Rey Perseo dándole esperanza de paz en tal tiempo, et sazon que el aparato del Rey hacia muy gran ventaja al de los Romanos. Porque entonces estaba tan proveido de todas las cosas que eran necesarias para la guerra, y los Romanos de las mismas tan faltos, que sin dificultad ninguna pudiera Perseo tomar todas las fronteras, et lugares fuertes antes que los Romanos pudieran pasar su exército á Grecia. Y que habiendo tomado espacio de tiempo con las treguas acordadas despues no podria venir el Rey un punto mas aparejado de lo que antes estaba; pero los Romanos en este medio podrian proveer en todas las cosas que entonces les faltaban, y venir despues muy mas aparejados para comenzar la guerra. Decian mas que por singular industria habian deshecho de tal manera el concilio de los Beocios que dende en adelante por ninguna via se podria tornar á juntar con los Macedonios. Quando estas cosas fueron contadas en el Senado, la mayor parte de los Senadores las aprobaban afirmando ser hechas por grande ingenio, y singular destreza. Pero los Senadores ancianos que alli se hallaron acordándose de las costumbres antiguas, y de la sim-

plicidad y verdad que en aquel tiempo pasado se usaba, reprehendieron en gran manera todo este hecho de los Embaxadores que los otros habian loado. Afirmaban que en estas obras, et embaxadas suyas no reconocian las antiguas artes Romanas honestas y llanas, no fingidas ni cautelosas. Decian que sus progenitores Romanos nunca habian hecho la guerra contra sus enemigos por astucias engañosas, ni por asechanzas, que nunca se habian deleytado con celadas ni emboscadas saliendo de noche contra los enemigos, y fingiendo huir para tornar despues de improviso sobre los enemigos; pero que se gloriaban solamente de su propia et verdadera virtud, que no consistia en estas engañosas artes sino en el esfuerzo de su ánimo sin cautela ni falsedad ninguna. Que solian provocar á la guerra, y denunciarla antes que tomasen las armas y la comenzasen, y muchas veces tambien tenian por costumbre de señalar el lugar y el campo donde se habia de dar la batalla. Con esta misma fe y verdad de que usaban fue declarado al Rey Pyrro el medico que queria por engaño quitarle la vida. De la misma manera entregaron á los Faliscos atado el maestro de la escuela que fue traidor contra los hijos del Rey, y de los principales del pueblo. Estas son las artes Romanas: esta es la virtud de nuestros mayores, no semejantes á las astucias de los Africanos, ni á las engañosas cautelas de los Griegos, los quales tienen por cosa mas gloriosa vencer á los enemigos por engaño que por esfuerzo y virtud. Bien es verdad que acontece algunas veces en el curso de los negocios humanos conforme á la oportunidad presente que se hacen con mayor provecho algunas cosas por engaño que por virtud. Pero tenganse todos los buenos por averiguado que el ánimo de aquel hombre es expresamente para siempre vencido, que de su propia voluntad confiesa muy á la clara que es sojuzgado de su adversario no por arte, ni astucia, ni por caso de fortuna, sino viniendo á las manos y probando sus fuer-

zas en guerra justa y santa. Esta es la opinion de nuestros antiguos gobernadores, los quales no podian aprobar esta nueva sapiencia de que hoy usan los nobles Capitanes. Pero con toda la autoridad y buenas razones de los ancianos padres en aquel ayuntamiento venció aquella parte del Senado que hacia mayor caso de los consejos provechosos, que de los honestos. Y asi por voto de los mas fue aprobada esta embaxada de Marcio, y considerando su destreza le tornaron luego á enviar á Grecia con las naos de armada de cinco ordenes de remos, dandole cargo general que todos los negocios que se hubiesen de administrar en aquella provincia los hiciese conforme á lo que él juzgase ser mas provechoso á la república Romana. Enviaron tambien al otro Embaxador Aulo Atilio para ocupar la ciudad de Larisa en la provincia de Thesalia, temiendo que si una vez espirase el término de las treguas el Rey Perseo pusiese su guarnicion en aquella ciudad, y de esta manera tuviese en su potestad la cabeza de Thesalia. Mandaron á Aulo Atilio que para poner esto en efecto tomase dos mil hombres de á pie de Ceneo Sicinio. Ordenaron tambien que se diesen trescientos soldados Italianos á Publio Lentulo, que en aquella sazon era tornado de Achaya, para que con ellos se fuese á Thebas, y alli estuviese como en atalaya, y contemplase lo que se hacia, y tuviese como en sujecion la provincia de Beocia.

Aparejadas, pues, estas cosas de la manera que dicho habemos, aunque todos los consejos de los Romanos iban fundados sobre los negocios de la guerra, todavia quisieron dar audiencia en el Senado á los Embaxadores del Rey, porque no pareciese que eran condenados sin ser oidos. Casi las mismas excusas que el Rey habia pronunciado en su habla propusieron sus Embaxadores en el Senado. El crimen de que le acusaban de la traicion hecha contra el Rey Eumenes con grandisima diligencia, et con razones poco probales procuraron de excusarle, aunque esta excusa no fue admitida, porque el caso era ma-

nifiesto y notorio. Lo demas de su razonamiento consistia en demandar perdon, y ofrecerse á qualquiera recompensa; pero no eran oidos con tales ánimos que pudiesen ser movidos ni ablandados. A la fin fueles denunciado que luego á la hora saliesen fuera de la ciudad de Roma, et dentro de treinta dias fuera de toda Italia. Despues mandaron tambien al Consul Publio Licinio, al qual habia caido por suerte la provincia de Macedonia, que señalase un cierto dia el primero que buenamente pudiese hacerse á su exército para que se juntasen en un lugar, et estuviesen todos á punto, et prestos para partirse á su provincia. El Pretor Cayo Lucrecio que tenia cargo de la armada por mar se partió de la ciudad con quarenta naos de armada de á cinco bandas de remos. Porque de las naos que se habian sacado de las atarazanas, y se habian aderezado et puesto en orden fue ordenado que las demas quedasen para lo que se ofreciese. El Pretor envió delante á su hermano Lucrecio con una galera de cinco bandas de remos, con cargo que llevando consigo las naos de los confederados que hallase prestas en el camino acudiese á Cephalenia donde aportaria toda la armada. Con este cargo se partió, y tomó una galera de los Reginos, dos de los Locos, quatro de los Uritos, et con ellas se fue costeando toda la tierra de Italia hasta la postrera punta de Calabria, que está en el mar Jonio, et de alli pasó á Dyrracio. Alli halló diez navios pequeños de los mismos Dyrracios, doce de los Iseos, et cincuenta et quatro del Rey Gencio, todos ligeros, que son llamados leños volantes, et dando á entender que se tenia persuadido estar estos navios alli prestos para servicio de los Romanos, tomólos todos, et se fue con ellos. Al tercero dia llegó á Corcyra, et de alli muy presto pasó en Cephalenia. El Pretor Cayo Lucrecio partiendo de Nápoles, pasó presto el estrecho, et al quinto dia llegó á Cephalenia. Alli se paró la armada esperando por una parte á que llegase la gente de guerra que venia por tierra, et

por otra parte esperando tambien que se congregasen todos los navios grandes que se habian esparcido por el mar alto, y aun no eran llegados. Casi en estos mismos dias el Consul Publio Licinio despues de haber celebrado en el Capitolio muy solemnes sacrificios vestido de ropas triunfantes se partió de la ciudad de Roma. Siempre esta ceremonia quando los Cónsules partian de Roma para la guerra se hacia con grande magestad y magnificencia. Principalmente se convierten á mirarle y considerarle los ojos y los ánimos de los hombres, quando saben que va su Consul contra algun enemigo muy noble y muy grande, y por causa de su virtud, ó de su fortuna señalado. Acompañanle hasta ser salido de la tierra gran multitud de gentes movidas no solamente por lo que son obligados á su oficio, sino tambien por la admiracion y deseo que tienen de contemplar aquella magnifica pompa, y de ver á su Capitan y Caudillo por cuyo imperio y consejo son gobernados los negocios de la república, et defendido todo el estado del imperio Romano. Allende de esto en semejante pompa los que se hallan presentes de mayor prudencia consideran cosas mas altas: quan extraños son los casos de la guerra, quan inciertos los acaecimientos de la fortuna, principalmente en los tratos de la guerra. Consideran tambien los exemplos prósperos et adversos de los Capitanes pasados. Vienenles á la memoria algunos casos desastrados que han acontecido por causa de la ignorancia et temeridad de los Capitanes. Por el contrario quantas prósperas victorias hayan alcanzado las personas dotadas de virtud et de prudencia. Piensan algunos en su ánimo quien hay entre los hombres mortales que pueda saber, de qué ánimo, de qué parecer, de qué juicio et prudencia es dotado este Consul que al presente envian á la guerra. Como gobernará los grandes negocios que tiene á su cargo. Veremosle presto tornar triunfante et victorioso con su exército, y subir al Capitolio á presentarse en el acatamiento de los mismos Dïoses de cuya presencia

agora se parte ; ó será tal nuestra desdicha que los enemigos gozen de tal alegria, et nosotros padezcamos el dolor et el tormento. Sabian bien que la fama del Rey Perseo, contra quien hacian la guerra los Romanos, era ilustre et muy clara, por causa de las muchas et grandes victorias que habian alcanzado en la guerra los Macedonios, y el Rey Filipo su padre, et postreramente habian sido mucho ennoblecidos en la guerra pasada contra los Romanos. Allende de esto sabian que despues que el Rey Perseo habia sucedido en el reyno, nunca cesaban las gentes de celebrar su nombre con esperanza de los grandes hechos en armas que acabados por sus manos se esperaban. Con estos pensamientos de todas suertes de hombres los Romanos acompañaron á su Capitan al tiempo de su partida. Enviaron con él dos maestros de caballeros con potestad consular, Cayo Claudio, et Quinto Marcio, et con ellos otros tres ilustres mancebos Publio Lentulo, et los dos Manlios Acidinos, el uno de los quales era hijo de Marco Manlio, et el otro de Lucio Manlio. Acompañado, pues, de la manera que decimos llegó el Consul á Brundusio al exército, et despues de alli se partió con toda su gente de guerra et llegó á Nimpho en la tierra de los Appoloniates, donde hizo alarde de su gente et asentó su real.

CAPITULO XXI.

De lo que hizo el Rey Perseo despues que perdió la esperanza de paz, y de la gente de guerra que tenia en su exército, et como los hizo congregar á todos por haces ordenadas.

Muy pocos dias antes el Rey Perseo, despues que sus Embaxadores tornaron de Roma et le cortaron toda esperanza de paz, habia tenido su consejo con los Grandes de su reyno sobre lo que se debia hacer en caso tan importante.

Alli se hallaron diversas et contrarias opiniones, et se disputó de una parte et de otra sobre este negocio con diligencia. Hubo algunos en este concilio que juzgaban debia el Rey Perseo pagar el sueldo de los soldados Romanos si le fuese demandado, et que cerrase los ojos et diese tambien alguna parte de su tierra, si tal condicion se le propusiese, et que por ninguna cosa debia de recusar qualquiera condicion, aunque dura, que se le propusiese por alcanzar la paz seguramente. Porque qualquiera daño que el Rey Perseo sufriese por via de acuerdo juzgaban seria mas tolerable que poner en condicion á su reyno y á su persona. Si una vez quedase por entonces la posesion del reyno sin contradiccion ninguna libre y segura, pensaban que andando el tiempo se podrian ofrecer tales ocasiones, en las quales no solamente recobrase por entero lo que hubiese perdido, pero aun pondria temor y espanto con sus fuerzas et potencia á los que él entonces temia. Pero la mayor parte de todo el concilio fue de contraria opinion, et pronunciaba una sentencia muy mas fiera et orgullosa. Estos afirmaban que si en alguna cosa el Rey reconociera ventaja á los Romanos, por la misma ocasion seria forzado á darles tambien luego todo el reyno. Porque los Romanos ni tenian necesidad de dineros ni de tierras; pues que de lo uno y de lo otro ellos tenian copiosa abundancia. Pero que bien sabian que todas las cosas humanas, y principalmente los grandes reynos eran sujetos á varios casos de fortuna. Habian visto que las riquezas de los Cartagineses se habian quebrantado, et habian puesto sobre sus cervices un Rey muy poderoso et cercano que los molestaba, y que el Rey Antiocho con toda su generacion estaban muy luenga distancia de tierras de ellos apartados de la otra parte del monte Tauro. Pero que solo era uno el reyno de Macedonia que era cercano de su region, et que si viniese algun contraste adverso de fortuna por el pueblo Romano

podria facilmente rehacer los ánimos antiguos de sus Reyes, et hacerles levantar cabeza no solamente conservando la posesion de sus términos, sino cobrando tambien los agenos. A esta causa pronunciaban por sentencia, que estando como estaban los negocios del Reyno de Macedonia en su prosperidad, el Rey Perseo debia considerar con atencion en su ánimo, qual tenia por mejor, conceder todo lo que demandasen los Romanos et quedarse desnudo et despojado de su reyno, acogiéndose á Samothracia, ó á otra isla semejante, qual el pueblo Romano quisiese concederle, et alli hacer vida de hombre particular despues de haber perdido su reyno, envejeciéndose con pobreza y menosprecio de las gentes, ó salir al campo armado et como esforzado Rey procurar defender la dignidad de su estado, como era cosa conveniente á un noble Rey et varon valeroso, et alli con las armas en la mano sufrir qualquiera triste fortuna que le dieren sus hados, ó siendo vencedor victorioso librar á toda la redondez de la tierra del imperio et sujecion del pueblo Romano. Porque no era obra de mayor dificultad et admiracion, echar á los Romanos fuera de los límites de Grecia, que fue echar á Anibal fuera de los términos de Italia. Tampoco podian juzgar ser cosa conveniente et bien considerada, haber resistido á su hermano carnal, que procuraba por injuria y engaño ocupar el reyno, y despues de haberle librado de sus manos, et poseyéndole pacificamente venir de su propia voluntad á ponerle en manos de gentes extrangeras, ó por mejor decir, enemigas. A la fin que se considerase con prudencia, como lo que se buscaba en la guerra et en la paz no era otra cosa que hacer algunos acuerdos iguales et convenientes á entrambas partes con que pudiesen conservarse en su ser et no quedar la una de ellas perdida et destruida. Y en efecto de verdad, que en todas las cosas humanas no habia ninguna tan fea ni tan deshonesta como era deshacer de su propia vo-

juntad un reyno antiquísimo et florecientísimo, y entregarle en poder de gentes extrañas sin que le hayan primero ganado por fuerza de armas. Por el contrario, no hay cosa tan gloriosa como padecer todos los peligros et fatigas que pueden venir á un hombre mortal por defender la dignidad et magestad de un reyno glorioso. A la fin en la ciudad de Pela, en el palacio antiguo de los Macedonios se tomó este consejo. Hagamos, pues, la guerra con el favor de los Dioses inmortales, pues que asi parece ser mas conveniente. Y escribiendo luego letras á todos los Gobernadores de Macedonia, mandó que se congregase todo el exército en una villa de Macedonia, que es llamada Cicio.

El mismo Rey sacrificó luego con gran solemnidad cien sacrificios, dedicados á la Diosa Minerva, que tiene por sobrenombre Alcida. Despues de haber celebrado con debidas ceremonias lo que pertenecia al culto divino, se partió luego para Cicio acompañado de muchos Príncipes et de los grandes de su reyno. En aquel lugar se habia ya juntado todo el exército asi de los Macedonios como de otras naciones que habian venido en su ayuda. Lo primero que hizo fue asentar ordenadamente su real, y poner todo su exército de hombres armados en el campo por haces muy ordenadas. La suma de todo su exército fue de quarenta mil combatientes armados, la media parte de los quales estaban distribuidos, y ordenados por capitanias de á ocho mil hombres, que son llamadas Phalanges. El Capitan de estos era Hippias Bereo. Despues habia dos esquadrones de gente muy escogida asi en fuerzas como en edad entre todo el número de los adargados. A estos llamaban ellos legiones, y tenian por Caudillo á Leonato y á Thrasippo Euliestas. El Capitan de todos los otros adargados, que eran casi tres mil hombres, era Antiphilo Edeseo. Los Peonios, los de Paroria, los de Parstrymonia, estos son lugares sujetos á la provincia de Thracia, y los

Agrianes, mezclados con ellos algunos Thraces, llegaron tambien hasta el número de tres mil hombres de guerra. A estos habia armado y juntado Didas, que era natural de Peonia, el qual habia muerto al mancebo Demetrio. Tambien habia dos mil Galos armados, cuyo Capitan era Asclepidoto, y de los Sincios tres mil Thraces libres, los quales tenian tambien su Capitan á parte. De los Cretenses habia casi igual número, y estos seguian á sus Capitanes, Suso Phalasarneo y Sylo Gnosio. Tambien Leonides Lacedemonio era Capitan de quinientos hombres Griegos que traia mezclados de diversas naciones de Grecia. Este Capitan se decia ser de sangre real, el qual estaba desterrado de su tierra, y era uno de los que habian sido condenados en el concilio freqüente de los Acheos, porque se le hallaron ciertas letras que escribia al Rey Perseo. De los Etolos y de los Beocios que entrambas naciones pasaban todos de quinientos, era Capitan Lyco Acheo. De todas estas gentes mezcladas de tantos pueblos et de tantas naciones se habian allegado de hombres de armas que venian en su ayuda hasta doce mil combatientes. Pues tocante á la caballería que tenia Perseo en su exército, de todo el reyno de Macedonia habia juntado tres mil caballeros. Vino tambien al mismo lugar Cotys hijo de Seutha, Rey de los Odrysios, con mil caballos escogidos, y con otros tantos hombres de á pie. Demanera que la suma de todo el exército del Rey Perseo llegaba hasta el número de treinta y nueve mil hombres de á pie y quatro mil de á caballo. Constaba claramente que despues de aquel exército que el grande Alexandro pasó en Asia ningun Rey de Macedonia habia congregado tan copioso exércitos. En aquella sazon se cumplian veinte y seis años que se habia dado paz á los Macedonios demandándola el Rey Filipo. Todo este tiempo habia estado Macedonia muy quieta y reposada, et en este medio tiempo habia producido y criado grandísima multitud de mancebos

fuertes y animosos: la mayor parte de los quales ya era de edad para tomar armas, y defender á su patria en la guerra, y aunque habian estado á reposo luengo tiempo los Macedonios, no por eso habian dexado siempre de exercitarse en las armas sus mancebos en escaramuzas y otros acometimientos pequeños contra los Thraces, y otras gentes comarcanas, que exercitaban mas que fatigaban. Demanera que se puede decir eran exercitados con uso de perpetua guerra. Y como mucho tiempo antes el Rey Filipo, et despues tambien Perseo habian pensado de hacer la guerra contra los Romanos, aparejaban poco á poco en su tiempo y sazon todas las cosas que para esta empresa eran necesarias, et asi habian hecho que todas estuviesen prestas y aparejadas.

CAPITULO XXII.

Del razonamiento que hizo el Rey Perseo á toda su gente de guerra estando todos congregados, animando á los suyos que declarasen su virtud en aquella guerra.

Estando, pues, ordenadas las haces, hízolas mover un poco de su lugar, no con muy gran curso, sino porque no pareciese que se estaban quedos y armados sin propósito, y asi como estaban á todos los llamó para que viniesen á oir su razonamiento asi armados como estaban. Se asentó en su tribunal con una pompa magnífica, teniendo á sus lados cerca de sí dos hijos, el mayor de los quales Filipo era su hermano por natura, et por adopcion era hijo, el otro menor á quien llamaban Alexandro, era su hijo natural. Amonestó con grande instancia á sus soldados que se hubiesen animosamente en aquella guerra. Contábales por estenso las injurias grandes que habian recibido del pueblo Romano, asi él como su padre y todo el reyno de Macedonia. Decia como él constriñido por infinito número de agravios habia sido for-

zado á levantarse contra ellos, aunque estando aparejando los aparatos de guerra, no sé que hados desastrados le impidieron su curso. Decia mas que le habian enviado Embaxadores, y juntamente con ellos soldados et gentes de guerra que ocupasen las ciudades de Grecia, engañándole á él en este medio con buenas y fingidas palabras. Y á la fin despues con una engañosa tregua, en la qual le dieron cierta esperanza de reconciliar la paz, le hicieron perder todo el invierno porque tuviesen ellos tiempo para aprestar las cosas que les faltaban necesarias para la guerra, en tal tiempo et sazon que estaba yo á punto y presto, et les pudiera hacer mucho daño sino me fiara de sus engañosas palabras. Pero que entonces venia el Consul Romano con dos legiones Romanas en cada una de las quales habia trescientos caballeros, et casi era igual número de gente de á pie et de á caballo el que venia tambien con el de sus confederados. Estos, aunque se junten las ayudas de los Reyes Eumenes et Masinisa, no llegarán al número de siete mil hombres de á pie et dos mil de á caballo. Ya habeis oido qual es, et quán copioso el exército de los enemigos. Al presente mirad con vuestros ojos qual es nuestro exército que aquí teneis en vuestra presencia. Considerad la grande ventaja que les hacemos asi en el número de los soldados como en la bondad de la gente lucida et animosa que está en nuestro exército. Ellos tienen soldados bisoños, cogidos de improviso para esta guerra, porque no han tenido tiempo para escoger los soldados viejos. Los nuestros son desde sus primeros años en la arte militar curtidos et exercitados, que en muchas guerras se han ya hecho á las armas, et están ya como endurecidos et acostumbrados. Las ayudas que tienen los Romanos son de gentes Bárbaras de los Lydos, de los Phrigios, et de los Numidas. Los nuestros son Thraces et Galos gentes ferocísimas. Los adversarios están armados con tales armas quales pudo fabricar con su mano cada uno de sus pobres soldados. Los Macedonios tienen to-

dos armas fuertes et lucidas sacadas de la armeria real, donde las habia hecho guardar desde muchos años su padre, hechas con gran costa y con mayor diligencia de buenos maestros. Pues quanto á las provisiones y vituallas, los enemigos son forzados á hacerlas traer desde muy luengo camino, et por mar sujetas á tormentas, y á otros infinitos casos peligrosos. Nosotros tenemos ya congregado en casa tanto dinero et tanta cantidad de trigo que basta para diez años enteros, allende de las rentas de los metales que son ordinarias. Todo lo que podia dar la clemencia et liberalidad de los Dioses inmortales, y todo lo que pudo aparejar desde luengo tiempo el cuidado et diligencia real, todo esto lo tienen muy copiasa et abundantemente presto y aparejado los Macedonios. Demanera que no les falta otra cosa, sino que muestren por la obra el mismo ánimo y la misma virtud, que mostraron sus mayores, et en ellos mismos tambien muchas veces se ha conocido. Es notorio que mis antepasados, despues de haber domado á toda la Europa, pasaron á Asia, et con sus armas abrieron el camino y descubrieron un nuevo mundo en la tierra que antes de ellos, ni por vista de hombres ni por fama de persona habia sido conocida, et nunca cesaron de vencer hasta que se hallaron cercados del mar Roxo, et no hallaron ya mas que vencer. Pues al presente no disputamos sobre la posesion de los últimos y muy apartados fines de la tierra, sino la misma fortuna nos llama para la batalla por defender y conservar la posesion y gloria antigua del mismo reyno de Macedonia. Quando los Romanos hicieron la guerra contra mi padre, gloriábanse con un título muy ilustre et especioso de querer poner en libertad á todo el imperio de Grecia; mas al presente públicamente se glorían que vienen á poner debaxo de su servidumbre al reyno de Macedonia, porque no haya ningun Rey que sea cercano del imperio Romano, et porque la gente que siempre ha alcanzado gloria en la guerra de aqui adelante no pueda tratar las armas. Porque todas

las cosas se habrian de entregar en las manos de estos soberbios señores, el mismo Rey, y con él el reyno con toda la gloria y riquezas que en él se contienen si quisiesen dexar de hacer la guerra, y concederles lo que ellos demandan. Todo el tiempo que duró el razonamiento del Rey se oian voces de muchas personas señaladas que aprobaban todas sus razones. Pero sobre todo á la postre se levantaron grandes clamores como de personas que se indignaban contra tanta injusticia y amenazaban á sus enemigos, algunos decian al Rey que estuviese de buen ánimo, que ellos le darian presto venganza de los que tantos agravios le hacian. Finalmente fueron tantas las voces que por todas partes se levantaron, que no pudiendo el Rey proseguir en su plática puso fin en la habla que habia comenzado, y les dixo que solamente restaba que se pusiesen en camino guardando cada uno su lugar con mucha ordenanza, porque ya se decia que los Romanos movian los reales de Nimpheo donde antes los habian tenido.

CAPITULO XXIII.

De la respuesta que dió el Rey Perseo á las ciudades que le ofrecian dineros y vituallas, y de las cosas que hizo, y las ciudades que tomó en Grecia antes que llegasen á vista de los Romanos.

Despedido, pues, el Rey Perseo de la congregacion de su exército, dió audiencia á muchos Embaxadores de las ciudades de Macedonia que alli eran venidos. Porque enviaban de su propia voluntad las ciudades á ofrecer al Rey dineros y vituallas para aquella guerra cada una conforme á sus facultades. A todos hizo el Rey gracias muy amorosamente por su ofrecimiento, y á todas las ciudades generalmente fue respondido que no tomasen trabajo, ni hiciesen costa, porque los tesoros y graneros del Rey con todos los otros apara-

tos reales estaban tan abastecidos que bastarian para aquella guerra. Solamente les mandó que proveyesen de algunos carros, para que llevasen las municiones, saetas, pertrechos, y otros aparatos de guerra, de los quales habia infinita multitud aparejada. Partido de alli el Rey Perseo con todo su exército siguiendo el camino derecho de Eordea, asentó su real cerca del lago que es llamado Begorrites, y el dia siguiente llegó hasta Elimea cerca del rio Haliacmon. De alli por un pequeño monte y estrecho pasadas las montañas, que son llamadas Cambunias, descendió á la provincia que llaman de Tripoli, que es habitada de los Azoros, de los Pythios, et de los Dolichos.

Estas tres Ciudades estuvieron un poco considerando lo que debian hacer, porque habian dado rehenes en seguridad de su fe á los Lariseos, á la fin vencidas con el miedo presente del peligro que tenian ante sus ojos, se dieron al Rey. Estos fueron con muy buena cara recibidos, et de alli pasó adelante con esperanza cierta que harian lo mismo los Perhebios, et asi quando llego á la ciudad la tomó luego sin resistencia ninguna de los que en ella moraban. Despues fue forzado á combatir la ciudad de Cyrecias. El prmer dia del asalto, aunque fue dado con grande ímpetu, fue con mayor fuerza rechazado de los del pueblo que acudieron á las puertas de la ciudad, donde resistieron et echaron de sí al Rey et á sus hombres armados. El dia siguiente combatió la ciudad con todas las fuerzas de su exército et encendido con el combate pasado, tomó la ciudad en su potestad antes de la noche, no por fuerza, sino porque se le entregaron los del pueblo, perdiendo la esperanza de poderse defender contra tanta multitud de gentes armadas. Cerca de alli habia una ciudad que se llamaba Mila tan fortalecida, que con la esperanza de ser fortaleza inexpugnable, se hacian los que en ella moraban mas fieros et orgullosos. No les bastó cerrar las puertas al Rey, sino tambien le

denostaban á él et á sus Macedonios con palabras injuriosas et deshonestas. Indignado por esta ocasion el Rey encendiéronse tambien con mayor odio los ánimos de su gente para combatir con mayor ánimo el pueblo, et destruir los enemigos. Por otra parte los de la tierra considerando que no habia ya esperanza de alcanzar perdon et reconciliarse con el Rey, con ánimo de hombres desesperados procuraron defenderse, determinando morir antes con las armas en la mano peleando como hombres virtuosos, que darse al enemigo ensañado de quien no esperaban haber misericordia. Demanera que con grandes ánimos pelearon tres dias asi de una parte como de otra, los unos por entrar en ella, y los otros por defenderla. La multitud de los Macedonios venia siempre de refresco sucediendo los unos á los otros por aliviar el trabajo. Los de la ciudad estaban siempre en las murallas sin desampararlas noche ni dia, cansados et quebrantados no solamente de las heridas que habian recibido en el combate, sino tambien por falta de dormir, y por el continuo trabajo. Al quarto dia pusieron los Macedonios muchas escalas por todas las partes del muro, et comenzaron á combatir la puerta de la ciudad con mayor ímpetu que de antes. Á esta sazon los cercados fueron forzados á desamparar los muros et venir á socorrer la puerta que estaba en peligro de ser entrada. Y como vieron que no pudiera ser luengo tiempo defendida, ellos mismos la abrieron, et salieron con grande ímpetu de improviso contra los enemigos. Este acometimiento como procedia mas de una indignacion imprudente y temeraria, que de confianza firme et verdadera de sus fuerzas, no pudieron resistir luengo tiempo, sino que como eran pocos, y cansados, facilmente pudieron ser vencidos de los que eran muchos y reposados. Y asi fueron forzados á tornar las espaldas, et acogerse otra vez á la ciudad, et como entraban huyendo por la puerta que estaba abierta, hubo lugar para que entrasen tambien dentro del pueblo

los enemigos. De esta manera fue tomada la ciudad et saqueada. Tambien los cuerpos libres que quedaron vivos de la batalla fueron vendidos en pública almoneda. Despues que fue saqueada et destruida esta ciudad, et quemados la mayor parte de sus edificios, se fue el Rey con su exército á la ciudad de Phalanna. De alli el dia siguiente llegó á Gyrton. Quando fue llegado á este lugar como entendió que eran entrados dentro del pueblo Tito Minucio Rufo et Hippias, Prefecto de los Thesalianos con guarnicion Romana, no quiso poner cerco ni pararse en este lugar, et sin combatirle ni tentar ninguna cosa pasó adelante hasta llegar á Elacia y Gannos. Como á estos lugares llegó de improviso, alteráronse con tan grande espanto los moradores de ellos que sin dificultad ni resistencia pudo el Rey entrarlos, y ponerlos debaxo de su potestad y señorio. Entrambos pueblos estan situados á la entrada de los montes llamados Tempe. Mas cercana está Gonnos. A esta causa dexó en este lugar mas firme guarnicion de gente de á pie et de á caballo, siendo el lugar de su naturaleza bien fortalécido con tres fosos et con un fuerte reparo, porque quiso que fuese como frontera que le guardase seguramente las espaldas. Con esto pasó adelante y llegó al lugar de Sycurio, donde determinó esperar á los enemigos. En llegando alli mandó que una parte de su exército fuese á correr la tierra, et á coger provision de trigos y otras cosas necesarias en los campos cercanos, que eran de los enemigos. Porque Sycurio está puesto cerca de las faldas del monte Osa hácia la banda del Mediodia, y tiene sujetos los campos de Thesalia. Por las espaldas la ciñe el reyno de Macedonia y la provincia de Magnesia. Allende de estas comodidades hay en aquel lugar ayre muy saludable y copia muy abundante de todos mantenimientos, y está toda cercada de fuentes, y manantiales de agua muy excelente.

CAPITULO XXIV.

Del camino que llevó el Consul Romano con su exército, y de las ayudas que le vinieron, y de lo que hizo antes de ser llegado donde estaban los enemigos.

En este mismo tiempo el Consul Romano se movia con su exército siguiendo el derecho camino de Thesalia. Al principio de sus jornadas, caminando por Epiro, halló el camino muy facil y muy llano. Despues pasando por la provincia de Athanania, que es de lugares ásperos y fragosos, con grandísima dificultad, haciendo muy pequeñas jornadas, pudo llegar á Gomphos. A esta sazon si el Rey supiera conocer una oportunidad tan grande, y saliera al encuentro para resistir á los Romanos en tiempo y sazon que estaban quebrantados de la dificultad del camino los hombres et los caballos, los Romanos mismos confiesan que si hubieran sido forzados en aquel tiempo y sazon á dar la batalla, sin ninguna duda la dieran con grandísimo daño suyo. Pero el Rey ignoró esta oportunidad tan grande et lo mucho que importaba acometer con exército copioso y ordenado al Consul Romano que guiaba un exército de gente poco experimentada, y sobre todo quebrantado del camino y desordenado. Demanera que se puede decir que en toda esta guerra este fue uno de los grandes yerros que hizo. Despues que el Consul llegó á Gomphos sin contienda ni combate ninguno, allende del gran gozo que recibieron en haber pasado aquellas montañas tan ásperas et peligrosas, comenzaron tambien á menospreciar á sus enemigos, considerando como eran tan negligentes et tan ignorantes de sus propias comodidades. En aquel lugar celebró con mucha solemnidad sus sacrificios el Consul, y repartido el trigo entre los soldados, determinó de reposar alli algunos dias pa-

ra que se recreasen los hombres y las bestias. A esta sazon, como entendió que andaban los Macedonios desmandados por la provincia de Thesalia y que alli sin estorbo de ninguno hacian mucho daño talando los campos de sus aliados, moviose con su exército, y se fue derecho á le ciudad de Larisa. De allí, como se hallase solamente tres millas de Tripoli, el qual lugar llaman Scea, asentó su real sobre el rio Peneo. A esta sazon el Rey Eumenes llegó á Calcide con sus naos et con Atalo et Atheneo, hermanos suyos, habiendo dexado á Philetero su hermano en Pergamo por guarda et defensa del reyno. De alli se fue con Atalo su hermano, et con quatro mil hombres de á pie et mil de á caballo á visitar al Consul Romano. En Calcide dexó dos mil hombres de á pie, et por Caudillo de ellos á su hermano Atheneo. Al mismo lugar se vinieron á juntar con los Romanos otras muchas ayudas de todos los pueblos de Grecia, que venian en su socorro, la mayor parte de las quales por ser muy pequeñas se pusieron en olvido, et no se halla de ellas cierta memoria. Los Apoloniates enviaron trescientos caballos et cien peones. Los Etolos enviaron tantos hombres de apie quantos podian ser comparados con una ala mediana de exército, et tambien todos los caballos que habia en su tierra. La caballeria de los Thesalianos estaba puesta á parte, et no habia mas de trescientos caballeros en el exército Romano. Los Acheos dieron mil mancebos de su juventud armados con las armas que usaban los Crètenses. En este mismo tiempo el Pretor Cayo Lucrecio, que era el Caudillo de la armada por mar en Cephalenia, mandó á su hermano Marco Lucrecio, que se fuese con la armada por Malea á Calcide. El se fue con una galera á Corinto para proveer de alli con tiempo en los negocios de Beocia. Detúvose algo mas de lo ordinario en esta navegacion por enfermedad del cuerpo. Marco Lucrecio quando llegó á Calcide, como entendió que P. Lentulo com-

batia la ciudad de Aliarto, enviole una embaxada de parte del Pretor por la qual le mandaba que dexase aquel combate. Enviando, pues, esta embaxada con los mancebos Beocios que estaban con los Romanos, el Embaxador se apartó de las murallas et dexó el asalto de aquella tierra. Quitado, pues, este cerco de la ciudad, dió lugar á otro nuevo cerco. Porque á la hora Marco Lucrecio con el exército de diez mil hombres armados de la armada por mar, et con dos mil hombres de los del Rey, que estaban en la Capitania de Atheneo puso sitio en torno á la ciudad de Aliarto, et al tiempo que querian dar el combate sobrevino el Pretor de Creusa. Casi en el mismo tiempo llegaron á Calcide las naos de los confederados del pueblo Romano. Estas eran dos naos Cartaginesas de á cinco bandas de remos cada una, dos naos de Heraclea de Ponto de á tres bandas de remos, otras tantas de Samos, y cinco naos de Rodas de á quatro bandas de remos cada una. El Pretor porque no habia en ninguna parte guerra por mar tornó á enviar las naos á sus confederados. Quinto Marcio vino con sus naos á Calcide, despues de haber tomado á Alope, et combatido á Larisa, que tiene por sobrenombre Cremasta

CAPITULO XXV.

De las escaramuzas que se dieron entre los Romanos et los del Rey Perseo, et de lo que mas hicieron de entrambas partes.

Estando, pues, en este estado los negocios de Beocia, Perseo que estaba quedo en Sycurio, como queda dicho, habiendo cogido mucha cantidad de trigo de los lugares comarcanos, envió su gente para destruir y talar los campos de los Phereos, con pensamiento que quando los Ro-

manos viesen ser destruidas las ciudades sus confederadas, no lo padrian sufrir, et vendrian luego en su socorro, y de esta manera serian tomados et cercados en los campos abiertos lejos de su real, sin tener lugar oportuno donde pudiesen acogerse. Mas como vió que no sucedia por la obra lo que habia pensado, et que los Romanos en aquel alboroto no se movian, hizo presa en todas las bestias et ganados que hallaba, pues que no la podia hacer en los hombres, et asi tomó gran multitud de animales et los distribuyó entre sus soldados. Poco tiempo despues comenzaron á consultar entre sí asi el Rey como el Consul, por qué via, ó de qué manera comenzarian la guerra. Engrandeciose el ánimo del Rey, en ver que los enemigos le habian permitido que destruyese los campos de los Phereos. Y á esta causa, pues, que veia á sus adversarios perezosos pareciole que no se debia detener, sino ir á buscar á los enemigos hasta su real, et no les dar vagar ni reposo hasta provocarles á la batalla. Lo mismo determinaron los Romanos, principalmente conociendo que los enemigos los menospreciaban et los tenian por infames á causa de su tardanza. Y por esto recibieron gran dolor en no haber defendido á los Phereos. Estando, pues, los Romanos consultando sobre lo que debrian hacer, en la qual consulta se hallaron el Rey Eumenes et Atalo su hermano, víneles á deshora un mensagero todo despavorido et alterado, que les traia nuevas como los enemigos venian sobre ellos, et estaban ya muy cerca con grande multitud de gente de guerra muy lucida et ordenada. Deshaciéndose, pues, por esta ocasion el concilio, luego se hizo señal para que todos tomasen las armas et saliesen al campo para defenderse. En este medio que se aparejaba todo el exército, parecioles de enviar delante cien caballos de los del Rey et otros tantos hombres de á pie de los flecheros.

El Rey Perseo casi á las quatro horas del dia mandó que

se parasen las enseñas de la gente de á pie estando poco mas de mil pasos apartado del real de los Romanos, et él con algunos caballos ligeros acompañado de Cotys et de los otros Capitanes de sus aliados pasaron adelante. Menos de quinientos pasos del real estaban, quando llegaron á vista de los caballos de los enemigos. Habia dos esquadrones de caballeros, la mayor parte de los quales eran Galos, cuyo Capitan et Caudillo era Casignato. Allende de estos habia otro de ciento et cincuenta caballos ligeros de los Mysos, ó Cretenses. Parose el Rey quando los vió, porque no sabia quan grande era el número de los enemigos.

Despues de la gente que con él venia mandó que fuesen dos compañias de caballeros de Thracia, dos de Macedonios, et con ellos tambien dos esquadras de gentes de á pie de los Cretenses et Thraces. Como eran casi iguales en número con los adversarios, et de la una parte ni de la otra no se temiesen nuevas ayudas, diose entre ellos la batalla, la qual fue porfiada et de ella salieron sin haber los unos ni los otros cierta victoria. Los del Rey mataron casi treinta de los del Rey Eumenes, entre los quales tambien fue muerto Casignato Caudillo de los Galos. Despues de este combate, Perseo retraxo su exército al lugar donde antes estaba, llamado Sycurio. El dia siguiente casi á la misma hora, el Rey hizo venir su exército al mismo lugar, et detras de él venian los carros cargados de toneles de agua. Porque habia distancia de doce mil pasos en aquel camino de tierra seca, sin agua et llena de polvo, et estando con gran sed, si á la primera vista comenzaran á escaramuzar era de creer que luego se diera la batalla. Estuviéronse por entonces quedos los Romanos, et aun hicieron tambien entrar dentro de su real las guardas. Los del Rey como esto vieron, hicieron lo mismo, et se tornaron todos al real. Esto mismo hicieron algunos dias saliendo siempre fuera et tornándose, con esperanza, que viéndolos tornar los Roma-

nos saldrian contra el postrer exército de los caballeros, et de esta manera se comenzaria de entrambas partes la batalla atrayendolos lejos del real, porque á donde quiera que estuvieran los Romanos en lugar desierto, pensaban los Macedonios que facilmente podrian cercarlos et vencerlos revolviendo sobre ellos sus caballos ligeros en los quales eran mas poderosos. Pero como no sucedia por la obra su pensamiento como lo habian comenzado, acordó el Rey de mover su exército entero, et asentar su real á cinco mil pasos de los enemigos, donde le fortaleció con muchas municiones. Desde alli en rompiendo el alba del dia en el mismo lugar que solia ordenar las haces de la gente de á pie, llevó toda su caballería, y tambien los caballos ligeros al real de los enemigos. Como fue visto el polvo de mucho mayor número de gente de lo que solia et muy mas cerca del real, sobrevino gran temor y espanto en el real de los Romanos. Y al principio no querian dar crédito al que traxo las nuevas; porque los otros dias pasados, nunca solian padecer los enemigos hasta las quatro horas del dia, et entonces comenzaba á salir el Sol. Despues que hubieron perdido la ignorancia y la duda por causa de los clamores et corridas de los que salian de la puerta para certificarse del caso, levantóse muy grande alteracion y alboroto en el real de los Romanos. Los Caudillos y Gobernadores se fueron al Pretorio, et los soldados cada uno á su tienda.

CAPITULO XXVI.

De como ordenaron sus haces los Macedonios, y los Romanos, y despues de algunas escaramuzas se dió la batalla en la qual los Macedonios fueron vencedores aunque no supieron proseguir su victoria.

Menos de quinientos pasos del foso del real Romano habia Perseo puesto en orden su gente, cerca de un cerro que es llamado Calicino. El Caudillo de la ala siniestra era el Rey Cotys debaxo de cuyo mando estaban todos los que eran de su nacion. Las filas de caballos ligeros distinguian las otras haces que estaban entrepuestas en esta ala siniestra. En la diestra estaban los caballeros Macedonios, entre cuyas compañias estaban mezclados algunos Cretenses. Los Capitanes de esta gente eran Milon Bereo y Meno Antigonense. Cerca de las alas estaban los caballos reales, et la gente mas escogida de diversas naciones que eran venidos en su ayuda. Patrocles Antigonense, et Didas adelantado de Peonia, eran los gobernadores de esta parte del exército. En medio de todos estaba el Rey, y cerca de él habia un esquadron de caballeros que son llamados de la ala sagrada. Delante del Rey estaban los honderos et los flecheros et entrambas suertes de gente llegaban al número de quatrocientos. Los Caudillos de estos escogidos guerreros eran Jonio Thesalonicense, y Timaneras Dolopio. De suerte que esta es la forma de que estaba ordenado el exército del Rey. El Consul dentro de las cabas y reparos del real hizo poner en orden las haces de la gente de á pie, y él mismo fuera de los baluartes ordenó toda la caballería con los caballos ligeros. La ala diestra gobernaba Cayo Licinio Craso, hermano del Consul con toda la caballería Italiana, con la qual estaba mezclada la gente de armas ligeras. La ala siniestra llevaba Marco Vale-

rio Levino debaxo de cuyo gobierno iban los caballeros de las ciudades confederadas de Grecia, y los que iban armados de ligeras armas de la misma nacion. El Caudillo de la haz de en medio era Quinto Marcio. En esta orden iban puestos los caballeros mas escogidos extraordinarios y aventureros. En la vanguardia de estos iban doscientos caballeros Galos bien aderezados, y otros trescientos caballeros de la ayuda que habia traido el Rey Eumenes de la nacion de los Cyrtios. En la vanguardia de la ala siniesta iban quatrocientos caballeros Thesalianos, apartados un poco de la misma ala. El Rey Eumenes y Atalo su hermano con toda la gente de guerra suya que ellos habian traido fueron puestos en la retaguardia entre los baluartes del real, et las haces postreras. De esta manera fueron ordenadas las haces del exército Romano. A esta sazon se movieron de entrambas partes los caballeros, et la gente de armas ligeras, comenzando la batalla los honderos y los flecheros que iban delante. Los primeros de todos que llegaron á las manos fueron los Thraces, los quales arremetieron con tanto ímpetu, y con tantos alaridos contra la diestra ala de los Romanos, donde estaban los caballeros Italianos, como si fueran animales fieros et salvajes, que han estado luengo tiempo en lugares estrechos encerrados, y despues salen de la carcel furiosos, para que con este fiero y no pensado ímpetu fuese turbada la gente animosa, que asi de su natural inclinacion como por el uso de la guerra, no admitia en su corazon pavor ni muestra de flaqueza ninguna. De la una parte y de la otra se encendió una pelea cruel y porfiada. La gente de á pie con sus espadas procuraban de cortar las lanzas de los caballeros, unas veces desjarretaban los caballos cortándoles las piernas, et con ellas las de los caballeros, y otras veces les metian las espadas por la barriga, y por todas las vias que podian, cada parte procuraba de hacer mal á sus contrarios. El Rey Perseo con los que con él iban se entraron animosamente

por enmedio de las haces de los Romanos, et de los primeros encuentros hizo retraer á los Griegos, los quales sino fueran favorecidos con la ayuda que de tras de ellos estaba de los caballeros Thesalianos fueran enteramente rotos y deshechos. Esta compañia de los caballeros de Thesalia que estaba puesta poco lejos de las espaldas de la ala siniestra para socorrer donde viese ser necesaria su ayuda, habiase al principio salido un poco fuera del concurso de la gente, para considerar lo que pasaba, y notar donde seria mas necesaria su ayuda, la qual como vió que los caballeros Griegos iban rompidos vino en su socorro, et en esta oportunidad hizo muy gran provecho. Estos sostuvieron á los Griegos, y como el ímpetu de los del Rey fue muy grande, los de la parte Romana todos juntos en sus haces ordenadas se retraian un poco, dando vado al encendido ímpetu que traian los enemigos, los quales se sostenian en alguna manera despues que se ayuntaron á la ayuda que les vino del Rey Eumenes, y de esta manera todos juntos daban acogimento seguro á muchos de los suyos que andaban esparcidos huyendo. A esta sazon como no andaban ya en tan grande tropel juntos los enemigos atrevieronse á echar el pie adelante y recogieron muchos de los suyos que andaban fuera de orden esparcidos y huyendo. Entonces tampoco los del Rey, que estaban ya un poco mas esparcidos y desbaratados siguiendo á los Romanos quando los topaban, que iban en buena ordenanza y con pasos firmes et concertados á porfia, se osaban tomar con ellos á las manos. Como á esta hora el Rel Perseo era vencedor en la batalla de los caballeros, si usara un poco de mayor gravedad et constancia prosiguiendo la victoria, puedese decir que diera presto fin á la batalla, y que saliera de ella vencedor y glorioso. Muy á próposito le vino entonces una compañia de caballeros cuyos Caudillos eran Hippias y Leonato, los quales como habian entendido que la caballería habia peleado prósperamente de su propia volun-

tad vinieron á dar socorro al Rey para que llevase adelante la victoria. En esta coyuntura se halló el Rey muy dudoso y perplexo entre el miedo y la esperanza sin saber lo que se habia de hacer en caso de tan grande importancia como era aquella sazon en que estaba. Entonces se llegó á él Euandro Cretense, el qual habia sido ministro de la traicion que se habia cometido contra el Rey Eumenes en la Isla de Delfos, et quando vió venir aquella compañia de gentes de guerra con sus enseñas, le amonestó que en aquel caso tan peligroso mirase lo que hacia, y que no se elevase con opinion de próspera victoria de tal manera que por esta ocasion viniese despues en términos de perder no solamente lo que habia ganado, sino tambien con ello su dignidad y estado. Por lo qual le amonestaba que no se quisiese meter temerariamente en peligro no necesario et dañoso. Si fuese contento con la gloria y victoria que habia ganado en aquel dia, y quisiese reposar et dar vado á los desordenados deseos guardando seguramente lo que tenia, era muy averiguado que despues alcanzaria de los Romanos condiciones de paz muy honestas, ó á lo menos se juntarian muchos confederados de su parte, que seguirian su próspera fortuna et pelearian con él, si quisiese llevar adelante la guerra. Este consejo pareció sano al Rey, et su ánimo se inclinaba á tomarle. Demanera que despues de haber mucho loado á Evandro por este buen consejo, mandó que se retraxesen las banderas, y las esquadras de la gente de á pie se tornasen al real; mando tambien que se hiciese señal para que los caballeros se recogiesen, et fuesen por entonces contentos con la victoria que habian alcanzado. En aquel dia fueron muertos de los Romanos doscientos caballeros, et no menos de dos mil hombres de á pie, y fueron tambien presos casi doscientos caballeros. De la gente del Rey Perseo fueron muertos no mas de veinte caballeros et quarenta hombres de á pie.

CAPITULO XXVII.

Del gozo que habia en el real de los Macedonios por la vitoria, y de la tristeza que habia en el Real de los Romanos por el daño de la batalla, et de la habla que hizo el Rey Perseo á los suyos.

Despues que tornaron los del Rey á su real victoriosos y alegres, salian casi fuera de sentido de gozo, y sobre todos los otros la desordenada alegria de los Thracianos salia fuera de términos. Porque quando se tornaban á su real iban cantando á muy altas voces, et llevaban hincadas las cabezas de los enemigos en unos palos levantados en alto, y de esta manera con grande alegria se tornaron desde el lugar donde se habia dado la batalla hasta su real. Pues en el real de los Romanos, no solamente habia tristeza muy grande por causa de la adversidad et daño que les habia venido, sino tambien temor no pequeño por el cuidado en que estaban que los enemigos proseguirian la victoria et acometerian de improviso su real que estaba poco fuerte et menos concertado, por causa del daño que habian recibido. A esta sazon el Rey Eumenes dió por consejo que pasasen el real de la otra parte del rio Peneo, et que alli se hiciesen fuertes asi con industria de municiones et cavas, como con la defensa del rio que mucho los favoreceria, á lo menos hasta que tornasen en sí, et se recogiesen los ánimos despavoridos de sus soldados. El Consul no queria admitir este consejo movido por el zelo de la honra. Porque le parecia grave crimen dar con este hecho muestra clara de pavor á los enemigos; pero no obstante esto vencido por la razon y por la necesidad presente fue forzado á poner por obra aquel consejo. Y asi en el silencio de la noche pasaron su real et fortalecieronle de la otra parte del rio Peneo. El dia siguiente

el Rey salió otra vez contra los enemigos para darles de refresco otra batalla, et como vió que los Romanos habian pasado su real, et se habian bien fortalecido de la otra parte del rio, entonces comenzó á conocer su falta muy grande que habia cometido él dia antes en no proseguir la victoria persiguiendo á sus enemigos que iban ya de vencida. Allende de esto, conocia haber errado mucho mas en no haberlos acometido á la media noche al tiempo que ellos se pasaban. Porque aunque no hubiera enviado contra ellos otra gente que sus caballos ligeros los tomaran á sobresalto desordenados y llenos de temor y espanto al pasar del rio, donde pudieran destruir la mayor parte del exército Romano. Pues los Romanos, como se vieron de la otra parte del rio en lugar seguro et bien fortalecido comenzaron á perder el temor pasado, et á cobrar nuevo esfuerzo el qual hasta entonces habian perdido. Sobre todas las otras cosas los movia et encenida la manzilla de la fama deshonesta que habian cobrado en aquel desastre. Juntados, pues, en concilio en presencia del Consul todos á una voz echaban la culpa del daño y deshonra que habian recibido á los Etolos. Porque sabian por cosa cierta que los Etolos habian sido los primeros que habian comenzado á temer et tornar las espaldas, cuyo deshonrado exemplo habian despues seguido los otros confederados de los Griegos. Deciase por cosa cierta que cinco principales de los Etolos habian sido los primeros que habian sido vistos huir y desamparar el campo en la batalla. Los Thesalianos en aquella pública congregacion fueron loados, y á algunos de sus Capitanes se dieron tambien premios por causa de su virtud, asi para que á ellos fuese recompensa de sus ilustres hechos, como para otros exemplos de querer imitar su virud et esfuerzo. Por otra parte los soldados del Rey llevaban en su presencia los despojos que habian robado de los Romanos, los quales el Rey repartia entre los suyos conforme á la virtud de cada uno. A unos

daba algunas armas ricas, á otros caballos, á otros hacia presentes de algunos hombres presos, para que despues hubiesen de ellos el rescate de sus personas. Los escudos que habian tomado eran mas de mil y quinientos, y los yelmos, espadas, saetas y dardos et otras armas semejantes eran mas de mil. Estas cosas que de suyo eran grandes et de mucha importancia, las aumentaba el Rey por extremo con magnificencia muy grande de palabras en presencia de todo su exército al qual mandó congregar, et les dixo estas palabras. „ Desde agora teneis ya claras muestras, ó por mejor decir „ el juicio ya hecho de qual será el fin de la guerra. La ma„ yor parte de los enemigos, que era la caballería Romana, „ con la qual se gloriaban ser invencibles, ya la habeis des„ hecho y desbaratado. Porque en la república Romana ca„ balleros son los principales de sus mancebos, caballeros „ tambien son la simiente donde nacen despues los Senadores. „ De estos mismos eligen los Cónsules, et de estos son pues„ tos en el número de los Padres, y de entre ellos tam„ bien eligen sus Emperadores, y Capitanes. Los despojos de „ estos mismos muy poco antes los repartimos entre vosotros „ en vuestra presencia. Tampoco es menor la victoria que „ habeis alcanzado de las capitanias de gente de á pie, que „ la de los caballeros, los quales comenzaron á huir de no„ che en vuestra presencia por escaparse de vuestras manos, „ et queriendose escapar nadando hinchieron el rio anegán„ dose con el pavor y espanto que consigo llevaban. Pero te„ ned por cierto que muy mas facilmente podremos nosotros „ pasar el rio Peneo yendo en seguimiento de los vencidos, „ de lo que ellos pudieron pasarle quando se iban huyendo „ llenos de miedo et temor. Pasados, pues, de la otra par„ te del rio adeshora combatiremos el real de los enemigos, „ el qual muy facilmente pudieramos tomar hoy en este „ dia, si ellos no se hubieran huido. Y si ellos quisieren „ defenderle, et se atrevieren á resistirnos en la batalla, te-

„ ned cierta esperanza que habreis la misma victoria en „ la batalla de gente de á pie, que ayer hubisteis en la „ batalla de los caballeros." A esta sazon estaba toda la gente del Rey muy alegre y gloriosa por causa de la victoria que habian alcanzado de los enemigos, cuyos despojos llevaban sobre sus hombros et delante de sus ojos, cobrando mayor esperanza por la victoria pasada de otra no menor que esperaban alcanzar en lo de por venir, lo qual les prometian sus obras et sucesos aumentados con las palabras de su Rey, de cuya liberalidad esperaban premio amplísimo de su virtud. Movida, pues, la gente de á pie por este exemplo de la gloria que habian alcanzado los caballeros, principalmente los que eran de las Capitanias de los Macedonios, encediéronse con deseo muy grande de ganar semejante gloria, y de alcanzar ilustre victoria de sus enemigos.

CAPITULO XXVIII.

De lo que hicieron el Rey Perseo y los Romanos despues de la primera batalla, y como el Rey Perseo demandó paz á los Romanos y le fue negada.

Despedido, pues, el exército de la habla del Rey, el dia siguiente se partió del lugar donde estaba, et asentó su real cerca Mopso. Este lugar es un cerro situado en el medio del camino entre Tempe y Larisa. Los Romanos sin apartarse de las riberas del rio Peneo pasaron su real á otro lugar mas fuerte y mas seguro. Al mismo lugar vino Misagenes Numida con mil caballos y con igual número de hombres de á pie, y con veinte y dos elefantes. En aquellos dias el Rey convocó los grandes de su reyno para consultar con ellos reposadamente lo que se debia de hacer sobre todo el negocio de aquella guerra, despues que estaban algo mas sosegados, et se les habian ya pasado aquellos

encendidos brios de vanagloria de que antes tan desordenadamente se gloriaban por causa de su victoria. En este concilio no faltaron algunos que dieron por consejo al Rey, que reconociese la oportunidad de los tiempos, et tuviese por bien de usar de la próspera fortuna presente para alcanzar por ella honestas condiciones de paz. Porque este consejo les parecia mas sano, que elevado con una vana esperanza cayese en tal peligro de donde fuese el daño no reparable. Pues que era obra de hombre prudente, y verdaderamente próspero y dichoso usar de moderacion y templanza en el tiempo que se nos muestra próspera la fortuna, et no fiarse demasiadamente de la serenidad presente de la fortuna que es inconstante y mudable. Por tanto les parecia ser muy sano consejo que el Rey enviase sus Embaxadores al Consul, por los quales se renovase la confederacion antigua que los Reyes de Macedonia habian tenido con los Romanos, y esto con las mismas condiciones que el Rey Filipo su padre habia alcanzado la paz quando fue vencido de Tito Quincio. Porque es verdad que por ninguna via podia dar fin en aquella guerra con mayor magnificencia et gloria, que si la cortase en tiempo próspero, habiendo alcanzado victoria en una batalla tan memorable. Tampoco podria alcanzar esperanza mas firme de perpetua paz de la ocasion que se ofrecia en aquel tiempo, visto que estaban atemorizados y castigados los Romanos con el daño pasado de la batalla, el qual por ventura les habia ablandado los ánimos para alcanzar condiciones de paz mas honestas y aventajadas para los Macedonios. Y que si acaso los Romanos queriendo entonces usar de su natural pertinacia, no quisiesen admitir tan honestas condiciones, que los Dioses inmortales serian testigos, y vengadores de su endurecida soberbia, et de la moderacion de Perseo. Fue muy grato al Rey este consejo, porque su ánimo nunca fue ageno de alcanzar paz por qualquiera honesta via que pudie-

se. Demanera que este parecer y sentencia fue aprobada por el juicio y consentimiento de la mayor parte de los que alli se hallaron. Luego se enviaron Embaxadores al Consul de parte del Rey, los quales fueron oidos en una junta et congregacion muy copiosa. Los Embaxadores demandaron paz prometiendo en nombre del Rey Perseo que pagaria á los Romanos, tanto tributo quanto les solia pagar el Rey Filipo su padre. Allende de esto, que les dexaria luego libres todas las ciudades, tierras y lugares que Filipo les habia dexado. Esta era la suma de la embaxada que propusieron en presencia de los Romanos los Embaxadores del Rey Perseo. Mandáronlos salir fuera; y ellos quedaron consultando sobre lo que debian hacer en un caso semejante, et á la fin venció en este consejo la constancia Romana. Tal era la costumbre de los Romanos en aquel tiempo, que en los casos adversos tenian la cara serena y los ánimos despiertos mostrando semblante de próspera fortuna, y en los casos prósperos solian refrenar y moderar los desordenados ímpetus del ánimo. Confirmados, pues, en su antigua opinion dieron por respuesta á los Embaxadores del Rey, que eran contentos de concederles la paz; pero con tal condicion, que el Rey permitia libremente al Senado entera y absoluta facultad para juzgar conforme á su buena voluntad y albedrio asi de él como de todo el reyno de Macedonia lo que por bien tuviese. Quando esta respuesta fue declarada en presencia del Rey et de los que con él estaban, muchos que ignoraban la costumbre Romana, quedaron atónitos y maravillados de la pertinacia de los Romanos. A la hora hubo alli muchos que juzgaron no ser honesto que se hiciese mas mencion de paz. Porque pues habian rehusado tan honestas condiciones como el Rey les habia propuesto, teníanse por cierto que ellos mismos buscarian de su propia voluntad muy en breve, lo que al presente menospreciaban siéndoles ofrecido; pero Perseo temia

mucho esta misma soberbia, porque procedia de confianza de sus fuerzas. A esta causa quiso de nuevo tentar el ánimo del Consul aumentando la suma del dinero, porque juzgaba ser buena la paz, si por dineros pudiera ser comprada. Pero como vió que por ninguna via se podia mover el ánimo del Consul un punto de aquella sentencia que al principio habia pronunciado, perdió la esperanza de paz el Rey Perseo, et luego se tornó con su gente al lugar de Sycurio de donde era venido, para probar de nuevo, como mejor pudiese la fortuna de la guerra. La fama de esta batalla de caballeros que luego fue divulgada por toda Grecia descubrió los ánimos de muchos hombres. Porque no solamente se alegraron con esta fama los que favorecian el partido de los Macedonios, sino tambien otros muchos que eran obligados á los Romanos por causa de grandísimos beneficios que de ellos habian recibido, et con ellos otros que habian probado sus fuerzas et soberbia, et esto no por otra causa sino por un estudio perverso de mala voluntad de que siempre usa el vulgo aun en los juegos públicos et representaciones fingidas, que siempre las gentes vulgares favorecen á los peores et mas abatidos.

CAPITULO XXIX.

De lo que hizo el Pretor Lucrecio en Beocia, et como tomó la ciudad de Haliarto.

En este mismo tiempo en Beocia el Pretor Lucrecio con grandísima fuerza habia combatido la ciudad de Haliarto, y aunque los cercados no tenian ayuda ninguna de los de fuera, sino eran algunos pocos mancebos de los Coroneos, que habian entrado en la ciudad al principio del cerco, todavia resistian mas con ánimos fuertes que con fuerzas exteriores. Porque muchas veces hacian cavalgadas saliendo fue-

ra contra los enemigos por deshacer los ingenios que hacian para combatir los muros, et cargaban de tan grave peso de plomo los pertrechos que los hacian caer á tierra. Y si sabian alguna vez evitar este inconveniente los que tiraban los pertrechos, luego en rompiendo el muro tornaban á reedificar con grande diligencia con las mismas piedras lo mejor que en tanta apretura et estrecheza podian. Considerando, pues, el Pretor que por causa de los ingenios y ánimo de los cercados el combate de los pertrechos era mas tardio, mandó que se pusiesen muchas escalas á los muros distribuidas por cierta distancia y proporcion de lugares, para que por todas partes á un tiempo se escalasen y acometiesen los muros. Para esto pensó el Pretor que bastaria la multitud de gente que tenia, porque por la parte que la tierra ciñe la ciudad, ni era necesario el combate, ni podia ser combatida. El mismo se puso en aquella parte del muro donde habia dos torres; y el intervalo del muro que habia entre ellas, era casi rompido. En este mismo lugar puso dos mil soldados escogidos, á los quales mandó que estuviesen atentos quando él procurase entrar dentro del pueblo por el portillo ancho en el muro, y viesen los de la ciudad tornados contra él, que á la hora subiesen luego por las escalas sobre los muros que estarian vacios de gente, et no habria quien los defendiese, et que á la hora procurasen tomar alguna parte del muro. A esta hora los del pueblo procuraron con mucha diligencia resistir á sus fuerzas. Lo primero que hicieron fue cerrar el portillo rompido con manojos de sarmientos, et tenian las hachas de fuego encendidas en la mano, las quales mostraban á los enemigos haciendo señas que si tentasen entrar luego pondrian fuego á los sarmientos que los quemasen pasando. Con esto procuraban dilatar el tiempo, por hacer en este medio otro muro de la parte de adentro con que se defendiesen de los enemigos. Este in-

genio suyo que comenzaron fue impedido por un caso de fortuna que sobrevino. Porque á deshora cayó una lluvia del cielo tan grande que no permitia que se encendiesen los manojos, et apagaba los lugares que estaban encendidos. Demanera que pudieron pasar los Romanos por los sarmientos apagados que ahumaban. Y como todos los que habia en el pueblo acudieron á defender este lugar dexaron los muros desamparados, los quales fueron luego tomados et entrada la ciudad por muchos lugares. En el primer alboroto quando fue tomada la ciudad, los viejos et mancebos que en aquella sazon se hallaron por las calles fueron muertos. Los que estaban armados se acogieron á la fortaleza, et el dia siguiente como no hubiese esperanza ninguna de resistir, luego se dieron en manos del Pretor, los quales fueron vendidos en pública almoneda. Estos fueron casi dos mil et quinientos hombres. Todos los ornamentos de la ciudad, las estatuas et las tablas pintadas, et toda la presa que fue de algun valor se llevó todo á las naos. La ciudad fue toda derribada hasta los fundamentos. De alli llevó el Pretor su exército para la ciudad de Thebas, la que luego fue tomada sin contraste ninguno, y su gobierno y fuerzas lo entregó á los que eran desterrados et favorecian el partido Romano. Todos los otros hombres que eran de diversa opinion et favorecian el partido del Rey, ó de los Macedonios fueron vendidos ellos et sus familias en almoneda pública. Despues que el Pretor hubo hecho estas cosas en Beocia, tornose á la mar á sus naos.

CAPITULO XXX.

De las cosas que hicieron entrambos exércitos, sin dar batalla, et como fue cercada del Rey Perseo la guarda de los Romanos en un cerro.

Entretanto que se hacian estas cosas en Beocia, Perseo se estuvo en Sycurio algunos dias reposando. Estando alli oyó como los Romanos eran salidos á coger trigo et vituallas, et que andaban esparcidos por los campos segando los trigos et llevando grandes hacinas á su real, et que cada uno de ellos estaba á la puerta de su tienda desgranando las espigas por haber el trigo limpio, et tenian al derredor de las tiendas muy grandes manojos de paja. A la hora pensó el Rey que seria buen ardid ir al real con muchas teas encendidas para poner fuego en la paja que quemase el real et los que dentro estaban. Para este efecto mandó que se aparejasen muchas teas et copos de estopas revueltas con pez, porque facilmente se pegase en ellos el fuego que fuese durable. Con este aparejo se partió á la media noche con intencion de poner por obra lo que habia pensado luego en amaneciendo. Quisieron lo primero tomar las guardas por no ser sentidos; pero ellas hicieron tanto alboroto y ruido que luego despertaron los otros, y sin detenimiento ninguno tocaron alarma, y asi todos se hallaron en breve tiempo prestos con sus armas á las puertas del real para defenderle. Perseo á deshora tornó su exército, et mandó que se fuesen los primeros carros de fardaje, et se llevasen las banderas de los peones, et él con la cabalieria y con los que estaban armados con armas ligeras se paró para recoger su exército, con pensamiento que aconteceria lo que despues sucedió, que los Romanos acometerian á la retaguardia, et despues él tornaria sobre ellos. Alli hubo una

breve pelea con los de armas ligeras, porque la otra gente de á pie et de á caballo sin alboroto ninguno se tornó á su real. Despues que alli hubieron segado los trigos que habia, los Romanos movieron su real, et le asentaron en Crannonio, que era lugar entero, et no gastado. Estando en aquel lugar seguros, asi por causa de la luenga distancia que habia del un real al otro, et tambien por la dificultad et falta que habia en aquel camino de agua entre Sycurio y Crannona, pensando que pudieran reposar seguramente, vieron un dia en amaneciendo sobre un cerro que alli cerca habia gran multitud de gente de á caballo de los del Rey que hacian grandísimo alboroto. El dia antes á mediodia habian partido de Sycurio, et habian dexado una capitania de gente de á pie en un valle de la otra parte del cerro. Estos caballos del Rey estuvieron un poco de tiempo en los cerros esperando que con su vista provocarian á los Romanos á salir á escaramuzar con ellos. Como vió el Rey que no aprovechaba, et que los Romanos no se movian, envió un caballero que mandase tornar la gente de á pie al real de Sycurio, et él luego los siguió tambien con los suyos. A esta hora los Romanos siguieron á los del Rey no muy lejos de ellos, para prender, ó matar á los que anduviesen desmandados; pero como vieron que todos iban juntos y bien ordenados, perdieron la esperanza de hacer presa, y se tornaron á su real. Despues de esto molestado el Rey con el largo camino, movió su real del lugar donde estaba, et le asentó en el lugar que es llamado Mopso; y los Romanos despues que hubieron segado los trigos que habia en Crannonio, se pasaron á la tierra Phalanea. Alli como supo el Rey por un fugitivo, que los Romanos andaban esparcidos por los campos segando, sin guarda de ningunos hombres armados que los guardasen, se partió para ellos con mil caballeros de los suyos, et dos mil de los Thaces et de los de Creta. Dióse tanta priesa en es-

te camino quanto le fue posible, por tomar de improviso á los Romanos. Luego en llegando tomó casi mil carros cargados de mieses, et llevó presos casi seiscientos hombres. A trescientos caballeros Cretenses dió en guarda esta presa para que la llevasen al real. Despues hizo recoger su gente de á caballo, que andaba esparcida por los campos en seguimiento de los Romanos, et con ellos se fue al lugar donde estaba la primera guarda, la qual pensaba poder tomar facilmente. El Capitan de esta guarda era Lucio Pompeyo maestro de caballeros. Este habia recibido los soldados que á él se habian acogido quando vinieron sobre ellos los del Rey, et con ellos se puso en un lugar alto, con pensamiento de poderse defender por la fuerza del lugar, aunque en número et en fuerzas no era igual con los adversarios. Estando en aquel lugar puso en un círculo los soldados, para que con sus escudos se defendiesen et amparasen, recibiendo en ellos las piedras et saetas que les tirasen los enemigos. A esta hora Perseo cercó el cerro donde estaban los Romanos con hombres armados, á la una parte de los quales mandó que procurasen subir al monte y combatiesen mano á mano con los enemigos, et á la otra parte mandó que desde abaxo les tirasen saetas. Entonces vino sobre los Romanos un espanto doblado, et se vieron en una dificultad muy grande. Porque ni podian pelear contra los que subian estando todos juntos unos con otros, et por otra parte si se deshacian quedaban descubiertos, y eran heridos de las saetas que tiraban los de á baxo. Sobre todas las otras cosas eran atormentados con un cierto género de hondas que tiraban con gran fuerza saetas, á las quales llaman Cestrosphendones. Este género de saetas y nueva manera de tirarlas, fue hallado en aquella guerra. El hierro de esta suerte de saetas era luengo de dos palmos, y puesto en un hastil tan luengo como medio codo, y tan grueso como un dedo. Tenia tambien al cabo tres plumas por contrapeso. Esta tal saeta se ponia en medio de la honda,

y con tanta celeridad y destreza la tiraban lejos, como si fuera una piedra redonda. Con esta suerte de saetas, et con otras muchas eran atormentados y heridos los Romanos que estaban en el cerro, et como el Rey vió que ya no podian buenamente sostenerse, amonestóles que se diesen por vencidos antes que muriesen todos. Prometiales su fe y palabra de hacerlos libres, y prometiales tambien muchos premios; pero ni por el peligro en que estaban, ni por las promesas del Rey se podia inclinar el ánimo de ninguno de ellos á querer darse.

CAPITULO XXXI.

Del socorro que vino á los cercados, y el Consul dió la batalla contra el Rey Perseo en la qual fueron los Romanos vencedores, y muchos de los Macedonios perecieron.

Estando en esta opinion obstinados de morir antes que darse, et esperando cada hora la muerte, que no podia tardar, perseverando ellos largo tiempo en tal estado, vinóles sin pensar alguna esperanza de remedio. Porque como algunos de los que estaban en el campo segando el trigo se habian acogido huyendo al real, hicieron saber al Consul como la guarda estaba cercada, por tanto que fuese á socorrerla. Movido, pues, el Consul por el peligro de tantos y tan buenos ciudadanos, porque eran casi ochocientos, et todos Romanos, con la gente de á caballo, y con los soldados de ligeras armas (habianle venido entonces nuevas ayudas de los Numidas, gente de á pie, de á caballo, et elefantes) salió fuera del real, et mandó á los Tribunos Militares que siguiesen las capitanías de la gente de á pie. El con los que iban ligeramente armados fue delante al cerro donde estaban cercados los Romanos. A los lados del Consul iban el Rey Eumenes, y Atalo su hermano, et Misagenes Príncipe de los Numidas.

Quando los Romanos que estaban cercados vieron desde lejos las primeras enseñas de los suyos, luego fueron sus ánimos recreados, et como si de muerte á vida fueran tornados, asi de una cierta desesperacion vinieron en cierta esperanza. La principal voluntad de Perseo fue contentarse con aquel suceso no pensado, y despues de presos y muertos algunos de los que andaban á coger trigos, no gastar tiempo en el cerco de las guardas, y si no se querian dar dexarlas, é irse sin daño ninguno, pues que para esperar alli luengo tiempo no tenia consigo fuerzas suficientes. Pero aqui fue vencido de su opinion elevada, que como vió el próspero suceso de los cercados que estaban en estrecho, et como vió las enseñas de los Romanos que venian en su socorro, quiso esperar y resistirles confiando en su fortuna; y para poderlo hacer mas seguramente envió con mucha priesa al real á que luego hiciesen venir una esquadra de gentes de guerra, que segun el tiempo et sazon era de pensar que habia de venir mas tarde de lo que fuera necesario, et hecha con gran priesa, et turbados et desconcertados los soldados con la priesa y trabajo del camino contra los que estaban ya aparejados y reposados et puestos en orden, de las quales cosas no se podia esperar que el Rey hiciese cosas de importancia, si ya no fuese por algun caso de gran ventura. Pero el Consul que llegó antes que la esquadra del Rey, sin detenimiento ninguno vino á las manos, et le dió la batalla. Al principio resistieron los Macedonios, despues en ninguna cosa fueron iguales, porque luego perdió trescientos hombres de á pie et veinte y quatro de los principales caballeros de la ala, que es llamada Sagrada, entre los quales tambien fue muerto Antimacho, que era el Caudillo de aquella ala. Como vió el Rey este estrago procuró escaparse; pero el camino por donde habia de ir era mas alborotado et dificultoso que la misma batalla. La capitania que el Rey habia mandado venir por su acelerado et turbado Em-

baxador, como venia con gran priesa quando llegó á los lugares estrechos lo primero topó con los presos et con los carros cargados de trigo que ocupaban el camino. Alli los acometieron et mataron, et en esta alteracion hubo de entrambas partes gran daño, sin que ninguno osase esperar, como ó de qué manera se libraria la capitania, que iba en socorro de los del Rey, solamente los que estaban armados procuraban despeñar de alto abaxo las bestias con las cargas que llevaban, porque siendo aguijoneadas hacian mucho daño en los suyos, et por otra via no se podia abrir el camino. A gran pena eran salidos de aquel estrecho los soldados libres de la contienda con los presos, quando luego encontraron con los caballeros del Rey, que iban despavoridos huyendo. Alli se levantaron mayores alborotos que de antes habia, con las voces de muchos, que mandaban que se tornasen las enseñas al real por el mismo camino que habian venido. Estos clamores con la alteracion que mas sobrevino fue semejante, ó mayor que el daño que antes habian recibido. Hallaronse á esta sazon en tanto estrecho et confusion los del Rey, que si los enemigos los siguieran, pudieran hacerles grandisimo daño en aquellas estrechuras. Pero el Consul recogió del collado su guarda, y contento con aquella mediana prosperidad tornóse al real con su exército. Algunos autores afirmaban que en aquel dia se dió una batalla muy grande de entrambos exércitos, en la qual dicen que murieron ocho mil de los enemigos, et entre ellos Sopatro et Antipatro Capitanes del Rey. Allende de los muertos fueron presos vivos casi dos mil y ochocientos. Tomaronse mas en aquella batalla veinte siete enseñas militares. Tampoco los Romanos alcanzaron esta victoria sin sangre, porque se dice que en aquella batalla murieron mas de quatro mil y trescientas personas del exército del Consul, et perdieron cinco enseñas de la ala siniestra. Este dia recreó los ánimos de los Romanos, y abatió el de Perseo. Despues de la perdida de esta

batalla, se detuvo algunos dias el Rey Perseo en Mopsio para enterrar los muertos que habia perdido, et esto hecho, dexando harto fuerte guarnicion en Gonno él se retraxo con su exército al reyno de Macedonia. A un cierto Thimoteo, que era uno de los adelantados del Rey con medianas fuerzas dexó en Phila, para que procurase tentar á los Magnesios et á los otros pueblos comarcanos. Quando llegó á la ciudad de Pela, dexó alli aposentado su exército, para que en aquel lugar invernase, y él con Cotys se partió para Thesalonica.

CAPITULO XXXII.

De lo que hizo el Rey Perseo, y de lo que hicieron los Romanos despues que se apartaron, y se aposentaron para pasar el invierno.

Estando el Rey en esta ciudad, vino fama como Atlesbis, principal de los Thraces y Corrago lugarteniente del Rey Eumenes habian entrado con mano armada dentro de los términos de las tierras de Cotys, y habian tomado la provincia que es llamada de Marene. Por esta ocasion que era de importancia le pareció al Rey, que debia dar licencia á Cotys y dexarle ir á poner remedio en lo que tocaba á su estado, y á defender su tierra. Al tiempo de su partida le dió el Rey muy grandes dones. Dióle doscientos talentos en dineros contados, y pagóle mas el sueldo de sus caballeros por seis meses, aunque al principio habia deliberado de pagarlos por un año entero. Pues el Consul Romano quando entendió que el Rey Perseo era ido, et entrado harto á dentro en los términos de su reyno, movió su real, y asentóle cerca de la ciudad de Gonno para probar si podria tomarla. Porque estaba en tan oportuno lugar situada, que delante de ella esta Tempe á las faldas de los montes, que cierran con gran

fortaleza la entrada de Macedonia, et por las estrechuras de los montes los Macedonios pueden salir seguramente, como por camino derecho hasta la provincia de Thesalia. Pero como el Consul conoció que este lugar asi por la fortaleza grande y natural que le defiende, como por la mucha y buena guarnicion que le guardaba era inexpugnable, no quiso tentar lo que habia determinado, por no perder tiempo ni fatigar su gente, donde no pudiera sacar ningun provecho. A esta causa se partió de alli, y arrodeando por diversos caminos se fue á Perrhebia, tomando y destrozando al primer combate la ciudad de Malea. Recobrando tambien en este mismo camino la ciudad de Tripoli, y la de Perrhebia, llegó á la ciudad de Larisa. De alli le pareció justo y honesto despedir al Rey Eumenes y á Atalo su hermano para que invernasen en su reyno. A Misagenes y á los Numidas hizo aposentar en las ciudades comarcanas de Thesalia, y la otra parte de su exército de tal manera fue distribuida por toda Thesalia que todos fueron bien aposentados, y pasaron con harta comodidad el invierno, y los mismos fueron guarnicion y amparo de las ciudades de Thesalia. Al Embaxador Quinto Mucio con dos mil hombres envió para ocupar á Ambracia. Despidió tambien á todos los confederados de las ciudades Griegas para que invernasen en sus casas salvo á los Acheos. El se partió con alguna parte del exército para la ciudad de Phthiotis, que está en la provincia de Achaya. Halló en esta provincia que de la ciudad de Pteleo se habian huido todos los moradores del pueblo, et habian dexado la ciudad desierta y desamparada. Y él entró dentro de ella y la abatió toda hasta los fundamentos. Tomó tambien la ciudad de Antrona sin dificultad ninguna, la qual le fue concedida por la voluntad de los que en ella moraban. Despues llegó su exército cerca de la ciudad de Larisa, donde halló que el pueblo estaba desierto, y los moradores se habian acogido á la fortaleza. Y luego comenzó á combatirla.

Los primeros de todos fueron los Macedonios que estando puestos en guarnicion se escaparon huyendo y dexaron la otra multitud de la gente vulgar desamparada. Los del pueblo como se vieron solos y desarmados luego se dieron. Despues de esto asi hecho, comenzóse á dudar et consultar sobre lo que se habia de hacer. Si seria mejor ir primero contra la ciudad de Demetria, ó contemplar con diligencia el estado en que estaban los negocios de Beocia. Los Thebanos los llamaban y rogaban, que viniesen á Beocia para defenderlos contra los Corcneos que los fatigaban. Movido, pues, por los ruegos de los Thebanos el Consul, llevó su gente á Beocia, y tambien porque era aquella region mas aparejada para pasar el invierno, que la provincia de Magnesia.

LIBRO TERCERO

DE LA QUINTA DECADA DE TITO LIVIO.

CAPITULO PRIMERO.

De lo que hizo el Embaxador, que los Romanos enviaron á Ilyrico, y de como el Consul Casio quiso penetar en Macedonia por caminos peligrosos y no acostumbrados, y de lo que sobre ello ordenó el Senado.

En este mismo verano que los Romanos vencieron la batalla de los caballeros en Thesalia, el Consul envió un Embaxador, Quinto Mucio, á Ilyrico, el qual hizo tanto por fuerza de armas que constriñió á dos ciudades muy ricas y muy poderosas que se le entregasen con todas sus fuerzas y municiones. Pero el Embaxador no les hizo ningun daño, antes les dexó libres todas sus cosas, et no tocó en parte de sus bienes, porqué con esta opinion de clemencia se moviese tambien á ponerse en sus manos la ciudad de Carnunte, que era muy fuerte y abastecida. Pero como vió que no los podia compeler á que se diesen de su voluntad, ni tampoco podia tomar la villa por fuerza teniendola cercada, aunque habia dado dos asaltos, en los quales habia fatigado mucho á sus soldados sin hacer mella en los enemigos, mandó que fuese destruida y asolada la otra ciudad, que antes habia dexado libre, sin haber querido tocar en ella. El otro Consul Cayo Casio tampoco hizo cosa memorable en la provincia de Galia que le habia caido por suerte, et intentó llevar sus legiones por Ilyrico á Macedonia, lo qual comenzó á poner por obra con efecto muy vano. El Senado

conoció como este Consul se habia puesto en semejante camino, siendo avisado por letras de los Embaxadores de los Aquilienses. Estos Embaxadores escribíeron letras al Senado, quejándose como su poblacion era nueva y enferma, y que aun no estaba bien fortalecida entre las naciones sus enemigas de los Istrios et de los Ilirios, por tanto que rogaban al Senado tuviese por bien de proveer en lo que fuese para esto necesario, y que diesen orden como aquella poblacion fuese bien fortalecida. A esto respondió el Senado preguntándoles, si querian que fuese encomendado este negocio al Consul Cayo Casio. A esto ellos respondieron que Casio era partido con su exército por Ilirico á Macedonia. Este hecho al principio pareció á los Padres y á todos los que lo oian increible; pero como eran advertidos ser asi verdad, pensaba cada uno que el Consul habia deliberado de hacer aquel viage por hacer la guerra contra los Carnos, ó contra los Istrios. Entonces los Aquilienses ninguna otra cosa mas pudieron afirmar de su intencion sino que era verdad lo dicho, y que allende de esto se habia dado á los soldados provision de trigo para treinta dias, y tambien guias que supiesen bien el camino desde Italia hasta Macedonia, las quales se habian con diligencia buscado, y eran partidas. A esta hora se comenzó á indignar el Senado muy de veras, en ver que se habia tanto atrevido el Consul que sin consejo de los Padres y del Senado habia dexado su porvincia, y acometido un hecho semejante de pasar en la provincia agena, y de pasar con su exército por un nuevo y no acostumbrado et muy peligroso camino, y de abrir el camino para Italia por medio de tantas naciones extrangeras y bárbaras, y algunos enemigos del pueblo Romano. A la hora, pues, ordenaron por decreto de todo el Senado, que el Pretor Cayo Sulpicio nombre tres Embaxadores de los del Senado, et que estos en aquel mismo dia se partan de Roma en seguimiento del Con-

sul, acelerando el camino con toda la presteza que pudiesen hasta alcanzarle, et decirle de parte de todo el Senado que no mueva guerra contra ninguna gente, ni nacion, sino solamente contra quien el Senado hubiese deliberado que se hiciese la guerra. Los Embaxadores que se partieron con esta embaxada fueron Marco Cornelio Cethego, Marco Fulvio, et Publio Marco Rey. El miedo en que estaba el Senado por causa del Consul y del exército estorbó poner por obra en aquel tiempo el cuidado que tenia el Senado de fortalecer la provincia de Aquileya.

CAPITULO II.

De los Embaxadores que vinieron de España al Senado quejándose de sus Gobernadores, y de lo que sobre ello ordenó el Senado.

Despues de esto fueron admitidos en el Senado algunos Embaxadores que eran venidos de diversos pueblos de las dos Españas. Estos se quejaron gravemente en presencia de todos los Padres de la avaricia et soberbia intolerable de que usaban con ellos sus Magistrados Romanos. Hincadas, pues, las rodillas y postrados por tierra rogaron humildemente, y con grande instancia al Senado, que pues que ellos eran sus amigos y confederados no permitiesen que fuesen mas cruelmente tratados et despojados de sus Gobernadores como si fuesen enemigos. Quejábanse de muchos agravios que habian recibido, y entre otros, que era notorio que algunos de ellos habian tomado dineros. El cargo de este negocio fue encomendado al Pretor Lucio Canuleyo, á quien habia caido por suerte la provincia de España. Mandáronle que conociese la causa, y á cada uno de los Españoles que dixese haber dado dineros á los Magistrados Romanos se señalasen cinco personas que los cobrasen de aque-

llos que los hubiesen recibido. Y que estos cinco cobradores fuesen elegidos de entre los Senadores por defensores y abogados de los que hubiesen sido agraviados. Tornados, pues, á llamar dentro del Senado los Embaxadores de España, relataron en su presencia el decreto que habia establecido el Senado, y les mandaron que ellos nombrasen los defensores que quisiesen. Ellos nombraron quatro personas, cuyos nombres son estos: Marco Porcio Caton, Publio Cornelio Scipion, hijo de Ceneo, Lucio Emilio Paulo, hijo de Lucio, et Cayo Sulpicio Galo. El quinto fue Marco Titinio, que habia sido Pretor en la España Citerior durante el Consulado de Aulio Manlio et Marco Junio. Demanera que estas personas fueron nambradas para que deshiciesen los agravios y cohechos que habian hecho los Magistrados Romanos en España. Dos veces fue dilatado el pleyto del acusado, y á la tercera vez fue pronunciado por libre. Levantose á esta sazon una contienda y disension entre los Embaxadores de dos provincias. Para componer y apaciguar estas discordias los pueblos de la España Citerior tomaron por medianeros de su parte á Marco Caton y á Scipion, et los otros de la España Ulterior nombraron de su parte por intercesores á Lucio Paulo y á Galo Sulpicio. A los Cobradores traxeron los pueblos de la España Citerior á Publio Furio Philo, et los pueblos de las España Ulterior á Marco Matieno.

Entrambos habian sido Pretores. El primero siendo Cónsules Spurio Posthumio y Quinto Mucio, tres años antes, et el segundo durante el consulado de Lucio Posthumio et Marco Popilio dos años antes. Entrambos fueron acusados delante de los Cobradores de gravísimos crímines, y se les dio término para responder á las acusaciones que contra ellos se proponian. Y al tiempo que habian de dar respuesta, et defender de nuevo su causa se excusaron con destierro, et asi Furio se fue desterrado á Preneste, y Ma-

tieno á Tibur. A esta sazon se divulgó una fama que los mismos defensores, no permitian que los agraviados llamasen en justicia á los nobles hombres Romanos que habian hecho los agravios. Esta fama y sospecha aumentó y aun casi confirmó el Pretor Canuleyo, el qual dexando aquella causa et contienda de la qual habia sido puesto por juez, comenzó á escribir gente de guerra y á hacer la muestra de su exército, et luego se partió para la provincia por no dar lugar á que los Españoles propusiesen sus quejas et fuesen de ellos perseguidos los Romanos. De esta manera poniendo en olvido los agravios pasados, quisieron disimular el negocio por entonces por no descubrir algunos principales, ni renovar cosas viejas, et dieron tambien orden como para adelante se proveyese de la manera que los Españoles no fuesen agraviados. Y asi les concedió el Senado que dende en adelante el Magistrado Romano no tuviese facultad de ponerles precio al trigo, et que tampoco pudiesen forzar á los Españoles que vendiesen las veintenas, que son las rentas que daban de veinte y uno, al precio que los Romanos les pusiesen, et que tampoco tuviesen cargo de coger el censo de los dineros.

CAPITULO III.

De la nueva embaxada que enviaron los soldados Romanos al Senado sobre los hijos que eran en España nacidos de ellos et de las mugeres Españolas, y de lo que el Senado ordenó, y de la embaxada de Masinisa y de los Cartagineses.

Apaciguada, pues, de la manera que decimos esta querella de los Españoles, vino tambien de España otra nueva embaxada de diversa suerte de hombres que estaban diferentes. Los soldados Romanos que habia en España hacian

saber al Senado como de ellos et de las mugeres Españolas, con las quales no eran casados, habian nacido pasados de quatro mil hombres, que andaban esparcidos entre las otras gentes. A esta causa rogaban que por autoridad y consentimiento del Senado y pueblo Romano se les diese un pueblo donde estos pudiesen recogerse et vivir ordenadamente. Porque era honesto que las gentes no anden vagabundas por el mundo, ni confusamente en las ciudades mezcladas. El Senado estableció por decreto público, que se pusiesen por rótulo los nombres de estos, et que tuviese cargo de escribirlos Lucio Conuleyo, et que todos los que este juzgase por libres que se fuesen á vivir á la ciudad de Carteya, que está situada cerca del mar Océano. Y entre los Carteyenses los que quisiesen quedarse en sus casas, que pudiesen hacerlo, et fuesen contados en el número de los vecinos et moradores del pueblo, asignándoles cierta porcion de tierra á cada uno de ellos con que se sustentase. Porque aquella habia sido poblacion Latina, et habia sido llamada Puebla de los Libertados. En este mismo tiempo vinieron de Africa Embaxadores, Gulusa hijo del Rey Masinisa, et tambien enviaron los Cartagineses sus Embaxadores á los Romanos. Gulusa fue el primero admitido en el Senado, et lo que dixo en presencia de los Padres y Senadores fue declarar lo que su padre el Rey Masinisa enviaba á los Romanos para la guerra de Macedonia. Dixo mas, que allende de aquel servicio hecho, si algunas otras cosas queria mandar, ó mandarles el pueblo Romano, que estarian prestos para poner por obra quanto sus fuerzas bastasen. Allende de esto, amonestó á los Padres conscriptos que se guardasen de los fraudes y engaños de los Cartagineses. Porque ellos habian consultado secretamente de armar una flota de naos muy grande, dando á entender en la muestra exterior que era para servir con ella á los Romanos contra los Macedonios; pero que des-

pues de aparejada y puesta á punto de guerra esta armada, estaria en su mano elegir á quien bien les pareciese por amigo, ó por enemigo.

CAPITULO IV.

De las alteraciones que se levantaron en España, las quales apaciguó el Pretor sin sangre, y de las crueldades que hicieron en Grecia el Consul y el Pretor por cuya ocasion fueron de muchos pueblos acusados.

E luego trató la causa de Masinisa sobre los campos y lugares que los Cartagineses decian haberles quitado, con gran contienda entre el Regulo y los Legados de Cartago. Está incierto lo que se ha dicho por una y otra parte, bien que la controversia quedó como dormida por algunos años, hasta que renovada despues vino á encendida guerra; la qual los Cartagineses comenzaron contra Masinisa Mas hubieron de hacerla con los Romanos, y no se acabó sino con la ruina de Cartago. Hallamos en los Anales que en este año una doncella se volvió muchacho, el qual por mandado de los Agoreros fuese llevado á una isla.

Cayo Casio Consul tuvo las juntas y fueron hechos Cónsules A. Hostilio Mancino, A. Atilio Serrano. E luego fueron hechos Pretores, M. Retio, Q. Menio, Lucio Hortensio, Q. Eelio Peto, T. Manlio Torquato, y C. Hostilio. Italia y Macedonia fueron decretadas á los Cónsules: Italia tocó á Atilio, y Macedonia á Hostilio. Los Pretores echaron suertes, y Retio tuvo la jurisdiccion Urbana, y Menio la Peregrina. La armada y costa marítima de Grecia tocó á Hortensio. Las demas provincias pretorias fueron, sin duda, como el año pasado, España, Sicilia y Cerdeña; mas por el silencio de los monumentos antiguos no puede saberse por cierto quien haya tenido á cada una.

Entretanto Publio Licinio como si hubiese sido enviado á hacer la guerra contra los Griegos, y no contra Perseo, volvió su ira vana cantra un justo enemigo, contra los miserables y desiguales en fuerzas. E tomó por fuerza muchas ciudades en la Beocia donde tenia el invierno, y la saqueó. Los de Corea, que eran los mas maltratados, acudieron al Senado, y los Padres mandaron que los cautivos vendidos fuesen restituidos á la libertad. Lucrecio Pretor que mandaba la armada imitó, sino excedió, la crueldad del Consul. Era tan feroz con los amigos como despreciable para el enemigo; pues estando la armada en Oreo, Perseo la acometió repentinamente: tomó veinte naos cargadas de trigo, y echó á pique las demas, y tambien tomó quatro galeras de cinco órdenes de remos. Asimismo en Francia hizo Perseo cosas prósperas, habiendo partido allá para defender á Cotys contra las tropas de Atlesbo y Corrago. Es verdad que Cotys hizo quanto pudo como varon esforzado en la guerra, y aventajado en el consejo, pues solamente era Frances en el linage, no en las costubres, de singular parsimonia y templanza, y muy amable por su clemencia y ánimo moderado.

Todas las cosas sucedian á Perseo como queria, y ademas por este tiempo la nacion de los Epirotas abrazó su partido por autoridad de Cephalo, al qual, mas que la voluntad, la necesidad obligó á pasarse, pues estaba dotado de rara prudencia y constancia como de una intencion muy buena. Habia rogado á los Dioses, que no se encendiese guerra contra los Romanos y Perseo, ni se llegase á contender sobre el imperio; mas luego que la guerra fue encendida, determinó ayudar á los Romanos segun lo pactado, y fuera de esto no hacer ni condescender en nada con ignominia y vergüenza. Desbarató estos consejos cierto Charopo, nieto de otro Charopo que á Tito Quincio abrió el monte junto al rio Aco quando hacia guerra contra Filpo,

vil adulador de los poderosos, y gran artífice para calumniar á todos los buenos. Habíase criado en Roma, adonde le habia enviado su Abuelo, porque aprendiese la lengua Romana y las letras. E por esto le conocian y amaban muchos Romanos. Despues que dió la vuelta á su casa, como era liviano y mal intencionado por naturaleza, é alentado tambien con los amigos que tenia en Roma, siempre andaba murmurando de los varones principales. E al principio todos lo despreciaban, ni hacian caso de él; mas luego que se encendió la guerra de Persia, como en Grecia todas las cosas estaban llenas de sospechas, porque muchos abiertamente, y mas en secreto, favorecian á Perseo, Charopo no dexaba de acusar delante de los Romanos aquellos que entre los Epirotas tenian mayor autoridad; é á sus calumnias daba cierto color de verdad la amistad que tiempos pasados Cephalo y los que seguian el mismo partido habian tenido con los Reyes de Macedonia; y como él andaba con mala fe notando todos sus dichos y hechos, é siempre los echaba á lo peor, é poniendo y quitando alteraba la verdad, hacia que fuesen creidos. Contodo estas cosas no daban cuidado á Cephalo y á los que pensaban como él seguros de su fe constante para con los Romanos: hasta tanto que conociendo que los Romanos habian dado oidos á las calumnias, y que algunos Príncipes de los Etolos por ellas sospechosos habian sido pasados á Roma, creyeron por fin que tenian necesidad de atender á sí y á sus cosas, ellas como no tuviesen otro abrigo que en la autoridad del Rey, fueron obilgados á hacer compañia con Perseo, y entregarle su gente.

En Roma A. Hostilio y A. Atilio Cónsules, luego que hubieron comenzado el Magistrado, y acabaron de hacer las cosas divinas y humanas que son de costumbre en la ciudad, y cerca de ella, se fueron para sus Provincias. Hostilio á quien habia tocado la Macedonia, iba ligeramente para el exército que estaba en Thesalia; é como se metiese en

Epiro aun no rebelada abiertamente, estuvo en poco que no cayese en manos de Perseo; porque Theodoto y Filostrato creyendo hacer un gran servicio al Rey, é de presente muy grande daño á los Romanos, le habian avisado que con la mayor diligencia saliese al encuentro del Consul. E apenas hubiera podido escaparse, sino fuese que los Molosos junto al rio Loo lo detuvieron, y el Consul se apartó del camino que llevaba. E por esto se fuese por mar á Antycira, y de alli á Thesalia, en donde tomó el exército é marchó contra el enemigo, aunque no hizo guerra mas feliz que se habia hecho el año pasado. En una batalla que dió al Rey fue desbaratado, y primeramente quiso irse por Elimea, é despues secretamente por Thesalia; mas Perseo que en donde quiera le salia al encuentro, le obligó á desistir de sus vanos intentos. Hortensio mandaba la armada, el qual nada hizo con prudencia y prosperidad, y de sus hechos el mas memorable es el saco cruel de Abdera, solo porque los ciudadanos decian que no podian sobrellevar los tributos que les habian sido echados. Con esto Perseo despreciaba los Romanos, y como si nada le quedase que hacer, hizo por suma de sus hechos una correria contra los Dardanos, en la qual mató diez mil barbaros, y traxó grandes despojos.

En este año movieron guerra los Celtiberos de España, movidos por un nuevo General llamado Olonico, y segun otros Olondico; el qual con grande astucia y atrevimiento, sacudiendo una hasta de plata como que habia caido del cielo, habia vuelto á sí los entendimientos de todos. Mas como con semejante atrevimiento hubiese entrado una noche en los reales del Pretor Romano, con otro compañero de su loco consejo, para matarle, fue muerto por una centinela. Tambien su compañero fue muerto. El Pretor mandó cortarles las cabezas, y que algunos cautivos las llevasen á los suyos clavadas en hastas.

Tornando, pues, al Pretor que se partió para la pro-

vincia con el exército que tenia quando fue enviado para conocer la causa de los Españoles que se quejaban del Magistrado Romano como en ello se mostró parcial, favoreciendo á los suyos, et querido apremiar demasiadamente á los de la tierra levantóse contra él gran número de gente que se fue derecha á su real, hasta meter las cabezas dentro del real con gran pavor et espanto de los Romanos que dentro estaban. Demanera que si en aquella hora con exército ordenado acometieran el real de los Romanos sin ninguna duda le tomaran. Creciendo, pues, el número de esta gente, alteraronse tambien muchas ciudades, de las quales salia mucha gente, que se juntaba en uno, et se ponian en forma de guerra contra los Romanos. A esta sazon ellos animosamente salieron de su real, y dando sobre los que se habian contra ellos levantado, los pusieron en huida. Estos como se vieron deshechos cobraron temor, et hubo entre ellos muchos que fueron de parecer que se enviasen Embaxadores á los Romanos para demandarles paz, y prometerles que dende en adelante no saldrian de su obediencia. Tambien muchas ciudades que se habian revelado como oyeron estas nuevas de su propia voluntad se vinieron á dar á los Romanos. Todas á una voz se disculpaban, echando la culpa en dos personas furiosas que se habian temerariamente levantado los primeros, á los qurles habia seguido la otra multitud imprudente del vulgo, y afirmando que ninguna cosa se habia hecho por parecer de los principales, et que estos dos revoltosos despues arrepentidos de su mala obra ellos mismos se habian ofrecido al tormento y pena que merecia su delito. A todas las ciudades recibió benignamente el Pretor, y les dió muy liberalmente perdon entero de todo lo hecho. Esto hecho partióse á la hora el Pretor para las otras ciudades, y no solamente fue de ellas muy bien recibido, pero aun las halló á todas prestas para hacer todo lo que les fuese mandado. De esta manera se pasó con su exército reposado por

toda la tierra quieta et pacífica, que poco tiempo antes habia estado alterada y revuelta. Esta mansedumbre del Pretor en haber domado sin sangre una gente ferocísima y belicosísima fue muy grata á todo el Senado et pueblo Romano, y tanto mas loada en aquel tiempo y sazon, quanto mas cruel et barbaramente habian hecho la guerra en Grecia casi en el mismo tiempo el Consul Licinio, y el Pretor Lucrecio. Los Tribunos del pueblo sin cesar reprehendian en las juntas del pueblo al Pretor Lucrecio estando ausente. En esta acusacion no faltaron personas que le defendian y excusaban diciendo que estaba ausente por servicio de la república en negocios de importancia, et que no era maravilla que en aquella sazon no pudiese proveer en los negocios que se ofrecian mas cercanos. Pero ignoraba el vulgo de la gente las cosas que entonces se hacian cerca de casa, y no sabian como casi en aquel tiempo, que otros le reprehendian, él estaba en la tierra de los Ancios, procurando traer una canal de agua desde el rio Loracina hasta la tierra de Ancio á costa de los despojos que en la guerra habia ganado. Esta obra dicen que le costó ciento et treinta mil monedas de metal. Tambien con las tablas pintadas que habia tomado en la ciudad que destruyó, quiso adornar el templo de Esculapio.

CAPITULO V.

De las quejas que propusieron los Abderitas contra el Consul Hostilio, y de lo que les fue respondido en el Senado; y como otras gentes se quejaron tambien de los mismos, y de la respuesta que se les dió.

Bien es verdad que los Embaxadores de los Abderitas apartaron la infamia y la envidia de Lucrecio, y la echaron sobre Hortensio que fue su sucesor en el gobierno de aquella provincia. Estos Embaxadores de los Abderitas vinieron á

Roma, et se lamentaban con dolorosas lagrimas delante del palacio de los Senadores, querellándose de Hortesio que habia entrado por fuerza de armas dentro de su ciudad, y que la habia toda saqueado y destruido. La causa de la destruicion de la ciudad y de la crueldad que con los ciudadanos habia usado, decian que era solamente porque les habia demandado cien mil dineros, y cincuenta mil medidas de trigo, y ellos le rogaron que les diese algun espacio de tiempo, para que sobre este caso pudiesen enviar sus Embaxadores á Roma al Consul Hostilio. Y que sobre este presupuesto á gran pena ellos fueron llegados al Consul quando oyeron decir en el camino, y supieron por nuevas ciertas como habia entrado por fuerza dentro de la ciudad, y habia cortado la cabeza á los Principes que en ella estaban, et todos los otros ciudadanos habian sido vendidos en pública almoneda. Oyendo estas cosas el Senado Romano, juzgaron ser indignas et no tolerables, et en el mismo dia ordenaron por decreto público en favor de los Abderitas lo mismo que el año antes en semejante caso habian ordenado para los Coroneos. Y mandaron que la misma sentencia fuese públicamente declarada, lo qual hizo por mandamiento del Senado el Pretor Quinto Menio. Luego fueron enviados dos Embaxadores, Cayo Sempronio Bleso et Sexto Julio Cesar, para que pusiesen en su libertad á los Embaxadores, y que dixesen al Consul Hostilio, et al Pretor Hortensio, que el Senado juzgaba haberse hecho injustamente la guerra conrra los Abderitas, et por tanto ordenaban que fuesen buscados por todas partes todos los que padeciesen servidumbre, et fuesen puestos en su libertad antigua. En este mismo tiempo vinieron graves querellas al Senado contra Cayo Casio, que el año antes habia sido Consul, et entonces era Pretor en Macedonia juntamente con Marco Hostilio, et los Embaxadores de Rey de Francia vinieron de Cincibile. Su hermano habló en el Senado quejandose y diciendo en nombre

de los pueblos Alpinos como Cayo Casio habia talado y destruido las tierras de sus aliados, y de alli habia llevado muchos millares de hombres libres en muy triste servidumbre. Casi en este mismo tiempo vinieron tambien á Roma los Embaxadores de los Istrios, de los Carnatos, y de los Iapidos. Estos declararon como el Consul Casio les habia mandado que luego le proveyesen de guias que le guiasen por el camino derecho hasta Macedonia donde llevaba su exército. Lo qual ellos hicieron, et se despidieron de él con amor et paz como si fuera de todos amigo, et se partiera de ellos para hacer otra guerra. Pero despues se tornó del medio del camino contra ellos, como si fueran enemigos, y con su exército pasando por sus tierras talándolas et destruyéndolas todas, y haciendo por todas las partes que iba grandes robos et destrozos, y quemando villas y ciudades, como si ellos fueran antiguos enemigos del pueblo Romano, ó suyos: como sea verdad que hasta la hora en que estaban no sabian juzgar la causa porque el Consul los habia tratado como á enemigos. Al Embaxador del Rey de los Galos, et á los Embaxadores de los otros pueblos dieron por respuesta los padres, que el Senado no sabia que el Consul hubiese de hacer tales cosas contra ellos, como de él se quejaban, y que si asi eran hechas como ellos decian que tampoco las aprobaban, y les pesaba de ello. Pero que condenar al Consul estando ausente y enviado á negocios de la república, sin oir su razon y su disculpa, si alguna tenia, que no les parecia cosa justa ni honesta. Mas que quando Casio fuese tornado de Macedonia, si ellos quisiesen acusarle estando presente, el Senado oiria la razon de entrambos, y conocido todo el caso procuraria que les fuese recompensada la injuria hecha. Y no solamente quisieron responder de palabra á estos Embaxadores amorosamente, sino tambien les pareció ser honesto enviarles Embaxadores, dos al Rey, et tres á los pueblos Alpinos, por los quales hacian saber á aque-

llos pueblos quanta era la benovolencia del Senado para con ellos, et lo que les parecia honesto que se hiciese en aquel caso de que se quejaban. Allende de esto mandó el Senado que se hiciciese un presente á los Embaxadores de dos mil monedas de metal. Principalmente á los dos hermanos Reyes mandaron que se diesen dos cadenas de oro de peso de cinco libras, et vasos de plata de peso de hasta veinte y cinco libras, y mas dos caballos enjaezados con sus caballerizos y armaduras para los caballos y cuberturas muy buenas. A todos los que venian en su compañia se dieron vestidos asi á los libres como á los siervos. Esto fue lo que se envió á los Galos. A los otros Embaxadores se permitió demandandolo ellos, que pudiesen llevar de Italia consigo diez caballos. Los Embaxadores que fueron enviados con los Galos de la otra parte de los Alpes fueron Cayo Lelio, Marco Emilio Lepido, et á los otros pueblos Cayo Sicinio, Publio Cornelio Blasio y Tito Memmio.

CAPITULO VI.

De los Embaxadores que vinieron á Roma de diversos pueblos de Grecia y de Asia, y de lo que dixeron en el Senado, y de los ofrecimientos que hicieron al Senado, y pueblo Romano.

A esta sazon vinieron tambien á Roma muchos Embaxadores de diversas ciudades de Grecia y de Asia. Los primeros fueron admitidos en el Senado los Athenienses. Estos declararon como habian enviado al Consul Publio Licinio, et al Pretor Lucrecio todas las naves et gente de guerra que tenian prestas, para servicio et ayuda del pueblo Romano, los quales no usaron de las naos ni de la gente; pero les mandaron que le proveyesen de cien mil medidas de trigo, lo qual ellos habian puesto por obra por no faltar á lo que debian al oficio de buenos confederados: aunque era verdad

que su tierra era esteril, y que eran forzados á sustentar á sus labradores con trigo traido de otras partes, y no solamente habian hecho de pronta voluntad esto que les habia sido mandado, pero aun estaban prestos de hacer qualquiera otra cosa que mas les mandasen los Romanos. Los Milesios dixeron que no habian hecho ninguna cosa en servicio de los Romanos; pero que eran venidos á ofrecerse en su presencia y á prometer poner por obra todo lo que el Senado mandase, y á servir para la guerra con todas sus fuerzas en todo lo que el Senado Romano quisiese emplearlos. Los Alabandenses relataron en el Senado como ellos habian hecho el templo de la ciudad de Roma, et como habian establecido ciertas fiestas que se habian de celebrar en ciertos y señalados dias del año, y que traian consigo una corona de oro de cincuenta libras, la qual querian poner en el Capitolio, y hacer de ella un presente al sumo Júpiter. Traian mas trescientos escudos para hombres de armas de á caballo, y que estos los darian luego á quien el Senado ordenase. Solamente demandaban que les fuese permitido poner su presente en el Capitolio, y pudiesen celebrar sus sacrificios. Los Embaxadores de la ciudad de Lampsaco traxeron una corona de oro de ochenta libras, et dixeron en el Senado despues de haber hecho su presente, como ellos se habian apartado del servicio del Rey Perseo despues que habia venido el exército Romano en Macedonia, habiendo sido antes subditos suyos et del Rey Filipo su padre. A esta causa, y tambien porque habian hecho en favor de los Capitanes Romanos tanto quanto les habia sido posible, solamente rogaban con gran instancia al Senado y pueblo Romano que tuviesen por bien de recibirlos en su confederacion y alianza; pero con tal condicion, que si á caso los Romanos hiciesen paz con el Rey Perseo, ellos fuesen expresamente sacados, sin que volviesen jamas á ser subditos del Rey de Macedonia. A los otros Embaxadores fue respondido muy amorosamente. Quanto á los Lamp-

sacenos fue ordenado que el Pretor Quinto Menio tuviese cargo de incorporarlos y escribirlos en el número de los aliados del pueblo Romano. Allende de esto fue ordenado, que á cada uno de los Embaxadores se hiciese un presente de dos mil monedas de metal. Tambien á los Alabandenses fue ordenado que tornasen á llevar los escudos á Macedonia, y los diesen al Consul Aulo Hostilio. Vinieron tambien en aquel tiempo Embaxadores de Africa juntamente de los Cartagineses et del Rey Masinisa. Los Cartagineses dixeron en el Senado en presencia de los Padres como su república habia hecho llevar hasta el puerto mas de diez veces cien mil medidas de trigo, y cincuenta veces cien mil medidas de cebada, para servir con esta ayuda al pueblo Romano, por tanto que ordenasen donde mandaban que aquella suma fuese llevada, lo qual seria luego cumplido. Decian mas que se tuviesen por muy cierto los Romanos que aquel presente era muy menor que el merecimiento del pueblo Romano y su voluntad; pero que le recibiesen con buen ánimo, y se acordasen que muchas veces antes en cosas buenas y honestas para entrambos pueblos habian declarado la gratitud de ánimo que era conveniente siempre se hallase entre buenos amigos, y fieles confederados. Despues de estos Embaxadores de los Cartagineses fueron admitidos en el Senado los del Rey Masinisa. Estos prometieron á los Romanos la misma suma de trigo y de cebada que los Cartagineses habian ofrecido, y allende de esto mil y doscientos caballeros, y doce elefantes, y todo lo demas que fuese necesario que lo mandase el Senado, y sin dilacion ninguna seria cumplido asi esto, como lo que ellos de su propia voluntad prometian. El Senado hizo muchas gracias asi á los Cartagineses como al Rey, y rogaron á entrambos tuviesen por bien de enviar á Macedonia al Consul Hostilio aquella ayuda que les ofrecian. A cada uno de estos Embaxadores ordenó el Senado que se diese un presente de dos mil monedas de metal.

CAPITULO VII.

De los otros Embaxadores que entraron en el Senado despues de los Cartagineses, y de las querellas que propuso en el Senado el Príncipe de los Calcidenses contra Lucrecio y Hortensio, y lo que sobre ello ordenó el Senado.

Despues de estos, los Embaxadores de los Cretenses relataron en el Senado como ellos habian enviado á Macedonia al Consul Licinio tanto número de flecheros, quanto él les habia demandado. A la hora les fue preguntado si era verdad lo que habian entendido por cosa cierta que el exército del Rey Perseo habia muy mayor número de flecheros de los Cretenses que en el exército de los Romanos. Los Embaxadores no lo negaron. Entonces les respondieron, que si los Cretenses con gravedad y constancia juzgasen ser para ellos de mayor importancia la amistad del pueblo Romano, que la del Rey Perseo, que en tal caso el Senado Romano les daria respuesta como á ciertos amigos y aliados suyos. Pero que en este medio hiciesen saber á sus gentes de parte de los Romanos, que le placia al Senado que los Cretenses hiciesen tornar á su casa á todos los hombres de su nacion que estaban en el exército del Rey Perseo, lo mas presto que les fuese posible. Despues que fueron despedidos los Cretenses con esta respuesta, fueron llamados al Senado los Calcidenses, cuya embaxada entrando en el Senado dió muestras muy claras de algun exemplo extraño y de necesidad extrema. Porque el Principe de los Calcidenses Miccion, que era coxo, y no se podia sostener sobre sus pies, se hizo llevar en una litera al Senado en presencia de los Senadores. Lo primero que dixo entrando, despues que se hubieron harto maravillado los

Senadores en verle, fue excusarse por causa de su enfermedad, la qual excusa, segun su muestra, ni fuera necesario demandarla, ni tampoco fuera negada demandándola. Despues dixo, que el Senado veia el estado en que estaba su persona, y que ya no le habia quedado otra cosa entera y sana sino era la lengua para lamentarse con tristes gemidos de las adversidades y crueldades que padecia su patria. Entonces comenzó á relatar los ilustres hechos y buenos servicios de su ciudad asi antiguos como de mas fresca memoria que habian hecho en servicio de los Romanos en aquella guerra contra Perseo, afirmando que ninguna cosa habian dexado de hacer de las que juzgaban ser provechosas á los Capitanes y exércitos Romanos. Despues comenzó á contar las injurias grandes que el Pretor Romano, Cayo Lucrecio, soberbia y avaramente, y con mucha crueldad habia hecho contra los suyos. Y dixo mas, las mismas crueldades, ó mayores que entonces hacia en su república Lucio Hortensio. Decia mas que aunque eran crueldades intolerables et fuera de toda razon humana las que padecian, que estaban deliberados de perseverar en ellas, et sufrir tambien, si fuese menester, otras mayores antes que apartarse de la fe de los Romanos y darse al Rey Perseo. Pero que tocante á Lucrecio et á Hortensio fuera muy mas seguro para ellos cerrarles las puertas de la ciudad, que admitirlos dentro con tanta crueldad y disolucion como en ella usan. Las otras ciudades que los habian echado fuera y no los habian permitido entrar en el pueblo como eran las ciudades de Emathia, Amphipolis, Maronea y Eno, que no habian padecido ningun mal, y estaban libres et enteras sin ser corrompidas ni destruidas con la desordenada disolucion de esta gente; pero que dentro de su ciudad no habia cosa entera ni sana, que no fuese contaminada por aquellos dos Pretores. Los ornamentos que habia en todos sus templos, todos habian sido con sacrílegas manos roba-

dos por Cayo Lucrecio, el qual los habia cargado en ciertas naos et enviádolos á Ancio. Los cuerpos libres de los honestos ciudadanos eran arrebatados con mucha violencia, y puestos en triste servidumbre como si fueran esclavos. Los bienes y haciendas de los confederados del pueblo Romado eran robadas y saqueadas, y cada dia los robaban y saqueaban cruelmente. Porque Lucio Hortensio imitando la fiera costumbre de Cayo Lucrecio, como si quisiera hacerle ventaja en la crueldad; ninguna cosa dexaba de hacer de las que juzgaba les serian molestas y dañosas. Los soldados de las naos los hacia aposentar en tierra en las casas de los ciudadanos asi en invierno como en verano, y sus casas estaban siempre llenas de marineros sucios y deshonestos. Que sus mugeres é hijos eran forzados á conversar con ellos, contra los quales esta disoluta gente no tenia vergüenza ni comedimiento de hacer y decir lo que bien les parecia. Oidas estas acusaciones, juzgaron los Padres que seria bueno llamar al mismo Lucrecio, para que alli en el Senado, et en su presencia se dixesen, por ver si tendria alguna excusa que fuese honesta con que defenderse. Pero quando Lucrecio fue venido, muchas mas cosas se dixeron contra él en su presencia de las que se habian dicho estando ausente, y sobrevinieron, allende de los otros que antes habia, dos acusadores nuevos mas graves et mas poderosos, y estos fueron los Tribunos del pueblo Marco Juvencio Thalna, y Ceneo Aufidio. Estos dos no solamente le acusaron en el Senado gravemente, sino tambien en la congregacion pública del pueblo á donde le llevaron por fuerza, et alli le acusaron de muchos y muy graves crímens, y le señalaron dia para que respondiese a la acusacion propuesta, ó quedase por condenado. Por mandamiento del Senado el Pretor Quinto Menio respondió á los Calcidenses de esta manera: Que tocante á los buenos servicios que decian haber hecho al pueblo Romano asi en los tiempos pasados, co-

mo en la guerra presente, el Senado sabia muy bien ser verdad lo que decian, y que todas sus obras les habian sido y eran tanto gratas quanto era razon que lo fuesen los servicios de buenos et fieles amigos. Que tocante á lo que se quejaban de las injurias que les habia hecho Lucrecio et les hacia Hortensio, Pretores Romanos, se tuviesen por cosa muy averiguada que ni se habian hecho ni se hacian por voluntad del senado. Lo qual podrá facilmente pensar y conocer quien quiera que considerare que el pueblo Romano hacia la guerra contra el Rey Perseo, y la habia hecho antes contra el Rey Filipo su padre solamente por poner en libertad á todas las ciudades de Grecia, et no para que padeciesen semejantes injurias de sus propios Magistrados, pues que en efecto de verdad eran sus amigos y confederados. A esta causa escribieron letras al Pretor Lucio Hortensio, por las quales le avisaron, que no placia al Senado que tales injurias se hiciesen á los Calcidenses, como ellos de él se quejaban. Por tanto que si algunos de ellos siendo libres habian sido vendidos et puestos en servidumbre, que estos fuesen luego á la hora buscados, y los pusiese en su libertad antigua. Allende de esto, que de los marineros y soldados el Senado mandaba que ninguno fuese aposentado en las casas de los ciudadanos, sino fuesen solamente los Caudillos y Gobernadores. Esto es lo que se escribió á Hortensio por mandamiento del senado. A cada uno de estos Embaxadores se dieron dos mil dineros de metal, et por mandamiento del Senado se dieron literas et carros á Miccion que le llevasen cómodamente hasta Brundusio.

CAPITULO VIII.

De la acusacion que propusieron en la congregacion del pueblo los Tribunos contra Lucrecio, y de como fue condenado á pagar gran suma de dineros. Y como fue destruido el exército Romano que tenia Apio Claudio por los de la ciudad de Bastana.

Quando llegó el dia señalado los Tribunos del pueblo acusaron á Cayo Lucrecio en presencia de todo el pueblo, y fue condenado á pagar un cuento de monedas de metal. Hiciéronse cortes sobre este negocio, y en esta junta le condenaron todas treinta y cinco Tribus, ó bandos que habia en Roma. En la tierra de los Lygures, y en aquel año, no se hizo cosa que sea digna de memoria. Porque ni los enemigos tomaron las armas, ni tampoco el Consul entró con gente de guerra dentro de su tierra. Estando, pues, ya muy seguros, de la paz por aquel año, sesenta dias despues que el Consul llegó á la provincia, despidió los soldados que tenia de las Capitanias Romanas. El exército de los confederados del nombre Latino hizo que fuese aposentado con tiempo en las ciudades de Luna y de Pisa para que alli invernase. El con toda la caballeria se fue á visitar muchas ciudades y villas de la provincia de Galia. Demanera que por entonces no habia guerra en ninguna otra parte que en Macedonia, aunque tambien tenian por sospechoso al Rey Gencio de los Ilirios. A esta causa ordenó el Senado que se enviasen de Brundusio ocho naos bien aparejadas al Embaxador Cayo Furio que estaba en Isa, el qual con guarnicion de dos naos de los Isenses tenia cargo de gobernar et guardar aquella isla. En aquellas ocho naos se pusieron dos mil soldados, muy buena gente, los quales habia cogido por mandamiento del Senado el Pretor Quinto Menio en

aquella parte de Italia que está puesta contra el Ilirico. Tambien el Consul Hostilio envió á Apio Claudio con quatro mil hombres de á pie á Ilirico, para defender aquellas gentes que moraban en las fronteras de los Ilirios. Este no contento con la gente de guerra que consigo habia llevado, andubo rogando á los confederados que le diesen ayuda, et de esta manera armó hasta ocho mil hombres de diversas naciones, et despues de haber visitado toda aquella tierra hizo su asiento en Lychnido, que es tierra de la jurisdiccion de los Dasarecios. No muy lejos de alli estaba situada la ciudad de Uscana, que era de los términos del Rey Perseo. Esta era ciudad de diez mil vecinos, et habia tambien dentro para guarda de ella alguna guarnicion de hombres Cretenses. De alli vinieron Embaxadores secretamente á Apio Claudio enviados de los que estaban dentro de la ciudad, avisándole que si se llegaba mas cerca de aquel pueblo con su gente de guerra, no faltarian muchos que de buena gana pondrian la ciudad en su mano. La qual cosa era de gran importancia, porque la ciudad era tan rica que se haria rico á sí et á sus amigos con los despojos que de ella sacase. La esperanza de estas riquezas de tal manera cegó el ánimo de Claudio, que ni de los que vinieron con estas nuevas detuvo solo uno, ni les demandó rehenes para seguridad, que no usarian con él de fraude ni engaño ninguno, ni tampoco envió espias para que considerasen lo que se hacia, ni tampoco los obligó con juramento de cumplir su fe y palabra. Solamente esperando que llegase el dia señalado, ciego con la vana esperanza y sin juicio se partió de Lychnido, et asentó su real doce mil pasos de la ciudad á donde iba. A la quarta vela de la noche, se movió de alli con su exército derecho para la ciudad, que pensaba ya tener en su mano, dexando solamente casi mil soldados para guarda del real, por no le dexar desamparado. Partiéronse de alli desordenados y esparcidos

por el camino luengo y apartados los unos de los otros, y con esta desconcertada orden siendo mas apartados y esparcidos por diversas partes á causa de la obscuridad de la noche al fin llegaron á la ciudad. Aumentose mas en ellos el descuido y negligencia, porque no vieron persona armada sobre los muros. Pero quando llegaron á tiro de arco de los muros, salieron por dos puertas los de la ciudad con grande ímpetu contra los Romanos. A esta hora se levantaron de improviso tan grandes clamores y gritos de las mugeres que estaban sobre los muros con muchos sonidos de instrumentos de metal, que se hinchia de voces et sonido todo el campo. Aumentábase esta multitud con los clamores y voces que daban las gentes vulgares mezcladas con las mugeres, y tambien los hombres que eran salidos contra los Romanos como si todo el mundo se hundiera. Fue tan grande esta alteracion et espanto de un caso tan no pensado que vino sobre los Romanos, que no pudieron sostener el primer ímpetu de los enemigos que contra ellos venian. Demanera que huyendo mas que peleando fueron muertos casi todos. Porque de todo aquel exército que habia llevado consigo el Embaxador á gran pena pudieron escaparse huyendo dos mil hombres con el mismo Apio Claudio que se acogieron al real. Quanto mas lejos estaba situado el real de la ciudad, tanta mayor comodidad tenian los enemigos de perseguir á los Romanos que iban ya cansados, et de matarlos en el camino. Estaba tan atónito Claudio quando llegó al real que no se quiso detener alli algun poco de tiempo siquiera hasta recoger su gente que andaba por los campos esparcida, lo qual fuera causa de guardar la vida de muchos que perecieron por causa de su desorden: luego se partió de alli á la ciudad de Lychnido con las reliquias que le habian quedado del desastre pasado. Este caso desastrado, et otros algunos hechos en Macedonia con poca prosperidad, supo el Senado por boca

de Sexto Digicio, Maestro de caballeros, que era venido á Roma para celebrar sacrificios.

CAPITULO IX.

De los Embaxadores que envió el Senado á Macedonia para que viesen et avisasen de lo que alli se hacia, et de las juntas consulares que se celebraron.

Por evitar, pues, tantos daños, temiendo que tras estos desconciertos se seguiria mayor infamia y desdicha, deliberaron los Padres enviar por Embaxadores á Macedonia á Marco Fulvio Flaco, et á Marco Caninio Rebilo, para que viesen con sus ojos lo que se hacia, et avisasen muy particularmente de ello al Senado. Ordenó mas el Senado, que el Consul Aulo Hostilio convocase las juntas consulares, para que se eligiesen nuevos Magistrados de tal manera que en el mes de Enero pudiesen ser estas cortes celebradas, et que él tornase á la ciudad de Roma lo mas presto que fuese posible. En este medio fue tambien mandado al Pretor Marco Recio que por decreto público del Senado hiciese llamar de toda Italia á todos los Senadores que estuviesen ausentes de Roma, que luego tornasen á la ciudad, salvo aquellos que estaban ocupados en negocios pertenecientes á la república. Mandaron mas, que los Senadores que á la hora se hallasen presentes en Roma no pudiesen salir fuera mas lejos de mil pasos de la ciudad. Esto fue luego puesto por obra como el Senado lo habia mandado. Las juntas consulares fueron celebradas á veinte y quatro dias andados del mes de Enero. Fueron elegidos Cónsules Quinto Marcio Filipo la segunda vez, et Ceneo Servilio Cepio. Tres dias despues que fueron declarados los Cónsules se eligieron tambien Pretores, á Cayo Decimio, Marco Claudio Marcelo, Cayo Sulpicio Galo, Cayo Marcio Figulo, Servio Cornelio Len-

tulo, y Publio Fonteyo Capito. Despues de hechos los Pretores, allende de las dos provincias de la ciudad fueron establecidas otras quatro: España, Cerdeña, Sicilia y la Armada. Los Embaxadores que habian enviado á Macedonia tornaron á Roma al fin del mes de Febrero. Estos relataron en presencia del Senado las muchas cosas que con próspero fin habia hecho el Rey Perseo en aquel verano, et el temor grande que habia caido sobre todas las ciudades confederadas del pueblo Romano, por causa de muchos pueblos que se habian dado al Rey Perseo, et puesto en su potestad siguiendo su próspera fortuna. En el exército del Consul decian que habia falta de vituallas y mantenimientos, porque se daban de unos en otros por amistad y parcialmente segun el odio, ó amor que tenian los repartidores con los soldados y personas en quien eran repartidos. La culpa de esto echaba el Consul á los Tribunos Militares, et por el contrario los maestros de caballeros la echaban al Consul. Notaron los Padres en esta embaxada que los Embaxadores procuraban deshacer, ó disminuir la ignominia que habia recibido Claudio. Porque decian que en aquel desastre habia perdido muy pocos soldados Italianos, y que la mayor parte de los que murieron habian sido de los que se habian hecho en aquella tierra con mucha celeridad, sin concierto ni razon, y personas de poco valor. Los Cónsules que fueron declarados luego que comenzaron á administrar el oficio de su magistrado, fuéles mandado que dixesen su parecer en el Senado sobre lo que juzgaban se habia de hacer tocante á la provincia de Macedonia. Despues de esto fue acordado en el Senado que estos dos Cónsules tuviesen cargo de las dos provincias de Italia y de Macedonia. En este año hubo bisiesto, y al tercero dia despues de celebradas las fiestas que llamaban Terminales, cayó el dia del bisiesto. En aquel año murieron muchos Sacerdotes, Lucio Flaminio, dos Pontífices, Lucio Furio Philo, y Cayo Livio Sanilator. En lugar de

Furio fue declarado por Pontífice Tito Manlio Torquato, et en lugar de Livio fue elegido Marco Servilio.

CAPITULO X.

Del suplemento que se ordenó para el exército de todas las provincias, y de lo que mas se hizo.

En el principio del año siguiente los nuevos Cónsules, Quinto Marcio, et Quinto Servilio consultaron sobre lo que se debia hacer tocante á las provincias, y al fin acordaron entre sí que en la primera oportunidad que se ofreciese, distribuyesen entre ellos las provincias de Italia y de Macedonia, ó echasen suertes sobre ellas. Antes que la suerte declarase quien habia de gobernar qual provincia, porque no se hiciese ninguna cosa por favor ni respeto de personas deliberaron de añadir á entrambas provincias tanto suplemento de gente de guerra, quanto á cada una fuese necesario. Para la provincia de Macedonia se hicieron seis mil hombres de á pie Romanos, et otros seis mil hombres de los confederados del nombre Latino, y mas doscientos et cincuenta caballeros Romanos, et trescientos caballeros de los aliados. Mandaron que los soldados antes que hubiese demasiados se despidiesen, demanera que no hubiese en cada legion Romana mas de seis mil hombres de á pie et trescientos caballeros. Al otro Consul ningun cierto número de soldados Romanos le fue señalado que eligiese para suplemento de las provincias de Italia. Pero fuele ordenado señaladamente que hiciese dos legiones de gente de guerra en cada una de las quales hubiese cinco mil y doscientos hombres de á pie, y trescientos caballeros. De los soldados del nombre Latino al Consul que gobernase las provincias de Italia fue atribuido mayor número que al otro de la provincia de Macedonia. Porque ordenaron que se escribie-

sen diez mil hombres de á pie, y seiscientos de á caballo. Allende de estos mandaron que se hiciesen mas quatro legiones, et que estuviesen prestas para ser enviadas donde quiera que fuese necesaria su ayuda. No fue permitido á estos Cónsules que ellos hiciesen Tribunos; pero eligiólos el pueblo. Mandaron mas á los aliados del nombre Latino que proveyesen de diez et seis mil hombres de á pie, et de mil caballeros. Este exército quisieron que estuviese aparejado y á punto para partir donde quiera que les fuese mandado, segun la necesidad que se ofreciese. Sobre todos los otros negocios tenian por entonces gran cuidado de la provincia de Macedonia. Para suplemento de la armada por mar, fue ordenado que se hiciesen mil compañeros ciudadanos Romanos buscados por toda Italia de la condicion y suerte de libertados. Y que otros tantos se hiciesen en Sicilia con mandamiento expreso que el que tuviese cargo de la administracion de esta provincia, hiciese que fuesen llevados á Macedonia donde quiera que estuviesen las naos de la armada. Para España fue ordenado que se hiciesen tres mil hombres de á pie Romanos, et trescientos caballeros, para suplemento del exército de aquella provincia. Tambien en esta provincia se ordenó que hubiese un cierto número de gentes de guerra, en cada legion cinco mil hombres de á pie et trescientos et treinta caballeros, y que el Pretor á quien cayase por suerte esta provincia de España mandase á los aliados del nombre Latino que le proveyesen mas de quatro mil hombres de á pie et trescientos caballeros.

CAPITULO XI.

De los prodigios, ó milagros monstruosos que fueron vistos en Roma, y en otras partes de Italia.

Al presente, pues, no ignoró que asi como los hombres creen que en este tiempo los Dioses inmortales ninguna cosa quieren declarar á los hombres de las que están por venir por señales ó milagros no acostumbrados, de la misma manera tambien no se curan de notar et publicar las dichas señales quando vienen, et menos de ponerlas por escritura en los anales de las historias para que de ellas quede memoria. Que lo uno et lo otro me parece procede de una misma negligencia; pero quanto á mí puedo afirmar que escribiendo las cosas antiguas llenas de gravedad, et de doctrina, no sé como cobro yo tambien un ánimo antiguo, y me muevo con un zelo de religion grandísimo á querer poner por escritura en los anales de mi historia las cosas que aquellos prudentisimos varones de la edad antigua juzgaron dignas que fuesen puestas por memoria, públicamente notadas y con grande atencion consideradas. En la tierra de Anagnia fue vista en el cielo una acha de fuego encendida, y una vaca habló, la qual á esta causa fue despues á costa pública sustentada. En aquellos mismos dias en la tierra de Minturno se mostró un resplandor en el cielo tan encendido, como si el cielo todo con vivas llamas de fuego se abrasara. En la tierra de Reate llovió piedras. En la tierra de Cuma en la fortaleza la imagen de Apolo tres dias et tres noches derramó lágrimas. En la ciudad de Roma dos Sacerdotes dixeron lo que habian visto. El uno dixo que en el templo de la Fortuna habian visto muchas personas, y una serpiente con muy luengas crines. El otro dixo que en el templo de la Fortuna, que tiene por sobrenombre Primigenia, y está situado en un co-

llado, se habian visto dos milagros diversos. El uno era que se habia nacido de suyo una palma en el patio del templo, y el otro que habia llovido sangre, siendo el dia claro. Allende de estos, acontecieron mas dos milagros los quales no fueron recibidos por tales por haber acontecido en lugares de personas particulares et no en público. El uno fue que Tito Marcio Figulo dixo que en el patio de su casa se habia nacido una palma de suyo. El otro aconteció en lugar extrangero, y fue que en Fregelas una lanza que habia comprado Lucio Ateo para su hijo que era soldado, para que fuese con ella á la guerra, fue vista estando en su casa toda cercada de llamas de fuego por mas de dos horas, sin ser quemada, ni quedarle señal ninguna del fuego. Por causa de los milagros monstruosos que públicamente se habian visto, los diez varones que tenian cargo de semejantes cosas abrieron los libros Sybilinos para notar conforme á su doctrina lo que se debia hacer para aplacar los Dioses airados. Ordenaron estos diez varones que los Cónsules celebrasen quarenta sacrificios mayores, y nombraron tambien los Dioses en cuyo honor habian de ser celebrados. Dixeron mas que se hiciesen suplicaciones solemnes, et que todos los Magistrados del pueblo celebrasen sacrificios mayores en todos los altares, et que el pueblo estuviese presente et coronado. Todas estas cosas fueron hechas siendo los primeros administradores de ellas los Sacerdotes á cuyo oficio tocaba hacer los sacrificios, á los quales imitaba toda la resta del pueblo. Despues de esto hecho llamaron de nuevo á cortes para elegir en estas juntas nuevos Censores que tuviesen cargo de los negocios del pueblo. En aquella sazon demandaban el oficio de Censores los principales de la ciudad Cayo Valerio Levino, Lucio Posthumio Albino, Publio Mucio Scevola, Cayo Junio Bruto, Cayo Claudio Pulchro, y Tiberio Sempronio Graco, los quales eran entre sí competidores sobre este oficio. A estos dos postreros eligió por Censores el pueblo Romano.

CAPITULO XII.

De las contiendas que se levantaron entre los Cónsules et los Censores sobre elegir y hacer elecciones de la gente de guerra, y la que se hizo.

Porque en aquella sazon era necesario considerar con mayor atencion que otras veces las personas que se elegian para el gobierno público por causa de la guerra de Macedonia, los Cónsules acusaron al pueblo delante del Senado, porque no permitia que los mancebos diesen tambien su voto en aquellas elecciones. Contra estos Cónsules hablaron en el Senado los Tribunos del pueblo Cayo Sulpicio y Marco Claudio, los quales defendieron la causa del pueblo reprehendiendo por su curiosidad á los Cónsules. Dixeron que la eleccion de la gente de guerra no era dificultosa para los Cónsules, sino para los ambiciosos Cónsules. Porque ellos no querian hacer á ninguno que fue soldado por fuerza. Y porque conociesen tambien los Padres Conscriptos por la obra que era verdad lo que decian, que los Pretores, cuya autoridad y potencia era mayor en el imperio, darian fin sin ninguna dificultad á la eleccion de los soldados, si asi lo tuviese por bueno el Senado. Este cargo dieron los Padres á los Pretores con afrenta notoria, y no pequeña de los Cónsules. Los Censores por ayudar tambien que fuese llevado adelante este negocio, dixeron en la congregacion pública del pueblo, que querian establecer por ley valedera tocante al cuento y eleccion de los soldados que allende del juramento comun de todos los ciudadanos jurasen tambien estas palabras: Tú que no eres de edad de quarenta y seis años, tú por virtud de la ley et ordenanza hecha por los Censores Cayo Claudio, y Tiberio Sempronio tocante á la eleccion de los soldados, todas las veces que se hiciere cuen-

to, ó eleccion, sino fueres hecho soldado, saldrás á la eleccion para que seas puesto en el número y rótulo de los que han de ser elegidos. Allende de esto porque era fama vulgar que de las legiones Macedonicas andaban muchos soldados vagabundos fuera de sus capitanias fingiendo salvosconductos por ambicion expresa de sus Capitanes, mandaron á los Cónsules Publio Elio y Cayo Popilio tocante á estos soldados que despues de los Cónsules hechos, y de los soldados escritos y enviados á Macedonia, todos los que se hallasen por Italia esparcidos dentro de treinta dias viniesen lo primero á escribir sus nombres en el rótulo de los Censores, y despues se fuesen derechamente á sus provincias y á sus capitanias. Tambien que los que estaban debaxo de la potestad de sus padres ó abuelos que viniesen luego á declarar los nombres. Dixeron mas que ellos conocerian las causas de los que habian enviado, et los que hallasen haberse querido ir antes de haber ganado su sueldo, á estos harian soldados. Este mandamiento de los Censores fue publicado luego por la ciudad, y por toda Italia, et puesto por los cantones de las calles, para que fuese á todos notificado. Poco tiempo despues acudió á Roma tanta muchedumbre de mancebos que se sentia agravada la ciudad con una multitud de gentes no acostumbrada. Allende de la multitud que se habia de hacer de gentes de guerra para suplir las legiones de las provincias segun estaba ordenado, el Pretor Cayo Sulpicio escribió otras quatro legiones enteras de aquella gente que habia acudido á Roma, y dentro de once dias fue acabada la eleccion de todos. Esto hecho los Cónsules echaron suertes sobre las provincias. Porque los Pretores por causa de la jurisdiccion que tenian, mucho antes habian distribuydo sus oficios. La provincia de la ciudad cupo á Cayo Sulpicio. La extrangera á Cayo Decimo, á Marco Claudio Marcelo le vino por suerte la provincia de España. Servio Cornelio Lentulo hubo la administracion de Sicilia. Publio Fonteyo Capito tuvo el go-

bierno de Cerdeña. A Cayo Marcio Figulo fue atribuida la flota de naos de armada. Los Consules echaron tambien suertes sobre sus provincias, y á Ceneo Servilio le cupo el gobierno de Italia, y á Quinto Marcio le vino la administracion de Macedonia. Despues de celebradas las fiestas Latinas Marcio se partió luego para su provincia. A esta sazon preguntó Cepion en el Senado, quales eran las dos legiones nuevas que se le habian atribuido para su provincia, porque se queria partir, si pudiese llevarlas consigo. Mandaron los Padres que los Pretores Cayo Sulpicio, y Marco Claudio diesen las legiones que bien les pareciese á los Cónsules, y las otras dos se diesen á Cepion para ir á su provincia. No pudieron aqui sufrir los Cónsules verse sujetos al albedrío y voluntad de los Pretores en la eleccion de las legiones. A esta causa despues de despedido el Senado, los Cónsules vinieron al tribunal de los Pretores, y demandaron que les fuesen asignadas sus legiones conforme al decreto que se habia hecho en el Senado. Los Pretores dieron facultad á los Cónsules que ellos las eligiesen conforme á su voluntad y albedrío.

CAPITULO XIII.

De lo que hicieron los Censores en la mudanza del Senado, y de las alteraciones que se levantaron entre los Censores y un Tribuno, y del fin que tuvieron.

Despues de esto los Censores eligieron el Senado. Marco Emilio Lepido fue elegido por principal, y esta fue la tercera vez que le habia sido atribuida por los Censores esta dignidad principal. Siete personas fueron echadas fuera del Senado. Al tiempo que se hacia el rotulo de las gentes que habia en el pueblo los soldados que pertenecian al exército de Macedonia los forzaba á tornarse luego á su provincia, y podian facilmente saber quantos eran por la cuenta que de

todos tenian. Al tiempo de dar la paga conocian las causas de los que habian estado ausentes, y si hallaban no haber sido causa justa la que le habia hecho estar ausente de su exército, constriñianle con nuevo juramento de esta manera: De tu propia voluntad tú te tornarás luego á tu provincia de Macedonia al exército, conforme al decreto hecho por los Censores Cayo Claudio y Tiberio Sempronio, lo qual podrás hacer, et lo pondrás luego por obra sin engaño, ni fraude ninguno. En la eleccion de los caballeros fue muy triste y demasiadamente severo su juicio. A muchos quitaron sus caballos. En esto ofendieron mucho la orden de los caballeros, et aumentaron este odio con un nuevo mandamiento que hicieron, por el qual mandaron que ninguno de los que habian arrendado las rentas públicas durante el oficio de Quinto Fulvio y Aulo Posthumio, pudiese llegarse á los términos de su arrendamiento, ni pudiese ser compañero ni participante de las tales rentas públicas. Al fin por dar alguna orden en este negocio y reprimir la potencia de los Censores que era demasiadamente grande, como entendieron los arrendadores que uno de los Tribunos del pueblo llamado Rutilio estaba indignado contra los Censores, renovaron su querella los arrendadores, et tomaron por su abogado á este Rutilio para que defendiese su causa.

Poco tiempo despues mandaron á un cierto hombre libertino, que en la via que llaman Sacra derrivase una pared que habian hecho edificar los Censores de los dineros públicos frente de unas casas públicas. Este hombre particular imploró el favor de los Tribunos, entre los quales ninguno quiso ser por él intercesor ni medianero sino solo Rutilio. Los Censores enviaron á su casa á sequestrarle los bienes, y en presencia de la congregacion pública le condenaron á pagar cierta cantidad de dineros. De aqui se levantó una contienda de entrambas partes, y los arrendadores como vierón las partes encendidas y alteradas, parecióles ser tiempo que ellos tambien insistie-

sen en lo que mucho tiempo antes habian demandado. Asi acudieron los arrendadores al Tribuno, en nombre del qual luego se hizo una ley: Que todas las rentas públicas que Cayo Claudio y Tiberio Sempronio hubiesen arrendado, que este tal arrendamiento no fuese valedero, y que pudiesen de nuevo arrendarse, y que fuese lícito arrendarlas á quien quiera que las quisiese, sin respeto de personas. Este Tribuno del pueblo convocó el Concilio para un dia señalado, para que alli se confirmase con autoridad pública esta ley que él habia hecho. Quando llegó este dia vinieron los Censores á la congregacion para persuadir que la ley no fuese admitida. Todo el tiempo que duró el razonamiento de Graco hubo silencio en la junta. Pero quando comenzó á decir su razon Claudio, levantóse alguna alteracion en la congregacion. A la hora el pregonero mandó que se diese audiencia, lo qual fue hecho. Entonces se quejó el Tribuno diciendo que movian contra él la multitud de la gente, y que disminuian la autoridad que al oficio de Tribuno se debe, y á esta causa se salió luego fuera del Capitolio donde se habia congregado el concilio. El dia siguiente levantó grandes alborotos en el pueblo. Lo primero hizo consagrar los bienes de Tiberio Graco por via de confiscacion quejandose de él porque quiso hacer la execucion en los bienes de aquel que habia implorado el favor del Tribuno, et acusándole que habia violado la dignidad de su oficio en no querer obedecer á su intercesion y ruego. Despues hizo tambien citar á Cayo Claudio para un dia señalado, que compareciese en el juicio, acusándole que habia apartado de él la multitud del pueblo. Acusó tambien á entrambos Censores afirmando haber violado la magestad del pueblo Romano. Y para acusarlos en público de este crimen pidió á Cayo Sulpicio, que era Pretor de la ciudad, que señalase un dia en el qual fuese congregado el pueblo, para que en juicio público fuese conocida esta causa. No rehusaron los Censores que ante el

pueblo fuese propuesta y juzgada esta causa, et asi ordenaron que se señalase el dia veinte y quatro y veinte y cinco de Septiembre para que se conociese. Venido este dia los Censores lüego se subieron en el palacio, que es llamado de la Libertad, y alli cerrando los libros públicos, y despidiendo los ministros de la república que los servian en lo que era necesario para la administracion de su oficio, dixeron que en ningun negocio público pondrian mano hasta tanto que el pueblo hubiese juzgado de aquella causa. El primero que habló en la congregacion del pueblo fue Claudio, el qual dixo en presencia de todos su razon lo mejor que pudo. Dicese que de doce centurias de caballeros que en aquella congregacion se hallaron, las ocho condenaron al Censor Claudio, y con ellas otras muchas de autoridad principal. A la hora los Principes de la ciudad que se hallaron presentes alli delante de todo el pueblo se quitaron sus anillos de oro, y mudados sus vestidos quisieron ir en torno por toda la junta, rogando humilmente al pueblo que no admitiese esta sentencia. Pero sobre todo lo que se dice, el que convirtió y trocó enteramente este juicio fue Tiberio Graco; porque como á esta sazon se levantó grande alteracion en el pueblo, y se oyeron muy claras voces de toda la junta que decian, que Graco estaba seguro de tal sentencia, juzgando por injusto lo que los caballeros juzgaban; salió Graco en público, et juró en presencia de todos, que sin tener respeto al juicio de persona si su compañero fuese condenado, él no esperaria sentencia de persona justa ni injusta, sino que luego se iria con él de su propia voluntad fuera de la ciudad desterrado. Pero con todo esto vino á tan extremo artículo de su experanza el acusado que entre todas las centurias faltaron solamente ocho para ser enteramente condenado. Despues de absuelto et librado Claudio el Tribuno del pueblo, dixo que no queria mas perseguir su acusacion contra Graco.

CAPITULO XIV.

De la poblacion que se envió á los Aquilenses, y de los Embaxadores que fueron por las ciudades de Grecia con el decreto del Senado, et lo que hicieron.

En este año vinieron á Roma los Embaxadores de los Aquilienses, y demandaron en el Senado que tuviesen por bien los Padres demandar que el número de sus poblaciones fuese aumentado. Tocante á esta peticion ordenó por decreto público el Senado que les fuese concedido lo que mandaban, et que fuesen aumentadas sus poblaciones hasta el número de mil et quinientas familias. Fueron tambien señalados tres varones para que las llevasen Tito Annio Lusco, Publio Decio Subulo, y Marco Cornelio Cethego. En este mismo año los Embaxadores que habian sido enviados á Grecia, Cayo Popilio et Ceneo Octavio, luego que llegaron á Thebas notificaron públicamente el decreto del Senado, et despues se fueron por todas las ciudades de Peloponeso, en las quales hicieron lo mismo. El tenor contenido en el decreto del Senado era este: »Que ninguno por entonces diese ninguna »ayuda de las cosas que son necesarias para la guerra á los »Magistrados Romanos, ni les asistiese con otro favor, si»no solamente con lo que el Senado expresamente decla»rase." Este decreto hizo cobrar grande ánimo, y confianza á las ciudades, que dende en adelante serian mas libres de las cargas pesadas de subsidios y cosas grandes, y casi intolerables que por estas ocasiones habian hecho. Porque hasta entonces siempre habian sido fatigados con demandas que venian unas sobre otras hasta ser enteramente despojados, y con esta esperanza que dende en adelante se les seguiria mayor reposo, quedando prendados con la clemencia del pueblo Romano confirmaronse mas en su confederacion y alianza. En el

concilio de los Acheos que se hizo en la ciudad de Argos, los Embaxadores Romanos fueron vistos y oidos con muy alegres ánimos de todos los que en él se hallaron. Demanera que se partieron de alli para Etolia con firmisima esperanza que quedaba muy seguro el estado presente et por venir, principalmente dexando en todas las ciudades gentes muy fieles, y principales que favorecian enteramente la parte de los Romanos. Quando llegaron á Etolia, hallaron que aun no se habia levantado en aquella tierra ninguna sedicion ni alboroto aunque es bien verdad que todo el estado público estaba lleno de sospechas, indignados unos contra otros et llenos de crimines, de que se querian acusar los unos á los otros. A esta causa demandaron los Embaxadores que se les diesen rehenes puestas en su mano para seguridad que no moverian ni harian ninguna cosa que fuese contra la voluntad del Senado y pueblo Romano. Y antes que diesen enteramente fin en todos estos rencores, tomando seguridad se partieron de Etolia los Embaxadores Romanos para Acarnania. Los Acarnanes juntaron un concilio en la ciudad de Tyrrheo, en el qual fueron admitidos los Embaxadores. Hallaron que tambien en aquella tierra habia bandos et discordias entre los que seguian diversas parcialidades. Algunos de los Principes que alli se hallaron presentes demandaron que se pusiese gente de guarnicion en las ciudades, asi para tenerlas guardadas contra los enemigos, como para reprimir tambien por fuerza el desatino de los que se inclinaban en favor del Rey de Macedonia. Pero otros resistieron á este parecer, diciendo ser cosa de mal exemplo querer hacer semejante ignominia et deshonra á las ciudades que eran amigas y estaban en paz, lo qual solamente se suele usar con los enemigos, ó á lo menos con los que por fuerza de armas son presos en la guerra. Este parecer de los postreros, que era mas conveniente á clemencia y benignidad, pareció justo y honesto á los Embaxadores, y asi hicieron en este

caso lo que los mas moderados juzgaron. Con esto se partieron de alli para la ciudad de Larisa, donde estaba el Proconsul Hostilio, porque de él habian sido enviados. Hostilio detuvo consigo á Octavio, y envió á Popilio con mil soldados para que se aposentasen en la ciudad de Ambracia, y que alli pasasen el invierno.

CAPITULO XV.

De lo que hizo el Rey Perseo en el invierno entrando por la parte de los Ilyrios, y de los prosperos sucesos que hubo, y tomó algunas ciudades.

Perseo en el principio del invierno no osó salir de los términos de Macedonia por no dexar su reyno desamparado, y dar por esta ocasion vilantez á los Romanos que le acometiesen y dañasen en tiempo que no estaba el exército recogido y fuerte. Estuvose, pues, reposando en Thesalia hasta que llegó el rigor extremo del rio. Porque en el rigor del invierno la altura de las nieves que cae sobre los montes es tan grande que está enteramente cerrado el camino, y por ninguna via se puede pasar desde Thesalia á Macedonia. Estando, pues, el reyno de Macedonia casi por todas partes cercado y bien seguro por causa de las tempestades del invierno, parecióle á Perseo que aquel era tiempo oportuno para hacer alguna cosa et quebrantar las esperanzas y los ánimos de sus enemigos comarcanos, et esto sin temer que le pudiese venir ningun daño por causa de la guerra de los Romanos. Consideraba que en aquella sazon tenia paz y reposo de la parte de Thracia por causa del Rey Cotys que habia apaciguado su tierra. Por otra parte habia tambien reposo de la banda de Epiro, porque de nuevo se habia apartado Cephelo casi repentinamente de la amistad de los Romanos. Pues los Dardanos tambien eran de su parte, como

aquellos que habia muy poco tiempo que habian sido domados con las armas de los Macedonios. Demanera que solamente hallaba estar descubierta para los enemigos aquella banda del reyno de Macedonia por donde se pasa hasta los Ilyrios. Consideraba tambien que los mismos Ilyrios entre sí no estaban de acuerdo, ni enteramente se inclinaban á favorecer á la una parte ni á la otra, aunque se tenia por cierto que darian paso á los Romanos, si se lo demandasen, aunque por otra parte tampoco dudaba que si una vez él pudiese sojuzgar alguna parte de los Ilyrios de los que eran mas cercanos del reyno de Macedonia, muy facilmente despues podria ganar enteramente la voluntad del Rey Gencio de los Ilyrios que se juntaria con él, y se pondria á todo el peligro. Con este presupuesto se partió el Rey Perseo de Macedonia con diez mil hombres de á pie, una parte de los quales eran soldados de esquadra muy bien aderezados, y otros dos mil de ligeras armaduras, et con esta gente de á pie llevó tambien quinientos caballeros. Con este exército se partió de Macedonia, y llegó lo primero á Stubera. De alli mandó que se tomase provision de trigo y mantenimiento para algunos dias, y que le siguiesen todos los otros instrumentos y pertrechos para combatir ciudades, et él prosiguió su camino, et al tercero dia llegó á la ciudad de Uscana donde asentó su real. Esta ciudad es la principal de la tierra Penestiana. Antes que pusiesen los pertrechos delante de los muros, et se aparejasen los instrumentos necesarios para combatirla, envió ciertas personas dentro del pueblo á tentar los ánimos de los Capitanes de la gente de guarnicion, y tambien de los Gobernadores del pueblo, por ver si querian darse de su propia voluntad con honestas condiciones, antes que padecer daño et ser constriñidos por fuerza. Habia dentro de aquella ciudad guarnicion Romana con muchos mancebos Ilyrios; mas como vió el Rey que no le traian respuesta, como él la queria, et que los del pueblo por nin-

guna via se querian mover á hacer lo que él mandaba, determinó de combatir la ciudad, et tomarla por fuerza de armas, pues que no se le queria dar de grado. Sin cesar de noche ni de dia daba el combate, et estando cansados los soldados que combatian los muros, se iban á reposar, et en su lugar sucedian otros de refresco, los quales nunca cesaban de poner escalas sobre los muros para subir, et fuego á las puertas para quemarlas. Los que estaban cercados sostenian animosamente el cerco, et los que defendian la ciudad resistian á la fuerza de los enemigos que era continua et grande, et esto con esperanza que tenian que ni los Macedonios podian sufrir luengo tiempo en aquel lugar la esperanza et rigor del invierno, que era muy grande, ni tampoco por otra parte les darian tanto vagar los Romanos, que pudiese el Rey estar seguro, ni deternerse alli luengo tiempo sin ser de ellos acometido y estorbado. Pero quando vieron que no les bastaron á los del Rey las escalas que ponian en los muros, ni el fuego con que procuraban quemar las puertas, sino que tambien comenzaban á poner grandes pertrechos et torres, et otros instrumentos de guerra delante de ellos para combatirlos con mayor fuerza, vencióse la pertinacia de los cercados, y quisieran salir libres de aquel lugar dando la tierra con honestas condiciones. Porque allende de que no eran iguales ni tenian suficientes fuerzas para resistir á la fuerza grande de los enemigos, tampoco tenian provisiones de pan et de las cosas necesarias para su mantenimiento los cerrados, como personas que estaban puestas en guarnicion para invernar como en aposento libre, y sin sospecha que adeshora habian de ser cercados. Demanera que como ya no les quedase ninguna esperanza de poder resistir mas luengo tiempo, fueron enviados del Capitan de la guarnicion Romana Cávo Carvilio Spoletino et Cayo Afranio, para que demandasen al Rey Perseo que los dexase salir fuera de la ciudad libres et armados, et llevar consigo su cosas. Dieron-

les tambien comision, que sino pudiesen alcanzar esta condicion primera, á lo menos que alcanzasen la segunda, que tomasen la fe et palabra del Rey que los dexase salir libres solamente con la vida et con la libertad. Lo que le demandaron al principio les concedió el Rey, et fue mas pronto et liberal en prometerlo, que fiel ni verdadero en guardarlo. Permitíales el Rey que saliesen libres no solamente con sus armas, pero aunque sacasen tambien sus cosas quantas pudiesen llevar consigo: mas al tiempo que salian, lo primero que hizo el Rey Perseo fue quitarles las armas contra la fe et palabra que les habia dado. Despues que salieron fuera del pueblo los que estaban en guarnicion de parte de los Romanos, la esquadra de los mancebos Ilirios, que eran quinientos, et los ciudadanos Uscanienses se dieron á sí et á la ciudad en poder del Rey Perseo. Tomó, pues, la ciudad de Uscana Perseo, et puso dentro de ella guarnicion que en su nombre la guardase y la defendiese.

CAPITULO XVI.

De como el Rey Perseo vendió á los Uscanenses que se le habian dado, y de los castillos y villas que mas tomó en este camino, y de la crueldad que usó en la ciudad de Oeneo.

A toda la multitud de gentes que se le habia dado, que igualaba casi el número de un mediano exército, llevó consigo hasta la ciudad de Stubera. Alli habia quatro mil Romanos en guarnicion allende de los Príncipes y Capitanes, los quales estaban todos distribuidos por sus lugares oportunos para guarda de la tierra. Alli tambien vendió á los Romanos, Uscanenses, y Ilirios, que se le habian dado con la ciudad Uscana. Y despues tornó á llevar su exército á la

provincia de Penestia para tomar por fuerza de armas y sujetar á su señorio la ciudad de Oeneo que estaba situada en aquella provincia. Este pueblo estaba en lugar muy oportuno situado, et de alli se podia pasar muy facilmente á la tierra de los Labeates, donde Reynaba el Rey Gencio. Pasando, pues, por aquel camino Perseo con su exército, un hombre que conocia muy bien aquella tierra le dixo, que no tenia necesidad de tomar la ciudad de Oeneo, ni tampoco le aprovecharia mucho, sino tomase primero una fortaleza muy fuerte et torreada que estaba cerca de aquel camino que tenia por nombre Draudaco, el sitio de la qual era muy oportuno y conveniente para hacer todo lo que el Rey Perseo queria poner por obra. Enderezó para esta fortaleza el Rey, y mandó que fuese cercada con su exército, lo qual no fue necesario, porque los que dentro estaban se le dieron luego en su potestad sin esperar combate. Cobrando, pues, mayor ánimo Perseo por esta victoria no pensada, como veia que era muy grande el temor que todas las gentes tenian de su exército quiso correr toda aquella tierra et tomar lo que en ella hallase mientras duraba aquel miedo, antes que pudiesen cobrar ánimo, ni les viniese socorro alguno de los Romanos. Con esta opinion anduvo rodeando la tierra, y en muy breve tiempo tomó otros once castillos allende de Draudaco. Porque todos estaban atemorizados con la opinion de las fuerzas de su exército que venia en tiempo et lugar no pensado, quando no habia pensamiento de poder permanecer en el campo ninguna gente de guerra. En muy pocos lugares fue necesario usar de fuerza, porque la mayor parte se le dió de su voluntad sin esperar combate, porque no tenian fuerzas para resirtirle. Con estos castillos tomó tambien hasta mil y quinientos soldados Romanos que estaban distribuidos en guarnicion y por guarda de ellos. Mucho les aprovechaba la comunicacion de Carvilio Spoletino en las hablas que

hacian, porque decia que ellos no habian padecido ninguna fuerza, ni el Rey habia usado de crueldad ninguna con ellos. Llegaron despues á la ciudad de Oeneo, la qual no podia ser tomada sin combate y fuerza grande. Porque los muros que cercaban la ciudad eran fuertes, et dentro de ella habia guarnicion de muchos y animosos mancebos, que no se dexarian abatir, si no fuesen por fuerza de armas sobrepujados. Allende de esto, por la una parte la ceñia el rio llamado Artato, y por la otra era cercada de un monte muy alto y áspero, que con gran dificultad podia subirse. Estas guardas y defensas daban esperanza á los del pueblo que podrian defenderse et resistir á la fuerza de los enemigos, aunque los cercasen. El Rey Perseo determinó lo primero de cercar el lugar, y despues levantar un muro en alto en forma de baluarte por la parte mas alta, cuya altura sobrepujase la altura de los muros, para que de lugar mas alto facilmente pudiese combatir á los de adentro. Entretanto que se acababa de hacer esta obra, siempre se hacian escaramuzas de entrambas partes. Unas veces salian los cercados fuera de las puertas, para estorbar y deshacer los ingenios que hacian los enemigos para darles el asalto, otras veces peleaban desde las murallas procurando impedir las obras que contra ellos inventaban los del Rey, que como eran muchos por todas partes molestaban mucho á los cercados. En estas escaramuzas y pequeñas peleas murieron muchos de los de la ciudad, y los que quedaron vivos estaban muy quebrantados, así de las llagas que habian recibido, como del continuo trabajo que sin cesar noche y dia toleraban. Quando fue acabada la obra que los del Rey hacian, et puesta cerca de los muros de la ciudad, luego una esquadra de soldados del Rey que eran llamados Nicatoras, subió sobre ella, y de alli podian facilmente sojuzgar la villa, porque el lugar era mas alto que los muros. A esta sazon se dió el combate, et fue entrada la villa por muchas partes que se habian puesto esca-

las sobre los muros. Todos los hombres que se hallaron dentro del pueblo de edad para tomar armas fueron muertos. Las mugeres y los niños fueron puestos en guarda. Todo lo demas que habia en la ciudad fue presa de los soldados.

CAPITULO XVII.

De los Embaxadores que envió Perseo al Rey Goncio de los Ilirios, y de lo que hizo Perseo, y los Romanos Lucio Celio y Apio Claudio.

Siendo, pues, vencedor de tantos castillos y pueblos, como dicho habemos, el Rey Perso tornose con su exército á la ciudad de Stubera, de donde envió sus Embaxadores al Rey Gencio de los Ilirios. El uno de ellos era llamado Pleurato de nacion Ilirio, que estaba desterrado de Ilirico, y el otro Aputeo Macedonio de Berea. A estos Embaxadores mandó que relatasen en presencia del Rey Gencio las cosas que habia hecho el Rey Perseo en el verano pasado, y en aquel invierno en la guerra contra los Romanos, contra los Dardanos, y contra otras gentes. Mandoles mas, que contasen por extenso las obras que habia hecho en aquella jornada en el reyno de Ilirico. Allende de esto, que amonestasen al Rey Gencio, que tuviese por bien de firmar nueva confederacion y alianza con el Rey Perseo, tomando exemplo y confianza en sus victorias. Estos Embaxadores se partieron con su embaxada, y pasando la cumbre del monte que es llamado Scordo se fueron por los desiertos de Ilirico; lo qual habian querido asi hacer los Macedonios talando y destruyendo toda la tierra, porque no pudiesen facilmente pasar los Dardanos á Ilirico ni á Macedonia; y á la fin despues de muy grande y muy luengo trabajo llegaron á la ciudad de Scodra. A esta sazon el Rey Gencio estaba en la ciudad de Liso. A este lugar fue-

ron llamados los embaxadores del Rey de Macedonia, los quales en presencia de Gencio relataron su embaxada por orden, y fueron oidos benignamente. Estos Embaxadores tornaron con la respuesta, y sin el efecto que Perseo deseara. Decia Gencio, que no le faltaba ánimo y voluntad para hacer la guerra Contra los Romanos; pero que le faltaban dineros para poder sostener algun exército en campo. Esta respuesta refirieron en presencia del Rey Perseo sus Embaxadores en la ciudad de Stubera, en tal tiempo y sazon que estaba vendiendo los soldados Ilirios que habia tomado. Oida, pues, la respuesta de Gencio luego le fueron tornados á enviar los mismos Embaxadores juntando tambien con ellos á Glaucia, que era uno de los que tenian cargo de la guarda del cuerpo del Rey con mandamiento y orden que solicitasen de nuevo el ánimo de Gencio á que quisiese hacer alianza con los Macedonios, y esto sin hacer mencion ninguna de dineros, con los quales solamente el bárbaro et pobre pudiera ser movido á hacer la guerra contra los Romanos. Despues que Perseo hubo talado y destruido la ciudad et tierra de Ancira, luego se tornó con su exército á la tierra de los Penestas. Alli renovó y fortaleció muy bien la gente de guarnicion que estaba puesta en la ciudad Uscana y en todos los otros castillos y fortalezas comarcanas, que poco antes habia tomado, y esto hecho determinó tornarse á su reyno de Macedonia para reposar alli lo que del invierno le restaba, et rehacerse et aparejar las cosas que eran necesarias para hacer la guerra en el verano siguiente contra los Romanos, quedando en este medio muy gozoso por las victorias que habia alcanzado. A esta sazon el Embaxador Romano Lucio Cecilio era el Caudillo de la gente de guerra que tenian los Romanos en Ilirico. Este como supo que el Rey Perseo andaba con exército por aquellos lugares, no osó moverse contra él, porque su gente no era igual con el exército de Per-

seo; pero despues que supo por nueva cierta que era retraido á Macedonia determinó hacer alguna cosa. Salió del lugar donde estaba y llegó á la tierra de los Penestos. Alli quiso recobrar por fuerza la ciudad Uscana; pero como habia dentro de ella fuerte guarnicion de Macedonios fue rechazado; y habiendo perdido parte de su gente en este combate, y recibido algunas heridas fue forzado á tornarse á Lychnido con su exército. De alli á pocos dias envió á Marco Trebelio Fregelano con buena gente de guerra otra vez á la tierra de los Penestos, para tomar rehenes y seguridad de las ciudades que habian permanecido en la fe y amistad del pueblo Romano, juramentándolas de nuevo que guardarian siempre la misma lealtad y constancia. Mandole tambien que de alli pasase á la provincia de los Parthinos, y que en ella hiciese lo mismo. Porque estos habian prometido dar rehenes y seguridad entera para que no tuviesen ocasion de dudar de su fe los Romanos. Demanera que este Embaxador llevó cargo de tomar rehenes de entrambas provincias. Luego le fueron entregados como los demandó y envió los rehenes de los Penestos á la ciudad de Apolonia, y los de los Parthinos á Dyrracio, que por otro nombre mas celebrado entonces la llamaban los Griegos, Epidamno. Por otra parte Apio Claudio con intencion y deseo de enmendar la ignominia que habia recibido en Ilirico determinó de tomar un castillo de Epiro llamado Phanoto. Para este efecto allende del exército Romano que tenia, llevó consigo seis mil hombres de ayuda de los Athamanes y de los Thesprotos. Tampoco en esta jornada hizo cosa digna de memoria; porque Perseo habia dexado á Cleva en aquel lugar con guarnicion fuerte, que defendió muy bien la fortaleza.

CAPITULO XVIII.

De lo que le aconteció al Rey Perseo en el camino quando iba á tomar la ciudad de Strato la qual halló ocupada de la guarnicion Romana, y como se tornó sin hacer nada de lo que pensaba, y se aposentó en la ciudad de Ambracia.

Partióse el Rey Perseo de Macedonia con su exército para la ciudad de Elimea, cerca de la qual hizo la muestra de su gente de guerra. Estando en esto fue llamado de los Etolos, por cuya embaxada movido se fue con su exército á la ciudad de Strato. Esta era la mas fuerte ciudad de toda la provincia de Etolia. Está situda sobre el seno que es llamado Ambracio cerca del rio Achelos. En esta jornada llevó consigo diez mil hombres de á pie, y trescientos caballeros, et llevara mas sino los dexara por causa de la estrechura et la aspereza del camino. Al tercero dia quando llegó al monte Cicio, el qual pasó con grandísima dificultad por causa de la altura de las muchas nieves, et despues con no menor fatiga pudo hallar lugar conveniente donde asentase su real. Partido de alli, mas porque no podia quedar, que por ser tolerable la tempestad, y el camino, con grandísimo tormento et fatiga principalmente de las bestias el dia siguiente llegó al templo de Júpiter, que es llamado Niceo. Alli asentó su real por reposar algun tanto del trabajo pasado. De alli se partió para el rio Arachtho, et despues de haber pasado muy luengo et trabajoso camino se detuvo de esta parte del rio, porque iba muy alto y no podia ser por ninguna via pasado. Como vió que no habia otro remedio, mandó edificar una puente sobre el rio, et en este intermedio estuvo de esta parte de la ribera esperando. Acabada la puente, pasó él con todo su exército,

et habiendo andado un dia de camino topó con Archidamo Príncipe de los Etolos, el qual le habia prometido poner en su mano la ciudad de Strato. En aquel dia asentó su real en el fin de la tierra de los Etolos, con esperanza que vendrian á él de tropel todos los Etolos, et le abririan las puertas de la ciudad, et se pondrian en sus manos; pero esto le sucedió muy al contrario de lo que él esperaba. Porque no solamente hallo cerradas las puertas, pero aun supo por cosa cierta que aquella misma noche que habia llegado habian recibido los de la ciudad guarnicion Romana con Cayo Popilio que era entrado dentro del pueblo. Los Príncipes de la ciudad, que movidos y constriñidos con la autoridad de la presencia de Archidamo, quando estaba en el pueblo, habian llamado al Rey y prometídole la tierra, quando vieron que era salido fuera Archidamo para recibir al Rey saliéndole al camino, mudaron de parecer, et luego se tornaron de la parte de sus contrarios que favorecian el partido Romano. Y asi enviaron á llamar á Cayo Popilio, que estaba en Ambracia, el qual fue recibido dentro de la ciudad con mil hombres de á pie que traxo consigo. En este mismo tiempo llegó tambien Dinarcho que era Gobernador et Caudillo de los caballeros de los Etolos. Este traia consigo seiscientos hombres de á pie y ciento de á caballo. Harto era notorio que él venia á la ciudad de Strato como favorecedor del partido de Perseo, pensando salirle al camino, et tener la villa en nombre del Rey. Pero como en aquel estado estaban las cosas muy al reves de lo que él pensaba, mudó él tambien con la fortuna el ánimo, y juntose con los Romanos, contra los quales venia. Tampoco el Capitan Romano Popilio se tenia por tan seguro como él quisiera hallándose entre aquella gente de ingenios y voluntades tan mudables. A esta causa luego á la hora tomó las llaves de las puertas de la ciudad, et se apoderó de los muros, por estar seguro et sin

rezelo dentro del pueblo. Al Capitan Dinarcho, et á los otros Etolos con algunos mancebos que alli habia de los Stracios los hizo acoger á todos á la fortaleza so color de guarnicion para que guardasen aquella fortaleza, lo qual hizo por no tener cerca de sí aquella gente tan variable de quien pudise rezelarse. El rey Perseo como vió los negocios y las voluntades de las personas tan mudadas, pasose sobre unos collados que estaban en torno á la ciudad algo altos para tentar por todas las vias que pudiese de venir en hablas con los de dentro, y con dádivas y promesas procurar de mudarles la voluntad, y admitir dentro su gente; pero aprovechole poco su diligencia. Porque estaban los ánimos de dentro muy firmes, y no solamente no querian dar oidos al Rey, pero aun quando se llegaba alguno de los suyos cerca de los muros les tiraban saetas, y no los dexaban llegar á su vista.

CAPITULO XIX.

De como el Rey Perseo luego que vió que por la aspereza del tiempo no podia hacer lo que deseaba, se tornó á Macedonia, y de lo que hizo Clevas contra los Romanos, y á la fin se tornó Apio Claudio á Roma.

Como vió el Rey que no llevaba remedio de poner por obra lo que pensaba, apartose de alli hasta cinco mil pasos lejos de la ciudad, y asentó su real de la otra parte del rio de los Petitos. En aquel lugar llamó el Rey á concilio para deliberar sobre lo que debia hacer en aquel caso dudoso. Archidamo et los Etolos, que habian huido, eran de parecer que se quedase alli el Rey dándole esperanza que con su presencia y ayuda podria hacer alguna cosa de las que deseaban. Por otra parte los Príncipes de Macedonia juzgaban ser cosa muy peligrosa pelear en aquella estacion del año que en todo y por todo les era entonces enemiga y

contraria. Porque allende de las tempestades grandes que habia, sus soldados estaban cansados y quebrantados con la aspereza del tiempo y del camino, y sobre todo estaban faltos de mantenimientos. De suerte que aunque supieran sostenerse contra el frio, la hambre los consumiera. Y era verdad que antes les faltarian los mantenimientos á los que ponian el cerco, que á los cercados, principalmente estando muy cerca de alli los enemigos aposentados para pasar el invierno, que pudieran tomar seguramente todas las provisiones que al exército del Rey vinieran. Movido, pues, y aun espantado Perseo por estas razones levantó su real y llevó luego de alli su exército, siguiendo el camino de Aperancia. Los moradores de esta ciudad le recibieron con grande consentimiento, et amor de toda su gente por causa de Archidamo, cuya autoridad y gracia en aquel pueblo era de tanto valor, que casi se gobernaban todos por su voluntad y albedrio. Este mismo Archidamo quedó en la ciudad por Capitan con ochocientos hombres de guarnicion que debaxo de sí tenia, et mas la gente de toda la tierra, que le era muy obediente, y no habia ninguno de cuya fe pudiese dudarse. El Rey con menor tormento de las bestias y de los hombres que habia sufrido á la venida, se tornó á su reyno de Macedonia. En este camino no hizo otra cosa mas señalada, sino que con la fama de su venida, dando á entender á las gentes que iba á Strato, hizo apartar al Capitan Romano Apio del cerco que tenia puesto sobre Phanotis con el temor que tenia de toparse con las gentes del Rey, á cuyas fuerzas no pudiera resistir con los suyos, principalmente teniendo á las espaldas por enemigos á los que estaban en la ciudad cercada. Como el Rey supo que se retraia Claudio, envió en su seguimiento á Clevas con alguna gente de guerra de muy esforzados mancebos, los quales le alcanzaron á las faldas de los montes en lugares ásperos y fragosos. Alli dieron animosamente sobre los Ro-

manos que tenian de tras del exército, et mataron casi mil hombres de ellos, y tomaron presos hasta docientos. Apio despues de pasados los montes con harta dificultad, asentó su real en el campo que es llamado Eleon, donde quiso detenerse algunos dias para reposar del trabajo del áspero camino. En este medio Clevas tomando consigo á Philostrato, que tenia cargo de la gente de los Epirotas, fuéronse entrambos juntos á la tierra de los Antigonos. Llegados á aquella region los Macedonios se fueron á correr la tierra para talar los campos, y destruir todo lo que topasen. Por otra parte Philostrato con sus esquadras se puso en una celada en lugar harto obscuro, por no ser visto, y por poder dar á su salvo sobre los enemigos, si algunos saliesen contra los Macedonios. Andando, pues, Clevas con los suyos corriendo la tierra esparcidos unos por una parte y otros por otra, salieron contra ellos armados los de la ciudad de Antigonea, y á la hora los Macedonios le fueron poco á poco recogiendo, y dando á entender que tenian temor de los ciudadanos, se pusieron en huida. Los Antigonenses los siguieron hasta que sin saber por donde iban fueron llevados hasta el valle donde estaban los Epirotas en la celada escondidos. A esta sazon salieron sobre ellos de improviso por las espaldas los Epirotas, y mataron casi mil hombres de los ciudadanos, y tomaron presos hasta ciento. Habiendo, pues, hecho esta cavalgada prósperamente se fueron de alli, y determinaron de asentar su real no muy lejos donde Apio habia estado con los suyos reposando. Porque era lugar muy oportuno, para visitar et cerrar los caminos, y querian estar en lugar que ninguna fuerza pudiesen padecer sus aliados del exército Romano. Apio Claudio no se detuvo un punto de tiempo mas en aquellos lugares, et despidiendo á los Chaones y á los demas soldados que tenia de la nacion de los Epirotas, con el resto que le quedaba de Italianos se tornó á la provincia de Ilirico.

Dexando, pues, aposentados á sus soldados para pasar el invierno en las ciudades confederadas de los Parthinos, él se fue á Roma para celebrar en la ciudad religiosos sacrificios. El Rey Perseo mandó que saliesen de la tierra de los Penestos mil et docientos caballeros, et los envió á la ciudad de Casandria, para que alli estuviesen en guarnicion, y defendiesen la tierra. Los Embaxadores, que habia enviado al Rey Gencio de los Ilirios, tornaron, y le traxeron la misma respuesta que antes le habian traido, que no se osaba mover contra los Romanos por la falta que tenia de dineros. Sin embargo no cesaba Perseo de solicitarle et provocarle á que quisiese con él firmar alianza contra los Romanos, porque consideraba lo mucho que á él et á todo su reyno importaba tener á este Rey de su mano, asi para guarda de sus tierras como para hacer daño á sus enemigos. Pero con todo esto Gencio no podia conseguir le diese dineros, los quales solamente demandaba para negocio de tanto momento, y que en extremo grado le importaba para poner por obra sus intentos.

LIBRO QUARTO

DE LA QUINTA DECADA DE TITO LIVIO.

CAPITULO PRIMERO.

De como se partió el Consul para la provincia de Macedonia con su exército, y de las personas que con él fueron.

En el principio del verano que se siguió despues de aquel áspero invierno, en el qual se hicieron estas cosas que dicho habemos, se partió de Roma el Consul Quinto Marcio Filipo con cinco mil hombres de guerra que nuevamente se habian hecho para cumplimiento de las legiones que habia en la provincia. Con esta gente se entró en las naos que tenia prestas para su jornada, y con próspero viento llegó á Brundusio. Marco Popilio varon consular, et otros mancebos Romanos de igual nobleza, siguieron al Consul para ser maestros de caballeros en las legiones que habia en Macedonia. Casi en aquellos mismos dias el Pretor Cayo Marcio Figulo, al qual cupo por provincia la Armada, llegó á Brundusio. Habiendo, pues, partido juntos de Italia el Consul y el Pretor, el dia siguiente llegaron á Corcira, y al tercero dia arribaron al puerto de Accio, que es en la provincia de Acarnania. Alli el Consul saltó en tierra cerca de la ciudad de Ambracia, y por tierra se fue á Thesalia. El Pretor pasando á Leucata entró en el seno de Corinto, et dexando en Creusa sus naos se fue él tambien por tierra por medio de Beocia, et caminando con mucha presteza un dia llegó á Calcide,

donde estaban las naos de armada de los Romanos. En aquel mismo tiempo Aulo Hostilio tenia asentado su real en Thesalia cerca de Palepharsalo. Habia estado harto tiempo en aquel lugar, sin haber hecho ninguna cosa en armas señalada, y como los soldados habian estado ociosos habian cobrado demasiada licencia y hecho algo disolutos, y agenos de la orden y concierto que en la disciplina militar se requiere. En este medio habíase siempre guardado la fe y lealted que se debia á los confederados, y habian estado bien guardados y defendidos con el favor y amparo de los Romanos. En oyendo, pues, Hostilio la venida de su sucesor, mandó luego aparejar sus gentes con sus armas y caballos, y poniendo muy en orden todo su exército determinó salir al camino para recibir con mucha honra et magnificencia al Consul Romano á quien tocaba desde entonces el cargo et administracion de aquella provincia. El primero recibimiento que se hizo fue con mucha pompa y aparato, conforme á la magestad et grandeza de los mismos Cónsules, y del nombre Romano. Despues de esto en la administracion de los negocios se hubieron con mucha gravedad et prudencia conforme á lo que tocaba al oficio de cada uno. Pocos dias despues del recibimiento entró el Proconsul, llevó al Consul al exército, donde le dió cuenta y razon de todo lo que se habia hecho, y declarando el estado de los negocios, y poco á poco entregandole como de mano en mano el cargo del exército, et de toda la administracion de la guerra.

CAPITULO II.

De la habla que hizo el Consul á sus gentes despues que tomó á su cargo el exército, con la qual cobraron mayor ánimo los soldados.

El Consul hizo una habla en presencia de los soldados, comenzando desde el parricidio de Perseo que habia cometido alevosamente contra su hermano Demetrio, y no con menor atrevimiento y maldad le habia pensado contra su propio padre Filipo. Allende de esto, como habia por traicion et maldad usurpado el reyno. Declaró mas, los engaños y hechizos que habia usado en diversos tiempos y lugares, las muertes de muchas personas, los robos grandes que habia hecho contra toda razon y justicia, y sobre todo esto la maldad y traicion que ordenó contra el Rey Eumenes, las injurias que muchas veces habia hecho contra el pueblo Romano, los robos, daños y cohechos que habia cometido contra las ciudades confederadas, traspasando las alianzas antiguas que el pueblo Romano habia tenido con sus mayores, y despues con él mismo habian sido renovadas. Estas cosas que eran tan aborrecidas de los Dioses, quanto son ignominiosas entre los hombres, decia el Consul Romano que las sentiria despues asi en el castigo del Cielo que la justicia divina enviaria contra tan abominables maldades, como tambien en la salida de aquella guerra en la qual Dios favoreceria á la parte inocente, y declararia su justicia con castigo y exemplo notable de quien tan injustas maldades habia cometido. Porque es muy evidente y clara noticia impresa en los ánimos de todos los hombres, que los Dioses inmortales son justos et rectos, y conforme al decreto inmudable de su eterna justicia castigan severamente las injurias que se hacen contra su divina magestad. Por el contrario

son tambien los Dioses mansos y piadosos, y favorecen con premios divinos á la rectitud et verdad. Y pues que era notorio por toda la redondez de la tierra que el pueblo Romano con estas mismas artes, quiero decir, con fe et verdad, habia llegado á la cumbre de la felicidad humana, en la qual se veia ensalzado por entonces su imperio, era cosa muy averiguada que estas Divinas virtudes no quedarian sin su debido premio. Porque la justicia divina asi como es rigurosa en castigar á los malos, de la misma manera es necesario que sea misericordiosa en favorecer y remunerar á los buenos. Despues que hubo esto dicho el Consul comenzó á comparar entre sí con gravísimas palabras las fuerzas del Imperio Romano, debaxo de cuyo señorio et gobierno estaba puesta la mayor parte de la redondez de la tierra, con las fuerzas de solo el reyno de Macedonia. Comparó tambien el un exército con el otro, y declaró con evidentes razones como muchas veces el pueblo Romano con un exército no mayor del que entonces alli tenia, habia rompido y deshecho las fuerzas muy mayores del Rey Filipo et del Rey Antiocho. Por tanto que tuviesen todos buen ánimo y cierta esperanza que en la guerra presente con no menor exército Romano desharian tambien las fuerzas menores del Rey Perseo, que habian sido las de su padre Filipo, principalmente haciéndole gran ventaja no solamente en las fuerzas del exército, sino lo que es de mayor importancia en la justicia de su causa. Con estas palabras et otras semejantes que el Consul dixo con singular gravedad ya no veian la hora de verse en el hecho, para declarar contra los enemigos injustos la fuerza de su virtud et ardimiento. Y asi comenzaron luego á consultar de la manera que se habian de administrar los negocios de aquella guerra.

Al mismo lugar tambien era venido el Pretor Cayo Marcio desde Calcide con sus naos de armada.

CAPITULO III.

De como se partió el Consul con su exército contra los enemigos, et de la fatiga que sufrió por los asperos caminos.

A la hora le pareció al Consul no ser bien mirado detenerse mas luengo tiempo en Thesalia sin hacer ninguna cosa, sino mover su exército et penetrar hasta dentro de los términos de Macedonia. Dió tambien orden al Pretor que procurase hacer lo mismo, et que no cesase de pasar adelante con su flota de armada hasta llegar et ocupar el mar, y los puertos de los enemigos. Despues de despedido el Pretor, mandó el Consul que tomasen consigo los soldados mantenimientos para un mes, et partióse de aquel lugar diez dias despues que habia recibido el exército, moviendo toda la gente y el real derechos para Macedonia. Quando hubo andado camino de un dia, llamó otra vez á los Capitanes de su exército, et mandóles que dixesen en el concilio su parecer, porqué via les parecia ser mas provechoso que siguiese cada uno de ellos su camino. A los unos les parecia bueno que siguiesen el camino de Pythio. Otros juzgaban ser mejor pasar por los montes Cambunios, por el qual camino el año antes habia pasado su exército el Consul Hostilio. Otros decian que pasasen por el lago que llaman Ascurides. A esta sazon que disputaban sobre la via, restaba un poco de camino comun, antes que fuese necesario que se apartasen los unos de los otros. Y porque donde habia tanta variedad de pareceres no se podia dar buenamente conclusion que fuese á todos agradable, parecióle al Consul que se dilatase por entonces aquella consulta, et que caminasen juntos hasta que llegasen cerca de aquel lugar donde era necesario se

hiciese el repartimiento. Porque tenia deliberado el Consul asentar alli el real, et hacer en este caso lo que juzgase ser mas provechoso. Partióse pues el Consul de alli para la ciudad de Perhebia, et despues de alli partido asentó su real entre Azoro et Dolicho donde quiso detenerse algunos dias para deliberar de nuevo sobre el camino que habia de seguir el exército. En este mismo tiempo como el Rey Perseo supo por nuevas ciertas que los enemigos se acercaban, estaba en duda de lo que debia hacer, et no sabia si les saldria al camino, ó si los esperaria en su tierra. Pero como no ignoraba que de los acertamientos ó faltas que se hiciesen en estos traces, pendia su destruicion ó su victoria, no se acababa de deliberar facilmente sobre el camino que habia de tomar contra los enemigos. A la fin parecióle el mejor consejo que podia tomar en aquel tiempo, cerrar todos los pasos á los enemigos poniendo gentes de guarnicion bien aderezadas en todos los pasajes de los montes por donde habian de pasar para entrar en los términos de Macedonia. En la cumbre de los montes Cambunios, á los quales los Macedonios llaman en su lengua Volustanios, mandó que se pusiesen diez mil hombres mancebos armados de armas ligeras, el caudillo de los quales era un hombre valeroso, et en la ciencia militar bien experto, llamado Asclepiodoto. Cerca del castillo que está puesto sobre el lago llamado Ascurides, mandó que estuviese en guarnicion Hippias, para guardar el paso de los montes con doce mil hombres de guerra de los Macedonios. El mismo Rey con todo el restante de su exército al principio se detuvo algunos dias cerca de la ciudad de Dio. De alli, como hombre falto de consejo, se partió con su caballería siguiendo las orillas del mar unas veces á Heraclea, et otras veces se partia de alli para Phila; alli tomaba nuevos acuerdos aprobando y reprobando diversos consejos, y siguiendo el mismo curso, se tornaba despues otra vez á Dio, sin tener via cier-

ta ni razon de los caminos que seguia. En este medio el Consul deliberó pasar por aquel camino donde sabia que estaba el exército del Rey cerca de Octolopho; pero para ir mas al seguro determinó enviar delante quatro mil hombres armados asi para tentar el paso, como para que ocupasen con tiempo los lugares oportunos, tanto para seguridad del paso, quanto para ornamento de su gente. Los Capitanes de esta gente fueron Marco Claudio y Quinto Marcio hijo del Consul. Luego tras ellos se seguia todo el resto del exército. Pero fue este camino tan áspero, dificultoso et fragoso, que los que habian enviado delante, aunque eran hombres de armas ligeras, dentro de dos dias enteros no pudieron caminar mas de quince mil pasos, et esto con dificultad muy grande. Hecho este camino asentaron alli su real para reposar un poco del trabajo pasado en un lugar que tomaron al qual llaman Eudieru. El dia siguiente se partieron de aquel lugar prosiguiendo su comenzado camino, y andubieron en aquel dia siete mil pasos, hasta llegar á un collado muy oportuno que tomaron no lejos del real de los enemigos. De alli enviaron un mensajero al Consul haciendole saber, como ya eran llegados hasta donde estaban los enemigos, y que tenian asentado su real en lugar seguro et muy conveniente para todas cosas. Por tanto que se diese priesa quanto pudiese para acelerar el camino.

CAPITULO IV.

De como el Consul llegó á vista de los enemigos, y dió la batalla con ellos entre unos montes estrechos, la qual fue harto peligrosa por la esperanza de los lugares.

Estando, pues, el Consul muy lleno de solicitud et cuidado asi por la aspereza y dificultad del camino por donde

iba como por la poca gente que habia enviado desamparada, y en manifiesto peligro debiendo pasar por en medio de las guarniciones de los enemigos, topóle el mensajero que le enviaban los suyos cerca del lago que llaman Ascurides. En oyendo las buenas nuevas cobró mayor ánimo y confianza que antes, et dióse tanta priesa en el camino que llegó al collado donde tenian asentado su real los Romanos que habia enviado, y asi se juntaron los exércitos por aquel lugar por donde estaba el cerro mas fortalecido de su propia naturaleza. Era este lugar tan oportuno y eminente, que de él se podian ver no solamente el real de los enemigos, que esta puesto mas de mil pasos de alli, sino tambien toda la region comarcana, la ciudad de Dio y de Phila, y la costa del mar, y muy gran trecho de mar y de tierra. Luego que los soldados Romanos se vieron en el cerro y miraron entorno de sí tan cerca la suma de toda la guerra, los exércitos todos del Rey, la tierra de los enemigos, et tan cerca de sí, encendieronse sus ánimos con mayor ardimiento, y no veian ya la hora de venir con los enemigos á las manos. Hallaronse, pues, tan alegres y animosos todos, que los mismos soldados vinieron á rogar al Consul que sin detenimiento los llevase al real de los enemigos; pero el Consul porque venian cansados del camino no quiso ponerlos luego en demasiado trabajo sin darles algun reposo, y asi les dió un dia para que descansasen. Al tercero dia el Consul dexó una parte de su gente en guarda del real, y con el resto del exército se fue derecho contra los enemigos. Hippias pocos dias antes habia sido enviado del Rey para defender el paso del monte, el qual luego que vió sobre el cerro el real de los Romanos, aparejó los ánimos de los suyos para la batalla, et salió al camino al Consul que ya venia á buscar los enemigos. Los Romanos habian salido aparejados et ligeros para la batalla, et los adversarios estaban tambien ligeramente armados. Demanera que de la una parte et de la otra

habia un género de gente muy ligera para dar la batalla. Y como entrambas las partes estaban deseosas de mostrar su virtud, luego se acometieron los exércitos y se tiraron saetas los unos á los otros. Muchas llagas se hicieron de la una parte y de la otra en aquel temerario acometimiento, pero murieron pocos de entrambas partes. Encendieronse con esta primera pelea los ánimos de tal suerte que el dia siguiente se combatieran con mayor exército, y con mayor odio, si lo permitiera el terreno desplegar sus haces en campo abierto; pero las estrechuras de los montes eran tales que á gran pena podian estar tres hombres armados juntos. Demanera que peleaban pocos de entrambas partes, solamente los que estaban delante, et la otra multitud que estaba de tras, como no podia pasar miraba solamente el combate de los delanteros. Los que estaban armados con armas pesadas, quedaban atras: los otros de armas ligeras, aunque no tenian lugar para ir por camino derecho al combate, era tanto el deseo que tenia cada una de las partes de ayudar á los suyos que se iban por las laderas de los montes, para llegar por alguna parte á la batalla contra sus adversarios, et asi donde quiera que se topaban los enemigos en lugares ásperos y llanos se combatian animosamente. Y quedando en aquel dia muchos mas heridos que muertos la noche despartió la batalla. Al tercero dia se halló casi falto de consejo el Capitan Romano; porque ni podia estar seguro el Consul con su gente en aquel estrecho collado, ni tampoco se podia retraer sin deshonra muy grande y peligro manifiesto; y si se tornaba atras, pudieran los enemigos venir sobre él por el mismo camino estrecho, et á la baxada de la cuesta le harian mucho daño. Demanera que no le restaba otro remedio sino llevar adelante con obstinada audacia lo que habia acometido con grande ánimo, et corregir el yerro pasado con el buen fin, que suele á las veces ser oficio prudente. La cosa era venida á tal estrecho, que si el

Consul en aquel trance tuviera por enemigo alguno de los antiguos Reyes de Macedonia recibiera muy gran daño, et estaba puesto en condicion él y su exército; pero como el Rey Perseo se andaba cerca de Dio á las orillas del mar caminando de una parte á otra con sus caballeros, et el alboroto y clamores de los que se combatian eran tan grandes que se oian desde doce mil pasos. Estabaselos oyendo, y no cayó en la cuenta de aumentar el número de su gente, para que los que viniesen de refresco ayudasen y aliviasen á los que estaban ya cansados, ni tampoco se acordó de venir él mismo en persona, cuya presencia importara mucho para alcanzar la victoria, tomando si quiera exemplo en el Capitan Romano, que con ser hombre anciano de mas de sesenta años, y de cuerpo muy pesado, hacia él mismo en persona todas las cosas que pertenecian á un diestro y esforzado Capitan, como aquel que por la luenga experiencia era en la disciplina militar muy exercitado; y con animoso corazon perseveró hasta lo último en el osado atrevimiento que habia comenzado.

CAPITULO V.

De lo que sucedió al Consul en el camino quando se apartó de la batalla de los Macedonios.

Ordenó el Consul que Popilio quedase con gente de guarnicion para guarda del collado. El determinó pasar por el medio por lugares asperos donde no ha camino hecho, enviando delante personas que abriesen el camino, y mandando á Atalo, et á Misagenes que entrambos con las gentes que eran venidas en su ayuda tuviesen cargo de guardar á los hombres que iban delante para abrir el camino por en medio del monte. El haciendo pasar delante de él los caballeros y las otras bestias que llevaban el fardaje, recogió con

sus legiones todo su exércio de á pie. Era tan intolerable el trabajo que padecian los que pasaban adelante descendiendo por el camino abierto, que como era cuesta abaxo et áspero se despeñaban por él las bestias, y no hallaban remedio de hincar los pies firmes. De suerte que habiendo andado ya por aquella via quatro mil pasos, ninguna otra cosa deseaban mas que tornarse por aquella via si pudieran hacerlo. Los elefantes hacian en aquel tiempo y lugar tanto alboroto et daño al exército, como si fueran enemigos. Estos elefantes, quando llegaron á los lugares asperos, donde no estaba abierto el camino, no pudiendo sufrir tanta aspereza, comenzaron á dar grandes rebuznos, echaron de sí á los que los gobernaban, y con el alboroto muy grande que hacian pusieron espantable temor principalmente á los caballos, hasta que se halló modo y manera de poder pasarlos. Por los lugares del monte que no eran tan ásperos, tomando la parte de montaña mas alta y apropiada para baxar, ponian dos tablas hincadas en la tierra muy recias et firmes apartadas la una de la otra poco mas que era la grandeza de la bestia. Entre estas dos tablas ponian maderos cortados et puestos al traves para igualar y fixar el camino en forma de puente. Sobre estos maderos echaban tierra porque mas firme y llano hincase el pie la bestia. Los maderos estaban juntos unos con otros entre las dos tablas como si de lo uno et de lo otro fuera hecha una puente firme, que era de treinta pies de luengo. Hecha esta puente, cerca de ella se hacia otra, y despues otra, segun era necesario en todas las partes que la peña era partida. Los elefantes iban sobre estas puentes hasta que llegaban casi al fin de la puente, y antes que llegasen á lo extremo cortaban las tablas y cayese lo que restaba del puente. Demanera que el entrevalo que habia desde la fin del puente cortado hasta el principio de otro hecho, forzaba á los elefantes á deslizarse poco á poco como mejor podian, hasta que tornaban de nuevo á otro puente. Unos

elefantes se deslizaban este pequeño entrevalo sobre sus pies, otros sobre sus nalgas. Quando llegaban al igual camino de la otra puente andaban por ella como de primero, y de esta manera prosiguieron su camino hasta que llegaron á un valle mas llano, donde podian andar sin molestia. Poco mas de siete mil pasos andaban en todo un dia los Romanos. Y la menor parte del camino hicieron por sus pies, muchas veces era necesario que se dexasen resbalar con sus armas y con otras cargas que llevaban, demanera que pasaban de esta suerte adelante con grandísima molestia. Fue tanta la fatiga que sufrieron, y el estrecho en que se vieron en este camino, que el mismo Capitan de los Romanos decia claramente, que si en aquellas angustias los acometieran pocos enemigos pudieran facilmente deshacer y destruir todo el exército Romano. Quando ya se acercaba la noche llegaron ellos á una llanura de mediana grandeza, y como estaban por todas partes cercados de montes altos, no podian ver ni juzgar si estaban en lugar seguro, ó si habia por alli cerca alguna celada de sus enemigos. Pasaron un poco adelante, y casi de improviso habiendo ya perdido la esperanza hallaron un lugar oportuno para reposar un poco. El dia siguiente fue necesario que en aquel valle tan hondo esperasen á Popilio con su exército que habian dexado de tras, los quales aunque no los acometió ningun enemigo, fueron mas fatigados con la aspereza del camino que si los enemigos los acometieran. Al tercero dia juntados los exércitos caminaron todos juntos por el monte que es llamado de los moradores de aquella tierra Calipeuco. Al tercero dia despues fueron otra vez forzados á pasar por caminos tan asperos et tan cercados como habian sido los otros por donde habian pasado; pero como estaban ya acostumbrados iban con mayor destreza et con mejor esperanza, visto que allende de la dificultad del camino no parecia otro enemigo por ninguna parte, et sabian bien que se acercaban al mar donde era necesario ha-

llar alguna llanura. A la fin salidos de aquellas estrechuras ásperas de las montañas llegaron á unos campos abiertos y llanos, donde asentaron su real de la gente de á pie entre Heracleo y Libethro. La mayor parte de los hombres de á pie tenia ocupado un cerro, asi por estar mas seguros, como por contemplar desde lugar alto lo que habia por todas partes. La otra parte estaba en el valle con la caballeria que ocupaba los campos donde se extendiesen y recreasen del trabajo pasado.

CAPITULO VI.

Del temor y alteracion grande que vino sobre el Rey Perseo, y de la dificultad en que se vieron los Romanos por causa de los ásperos caminos.

Dícese que estándose levantando el Rey Perseo le traxeron las nuevas como los enemigos estaban cerca. Con estas nuevas quedó tan atónito y fuera de sentido Perseo que á la hora saltó fuera de la silla desatinado y lleno de pavor, y dando grandes voces decia ser ya vencido sin batalla, et andaba de una parte á otra sin juicio, et sin saber por donde se iba. De una hora á otra mudaba sus consejos todos temerosos y llenos de espanto. Unas veces mandaba temiendo una cosa, y luego tras ella otra contraria. De manera que no sabia que remedio tomarse. Mandó llamar á dos de sus amigos, al uno de los quales llamaban Pela, y al otro Asclepidoto, que estaban puestos en guarnicion, y tenian cargo de guardar el lugar donde estaban los dineros. El mismo Rey mandó tambien que se quitasen de la ciudad de Dio todas las estatuas doradas que habia, et que puestas en las naos las llevasen luego á Pydma. Porque si los enemigos viniesen no hiciesen presa en ellas. Es verdad que la obra que hizo el Consul en este caso

con razon merecia ser juzgada por temeraria, pues que era llegado á lugar de donde no podia tornarse á tras contra la voluntad de los enemigos; pero este mismo demasiado atrevimiento, aumentó en él, lo que pocas veces acontece, el vigor de ánimo y el esfuerzo. Dos lugares tenian los Romanos por las estrechuras de los montes por donde podian escaparse, el uno por Tempe á Thesalia, y el otro en Macedonia por la ciudad de Dio. Entrambos pasos estaban ocupados de las guarniciones del Rey. De manera que si hubiera en aquel trance un Capitan animoso que pudiera sostener solamente por el espacio de diez dias el temor de los enemigos que se acercaban, nunca pudieran hallar los Romanos el lugar abierto para pasar de Tempe á Thesalia, ni pudieran hallar modo ni manera para proveerse por aquella via de mantenimientos. Porque este lugar de Grecia, que es llamado Tempe, está situado entre diversas montañas et collados, tan ásperas y estrechas y dificultosas de pasar, que aunque no haya enemigos que estorben el camino en tiempo de guerra, solamente la dificultad del camino fatiga et quebranta mucho á los que le pasan en tiempo de paz. Porque allende de la estrecheza, hay cinco mil pasos de camino tan estrecho que apenas puede pasar una bestia sola cargada por medio de las peñas: de tal manera son partidas por entrambas partes las rocas de alto abaxo que los que estan en la cumbre no pueden mirar abaxo sin que se les desvanezca la cabeza y les falte la vista de los ojos, et la fuerza del ánimo. Allende de esto, espanta tambien las gentes el sonido grande de las aguas del rio Peneo que se despeña de lugares muy altos en valles muy hondos, y hace tanto ruido que aturde los oidos de los que pasan por el camino. Este lugar que de su natural es tan dificultoso et áspero estaba ocupado en quatro lugares diversos con guarnicion del Rey que defendia el paso. La primera guarnicion estaba puesta en la primera entrada cerca

de Gonno. La otra en Condylo, que es un castillo inexpugnable. La tercera cerca de Lapathunta, al qual lugar los de la tierra llaman, Characa. La quarta en la mitad del camino, donde se hace un valle muy angosto, y de tanta fortaleza que solos diez hombres armados podrian guardarle. Junto al lugar de Tempe estaba tambien cerrado el camino de tal manera que ni podian pasar mantenimientos, ni tornar por el mismo camino. Porque era necesario tornar á subir por los mismos montes por donde habian baxado. Lo qual aunque alguna vez lo habian hecho secretamente, era imposible que mas pudiese hacerse por estar ocupadas las cumbres de los montes de guarnicion de los enemigos. Y era tanta la dificultad del lugar que quitaba la esperanza de haber por aquella via ningun socorro. No restaba, pues, otro remedio en aquel negocio que era temerariamente acometido, sino pasar á Macedonia por la ciudad de Dio. Aunque tambien en este camino era necesario pasar por enmedio de los enemigos. Lo qual era obra de grandísima dificultad et casi imposible, si Dios no hubiera quitado el sentido al Rey Perseo. Porque las faldas del monte Olympo se extienden poco mas de mil pasos hasta el mar, la mitad del qual espacio está ocupada de un estanque muy grande de agua que alli se hace de la corriente del rio Baphyro. La otra parte de la llanura está casi toda ocupada con el templo de Júpiter y con la ciudad. Lo demas de tierra que queda que es muy poco, muy facilmente pudiera ser cerrado con un mediano foso y baluarte. Y en aquel lugar habia tanta cantidad de piedras y de otra materia que se pudiera facilmente edificar un muro, y aun algunas torres y castillos. Ninguna de estas cosas consideró el ciego ánimo de Perseo, sino antes con el súbito temor que le sobrevino, sin tomar consejo de persona, se desnudó de todas sus fuerzas, et guarniciones, et dexando el campo abierto á sus enemigos para que sin resisten-

cia de ninguno hiciesen la guerra, él se fue luego casi huyendo á Pydna.

CAPITULO VII.

De lo que hizo el Consul Romano despues que se partió el Rey Perseo, y de como tomó ciertos lugares de Macedonia, de los quales se tornó á Thesalia por la falta que habia de vituallas.

El Consul Romano, como veia que seguramente podia poner grandes fuerzas y esperanza en la negligencia y pereza del Rey Perseo envió un Embaxador á Spurio Lucrecio que estaba en Larisa, avisándole que no perdiese aquella oportunidad tan grande, y que luego á la hora procurase ocupar los castillos y fortalezas que habian dexado tras de sí los enemigos cerca de Tempe. Allende de este Embaxador envió tambien á Popilio para considerar si estaban seguros y desembarazados los pasos hasta la ciudad de Dio. Despues que entendió como todos los lugares estaban desembarazados por todas partes, y que no habia quedado por todo áquel camino señal ni rastro de enemigo ninguno el Consul levantó su real et se fue con todo su exército á Dio. En llegando cerca de la ciudad, mandó que luego se asentase su real cerca del mismo templo de Júpiter, porque estando puesto en lugar sagrado ninguno tuviese osadia de violar ninguna parte de su exército. El mismo despues entró dentro de la ciudad, y halló que era un pueblo muy grande, pero adornado por excelencia en los lugares públicos de ricos edificios y muchas estatuas, y allende de esto, considerado el lugar, vió que era un sitio muy fuerte. Considerando, pues, todas estas cosas apenas podia creer que no estuviese en aquel tiempo et lugar encubierto algun engaño muy grande, visto que sin causa

ninguna habia dexado el Rey tantas y tales cosas, y desamparado un lugar tan fuerte. A esta causa se detuvo alli un dia entero, solamente para hacer mirar por todas partes si habia algun engaño encubierto, ó si estaba el camino seguro. Y quando entendió que todo estaba abierto, levantó su real con pensamiento cierto que por aquella comarca hallaria copia muy abundante de trigo y de otras provisiones, et en aquel dia primero llegó al rio que es llamado Mitys. El dia siguiente llegó á la ciudad de Agasa, la qual tomó luego sin dificultad, porque los moradores de ella le salieron al camino, y de su propia voluntad se la ofrecieron; y por ganar enteramente los ánimos de los otros Macedonios con muestras notorias de clemencia, tomó la ciudad que se le dio, et no quiso poner en ella guarnicion de gente de guerra que la guardase, sino solamente demandó rehenes, y confiándose de la fe et palabra de los moradores los dexó enteramente libres, permitiéndoles que viviesen conforme á sus leyes como antes solian. Partido de alli prosiguió su camino et el primero dia asentó su real cerca del rio que es llamado Ascordo. Y considerando que quanto mas adelante caminaba lejos de Thesalia y dentro del reyno de Macedonia, tanto mayor falta hallaba de mantenimiento y vituallas, pareciole mejor acuerdo tornarse á la ciudad de Dio, como lo puso por obra. Este hecho del Consul Romano fue de hombre prudente, porque ninguno de los de su exército dudaba lo que hubieran de padecer todos si se apartaran tanto de Thesalia que despues se le cerrara el camino para tornar, y eran forzados á estarse en lugares desiertos donde estuvieran faltos de mantenimientos et cercados por todas partes de enemigos. Y á esta causa veian que no les era seguro apartarse muy lejos de Thesalia. El Rey Perseo haciendo juntar en un lugar todo su exército y todos sus Capitanes comenzó á acusar y reprehender gravemente á los Caudillos y Gobernadores de sus capitanias, prin-

cipalmente á los que habian tenido cargo del gobierno de las guarniciones, y sobre todos los otros á Asclepidoto y á Hippias, que eran sus mayores amigos. Afirmaba como hombre fuera de sentido que estos eran traidores contra su corona, y que corrompidos por dineros et promesas de los Romanos les habian abierto todos los pasos del reyno de Macedonia; los quales si estuvieran cerrados como él lo habia mandado por ninguna via pudieran pasar los enemigos á su reyno, y que estos solos eran los culpados de este crimen de quien se habia de demandar muy estrecha cuenta de su daño. Estando, pues, el consul en la falta de provisiones que diximos, desde un lugar alto fue vista la flota de naos que venia por el mar, con las quales nuevas fue muy alegre, porque tenia cierta confianza que eran las naos que venian con los mantenimientos que esperaban, de los quales tenian en aquella sazon necesidad muy grande, asi por causa de la carestia que habia por todo el exército, como tambien porque habia falta. Pero llegando al puerto y preguntando por las naos que eran entradas entendió como las naos grandes habian quedado en Magnesia. Estaba en duda el Consul á la hora de lo que habia de hacer quando le vineron letras en muy buena oportunidad de Spurio Lucrecio, por las quales le avisaba como tenia ya en su mano todos los castillos que habia sobre el lugar de Tempe, y cerca de Phila, y que habia hallado en ellos grande abundancia de trigo y de todos mantenimientos necesarios. Alegrose mucho con estas nuevas el Consul, et luego se partió de Dio siguiendo el camino derecho para llegar á Phila, asi por restablecer la guarnicion de las fuerzas que habian tomado, como por cobrar mantenimientos para su exército, repartiéndole en los lugares tomados hasta haber cobrado las cosas necesarias, porque estando tan apartados de aquel lugar padecian falta de muchas cosas.

CAPITULO VIII.

De la fama que se levantó despues de la partida del Consul, y de lo que hizo el Rey Perseo de Macedonia recobrando los lugares que habian dexado los Romanos.

Despues de esta partida del Consul le siguió una fama no muy próspera. Porque no faltaron algunos que echaron fama como el Capitan Romano se huia de miedo, porque no osaba esperar los Macedonios que contra él venian expresmente para darle la batalla. Otros decian que no era experto en los negocios de la guerra, ni sabia conocer la oportunidad de los tiempos para seguir en ellos la próspera fortuna, quando comienza á serle favorable, sino antes como hombre ignorante no habia sabido conocer la fortuna, y habia dexado de sus manos lo que tenia enteramente seguro, y perdido una vez por su negligencia no pudiera despues otra vez con su industria cobrarlo. En este hecho le acusaban todos de dos descuidos muy grandes, el uno era por haber dexado de sus manos y perdido de su propia voluntad la posesion de Dio que tenia muy pacífica y segura. El otro era por haber con este hecho despertado al enemigo, que antes estaba como dormido y ciego, y entonces con su retraimiento le hizo abrir los ojos para que viese el daño y peligro en que estaba, y lo mucho que de su estimacion y de sus tierras habia perdido, y á esta causa cobrase ánimo para cobrar et conservar lo que antes no habia curado ni considerado, y por su culpa lo habia dexado venir en las manos y posesion de los enemigos. Y asi luego que el Rey oyó la partida del Consul, como si despertara de un sueño, tornó en si, et comenzó á conocer el daño pasado, y á querer usar

de la oportunidad presente. Partióse con su gente para la ciudad de Dio, y comenzó á reedificar et fortalecer todo lo que los Romanos habian deshecho. Tornó á poner las almenas de las murallas derribadas, y á rehacer y fortificar los mismos muros. Esto hecho se fue cinco mil pasos de la ciudad, y asentó su real cerca de la ribera del rio Enipeo, por tener al mismo rio de la una parte que era muy dificultoso de pasar, por defensa y baluarte de su real y de su gente. Este rio corre desde el valle del monte Olympio, et en el tiempo del verano es muy pequeño, et lleva muy poca agua; pero en los dias del invierno crece tanto con las muchas lluvias, que hace muy grandes y peligrosas balsas, que en forma de remolino siempre se mueven, et con mucho ruido y espuma pasan sobre los montes, y despues se despeña con alboroto y sonido grandisimo de las altas montañas, y mueve la tierra con mucha vehemencia donde se hacen muchos lagos peligrosos, los quales salen de madre hasta que á la fin se descarga en el mar con espantable ímpetu su corriente desapoderada. Confiando, pues, en este rio el Rey Perseo, et teniéndose por cierto que con la fuerza de su corriente tenian cortado y defendido el camino á los enemigos, tenia determinado pasar seguramente de este modo lo que le quedaba del verano dilatando el tiempo sin venir á las manos con los enemigos.

CAPITULO IX.

De como Popilio tomó la ciudad de Heraclea, y del ingenio que usaron los mancebos Romanos para tomarla.

En este medio el Consul envió á Popilio de la ciudad de Phila con dos mil hombres armados á la ciudad de Heraclea. De Phila donde el Consul estaba hasta Heraclea hay

casi cinco mil pasos de camino en medio de la distancia que hay entre Dio y Tempe, y esta ciudad es situada en la cumbre de una montaña que sojuzga desde lo alto el rio que pasa por sus faldas. Popilio antes que cercase con su gente armada los muros de la ciudad envió sus Embaxadores á los Magistrados et Principes del pueblo á rogarles que tuviesen por mejor probar por la obra la fe, et clemencia del pueblo Romano, que sus fuerzas et violencia. Ninguna cosa aprovechó esta embaxada ni se movieron los del pueblo á querer tomar este consejo, porque vieron ciertos fuegos que se parecian desde el rio Enipeo hechos en el real del Rey, por lo qual juzgaban que no estaba lejos el exército de los Macedonios, y que no les faltaria ayuda bastante, si fuesen cercados de los Romanos. A esta hora por mar et por tierra comenzaron los Romanos á cercarlos. Porque la armada era ya llegada á la ribera, sacaban de las naos muchos ingeniosos intrumentos para combatir et romper los muros, los quales pusieron delante de la ciudad, et comenzaron á combatirla. Estando en esto, ciertos mancebos Romanos comenzaron á poner por obra los mismos exercicios de guerra que por via de pasatiempo solian usar en Roma en el lugar que es llamado Circo, y en aquella sazon los juegos Romanos se convirtieron al uso de la guerra en que estaban, los quales les valieron tanto que con ellos tomaron una parte del muro de la ciudad la mas baxa. Tenian tal costumbre en aquel tiempo, los que en estos juegos se exercitaban en Roma, que hacian entrar dentro del circo todo género de bestias nobles con las quales probaban sus fuerzas los mancebos, y tambien entre sí mismos unos con otros por tener mas firmes y exercitadas sus fuerzas quando viniesen al efecto de la verdadera guerra. De estos exercicios y de otras muchas y muy varias suertes de representaciones se hinchia el circo, y en estos pasatiempos honestos, alegres y provechosos gastaban el dia entero. No como en los tiempos de agora, que

dexados aquellos exercicios que eran de verdadero provecho, solamente vienen al circo por via de magnificencia y pompa en carros triunfales de quatro ruedas, en los quales andaban en torno al circo por espacio de media hora, mas por muestra de sus personas et gastos suntuosos y sin provecho, que por ocuparse en exercicios militares, como al presente se hace. Juntaronse, pues, á esta sazon que digo sesenta mancebos Romanos, todos animosos y de buena disposicion de una parte, y otros tantos de otra, y algunas veces mayor número. Habia ciertos Reyes de Armas, como jueces que metian en el campo á los combatientes. Quando entraban estos mancebos en el lugar señalado para sus exercicios, una parta de ellos parecia una imagen y forma de exército bien ordenado que corre con gran ímpetu contra sus enemigos, y la otra parte parecia mas exercicio acomodado para gentileza y pasatiempo que para hechos militares, y era como el uso de los esgrimidores, que se exercitan en jugar galanamente todas suertes de armas. Despues de esta entrada hacian un esquadron quadrado poniendo sus escudos sobre sus cabezas, y ordenándose ellos de tal suerte, que los primeros estaban en lugar mas alto puestos, los segundos mas baxos inclinados sus cuerpos, los terceros mas, y los quartos mas hasta estar hincadas las rodillas en el suelo por guardar la proporcion conveniente de su postura la qual hacian en la forma de los techos de las casas levantadas en alto por en medio, y de las dos bandas mas inclinada et baxa, y conforme á esta postura de los cuerpos habian hecho el edificio del baluarte. Estando, pues, de esta manera como en arco puestos apartados casi cincuenta pies los unos de los otros, corrian el uno de la una parte y el otro de la otra, y asi penetraban por en medio de los escudos y de los hombres desde el mas baxo lugar hasta el mas alto de la boveda del edificio. Estos peleaban unas veces como queriendose defender rodeando el borde del baluarte, y otras veces corrian enmedio, et saltaban

con tanta ligereza y ardimiento á una parte et á otra, como si en suelo llano se combatieran. Habian tenido respeto á hacer este edificio de la misma forma et grandeza que era el muro de la ciudad, y llegando el baluarte mas cerca de las murallas subieron en él muchos hombres armados só color de sus juegos de pasatiempo se pusieron en lugar tan alto que se igualaban con los que estaban en el muro de la parte de dentro para defender la ciudad. Alli comenzaron á combatirse con ellos, et echandoles fuera de su lugar entraron ellos dentro de la ciudad hasta dos enseñas de valerosos soldados. La diferencia que habia de los soldados que entraron dentro del pueblo á los que quedaron de fuera solamente era que los que iban delanteros et á los lados no llevaban los escudos sobre sus cabezas, como los que iban en medio por no descubrir los cuerpos; pero llevabanlos delante de sí como los que se hallan en alguna batalla para defenderse. De esta manera no pudieron hacerles daño las saetas que les tiraban de los muros las quales recibian en sus escudos, que como eran fuertes en ellos se quebraban, ó perdia el golpe su fuerza sin penetrar mas adelante. Despues poniendo dentro de la muralla la boveda que habian hecho, resvalabanse por ella hasta dentro de la ciudad sin dificultad ninguna como una lluvia que cae suavemente por los texados, sin recibir ningun daño hasta llegar al suelo. Con esta industria tomaron los Romanos la ciudad de Heraclea.

CAPITULO X.

De lo que hizo el Consul Romano despues que fue tomada la ciudad de Heraclea, y del arrepentimiento del Rey Perseo de su espanto pasado, y de lo que sobre ello hizo.

El Consul despues de tomada la ciudad, y puesto en ella guarnicion y guarda segura, levantó su real con determinacion de partirse de alli derecho para la ciudad de Dio. Porque tenia propuesto en su ánimo hacer salir de aquel lugar al Rey Perseo que le habia tornado á fortalecer, et despues pasar adelante hasta Pieria; pero porque se acercaba ya el invierno, et era necesario buscar lugares convenientes donde se aposentase la gente para invernar, comenzó desde entonces á tener cuidado de poner por obra lo que juzgaba ser para esto necesario. Mandó lo primero que se abriesen y fortaleciesen los caminos para traer mantenimientos de Thesalia, et que se eligiesen lugares muy oportunos para graneros donde se guardase el trigo, et proveyó mas que de cierta en cierta distancia por los caminos se edificasen tablados et cobertizos donde pudiesen aposentarse los que traian los mantenimientos seguros, et en alguna manera guardados de los grandes frios que hacian por aquella tierra. A esta sazon el Rey Perseo perdiendo aquel temor grande que los dias pasados le habia hecho estar atonito et casi fuera de sentido, et cobrando un nuevo ánimo, pesóle mucho de lo que habia hecho, et quisiera que sus subditos por ninguna via hubieran puesto por obra lo que él les habia mandado quando estando despavorido mandó en la ciudad de Pela que se echasen á la mar las riquezas que alli habia, et en Thesalonica mandó que se quemasen las naos de armada, porque lo uno ni lo otro no viniese en poder de los Romanos. Andronico fue

enviado á Thesalonica con expreso mandamiento del Rey que hiciese quemar las naos de armada porque no las tomasen los Romanos. Este Andronico era hombre prudente, y considerando que este mandamiento procedia de un ánimo atonito y atemorizado que despues tornando en sí le pesaria de haberlo hecho, dilató con disimulacion el tiempo, esperando que el Rey se arrepintiese de lo que habia mandado, y despues se holgase mucho en que no fuese puesto por obra su mandamiento, como aconteció á punto de la manera que lo habia pensado. Nicias á quien fue dado el cargo que en la ciudad de Pela echase las riquezas á la mar, fue mas incauto, et queriendo usar de mayor simplicidad, obedeciendo el mandamiento del Rey echó una parte de las riquezas, como le fue mandado. Despues que el Rey tornó en sí no permitió que se echase lo que restaba, et le pesó mucho de lo que se habia echado. Aunque este yerro tenia mediano remedio. Porque el mismo Nicias como entendió la voluntad del Rey hizolo tornar de nuevo á pescar, dando el cargo á ciertos buzanos, que se metieron debaxo del agua, los quales lo pescaron casi todo. Esto hecho hubo el Rey tan grande vergüenza en su ánimo del pavor pasado, pensando como habia estado tan atemorizado sin haber habido causa ninguna suficiente para ello, que todas las veces que veia á los que habia mandado poner por obra aquellos hechos desatinados se le renovaba la vergüenza, y le escocia la cara en verlos. A esta causa por enmendar este yerro pasado, cometió otro mas feo y mas enorme. Mandó lo primero que fuesen muertos secretamente los buzanos que habian pescado el oro, porque eran sabedores de su locura. Despues mandó tambien matar de la misma manera á sus fieles et prudentes ministros Andronico et Nicias, porque no hubiese persona que fuese sabedora de tan desatinados mandamientos, como si por esta injusta crueldad pudieran encubrirse sus desatinos.

CAPITULO XI.

De lo que hizo el Pretor Cayo Marcio despues que se partió de Heraclea, y de los diversos y varios viages que prosiguió en esta jornada en compañia del Rey Eumenes, y del trabajo que tuvieron para tomar la ciudad de Casandra.

En este medio Cayo Marcio se partió de Heraclea con sus naos de armada para Thesalonica. En este viage, como iba siempre costeando la tierra, hacia muchas veces salir de las naos gentes determinadas que en diversos lugares muy oportunos talaron los campos, y destruyeron todo lo que toparon por aquel camino. Muchos salieron de la ciudad para reprimir el estrago qne hacian por la tierra los Romanos; pero ellos resistieron animosamente, et en diversas escaramuzas vencieron y maltrataron á los que habian salido contra ellos de tal suerte que los que restaban libres de la escaramuza tuvieron por bueno de recogerse á la ciudad, y de guardarse mas seguros dentro de los muros. Y era la fama de su nombre terrible y espantable á los que estaban en el pueblo, por cuya ocasion determinaron todos de poner diligencia muy grande por defenderse de tal enemigo. Pusieron sobre los muros de la ciudad diversos instrumentos para tirar piedras y saetas contra los que se allegasen á las murallas, y con estos instrumentos herian gravemente no solamente á los que andaban por la tierra esparcidos y querian acometer los muros, sino tambien á los que estaban dentro de las naos. Visto esto Cayo Marcio mandó que se recogiesen luego á las naos los que andaban desmandados por la tierra, y no queriendo combatir la ciudad de Thesalonica, se partieron de alli para Enia. Esta era una ciudad muy buena, que estaba situada quince mil pasos de la ciudad de The-

salonica frente á Pytina, en una tierra muy fertil y abundante de todas cosas necesarias. Destruyeron, pues, los confines de esta ciudad et toda su tierra, et siguiendo siempre la costa de la tierra á la fin llegaron á Antigonea. Alli salieron en tierra, et lo primero que hicieron fue talar los campos, et llevar la presa de todo lo que hallaron á las naos. Esto pudieron hacer seguramente, porque en esta primera salida no hubo persona que se lo estorbase. Pero saliendo la segunda vez pensando no hallar resistencia, vinieron contra ellos los Macedonios mezclados los hombres de á pie con los de á caballo, y como los vieron andar esparcidos et sin orden por los campos, y sin rezelo de ningunos enemigos, pensaron que facilmente pudieran matarlos á todos. A esta sazon los Romanos como se vieron sobresaltados, no hallaron remedio mas conveniente en aquella necesidad que acogerse todos á las naos, cada uno por la mejor via que hallaba. Los Macedonios los siguieron hasta el mar donde todos ellos iban derechamente, y en este seguimiento mataron casi hasta quinientos de ellos, y tomaron presos casi otros tantos. Quando fueron llegados los Ramanos hasta las orillas del mar, al tiempo que querian entrar dentro de las naos, los Macedonios lo estorvaban pensando que los llevaban ya de vencida, y que en aquella oportunidad podrian matarlos á todos. En esta hora los Romanos que por ninguna otra via hallaban remedio para escaparse, la extrema necesidad los forzó á cobrar tal ánimo qual en semejantes casos solia tener aquella gente. Por una parte la desesperacion que veian de no poder escaparse, y por otra la indignacion grande que cobraron contra los Macedonios los encendió de tal manera, que perdiendo ya no tanto la facultad como la voluntad de querer entrar en las naos, cobraron muy mayor deseo de vengarse de aquella injuria, y asi resistieron á los Macedonios, et á las orillas del mar renovaron contra ellos la batalla. Salieron tambien los que estaban dentro de las naos para favo-

recer y ayudar á sus compañeros. En esta batalla fueron vencedores los Romanos, y mataron casi doscientos de los Macedonios y tomaron presos otros tantos. Los demas que quedaron se acogieron á la ciudad. De Antigonea se partió la armada de los Romanos á la tierra de los Palenses, y alli salieron fuera de las naos para robar la tierra y talar los campos. La jurisdisdiccion de esta tierra pertenecia á los Casandrenses, y era la region mas fertil y abundante de muchas et muy buenas cosas necesarias et provechosas para la sustentacion de la vida humana, que todas las otras tierras por donde habian pasado. En este lugar les vino al camino á los Romanos el Rey Eumenes con veinte naos cubiertas, el qual venia de Elea. Con estas naos de Eumenes venian tambien otras cinco naos cubiertas que enviaba Prusia Rey de Bithinia. Con esta ayuda tan grande que en aquel lugar se le habia aumentado sin esperarla crecióle tambien el ánimo al Pretor, y vinole en voluntad de cercar y combatir la ciudad de Casandrea. Esta ciudad Casandrea fue fundada et edificada por el Rey Casandro en las faldas de los montes que juntan la tierra de los Palenenses con la otra provincia del reyno de Macedonia, y está por una parte cercada del mar Toronaico, et por la otra del mar Macedonico. Porque se levanta en alto una lengua de tierra, sobre la qual está situada. Tambien el monte Atho se extiende tanto en anchura, quanto es levantada su altura, no muy lejos del qual monte esta la ciudad vuelta á la parte de la region de Magnesia, entre dos promontorios, ó puntas desiguales, la mayor de las quales tiene por nombre Posideo, et la menor se llama Canastreo. Repartieron, pues, los exércitos, y comenzaron á combatir la ciudad por dos partes. Los Romanos estaban de la parte que es llamada Clitas, y pusieron ciertas municiones et guarniciones al luengo del mar para cerrar el camino de tal suerte que ninguna ayuda pudiese pasar á los cercados desde el mar Macedonico hasta el mar Toronaico

De la otra parte estaba el mar que es llamado Euripo. En este lugar se puso el Rey Eumenes con sus naos y gente, y asi de entrambas partes se combatia la tierra. Los Romanos tenian trabajo muy grande en hinchir una fosa, que pocos dias antes habia hecho cavar el Rey Perseo. Estando en esta obra, como el Pretor vió que la fosa era muy honda, y por ninguna parte se veian los montones de la tierra que se habia cavado poco antes, preguntó con diligencia, ¿qué se habia hecho de aquella tierra? A la hora le mostraron unas murallas hechas nuevamente, las quales no eran tan gruesas como el muro antiguo, sino adificadas de una orden de ladrillos simplemente, y le dixeron que de aquella tierra habian hecho ladrillos y con ellos habian edificado aquella muralla. Considerado, pues, el lugar y la obra pareciole buen consejo al Pretor abrir aquel muro, y descubrir por él muy cierto et facil camino para entrar dentro de la ciudad. Y teníase por cosa muy cierta que por esta via podria engañar á los de dentro. Porque rompiendo aquel muro, que no era obra dificultosa, et poniendo al mismo tiempo las escalas en otros lugares sobre los muros, dando muestras de querer combatir et entrar la ciudad por otras partes, todos los que estaban en guarnicion acudirian adonde oyesen el alboroto y desampararian los otros lugares, et á la hora ellos podrian entrar dentro de la ciudad. En Casandrea allende de los mancebos del pueblo, que eran muchos y esforzados, habia ochocientos Agrianes et dos mil Penestas de los Ilirios que de alli habia enviado Pleurato. Los unos et los otros eran hombres belicosos. Estando, pues, la ciudad guardada con esta gente que decimos, los Romanos trabajaron con grande fuerza de ganar los muros et en este mismo tiempo casi en un momento abrieron la muralla de tierra que descubria la ciudad: y es verdad que si solamente los que la rompieron se hallaran armados y entraran luego dentro de la ciudad, sin ninguna duda fuera tomada sin detenimiento

antes que supieran los del pueblo por donde habian etrado. Pero luego que se publicó entre los soldados como esta obra se habia hecho, ellos comenzaron adeshora á levantar muy grandes voces del gozo que habian recibido en haberse descubierto tal camino. Ya se aparejaban unos por una parte et otros por otra para entrar dentro de la ciudad. Los que estaban dentro de la ciudad maravilláronse al principio en oir los gritos de los Romanos que estaban de fuera, et no sabian lo que denotaban aquellos clamores tan de improviso levantados.

Peo luego que los Caudillos de la guarnicion del pueblo Pytho, et Filipo entendieron que el muro de la ciudad estaba abierto et que podian entrar por él los enemigos, acudieron con gran ímpetu á la parte rompida, et como vieron que no era bueno esperar alli á los Romanos, tomaron estos Capitanes alguna suma de la gente mas escogida que habia en la villa de los Agrianos et de los Ilirios, y salieron fuera de la ciudad contra los Romanos, los quales poco antes habian andado esparcidos et desmandados, et entonces por causa de la nueva alegria estaban seguros. Al tiempo que salieron los de la ciudad eran llamados los Romanos á que se recogiesen et todos juntos entrasen por el portillo hecho dentro del pueblo; pero antes que lo pudiesen poner por obra los que salieron de la ciudad los tomaron á sobresalto desordenados, y sin pensamiento ninguno de aquel acometimiento. Y asi pudieron facilmente los Ilirios deshacerlos y ponerlos en huida, y fueron en seguimiento de ellos hasta que los llevaron al foso que ellos querian cegar al principio, y por causa del muro que hallaron hecho de la tierra dexaron la obra comenzada, lo qual entonces les vino mal á apropósito. Porque como los Ilirios vinieron en seguimiento de los Romanos que iban huyendo de ellos hasta que llegaron al foso, y alli hicieron caer dentro gran número de ellos, de los quales mataron

casi seiscientos, y casi todos los que se hallaron entre el muro y el foso fueron heridos.

CAPITULO XII.

De lo que hicieron el Pretor y el Rey Eumenes despues que perdieron la esperanza de tomar la ciudad de Casandrea, y de lo que hizo Marco Popilio en el cerco de Melibea.

De esta manera, pues, que decimos, trastornado y maltratado con su propio ingenio el Pretor no solamente perdió la esperanza de tomar la ciudad, pero aun se halló muy quebrantado y falto de consejo para lo que mas debia hacer en aquella jornada. Por otra parte tampoco sucedian los negicios de aquella guerra al Rey Eumenes con tanta prosperidad como él quisiera, aunque por tierra y por mar habia acometido á los enemigos. Consultando, pues, el Pretor y el Rey sobre lo que debian hacer en aquella obra comenzada, acordaron lo primero cerrar con firmes guarniciones los pasos, porque no pudiese pasar ningun favor ni ayuda de Macedonia á los de la ciudad, y que pues no la habia podido tomar por el ingenio ni por la fuerza abierta que en ello habian puesto, procurasen de entrarla por fuerza de armas combatiendo los muros con toda suerte de instrumentos. De comun opinion aprobaron este consejo, y comenzaron á ponerlo por obra, et estando en esto ocupados se ofreció un caso que les deshizo sus pensamientos et quitó la esperanza de poder tomar la ciudad. Diez navichuelos volantes del Rey vinieron de Thesalonica con la mas escogida gente de guerra que habia en el exército de los Galos que eran venidos en su ayuda. Los quales eran enviados del Rey Perseo, pára que buscasen tiempos y lugares oportunos para entrar dentro de la ciudad, lo qual

ellos hicieron. Porque estuvieron esperando desde lejos hasta que baxase la mar, y como la vieron menguada y por esta ocasion las naos de los Romanos que eran grandes se habian quedado en seco, y llegada la noche siguiendo muy en orden siempre al luengo de la tierra, penetraron sin ser vistos hasta dentro de la ciudad. Quando fue divulgada la fama de este nuevo socorro que era venido á los cercados, el Pretor Romano y el Rey Eumenes perdieron la esperanza de tomar la ciudad, y asi levantaron el cerco, y determinaron tomar otro consejo sobre sus negocios. Partiéronse de aquel lugar con su armada, y llegaron á la ciudad que es llamada de Toron, pasando por las puntas. Comenzaron tambien á combatir esta ciudad, et como vieron que se defendia valerosamente, y que habia dentro de ella exército suficiente para sostener el cerco luengo tiempo, no llevaron mas adelante el combate, sino luego se partieron de alli derechos para la ciudad de Demetriade. Quando llegaron cerca de esta ciudad, y vieron los muros de ella por todas partes llenos de hombres armados, pasaron adelante, et llegaron con su armada á la tierra que era llamada de Iolco, con intencion de correr aquella tierra y talar los campos, y despues de haber destruido y robado lo que en ella hallasen, tornar de alli sobre Demetriade para combatirla. En este medio el Consul Romano por otra parte no estaba ocioso, et por no gastar el tiempo sin hacer ninguna cosa en la tierra de los enemigos, envió luego á Marco Popilio con cinco mil hombres á la ciudad de Melibea para cercarla y combatirla. Esta ciudad está situada en las faldas del monte, que es llamado Osa, á la banda que mira la provincia de Thesalia, que por muy oportuno compas viene sobre Demetriade. La primera venida de los enemigos puso gran temor et espanto á todos los moradores de aquella tierra; pero despues que tornaron en sí, y cobraron ánimo, recreados algun tanto del súbito pavor que les habia venido, corrie-

ron á los muros y á las puertas armados por guardar la ciudad, principalmente aquellos lugares que eran mas sospechosos por los quales podrian hallar mas facilmente entrada los enemigos. Y desde la primera vista cortaron la esperanza á los Romanos de poder tomarla del primer asalto, et bien conocian que para tomarla era necesaria fuerza, diligencia, y tiempo. Comenzaron, pues, á aparejar las cosas necesarias para el cerco de aquella ciudad, y pusieron luego mano en hacer las obras y pertrechos, que les parecian mas convenientes para combatir los muros. A esta sazon el Rey Perseo, como entendió que por una parte el exército del Consul tenia situada y combatia la ciudad de Melibea, y por otra parte el Pretor con sus naos de armada estaba en Iolco, con intencion de tornar á poner cerco sobre Demetriade, pareciole ser muy necesario socorrer aquellos lugares, y favorecer con su ayuda y socorro á los cercados. A esta causa envió un cierto hombre noble de sus Capitanes llamado Euphranor con dos mil hombres de guerra muy escogidos para que fuese á librar del cerco á los de Melibea. A este Capitan mandó el Rey, que si pudiese hacer tanto por su virtud que hiciese levantar el cerco de Melibea á los Romanos, como de él esperaba, que luego se fuese por caminos encubiertos y entrase dentro de la ciudad de Demetriade antes que los Romanos partiesen de Iolco con su armada para poner el cerco sobre la ciudad. Este Capitan se partió con tal mandamiento del Rey Perseo, et quando llegó á vista de Melibea, pareció con su gente desde unos lugares muy altos, y quando los Romanos los vieron estando combatiendo los muros cobraron gran pavor pensando que era muy mayor número de gente la que sobre ellos venia, y asi levantaron luego el cerco de la ciudad, y con la gran priesa que tenian dexaron algunos instrumentos ingeniosos delante de los muros con que la combatian, et echaron fuego dentro del pueblo por hacer á su

partida todo el daño que pudiesen, y con esto se partieron del cerco de Melibea. Euphranor como vió que el cerco de la una ciudad era ya levantado, fuese á grandes jornadas con toda la celeridad que pudo á Demetriade, como se lo habia el Rey mandado. Quando llegó á esta ciudad con tal ayuda cobraron tanto ánimo los que en ella estaban y con ellos toda la comarca, que confiaban podrian defenderse, y no solamente guardar los muros de la ciudad que no fuese entrada, sino tambien guardar los campos de toda la tierra que no fuesen destruidos. Allende de esto, cobraron ánimo para salir fuera de la ciudad contra los hombres Romanos que andaban esparcidos y desordenados talando los campos. Con estos hicieron algunas escaramuzas no sin daño de muchos Ramanos que fueron llegados. No obstante esto quando la armada Romana llegó á la tierra, anduvieron rodeando la ciudad el Pretor et el Rey Eumenes para contemplar el sitio de ella et las fuerzas que habia, y la esperanza que podrian tener de poder por fuerza de armas tomarla, et el lugar que seria mas conveniente para tentarla por ingenio, ó por fuerza. Sobre este caso fue divulgada una fama comun que por el medio de Cydante Cretense y Antimacho, que eran los Gobernadores de la ciudad de Demetriade, en nombre del Rey Perseo se habian tratado ciertas condiciones de paz et de amistad entre el Rey Perseo et el Rey Eumenes; pero esto no consta claramente, solo es notorio que entonces se partieron con la armada de Demetriade sin combatirla ni cercarla.

CAPITULO XIII.

De lo que hizo el Rey Eumenes despues que se partió del Pretor, y de las opiniones que de él escribieron diversos Autores. Y de los Embaxadores que vinieron á Roma con presentes et ofrecimientos, et de la respuesta que les dió el Senado.

Despues que fueron de alli partidos, el Rey Eumenes se fue donde estaba el Consul para congratularle de la buena y próspera venida á Macedonia, et esto hecho se fue á su reyno á la ciudad de Pergamo. El Pretor Marco Figulo, considerando que era ya la fin del Otoño et que en aquel año no podia hacer cosa que fuese de mucha importancia, determinó de retraerse con su flota de armada para pasar el invierno en algun lugar conveniente. Y asi envió una parte de sus naos de armada al puerto de Sciatho para que alli invernase, y con la otra parte él se fue á Oreo, ciudad de Euboea. Porque juzgaba ser aquel lugar muy conveniente y oportuno para enviar provisiones y mantenimientos de todas suertes á los exéreitos que estaban en Macedonia et en Thesalia, todas las veces que tuviesen necesidad de alguna cosa. Del Rey Eumenes hay diversas opiniones, y se cuentan cosas diferentes, y aun contrarias unas de otras. Si queremos dar crédito á la historia de Valerio Antias, afirma que ni vino con naos de armada para ayudar al Pretor, aunque fue muchas veces llamado por sus letras, ni tampoco se partió con la buena gracia y amistad del Consul para Asia. Porque dicen que se indignó gravemente á causa que no le fue permitido ser aposentado en el mismo real de los Romanos, lo qual tomó tanto á pechos, que por esta ocasion no se pudo conseguir de él al tiempo de su partida que dexase los caballeros Galos que consigo habia traido. Pero

tocante á su hermano Atalo, dícese que siempre se quedó con el Consul, et que siempre fue hallada su fe muy limpia y constante, et que hizo cosas señaladas en aquella guerra. Durante el tiempo que se hacia la guerra en Macedonia vinieron á Roma los Embaxadores de un Príncipe de los Galos Transalpinos, el qual tenia por nombre Balanos, pero no se escribe de que nacion y familia era. Estos en nombre de su Príncipe prometieron en el Senado de enviarles la ayuda que demandasen para la guerra en que estaban de Macedonia. El Senado les hizo muchas gracias por su buen ofrecimiento sin querer tomar de ellos otra cosa que su buena voluntad, por la qual decian serle tanto obligados, quanto si hubieran de ella usado por la obra. Enviáronle tambien algunos presentes. Una cadena de oro de peso de dos libras, tazas de oro de peso de quatro libras, un caballo muy bueno enjaezado y emparamentado con sus armas y ricas guarniciones. Despues de estos Embaxadores Galos vinieron á Roma otros Embaxadores de Pamphilo. Estos quando entraron en el Senado presentaron alli una corona de oro hecha de veinte mil Filipeos, y demandaron al Senado que les fuese permitido entrar en el Capitolio, para hacer presente de aquella corona en el templo del alto Júpiter, en cuya presencia deseaban celebrar solemnes sacrificios. Concedioles el Senado facilmente y de buena voluntad lo que demandaban. Tambien les dieron muy honesta y amorosa respuesta á los Embaxadores que de parte de su Príncipe querian hacer nuevas alianzas y amistades con el pueblo Romano, y enviáronles á cada uno de ellos dos mil monedas de metal. Despues vinieron los Embaxadores del Rey Prusias de Bythinia, y poco tiempo despues los de Rodas. Entrambos fueron oidos en el Senado, aunque sobre una misma cosa hablaron muy diferentemente. La una embaxada y la otra eran fundadas sobre que se hiciese la paz con el Rey Perseo. La embaxada de Prusias consistia mas en ruegos amo-

rosos, que en demandas forzosas. Afirmaba que hasta el tiempo presente habia siempre favorecido la parte de los Romanos, y que permaneceria tambien en la misma amistad y constancia todo el tiempo que durase la guerra. Pero decia tambien que el Rey Perseo le habia enviado sus Embaxadores por los quales habia querido tratar con él sobre el corte y medio que se podria tomar para dar fin en aquella guerra con los Romanos; y él les habia prometido que haria quanto pudiese como fiel intercesor y medianero, para que viniese en efecto su deseo. Por tanto que el Rey Prusias les suplicaba que si lo podian acabar con su ánimo, tuviesen por bien de dar fin en la ira que tenian contra el Rey Perseo. Y que de esta manera seria él muy obligado de servir al pueblo Romano en recompensa de esta gracia que le habian hecho. Este fue el tenor de la embaxada que propusieron en el Senado los Embaxadores del Rey Prusias.

CAPITULO XIV.

De la embaxada que propusieron los de Rodas en el Senado, et de la respuesta que se les dió.

La embaxada de los de Rodas fue mas soberbia. Lo primero relataron los Embaxadores muy gloriosamente los muchos y grandes beneficios que habia hecho su república al pueblo Romano. Principalmente decian que la victoria habida contra el Rey Antiocho era por la mayor parte debida á la virtud y esfuerzo de los de Rodas. Dixeron mas que en el tiempo et sazon que habia buena paz y concordia entre los Macedonios y los Romanos, ellos comenzaron á tener alguna amistad con el Rey Perseo de Macedonia. Que esta amistad con su voluntad et sin merecimiento ni culpa ninguna del Rey, solamente porque los Romanos tuvieron por bien de hacerlos á ellos tambien participantes del peligro de

aquella guerra, la habian rompido y menospreciado. Que ya se cumplian tres años durante los quales ellos habian padecido muy grandes incomodidades por causa de esta guerra, como lo sentia muy á lo vivo todo el cuerpo entero de la república en general, y cada uno de sus ciudadanos en particular. Porque estando cerrado el paso del mar, padecia falta de muchas cosas su isla, pues era notorio que á esta causa perdian las rentas del mar, que solian ser ordinarias, y padecian falta de muchos mantenimientos y provisiones que de otras partes solian venirles para bastecimiento de la tierra. Y porque no podian mas sufrir estos daños que ellos habian enviado otros Embaxadores al Rey Perseo de Macedonia, por los quales le hacian saber, que les placia á los Rodianos que él hiciese paz con los Romanos, y que para hacerles entender esto mismo enviaban tambien sus Embaxadores á Roma. Y que despues de avisadas las partes, qualquiera de ellas que rehusase tan honestas condiciones, y no quisiese dar fin á la guerra, contra ella los de Rodas considerarian lo que les cumplia hacer. Esta fue la embaxada de los de Rodas, tocante á la qual me tengo por muy averiguado que ni aun al presente se podian oir ni leer estas palabras sin indignacion muy grande. De aquí se puede colegir los movimientos de ánimo y alteraciones que sentirian los Padres al tiempo que las oian. Claudio escribe, que no se les dió á estos Embaxadores ninguna respuesta. Y que solamente se relató en público un decreto por el qual ordenaba el Senado y pueblo Romano que los Caras y los Lycios fuesen libres, y que luego se enviasen letras á entrambas naciones para que por ellas les fuese declarada su libertad. En oyendo estas nuevas que se contenian en el decreto, dicen que el Príncipe de la embaxada de los de Rodas, cuya grandeza de palabras y voz muy entonada, poco antes hinchia et atronaba todo el palacio, perdió el ánimo y se cayó. Otros escriben que se les dió á los Embaxadores de Rodas

esta respuesta. »Que el pueblo Romano desde el principio »de aquella guerra por aviso de ciertos autores no ligeros ni »vanos habia entendido como los de Rodas con el Rey Per»seo habian tratado ciertos consejos secretos contra su repú»blica, y que si antes esto habia sido incierto y dudoso, las »palabras de su embaxada entonces lo declaraban y confir»maban. Porque suele acontecer casi siempre que la misma »fraude y engaño se descubre á sí misma aunque al princi»pio quiera parecer muy cauta y recatada. Pero que á la »verdad era cosa notable, et de maravillar que los de Rodas »por sus Embaxadores quieran ser jueces y arbitros de los »negocios que se tratan por el mundo, como si tuviesen en »su potestad y albedrio, y en su propia mano la paz et la »guerra que se hace por toda la redondez de la tierra. Ten»ganse por cierto los de Rodas que por el albedrio et vo»luntad de los Dioses inmortales, et no por la suya, toma»rian, ó dexarian las armas los Romanos; mas segun iban »las cosas al presente que ya no habrian los Romanos de »poner por testigos et autores de sus confederaciones y alian»zas á los Dioses inmortales, como antes solian, sino á los »de Rodas como ellos entonces ordenaban. Demanera que »ya es necesario que hagan su obediencia con gran venera»cion á los Señores de Rodas, y que conforme á su volun»tad y albedrio luego manden salir á sus exércitos fuera de »Macedonia; pero que no se fatigasen, que ellos verian »quanto á esto lo que habian de hacer. Lo que los de Ro»das habian de considerar, ellos lo sabian. Pero que se tu»viesen por muy cierto, que vencido el Rey Perseo, lo »qual esperaban seria muy presto, el pueblo Romano veria »de tratar á cada una de las ciudades conforme á su mere»cimiento." Con todo esto mandaron que se hiciese un presente á cada uno de los Embaxadores de dos mil monedas de metal, las quales ellos no quisieron aceptar.

CAPITULO XV.

De las letras que se leyeron en el Senado del Consul, y de como fue proveido que se enviase á Macedonia lo que el Consul demandaba.

Despues de esto fueron leidas las letras en el Senado del Consul Quinto Marcio, por las quales avisaba, como pasado el monte habia entrado en Macedonia. Alli habia proveido que de diversas otras partes se traxesen mantenimientos suficientes para pasar el invierno, y tambien habia tomado de los Epirotas veinte mil modios de trigo, y diez mil de cebada, y que por esta provision se pagase el dinero en Roma á sus Embaxadores. Decia mas, que se enviasen de Roma vestidos para los soldados, y que tambien tenia necesidad de tener hasta doscientos caballos principalmente de los Numidas, porque en aquella tierra no podia hallar ningunos caballos que fuesen para su necesidad convenientes. Por decreto del Senado se ordenó que todo esto se pusiese luego por obra, como el Consul lo demandaba en sus letras. El Pretor Cayo Sulpicio dió orden como luego se enviasen á Macedonia seis mil ropas hechas, treinta mil sayos, et los caballos que habia demandado el Consul, con orden que todo ello hiciesen á su voluntad, y lo llevasen á donde él mandase. Allende de esto se pagó en Roma á los Epirotas la suma que montaba el trigo que habian enviado al Consul. Este mismo Pretor hizo entrar en el Senado á Onesimo hijo de Python, hombre noble de Macedonia. Este habia siempre amonestado al Rey Perseo que guardase la paz, y nunca moviese guerra contra el pueblo Romano. Y le habia traido muchas veces á la memoria, que asi como su padre el Rey Filipo habia guardado una costumbre hasta el postrimero dia de su vida, que siempre hacia leer en su presencia dos

veces al dia sin faltar ningun dia, las capitulaciones y pleytesias de la confederacion hecha con los Romanos, de la misma manera él tambien usurpase esta buena costumbre, et si ya no queria tomar esta pena todos los dias á lo menos que las hiciese leer en su presencia muchas veces, asi por la memoria del buen exemplo de su padre, como por su provecho y de su reyno. Despues que este noble mancebo no le pudo quitar de la voluntad la guerra que tenia en el ánimo de hacer contra los Romanos, perdida la esperanza de todo buen consejo, comenzó lo primero de afloxar la conversacion que antes tenia con el Rey, y apartarse de sus consejos, procurando nunca hallarse presente en los negocios y tratos que no aprobaba. Despues como se enfriaba su conversacion con el Rey y con los grandes del reyno, comenzó á ser sospechoso, et no faltaban algunos que le acusaban de traidor, diciendo que su cuerpo estaba en Macedonia, pero que su ánimo moraba en Roma. A la fin, no pudiendo mas vivir seguramente en Macedonia, pasóse públicamente á la parte de los Romanos, y aprovechó mucho en aquella jornada al Consul. Entrado, pues, en el Senado contó por extenso en presencia de los padres todo lo que pasaba. El Senado le agradeció su buena voluntad y obras que les habia mostrado, y por decreto público fue ordenado que este Onesimo fuese puesto en el número de los aliados del pueblo Romano, y que se le diese lugar muy honesto entre los suyos. Mandó mas que en la tierra de Tarento, que era propia del pueblo Romano, se le asignasen doscientas aranzadas de tierra, y que se le comprasen de los dineros públicos muy buenas casas en Tarento. El cargo de este negocio se dió al Pretor Cayo Decimio para que luego lo pusiese por obra, como el Senado lo mandaba.

CAPITULO XIV.

Del riguroso juicio de los Censores, y de las obras que hicieron, y de como fueron hechas las juntas consulares y elegidos nuevos Magistrados.

Los Censores hicieron la cuenta de su censo á trece dias andados del mes de Diciembre con mayor severidad de lo que antes acostumbraban. A muchos quitaron los caballos, y entre otros á Publio Rutilio que era Tribuno del pueblo, y poco antes habia acusado con grande violencia á los Censores. A este mismo quitaron tambien de su Tribu, y le hicieron obrero, para que trabajase en las obras públicas.

De las rentas públicas que se cogieron en aquel año fuéles atribuida la mitad á los Censores, para que empleasen estos dineros, como se acostumbraba en las obras y edificios que ellos juzgasen ser mas necesarias en la república tanto para el provecho, quanto para ornamento del pueblo. Recibido este dinero el Censor, Tiberio Sempronio de la parte que tocaba á su admnistracion compró las casas de Publio Africano detras de las tabernas viejas á la enseña de Vortumno, y todas las otras casas y tabernas y pequeños edificios que estaban juntos con ellas en aquel lugar para hacer de todo ello un edificio que fuese público. Y asi hizo alli edificar un palacio real muy suntuoso que despues fue llamado Sempronia. Ya se acercaba la fin de aquel año, y por causa de la guerra de Macedonia principalmente los hombres estaban solicitos, y antes de tiempo adivinaban quienes serian elegidos Cónsules para que diesen fin en aquella guerra. A esta causa ordenó por decreto el Senado que Ceneo Servilio viniese lo antes que fuese posible para celebrar las juntas consulares. El Pretor Sulpicio pocos dias despues notificó al Consul el decreto del Senado, y asi el Consul y el

Pretor se dieron priesa por venir antes de tiempo, como lo hicieron, y fueron celebradas las juntas consulares en el mismo dia que se habia señalado. Eligieronse Cónsules por aquel año, Lucio Emilio Paulo la segunda vez, diez y siete años despues que habia sido la primera vez Consul, et Cayo Licinio Craso. El dia siguiente se hicieron tambien Pretores Ceneo Bebio Pamphilo, Lucio Anicio Gallo, Ceneo Octavio, Publio Fonteyo Balbo, Marco Ebucio, Elva y Cayo Papirio Carbo. El cuidado que tenia el Senado y todo el pueblo de que todas las cosas se hiciesen en Roma con la mayor celeridad y prestreza que fuese posible sin perder punto de tiempo, era por causa de la guerra de Macedonia. Y asi se ordenó que despues de elegidos los nuevos Magistrados luego sin detenimiento ninguno sorteasen las provincias, et se pusiese el cargo que habia detener cada uno, y se partiesen sin dilacion cada unó á proveer en lo que era necesario á su oficio, et principalmente cumplia saberse á qual Consul cabia la provincia de Macedonia, y á qual Pretor el cargo de la armada por mar para que se diese orden en lo que cumplia, asi para el aparato de la guerra como para el cumplimiento de otras cosas que necesariamente habian de ser hechas por autoridad y decreto del Senado. Ordenóse mas que luego que comenzasen los Cónsules y Pretores á tomar la posesion y gobierno de sus oficios se celebrasen las fiestas Latinas por no faltar en cosa ninguna de lo que tocaba á la religion y culto divino, et tambien porque no se detuviese el Consul que habia de ir á Macedonia. Despues de hechos estos decretos, nombraronse para los dos Cónsules las provincias de Italia y de Macedonia, para los Pretores allende de las dos jurisdicciones acostumbradas de la ciudad y de fuera, las provincias de la armada por mar, de España, de Sicilia, y de Cerdeña. Entre estas provincias et estas personas se echaron suertes, y cayóle al Consul Emilio la provincia de Macedonia, y al Consul Licinio la administracion de Ita-

lia. Entre los Pretores á Ceneo Bebio vino por suerte la gobernacion de la ciudad, y á Lucio Anicio la de fuera, y que tambien este tuviese cargo de ir á donde mas el Senado le mandase. A Ceneo Octavio cupo el cargo de la armada por mar, á Publio Fonteyo España, á Marco Ebucio Sicilia, y á Cayo Papirio Cerdeña. Hechas estas elecciones que dicho habemos, á la hora juzgaron todos de un mismo ánimo y parecer que Lucio Emilio gobernaria con gran destreza y diligencia la guerra de Macedonia, asi porque la persona era dotada de singular virtud y prudencia, como porque de noche y de dia siempre estaba pensando con mucha atencion sobre lo que era neceserio para la administracion de esta guerra.

CAPITULO XVII.

De las cosas que demandó el Consul Emilio, y de los Embaxadores que se enviaron á Macedonia por su consejo; y de lo que mas se hizo.

Ante todas cosas demandó este Consul en el Senado que se enviasen personas prudentes á Macedonia para que visitasen con diligencia los exércitos de la tierra y toda la armada del mar, para que hiciesen relacion en el Senado de lo que habian hallado, y se proveyese de lo que en todo faltaba, asi para el exército de la tierra, como para la armada por mar. Allende de esto que estos mismos Embaxadores llevasen cargo de informarse de los exércitos del Rey quanto fuese posible, et que supiesen quan copioso número tenia de soldados, et en qué lugares estaban puestos. En qué provincia estaban los exércitos Romanos, y quan lejos de ellos los enemigos. Si el real de los Romanos estaba asentado entre los montes, ó si habian pasado todas las montañas y estrechos et llegado á lugares mas llanos y espaciosos. Quales habian quedado fieles compañeros y aliados: quales eran

dudosos y sospechosos : quáles eran manifiestos enemigos: para quánto tiempo tenian vituallas y mantenimientos, y de qué lugares se habian de traer por mar y por tierra para entrambos exércitos, si faltasen, et que era en suma lo que en aquel verano se habia hecho en toda la provincia de Macedonia. Porque conocidas por entero todas estas cosas muy mas cierta et seguramente podrian tomar consejo en lo que era necesario que se hiciese en el tiempo venidero, que si él se fuese ciegamente á la provincia ignorándolas. El Senado aprobó el juicio y parecer de Emilio, et dió cargo al Consul Ceneo Servilio, que enviase á Macedonia las personas que juzgase Lucio Emilio, y con el cargo que él ordenase. Los Embaxadores se partieron dos dias despues, Ceneo Domicio Ahenobarbo, Aulo Licinio Nerva, y Lucio Bebio. Vinieron entonces nuevas como en la fin de aquel año habia llovido dos veces piedras en diversos lugares, una vez en la tierra de Roma, et otra vez en la tierra de los Veyos. Celebráronse fiestas et ceremonias sagradas por nueve dias. En aquel año se murieron algunos Sacerdotes, Publio Quintilio Varo, Sacerdote del Dios Marte, et Marco Claudio Marcelo, Maestro de las ceremonias sagradas, en lugar del qual fue elegido Ceneo Octavio. Creciendo, pues, la pompa y magnificencia entre los Romanos fue notado en aquel tiempo que en los juegos Circulares, que eran llamados Circenses, Publio Cornelio Scipion Nasica, y Publio Lentulo, que eran Ediles Curules, jugaron con sesenta y tres enseñas militares Africanas, y con quarenta osos, et elefantes. Siendo, pues, elegidos por Cónsules, como dicho habemos, Lucio Emilio Paulo, et Claudio Licinio á quince dias andados del mes de Marzo, en el principio del año siguiente, estaban los Padres con gran deseo de saber lo que juzgaban los Cónsules de la provincia de Macedonia, principalmente Emilio Paulo, á quien habia caido por suerte aquella provincia de Macedonia, et asi le preguntaron los Padres

lo que de aquel negocio juzgaba. Pero él respondió, que no podia decir su parecer enteramente, pues que aun no eran tornados los Embaxadores que habian sido enviados á Macedonia. Pero que habia entendido como estos Embaxadores estaban ya en Brundusio de vuelta, et que sabia por nueva cierta que dos veces los habia el viento contrario echado del camino y hecho tornar á Dyrrachio. Mas que supiese primero lo que era necesario como antes habia dicho, que él diria en el Senado lo que de aquel negocio juzgaba, lo qual pensaba seria dentro de muy pocos dias. Y porque no se dilatase un punto mas de lo necesario su partida, que ya eran publicadas las fiestas Latinas para que fuesen celebradas el dia treinta y uno de Marzo. Despues de celebrados estos sacrificios que él y Ceneo Octavio se partirian luego conforme al decreto del Senado. Y que en este medio se daria cargo á Cayo Licinio su compañero que en su ausencia pusiese diligencia en aparejar et enviar todo lo que fuese necesario que le aparejase, ó enviase. En este intermedio que podria el Senado dar audiencia á los Embaxadores que habian venido á Roma de diversas naciones.

CAPITULO XVIII.

De lo que propusieron en el Senado los Embaxadores del Rey Ptolomeo, y de los Embaxadores que el Senado envió á Egypto, y de como tornaron los Embaxadores que habian enviado á Macedonia, y de la relacion que hicieron en el Senado.

Despues de celebrados los sacrificios con mucha solemnidad, los primeros fueron llamados al Senado los Embaxadores Alexandrinos que habia enviado el Rey Ptolomeo y Cleopatra. Estos venian llenos de duelo, y entraron en el Senado con un semblante muy triste y desfigurado, la pre-

sencia sucia y menospreciable, la barba y los cabellos luengos, y mal puestos con unos ramos de oliva en la mano, y luego en entrando en el palacio se postraron en tierra, y su palabaa fue muy semejante al parecer que traian. Dixeron, pues, en presencia de los Padres con voz dolorosa estas palabras: Que Antiocho Rey de Syria que habia estado puesto por rehen en Roma, so color de poner en el Reyno de Egypto al Rey Ptolomeo el mayor, era venido con gran poder á hacer la guerra contra su hermano el menor, que entonces tenia la posesion de Alexandria. Este mismo Antiocho antes habia venido con grande armada por mar, y habia acometido á los del Rey Ptolomeo, en la qual batalla habia sido victorioso cerca de Pelusio. Despues de esta victoria que habia hecho con gran priesa un puente sobre el Nilo, por el qual habia pasado con su exército, y era venido hasta la ciudad de Alexandria, la qual tenia cercada, y que segun la mucha fuerza que tenia et el próspero suceso de sus hechos casi estaba en términos de ganar y de usurpar para sí todo el reyno de Egypto riquísimo y florecientísimo, et de echar fuera de él al Rey Ptolomeo, que era señor natural y legítimo. Por tanto que rogaban humildemente al Senado en nombre de su Rey, que estaba cercado, que enviasen algun socorro y ayuda al reyno y al Rey que era su confederado. Pues que era cierto que si el Senado et pueblo Romano quisiese poner su autoridad y decreto en aquel caso, hacia muy gran provecho para mitigar et remediar el peligro en que el Rey estaba. Porque los méritos del pueblo Romano para con el Rey Antiocho eran tantos y tales, y su autoridad entre todos los Reyes y naciones de la tierra tan grande, que si enviasen solamente sus Embaxadores al Rey Antiocho, por los quales le hiciesen saber como no le placia al Senado y pueblo Romano, que se hiciese la guerra contra alguno de los Reyes sus aliados, se tenian por muy ciertos, que el Rey

Antiocho obedeceria á su mandamiento, y luego levantaria el cerco que tenia puesto en la ciudad de Alexandria, y llevaria su exército á Syria. Pero que si no querian poner remedio en una nececesidad tan grande, ó pusiesen dilacion en lo que tocaba á este negocio, que se tuviesen por cierto que luego el Rey Ptolomeo y la Reyna Cleopatra serian echados fuera de su reyno, y se vendrian derechos á Roma, de lo qual redundaria grave daño á los mismos Reyes, y no pequeña deshonra al Senado y pueblo Romano por no haber querido darles socorro en su necesidad extrema, siendo como eran sus aliados. Moviéronse los Padres con los ruegos de los Embaxadores Alexandrinos, y á la hora enviaron tres Embaxadores á Cayo Popilio Lenas, á Cayo Decimio, y á Cayo Hostilio para que diesen fin en la guerra que habia entre los dos Reyes. A estos Embaxadores mandó el Senado que fuesen lo primero al Rey Antiocho, y despues al Rey Ptolomeo, y que dixesen de su parte á entrambos Reyes que el Senado y pueblo Romano les hacia saber, que si no dexasen la guerra, et pusiesen fin á sus discordias, aquel por quien quedase de hacer la paz no seria mas tenido por amigo ni aliado de los Romanos. Tres dias despues que se partieron los Embaxadores Romanos juntamente con los Alexandrinos, vinieron de Macedonia los Embaxadores que habian enviado luego despues que fueron elegidos los Cónsules en el postrero dia de las fiestas que eran llamadas Quinquatrias, et fueron tanto deseados de todos y tan grata su venida, que si en aquel dia no fuera tarde, luego los Cónsules hicieran congregar al Senado. Pero por ser ya tarde esperaron hasta el dia siguiente, en el qual se juntó el Senado, y fueron oidos los Embaxadores. Entrados en el palacio dixeron en presencia de los Padres, como el exército Romano habia entrado dentro del reyno de Macedonia por unas montañas muy ásperas y y fragosas con mayor peligro que provecho. Quando llega-

ron á la ciudad de Pieria hallaron que estaba por el Rey. Y que los reales estaban asentados tan cerca el uno del otro que solamente los departia el rio Enipeo que estaba puesto en medio, y que ni el Rey permitia que se diese la batalla, ni los Romanos tenian fuerzas para constriñirle á que la diese contra su voluntad. Allende de esto, que habia sobrevenido un invierno muy áspero que estorbaba mucho á las gentes á poner por abra lo que era necesario para sus negocios. A esta causa los soldados estaban ociosos, y no hacian otra cosa que gastar y ser muy fatigados de las grandes frialdades. Tampoco tenian provision de trigo suficiente. Pues quanto á los Macedonios decíase que habia rreinta mil hombres armados. Mas que á lo que ellos podian juzgar, si el exército que Apio Claudio tenia cerca de Lychnido fuese harto poderoso, podrian fatigar al Rey con dificultosa y dudosa guerra. Pero que al presente Apio y el exército que habia debaxo de su gobierno en guarnicion estaba en muy gran peligo, si muy presto no se le enviase algun buen exército, ó sacasen de allí la gente de guerra que habia. Dixeron mas, que del exército del Consul habian ido á visitar la armada de las naos, y que hallaron de los soldados que habia, que una parte era muerta de diversas enfermedades que le habia sobrevenido, y otra parte era ida á sus casas, principalmente de los soldados Sicilianos, y que á las naos faltaban hombres, y los que habian quedado, ni habian recibido su sueldo, ni tenian vestidos con que cubrirse. Pues tocante al Rey Eumenes y á su armada, como si sus naos fueran arrebatadas del viento, se habian venido, y se habian tornado á ir sin causa, y que segun pueden juzgar los Caudillos Romanos que con él comunicaron, no les parece ser su ánimo harto firme et constante. Pero asi como decian que todos los consejos y opiniones del Rey Eumenes eran dudosos, tambien por el contrario afirmaban que el ánimo de Atalo su hermano permanecia firme y cons-

tante, y que su fe y lealtad se mostraba por la obra en todos los casos peligrosos.

CAPITULO XIX.

De lo que ordenó el Senado que se hiciese para la guerra de Macedonia despues de oidos los Embaxadores, y conocido en lo que estaban los negocios de la guerra.

Oida, pues, la relacion que hicieron en el Senado estos Embaxadores, entonces dixo el Consul Lucio Emilio, que le parecia ya tiempo de consultar sobre lo que tocaba á los negocios de aquella guerra. Ordenose por decreto del Senado, que para ocho legiones de gentes de guerra que habia se eligiese igual número de Tribunos, ó Maestros de Caballeros, et que estos fuesen elegidos por autoridad de los Cónsules y del pueblo. Ordenó mas el Senado, que en aquel año no se hiciese ningun Tribuno de personas vulgares, si no solamente de los que hubiesen alcanzado alguna dignidad por su virtud, ó administrado algunos negocios públicos. Porque estos tales serian dotados de mayor experiencia, y administrarian con mayor prudencia y destreza lo que tocase á esta guerra que era cosa de mucha importancia. Despues de elegidos los Tribunos Militares, mandó el Senado, que Lucio Emilio eligiese de todos los que él mas quisiese para que tuviesen cargo de dos legiones de Macedonia, y que despues de celebradas enteramente las ceremonias sagradas que se usaban en las fiestas Latinas el Consul Lucio Emilio y el Pretor Ceneo Octavio, á quien habia caido por suerte la provincia de la armada por mar, que luego se partiesen para Macedonia. Mandó tambien el Senado que se juntase con estos dos el Pretor Lucio Anicio, á quien habia caido por suerte la jurisdiccion de fuera. Y fue ordenado que este sucediese á Apio Claudio en la

provincia de Ilirico cerca del lugar llamado Lychnido. El cargo de hacer la muestra, ó sorteo, de la gente de guerra se dió al Consul Cayo Licinio. Este por orden del Senado escribió siete mil hombres de guerra de ciudadanos Romanos, y docientos caballeros. Hizo tambien coger siete mil hombres de á pie y quatrocientos caballeros de los confederados del nombre Latino. Ordenó mas el Senado, que este mismo Consul escribiese letras á Ceneo Servilio á quien habia caido por suerte la provincia de Galia para que hiciese alli seiscientos hombres de á caballo para ir donde el Senado mandase. Todo este exército despues de puesto en orden mandó el Senado que el Consul Licinio tuviese cargo de enviarle á Macedonia al Consul Emilio su compañero lo mas presto que pudiese hacerse, et que no hubiese mas en la provincia de dos legiones; pero que estas fuesen llenas de manera que en cada una de ellas hubiese seis mil hombres de á pie, y trescientos caballeros, y la demas gente de guerra, asi de á pie como de á caballo que se hallase, que se pusiese en guarnicion donde fuese mas necesario, y si algunos entre ellos se hallasen que no fuesen buenos para la guerra, que estos luego se despidiesen. Allende de esto, mandaron á los aliados del nombre Latino que proveyesen diez mil hombres de á pie et ochocientos de á caballo. Este exército se aumentó al exército de Anicio allende de las dos legiones que le fue ordenado llevase á Macedonia, cada una de las quales habia de tener cinco mil y docientos hombres de á pie, et trescientos caballeros. Sobre todo el exército que dicho es, se hicieron cinco mil hombres de guerra buenos soldados para la armada por mar. Al Consul Licinio ordenó el Senado que tuviese cargo de administrar su provincia con dos legiones enteras, y que allende de ellas hubiese diez mil hombres de á pie y seiscientos caballeros de los confederados del nombre Latino. Demanera que esta fue la orden que dió el Senado para la gobernacion de los ne-

gocios presentes. Acabados, pues, de ordenar los decretos del Senado el Consul Lucio Emilio salio del palacio, y en presencia de toda la congregacion del pueblo dixo estas palabras.

CAPITULO XX.

De la habla que hizo el Consul Lucio Emilio en presencia del pueblo Romano antes que se partiese para Macedonia.

» Paréceme, Romanos, que considerando bien el estado de » las cosas presentes he notado que se han gozado mas to» das las gentes, y que me han hecho mayor honra por ha» berme caido por suerte la provincia de Macedonia, que » se holgaron ni me honraron quando fui elegido por Con» sul el dia que comencé á administrar el oficio de aquel » magistrado. Y segun yo puedo juzgar de este gozo comun » de todo el pueblo, paréceme que no por otra cosa se huel» gan todos en que yo tenga este cargo, sino porque se tie» nen persuadido que esta guerra de Macedonia que hasta » aqui tanto se ha dilatado, durante el tiempo de mi ad» ministracion, se pondrá en ella tal fin qual es digno y con» veniente á la magestad del pueblo Romamo. Quanto á mí, » téngome por cierto, que los Dioses inmortales han favo» recido á esta suerte, y que de aqui adelante se hallarán » tambien presentes en nuestra gobernacion para administrar» la con aquella gloria y prosperidad que siempre gobiernan » los negocios del Imperio Romano. Esto que digo puedo » en parte sacar por conjetura que será asi, y en parte pue» do concebir en mi ánimo cierta esperanza. Y es verdad » que tengo osadia y atrevimiento muy claro de afirmar en » vuestra presencia libremente que yo trabajaré con todas » mis fuerzas de hacer tanto que no sea vano vuestro pen» samiento, ni sin justa causa hayais cobrado de mí tal es-

„peranza. Las cosas que son necesarias para la guerra, „ya el Senado las ha ordenado, y porque manda que yo „me parta luego sin detenimiento, lo qual yo no contra- „digo, y estoy presto para hacerlo, el Consul Cayo Li- „cinio mi compañero, persona de singular virtud y pru- „dencia, las pondrá en orden con tanta diligencia, co- „mo si á él mismo le hubiera caido por suerte hacer la „guerra. Quanto á lo demas, lo que yo escribiere al Sena- „do y á vosotros dadle entero crédito, y tened por cierto „que no escribiré sino lo que fuere verdad muy simple „et clara. Vanos rumores levantados en el vulgo no los ad- „mitais en vuestro pensamiento ni les deis fe, si ya no tu- „viéredes de ellos autor muy cierto y digno que sea creido; „porque en los tiempos de agora he notado que se acos- „tumbra hacer, y mucho mas en la guerra presente que „ninguno es tanto menospreciador de su fama, cuyo ánimo „no pueda ser facilmente debilitado et abatido con seme- „jantes falsas relaciones. En todos los corrillos que se jun- „tan por la ciudad, et aun, si á los Dioses place, tam- „bien en todos los combites, se hallan muchos que blaso- „nan vanagloriosamente, estandose reposados en casa. Ya se „hallan infinito número de Capitanes ilustres, que llevan „exércitos á Macedonia, ya saben todos dónde han de asen- „tar su real, quáles lugares han de ocupar y tener firmes „con sus guarniciones, en qué tiempo, por qué montes se „ha de entrar en el reyno de Macedonia, dónde se ha de „elegir el lugar para los graneros, por qué via, asi por mar „como por tierra se han de llevar los mantenimientos segu- „ramente, et sin contraste de los enemigos, quándo se ha „de dar la batalla, y quándo se ha de estar el exército re- „posando, et si todo esto no basta, ya saben tambien co- „mo alcanzarán victotia muy cierta del Rey Perseo. Y „no solamente ordenan como por ley escrita lo que se ha „de hacer, y á su parecer es mas conveniente á los ne-

„gocios; pero aun si ven que se hace alguna cosa dife„rente de las imaginaciones que ellos piensan luego acusan „al Consul, y aun si fuere menester señalan dia cierto pa„ra que responda á los crimenes de que es acusado. Es„tos juicios inciertos et poco fundados son impedimentos „muy grandes para los que tratan arduos negocios, porque „es bien que considereis que no pueden ser todos de tan fir„me y constante ánimo contra los falsos rumores, como lo „fue aquel noble varon Romano Fabio, que por causa de „su excelente virtud alcanzó renombre de Maxîmo, el qual „quiso mas que fuese disminuida y abatida la autoridad de „su imperio sufriendo la vanidad del pueblo, que conser„vando entera et sin mancilla su fama cometer alguna falta „en la administracion de los negocios que tenia á cargo. „Tampoco quiero que penseis que yo soy de tal condicion „y parecer que piense que no deben ser avisados y amones„tados los Capitanes. Antes tened por cierto que al que „quisiese gobernar todas las cosas por solo su juicio y pa„recer le juzgare yo antes por soberbio que por sabio: ¿Pues „qué será? ¿Cómo serán bien administrados los negocios? „Quiero yo por cierto que sean amonestados los Capitanes; „pero quiero que lo sean de los que son prudentes, et pro„piamente de los que tienen experiencia de la disciplina mi„litar, et de la variedad de casos diversos que acontecen en „la guerra, y de los que con luengo uso son exercitados en „estos negocios. Allende de esto quiero que sean amonesta„dos de los que se hallan en el mismo lugar presentes, que „ven delante de sus ojos los enemigos y la oportunidad de „los tiempos, y que hallandose en la misma tormenta son „participantes del peligro. Demanera que si alguno hay que „piensa que en esta guerra que al presente yo he de hacer, „me podrá ayudar et avisar de lo que fuere mas necesario „y provechoso para la república, no niegue su saber y ayu„da en este caso tan importante á la república, vengase

„conmigo á Macedonia , que yo le ayudaré de mi parte „con nao, con caballo, con tabernaculo, y tambien con lo „que hubiere menester para sus costas. Pero si esto no quie- „re hacer, y se huelga mas con el reposo de la ciudad que „con los trabajos de la guerra, no gobierne estando á pie „seco y seguro desde su tierra. Hartos argumentos sobre que „hablar copiosa materia les administra la misma ciudad, y „refrenen un poco sus demasiadas parlerías, pues que no- „sotros estando en el exército seremos contentos de tratar so- „bre los consejos de la guerra, sin meternos á dar juicio so- „bre las cosas que pasan en la ciudad." Despues de acabada esta habla del Consul Lucio Emilio, y acabadas tambien las fiestas Latinas que se fenecieron el dia treinta y uno de Marzo, hechos sus solemnes sacrificios en el monte Albano, luego el Consul y el Pretor Ceneo Octavio se partieron para Macedonia. Hallase por memoria escrito expresamente que al tiempo que se partió este Consul le acompañó muy mayor número de gente, y con mayor celebridad que mucho tiempo antes ningun otro Consul habia sido acompañado. Y casi con una cierta esperanza concebian todos los hombres en su ánimo que muy presto verian próspero fin de la guerra de Macedonia, et desde entonces adivinaban que la vuelta del Consul seria muy presto, y con muy solemne y glorioso triunfo.

CAPITULO XXI.

De lo que hizo el Rey Perseo quando se vió en peligro en Macedonia, y de como procuró hacer alianza con el Rey Gencio de los Ilyrios.

En este medio que estas cosas se hacian en Italia, el Rey Perseo no quiso llevar adelante lo que antes habia comenzado, procurando con sumo estudio hacer alianza y confederacion con Gencio Rey de los Ilyrios, porque para

esta alianza veia serle necesario gastar buena suma de dineros, lo qual él no queria haçer de buena gana. En esta opinion estuvo algun espacio de tiempo pensando qué podria escusar esta cosa. Pero como vió que los Romanos habian pasado los montes y entrado dentro de los términos de Macedonia, y que en aquella oportunidad de tiempo consistia el último peligro de la guerra, parecióle que no era ya mas tiempo de disimular ni de dilatar aquel negocio. A esta causa envió luego por su Embaxador á Hippias al Rey de los Ilyrios por el qual le prometia dar trescientos talentos de plata en dineros de contado, pero con tal condicion que tomase las armas en su ayuda contra los Romanos. Y para seguridad de este contrato quiso que se entregasen rehenes de la una parte á la otra, asi para seguridad que el Rey Perseo daria los trescientos talentos de plata que prometia, como para confirmacion que el Rey Gencio de los Ilyrios guardaria fiel y lealmente la confederacion que hacia con el Rey de Macedonia. Para concluir todo este negocio envió Perseo á Pantauhco, que era uno de lo mas fieles amigos de quien él se fiaba. Este Pantauhco halló al Rey Gencio de los Ilyrios en Medeone, que es una tierra de los Labeatidos. Alli tomó el juramento al Rey, y recibió los rehenes. De alli envió tambien el Rey Gencio su Embaxador, que tenia por nombre Olympio, para que tomase el juramento, y recibiese los rehenes del Rey Perseo. Con este mismo Embaxador fueron tambien enviadas otras dos señaladas personas para recibir los dineros que habia de contar Perseo. Los nombres de estos dos Embaxadores fueron Parmenio y Mocro, y esto se hizo por consejo y parecer de Pantauhco para que estos despues fuesen por Embaxadores con los Macedonios á los de Rodas, para atraerlos tambien á la misma confederacion y alianza. A estos sus hombres mandó Gencio, que quando hubiesen tomado el juramento al Rey Perseo, y recibido los dineros y los rehenes entonces se fuesen á Rodas con aque-

lla embaxada. Porque de esta manera se tenian persuadido entrambos Reyes, que si los de Rodas viesen en un mismo tiempo en su ciudad juntos los Embaxadores de dos Reyes, muy mas facilmente se moverian sus ánimos para hacer la guerra contra los Romanos, que si cada uno de ellos por su parte los solicitase. Juzgaban tambien los Reyes, que si por esta via podian juntar en su liga et alianza la ciudad de Rodas, que ni por mar ni por tierra se podrian defender de su potencia los Romanos, y á la fin se vendrian á poner en sus manos y á su merced, ó serian de ellos vencidos por fuerza. Despues de confirmada la alianza y confederacion entre los Ilyrios y Macedonios de la manera que dicho es, el Rey Perseo se partió del lugar donde tenia asentado su real cerca del rio Enipeo con toda su caballeria para salir al camino á los Ilyrios què á él venian hasta la ciudad de Dio. En aquel lugar y en presencia de todo su exército, quiso que fuesen confirmadas y ratificadas las capitulaciones de la alianza que por medio de sus Embaxadores habian concertado con el Rey Gencio, para que con una semejante pompa solemne fuese la cosa mas firme y establecida. Extendióse toda la caballería que consigo traia el Rey por los campos de Gencio, y entorno á su persona estaban las personas mas señaladas que queria fuesen testigos de vista de aquella confederacion y alianza. Porque juzgaba que asi de la una parte como de la otra se encenderian muchos los ánimos de las gentes, si en presencia de todos se hiciesen aquellas ceremonias, dandose y tomandose los rehenes de la una parte y de la otra, y contandose los dineros que debia dar el Rey Perseo. Y para concluir con toda solemnidad las ceremonias de esta alianza, envió luego sus Embaxadores á la ciudad de Pela donde estaban los tesoros reales, porque de alli traxesen dinero, quanto se habia prometido al Rey Gencio. Despues de hechas todas las cosas pertenecientes á esta confederacion, eligió entre su gente ciertas personas señaladas que se partie-

sen en su nombre para ir á Rodas con los Embaxadores del Rey Perseo. A estos Embaxadores de los dos Reyes fue ordenado que se embarcasen en Thesalonica para pasar á Rodas. A esta sazon se halló en la Corte del Rey Perseo Metrodoro Embaxador de los de Rodas, que muy pocos dias antes era venido, enviado con embaxada al Rey de parte de su república. Este afirmaba de parte de Dion y Poliarato, que eran los Principes de su ciudad, que los Rodianos estarian prestos para tomar las armas públicamente contra los Romanos, si tuviesen tal favor et socorro de su parte qual en aquella oportunidad se les ofrecia de dos Reyes tan poderosos. Demanera que este Embaxador de los Rodianos, que era uno de los principales de su tierra, se juntó con los Embaxadores de los dos Reyes que iban á Rodas. En este mismo tiempo enviaron los dos Reyes al Rey Eumenes, y al Rey Antiocho comunes embaxadas, que en el estado en que á la hora estaban los negocios, podian mover los ánimos de entrambos Principes contra los Romanos. Afirmabanles por sus Embaxadores que no habia cosa entre todas las humanas mas enemiga y contraria una de otra de lo que eran los Reyes de las repúblicas y ciudades libres. Que el pueblo Romano como pueblo libre et poderoso hacia la guerra contra cada uno de los Reyes particularmente, pensando lo que era la verdad que mas facilmente podria vencer á uno solo que á todos juntos, y lo que era mas intolerable y fuera de toda razon les declaraban como con las fuerzas de unos Reyes hacian la guerra á otros para que de esta manera los sujetasen poco á poco á todos debaxo de su potestad y señorio. Y porque Atalo no quedaba firme en la amistad de su hermano, decian que habian visto por sus ojos que á esta causa su padre habia sido oprimido y destruido. Allende de esto con la ayuda y favor del Rey Eumenes, et ayudandole tambien el Rey Filipo su padre, fue vencido el Rey Antiocho de los Romanos, y que al presente estaban contra él armados el Rey Eu-

menes et el Rey Prusias. Y si á caso la fortuna fuese adversa á los Macedonios de tal suerte que su reyno fuese una vez tomado y destruido por los Romanos, lo primero y principal que les restaba tomar era el imperio de Asia, la mayor parte del qual habian hecho suya, só color de poner en libertad las ciudades de ella. Despues les quedaba Syria. Ya veian que al Rey Prusias en toda suerte de honras era tenido en mayor estimacion que el Rey Eumenes su confederado. Ya veian tambien que el Rey Antiocho, siendo victorioso en Egypto, en premio de la guerra que habia hecho, por mandamiento de los Romanos era ordenado que se apartase á fuera, y dexase lo que tenia por fuerza de armas conquistado en el reyno de Egypto.

CAPITULO XXII.

De los tratos secretos que se trataban entre el Rey Perseo, et el Rey Eumenes, y de los Embaxadores que se enviaron á Rodas, y al Rey Antiocho para provocarlos contra los Romanos.

Con esta embaxada enviaron los dos Reyes á la ciudad de Rodas, con orden que despues tambien fuesen á los Reyes de Asia con la misma. Decianles que considerando todas estas cosas que eran de no pequeña importancia, et tocaban en general á todos, procurasen ser medianeros entre el Rey Perseo et los Romanos, y si pudiesen alcanzar la paz, podrian quedar á reposo las otras ciudades y Reyes de Asia. Pero que si no quisiesen admitir razon, et perseverasen todavia en su guerra injusta, que se juntasen con el Rey Perseo contra ellos, y juzgasen que eran tambien comunes todos los enemigos de los Reyes. Al Rey Antiocho enviaron embaxada pública con orden abierta y clara que tuviese por bien de juntarse con ellos en su alianza nueva contra los Ro-

manos, y contra todos los enemigos que quesiesen acometerlos. Para el Rey Eumenes la embaxada fue mas encubierta, al qual enviaron un Embaxador só color de rescatar los presos, que habia tomado en aquella guerra. Pero debaxo de esta sombra de los presos se trataban con él tratos mas encubiertos y secretos, por cuya ocasion comenzó á ser sospechoso á los Romanos el Rey Eumenes, acusado en el Senado de diversas et por ventura falsas acusaciones de graves crimenes. Y no solamente comenzaron los Romanos á tenerle por odioso y sospechoso, sino tambien casi por traidor, pensando que era sabedor ó participante de los tratos que con fraude y avaricia trataban entre sí los dos Reyes. Habia un hombre en la corte del Reyes Eumenes llamado Cydas, el mas íntimo de sus amigos. Este Cydas habia sido visto la primera vez en la ciudad de Amphipolis que tenia una muy luenga et muy secreta platica con un cierto hombre de su nacion llamado Chimaro, que á la sazon servia en la guerra al Rey Perseo. Despues le vieron otra vez en Demetriade hablar secretamente con otro hombre llamado Menecrates. La tercera vez fue tambien visto hablar cerca de los muros de la misma ciudad con Antiocho, el qual con los otros eran Capitanes del exército del Rey Perseo. Tambien este mismo Embaxador que entonces enviaba Perseo á Eumenes llamado Eropo, habia sido enviado otras dos veces antes al mismo Rey Eumenes con embaxadas secretas. Demanera que estas hablas encubiertas, et estas embaxadas infames eran públicas et notorias; pero qué era lo que por ellas se trataba, ó el acuerdo que tomaban encubiertamente entre sí los Reyes no se sabia. Pero todavia parece que constaba por cosa cierta y notoria que el Rey Eumenes ni deseaba por una parte que fuese victorioso el Rey Perseo, ni por otra queria tampóco hacer contra él la guerra, como contra su público enemigo, y esto no tanto porque las enemistades que entre estos dos Reyes habia, procedian de un

odio antiguo engendrado primeramente en los ánimos de sus padres, quanto porque este mismo odio con el tiempo se habia mas encendido et aumentado en sus propios ánimos. Tambien es verdad que habia entre ellos tal emulacion y competencia que el Rey Eumenes no viera de buena gana la prosperidad del Rey Perseo. Porque si los Romanos fueran vencidos et vencedor Perseo, consideraba la gloria y fama clarísima, y las grandes riquezas et tesoros que alcanzaria este Rey, con las quales cosas se haria mas poderoso y elevado. De suerte que despues no le restaba sino esperar que Perseo quisiese tambien sujetarle á él y á los otros Reyes de menor potencia que habia en Asia. Allende de esto consideraba Eumenes que desde el principio de la guerra siempre habia buscado Perseo todos los medios de paz que habia podido para reconciliarse con los Romanos, y aun entonces quanto mas tiempo duraba la guerra, et quanto mas se le acercaba el espanto de los enemigos, tanto con mayor diligencia tentaba todas las vias que podia por tomar algun acuerdo honesto con que pudiese dar fin en aquella guerra tan luenga y dudosa. En esto gastaba el tiempo Perseo, y para poder venir á este efecto los negocios empleaba con mucha diligencia sus pensamientos. Por otra parte los Romanos porque veian duraba aquella guerra mas luengo tiempo de lo que ellos al principio creyeron, pensaban que asi el Senado, en cuyo nombre se hacia, como los mismos Cónsules et Capitanes por cuya industria se administraba, deseaban ya ver el fin de aquella guerra tan luenga y enojosa. Pues como Eumenes no ignoraba las voluntades de entrambas partes, lo que por ventura pudiera hacerse sin medianero ninguno entre las dos partes temiendo la una las mayores fuerzas de la otra, et por la molestia que en luengo tiempo habia concebido la otra, quiso alcanzar esta gracia de Perseo Eumenes, mostrándosele como intercesor y medianero para con los Romanos, y prometiéndo-

le que para tratar los acuerdos de paz él trabajaria asi de la una parte como de la otra todo lo que pudiese. Demanera que quiso ganar gracia donde no habia ninguna envidia, y donde sin trabajo suyo pudiera el negocio concluirse. Allende de esto, tenia otro respeto Eumenes mas encubierto y menos honesto, y era que tenia hecho un concierto secreto con el Rey Perseo, por el qual el Rey le daba gran suma de dineros por dos razones: la una porque no favoreciese á los Romanos en aquella guerra por mar ni por tierra, ni con su persona, ni con ayuda de los suyos; la otra porque trabajase de hacer la paz entre los Romanos y Perseo. Estas dos cosas le habia acordado Eumenes, y para confirmacion de ellas no solamente le prometia su fe y palabra que las cumpliria fielmente; pero aun estaba presto de le dar rehenes para mayor seguridad de Perseo. Pues el Rey Perseo en todo y por todo se mostraba prontísimo para comenzar y concluir este negocio constriñido y forzado del miedo que tenia de los Romanos, y tocante á los rehenes, sin dilacion ninguna queria tomarlos, et asi fue acordado entre los dos Reyes que aquello se pusiese luego por obra, et que despues de tomados los rehenes fuesen enviados á Creta. Pero quando se hacia mencion que pagase el dinero acordado, entoces dudaba y se remordia. Y es verdad que para entre dos Reyes de tanta autoridad et de tan ilustre fama, este acuerdo de los dineros por cuyo medio y como recompensa et pago se hacian estos pactos, era una cosa muy enorme et fea para el que los daba y mucho mas para el que los recibia. Pero como de entrambas partes intervenia muy desordenada avaricia el uno queria que se le pagase la suma, y el otro se recataba en dar dineros por esta causa. Todavia Perseo queria mas dar los dineros por la esperanza que tenia de la paz que perder de todo punto la confianza de ella. Pero este dinero no queria desembolsarlo luego de contado si no quando fuese el

acuerdo acabado y puesto por obra. En este medio decia que queria depositarlo en el templo de Samothracia. Mas como esta isla pertenecia á la jurisdiccion de Perseo juzgaba Eumenes que le importaba muy poco si esta dinero estuviese puesto en la ciudad de Pela, ó en el templo de Samothracia, pues que del un lugar ni del otro no podia haberlo á sus manos sin la voluntad del Rey Perseo. A esta causa trabajaba por haber una parte de contado, et que la otra parte fuese depositada. Demanera que no se pudiendo acordar en casos tan feos y deshonestos no ganaron ninguna otra cosa los dos Reyes, sino aumentar su infamia.

CAPITULO XXIII.

De la avaricia desordenada del Rey Perseo, y de los yerros grandes que hizo por no querer dar dineros, y de lo que le aconteció con los Galos.

No solamente este negocio que era de mucha importancia dexó de concluir el Rey Perseo por causa de su avaricia, sino tambien otros muy mayores que le importaban al estado de su reyno. Porque si á la sazon se acordara con el Rey Eumenes, pudiera tener los dineros seguramente, et alcanzar paz por la intercesion de aquel medianero, la qual en aquella oportunidad merecia ser comprada, no digo por alguna suma de dineros, aunque fuese grande, sino tambien con parte de su Reyno. Por otra parte aunque no alcanzara la paz, á lo menos tuviera ganado al Rey Eumenes y obligado con su dinero por cuya ocasion procurara contra él la indignacion y odio de los Romanos, y por otras muchas vias pudiera tambien perseguirle y destruirle. De suerte que este fue un yerro de Perseo muy grande cometido por causa de su avaricia. Otro yerro cometió por la misma causa quando al principio halló presto al Rey

Gencio de los Ilirios para juntarse con él contra los Romanos, et porque no quiso darle los dineros que le demandaba, careció luengo tiempo de su ayuda. Pero el tercero y mayor yerro de todos fue el de los Galos, de los quales andaba una multitud muy grande en el reyno de Ilírico, y quisieran servirle, los quales él dexó ir por causa de su propia avaricia. Venian para emplearse en su servicio diez mil caballeros de esta gente, et otro tanto número de hombres de á pie, que se igualaban en el correr á la celeridad de los caballos de los caballeros, y quando el caballero caia en la batalla, el que estaba con él á pie subia en el caballo y peleaba de nuevo. De suerte que siempre habia casi doblado número de caballeros de lo que al principio parecia. Estos habian acordado que á cada uno de los caballeros se diesen luego al principio de contado diez ducados, et á los hombres de á pie á cada uno cinco ducados, y al Capitan y Caudillo de ellos mil ducados. Quando estos venian para entrar en Macedonia y juntarse con el exército del Rey Perseo, salioles á recibir al camino el mismo Rey partiendo con la mitad de su exército desde el rio Enipeo, donde estaba su real asentado. Mandó pregonar por todas las ciudades y villas por donde habian de pasar que aparejasen mantenimientos abundantes de pan et vino y ganados para aquella gente. Allende de esto, él mismo enviaba caballos, jaeces, aderezos y ropas á los principales de ellos, et tambien una corta cantidad de oro que fuese repartido entre algunos pocos, creyendo que por esta via podria ganar et atraer las voluntades de la otra multitud á que de buena gana quisiese venir á servirle con esperanza de mayores premios. Llegó, pues, el Rey Perseo con su exército hasta la ciudad llamada Almana, y asentó su real cerca de las riberas del rio Axio. El exército de los Galos estaba reposando en la tierra Medica cerca de la ciudad que es llamada Desudaba, esperando los dineros que ante todas

cosas se les habian prometido. Entonces el Rey envió á Antigono, que era uno de sus mas cabidos, por Embaxador á los Galos, mandándoles de su parte, que la multitud del exército luego se partiese para Bilazora, este es un lugar de Peonia, y que los Príncipes y personas señaladas viniesen todos á visitarle. Setenta y cinco millas habia de camino desde el lugar donde estaban los Galos hasta el rio Axio, donde tenia el Rey su real asentado. Con esta embaxada se partió Antigono, y quando llegó al lugar donde estaban los Galos y hubo relatado en presencia de los Príncipes lo que su Rey le habia mandado, díxoles mas como por todas las ciudades y villas que habian de pasar habia multitud muy abundante de vituallas prestas para su mantenimiento, lo qual habia mandado el Rey aparejar porque ellos fuesen bien tratados, y no hubiesen falta de ninguna cosa. Decia mas los ricos presentes que tenia aparejados el Rey de vestidos de plata et de caballos y de otros ornamentos para recibir á los Príncipes quando viniesen á su presencia. A esto respondieron los Galos á Antigono, que quanto á estos presentes que decia, allá los verian quando en la presencia del Rey viniesen. Pero tocante al negocio presente que mas les importaba, preguntáronle si traia consigo el oro, que ante todas las cosas se les habia prometido de contado para los caballeros, para los peones, y para los Capitanes. A esto niguna cosa les podia responder Antigono, porque ni el Rey le habia dado el oro, ni le habia mandado que sobre ello hablase. Visto esto, el Capitan General de los Galos, llamado Clondico, dixo á Antigono: » Pues vete al presente et di al Rey Perseo, que antes que los Galos reciban el oro prometido, y los rehenes » para seguridad de su paga, que no se moverán un paso » de este lugar donde estan esperando su respuesta." Quando esto entendió el Rey llamó á consejo á las principales personas que con él estaban, para consultar sobre lo que se

debia hacer tocante á lo que respondian los Galos. El mismo Rey en aquella junta se declaró ser mejor guardador de los dineros que del reyno. Porque en aquella misma congregacion en presencia de los que con él estaban, comenzó á decir muchas cosas contra la ferocidad, y deslealtad de los Galos. Decia mas, que mucho tiempo antes habia visto por experiencia en la destruccion de muchos Príncipes ser cosa muy peligrosa admitir dentro de los términos del Reyno de Macedonia tanta multitud de gentes Bárbaras, et que si estos Galos al presente entrasen temia que serian mas agraviados de ellos que se tenian por compañeros y aliados, que de los mismos Romanos, que eran sus enemigos manifiestos. Decia mas el Rey, que le parecia bastaban cinco mil caballeros, porque esta multitud era bastante para la guerra, y no eran tantos que pudiesen amotinarse, ni mover cosa ninguna en el reyno. De suerte que parece que asi en esta deliberacion como en las otras temia de dar sueldo á tanta multitud, y no otra niguna cosa; y despues que él hubo dicho su parecer, y casi confirmado con palabras claras su voluntad, demandaba consejo á los otros sobre lo que juzgaban se debia hacer en aquel caso, y no hubo alli uno que osase aconsejarle cosa contraria de lo que habia ya propuesto poner por obra. Visto esto luego tornó á enviar á Antigono á los Galos para decirles que harto le bastaban al Rey cinco mil caballeros, y que no hacia caso de la otra multitud. Quando esto oyeron los Bárbaros levantose grande ruido et murmuracion en el real contra el Rey Perseo, diciendo que él los habia engañado en hacerlos venir de sus tierras prometiéndoles grandes premios, y despues no solamente no cumplia lo que él habia prometido y lo que con el se habia por pleytesia concertado, pero que aun se burlaba de ellos, y los menospreciaba. El Capitan General reprimió un poco el alboroto de los suyos, y hecho silencio en el exército se tornó al Embaxador

del Rey, et le preguntó: »Si traia los dineros prometidos »para aquellos cinco mil caballeros que demandaba." A esto no sabia que responder mas que la vez primera, mas porque no pareciese que le faltaban razones decia algunas palabras dudosas que satisfacian poco á los Galos que solamente demandaban los dineros que se les habian prometido.

CAPITULO XXIV.

De lo que hizieron los Galos despues que se partieron de Macedonia, y del engaño que usó Perseo contra el Rey Gencio de los Ilirios.

Quando Clondico Capitan General de los Galos se vió claramente burlado de esta manera del Rey Perseo, lo qual nunca pensaba, sin hacer daño ninguno al Embaxador Antigono, cuya embaxada para él et para los suyos habia sido engañosa, determinó de tornarse atras por el mismo camino que habia venido derecho á Istrio, destruyendo et robando toda la provincia de Thracia por los caminos que pasaban. Es verdad que si usara de mediana prudencia, no dando tanto lugar á la desordenada avaricia, solamente este exército de los Galos era bastante para darle la victoria de aquella guerra, ó á lo menos para deshacer muchas empresas de los enemigos. Estándose quedo y reposando el Rey en su real donde le tenia asentado cerca del rio Enipeo, enviando esta gente contra los Romanos por los montes de Perhebia á la provincia de Thesalia, no solamente pudiera talar y destruir los campos por donde quiera que pasase, sin dexar esperanza ninguna á los Romanos de poder haber provisiones por aquella via; pero aun pudiera facilmente destruir y asolar muchas ciudades, deteniendo solamente Perseo á los Romanos cerca del rio Enipeo, sin que pudiesen ir á dar socorro á las ciudades confederadas. Si esto se pu-

siera por obra, como facilmente pudiera hacerse, tambien los mismos Romanos en su real se hallarán faltos de consejo, et no supieran tornar atras, ni pasar adelante. Porque ni pudieran quedarse en aquel lugar habiendo perdido á Thesalia, de la qual provincia les venian provisiones para la sustentacion del exército, ni tampoco podian tornar atras estando la tierra ocupada de los enemigos, ni pasar adelante teniendo delante de sí de la otra banda de la ribera, el exército del Rey que les defenderia el paso. Demanera que en perder esta esperanza de lo mucho que pudieran hacer los Galos por esta via, se debilitaron mucho las fuerzas del Rey Perseo et de sus Macedonios. Tambien esta misma avaricia enagenó mucho el ánimo del Rey Gencio, et le apartó de su amistad, por causa del engaño abominable que con él usó Perseo por no le dar estos dineros, y constriñirle engañosamente á que tomase armas contra los Romanos. Quando hubo contado los trescientos talentos á las personas que habia enviado el Rey Gencio para recibirlos, permitió que los mismos recibiesen el dinero y lo sellasen con su sello. Pero de esta suma sacó diez talentos, y luego los envió á Pantauhco para que él los diese en su mano al Rey Gencio, diciéndole como sus gentes habian recibido toda la suma entera, et que por ser carga pesada iban de espacio por el camino, y entretanto él le enviaba aquella parte con mayor diligencia. Todo el resto de los dineros se entregó á los Embaxadores del Rey Gencio, y lo llevaban sellado con el sello de los Ilirios: con ellos envió tambien á ciertas personas de las suyas, á las quales dio cargo que hiciesen muy pequeñas jornadas y se detuviesen en algunos lugares por dilatar el tiempo hasta que llegasen á los términos del reyno de Macedonia, et que alli se parasen hasta ver su mandado. En este medio el Rey Gencio recibió aquella pequeña parte de los dineros que le dió Pantauhco, y toda la resta la tenia ya por muy segura. Despues de dados los diez talentos nunca cesaba

Pantauhco de solicitar y fatigar al Rey que comenzase él tambien á declarar por la obra como era enemigo de los Romanos, et favorecedor del Rey de Macedonia. A esta sazon á caso vinieron de Roma Marco Perpena, y Lucio Petilio por Embaxadores, et siendo forzado con las perpetuas importunaciones de Pantauhco hizo meter en prisiones á estos Embaxadores Romanos. El Rey Perseo, habiendo oido este hecho de Gencio, juzgó que por sola esta causa ya estaba puesto en necesidad de hacer guerra contra los Romanos sin recibir mas de sus dineros, envió luego á grandes jornadas personas ciertas para que le tornasen del camino los dineros que se habian dado á los Embaxadores de Gencio. Declaraba por estos hechos Perseo no solamente su desordenada avaricia, pero aun daba á entender que no hacia otra cosa sino congregar muchos tesoros para que tanto mayor presa hallasen despues del vencido los vencedores Romanos. Despues de esto vino el Embaxador Criphon que habia enviado al Rey Eumenes, sin que supiese ninguno la certeza de las cosas que secretamente con él se habian tratado. Haberse concertado entre los dos tocante á los presos que tenia Eumenes, era público y notorio, y porque lo demas careciese de sospecha el mismo Rey Eumenes, avisó de ello al Consul Romano.

CAPITULO XXV.

De lo que hizo Antenor Capitan de la armada por mar del Rey Perseo, y como destrozó muchas naos de armada que pasaban á Macedonia en favor de los Romanos.

El Rey Perseo despues que fue venido Criphon con la respuesta del Rey Eumenes, perdió la esperanza de poderle traer á su confederacion contra los Romanos. Despachó luego

á Antenor y á Callipo, que eran gobernadores de las naos de armada con quarenta navichuelos volantes, y con cinco naos de otra suerte mas grandes, y le mandó que luego se partiese á la Isla de Tenedo, para que alli estuviese como en atalaya puesto, para recoger y guardar las naos que viniesen por el mar esparcidas cargadas de trigo para llevar á Macedonia. Estas naos fueron llevadas á Casandrea, donde partieron y aportaron lo primero á los puertos que están puestos debaxo del monte Athomonte. De alli pasaron con próspero viento á la isla de Tenedo. Al tiempo que pasaban vieron estar en el puerto abierto las naos de los de Rodas todas descubiertas, et con ellas su Capitan Eudamo, y las dexaron pasar sin hacerles daño ninguno, antes las saludaron muy benignamente. Conociendo despues que en el otro lado habia cincuenta naos grandes de las suyas, teniendo cerrada la entrada del puerto las naos de Eumenes de grandes proas, que llamaban rostratas, usaron de industria y navegando al rededor del puerto donde sus naos estaban encerradas, las libraron del espanto de los enemigos, y dándoles diez navichuelos volantes que las guiasen, las enviaron á Macedonia, con orden que los navichuelos volantes de guarda siempre fuesen delante para descubrir el camino, y las llevasen seguramente hasta ponerlas en salvo dentro del reyno de Macedonia, y que despues se tornasen luego á la misma isla de Tenedo. Nueve dias despues tornaron estos navichuelos volantes á la armada que habia ya tomado puerto en Sigeo. De alli se partieron todas las naos de armada para Subota. Esta es una isla que está situada en medio de la isla Elea, y del monte Atho. A caso aconteció que un dia despues que la armada arribó á Subota, partieron treinta y cinco naos grandes, á las que ellos llaman Hipagogos, de la isla de Elea con muchos caballos et caballeros de la nacion de los Galos, las quales enderezaban su camino á Phanas, que es un promontorio ó punta de los Chios, con intencion de

pasar de alli á Macedonia, lo qual pensaban podrian hacer por esta via muy seguramente. Estas naos enviaba el Rey Eumenes á su hermano Atalo. Llegando pues, á Subota Antenor, que era el Capitan de la armada del Rey Perseo, le dixeron como el dia antes eran partidas del mismo puerto estas naos de Eumenes, y que ya eran entradas en el mar alto. Mandó Antenor que de las mas altas atalayas del puerto se viese si parecia rastro de ellas. Luego le dieron las señas ciertas del camino que seguian, y sin detenimiento se partió en pos de ellas Antenor de Subota, et se dió tanta priesa en el camino que vino á encontrarse con ellas entre las puntas de Erithrea et de Chio, donde la costa es muy estrecha. Ninguna cosa menos pensaban los Capitanes del Rey Eumenes, que semejante encuentro, porque juzgaban que ninguna nao de Macedonia se atreveria á navegar por aquel mar, et asi quando vieron de lejos las velas estaban en duda echando juicio de quién serian las naos que se mostraban. Y como la vista de los ojos por la distancia del lugar no podia divisar claramente quiénes eran, unas veces juzgaban ser naos de los Romanos, otras veces pensaban que era Atalo que les salia al camino para asegurarles el paso, et otras veces juzgaban ser algunas personas que Atalo tornaba á enviar del exército de los Romanos á Pergamo. En esta duda estuvieron algun espacio de tiempo hasta que poco á poco se acercaron tanto los navichuelos volantes de los Macedonios, que claramente pudieron juzgar ser fustas, ó navichuelos de enemigos asi de la gran presteza y fuerza que ponian en los remos, como de las proas de las fustas que enderezaban derechamente contra ellos. A la hora comenzaron á alterarse con temor muy grande hallandose faltos de consejo sobre lo que debian hacer en aquel caso peligroso, porque no tenian esperanza de poder resistir á los enemigos, asi por causa de la grandeza de las naos que no eran propias para combate, como por la molestia de los Galos que aun en la mis-

ma mar no podian estar quietos, ni á reposo. Una parte de ellos que estaban á las orillas del mar mas cerca de tierra, saltaron en la isla Erithrea, et otra parte de ellos dando las velas al viento se fueron á mas andar con sus naos hasta la isla de Chio, et dexando los caballos en las naos se fueron los hombres huyendo con toda la priesa que podian á la ciudad. Pero quando llegaron cerca de la ciudad antes que entrasen dentro se anticiparon de tal manera los navichuelos volantes de los enemigos que les atajaron el camino, et echaron algunos hombres armados fuera, los quales siguieron á los Galos que iban huyendo, et mataron una parte de ellos en este camino, et otros muchos á la puerta de la ciudad, porque los Chios como ignoraban quiénes eran los que huyan et los que los seguian, cerraron la puerta et no los dexaron entrar dentro. En este combate fueron muertos casi ochocientos Galos, et doscientos presos vivos. Una parte de los caballos se anegó en la mar con las naos en que estaban, que se rompieron, et á la otra parte cortaron los nervios de las rodillas en las orillas del mar los Macedonios, porque no pudiesen servirse de ellos los Galos. Eligieron entre todos los caballeros veinte, los mas hermosos, et estos con los presos mandó Antenor que fuesen puestos en los navichuelos volantes para que los llevasen á Thesalonica, con orden que despues volviesen luego á la armada con la mayor presteza que pudiesen, porque le estarian esperando en el puerto de Phanas. Tres dias enteros estuvo con sus naos de armada en el puerto de aquella ciudad, et despues se partieron todos juntos derechos para Phanas, donde llegaron los diez navichuelos volantes muy mas presto de lo que pensaran, guiados por el mar Egeo hasta que pasaron á la isla de Delos.

CAPITULO XXVI.

De como se juntaron en la isla de Delos los Embaxadores Romanos, y las fustas ó navichuelos de los Macedonios, y de alli salian los unos á ofender, y los otros á defender las naos pasajeras.

Entretanto que estas cosas se hacian por el mar entre las fustas de los Macedonios, et las naos del Rey Eumenes, los Embaxadores Romanos, Cayo Popilio, Cayo Decimio, y Cayo Hostilio partidos de Calcide con tres naos de á cinco ordenes de remos llegaron á la isla de Delos. En el puerto de aquella isla hallaron quarenta navichuelos volantes de los Macedonios, et cinco naos de á cinco ordenes de remos cada una del Rey Eumenes. La santidad del templo, et de la isla las hacia á todas seguras sin que ninguna persona del mundo osase violarlas. Demanera que juntados en uno los Romanos, y los Macedonios, y las gentes que habia en las naos del Rey Eumenes conversaban en uno en el templo y en aquella isla como amigos, haciendo treguas muy firmes entre ellos solamente por la religion de aquel lugar que siempre fue tenido por cosa sagrada. Estando en este lugar, Antenor que era Capitan de la armada del Rey Perseo, tenia siempre sus guardas puestas en las atalayas para especular las fustas que pasaban por el mar, que no se le fuese ninguna. Y como vinieron algunos de estos especuladores á decirle que algunas naos grandes cargadas de mercaderias ó de vituallas, pasaban engolfadas en la mar alta, salió fuera con parte de sus navichuelos volantes para seguirlas, et la otra parte puso por orden distribuida en las islas que son llamadas Cycladas, cerrando et corriendo de esta manera la mar y todos los pasos para que no pudiese navegar nao, sin que cayese en sus manos, ó de los suyos, y á todas las

naos que topaba ó las despojaba, ó las anegaba, sin dexar libre ninguna, sino solamente aquellas que eran de sus amigos y aliados que iban á Macedonia. Por otra parte considerando el artificio de Anténor y de Perseo, las naos del Rey Eumenes socorrian á las naos que podian, librandolas de las manos de sus enemigos, aunque como los navichuelos de los Macedonios eran muy ligeros, aprovechaba poco el socorro de los Romanos. Porque salian de noche con mucha ligereza los navichuelos de los Macedonios dos y tres juntos, y hacian siempre alguna presa sin que pudiesen poner remedio los Romanos, que tenian naos mayores y no tan ligeras. Casi en este mismo tiempo llegaron á Rodas los Embaxadores Macedonios y los Ilyricos, cuya autoridad et gracia se les aumentó mucho no solamente con la venida de los navichuelos que estaban distribuidos por las islas Cycladas, y por el mar Egeo, sino tambien con la amistad y confederacion de los dos Reyes Perseo et Gencio, la qual ya se sabia por fama, y en aquella sazon se comprobaba por la obra, y con mucha magnificencia de gran número de hombres de á pie y de á caballo de los Galos que venian á acompañarlos. Antes que á Rodas llegase esta embaxada, ya tenian casi ganados los ánimos de los Rodianos Dion y Polyarato que favorecian el partido del Rey Perseo, y como vieron esta embaxada tan magnifica, no solamente respondieron muy benignamente á los Reyes, sino tambien pronunciaban públicamente que ellos con su autoridad pondrian fin en aquella guerra. Por tanto que los mismos Reyes tuviesen los ánimos prestos y prontos para recebir la paz que en breve tiempo les seria ofrecida.

CAPITULO XXVII.

Del exército que hicieron los Ilyrios contra los Romanos, y de como se juntó el Pretor Romano con el exército de Apio Claudio, et de lo que mas hicieron.

Ya entraba el verano, et los nuevos Capitanes eran partidos de Roma, y llegados á sus provincias. El Consul Emilio era llegado á Macedonia. Octavio estaba en Oteo con la armada, Anicio en Ilyrico, el qual necesariamente habia de hacer la guerra al Rey Gencio de los Ilyrios. Gencio era hijo de Pleurato Rey de los Ilyrios, y de su muger llamada Eurydica. Este tuvo dos hermanos el uno de los quales llamado Plator, fue hijo de entrambos padres, y el otro que tenia por nombre Caravancio era hijo de la misma madre. Este por causa del baxo y obscuro lugar de que se decia ser nacido su padre, fue menos sospechoso en el reyno, et en su ánimo mas atrevido de lo que á honestidad y ley de natura se debia. Concibió en su ánimo un hecho injusto et deshonesto, el qual puso por obra. Mató á su hermano Plator, y con él á dos de sus amigos, que tenian por nombre Etrito y Epicado, hombres virtuosos y esforzados para reynar con él mas seguramente. Divulgóse despues que habia tenido envidia muy grande de su hermano, porque se queria casar con una hija del Honuno Príncipe de los Dardanos, llamada Etuta, porque por el medio de este casamiento pensaba que haria tal alianza con la nacion de los Dardanos, que aumentandose de esta manera su potencia á la fin le echaria del reyno. Muerto pues, de este modo que decimos el hermano, y sin respeto de otra persona, comenzó á ser muy grave á todas las gentes vulgares del pueblo. Allende de esto aumentaba, y encendia su natural violencia y tirania con la intemperancia del vino, del qual usaba desordenadamente. Pero asi como

antes dicho es, movido para hacer la guerra contra los Romanos, congregó su gente en la ciudad de Liso. Habia en todo su exército quince mil hombres armados. De alli envió á su hermano con mil hombres de á pie, et con cincuenta caballeros á sujetar la gente de los Cavios por miedo, ó por fuerza, y él se fue con el resto de su exército á la ciudad de Basania, que estaba cinco millas de Liso. Los ciudadanos de Basana eran confederados de los Romanos, y determinó probar, si podria ganarlos primero por amor, antes que usar de fuerza; pero ellos permanecieron constantes en la fe, et quisieron mas sostener el cerco, que darse al Rey Barbaro. Por la otra parte donde fue Caravancio quando llegó á la ciudad de Burnio, que es en la provincia de los Cavios, luego le recibieron amorosamente y sin contraste ninguno. Pensó que lo mismo le aconteciera en las otras ciudades; pero fue luego rechazado en la primera despues de esta que se le habia dado. Como vió que le resistian, y que era necesaria fuerza comenzó á talar los campos. No pudiendo tampoco sufrir las gentes que moraban en las aldeas fuera de las ciudades esta violencia, levantaronse contra él algunos de los hombres que moraban en el campo, y mataronle buena parte de sus soldados que andaban esparcidos corriendo la tierra y talando los campos. A esta sazon Apio Claudio, juntando con el exército Romano que él tenia la ayuda que le daban los Bulianos, et los Apoloniates, et los Dyrracios, partióse de los lugares donde habia invernado con su gente, et fuese á asentar su real cerca del rio Ganusio. En oyendo la confederacion que se habia hecho entre el Rey Perseo de Macedonia, et el Rey Gencio de los Ilyrios, encendióse de odio grandísimo contra entrambos, et pues estaba en la tierra de los Ilyrios determinó hacer la guerra contra Gencio, maximamente habiendo nuevamente oido como este Gencio habia violado los Embaxadores Romanos contra el derecho et costumbre de todas las gentes. A

esta sazon el Pretor Anicio que estaba en Apolonia, como oyó las cosas que se hacian en Ilirico, escribio letras á Apio Claudio, et se las envió con gran diligencia, por las quales le avisaba que se moviese con su exército y le esperase cerca del rio Genuso. Tres dias despues que Apio Claudio recibió estas letras llegó el mismo Pretor al real de los Romanos, et allende de las ayudas que tenia Claudio allegó mas entre los mancebos Parthinos hasta dos mil hombres de á pie y docientos caballeros, cuyos Caudillos y Capitanes eran Epicado de la gente de á pie, et Agalso de los caballeros. Con esta gente se aparejaban los Capitanes Romanos para pasar á Ilirico principalmente por librar del cerco á los Basanitas. Estorbó este su propósito la fama que vino nuevamente de las fustas de armada que destruian todos los puertos del mar et los lugares por donde pasaban costeando siempre la tierra. Andaban esparcidos por el mar ochenta navichuelos volantes, el Caudillo de los quales era Pantauhco, y estos eran enviados por el Rey Gencio para destruir las tierras de los Dirracios, y de los Apoloniates. Moviéronse, pues, los Romanos con su exército contra estos, et no solamente los vencieron matando muchos de ellos, pero aun aseguraron el mar, et ellos pasaron á Ilirico. Alli les sucedieron muy prósperamete los negocios, porque no solamente vencieron á los que se les ponian en resistencia; pero aun tomaron algunas ciudades, parte por fuerza et parte que se les dieron de su voluntad. A todas las recibian amorosamente y á ninguna agraviaban en cosa que les fuese molesta. La cosa estaba en tal estado que las ciudades de aquella region donde estaban se les daban todas de su propia voluntad, ayudando mucho á esta inclinacion de los ánimos de todas las gentes la clemencia y justicia que para con todos usaba el Pretor Romano.

CAPITULO XXVIII.

De la victoria que hubo el Pretor Romano en Ilirico, y como tomó la ciudad de Scodra, et el mismo Rey Gencio se puso en su potestad, y se dió enteramente por vencido.

Despues de esta victoria determinaron dirigir su exército á la ciudad de Scodra, que era la cabeza y fundamento de aquella guerra. Y esto no solamente por que el Rey Gencio habia elegido esta ciudad entre todas las otras del reyno de Ilirico, para que fuese como una fortaleza y municion fortísima de su reyno, sino tambien porque era una ciudad la mas fuerte que habia en toda la provincia de los Labeates, y situada en tan oportuno y fuerte lugar que ningun exército se podia llegar á ella sin dificultad muy grande. Cercaban á esta ciudad dos rios caudalosos. Por la parte de la ciudad que mira á Oriente pasa un rio que es llamado Clausala, y por el Occidente corre otro rio que tiene por nombre Barbano, el qual nace del lago que es llamado de los Labeatides. Estos dos rios no muy lejos de la ciudad se juntan en uno, y despues entran en otro que es llamado Oriundo, el qual nace del monte que llaman Scodro. Este rio caudaloso de tres juntos, se aumenta despues muy poderoso, et acrecentado se descarga en el mar Adriatico. El monte Scodro es el mas alto de todos los montes que se hallan en toda la tierra. De la parte de Oriente tiene sujeta la provincia de Dardania, y de la parte del Mediodia sojuzga el reyno de Macedonia, y de la parte de Occidente tiene tambien dominio sobre el reyno de Ilirico. Aunque esta ciudad por causa de la fortaleza del lugar donde estaba situada, que de su natural era fortísimo, y allende de esto era defendida con la ma-

yor fuerza que habia en el reyno et con la presencia del mismo Rey Gencio que estaba dentro, demanera que parecia lugar inexpugnable, sin embargo cobró ánimo el Pretor Romano para cercarlá, y esperanza para combatirla et tomarla. Y pues que los primeros principios le habian sucedido prósperamente pareciole ser necesario en aquella oportunidad seguir la fortuna como guiadora de la prosperidad comenzada, et amonestadora por las señas de sus principios para que llevase adelante la victoria hasta dar glorioso fin en su empresa. Ayudábales tambien mucho en aquella coyuntura el temor et espanto grande que habia venido sobre sus enemigos por causa de su nueva et próspera victoria, la qual oportunidad parecia de mucha importancia. Demanera, pues, que guiado por estas conjeturas el Pretor Romano, et sobre todas ellas por el ímpetu de su ánimo, que era como amonestacion divina de lo que habia de hacer en aquel caso, determinó cercar la ciudad, et luego juntó á los muros su exército bien ordenado. A esta sazon si los que estaban en guarda de la ciudad quisieran solamente estarse quedos et á reposo guardando sus puertas y distribuyendo algunos hombres armados en las torres de los muros para que las guardasen, et defendiesen la entrada á los enemigos, es notorio que perdieran su tiempo et su trabajo los Romanos, et que con poca fatiga de los de adentro fueran rechazados todos los que se atrevieran á escalar los muros.

Pero no contentos con el lugar fuerte donde estaban, pensando que era caso de menos valer estar cerrados determinaron salir fuera pues que eran muchos, et gente escogida para combatirse con los enemigos. Y asi salieron á un lugar igual et comenzaron á dar la batalla contra los Romanos con mayor ánimo que pudieron sostenerla. Resistieron los Romanos con gran fuerza el primer ímpetu de los enemigos, et despues cargaron sobre ellos de tal suerte que

luego se pusieron en huida, y como ciegos y despavoridos se tornaban corriendo á entrar dentro del pueblo. Los Romanos fueron en su seguimiento, et á la entrada de la puerta mataron mas de doscientos de ellos. De los demas se escaparan huyendo por los montes algunos, et otros dentro de la ciudad. Fue tan grande el pavor y espanto que á esta causa vino sobre los del pueblo que luego envió sus Embaxadores el Rey Gencio al Pretor Romano, por los quales le rogaba tuviese por bien hacer con él treguas por algun poco de tiempo, durante el qual pudiese consultar sobre lo que cumplia al estado de sus negocios. Los nombres de estos Embaxadores eran Teutico y Belo, que eran los Príncipes de aquella gente. Usó de clemencia el Pretor Romano, et aunque pudiera proseguir la victoria con daño y perdimiento del Rey et de todo el pueblo, concediole lo que habia demandado. Diéronsele treguas de tres dias para esta deliberacion, et en este medio el exército Romano se apartó de la ciudad hasta quinientos pasos. Quando se vió libre el Rey y quitado el cerco de la ciudad entrose en una pequeña barca, y fuese por el rio Barbano hasta el lago Labeato, diciendo que buscaba un lugar secreto para recogerse et consultar sobre lo que le cumplia en caso tan desesperado. Pero, segun despues se vió por la obra, salió de la ciudad por ver si habria alguna muestra de ciersalió de la ciudad por ver si habria alguna muestra de cierta esperanza que le habian dado, la qual á la fin salió vana. Habíanle dicho que venia su hermano Caravancio con un exército de muchos miles de hombres armados, que habia cogido en aquella tierra donde habia sido enviado, et que en aquella hora estaba en camino para venir á socorrerle. Pero quando se cayó de suyo este rumor et fue conocido por vano al tercero dia perdió toda la esperanza de socorro el Rey, et como se cumplia ya el tiempo de las treguas tornó á enviar por el rio abaxo á la ciudad de Scodra la barca en que habia venido, y él envió delante sus

Embaxadores al Pretor Romano, haciéndole saber como el Rey Gencio deseaba hablar con él, lo qual le fue luego concedido, y asi vino el Rey al real de los Romanos. Quando se halló en presencia del Pretor, el principio de su razonamiento fue acusar su locura, et á la fin se vino á acabar en piadosos ruegos y en muy tristes y lamentables lágrimas y grandes gemidos. Despues de conocido su error y demandado su clemencia, echose á los pies del Pretor, et púsose en su potestad et albedrio en nombre del Senado y pueblo Romano para que hiciesen de él y de su reyno conforme á su voluntad usando con él de la clemencia que solia usar el pueblo Romano en sus victorias. En oyendo el Pretor las lamentables palabras del Rey Gencio, lo primero que hizo fue consolarle en su desastrado caso diciéndole que tuviese buen ánimo, pues que en estar en mano de los Romanos estaba en poder de personas que se dolerian de su adversa fortuna, y tendrian respeto á su calidad y estado, y que no tendrian tanto miramiento á su yerro, quanto á la clemencia perpetuamente acostumbrada que solian usar con todos en semejantes casos. Despues de esto le convidó á cenar. Y entrando juntos en la ciudad el Rey conversó libremente con los suyos. Aquella noche cenó Gencio con el Pretor donde se le hizo mucha honra y buen tratamiento. Despues fue entregado en poder de Cayo Casio maestro de caballeros para que lo guardase. Demanera que vemos en este Rey un exemplo de avaricia digno de reprehension, et muy presto castigado, pues un Rey engañado por las malas artes del otro por solos diez talentos que apenas recibió, vino á caer en semejante fortuna. El Pretor Romano Anicio luego que tomó en su poder la ciudad de Scodra, lo primero que hizo fue buscar con diligencia los dos Embaxadores Romanos Petilio y Perperna, á quienes el Rey Gencio poco antes habia hecho meter en prision, y mandó que ante todas cosas estos fuesen traidos á

su presencia. Luego los restituyó en su dignidad y estado antiguo, y á la hora envió á Perperna para que tomase en su poder á los amigos et parientes del Rey et los traxese á la ciudad de Scodra. Este se partió luego, y sin dificultad ninguna, y puso por obra lo que el Pretor habia mandado, et en llegando á la ciudad de Medeon, que es en la provincia de los Labeates, halló alli á Etleva, que era la muger del Rey, con sus dos hijos que tenian por nombre Scerdileto et Pleurato y á su hermano Caravancio, los quales todos llevó consigo al real Romano á Scodra. El Pretor Anicio despues de acabada la guerra de Ilirico, á la qual dió fin dentro de treinta dias, envio á Perperna á Roma con las nuevas de la victoria, y pocos dias despues envió tambien al mismo Rey Gencio con su padre, muger, hijos y hermano, y con los Príncipes de los Ilirios. Demanera que esta guerra se supo en Roma ser concluida y acabada antes que viniese la nueva de ser comenzada.

CAPITULO XXIX.

Del temor y peligro en que se vió el Rey Perseo, y de la venida del Consul Romano á Macedonia, y del buen orden que seguia en su camino.

En el tiempo que estas cosas se hacian en Ilirico, el Rey Perseo estaba tambien lleno de temor y espanto, por causa de la venida del nuevo Consul Emilio, el qual habia entendido venia haciéndole grandes amenazas, y tambien por la venida del Pretor Octavio. Allende del temor del éxercito por tierra tenia otro tan grande et no menor peligro de la armada por mar de los Romanos, que ocupaba algunos puertos de mar, et casi cerraba les pasos por todas partes, porque ninguno pudiese pasar en su socorro. En la ciudad de Thesalonica tenian cargo del gobierno del pue-

blo Eumenes y Athenagoras con poca gente de guarnicion que no pasaban de dos mil hombres adargados. Al mismo lugar envió tambien á Androcles para que en compañia de los otros dos gobernase lo que era necesario en aquella guerra. Mandole que asentase el real cerca de la marina para defender la entrada de la tierra á los enemigos. Luego envió tambien mil caballeros á la ciudad de Enia, y por Caudilo de ellos envió á Antigono con orden que no solamente guardase la ciudad, sino que tambien defendiese la costa del mar, y que si algunas naos de los enemigos aportasen por aquellas bandas luego él con su caballeria fuese á socorrer á las gentes que moraban por los campos, porque no recibiesen daño de los adversarios. Envió mas Perseo, cinco mil hombres Macedonios para que estuviesen en guarnicion de las ciudades Pythi, et Petra. Los Caudillos de estos eran Histieo y Theogenes, et Milo. Despues de partidos estos Capitanes con sus gentes á las guarniciones donde los habian enviado, el Rey Perseo comenzó á fortalecer toda la ribera del rio Enipeo, porque podia ser pasado por un vado á pie seco. Y porque toda la multitud de la gente que con él estaba pudiese estar ocupada en esta obra, sin divertirse á otras cosas, mandó Perseo que las mugeres de los lugares comarcanos les traxesen mantenimientos, porque los que trabajaban no se ocupasen en buscarlos. Estando, pues, ocupados en esta obra los soldados del Rey Perseo, acercábase ya el Consul Romano Emilio con su gente. Hallándose en los montes altos á la entrada de Macedonia comenzó á ser apremiado de sed el exército, porque el calor era grande, y los lugares muy altos, et se habian agotado los arroyos de agua que en otra sazon solian correr por aquellos caminos. Como esto vió el Capitan mandó que todos le siguiesen al mar que estaba de alli no mas lejos de trescientos pasos, para buscar por aquellos lugares mas baxos agua dulce. Mandó que á las orillas del

mar cavasen los soldados en diversos lugares mediano trechô apartados los unos de los otros para sacar agua. Los montes que alli cerca habia de muy sublime altura les daban cierta esperanza que cavando en lugares mas baxos hallarian agua, porque por ningunas partes sobre la tierra se descubrian abiertos arroyos, et era necesario que los caños de agua estuviesen encerrados en las entrañas de la tierra, cuyas venas manaban por lugares cerrados et encubiertos hasta mezclarse con la agua salada del mar sin ser vistas. Asi lo hallaron por la obra como ellos lo habian juzgado. Porque apenas habian comenzado á cavar en la arena, quando luego comenzaron á saltar caños de agua dulce que al principio era turbia, y poco abundante; pero entrando un poco mas adentro luego despues comenzaron á manar caños muy abundantes de agua clarísima. Alli mataron todos la sed, y tomaron provision en cueros para lo que les restaba del camino, juzgando que este beneficio del agua que habian hallado era un don de la providencia divina excelentísimo por el qual denotaba ser su favorecedora, et cobraban esperanza que con el mismo favor del cielo serian socorridos en todas las necesidades que se les ofreciesen en aquella jornada. Este hecho aumentó tambien la fama, y la autoridad del Capitan para con sus soldados. Despues mandó á todos sus soldados que cada uno de ellos tuviese prestas y aparejadas sus armas, et él con los maestros de caballeros, y con las principales personas que con él venian fue á contemplar los pasos, y á notar por qué via podrian pasar mas cómodamente, por donde descenderian facilmente de los montes los hombres armados, y por qué camino seria mas llana la subida de la otra parte de la tierra. Despues de considerados con atencion todos los lugares parecióle ser sobre todas las cosas necesario dar orden como el exército pasase muy en orden, y sin alboroto ninguno, siendo de tal manera amaestrados los soldados que todo lo que hi-

ciese fuese conforme al mandamiento y voluntad de su Capitan, y que calladamente et sin alteracion todos le mirasen á la cara para ver lo que mandaba. Poco tiempo despues mandando á todos lo que habian de hacer, no todos lo entendieron igualmente, y como proseguian su camino sin habar todos entendido lo que el Capitan mandaba, aconteció que algunos de suyo hacian mas et otros menos de lo que se les habia mandado. A esta causa se levantaron muy varios y diferentes clamores por todo el exército, et de esta manera casi venian á saber los enemigos lo que pretendian antes que ellos mismos.

CAPITULO XXX.

De la nueva orden que puso en su exército el Consul Romano, proveyendo en todas las cosas que eran necesarias, y del razonamiento que hizo á sus gentes avisandolos con mucha gravedad cómo se habian de haber en aquella guerra.

Por evitar este inconveniente que era grande, mandó el Consul que el maestro de caballeros mandase secretamente á la primera orden de la gente lo que habia de hacer, y ellos mismos de mano en mano lo dixesen tambien secretamente á los que junto á ellos estaban, cada Centurion por sus enseñas, desde los primeros hasta los postreros, ó por el contrario comenzando la orden de los postreros hasta los primeros. De esta manera se puso remedio en el inconveniente pasado, et se entendian todos prosiguiendo su camino con silencio, et poniendo por obra calladamente lo que el Capitan ordenaba. Allende de esto puso nueva orden en los que hacian la vela et en las escuchas. Mandó que ninguno de los que fuesen á hacer la vela ni á las escuchas llevase escudo; porque decia que el velador no iba á hacer la guerra para que fuesen

necesarias las armas, sino que iba á velar y á escuchar, para que luego que sintiese los enemigos se acogiese al real, et despertase á los otros soldados, para tomar las armas y salir contra ellos. Mandó que los que estaban armados con yelmos en las cabezas, que estuviesen en pie y tuviesen el escudo levantado delante de sí enlazados los yelmos. Despues quando estuviesen cansados de estar en pie, que se apoyasen sobre sus medias lanzas que tenian en las manos, et que inclinada la cabeza sobre el canto de su escudo estuviese de esta manera descubierto el cuerpo porque pudiesen ser vistos desde lejos de los enemigos sus armas resplandescientes. Pero que los soldados de suyo ninguna cosa inventen, ni hagan otra que seguir á su Capitan, et poner con mucha diligencia por obra lo que él ordenare. Tambien mudó la costumbre de las estancias. Mandó que los caballeros estuviesen todo el dia en peso armados, y tuviesen cerca de sí enfrenados los caballos, para que luego estuviesen prestos todas las veces que fuese necesario mover contra los enemigos, y como á la sazon eran los dias del verano, et el perpetuo calor del sol quemaba las armas, et fatigaba mucho los cuerpos de los hombres y de los caballos, acontecia algunas veces que pocos enemigos fatigaban á muchos caballeros que antes que viniesen al combate estaban ya del continuo sol debilitados. Para poner tambien remedio en esto ordenó el Consul que los que hubiesen estado desde la mañana hasta el medio dia, que se partiesen á reposar aquellos, y succediesen otros en su lugar de refresco que tolerasen la estancia y calor de lo que restaba del dia. De esta manera nunca los enemigos descansados podian acometer á los Romanos fatigados, sino que siempre los hallaban con fuerzas enteras. Puestas las cosas en orden de la manera que decimos pronunció en una habla pública en presencia de su exército, que queria que todos perseverasen en esta orden hasta que hallasen oportunidad de acometer en campo abierto á los ene-

migos. Porque de esta manera estaban siempre seguros et atentos para no perder ninguna ocasion de las que se les ofreciesen. Allende de esto dixo mas en aquella habla que hizo, que para administrar bien los negocios de la guerra era cosa muy necesaria que solamente un Capitan en el exército diese orden en todo, et mandase lo que se debia hacer algunas veces por sí, et otras veces juzgando en compañia de los que fuesen llamados á su consejo, y que la resta del exército habia de obedecer sin resistencia, sin murmuracion y sin usar de vanagloriosas palabras. Porque no era honesto que los que no eran llamados á esta consulta declarasen en público ni secreto sus consejos, de las quales cosas intemperantes habian redundado muchas veces graves daños á valerosos Capitanes. Pues tocante al oficio de los soldados que se hallaban en el exército, cada uno de ellos habia de tener cargo de tres cosas, la primera curar honestamente de su cuerpo haciendo de manera que siempre esté sano, fuerte y muy ligero. La segunda que tenga sus armas muy buenas, et bien aparejadas et convenientes al oficio y lugar en que está puesto. La rercera que esté proveido de mantenimientos para estar presto y aparejado para todo lo que supitamente se ofreciere. Que tocante á todos los otros negocios de la guerra, que pierdan enteramente el cuidado los soldados particulares, y se tengan persuadido que los Dioses inmortales, et sus Capitanes tendrán cargo de administrarlos. Porque es verdad que en qualquier exército quando los soldados, el Consul, y el Capitan están en boca de los vanos et confusos rumores del vulgo, no puede ser que en el tal exército haya cosa buena ni saludable. Pues tocante á su persona y á su oficio mientras le durare la administracion del cargo que tenia, procuraria con todas sus fuerzas darles ocasion á que usasen siempre de virtud y esfuerzo. Pero que ellos tambien por su parte no se fatigasen en querer saber antes de tiempo lo que estaba por venir, sino quando viesen que

se les hacian señas para tomar las armas, que usasen de ellas valerosamente sin demandar otra cosa, pensando cada uno que la victoria de aquella guerra estaba puesta en el esfuerzo et honesta obediencia de los soldados. Despues que el Consul Romano hubo instruido á su gente con estos preceptos que dicho habemos, despidió la congregacion de sus soldados, y habló con tanta gravedad et destreza á su exército que los soldados viejos que en su plática se hallaron presentes todos á una voz confesaban que en aquel dia habian conocido y aprendido como bisoños lo que habian de hacer en la guerra, aunque se habian hallado en muchos peligros, et de no pocos de ellos era muy celebrada su fama. Y no solamente con estas palabras que vulgarmente decian daban á entender quan grato et provechoso les habia sido el razonamiento del Consul, sino tambien con el efecto presente de la obra declaraban su virtud y los buenos avisos que de su Capitan habian aprendido.

CAPITULO XXXI.

De lo que hicieron los soldados Romanos despues que oyeron con atencion el razonamiento de su Capitan, y de como se supo en los reales la nueva del triste caso del Rey Gencio que aumentó el ánimo de los Romanos, y debilitó el de Perseo.

A la hora no se veia persona en todo el real de los Romanos que estuviese ociosa. Todos comenzaron á ocuparse en aderezar y poner por obra lo que les era necesario para estar prestos y esperar con ánimo fuete qualquier peligro. Unos afilaban sus espadas, otros limpiaban sus yelmos et arneses, otros acomodaban las armas á sus cuerpos, et probaban estando armados la destreza y ligereza de sus miembros, otros blandian sus lanzas, otros probaban sus espadas, et les sacaban las puntas. Demanera que quien los viera á todos ocu-

pados y embebidos en estos exercicios, facilmente pudiera juzgar que quando quiera que se les ofreciese ocasion de venir á las manos con los enemigos, ó alcanzarian de ellos gloriosa victoria, ó padecerian todos la muerte con memorable ardimiento. Por otra parte el Rey Perseo, considerando que con la venida del nuevo Consul, y con el principio del verano ya comenzaban á moverse todas las cosas, et casi á renovarse los ánimos en el exército de los Romanos, cobraba temor Perseo, aunque no por esto perdia la esperanza de alguna buena fortuna. Veia que los Romanos estaban llenos de ardimiento y de presteza como si entonces comenzaran una nueva guerra. Habian movido su real et puestole de la otra parte de la ribera de cara del real de los Macedonios. Veia tambien al Capitan Romano que andaba contemplando todas las cosas asi por conocer las obras de los enemigos, como por hallar algun paso por la ribera para venir á las manos con ellos; ya con muy grande cuidado preparaba todas las cosas què podian aprovechar para combatir reales; no se descuidaba de nada de lo que un gran General debia procurar bien fuese contra el enemigo, bien para ayudar las fuerzas de los suyos. El mismo como que ya todo habia de venir á una batalla decisiba, alentaba los ánimos de los soldados, fortalecia mas y mas las obras, y nunca le parecia que habia previsto ni asegurado la ribera. Con todo esto por algun tiempo estuvieron quietos los reales, y no hay memoria dé que exércitos tan grandes y tan inmediatos hayan estando tranquilos. Entretanto vino nueva que el Rey Gencio habia sido vencido en el Ilyrico por el Pretor Anicio, y que él mismo con toda su casa y señorio era en poder de los Romanos. Estando en este estado los negocios de entrambos exércitos, vinieronle al Rey Perseo las nuevas del triste caso del Rey Gencio de los Ilyrios las quales aumentaron mucho el ánimo de los Romanos, y mucho mas el temor del Rey Perseo y de todos sus Macedonios. Al principio quiso el Rey

tener en secreto et encubierta la fama de este hecho porque no se debilitasen enteramente los ánimos de toda su gente.

A esta causa envió algunos de los suyos secretamente que saliesen al camino á Pentauhco que venia del reyno de Ilyrico, para que le avisasen de su parte que no se llegase al real, porque no fuese notorio á todos aquel desastre. Pero esta diligencia aprovechó poco porque ya habian sido vistos de los suyos algunos niños que venian entre los rehenes de los Ilyrios. Y quanto con mayor diligencia se defienden semejantes cosas, tanto mas presto son publicadas por la vanidad, y suelta parleria de los ministros reales. Casi en este mismo tiempo vinieron al real de los Romanos los Embaxadores de los Rodios con la misma embaxada de paz que en Roma habia tanto movido la indignacion y odio de los Padres. Con muy mas indignados y encendidos ánimos fueron oidos en el real. No faltaron algunos en aquella congregacion que juzgaron debian ser echados á la mala ventura estos Embaxadores fuera del real sin respuesta ninguna; pero el Consul moderó los ímpetus desordenados de los que se querian mover contra ellos, y dixo á los Embaxadores que dentro de quince dias les daria la respuesta. En este medio porque fuese notorio al Rey Perseo, y á todo el mundo quanto valia la autoridad de los de Rodas, que se entremetian en querer hacer paz, comenzó á delibrar con sus maestros de caballeros de la manera que habia de administrar todo el discurso de aquella guerra. Eran de parecer algunos en aquella consulta, principalmente los que eran mas ancianos, pasar sus municiones por la ribera del rio Enipeo, et hacer fuerza á los enemigos hasta constriñirlos á dar la batalla. Porque se tenian por cierto que estando los Romanos en buena orden puestos juntos no podrian romperlos ni aun resirtir los Macedonios, principalmente habiendose derribado el año pasado gran parte de muchos castillos altos et fuertes, que estaban entorno aquel lugar, fortalecidos con mucha guarni-

cion de los Macedonios, los quales faltando en aquella sazon harian menos daño en los Romanos, aunque pasase de la otra parte de la ribera. Otros eran de parecer que el Pretor Octavio se fuese con la armada por mar derecho á Thesalonica, y talando y destruyendo toda la costa de la tierra apremiase et fatigase el exército del Rey, apremiandole de tal manera que considerando como era apretado con doblada guerra por delante et por las espaldas, levantase su real de aquel lugar, y se acogiesen á las partes mas interiores de su reyno, para que de esta manera desamparada la guarda del rio, pudiesen los Romanos mas seguramente pasarle, y despues caminar adelante en seguimiento de los enemigos. Pero el Consul Romano era de contrario parecer, porque considerando la calidad del rio, juzgaba que no podia ser pasado seguramente asi por la naturaleza del lugar, como porque allende de la fortaleza natural le habia mucho fortalecido el Rey con municiones muy grandes. Y no solamente habia de la otra parte de la ribera puestos por justo intervalo muchos instrumentos de guerra, pero aun habia oido el Consul que los Macedonios eran mas diestros que los Romanos en tirar saetas et dardos y otras suertes de armas semejantes. Demanera que sin daño muy grande no pudieran pasar los Romanos el rio.

CAPITULO XXXII.

De como el Consul envió algunos de los suyos para tomar la guarnicion del Rey, y él dió la batalla en medio de la ribera que fue harto peligrosa.

De otro modo pensaba el Consul, et despidiendo la congregacion de los mas ancianos que se habian juntado para consultar sobre este negocio, mandó llamar dos mercaderes de Perrhebia, el uno de los quales tenia por nombre Scheno, y

el otro Menophilo. Estos eran hombres dotados de singular prudencia y lealtad, de los quales tenia conocimiento entero el Consul desde luengo tiempo. Quando fueron llegados en su presencia, les preguntó secretamente quál era el paso mas cierto que habia de alli á Perrhebia. Ellos le informaron de todo el camino, y como entendió el Consul que los lugares por donde habian de pasar no eran ásperos, pero que estaban ocupados con las guarniciones del Rey, cobró alguna esperanza de poder hacer por esta via alguna cosa, si los acometiese de noche y de improviso et con grandes fuerzas, pensaba que podria de esta manera deshacer las guarniciones; porque tocante á las saetas y dardos, y otras armas semejantes con que los Macedonios estaban armados et en ellas eran diestros, en aquella oportunidad eran armas de poco valor, porque se tiraban de lejos, y de noche son los tiros inciertos donde no pueden ser vistos los enemigos, et quando el combate viene á las manos hacen muy mayor daño las espadas que los dardos, y asi en aquella multitud mezclada y sobresalteada con las espadas en la mano facilmente podrian alcanzar la victoria los soldados Romanos. Estando pues deliberado el Consul de llevar por su gia á los mercaderes Perrhebios, y de usar de esta cautela mandó llamar al Pretor Octavio, y despues de haberle declarado lo que pensaba hacer, le mandó que él se fuese delante con su armada á la ciudad de Heraclea, y que alli tuviesen aparejados mantenimientos para mil hombres por diez dias. El tambien envió á Publio Scipion Nasicá, y á su hijo Quinto Fabio Maximo con cinco mil hombres de guerra muy escogidos, con orden que se fuesen tambien derechos á Heraclea, dando muestras que se querian embarcar en las naos; mas que fuesen llegados á la costa del mar de la interior Macedonia, para destruir toda la costa, como se habia determinado en el consejo de los Romanos. Pero secretamente fueron advertidos estos que en las naos habian provision demantenimientos, y

que fuesen sin cuidado et sin detenerse en el camino. Despues de esto fueron avisados tambien los Capitanes de la manera que se habian de gobernar, y de lo que habian de hacer en aquel camino. Mandó á los Capitanes que de tal manera distribuyesen sus jornadas que al tercero dia á la quarta vela de la noche pudiesen dar el combate al lugar que es llamado Pythio. El mismo Consul el dia siguiente por engañar al Rey et detenerle que no proveyese en las necesidades que podria haber en otras partes, determinó darle la batalla luego en amaneciendo en medio del rio, acometiendo primero las guardas de los enemigos. Pelearon de entrambas partes solamente con los soldados que estaban armados con armas ligeras, porque en un lugar tan desigual no se podia pelear con armas mas pesadas. La baxada de la ribera hasta la corriente del rio de entrambas partes era casi de trescientos pies. El medio espacio de la corriente que estaba en diversas partes de diversas suertes cavado conforme á la variedad de las municiones que tenian distribuidas al luengo de la ribera de su lado los Macedonios, se extendia hasta la longura de mil pasos. Alli en el medio de la ribera se juntaron las haces de entrambas partes, et se dió entre ellas la batalla, estándola mirando de la una parte el Rey, y de la otra el Consul desde los baluartes de sus reales. Con los dardos, saetas, azconas, y otras armas semejantes que de lejos se tiran, peleaban mejor los que ayudaban á los Macedonios. Pero de cerca lo hacian muy mejor los Romanos, y eran muy mas firmes, y estaban mas seguros en la batalla cubiertos con adargas y con escudos Ligustinos. Ya era casi el tiempo de mediodia, quando el Consul mandó hacer señal para que los suyos se corrigiesen. De esta manera en aquel dia se departió la batalla, en la qual murieron hartas gentes de entrambas partes. El dia siguiente despues de salido el sol, como estaban encendidos los ánimos de los unos et de los otros con la batalla del dia

antes, acometiéronse con mayor ánimo, y pelearon mas valerosamente que en la primera batalla En este combate los Romanos no solamente de los enemigos con quien se combatian, sino mucho mas de la otra multitud que estaba distribuida en guarnicion de las torres y castillos cercanos, con piedras, saetas, y otras armas semejantes que les tiraban, eran mal heridos. Como se iban llegando los Romanos con el calor de la batalla mas cerca de la ribera de los enemigos, tanto mas les alcanzaban las piedras et saetas que les tiraban los Macedonios, las quales no solamente herian á los primeros, sino tambien llegaban hasta los postreros. En aquel dia murieron muchos mas de los Romanos que en la batalla del dia antes. Visto esto el Consul mandó hacer señal para que se recogiese su gente algo mas tarde de lo que se habia hecho el dia primero.

CAPITULO XXXIII.

De como el Consul Romano levantó su real, et pasó aunque con gran trabajo á la otra parte de la ribera para pelear en campo llano con los enemigos.

Al tercero dia no quiso pelear el Consul, sino antes retrayéndose hasta la postrera parte del lugar donde estaba situado el real daba muestras que se queria partir de alli, et por un brazo de mar libre procuraba pasar á la otra parte de la ribera. Perseo atendiendo solamente á lo que tenia delante de la vista, ponia todo el cuidado en rechazar al enemigo por aquella parte. Entretanto P. Nasica con la esquadra que se le habia dado partiose hácia el mar de Heraclea; y en habiendo llegado allá, mandó á los soldados que cuidasen de sus cuerpos y esperó la noche. Entonces descubrió á los principales de los Capitanes los mandamientos verdaderos del Consul, y al cerrar de la noche tor-

ció el camino hácia el monte, y con silencio como era mandado guió las tropas á Pythio. E como hubiese llegado á lo mas alto del monte, levantado mas de diez estadios, hizo tomar algun descanso á los soldados fatigados. Con cinco mil Macedonios defendian el monte Milon, Histieo, y Theogenes enviados por Perseo; mas tan desgraciadamente que ninguno sintió venir los Romanos. Acometiolos Nasica asi dormidos, y facilmente los echó del monte, si se ha de creer á Polivio. Aunque Nasica en una carta á un Rey cuenta muy al contrario el caso. Y dice que era muy dificil la subida del monte, mas que no estaba guardado de suerte que con ningun trabajo hubiera podido tomarlo, si un desertor Cretense no fuese á contar á Perseo lo que pasaba: que por esto el Rey envió dos mil Macedonios y diez mil auxîliares á ocuparlo mandados por Milon, con los quales en lo alto se travó muy recia batalla. Dice tambien que él fue herido por un soldado Dracio, al qual él mismo atravesó el pecho con una hasta. Que al cabo los Macedonios vencidos dexaron el lugar, y el mismo Milon con muy grande vergüenza salvó la vida echando las armas.

En este estado de las casas Perseo no sabia que debia hacer, pues abierto el camino por el monte temia ser cerrado por los Romanos y era necesario, ó retirarse á Pydna á esperar al enemigo para pelear con menos peligro debaxo de los muros de la ciudad que era fuerte, ó repartir las tropas por las ciudades de Macedonia, y meter las mieses y ganados en los lugares mas fuertes, dexando al enemigo los campos talados y el suelo desnudo. Los amigos teniendo por mas seguro lo mas honesto, le aconsejaban que experimentase la suerte de la pelea. Que aventajaba en el número de los soldados, y que debia confiar en su valor, el qual ademas de ser natural en ellos les encenderian aquellas cosas muy poderosas y sagradas entre los hombres para moverles á pelear, quales son las aras, los hogares y

todo lo sagrado, y los padres y las mugeres por quienes habian de pelear. E por fin la vista del mismo Rey y su peligro. Movido con estas palabras se dispuso á la pelea, y y habiendo recorrido á Pydna, asentó los reales y ordenó el exército, destinando su oficio á cada Capitan, como si inmediatamente hubiese de pelear. El terreno era tal: habia un campo para ordenar la falange, la qual necesitaba una llanura abierta é igual, no tan á propósito que facilmente pudiera adelantarse. E tambien unos collados continuos que daban lugar á los de armas ligeras para retirarse y acometer por todas partes, con dos rios, que al uno los habitantes le llamaban Eson, y al otro Leuco; los quales aunque á la sazon llevaban poca agua, parecia que habian de servir de algun impedimento á los Romonos. Emilio habiendo juntado las tropas con Nasica se fue derechamente contra el enemigo, mas en viendo un exército muy poderoso por el número, y por la fuerza, excelentemente ordenado y dispuesto á la pelea, se paró pasmado repasando muchas cosas en su corazon.

En aquella sazon del año hacia muy grandes calores, porque era pocos dias despues del equinoccio del verano, et al tiempo que llegaron los Romanos al lugar donde querian asentar su real era ya el mediodia. A esta causa et porque habian cogido mucho polvo en el camino estaban los soldados cansados. La sed et el cansancio los fatigaba, et con el calor grande que se aumentaba, creciéndoles lo uno y lo otro. Considerando, pues, esto el Consul Romano no quiso poner entonces á su gente en ningun peligro, porque estaba frtigada, principalmente estando los enemigos reposados et enteros, et casi gloriándose de sus victorias. Aunque es verdad que era tan grande el ardor que encendia los ánimos de las gentes de entrambas partes con el deseo que tenian de pelear, que el Consul tenia necesidad de usar tanta destreza et arte para reprimir los encendidos ímpetus de

los suyos, como para vencer á los enemigos. Como no estaban todas las cosas aparejadas, amonestaba á los Tribunos que con mucha diligencia se aprestase todo lo que era necesario, porque si se hubiese de dar la batalla no los hallasen los enemigos desapercibidos. El mismo Consul andaba en torno de su exército visitando todas las órdenes, et animando á los soldados para la batalla, et encendiendo sus ánimos con deseo de ganar honra, rogándoles que usasen de virtud en aquel trance que era el postrero de sus trabajos. Alli le demandaron todos con gran corazon et alegria que les diese la señal et bando militar, porque ellos estaban prestos para dar la batalla. Despues qaunto mas crecia el calor, tanto mas perdian el vigor et lustre sus rostros et sus voces eran mas flacas, et algunos de ellos estaban echados sobre sus escudos, et apoyados sobre sus lanzas. A esta sazon mandó el Consul claramente que asentasen muy en orden et firme la delantera de su real, et pusiesen á punto como convenia los impedimentos del exército. Quando vieron los soldados que estas cosas se ponian por obra, como el Consul las habia mandado, gozábanse por extremo los unos loando á su Capitan, porque no habia querido que se diese la batalla en el tiempo del calor grandísimo, et estando ellos muy cansados del camino; los otros porque con aquellos aparejos pensaban que no estarian mas dudosos et esperando, sino que luego vendrian á las manos con los enemigos. Tambien los Embaxadores et Capitanes extrangeros que alli estaban con el Consul, entre los quales estaba tambien Atalo, todos aprobaban el consejo del Consul, et se holgaban infinito pensando que entonces queria dar la batalla.

Porque tampoco á estos habia declarado el Consul su intento. Pero como vieron que se mudaba el consejo, ó que no se ponia luego por obra lo que ellos tenian ya por cierto, quedaron maravillados et dudosos de lo que habia propuesto hacer el Consul, et aun no faltaban al-

gunos que le acusaban de tardio et negligente, et como tal juzgaban debia ser avisado.

CAPITULO XXXIV.

De como Publio Scipion Nasica amonestó al Consul notándole de negligente porque no habia dado la batalla, y de lo que el Consul le respondió.

Entre los otros se halló alli un mancebo muy noble y esforzado llamado Nasica, el qual entre todos se atrevio á amonestar al Consul de su oficio, diciéndole que los antiguos Capitanes Romanos no tenian por costumbre de engañar ni aun á sus enemigos, et mucho menos á sus propios amigos, como ellos al presente se hallaban engañados, pues que habiéndoles dado esperanza de batalla, et estando ellos puestos para darla, él disimulaba, y no queria que se diese. Y que si de esta manera lo queria hacer, que se tuviese por cierto que rehusando dar la batalla perdia de sus propias manos la victoria. Porque era de temer, que el enemigo se fuese huyendo en comenzándose á cerrar la obscuridad de la noche, et despues tendrian gran trabajo en irle á buscar hasta los últimos términos de Macedonia, et que no era bien mirado perder lo que tenian presente et cierto, por ir á buscar lo que seria ausente, et por ventura dudoso. Y lo que peor es, era temer que no les aconteciese lo que habian probado los otros Capitanes Romanos en aquella guerra con gran daño y trabajo suyo, de venir en necesidad de llevar el exército por los montes y collados y otros lugares fragosos y ásperos del reyno de Macedonia buscando á sus enemigos, que en aquella oportunidad ellos tenian presentes, et en lugar que podrian mostrar contra ellos su virtud con mayor gloria que si despues fuesen forzados á pelear con la dificultad y as-

pereza de los caminos, sin provecho ni gloria ninguna, antes con daño cierto de todo el exército. Por tanto que le suplicaban humildemente tuviese por bien acometer sin dilacion al enemigo entretanto que le tenia presente y en campo abierto donde no podria rehusar la batalla, ni escaparse de sus manos, et que por ninguna via quiera perder aquella ocasion tan grande de vencer et alcanzar cierta victoria. No se ofendió ninguna cosa el Consul con la libre amonestacion de tan claro mancebo, antes con muy alegre semblante le dixo estas palabras: »Amigo Nasica, en los »tiempos pasados tuve yo ese mismo ánimo que al pre»sente tú tienes, et quando fueres de mi edad, tendras »tú el mismo ánimo que ahora yo tengo. Ten por cier»to, Nasica, que en muchos casos diversos et adversos de »la guerra yo he aprendido quando es necesario pelear, »et tambien quando es provechoso dilatar la batalla. No »hay al presente tiempo ni lugar para declararte por ex»tenso las causas et razones por qué es mejor haber hoy »reposado que dado la batalla, pues que como veis esta»mos todos ocupados en el real, et con las armas en la »mano. Pero acabado este negocion, ó quando á tí te pa»reciere acuérdamelo, que yo te daré razon entera de mi »hecho. Y en lo que toca á los negocios que al presen»te tratamos, por amor de mí que seas por ahora con»tento con la autoridad del Capitan anciano et experimen»tado." Calló el mancebo, sin hablar mas palabra, et certificose en su ánimo que el Consul veia mayores inconvenientes en el dar la batalla de lo que á él se le traslucian. Pues el Consul Paulo quando vió que estaba asentado el real, et los impedimentos puestos en su lugar et las haces ordenadas como él lo habia mandado, lo primero que hizo fue quitar de la haz postrera los soldados de menos experiencia, et despues á los Príncipes, dexando estar en la primera haz á los lanceros, porque si los ene-

migos moviesen alguna cosa, hubiese quien resistiese. Por último, quitó tambien los lanceros, comenzando desde la ala derecha, hasta que poco á poco quitó á todos los soldados de cada una de las enseñas. De esta manera toda la gente de á pie et de á caballo que estaban puestos en la frontera del exército de cara á los enemigos se retraxo al real, deshaciendo la orden de las haces que estaban puestas á punto para dar la batalla, lo qual fue hecho sin alteracion ni revuelta ninguna. Y no quiso que la caballeria se partiese de su lugar hasta que toda la otra gente del exército fuese entrada seguramente dentro del real, y quedasen muy seguros guardados con los fosados et puertas. El Rey tambien de su parte, aunque estaba presto para dar la batalla et determinado de no rehusarla, et para este efecto tenia tambien en el campo ordenadas sus haces, como vió que por los enemigos quedaba, et que ellos se habian los primeros retraido, quiso él hacer lo mismo, pues que con su honra podia hacerlo, et mandó que se traxese tambien su exército, et se acogiesen todos al real.

CAPITULO XXXV.

De lo que dixo á los soldados Cayo Sulpicio Galo, del eclipse de la luna que denotó la victoria de los Romanos, y el vencemiento de los Macedonios.

Estando, pues, de la manera que decimos los reales de entrambas partes bien fortalecidos y cerrados, Cayo Sulpicio Galo, que era entonces maestro de caballeros de la segunda legion, y habia sido Pretor el año pasado por consentimiento y mandado del Consul, mandó que se juntasen todos los soldados, et en presencia de ellos dixo estas palabras: » Avisoos, amigos, que ninguno de voso» tros se espante, ni lo tenga por cosa milagrosa aunque

„ vea que esta noche acontecen algunas cosas no acostum-
„ bradas ni conformes al ordinario curso de la natura. Por-
„ que es cierto, que en esta noche faltará la lumbre de la
„ luna. Y aunque sea verdad que esto sea una cosa extraor-
„ dinaria, puédese tener por natural, pues que acontece de
„ cierto en cierto tiempo, et antes que acontezca se puede
„ saber et decir contando el ordenado curso de las revolu-
„ ciones de los cielos. Demanera, pues, que asi como no soleis
„ maravillaros quando veis en ciertos y ordenados tiempos los
„ nacimientos del sol et de la luna, sus acrecentamientos y
„ sus inclinaciones, pues que sabeis que en estas muestras
„ que dán á los hombres de su lumbre aumentada et dismi-
„ nuida siguen el curso ordenado de su naturaleza: de la mis-
„ ma manera no debeis tampoco pensar ser cosa monstruosa ni
„ milagrosa, aunque veais esta noche que se escurece la lum-
„ bre de la luna cubierta con la sombra de la tierra." Aquella misma noche, como lo habia dicho Sulpicio Galo, se escureció la lumbre de la luna, y como vieron los soldados Romanos cumplido por experiencia lo que el dia antes les habia dicho Galo, quedaron maravillados de su sapiencia, la qual juzgaban ser divina. Por el contrario los Macedonios quedaron atonitos y espantados con la falta de la lumbre de la luna, y juzgaban ser aquella una señal mala para ellos, que les denunciaba su perdimiento y la destruccion de su gente y de su reyno de Macedonia. Estos llantos y lamentaciones duraron en el real de los Macedonios todo el tiempo que duró en el cielo escurecida la lumbre de la luna, hasta que cobró de nuevo la claridad perdida, y tornó al mismo ser en que antes estaba. El dia siguiente era tan grande el ardor et deseo que habia de entrambas partes de que se diese la batalla, que no faltaron muchos asi en el campo del Rey como del Consul que acusaban á sus Capitanes porque no habian querido dar la batalla. El Rey tenia para con los suyos pronta et junta defensa. Decia lo que era

verdad, que el Capitan Romano habia sido el primero que habia rehusado la batalla, y el primero que habia metido dentro del real su exército. Allende de esto, que habia puesto en lugar tan aventajado sus guarniciones, que sin manifiesto daño suyo no pudiera llegarse á él con su gente. Por otra parte el Consul allende de la tardanza del dia antes, et despues de haber perdido la ocasion de combatir, que muchos juzgaban haber sido muy conveniente, dando tiempo et lugar al enemigo de irse huyendo aquella noche, si hubiera querido, tambien entonces dilataba la batalla et consumia el tiempo só color de hacer sacrificios. Porque habiendose antes dado la señal que en amaneciendo saliesen á la batalla, ya eran las tres horas andadas del dia quando se acabaron de celebrar los sacrificios, et aun sobre todo esto en aquella hora de nuevo llamó á consejo. En aquella sazon et lugar les parecia á muchos que el tiempo que se habia de emplear en la batalla, se consumia alli, perdido vanamente et consultando sobre cosas no necesarias y fuera de propósito. Despues de esto el Consul en presencia de toda su gente hizo un razonamiento en estas palabras.

CAPITULO XXXVI.

De la habla que hizo el Consul Romano á sus gentes escusandose de su tardanza.

» Publio Nasica mancebo noble et valeroso uno entre todos » los otros que ayer quisieran se diera la batalla, me declaró liberalmente su parecer et consejo. El mismo luego oyó » mi razon, calló, como si aprobara enteramente mi parecer » y juicio. A otros les ha parecido mejor reprehender al Capitan en ausencia, que amonestarle y avisarle en presencia. » Ten, pues, al presente por cierto, Publio Nasica, que no » me será grave ni molesto satisfacer en este caso, asi á tí

„que claramente me avisaste, como á los otros que lo mis-„mo que tú mas encubiertamente sintieron, dando ra-„zon cumplida porque me pareció mejor dilatar la bata-„lla. Porque os hago saber á todos, que no solamente no „me pesa del reposo que ayer tuvimos, pero aun me ten-„go persuadido que por este consejo guardé y conservé „todo el exército. Y porque no haya alguno entre vosotros „que piense me fundo en esta opinion sin causa muy sufi-„ciente, estad al presente un poco conmigo, et considere „con atencion cada uno de vosotros las causas que me mo-„vieron á hacer lo que hice, y quantas cosas habia que fa-„vorecian á los enemigos, y todas estaban derechamente con-„tra nosotros. Lo primero, pues, quanto al número de la gen-„te quan grande ventaja nos hancian, yo creo que ha mu-„cho tiempo que ninguno de vosotros lo ignora, y aunque „alguno hubiese que quisiese pretender ignorancia, no pudo „ignorarlo ayer, quando vió por sus ojos recogido el exér-„cito muy copioso de los adversarios. Pues nosotros, allende „de que somos muy pocos en comparacion de ellos, de es-„ta nuestra poquedad tal qual es, la quarta parte tenemos „ocupada en la guarnicion et defensa de nuestros fardajes é „impedimentos, y bien sabeis que en semejantes guarnicio-„nes no se ponen los peores soldados, sino los mejores. Pe-„ro quiero que seamos iguales en número, ¿os parece poco „si hacemos que de aquel real donde reposamos sola esta „noche, salimos hoy, ó á lo mas tarde mañana al campo „para dar la batalla favoreciéndonos para ello el favor y gra-„cia divina? ¿Pareceos que hay poca diferencia en sacar al „campo soldados que ni han sido cansados con el trabajo „del camino que hoy han hecho, ni fatigados con otras obras „trabajosas, sino que se han estado reposando, y aun re-„creando en sus tiendas, sanos, enteros et descansados, y „de alli salen al campo llenos de vigor y ardimiento asi del „cuerpo, como del ánimo bramando por descargar sobre sus

» enemigos, ó sacarlos fatigados del trabajo de luengo camino, cansados con muchas cargas, llenos de sudor, secos y aun ardiendo de sed los paladares, y la boca; los ojos llenos de polvo, quemados con la calor del sol de medio dia, et quebrantados con tantas dificultades, et que sobre todas ellas vengais á echarlos, como si fuesen bestias brutas para que hagan en ellas los otros lobos hambrientos su presa et una cruel carneceria? ¿Porque, qué otra cosa se ha de esperar que harán los que están reposados que con ninguno de semejantes trabajos han debilitado sus fuerzas, contra los otros que están quebrantados con tantas et tan molestas dificultades? ¿Considerad con atencion, asi Dios os dé la victoria que esperais, quán poco vale el esfuerzo de la gente por muy valerosa que sea estando de tal manera destrozada? ¿Y cómo en tal estado un abatido soldado bisoño podrá facilmente vencer á muchos animosos guerreros? ¿Allende de esto no ignorais que los enemigos muy á reposo et muy á su espacio habian ordenado sus haces, habian reparado sus fuerzas et sus ánimos, et estaban puestos como querian cada uno en su lugar bien armados y holgados? ¿Pues si en aquella sazon nosotros quisieramos dar la ballata allende de nuestros trabajos, que no eran pocos ni pequeños, era necesario que estuvieramos llenos de pavor temblándonos las manos, et agenos de nuestro sentido al tiempo que ordenaramos las haces, et despues que dieramos la batalla con mayor daño nuestro, pues que de principios mal ordenados no se pueden esperar prósperos fines? Pero replicarame por ventura alguno de vosotros? Es verdad que fuera nuestro exército mal ordenádo, pues que en tanta priesa no se podia hacer otra cosa, mas á lo menos tuvieramos nuestro real bien fortalecido, al qual pudieramos á cogernos si nos vieramos en estrecho, tuvieramos provision de agua et libre hasta el rio el camino, tuvieramos puestas nuestras guarniciones et espias en lugares

„ convenientes , fueramos con tiempo avisados de las cosas „ que se hacian en los lugares comarcanos? Aqui quiero que „ considereis, ¿si teniamos mas que perder que el campo de- „ sierto, et solo en qué peleabamos? Vuestros mayores quan- „ do tenian su real bien fortalecido en el campo, juzgaban „ que tenian un puerto seguro donde se podia acoger su „ exército en qualquier caso adverso y peligroso en que se „ hallasen. De alli salian seguramente á la batalla, en la qual „ si se levantaba alguna tormenta alterada y peligrosa á su „ real, como á puerto firme se recogian. A esta causa des- „ pues de haber bien fortalecido el real con cavas et baluar- „ tes, nuevamente le confirmaban con fuertes guarniciones. Por- „ que juzgaban , et no sin razon , que el Capitan que una „ vez habia perdido su real , aunque peleando venciese en la „ batalla , era siempre tenido por vencido. El real es un apo- „ sento reposado et glorioso donde se recrean los vencedores, „ y una fortaleza firme donde se acogen los vencidos. ¿Quán- „ tos exércitos habemos visto á los quales la fortuna fue ad- „ versa en la batalla , y fueron forzados á recogerse dentro „ de su real , et muy poco tiempo despues , y algunas ve- „ ces en el mismo momento salir contra los enemigos , et des- „ hacer et destruir á los que antes habian sido vencedores? „ Este asiento militar es otra patria et república nuestra , et „ las fosas y baluartes son las cavas et los muros , las tiendas „ de cada soldado son sus propias casas , y los Dioses de sus fa- „ milias. Si pelearamos contra los enemigos como vagabun- „ dos sin asiento ni acogimiento aunque fueremos vencedores „ en el campo , ¿dónde despues nos acogieramos para estar „ seguros ? Sobre todo esto contra las dificultades de la bata- „ lla que dicho habemos, que son muchas y de grande impor- „ tancia, puedese oponer lo que algunos dicen. ¿Qué hiciera- „ mos si se fuera huyendo esta noche el enemigo ? ¿Quánto „ trabajo hubieramos de tomar de nuevo en seguirle hasta los „ últimos fines del reyno de Macedonia? A esto respondo,

„que yo me tengo por muy averiguado, que ni él hubiera „esperado hasta agora en este lugar, ni hubiera sacado en „campo su exército, si tuviera voluntad de partirse. ¿Quán„to mas facilmente se pudiera ir si quisiera; quando nosotros „estabamos muy lejos, y no lo hizo? ¿Pues quánto menos „se podrá huir al presente ni escaparse de nuestras manos „estando como estamos nosotros puestos casi sobre sus cervi„ces? Tambien podeis estar seguros, que no nos podria en„gañar, ni se nos podria esconder en ningun tiempo que qui„siese partirse, aunque fuese de noche. Y ya que se veia, „qué cosa puede venir á nosotros mas gloriosa ni mas pro„vechosa, que ir empos de ellos, et acometerlos por las es„paldas en el campo llano et libre, desconcertadas las ha„ces, desamparados de todas municiones, et lo que peor es, „con los ánimos temerosos et abatidos que sin batalla son ven„cidos. Esto por cierto seria para nosotros muy mas facil et „mas provechoso que tenerlos aqui delante de nosotros en „el lugar en que están encerrados y seguros dentro de su „real muy alto et fortisimo, defendido et amparado con tal „ribera, cercado de cavas, baluartes, et tantas municiones, „et rodeado de tantos castillos fuertes que entorno le de„fienden. ¿Quánto con mayor pena et fatiga nuestra le po„demos sacar de este lugar que si estuviese en un campo „llano? Estas, pues, son las causas que me movieron á „querer dilatar la batalla desde ayer para hoy, et no pen„seis que me moví sin propósito. Porque os hago saber que „yo tengo tanto deseo como vosotros de dar hoy la ba„talla como lo podeis juzgar por la experiencia, pues te„niendo cercado el camino para pasar á los enemigos con „el rio Enipeo que estaba en medio, deshaciendo la guar„nicion de los enemigos, abrí otro camino nuevo hasta ve„nir en la presencia de ellos como estamos, et teneos por „cierto que no cesaré hasta haberlos vencido et destruido. „Con esto dió fin á su razonamiento el Consul."

CAPITULO XXXVII.

De lo que ocurrió en entrambos exércitos, por lo que los Capitanes fueron forzados á dar la batalla.

Despues que hubo acabado su habla el Consul Romano, todos guardaron silencio muy grande por un espacio de tiempo. Una parte de los que se hallaron presentes fue convertida en la opinion del Consul, juzgando ser verdadera; y la otra parte aunque aprobaba tambien sus razones, todavia estaba con temor que se habia hecho tal yerro en no dar la batalla, que á fatiga podria ser enmendado. Tampoco en aquel mismo dia el Rey ni el Consul no tenian intencion de dar la batalla. El Rey lo dexaba porque veia que los Romanos no estaban cansados como el dia antes, ni les temblaban las manos en asentar el real, ni en ordenar sus haces, ni estaban mas desordenados como antes lo habian estado. El Consul tambien queria dilatarlo porque despues que habian asentado nuevamente el real, habia en él falta de provision de leña y de mantenimientos para las bestias, et buena parte de los soldados era ida fuera á traer lo necesario de los campos comarcanos, y á esta causa quisiera por aquel dia dilatar la batalla. Pero la fortuna que tiene dominio en los negocios humanos, gobernó el caso de tal manera que contra la voluntad de entrambos Capitanes fueron forzados de venir á las manos et de dar la batalla. Habia un pequeño rio que pasaba mas cerca del real de los enemigos, que del real de los Romanos. De este rio salian á proveerse de agua asi los Romanos como los Macedonios, y de la una parte y de la otra estaba puesta guarda de cada vanda de la ribera, para que seguramente pudiesen ir, venir y proveer de agua á sus exércitos. Dos esquadrones estaban alli puestos de los Romanos, el uno Marrucion, et el otro Peligno, y dos esqua-

dras de caballeros Samnites, el Caudillo de las quales era el Embaxador Marco Sergio Silo. Allende de estos habia tambien otra guarnicion estante cerca del real debaxo del gobierno y amparo del Embaxador Cayo Cluvio. En esta guarnicion habia tres esquadrones de gente de á pie muy buenos, el uno llamado Firmiano, el otro Vestino y el tercero Cremonense. Tambien habia dos esquadras de caballeros, la una Placentina y la otra Esernina. Aconteció, pues, que habia ocio en la ribera, y ni de la una parte, ni de la otra no venian á coger agua, y ni las unas guardas, ni las otras no tenian que hacer, ni se querian acometer entre sí. A esta sazon siendo ya las quatro horas del dia, aconteció un caso no pensado. Escapóse una bestia de las manos de los que la curaban, et entrandose luego dentro del rio quisose pasar de la otra parte de la ribera donde estaban los enemigos. Entraron luego tras la bestia tres soldados dentro del rio para alcanzarla et traerla. El agua les daba hasta la rodilla. Salieron tambien de la otra parte de los enemigos dos soldados Thracianos hasta el medio de la ribera para tomar la bestia y llevarsela á su banda. Pero los Romanos se lo defendieron, y matando uno de ellos, cobraron la bestia y se tornaron con ella á su estancia. En la guarnicion de los enemigos habia casi ochocientos hombres Thracianos que guardaban la ribera. Estos no pudiendo sufrir que fuese muerto el hombre de su tierra en su presencia, sin tomar venganza de su muerte, movieronse al principio unos pocos, y pasaron de la otra parte de la ribera contra los que le habian muerto. A estos siguió luego mayor número, despues todos los que restaban de los Thracianos, y á la fin toda la guarnicion de los Macedonios con sus Caudillos et Capitanes, trabando pelea con el presidio que de parte de los Romanos defendia la ribera del rio. Autores hay que dicen que Paulo mandó hechar un caballo sin freno contra la ribera del rio, enviando algunos que fuesen á traerlo, para que los enemigos fuesen los pri-

meros á pelear; porque de veinte víctimas que se sacrificaron ninguna fue favorable, hasta que sacrificada la veinte y una declararon los agoreros que prometia victoria á los Romanos si se defendian, mas no si acometian. Mas ya fuese por consejo del Capitan, ya por acaso, la pelea ciertamente tuvo este principio, la qual como de entrambas partes corriesen unos detras de otros á socorrer á los suyos, prontamente se encendió de tal suerte que los Generales fueron obligados á arriesgar una pelea decisiva. Ca Emilio en oyendo el ruido de los que de todas partes corrian, salió de la tienda, y viendo que no era facil ni seguro retraerse, ó contener el ímpetu ciego de los que corrian á las armas pareciole bien aprovecharse del ardor de los soldados, et hacer ocasion del acaso. E sacando las tropas de los reales, fue por enmedio de las órdenes con el caballo, exhortandolos á comenzar la pelea con tanto ardor como la habia deseado. En este mismo tiempo Nasica fue enviado á observar como iba la cosa entre los que movian la primera pelea, y traxo nuevas como Perseo se acercaba con el exército aparejado.

Venian los Tracios los primeros, de rostros crueles, et cuerpos muy crecidos, y el lado siniestro defendido con escudos maravillosamente resplandecientes. Una vestidura negra les cubria entrambos los hombros, mas del derecho pendia una hasta de grande peso. Seguian á los Tracios los socorros tomados á sueldo, de diferente armadura y vestido segun la diversidad de naciones entre los quales estaban los peones. Iba detras la esquadra de los Macedonios, que llamaban la Falange Leucaspida, escogida de los mas robustos y esforzados, lucidos de armas doradas, et ferreruelos morados. Este era el medio del exército. Seguian á estos los que llamaba Calcaspidas, ó Aglaspidas de los escudos de metal resplandecientes. Esta Falange fue puesta junto á la otra en la ala derecha. Ademas de estas dos Falanges, que eran la fuerza principal del exército Macedo-

nio, los cetrados, armados de rodela, que asimismo eran Macedones, y traian unas hastas llamadas Sorisas, como las Falanges, en lo demas armados ligeramente estaban repartidos en las alas avanzados delante del demas exército. El campo resplandecia con las armas, y los montes cercanos resonaban con las voces de los que á una se alteraban. E fue tan grande la diligencia de estas tropas á salir á la batalla, que los que primero murieron, cayeron á doscientos, y cincuenta pasos de los reales.

Entretanto iba saliendo Emilio, el qual luego que vió tanto á los Macedonios, quanto á los que habian sido mezclados con la Falange, unos los escudos y otros las rodelas quitadas del hombro, y las Sorisas inclinndas con una señal, recibir el ímpetu de los Romanos: maravillado de la estabilidad y union de las esquadras, et asimismo de la horrible trinchera que hacian las Sarisas extendidas, el pasmo y el miedo se apoderó de él, como quien jamas habia visto espectáculo asi horrendo. E muchas veces él despues acostumbraba contarlo. Mas cuidadosamente ocultando la turbacion de su ánimo, con semblante apacible ordenaba la pelea. Ya los Pelignos se habian mezclado con los Cetrados; mas como no pudiesen romperlos por mas que mucho tiompo lo intentaron, el Capitan de los Pelignos, llamado Salio, arrebató una bandera, y la echó en medio de los enemigos. En esto se encendió gran contienda, trabajando los Pelignos por recobrarla, y los Macedonios haciendo todo esfuerzo por retenerla. Los primeros unas veces con las lanzas cortaban las hastas de los Macedonios, otras las apartaban con los escudos, y aun con las manos desnudas; Pero estos las tenian fuertemente asidas de ambas manos y con tanta violencia las metian por los que fosca y ciegamente arremetian, que traspasados los escudos y lorigas atravesaban tambien los hombres, y los echaban por encima de las cabezas. Asi fueron desbaratadas las órdenes delan-

teras de los Pelignos, y aun los que estaban detras; de-manera que sin huir abiertamente volvian atras hácia el monte que los naturales llaman Olocro.

Con esto se encendió Emilio en tanto pesar, que indignado rompió el Paludamento. E tambien porque veia qua en las demas partes los suyos andaban detenidos allegándose con temor á aquel como vallado de hierro, el qual por todas partes hacia espantable el esquadron Macedonio. Mas como el sabio Capitan viese que no en todas las partes estaban asi unidos, sino que en algunas abrian ciertos intervalos, bien fuese por la desigualdad del terreno, bien por la demasiada extension del frente, dividiendo necesariamente no por voluntad los que ocupaban lugares mas altos de los que estaban en mas baxo, ó los mas detenidos de los mas ligeros, et los que se adelantaban de los que se quedaban, y finalmente los que perseguian al enemigo de los que eran echados adelante; para acabar de romper enteramente la orden de los enemigos, y deshacer en muchas batallas pequeñas la fuerza de la Falange, la qual unida toda no podia ser vencida, mandó á los suyos que mirasen atentamente por donde el exército enemigo abria algunos intervalos, et que por alli, como quiera que fuesen pequeños, se metiesen con ímpetu, formados á manera de cuña, y peleando denodadamente. Esta orden fue dada et llevada por todo el exército, y luego él mismo llevó una de las legiones á la pelea.

CAPITULO XXXVIII.

De como se dió la batalla entre los Romanos y los Macedonios, en la qual los Romanos fueron vencedores, y lo demas que en ella sucedio.

Movíase et encendíase de ardimiento en verle todo el exército, considerando la magestad de su imperio, la gloria de aquel varon, y sobre todo su edad, que pasaba ya de sesenta años, y con todo eso él mismo era el primero que ponia mano en todos los oficios de la guerra, que propiamente pertenecen á los mancebos que con el vigor de la mocedad tienen las fuerzas enteras, y él era el primero que sostenia la mayor parte del trabajo y del peligro. Ordenó sus haces diestramente, y el intervalo que habia entre los soldados adargados et las otras esquadras, que llaman Falanges, le hinchió con una legion con la qual rompió la orden de las haces de los enemigos. Esta legion estaba puesta á las espaldas de los soldados adargados, et á la frontera de los que estaban armados con escudos resplandecientes, á los quales llamaban Aglaspides. La segunda legion mandó que fuese guiada por el juicio de Lucio Albino, varon consular, et llevada contra la capitania de los enemigos, que era llamada Leucaspide, la qual constaba toda de hombres armados con blancos escudos. Esta era la haz medianera de los enemigos. Por la ala diestra, que era en el lugar donde se habia dado la batalla, junto á la ribera, fueron entrados en la batalla los elefantes, y la ala de los aliados del nombre Latino. De aqui se comenzó el principio de la victoria de los Romanos y del huir de los Macedonios. Porque asi como muchas nuevas invenciones de los mortales parece que son de gran valor y eficacia quando se cuenta con una magnificencia et sublime pompa de palabras, las

quales mismas se deshacen, y parecen de ningun valor quando es necesario que se cuenten conforme al efecto de la verdad quando son hechas, et de la manera que se ponian por obra; de la misma manera se puede decir que les aconteció en aquella guerra con los elefantes, los quales en el exército tuvieron solamente el nombre sin el efecto et uso de su grandeza. Tras el ímpetu de los elefantes se siguieron los aliados del nombre Latino. Estos rompieron et destrozaron la ala siniestra de los enemigos. En el medio del exército fue puesta la segunda legion de los Romanos, y esta deshizo luego la esquadra de los enemigos que era llamada Falange. En toda esta batalla no hubo ninguna causa tan evidente por la qual podamos decir que los Romanos alcanzaron la victoria como en haberse repartido la batalla en muchos lugares, y en muchas diversas batallas apartadas, las quales turbaron al principio, y despues destruyeron enteramente la Falange de los enemigos, que constaba toda de hombres armados y con lanzas. Las fuerzas de esta tal esquadra quando está toda entera y junta con sus lanzas suelen ser intolerables. Si acometiendo á estos poco á poco son forzados estos lanceros á mover á muchas partes sus lanzas que por causa de su peso y longura son molestas et enojosas, et no pueden ser mandadas al placer y voluntad del que las gobierna, entremétense las unas con las otras confusamente sin que puedan usarlas ni aprovecharse de ellas como querrian. Si por los lados, ó por las espaldas se levanta contra ellos algun alboroto, no de otra manera se turban que si viniese sobre ellos una ruina y destruccion manifiesta, como les aconteció en el desastre de aquella batalla. Porque fueron forzados de tornarse á unas partes y á otras por enmedio de las haces que por muchas vias estaban rompidas y deshechas, para resistir á los Romanos, que venian de tropel juntos cuntra ellos; et como los acometian por diversas partes hacíanlos perder el tino,

sin saberse aprovechar de sus lanzas ni de sus armas, et los Romanos por donde quiera que hallaban el camino abierto, por alli penetraban juntos, y deshacian facilmente á los enemigos, asi matando muchos de ellos sin resistencia, como esparciéndolos por diversas partes, porque fuesen menores sus fuerzas. Y si al principio corrieran con toda su haz entera contra la Falange de los lanceros de los enemigos, que estaba de cara á ellos junta y bien fuerte, como lo hicieron los Pelignos incautamente al comienzo de la batalla que corrieron contra los adargados, no hicieran otra cosa que meterse por las lanzas de los enemigos, y fueran todos deshechos, porque no pudieran resistir las fuerzas de tal capitania estando entera y junta. Pero fue grande la destreza et sabio consejo de los Romanos en esparcir y deshacer la orden de los enemigos, por cuya ocasion no solamente alcanzaron la victoria, pero aun hicieron en ellos estrago muy grande, y muchas muertes. Pero asi como en la batalla de la gente de á pie los Romanos eran vencidos et mataban gran número de los enemigos, sin resistencia de persona, y sin escaparse ninguno de sus manos, sino algunos pocos que dexaban las coronas et pensaban escaparse huyendo, de la misma manera tambien toda la caballeria de los Macedonios iba ya de vencida. Los caballeros que quedaron casi todos juntos se pusieron en huida. El primero y principal que comenzó á huir fue el mismo Rey Perseo. El qual de Pydna con algunas alas, que llamaban sagradas, de caballeros se iba con gran celeridad para acogerse en la ciudad de Pela. A la hora los siguió Cotys, y la cballeria de los Odrisios. Tambien las otras alas de los Macedonios enteras se partian de la batalla huyendo. Porque como estaba en medio puesta la esquadra de la gente de á pie, cuyo extrago y destrozo tenia ocupados los vencedores, olvidáronse de seguir á los caballeros estando muy embebidos en matar los peones. Luengo tiem-

po se detuvieron los Romanos en destruir esta haz de los Falangistas hiriéndola de cara, por los lados, y por las espaldas. A la fin, como ya no habia en ellos ninguna mas resistencia, los que se podian escapar de las manos de los vencedores desarmados y destrozados se iban huyendo al mar, algunos de los quales se entraban dentro del agua, et levantando las manos en alto juntas, rogaban humildemente á los que estaban en las naos, que les dexasen la vida, y que no los matasen. Estos como veian andar por todas partes muchos barcos que venian de las naos, pensaron que venian para tomarlos presos, y no para matarlos, atreviéronse á entrar mas adentro del agua con no menor peligro que era el que huian de la tierra. Pero quando llegaron á ellos las barcas, et vieron que no solamente no querian tomarlos, sino que los herian y maltrataban como enemigos, fueron forzados á tornarse otra vez á la tierra, donde cayeron en otro tan grande inconveniente, como antes en la tierra y en el mar habian hallado. Porque los elefantes que habian sido guiados á las orrillas del mar por sus gobernadores para que alli estuviesen reposando hasta que se diese fin á la batalla, como veian salir á estos hombres del mar los cogian et los despedazaban.

CAPITULO XXXIX.

De los muchos que murieron en la batalla de los Macedonios, y de los pocos Romanos, y de la huida del Rey Perseo, y de lo que mas sucedió.

Facilmente se acordaban entre sí los Romanos, y eran de una misma opinion, afirmando que nunca en un exército et de una vez habian muerto tanto número de Macedonios. Porque fueron muertos en aquella batalla hasta veinte mil hombres,

et de los que fueron huyendo de la batalla á Pydna fueron presos vivos seis mil hombres. Allende de estos prendieron tambien cinco mil hombres de los que andaban huyendo vagabundos y desamparados. De los vencedores murieron no mas de ciento, y la mayor parte de ellos fueron Pelignos, y fueron heridos algunos mas. Y si un poco mas temprano comenzaran la batalla, para que tuvieran mas luengo tiempo de dia claro los vencedores sin duda ninguna fuera destruido todo el exército de los Macedonios. Pero la noche que ya comenzaba á cerrarse con sus tinieblas cubrió á los vencidos que iban huyendo, y puso una cierta pereza en los Romanos tal que no quisieron seguir á los enemigos vencidos por ser la noche obscura, et no tener noticia de los lugares y caminos por donde iban huyendo. El Rey Perseo se fue huyendo á la selva que era llamada Pieria, acompañado de muchos caballeros y de la compañia real que le seguia. Todos juntos llegaron á la selva, en la qual habia muchos caminos angostos, y la noche se acercaba. A esta sazon se halló el Rey no solamente triste et muy alterado, sino tambien perplexo et dudoso. Porque traia consigo mucha gente de la qual no se fiaba enteramente hallándose principalmente en tal coyuntura de caso tan desesperado. A esta causa tomando consigo muy pocos et los mas fieles determinó apartarse con ellos y encerrarse en algun retraimiento donde estuviese seguro. Con estos pocos apartados de la otra multitud atravesó por un camino que en la selva habia espeso y no muy usado. Toda la otra caballeria que se halló en la selva sin Capitan y Caudillo, como ganado sin pastor se fueron descarriados unos por un camino et otros por otro hasta que llegaron á sus ciudades. Algunos de ellos, aunque pocos se fueron á la ciudad de Pela, á la qual llegaron antes que el mismo Perseo, porque fueron por camino derecho, y se apresuraron. El Rey fue por extremo fatigado hasta la media noche, asi

por los grandes temores y sobresaltos que le sobrevenian, como por otras muchas y varias dificultades que padecia en el camino. Quando fue llegado á la ciudad de Pela aqui halló que Eucto, Presidente de su palacio, y los niños reales de su casa, le recibieron benignamente, y condoliéndose de su lamentable caso estaban prestos para servirle. Por el contrario, sus amigos y familiares, que se habian escapado de la batalla, y eran venidos á la misma ciudad, fueron de él muchas veces llamados, et ninguno de ellos quiso jamas venir á verle. Solos tres se hallaron con él, que le acompañaron en aquel camino, quando venia huyendo. Estos eran Evandro Cretense, Neon Beocio, et Archidamo Etolo. Con estos comunicó lo que debia hacer en aquel caso tan triste y sin remedio. Quedar en aquel lugar no le parecia seguro, porque desde entonces comenzaba á estar con mucha solicitud et miedo, que aquellos mismos que tantas veces habian sido llamados, y no habian querido venir, poco tiempo despues tentasen contra él alguna cosa mas grave. Por esta causa se huyó de alli acompañado de solos estos tres á la quarta vela de la noche. Siguieronle un poco detras quinientos Cretenses, y el Rey se iba derechamente á acoger á la ciudad de Amphipólis. Era de noche obscura quando salió de Pela, et dióse mucha priesa en el camino por pasar antes que fuese el dia claro el rio que es llamado Axio. Porque en este término pensaba que los Romanos cesarian de perseguirle, cansados y enojados por causa de la dificultad del camino. El Consul Romano despues que se recogió al real vencedor, porque no gozase del placer grande por entero de aquella tan ilustre y excelente victoria, sin que fuese mezclado con alguna solicitud et tristeza, fatigabase mucho por el cuidado que tenia de su hijo el menor que no sabia si era muerto en la batalla, ó si habia quedado vivo, y dónde estaba. Este era Publio Scipion, el qual despues fue tambien llamado Africano, porque este mancebo

por su esfuerzo et virtud destruyó la ciudad de Cartago, y por causa de este notable hecho alcanzó tambien renombre de Africano. Este era hijo natural del Consul Paulo, y por adopcion era nieto de Africano. Era en aquella sazon este mancebo de edad de diez y siete años, el qual con el ardor de la mocedad habia seguido á rienda suelta á los enemigos, et metidose tanto á dentro entre la multitud de la gente que no sabia donde era llegado, y este ardimiento tan demasiado en mancebo de tan pocos dias era lo que principalmente fatigaba el ánimo del padre. Pero poco tiempo despues tornó sano y salvo el mancebo al real de los Romanos, y quando el padre hubo cobrado á su hijo, entonces comenzó á sentir por entero el gozo de aquella tan grande victoria.

CAPITULO XL.

De la cautela que usó el Presidente de la ciudad de Amphipolis para echar fuera del pueblo dos mil hombres Thracianos que estaban en guarnicion, porque no saqueasen la tierra, y de la venida del Rey Perseo.

Quando llegó la fama de la batalla que habian perdido los Macedonios á la ciudad de Amphipolis, hizose luego un concurso muy grande de todas las matronas de la ciudad que venian al templo de Diana, que tenia por sobrenombre Tauropolon, á rogar á la Diosa por el estado público del reyno y de su ciudad, y que les diese favor y ayuda en tiempo de tantas angustias. A esta sazon el Presidente de la ciudad, que era llamado Diodoro, teniendo temor de los Thracianos, porque tenia dos mil hombres de aquella nacion por guarnicion de la ciudad, que si entendiesen aquellas tristes nuevas de ser vencido el Rey, se apoderarian de la ciudad y la saquearian, por evitar este inconveniente ordenó un ardid que

le aprovechó mucho. Sobornó á un cierto mensagero para que fingiese que venia con gran priesa de fuera sobre negocios de importancia, y que le diese unas cartas estando él en la plaza en compañia de los ciudadanos. En estas cartas estaba escrito como la armada de los Romanos era llegada á Emathia, y que los Romanos salidos en tierra talaban y destruian todos los campos de las tierras comarcanas. Por tanto, que los Gobernadores de Emathia le rogaban con mucha instancia que les enviase algun socorro et ayuda contra los destruidores. Leidas estas letras, rogó y amonestó á los Thracianos que quisiesen ir á defender la tierra de Emathia, persuadiéndoles que harian gran destrozo en los Romanos que andaban esparcidos por los campos, y que hallarian en sus naos grandes tesoros. A esta sazon disminuyó tambien con palabras quanto pudo la fama de la batalla perdida, diciendo, que si fuera verdad lo que se decia, que ya lo sabrian de cierto no por inciertos rumores, sino por expresos mensageros que vendrian á dar el aviso unos sobre otros, et aunque estos faltasen, ya se habrian acogido á la ciudad muchos de los que se hubiesen escapado corriendo. Por esta ocasion envió los Thraces fuera de la ciudad, y no contento con verlos fuera de las puertas, fue con ellos hasta que les vió pasados el rio Strimon, y despues se tornó á la ciudad et cerró luego las puertas. Al tercero dia despues de la batalla perdida, Perseo llegó á la ciudad de Amphipolis. De allí envió sus Embaxadores al Consul Paulo. En este medio Hippias, Milon y Pantauhco, que eran los principales amigos del Rey, se habian acogido á la ciudad de Berea. Estos como vieron el pleyto mal parado, y sin esperanza de poder recobrar lo que habian perdido, vinieron ellos mismos al real de los Romanos, y dieron la ciudad al Consul et ellos se pusieron en su mano. Para hacer esto mismo se aparejaban otras muchas ciudades, vencidas del miedo que tenian, que los Romanos vendrian á saquearlas y destruirlas,

y á esta causa ellas se anticipaban á darse por ganar su gracia. Despues de ganada la batalla, el Consul Paulo luego despachó para Roma tres Embaxadores, á su hijo Quinto Fabio, á Lucio Lentulo y á Quinto Metelo con sus cartas, por las quales hacia saber al Senado la victoria que habian habido de los enemigos. Partidos estos Embaxadores, el Consul concedió á los soldados de á pie los despojos del exército de los enemigos, y á los caballeros dió el despojo de los campos comarcanos, pero con tal condicion que no estuviesen ausentes del real mas de dos noches. El mismo Consul con su real se partió de alli y se fue mas cerca de la mar, junto á la ciudad de Pydna. Berea fue la primera ciudad que se le dió. Tras ella vinieron á darse Thesalonica y Pela, y despues dentro de dos dias se le dió casi toda Macedonia. Los de Pydna, que eran los mas cercanos, aun no le habian enviado sus Embaxadores. Una multitud desordenada y confusa de muchas suertes de gentes estaba dentro de la ciudad, y gran número tambien de aquellas gentes que de la batalla se habian huido á este pueblo, et estos todos juntos como eran juicios diversos et muy confusos estorbaban el consejo y consentimiento de los Gobernadores de la ciudad, y no solamente tenian cerradas las puertas de la ciudad, pero aun muradas y tapiadas. Envió el Consul á Midon y á Pantauhco á los muros, para que de fuera hablasen con Solon, que estaba puesto en guarnicion et guarda del pueblo. En las primeras hablas se concertaron, et echaron fuera toda la multitud militar que habia dentro, y se dió la ciudad á los Romanos; el Consul la dió á los soldados para que la saqueasen. Al Rey Perseo le quedaba sola una esperanza, y era solamente de la ayuda et favor de los Bisaltaros, á los quales antes no habia tentado, ni les habia enviado sus Embaxadores. A esta causa salió en público llevando consigo á su hijo Filipo para hablar en la junta de todos los que habia dentro de la ciudad que por su manda-

miento se habian en un lugar congregado. Queria el Rey con su razonamiento confirmar los ánimos de los ciudadanos de Amphipolis, y de todos los otros caballeros y gentes de á pie que le habian á él seguido, ó se habian acogido dentro de los muros de aquella ciudad, y avisar tambien á todos de lo que le parecia debian poner por obra en aquella última necesidad de todo el reyno. Pero comennzando algunas veces á hablar, tanta era la tristeza de su corazon et las lágrimas que caian de sus ojos, que le rompian las palabras. Y visto que él no podia hablar, mandó á Evandro Cretense que él hablase á la multitud en su nombre, et le declaró lo que queria que con ellos hiciese, y el Rey se salió fuera del templo. Comenzando, pues, su razonamiento Evandro, la multitud de la gente, asi como quando contemplaban al Rey, y sus lágrimas y gemidos tan miserables, todos se movian á compasion, y lloraban tambien con él y sentian su dolor; de la misma manera quando vieron que él Rey era ido, et que Evandro hablaba, no pudieron oir sus palabras. Demanera que no solamente menospreciaban su razonamiento, pero aun estando él hablando, se levantaron algunos de la congregacion, et dixeron con claras y altas palabras: Idos de aqui, porque los pocos que quedamos vivos, no perezcamos tambien por vuestra causa. De suerte que la ferocidad de esta gente cortó las palabras de Evandro, y le hizo cerrar la boca.

CAPITULO XLI.

De como el Rey Perseo se huyó á Samothracia, y de lo que hizo el Consul, y del sitio de la ciudad de Pela.

El Rey se acogió á su casa, y mandando congregar todos los dineros, et el oro y plata que habia dentro de la ciudad lo hizo llevar al rio Strymon, y poner en los navichuelos

volantes que alli estaban, y él tambien se fue al mismo rio. Los Thraces que habian seguido al Rey no se osaron fiar de aquellas fustas, y asi se esparcieron todos, y se fue cada uno por su parte á su casa. Lo mismo hizo toda la otra multitud de gentes militares que alli habia. Los Cretenses siguiendo la esperanza del dinero, siguieron al Rey, y porque en el repartimiento de los dineros habia mayor ofensa que gracia por causa de las envidias y parcialidades de las personas en quien eran repartidos, echaronles cincuenta talentos á la ribera del rio, para que entre sí les arrebatasen cada uno como mejor pudiese. En este arrebato se levantaron tambien grandes alborotos, et estando aun calientes con estas mismas alteraciones se entraron dentro de las naos, llevando en sus pechos sembrada la simiente de discordia. Estando, pues, contendiendo dentro de las fustas, en presencia de todos se anegó un navichuelo á la entrada del rio cargado demasiadamente asi con la multitud de gente que habia en él entrado, como por los alborotos que entre sí levantaban. En aquel dia llegaron á Galepso, y en el dia siguiente á Samothracia, para el qual lugar habian enderezado su camino. Dicese que llevaron en aquellas naos hasta dos mil talentos. En este medio el Consul Romano envió personas señaladas y prudentes por todas las ciudades de Macedonia para que gobernasen la tierra con leyes justas, y no permitiesen que en esta nueva paz se hiciese ninguna injuria á los vencidos. Quando llegaron al Consul los Embaxadores, que el Rey le habia enviado de la ciudad de Amphipolis, detuvo consigo á estos Embaxadores del Rey, et envió luego á Publio Nasica á la ciudad de Amphipolis, sin saber que el Rey era de alli huido, y mandándole que llevase consigo algun mediano número de gentes de guerra asi de á pie como de á caballo, y que destruyese la tierra de Sintice, y deshiciese todos los consejos del Rey. En este medio Ceneo Octavio tomó la ciudad de Melibea y la destruyó. El Embaxador Ce-

neo Anicio, que habia sido enviado á Eginio puso cerco sobre la ciudad, et como no sabian los Eginienses que ya era acabada la guerra y vencido el Rey Perseo, quisieronse poner en resistencia, et salieron de la ciudad doscientos hombres contra los Romanos, los quales fueron todos muertos. El Consul Romano Paulo se partió con todo su exército de Pydna donde estaba, et el dia siguiente llegó á la ciudad de Pela, y asentó su real mil pasos apartados de la ciudad, y en aquel lugar quiso reposar algunos dias, contemplando por todas partes el sitio de la ciudad, y despues que lo hubo bien considerado, juzgó que no sin causa era aquel lugar elegido para que fuese el asiento real. Está situada esta ciudad sobre un montecillo algo levantado que mira á la parte de Occidente del invierno. Está cercado este lugar por todas partes en invierno y en verano de unos lagunares et estanques de agua llenos de cieno, los quales se hacen de algunas lagunas de agua, que hay en aquella comarca. Del medio de uno de estos lagos que está mas cercano de la ciudad, se levanta en alto una fortaleza grandisima como isla que se acuesta sobre el baluarte de la ciudad, la qual sostiene y defiende el muro de tal manera que no se haga en él ningun daño con la agua del lago que bate entorno. Desde lejos, parece que esta municion está junta con el mismo muro de la ciudad, pero hay algun intrevalo, y está separada del muro con la agua que pasa por en medio, et juntarse tambien con el mismo muro por una puente de tal manera hecha, que ni pueda entrar por ninguna parte el que de fuera cercare la ciudad, y el que dentro estuviere cerrado, por ninguna via tampoco pueda salir, sino por el puente de una guarda muy facil. En este lugar estaban guardados los tesoros del Rey, pero en aquel tiempo no se hallaron mas de trescientos talentos, los quales se habian enviado poco antes al Rey Gencio, et despues tornados del camino, se habian puesto en aquel lugar en guarda. En aquellos pocos dias que estuvo el Consul reposando

cerca de la ciudad de Pela le vinieron muchas embaxadas de diversos lugares para congratularle de la victoria que habia alcanzado, principalmente de las ciudades de Thesalia. Poco tiempo despues, como le vinieron las nuevas al Consul que el Rey Perso se habia huido á Samothracia partióse de Pela con su exército, y dentro de quatro dias llegó á la ciudad de Amphipolis. Toda la ciudad le salió al camino á recibirle con gran alegria, de lo qual se puede juzgar que les parecia á los Anphipolitanos que mas bien que privados de un bueno y justo, habian sido librados de un Señor insufrible. El Consul entró en la ciudad, y estando sacrificando solemnemente, baxó fuego del cielo el qual en breve tiempo quemó la ara. E todos interpretaban que muy agradables habian sido á los Dioses los dones del Consul, pues con fuego celestial eran consagrados. No se detuvo alli, sino que para perseguir á Perseo, et juntamente llevar las armas vencederas por todas las gentes que habian sido de su señorio, se fue á Odomantica, region de la otra parte del rio Estrimon, et en Syras asentó los reales.

LIBRO QUINTO

DE LA QUINTA DECADA DE TITO LIVIO.

CAPITULO PRIMERO.

De lo que sucedió en Roma quando se celebraban los juegos Romanos, y como el pueblo adivinó la victoria antes que viniese la nueva, y del gran gozo que recibió el Senado y pueblo Romano, quando se supo la nueva de ser vencido el Rey Perseo de Macedonia por la virtud del Consul Romano Lucio Emilio.

Los Embaxadores, Quinto Fabio, Lucio Lentulo, et Quinto Metelo, que eran partidos para Roma con las nuevas de la victoria dieronse priesa muy grande en el camino, y con toda la celeridad y presteza que pudieron llegaron á la ciudad, donde hallaron que ya habian comenzado á gustar los Padres y el pueblo algun olor, aunque incierto, de aquella victoria. Porque aconteció á caso en aquella sazon en Roma una cosa notable. Quatro dias por cuenta despues que se dió la batalla en Macedonia se halla que en Roma se celebraban ciertas fiestas en el lugar público, que es llamado Circo. Estando en el medio de estas fiestas se levantó un rumor adeshora entre el pueblo, sin saber dónde procedia que luego pasó por los oidos de los que estaban representando los juegos. Deciase claramente que en Macedonia se habia dado la batalla, y que el Rey era en ella vencido. Poco tiempo despues de este rumor creció el murmurar de las gentes que afirmaban ser asi verdad. A la fin se levantaron grandes clamores en todo el pueblo dando todos á una voz muestras cier-

tas de alegria, como si por nuevas muy ciertas hubieran todos sabido que el Rey Perseo era vencido, y los Romanos habian alcanzado la victoria. Maravillóse mucho el Magistrado Romano de esta nueva alteracion, y mandó que con diligencia se hiciese informacion, y se buscase quién era el primer autor de estas nuevas, pero no se pudo hallar persona cierta. A esta causa se desvaneció aquella fama, y se tuvo por incierta la nueva por la qual gozo tan cierto habian recibido; pero todavia quedó en los ánimos de los hombres una cierta esperanza, como aguero próspero que en breve seria verdad lo que todos desde entonces adivinaban en sus ánimos. Pocos dias despues llegaron á Roma los Embaxadores, Fabio, Lentulo y Metelo, los quales confirmaron el rumor pasado, et relataron todo el caso como pasaba. A la hora se alegraron con doblado gozo los ciudadanos Romanos, lo uno por la cierta victoria, et lo otro por la buena profecia y adivinacion de sus ánimos. Otros cuentan este caso de otra manera cuya alegria no es menos verosimil que la que habemos contado. A diez y siete dias andados del mes de Septiembre se comenzaron á celebrar las fiestas Romanas, el segundo dia de las quales, quando el Consul Cayo Licinio entraba en el cerco, le salió al camino un mensagero, el qual le dixo que venia de Macedonia, y le dió unas letras adornadas con hojas de laurel. Despues de puestos en orden los carros, el Consul subió sobre un carro triunfal conforme á la costumbre de tales juegos, y tornando por el circo á las plazas públicas, mostró al pueblo las letras adornadas de laurel. Luego que fueron vistas estas letras, el pueblo se olvidó enteramente de las fiestas públicas, y se fue siguiendo al Consul con deseo de saber lo que en las letras se contenia. Como el Consul vió la multitud de la gente que le seguia, alli en las plazas públicas convocó el Senado, y en su presencia abrió y leyó las cartas, y despues de leidas por consentimiento de los Padres denunció al

pueblo, como su compañero el Consul Lucio Emilio habia dado la batalla en Macedonia á banderas desplegadas contra el Rey Perseo, y que el exército de los Macedonios habia sido deshecho y destruido; y que el mismo Rey Perseo con muy pocas gentes se habia huido, y que todas las ciudades de Macedonia estaban ya sujetas al pueblo Romano. Oidas estas nuevas se levantaron clamores grandisimos en todo el pueblo y muestras de alegria tan grandes, quanto en luengo tiempo no se habian sentido en Roma. A la hora todas las gentes que estaban congregadas para las fiestas publicas, desamparadas las solemnidades, se iban á sus casas para contar á sus mugeres et á sus hijos las alegres nuevas que en aquel dia eran venidas al pueblo Romano. A esta sazon se cumplian trece dias despues que en Macedonia se habia dado la batalla. El dia siguiente se congregó el Senado en el palacio, y se ordenó por decreto público que se hiciesen suplicaciones y ceremonias sagradas por toda la ciudad para que en ellas se hiciesen gracias á los Dioses inmortales por el beneficio de aquella victoria. Ordenó mas el Senado, que el Consul despidiese á los soldados que tenia prestos, salvo á los confederados y aliados suyos, y tambien á los soldados que eran ordenados para la armada, sobre lo qual quiso que se consultase lo que se debia hacer.

CAPITULO II.

De como llegaron á Roma los tres Embaxadores, y confirmaron las nuevas de la victoria, y relataron en el Senado y delante del pueblo todo el caso como habia pasado, y de la respuesta que se dió á los Embaxadores de Rodas.

En esta hora llegaron á Roma los tres Embaxadores que habia enviado el Consul Lucio Emilio, los quales pocos dias

antes habian enviado delante el mensagero que diximos con las nuevas de la victoria. El dia veinte y siete de Septiembre entraron en Roma los tres Embaxadores que venian de Macedonia á las dos horas del dia. Era infinito el número de gentes que los seguia, y los acompañaron hasta que fueron llegados á la corte Romana. En llegando al palacio hallaron que el Senado estaba congregado, y el Consul los entró luego en presencia de los Padres y de los Senadores. Entrados dentro fueron detenidos luengo tiempo. Porque comenzaron á relatar por extenso, quan copioso habia sido el exército del Rey, asi de gentes de á pie como de á caballo, quántos mil hombres habian sido muertos en la batalla, quántos habian sido presos, con perdida de quan pocos soldados se habia hecho tan grande extrago en los enemigos, con quan poca gente el Rey Perseo habia huido, y como pensaban que se habia ido huyendo á Samothracia, et como la armada Romana estaba ya presta y aparejada para perseguirle, y que se tenian por cierto que ni por mar ni por tierra podrian escaparse. Despues que hubieron contado estas cosas por extenso en el Senado, salieron fuera, y contaron las mismas en presencia de todo el pueblo. Alli se renovó otra vez la alegria pasada, y mucho mas con el mandamiento del Consul, el qual mandó que se abriesen todos los templos de la ciudad, y que todos los ciudadanos se fuesen luego derechos á los templos para hacer gracias á los Dioses inmortales cada uno por sí en particular, y todos juntos en general, por el beneficio de aquella tan notable victoria. A la hora se vieron todos los templos de Roma llenos no solamente de hombres, sino tambien de mugeres. El Senado se congregó otra vez en el palacio, et ordenó que se hiciesen fiestas solemnes por cinco dias enteros, y que se celebrasen sacrificios mayores por todos los altares de los templos por la próspera victoria que habia alcanzado de los enemigos el Consul Lucio Emilio. Ordenó mas el Senado, que las naos que esta-

ban armadas et prestas en el rio Tiber, para ir á Macedonia si fuese necesario, que las desarmasen, et las pusiesen en las atarazanas de la ciudad para que alli estuviesen en guarda. Ordenóse tambien que á los compañeros de las naos se diese á cada uno el sueldo de un año, y se despidiesen, pues que era ya acabada la guerra, ni ellos ni las naos eran mas necesarios, et con estos tambien se despidieron todos los otros soldados que habia elegido el Consul, y los otros que habia en Corcyra y en Brundusio, y en el mar Supero, y en la tierra de los Larinates, porque en todos estos lugares habia gentes de guerra muy en orden con las quales el Consul Licinio socorriese á su compañero, si tuviese necesidad de su ayuda. Las suplicaciones et solemnidades públicas que se habian de hacer en la ciudad fueron publicadas para que comenzasen á los nueve dias andados del mes de Octubre, y durasen cinco dias enteros. A esta sazon llegaron tambien de Ilyrico los dos Embaxadores, Cayo Licinio Nerva, y Publio Decio, los quales relataron en el Senado los prósperos fines de la guerra de aquella provincia. Dixeron como el exército de los Ilyrios era todo deshecho y destruido, y el mismo Rey Gencio estaba preso, et todo el reyno de Ilyrico estaba ya sujeto al pueblo Romano. Por causa de estos hechos acabados con tanta prosperidad por el gobierno y administracion del Pretor Lucio Anicio, ordenó el Senado que se hiciesen suplicaciones y celebridades por tres dias. Ordenóse mas que las fiestas Latinas se celebrasen á los diez, once, y doce dias andados del mes de Noviembre por tres dias. Escribieron tambien algunos historiadores que los Embaxadores de Rodas aun no habian sido despedidos del Senado, y que á esta sazon estaban todavia en Roma y como vinieron estas nuevas de todas partes, y fue acabada la guerra con tanta prosperidad y gloria del pueblo Romano, fueron llamados que viniesen al Senado, como por escarnio de su tan soberbia locura. Luego que entraron en el Senado, Agesi-

polis, que era el Príncipe de los Embaxadores dixo en presencia de los Padres, que ellos eran enviados de la república de Rodas al Senado y pueblo Romano, para hacer la paz entre los Romanos et el Rey Perseo de Macedonia, porque aquella guerra era muy grave et peligrosa á toda la Grecia, y á los mismos Romanos muy costosa y dañosa. Pero que veian por experiencia que la fortuna lo habia hecho muy bien, pues que acabada ya por otra via la guerra, les habia dado oportunidad de congratular y gozarse con el pueblo Romano por aquella victoria tan gloriosa que habian alcanzado. Esto dixo el Embaxador de Rodas en el Senado. A lo qual respondieron los Padres: que los de Rodas les enviaban aquella embaxada movidos, no por el provecho de la provincia de Grecia, ni por el cuidado que tenian de los gastos que hacia el pueblo Romano. Porque si ellos se fatigasen por aquel cuidado que fingian, entonces habian de enviar sus Embaxadores con tal embaxada, quando Perseo habia llevado su exército en Thesalia, et le traxo de una banda á otra por las ciudades de Grecia dos años enteros poniendo cerco sobre las unas, y espantando á las otras con amenazas de sus armas. Pero que en aquella oportunidad tanto necesaria ninguna mencion de paz habian hecho los de Rodas. Mas despues que habian visto los Romanos ser pasados los montes con gran trabajo, y entrados dentro de los límites de Macedonia, et que el Rey Perseo estaba cercado sin poder escaparse, entonces los de Rodas enviaban embaxada, no por otra ninguna causa, sino por librar á Perseo del peligro manifiesto con que estaba cercado. Con esta respuesta despidieron á los Embaxadores de Rodas.

CAPITULO III.

De la venida de Marco Marcelo de España, et lo que mas hizo el Consul Romano en Macedonia, y Ceneo Octavio con la armada en Samothracia.

Casi en estos mismos dias vino tambien Marco Marcelo de la provincia de España, et poco antes de su partida tomó una ciudad noble que tenia por nombre Marcolica. En el despojo de aquella ciudad se hallaron muchas riquezas, de las quales puso en el tesoro público de Roma diez libras de oro, y un cuento de sestercios. El Consul Paulo Emilio tenia asentado su real, como dicho habemos, cerca de Siras en la tierra de los Odomanticos, quando vió las letras del Rey Perseo enviadas por tres Embaxadores de baxa suerte, dice que comenzó á derramar lágrimas de tristeza considerando el triste caso et miserable condicion de la vida humana. Consideraba el desastrado caso del Rey Perseo, que muy poco tiempo antes habia sido tan gran señor, que no contento con el reyno de Macedonia habia combatido á los Dardanos y á los Ilyrios, y tenia en su favor la ayuda de los Bastarnos, y que en aquella sazon habia perdido todo su exército, y era él mismo ido huyendo et desterrado de todo el reyno, y acogidose á una pequeña isla, donde estaba lleno de temor, abatido y humillado, et demandando humilmente merced y misericordia á sus propios enemigos, estando solamente con la religion del lugar, y no con sus fuerzas, ni con otra ayuda humana amparado et seguro. Pero quando abrió las cartas y leyó lo que al principio de ellas estaba escrito: el Rey Perseo al Consul Paulo salud; quitóle toda la misericordia que de él tenia, su locura et vanidad como de hombre que ignoraba su fortuna y su triste suerte, y aunque en el discurso de la letra habia muchos ruegos que no eran del Rey, todavia fue despedida

esta embaxada sin respuesta y sin cartas. Conoció Perseo que en el estado en que entonces le habia traido su fortuna, era razon que se olvidase del nombre de Rey, pues que ya era enteramente vencido, y echado fuera de su reyno, y por enmendar el yerro de las letras primeras escribió otras solamente con título de hombre particular. Estas fueron admitidas, y alcanzaron lo que por ellas se demandaba, y era que tuviese por bien el Consul Romano de enviarle algunas personas, con las quales pudiese hablar y comunicar de su estado y de la condicion de su fortuna. Envió el Consul tres Embaxadores, á Publio Lentulo, á Aulo Posthumio Albino, et á Aulo Antonio. Ninguna cosa se pudo concluir en esta embaxada, porque Perseo por todas vias queria conservar el nombre et título de Rey, et el Consul Paulo Emilio, queria que se sujetase enteramente su persona, et toda su fortuna á la clemencia et juicio del pueblo Romano. En este medio que se trataban estas cosas de entrambas partes, aportó á Samothracia la armada Romana, el Caudillo de la qual era Ceneo Octavio. Con la venida de Octavio, et de su armada se acrescentó el temor de Perseo, et ayudó mucho al caso que se trataba lo que entonces sucedió, ó por algun caso de fortuna, ó por consejo para este efecto ordenado. Lucio Atilio mancebo ilustre et noble, quando vió que el pueblo de los Samothraces estaba en un lugar público congregado, rogó al Magistrado que le fuese permitido hablar algunas pocas palabras en presencia del pueblo. El Magistrado le permitió lo que demandaba, et el dixo en presencia de todos estas palabras: »Decidme hombres de Samothracia, ¿si es verdad, ó »no, lo que nosotros de vuestra isla habemos oido, que toda ella es sagrada, et de religion inviolable?" Ellos respondieron ser verdad lo que se decia, que la tierra de toda su isla era consagrada et religiosa. Pues si es verdad lo que dice la vulgar fama et vosotros afirmais, ¿por qué permitis que sea contaminada et violada con un notorio homicida que

derramó la sangre del Rey Eumenes en lugar sagrado? Y como sea verdad que todos los lugares consagrados no admitan, sino antes echen muy lejos fuera de sus límites á todas las personas que no tienen puras y limpias manos, ¿con qué corazon, ó con qué ánimo osais vosotros tener violado y contaminado el mas íntimo y secreto sagrario de vuestra religion con el cuerpo mancillado con sangre humana de un ladron manifiesto?" Era una fama muy celebrada por todas las ciudades de Grecia, la traicion que hizó Evandro en la isla de Delfos contra el Rey Eumenes donde casi le dexó por muerto.

CAPITULO IV.

De lo que hizo el Rey Perseo en el caso de Evandro con cuya muerte aumentó el crimen pasado con otro mayor, violando la religion del lugar, y corrompiendo al Juez por dineros, y como fue burlado Perseo de un Mercader de Creta.

Oidas estas palabras, considerando que en aquella hora estaba la isla et sus personas, y su templo en las manos et voluntad de los Romanos, y que les daban en rostro muy justamente con un crimen tan grave, fuese el pueblo á hablar con Theonda, el qual á la sazon administraba el oficio del Sumo Magistrado, al qual ellos llaman Rey, y le enviaron al Rey Perseo, para que le dixese como los Romanos acusaban de homicidio á Evandro Cretense. Y que ellos tenian por ley muy antigua, establecida por sus antepasados, que fuese conocida enteramente la causa de los que fuesen acusados de homicidios, ó por otra ocasion entrasen dentro de los límites de la isla con las manos impuras, et que los que fuesen convencidos de tal crimen fuesen gravemente castigados. Por tanto que si confiaba Evandro, y era sa-

bidor en su conciencia que él era sin culpa de aquel crimen de homicidio de que era acusado, que compareciese en juicio para defender su causa, y responder á la acusacion propuesta. Y que si no se osaba someter al juicio por causa de su mala conciencia, que no violase con su cuerpo y presencia contaminada la religion del templo, que debia ser inviolable, y que buscase otro lugar donde estuviese mas segura y con menos daño su persona. Oida esta embaxada, Perseo llamó luego á Evandro, et comunicando con él el caso, le amonestó que por ninguna via se sometiese al juicio, pues que ni por la justicia de la causa, ni por la gracia de la persona podria sostener el rigor de la sentencia. Tenia por otra parte miedo grandísimo Perseo que siendo condenado en juicio este Evandro, como cierto lo fuera, si osara comparecer en el, le acusara á él tambien por autor de aquel crimen, pues que por causa y amonestacion suya habia cometido el crimen contra el Rey Eumenes, y de esta manera seria descubierta la maldad de Perseo. A esta causa no le quedaba otro consejo mas sano para encubrir todos estos males, sino que padeciese la muerte con ánimo esforzado, y con la misma audacia que habia usado quando cometió el crimen. A este consejo del Rey Perseo, aunque cruel et dificultoso, en nada contradecia públicamente Evandro, antes decia que queria hacer lo que mandaba; pero que queria mas morir con veneno que con cuchillo. En este intermedio él se aparejaba para huirse secretamente. Quando fue de esto avisado el Rey, temiendo que los Samothraces le acusarian despues á él, como si por su consejo y aviso se hubiese escapado de la pena merecida el malhechor, mandó que fuese muerto Evandro, lo qual fue puesto por obra por algunos de los suyos. En acabando de poner por obra tan temerariamente la muerte de este hombre, luego le acusó la conciencia por la maldad que habia hecho habiéndose á sí mismo hecho cul-

pado del crimen de homicidio, y cometido en lugar sagrado el delito de que Evandro habia sido acusado, y era culpado. Demanera que puede decirse que Perseo era ya culpado de entrambos crímenes por cuya ocasion habian sido contaminados entrambos lugares sagrados. Pues que por su mandamiento Evandro habia herido, y casi dexado por muerto al Rey Eumenes en la isla de Delfos, et él habia muerto al mismo Evandro en Samothracia. Demanera que estos dos templos que eran tenidos por los mas santos et mas religiosos, que se hallaban en toda la redondez de la tierra, por él solo eran violados et contaminados con sangre humana. Este crimen tan grande fue encubierto por entonces corrompiendo con dineros á Theonda, et persuadiéndole que dixese al pueblo como Evandro se habia dado la muerte á sí mismo con sus propias manos. Confiando, pues, tan gran maldad de un solo amigo, habiéndole por tantas vias et maneras conocido et probado, porque no la descubria se apartaron de él todos los que antes le favorecian, y se pasaron á la parte de los Romanos. Ya no le quedaba, pues, otro consejo á Perseo, ni otro remedio en caso tan desesperado, viéndose ya solo y desamparado de todos las suyos, que ponerse en huida por donde le llevasen los vientos y la fortuna. Para poner por obra este consejo llamó á Oroando Cretense, el qual tenia entero conocimiento de los caminos por mar y por tierra de toda la provincia de Thracia, porque habia tratado por aquellas tierras, et llevado muchas suertes de mercaderias de unas ciudades á otras. Con este Mercader de Creta se acordó que comenzándose á cerrar las tinieblas de la noche le tomase en un navichuelo y lo llevase á Cotys. Habia un puerto á la punta de Samothracia, que se llamaba Demetrio, en el que estaba el navichuelo. Quando se comenzaba á poner el sol metieron en la fusta todas las cosas que eran necesarias, y se llevó tambien tanto dinero, quanto se pudo llevar secreta-

mente. El mismo Rey al tiempo de la media noche con tres hombres solos, que eran sabedores de lo que habia deliberado, y compañeros de su huida et miserable destierro, salió de su cámara por un postigo que salia al huerto de su aposento, y de alli saltando con dificultad el muro del huerto llegó al mar, donde pensó hallar el navichuelo, para entrar dentro y partirse. Pero el Mercader Oroando luego que se embarcó el dinero dentro de la fusta, sin esperar á Perseo se partió en anocheciendo harto contento con los dineros que llevaba, y engolfado en el alto mar se iba con aquella provision á Creta. El Rey como no halló en la ribera el navichuelo, y se vió de tal manera burlado del Mercader Cretense, cayó en otra mayor desesperacion de la que antes estaba. Andándose, pues, Perseo paseando al luengo de la ribera algun espacio de tiempo como hombre desesperado, hasta que despues tornando en sí temiendo la luz del dia que se acercaba, no se atrevió á tornar á su aposento, sino llegose á un lado del templo, et alli se estuvo arrimado en un rincon obscuro.

CAPITULO V.

De como los mancebos reales se pasaron á la parte de los Romanos, y á la fin el mismo Rey Perseo et sus hijos se sometieron á los Romanos.

Los mancebos reales, que entre los Macedonios eran asi llamados, et en efecto son hijos de los mayores Príncipes del reyno que son elegidos para servir al Rey, nunca se partian de su Príncipe, et en estas miserias extremas siempre le seguia toda la banda de estos principales mancebos, et habiendo seguido al Rey por todas las partes por donde habia huido, tampoco en aquella sazon le desamparaban. A esta hora mandó Ceneo Octavio que se publicase á voz de

pregon, que todos los mancebos reales Macedonios, et los demas que se hallasen en Samothracia, si de su voluntad se quisiesen pasar á los Romanos, desde entonces se les prometia seguridad y libertad entera, y que podrian conservar seguramente todos sus bienes y cosas, asi las que consigo entonces tenian, como las que habian dexado en Macedonia. En oyéndose la voz de este pregon todos se pasaron á los Romanos, y sus nombres se escribian en la nómina del maestro de caballeros, Cayo Posthumio. Allende de estos, Ion Thesalonicense puso en las manos de Octavio á los hijos pequeños del Rey. Demanera que no quedó otra persona con el Rey que solo su hijo Filipo, que era el mayor de todos. Entonces como vió el Rey que no habia otra esperanza de socorro, púsose á sí mismo y á su hijo Filipo en las manos de Octavio, para que usasen de su desdichada suerte conforme la merced y voluntad, acusando siempre á la fortuna y á los Dioses, en cuyo templo estaba, pues que habiendo sido Rey tan poderoso, en aquella sazon que estaba tan abatido y humillado en ninguna cosa le ayudaban. A la hora fue puesto Perseo con sus hijos en la nao del Pretor, á la qual tambien fueron llevados los dineros que se hallaron, et luego sin detenimiento se partió la armada siguiendo el camino de la ciudad de Amphipolis. De alli el Pretor Octavio envió el Rey al real Romano al Consul, enviándole delante un Embaxador con sus cartas por las quales le avisaba como ya estaba puesto y sometido á la voluntad y juicio del pueblo Romano, et que con tal condicion et en tal estado se le enviaba. El Consul Paulo, juzgando que esta era una segunda et muy gloriosa victoria, como en efecto de verdad lo era, luego mandó que se hiciesen sacrificios por aquella nueva. Despues mandó que se congregase el concilio, y en presencia de todos leyó las cartas del Pretor, y quando fueron leidas y conociendo todos aquellas buenas nuevas mandó á Quinto

Elio Tuberon, que saliese al camino á recibir al Rey, y le llevase al real, et á todos los otros mandó que se quedasen, como estaban en el Pretorio. No se halla que en ningun otro tiempo se haya juntado tanta multitud de gente en caso semejante como entonces concurrió para ver al Rey. En los dias de los Padres pasados se halla que el Rey Syfax fue preso y llevado al real de los Romanos, el qual, ni por la fama de sus hechos ni de su nacion, podia ser comparado con el Rey de Macedonia. Este Syfax entonces se habia juntado con los Cartagineses en el tiempo de la guerra Africana, de la misma manera que Gencio se habia juntado con Perseo en esta guerra de Macedonia. Perseo era la cabeza y fundamento principal de esta guerra, y no solamente su fama por causa de su reyno, sino tambien el ilustre renombre de su padre, de su abuelo, y de sus antepasados le hacia á él mas nombrado y famoso. Entre todos los otros resplandecian el Rey Filipo y el gran Alexandro, los quales habian hecho el imperio de Macedonia el mas ilustre et celebrado de todos los imperios que habia en toda la redondez de la tierra. Tornando, pues, al Rey Perseo, que ya se habia puesto en potestad de los Romanos, entró dentro del real todo vestido de ropas de duelo por muestra de su dolor y abatimiento. No quiso ser acompañado de ninguna persona de los suyos que fuese compañera de su tristeza, porque no aumentase mas su pena, ni hiciese su desastrada suerte mas miserable. No podia pasar adelante por el camino á causa de la infinita multitud de gente que concurria por verle hasta que el Consul envió sus Maceros para que hiciesen apartar las gentes et abriesen el camino por donde pudiese pasar Perseo hasta llegar al Pretorio. Levantose el Consul con los otros Príncipes que con él estaban, y mandando sentar á los otros, él salió un poco adelante al Rey que ya entraba, y luego en entrando le dió la mano. El Rey

se echaba á sus pies; pero el Consul le levantó, y no permitió que le tocase á las rodillas. Despues le entró dentro del tabernáculo, y le hizo asentar de cara á los otros Príncipes que habian sido llamados al concilio.

CAPITULO VI.

De lo que el Consul preguntó á Perseo, et de lo que mas dixo en presencia de los mancebos Romanos, avisándoles de la variedad de la fortuua, y del estado del reyno de Macedonia.

La primera pregunta que le hizo el Consul fue: ¿por qué injuria movido habia hecho la guerra contra el pueblo Romano con ánimo tan pertinaz y odioso, en la qual habia puesto en el último artículo de la miseria humana á sí y á su reyno? A esta hora todos estaban callando y esperando con atencion oir lo que responderia Perseo; pero él no respondió palabra, sino estúvose luengo tiempo mirando al suelo, y derramando lágrimas de sus ojos. Visto que nada respondia, le dixo mas el Consul: »Si tú, Perseo, tomaras la posesion del reyno siendo mancebo de pocos dias et de poca experiencia, menos me maravillaria que hubieses ignorado quán grave amigo, ó enemigo sea el pueblo Romano. Pero ahora habiéndote tu mismo hallado presente en la guerra que tu padre el Rey Filipo hizo con nosotros, y siendo testigo de vista de la suma fe y lealtad con que nosotros siempre le guardamos la paz, ¿qué consejo pudo ser el tuyo en querer mas tener guerra que paz con aquella gente, cuyas fuerzas habias probado en la guerra, et cuya lealtad et fe habias visto por experiencia en la paz?" Considerando, pues, el Consul que ni siendo preguntado ni acusado Perseo hablaba palabra, díxole mas: »Como quiera que esto haya acontecido, ó por yerro hu-

» mano, ó por caso de fortuna, ó por otra qualquiera necesidad de los hados, está de buen ánimo, Perseo, y ten por cierto que la clemencia muy conocida del pueblo Romano, que en semejantes casos de muchos Reyes et pueblos ha usado y usa, te da á tí no solamente esperanza, sino tambien casi cierta confianza de tu salud y remedio." Estas palabras dixo el Consul en lengua Griega á Perseo, et despues en lengua Latina las mismas á los suyos, et despues les dixo mas: » Aqui veis delante de vuestros ojos un exemplo insigne et admirable de la mudanza de la fortuna et de la variedad de los casos humanos. A vosotros principalmente digo esto, mancebos. Por tanto en el tiempo de la próspera fortuna no es honesto que ninguno pase los límites de la moderacion, ni que haga contra otra persona ninguna cosa que sea hecha con violencia y soberbiamente. Tampoco se ensoberbezca ninguno con la próspera fortuna presente, pues que todas las criaturas humanas ignoran lo que les podrá acontecer á ellas mismas antes que se cierren las tinieblas de la noche. El hombre por cierto merece con justo título el nombre de varon prudente, cuyo ánimo no se ensoberbece ni se altera en el tiempo de la próspera fortuna, ni tampoco se abate, ni se quebranta en el tiempo de la adversa." Despues de estos razonamientos se concluyó la junta, y se dió el cargo de guardar al Rey á Quinto Elio. En aquel dia el Consul convidó á Perseo, et se le hizo tanta honra, quanto se pudiera hacer á un Rey que se hallara en semejante fortuna. Esto hecho se distribuyeron los exércitos por las ciudades para que en ellas pasasen el invierno bien aposentados. La mayor parte del exército se aposentó en la ciudad de Amphipolis, et la resta en las otras ciudades comarcanas. Demanera que este fue el fin de la guerra Macedónica despues de haber durado quatro años enteros harto porfiada entre Perseo y los Romanos; et este mismo tam-

bien fue el fin de aquel ínclito reyno que se extendia por buena parte de Europa, y por toda la Aia. El primero que reynó en este reyno de Macedonia fue Carano, y despues de él por continuada sucesion habian reynado diez y nueve Reyes, de suerte que Perseo que era el postrero de todos ellos, cumplia el número de veinte. (*) Comenzó á reynar Perseo en Macedonia, siendo en Roma Cónsules Quinto Fulvio, et Lucio Manlio. Llamóle el Senado Rey durante el consulado de Marco Junio, y Aulo Manlio. De suerte que reynó once años. La fama de los Macedonios desde el principio fue muy obscura, y poco celebrada hasta los tiempos del Rey Filipo hijo de Amintas. Desde entonces por causa de este Rey comenzó á crecer el reyno de Macedonia, y á extenderse sus términos, pero no tanto que saliese fuera de los límites de Europa. Tenia debaxo de sí á toda la Grecia, una parte de Thracia, y comprehendia tambien otra parte de Ilyrico. Comenzóse despues á extender por los términos de Asia, et dentro de trece años que floreció el Imperio de Alexandro Magno, fue puesto debaxo de su imperio casi de un golpe todo el imperio que antes habia sido de los Persas, que era un espacio inmenso. Despues tambien sojuzgó y puso debaxo de su señorio á los de Arabia, et á las Indias, y llegó hasta los últimos fines de la tierra, que está limitada y partida con el mar Roxo. A esta sazon el reyno de los Macedonios era el mayor y de mas claro renombre que habia por toda la redondez de la tierra. Pero despues de la muerte del Rey Alexandro se distribuyó et repartió en muchos reynos, procurando cada uno de sus Principes despues de su muerte de arrebatar y de usurpar para sí todo lo que podia, despedazando sus fuerzas y robando por todas partes

(*) Hay alguna variedad acerca de los Reyes que reynaron en Macedonia. Justino. lib. 33. c. 2. cuenta hasta 30. Eusebio en el Cronicon 39.

quanto cada uno robar podia, teniendo tolamente respeto á satisfacer su avaricia particular, y no á conservar la gloria y magestad de tan sublimado imperio. Demanera que despues de estos robos y repartimientos, abatido de la cumbre y suma potencia et gloria de la felicidad humana, el reyno de Macedonia duró hasta su postrer fin ciento et cincuenta años, en la fin de los quales fue conquistado de la manera que dicho es, et sujetado al imperio Romano.

CAPITULO VII.

De como se partió Antenor con sus navichuelos, y los Embaxadores Romanos continuaron su camino á Egypto, et entraron en Rodas, y de lo que alli hicieron.

Quando la fama de la victoria Romana llegó á los términos de Asia, Antenor que estaba en Phanas con la armada de los navichuelos, luego se partió de alli, y se fue á Casandria. Cayo Popilio que estaba tambien en la isla de Delos con armada para guardar las naos de los Romanos que iban á Macedonia, quando entendió que ya era acabada la guerra en Macedonia, et que los Romanos habian alcanzado tan gloriosa victoria, et que tambien eran partidos de aquel mar los navichuelos de los Macedonios que gobernaba Antenor, determinó él tambien de dar fin á su estancia. Y asi lo primero que hizo fue despedir las naos Aticas que tenia, et despues él se partió continuando su camino navegando al reyno de Egypto por dar fin á la embaxada á que era enviado, con deseo muy grande de hallar al Rey Antiocho antes que llegase á los muros de Alexandria. Pasando, pues, por Asia los Embaxadores Romanos, et siendo llegados á Lorima, que es un puerto poco mas de veinte millas de Rodas, de cara de la misma ciudad puesto, los Principes de los Rodianos les salieron al camino, porque tambien era á ellos ya

llegada la fama de la victoria, y les rogaron que tuviesen por bien de entrar dentro de la ciudad, porque era muy necesario para la fama y bien de la ciudad de Rodas que ellos viesen con sus ojos, et conociesen enteramente todas las cosas que se habian hecho, y se hacian en Rodas, para que ellos despues las relatasen en Roma en el Senado como las habian visto, porque los Padres diesen mas fe á su testimonio, como de testigos de vista, que á la fama vulgar que siempre aumenta, et enpeora las cosas. Los Embaxadores Romanos les negaron lo que demandaban luengo tiempo; pero á la fin los importunaron tanto que lo hubieron de hacer aunque contra su voluntad, por el daño que podria venir á causa de su tardanza á la ciudad de Alexandria compañera et aliada del pueblo Romano. Quando llegaron á la ciudad de Rodas los mismos que los habian hecho venir, los importunaron mucho que quisiesen hallarse presentes en la congregacion de su república. La venida de estos Embaxadores aumentó mas el miedo en que estaba la ciudad que le disminuyó. Porque Popilio les contó muy por extenso todas las cosas que muchos en particular, y todos en general, durante aquella guerra, habian dicho et hecho como enemigos del pueblo Romano. Y como era hombre áspero et vehemente de ingenio, aumentaba con palabras, et con meneos la gravedad de cada cosa, hablando con ellos con una voz acusadora, y mostrándoles un rostro alterado y sañudo de tal suerte, que como no habia causa porque él tuviese odio particular con la ciudad, los que le veian usar de tanta vehemencia por la severidad y austeridad de un Senador Romano, sacaban por conjectura qual seria contra ellos el ánimo de todo el Senado. Las palabras de Cayo Decimio eran mas moderadas, el qual era como medianero entre las dos partes, y en muchas cosas que habia relatado Popilio, et propuesto como por acusacion muy grave, no echaba la culpa al pueblo, sino á otros hombres particulares del pueblo que se holgaban con el da-

ño público y agravaban las acusaciones. Estos decia que tenian una lengua venal, et que corrompidos por dineros habian hecho algunos decretos llenos de lisonja et parcialidades reales, y que habian hecho aquellas embaxadas, de las quales no menos se avergonzaban los de Rodas, que les pesaba de que fuesen hechas. Todas estas cosas, aunque feas et deshonestas, et en aquel tiempo dañosas á su república, si se permitian á juicio de la misma ciudad darian tal orden los Gobernadores que se convirtiesen todas contra los mismos que eran de ellas culpables. Fue oido este Embaxador Romano con gran consentimiento y aprobacion de todos los ciudadanos de Rodas, no solamente porque deshacia la culpa de la república, sino tambien porque hàcia culpados á algunos hombres particulares, abatidos, y de poco valor que como gente reboltosa quisieron ser autores de aquellas novedades. Demanera que despues de dichas estas palabras, queriendo responder algunos Principes de Rodas á los Romanos, no fueron con tan gratos oidos escuhados, los que por alguna manera quisieron responder á las palabras de Popilio, et deshacer la culpa de sus ciudadanos, como de los otros que juzgaban debian ser los autores de aquellas novedades y alborotos buscados y castigados. En aquella hora, pues, se hizo luego un decreto en la ciudad de Rodas, que todas las personas que se hallasen en su república, ó en su jurisdiccion, que fuesen convencidas haber dicho ó hecho alguna cosa en favor del Rey Perseo contra los Romanos, fuesen condenadas á muerte. Al tiempo que los Embaxadores Romanos entraron dentro de la ciudad de Rodas, algunos que eran acusados de su propia conciencia, salieronse fuera; otros se dieron á sí mismos la muerte por no venir á ser exâminados en semejante juicio. Los Embaxadores Romanos se detuvieron en la ciudad de Rodas solos cinco dias, al cabo de los quales se partieron luego para ir á Alexandria. Y aunque ellos eran partidos, no con menor dili-

gencia los de Rodas hacian sus inquisiciones, y executaban sus juicios conforme al derecho hecho contra los de la parcialidad de Perseo, que si los Romanos se hallasen siempre presentes.

CAPITULO VIII.

Del exército que traxo de Siria á Egypto el Rey Antiocho, et como tenia ya ocupada la mayor parte del reyno, el qual dexó despues pacifico, y se tornó á su reyno con su exército por intercesion de los Romanos.

A la hora que estas cosas se hacian en diversas partes, como dicho habemos, el Rey Antiocho no cesaba de llevar adelante la guerra que habia comenzado en el reyno de Egypto. Teniendo cercada la ciudad de Alexandria, dió el asalto á los muros; pero como perdió la esperanza de poderla tomar por fuerza, se partió de alli para sojuzgar todo lo que restaba del reyno de Egypto, sin mucha dificultad pudo ocupar los otros lugares del reyno que no eran fortalecidos con tantas municiones. Dexó á Ptolomeo el Mayor en la ciudad de Memphis, al qual daba á entender con palabras que toda la guerra que él hacia en el reyno de Egypto, era hecha por su causa, solamente por darle á él entera y pacifica la posesion del reyno, como sea verdad que en su ánimo estaba deliberado usurpar para sí todo lo que tomar pudiese, y de perseguir al hermano mayor si fuese en aquella guerra victorioso. Para estar atento esperando estas ocasiones llevó su exército á Siria. No ignoraba esta voluntad de Antiocho, Ptolomeo el Mayor, y por hacer que fuesen vanas sus empresas, determinó aprovecharse de la oportunidad presente, y perder antes algo de su derecho, que admitir en la posesion del reyno ningun Rey extrangero. Sabia que su hermano el Menor estaba en la ciudad de Alexandria con miedo no pe-

queño de ser en ella cercado. A esta causa procuró tanto por ruegos suyos, como por intercesion de su hermana, y de los amigos de su hermano, ser admitido dentro de la ciudad. Permaneció en este propósito, y para hacer que viniese en efecto, puso toda su diligencia. Lo primero envió sus Embaxadores á la hermana, para que ella fuese la medianera. Y despues tambien á los amigos de su hermano, y no cesó de importunar á los unos et á los otros hasta que firmó la paz con su hermano. Habiase hecho por extremo sospechoso á entrambas partes el Rey Antiocho, porque habiéndosele dado la mayor parte del reyno de Egypto, habia dexado muy fuerte guarnicion en la ciudad de Pelusio, y de tal manera la habia fortalecido que parece que en esta ciudad tenia la llave de todo Egypto para tornar por esta via con exército todas las veces que bien le pareciese.

Teniase persuadido Ptolomeo el Mayor, que si él permanecia en la guerra contra su hermano aunque fuese á la fin vencedor, lo qual estaba en duda, se hallaria tan cansado et debilitadas las fuerzas en la victoria despues de luenga guerra, que no podria resistir á la potencia de Antiocho, si contra él se moviese. Estas cosas consideraba Ptolomeo el Mayor con mucha prudencia, y como de todas personas de buen juicio eran conocidas por verdaderas, á la fin fue admitido dentro de la ciudad con consentimiento del hermano Menor, y de los que con él estaban. La hermana ayudó mucho en este caso, no solamente con su consejo, sino tambien con sus ruegos. Demanera que por consentimiento de todos se hizo la paz entre los dos hermanos, y entró Ptolomeo el Mayor dentro de la ciudad de Alexandria, sin contradicion de la gente popular, la qual estaba ya cansada y afligida en esta luenga guerra, no solamente por el cerco que habian sostenido algun espacio de tiempo, sino tambien porque durante la guerra, ningunas provisiones se traian de Egypto, y estaban faltos de todos mantenimientos. Con estas nuevas

de la paz confirmada entre los dos hermanos, era mucha razon que se alegrara el Rey Antiocho si fueran verdaderas las palabras que siempre habia dicho. Porque se habia gloriado en presencia de todas las ciudades de Asia y de Grecia, escribiéndoles cartas et recibiendo sus embaxadas que le pesaba tanto de la discordia que habia entre los dos hermanos, y de la injuria que padecia el hermano Mayor, que si por alguna causa él se moveria para venir con exército en el reyno de Egypto, seria solamente por restituir en su libertad y estado á Ptolomeo el Mayor. Pero no solamente no se alegró con la paz hecha, mas aun se encendió de mayor ira et odio contra los dos hermanos. Y asi luego comenzó aparejar la guerra contra ambos los hermanos con mayor indignacion y fuerzas que antes la habia hecho contra el uno solo. Luegó envió una flota de naos de armada á la isla de Cypro, y él mismo al principio del verano con exército por tierra, se puso en camino derecho para el reyno de Egypto, et caminando por sus jornadas llegó hasta la provincia que es llamada Celen-Syria. Los dos hermanos se maravillaron de aquel hecho del Rey Antiocho, et por conocer mas enteramente su ánimo, el hermano Mayor le envió sus Embaxadores, por los quales le hacia muchas gracias por el favor et ayuda que le habia dado, por cuya ocasion juzgaba haber recobrado el reyno de su padre, et rogándole tambien que dende en adelante tuviese por bueno de hacer su oficio, como buen amigo, et que si alguna cosa él deseaba suya, ó de su hermano, que le parecia mejor consejo que lo dixese claro et sin rodeos, declarándoles lo que queria que se hiciese, lo qual era mas honesto que tomar contra ellos las armas, haciéndose de amigo et confederado que antes era, enemigo et adversario sin haber causa ninguna para ello. Estos Embaxadores de Ptolomeo le alcanzaron cerca de Rhinocolura, á los quales despues de haber oido su embaxada, respondió soberbiamente, diciendo que ni haria tornar la armada de la

mar, ni él se tornaria atras del camino comenzado con su exército por tierra, sino le diesen á toda la isla de Cypro, et mas la ciudad de Pelusio con toda su jurisdiccion y toda la tierra que está entorno á la ciudad de Pelusio á la entrada del rio Nilo.

Despues de propuestas estas condiciones, señalóles un dia cierto dentro del qual le respondiesen, si querian admitir las condiciones que les proponia; dándole lo que demandaba, ó probar la fortuna de la guerra, si lo rehúsasen. Pasado, pues, el dia señalado para la respuesta, como no venia persona á decirle lo que determinaban hacer los dos hermanos, juzgó que no querian acordarle lo que habia demandado, por lo que se declaró por manifiesto enemigo, prosiguiendo adelante en su camino con su exército, y con deliberacion de tomar por fuerza de armas todo lo que pudiese, et cercar á los hermanos donde quiera que los hallase. Pasó por la entrada del rio Nilo, cerca de Pelusio, por los desiertos de Arabia, penetrando hasta la ciudad de Memphis, et por todas las otras ciudades del reyno de Egypto, unas veces por voluntad de los moradores, que temian las armas de los enemigos, otras veces por fuerza hasta que llegó por sus medianas jornadas á la ciudad de Alexandria. Quando llegó á Eleusina despues de haber pasado el rio, el qual lugar está quatro millas de Alexandria, le alcanzaron los Embaxadores Romanos. Quando los vió Antiocho, quedó maravillado de aquella nueva venida; pero hizoles muy buen recibimiento, y luego dió su mano diestra á Popilio. A la hora le dió Popilio las cartas que traia del Senado, et le dixo que ante todas las cosas leyese aquellas cartas, et le diese respuesta de ellas. Leidas las letras, dixo que él consultaria con sus amigos sobre lo que debia hacer en aquel caso, y despues de haber tomado con los suyos deliberacion de lo que mas le convenia, responderia á las cartas. Pero el Embaxador Popilio usando tambien entonces de la misma severidad que solia usar en otros

negocios, con una vara que traia en la mano hizo un cerco en la tierra en torno al Rey, y le dixo estas palabras: »Antes que de este cerco salgas, dame cierta respuesta que »yo pueda luego llevar al Senado Romano." Quedó maravillado et atónito el Rey Antiocho en oir un mandamiento tan violento y severo. A esta causa estúvose un poco de tiempo quedo y pensativo, y despues respondió á Popilio, yo haré lo que manda el Senado Romano. Entonces Popilio dió la mano al Rey como á cierto amigo y confederado, la qual habia rehusado antes, porque no sabia si obedeceria al mandamiento del Senado. Como el Rey Antiocho lo prometió, asi lo puso por obra, que al dia que le fue ordenado se salió fuera del reyno de Egypto con su exército.

CAPITULO IX.

De como se tornó á Roma el Embaxador Popilio despues de hecha la paz en Egypto, y tras él se siguieron los otros Embaxadores del Rey Antiocho, et del Rey Ptolomeo, et de lo que en el Senado en nombre de sus Príncipes contaron.

Los Embaxadores Romanos confirmaron tambien con su autoridad la concordia entre los dos hermanos, entre los quales aun no estaba la paz bien confirmada. De alli se partieron para la isla de de Cypro, donde enviaron luego á Siria la armada de mar del Rey Antiocho, la qual habia ya vencido las naos Egypcias en una batalla por mar, que entre las dos armadas se habia dado. Muy clara fue esta embaxada por todas las gentes. Porque sin ninguna duda por la intercesion de estos Embaxadores Romanos fue quitado el reyno de Egypto de las manos del Rey Antiocho, que le tenia ya ganado, y fue restituido á la verdadera estirpe y

generacion del Rey Ptolomeo, á quien de derecho pertenecia. Entre los Consules de aquel año, asi como el consulado del uno habia sido muy ilustre y claro por causa de la insigne y gloriosa victoria que habia alcanzado de los Macedonios, asi tambien fue obscura la fama del otro Consul, porque en los lugares donde tenia cargo de administrar su provincia no hubo materia para mostrar su virtud por obras ilustres. Entonces señaló un dia, para que en él se juntasen las legiones, y acaeció por caso de ventura que no entró con prósperos agüeros dentro del templo. Los agoreros establecieron, conforme á sus leyes, que era vicioso aquel dia, en el qual el Consul habia llamado las legiones. Despues de esto hecho, pasaba el invierno el mismo Consul no muy lejos de aquellos lugares en compañia de los aliados del nombre Latino. Poco tiempo despues se partió para Francia, donde estuvo reposando algunos dias cerca de los campos, que son llamados Macros, junto á los montes que llaman Sicimina y Papino. Las legiones Romanas, porque se les habia señalado el dia vicioso, para que en él se juntasen, se quedaron en Roma; y los Pretores se partieron á sus provincias, salvo Cayo Papirio Carbo, á quien habia caido por suerte la provincia de Cerdeña. Este quedó en la ciudad para ser juez de las diferencias que se ofreciesen entre los ciudadanos y los extrangeros, el qual cargo tambien le habia caido por suerte á Amicio, y por autoridad y mandamiento de los Padres administraron este oficio. A esta sazon tornó Popilio á Roma con la embaxada que se habia enviado al Rey Antiocho. Este relató en el Senado, como ya estaban acordadas todas las diferencias que habia entre los dos Reyes, y que el exército del Rey Antiocho era ya partido para Siria. Muy poco tiempo despues vinieron á Roma Embaxadores de los mismos Reyes. Los Embaxadores del Rey Antiocho dixeron en el Senado, que su Rey estimaba en mucho mas la paz que

el Reyno de Egypto, que él mismo por fuerza de armas habia alcanzado, y que él habia tenido por tan bueno obedecer sin dilacion á lo que le habian dicho los Embaxadores Romanos como si fueran Embaxadores enviados de los mismos Dioses inmortales. Despues de esto declararon el gozo que habia recibido su Rey y todo su reyno por la gloriosa victoria que los Romanos habian alcanzado de sus enemigos, para ayuda de la qual si el Senado Romano le hubiera mandado hacer alguna cosa, estuvo siempre su Rey presto para ponerlo por obra et lo estaria tambien dende en adelante para hacer todo lo que el Senado le mandase. Despues de salidos fuera del Senado estos Embaxadores del Rey Antiocho, entraron los del Rey Ptolomeo et de Cleopatra. Estos hicieron grandísimas gracias al Senado por los grandes beneficios que habian recibido, afirmando que en aquella oportunidad debian mas al Senado et pueblo Romano que á sus propios padres, y que á los mismos Dioses inmortales, por cuyo beneficio et buena obra habian sido librados del cerco trabajoso et peligroso en que estaban, et de la perpetua servidumbre en que despues vinieran, si ellos no fueran sus intercesores, pues que por su causa habian recobrado el Reyno de sus progenitores que estaba ya en condicion de ser perdido. El Senado dió muy amorosas respuestas á entrambos Embaxadores. A los de Antiocho respondió, que él lo habia hecho muy bien y muy honestamente en haber obedecido á lo que ellos le habian enviado á rogar por sus Embaxadores. A los otros Embaxadores respondieron, que era muy grato al Senado et pueblo Romano haber hecho alguna cosa que redundase en favor et provecho de los Reyes de Egypto, Ptolomeo et Cleopatra, y que en gratificar á ellos se holgaba tanto el Senado, como en el propio provecho y ornamento de su república, et que siempre usarian para con ellos de tanta amistad et benevolencia que facilmente entendiesen los Reyes de

Egypto que en la fe y favor del pueblo Romano estaba siempre puesta no pequeña guarda de su reyno. Mandó tambien el Senado al Pretor Cayo Papirio que diese á estos Embaxadores los presentes que se acostumbraban dar á los que venian con embaxadas.

CAPITULO X.

De las nuevas que vinieron á Roma de la prision del Rey Perseo, y de la embaxada que envió el Rey Masinisa con su hijo Masgaba.

Esto hecho vinieron nuevas letras á Roma, con las quales se aumentó y redobló la alegria de la victoria de Macedonia. Escribia el Consul Emilio, como el Rey Perseo estaba ya en su poder sujetado en todo y por todo á la voluntad y juicio del Senado y pueblo Romano. Despues de despedidos los Embaxadores y regocijada la ciudad con las buenas nuevas de tanta gloria et de tan grande acrecentamiento de su imperio, levantose una cierta diferencia et contienda entre los Embaxadores de los de Luna y de los de Pisa. Los Pisanos se quejaban que eran echados fuera de sus posesiones de las poblaciones Romanas. Los Lunenses afirmaban que las tierras et posesiones en que ellos moraban no las habian usurpado ni tomado por fuerza de los Pisanos, sino que les habian sido asignadas por el juicio de los tres varones que habia elegido el Senado para que señalasen los términos. El Senado oidas estas querellas ordenó de nuevo cinco varones para que conociesen esta diferencia y señalasen justamente los términos de las posesiones. Los nombrados fueron Quinto Fabio Buteo, Publio Cornelio Blasio, Tito Sempronio Musca, Lucio Nevio Balbo y Cayo Apuleyo Saturnio. En esta sazon vino tambien á Roma una nueva y comun embaxada del Rey Eumenes y de sus

hermanos Atalo, y Atheneo. Estos enviaban á congratular al Senado de la gloriosa victoria de Macedonia, declarando por palabras el gozo grande que todos habian habido por esta prosperidad et acrecentamiento del imperio. Tambien envió el Rey Masinisa á su hijo Masgaba, et quando el Senado supo que era desembarcado en Puteolos, luego le enviaron al Tesorero Lucio Manlio que le saliese á recibir al camino con suficiente provision de dineros para que acosta del Senado le traxese á Roma. En llegando á la ciudad luego le fue dada audiencia en el Senado. Este mancebo habló con tanta gravedad y suavidad en presencia de los Padres que las cosas que de su natural eran muy agradables las hacia él ser mas graciosas y deleytosas con la dulzura de sus palabras. Relató en presencia de los Padres y Senadores con mucha modestia et mansedumbre quanta gente de á pie et quantos caballeros, quantos elefantes et quanto trigo el Rey su padre habia enviado á Macedonia en aquellos quatro años pasados que habia durado la guerra. Pero que en aquellos servicios que eran de muy poca importancia, segun el deseo del Rey su padre, et el merecimiento del puebo Romano, le habian sucedido dos cosas, las quales juzgaba por afrenta muy grande, et con las quales se habia mucho avergonzado. La una era que el Senado le habia enviado á rogar como á igual suyo enviase á Macedonia lo que fuese necesario, siendo mucha mas razon que le enviase á mandar como á sujeto, lo que él era de suyo obligado y hacia de muy buena gana. La segunda era porque el Senado le habia enviado dineros por el trigo que él envió al exército, siendo antes él obligado en tal necesidad de ayudar con dineros y trigo. Porque el Rey Masinisa su padre se acordaba muy bien que el tenia el reyno dado y confirmado y acrecentado por la virtud et liberalidad del pueblo Romano, y que no era tan ignorante que no supiese muy bien que el uso del reyno era suyo, con el qual él era muy contento; pe-

ro que la jurisdiccion et el dominio era propio de los mismos que se le habian dado, lo qual él reconocia siempre con ánimo grato. Demanera que era justo y honesto que los autores de tantos bienes tomasen de su propia autoridad et con justo título todo lo que hubiese en el reyno como de una posesion propia suya, et no comprando con dineros los frutos que producia la tierra que ellos mismos le habian dado. Y que harto le bastaria al Rey Masinisa para entretenimiento de su mediano estado, si pudiese usar solamente de lo que al pueblo Romano en aquella su tierra le sobrase. Con esta embaxada el Rey Masinisa envió á este mancebo su hijo al Senado Romano, y poco tiempo despues oyó el Rey la victoria de Macedonia, et á la hora despachó muchos de sus caballeros con nueva embaxada, los quales alcanzaron á Masgaba en el camino, y le dixeron de parte de su padre que allende de la embaxada que llevaba congratulase al Senado et pueblo Romano en su nombre por la victoria que Dios les habia dado en Macedonia, la qual despues de su partida habia entendido; et que afirmase claramente en el Senado que era tanto el placer et alegria que habia sentido el Rey Masinisa por causa de esta victoria, que estaba deliberado de venir á Roma, solamente por hacer gracias al alto Júpiter, y celebrarle gratos sacrificios en el Capitolio. Y que de su parte demandase en el Senado que tuviesen por buena su venida, la qual, sino fuese molesto á los Padres, seria muy presta.

CAPITULO XI.

De lo que respondió el Senado á Masgaba, hijo del Rey Masinisa, y de las honras que le hizo, y las mismas despues á su hermano que aportó á Brundusio.

Respondió el Senado benignamente al mancebo, que su padre el Rey Masinisa lo habia siempre hecho para con el Senado Romano, como un Rey bueno et agradecido era honesto que lo hiciese, que por su virtud queria adornar el beneficio debido con honra et con nuevo precio. Que el pueblo Romano sabia muy bien que en la guerra Africana habia sido bien ayudado con mucha fidelidad et esfuerzo del Rey Masinisa. Y aunque sea verdad que por el favor del pueblo Romano haya alcanzado el reyno, todavia ha sido tanta su equidad et reconocimiento que despues que cobró la posesion tres veces, ha ayudado al pueblo Romano en tres guerras grandes et peligrosas con todos los oficios que de un amigo fiel et poderoso pudieron esperarse. Y que un tal Rey dotado de tanta virtud y lealtad para con el pueblo Romano no era de maravillar que se hubiese alegrado mucho con las postreras nuevas de tan clara victoria, pues que él mismo habia puesto en condicion toda la suerte de su fortuna y de su reyno por favorecer en aquella necesidad á los Romanos, et se halló en el mismo peligro que ellos se hallaron. Por tanto que les parecia que sin tomar mas pena de la que habia tomado el Rey Masinisa debia hacer gracias á los Dioses inmortales por la victoria que habia alcanzado el pueblo Romano dentro de su Reyno y de su palacio, et que su hijo en Roma las haria tambien en su nombre. Pero que dexar él por entonces su reyno, et salir fuera de Africa, juzgaba el Senado no ser necesario, porque allende que seria para él trabajo excusado et sin pro-

vecho, tampoco era provechoso á la república Romana. Oida esta voluntad del Senado rogó Masgaba, que pues no tenian por bueno que su padre viniese á Roma, que permitiesen venir á Hannon hijo de Amilcar en su lugar para hacer gracias á los Dioses en el Capitolio ,y le fue permitido. Ordenó mas el Senado por decreto público, que el Tesorero público comprase ricos dones que fuesen presentados al hijo del Rey, et que en ellos gastase hasta cien libras de plata. Mandaron mas, que al tiempo de su partida el mismo Tesorero le acompañase hasta Puteolos, y que le hiciese toda la costa que gastase todo el tiempo que estuviese en Italia. Y al tiempo que se hubiese de partir, que le hiciese aparejar dos naos muy en orden en que se tornase á su tierra él con los suyos; et que antes de su partida todos los que acampañaban á Masgaba de qualquiera calidad ó condicion que fuesen, siervos ó libres, se diesen nuevos vestidos, et con esto despidieron á Masgaba et á su compañia, los quales se tornaron alegres á Africa. Muy pocos dias despues vinieron letras al Senado del otro hijo de Masinisa llamado Misagenes, por las quales avisaba como despues de vencido Perseo et ganada enteramente la victoria de Macedonia, el Consul Paulo Emilio le habia enviado con su flota et con sus caballeros á Africa, et que navegando por el mar se levantó gran tormenta que le destrozó su armada et esparció las naos por diversos lugares del mar Adriático, y que él habia aportado con solas tres naos á Brundusio harto mal dispuesto. Oidas estas nuevas luego mandó el Senado que Lucio Stertinio Tesorero de la república se fuese á Brundusio, et llevase los mismos dones et presentes que en Roma se habian dado á su hermano. Mandó mas, que en Brundusio se le diese muy buen aposento et se tuviese muy particular cuidado de la salud de su persona, et que á él y todos los suyos se les hiciese muy buen tratamiento, y todo á costa del pue-

blo Romano, et quando se quisiesen partir se les abasteciesen sus naos de todo lo que fuese necesario para su viaje, y fuele mandado que procurase como al Regulo se le diese casa para su hospedage, y todo lo necesario para su salud: que se le subministrasen los gastos libremente para él y los que le acompañasen; y asi mismo se proveyese de naves con las quales comodamente, y con seguridad pasase á Africa. E mandaron dar á cada caballero una libra de plata, y cincuenta sextercios. Cayo Licinio Consul celebró las juntas para hacer los Cónsules del año siguiente, los quales fueron Quinto Elio Peto, Marco Junio Penno. E despues fueron fechos Pretores Quinto Casio Longino, Marco Juvencio Thalna, Tiberio Claudio Neron, Aulio Manlio Torquato, Ceneo Fulvio Gilo, y Cayo Licinio Nerva.

Este mismo Tiberio Sempronio Graco, y Cayo Claudio Pulchro Censores, al cabo determinaron con ánimo concorde un caso sobre el qual habian tenido diferentes altercados. Los libertinos habian sido agregados muchas veces á las quatro tribus de la ciudad; mas ellos se habian vuelto á derramar entre las otras. E como este mal estuviese siempre renaciendo, Graco queria extirparlo de una vez, escluyendo del Padron á todos los que hubiesen sido siervos; mas oponiase Claudio, alegando las costumbres de los pasados, los quales muchas veces habian reprimido á los libertinos, pero nunca intentado privarles de la ciudad. E mas bien que la antigua severidad habia sido alguna cosa relaxada, siendo Censores Cayo Flaminio, y Lucio Emilio; porque como estas inmundicias del pueblo tambien por algun tiempo se hubiesen dividido por todas las tribus, y pareciese necesario volverlos á su asiento antiguo, con todo esto á ciertos de ellos se les habia concedido alguna cosa especial.

CAPITULO XII.

De lo que ordenaron los Censores en la república Romana despues que fueron despedidos los Embaxadores de todas partes.

Despedidos, pues, los Embaxadores de todas partes, et dada la orden en los otros negocios que dicho habemos, ordenó el Senado que pues ya no tenian guerra de fuera, se tuviese un poco de consideracion en lo que tocaba al buen gobierno y reformacion de la república Romana, porque asi en tiempo de paz como de guerra administrasen con mucho cuidado lo que pertenecia á la prosperidad et justicia de su imperio. Mandaron á los Censores que hiciesen su oficio, asi en hacer el cuento de los ciudadanos, como en reducirlos conforme á la calidad y condicion de cada uno á sus tribus y cofradias, en las quales estaba distribuida toda la ciudad de Roma. Los Censores comenzaron á poner por obra lo que tocaba á su administracion conforme á lo que el Senado habia mandado. En quatro tribus de la ciudad estaban escritos los Libertinos, quiero decir, los que de siervos y esclavos habian sido hechos horros y puestos en su entera libertad, como los otros que de su natural erañ nacidos libres; pero quedaban sin ser escritos todos aquellos que tuviesen hijo varon que fuese mayor de cinco años, conforme al decreto del Senado. Mandaron que se hiciese el cuento de estos en el mismo lugar que se habia hecho el lustro pasado. Mandaron mas que los que poseyan alguna posesion ó posesiones en las aldes, cuyas rentas pasasen de treinta mil sextercios, que las tales fuesen tasadas. Claudio reclamó contra algunas leyes de los Censores, diciendo, que nunca se habia hecho ni permitido en la república Romana que el Censor pudiese por su autoridad hacer perder su voto á ninguna persona particular,

y mucho menos á una orden, ó suerte entera de gentes. Y aunque sea verdad que los Censores tengan facultad conforme á su oficio et al beneficio de la república de mudar algunas personas de unas tribus en otras, no por esto se seguia que podian mudar y trastrocar todas las treinta y cinco tribus. Porque esto no seria otra cosa que hacer perder á la ciudad su libertad propia, la qual eran obligados todos los ciudadanos á conservar inviolable et entera, mas que á su misma vida. Estas fueron las discordias que se levantaron entre los Censores, las quales á la fin se acordaron de esta manera. Que de las quatro tribus de la ciudad, donde estaban esparcidos los Libertinos, se eligiese por suerte una en el templo de la Libertad, en la qual fuesen escritos todos los que hubiesen sufrido alguna servidumbre. Cayó por suerte que esta fuese la tribu que llamaban Esquilina. A esta sazon Tiberio Graco pronunció que dende adelante todos los Libertinos fuesen en ella contados. Con este acuerdo se acrecentó mucho la honra de los Censores para con el Senado. Hiciéronse gracias á Sempronio porque habia perseverado en la obra que habia sido bien comenzada, hasta darle tal fin qual á la república y á la dignidad de los Magistrados convenia. Tambien se hicieron gracias á Claudio porque no habia reclamado contra este decreto, ni habia impedido el buen acuerdo que se habia tomado. Estos Censores usaron de severo rigor en la administracion de su oficio. Quitaron del Senado, y hicieron vender sus caballos á mas personas que lo habian hecho los Censores pasados. Todos los que fueron notados de alguna ignominia, lo fueron por decreto y autoridad de entrambos los Censores, sin contradecirse el uno al otro en lo que sobre este caso ordenasen. Y fueron tan conformes en este juicio, que no se halla haber sido ninguno notado de alguna ignominia por decreto del uno de los Censores á quien hubiese querido favorecer ni quitar la ignominia el otro. Despues que habian hecho los Censores lo que pertenecia á la reformacion

de la orden y gobierno de la ciudad, porque en ello habian gastado harto tiempo, demandaron que les fuese prolongado su oficio por un año y dos meses, para que pudiesen tener cargo de los edificios publicos conforme á la costumbre de la república, asi en conservar los hechos, como en acabar los que ellos habia mandado hacer. Fue su intercesor en el Senado, para que se les concediese lo que demandaban, el Tribuno Ceneo Tremelio, porque no habia sido elegido en el Senado. En este mismo año Cayo Cicereio consagró un templo en el monte Albano, cinco años despues que lo habia prometido. Tambien en este mismo año fue elegido por Sacerdote de Marte Lucio Postumio Albino.

CAPITULO XIII.

De como se repartieron las provincias entre los Cónsules y los Pretores, et de los milagros monstruosos que en diversas partes se mostraron.

Los Cónsules Quinto Elio, et Marco Junio hicieron mencion en el Senado de las provincias, diciendo ser necesario que se distribuyesen y asignasen en las personas que habian de administrarlas. Juzgaron los Padres que dende en adelante España fuese repartida en dos provincias, la qual hasta entonces, durante la guerra de Macedonia, habia sido no mas de una; que las provincias de Macedonia et de Ilyrico tuviesen cargo de administrarlas los mismos que las habian vencido y conquistado, Lucio Paulo Emilio y Lucio Anicio, hasta tanto que se diese orden en la reformacion de aquellos reynos que con las guerras pasadas estaban alborotados A los Cónsules fueron asignadas las provincias de Pisa et de Galia con dos legiones de hombres de á pie á cada uno, y con quatrocientos caballos. A los Pretores cayeron por suerte, á Quinto Casio la administracion de la ciudad, á Manio Ju-

vencio Thalna el gobierno de los extrangeros, á Tiberio Claudio Neron Sicilia, á Ceneo Fulvio la España Citerior, á Cayo Licinio Nerva la España Ulterior, á Aulo Manlio Torquato Cerdeña. Este no pudo ir á su provincia para juzgar de las causas criminales, porque fue detenido en Roma para otros negocios por decreto y ordenacion del Senado. A esta sazon se hizo entera relacion en el Senado de los prodigios, ó milagros monstruosos que habian acontecido en aquellos tiempos en diversos lugares. El templo de los Dioses, que son abogados de las casas et familias en Velia, fue tocado de un rayo del cielo que le partió por medio, et en la ciudad de Minervio fueron tambien tocadas de rayo del cielo dos puertas, et una parte del muro. En Anagnia llovió tierra. En Lanuvio fue vista en el cielo una hacha de fuego encendida. En un campo público de Calacia Marco Valerio, ciudadano Romano, decia et afirmaba que de su hogar habia manado sangre tres dias enteros y dos noches. Para conocer lo que denotaban estas señales, principalmente la postrera, et saber lo que se habia de hacer para aplacar la ira de los Dioses, mandó el Senado que los diez varones que tenian cargo de las cosas sagradas visitasen los libros de las Sybilas. Mandó mas el Senado que el pueblo hiciese suplicaciones por un dia entero, y celebraron en la plaza de Roma un sacrificio de cincuenta cabras. Esto se hizo por causa de la sangre que manó del hogar. Por causa de los otros milagros, se ordenó que se hiciesen tambien suplicaciones por un dia entero por todos los altares de la ciudad, et se celebraron sacrificios mayores, y fue la ciudad purificada. Allende de esto porque tocaba á la honra y agradecimiento que se debia á los Dioses inmortales, ordenó el Senado, que pues los enemigos del pueblo Romano, Perseo, y Gencio eran ya vencidos, et ya estaban en poder del pueblo Romano los mismos Reyes con los reynos de Macedonia y de Ilyrico, quantos dones y presentes se habian dado y ofrecido en los altares de los templos,

siendo Cónsules Apio Claudio y Marco Sempronio, por la victoria habida contra el Rey Antiocho, otros tantos dones y ofrendas diesen entonces los Pretores Quinto Casio et Manio Juvencio por la victoria presente.

CAPITULO XIV.

De los Embaxadores que envió el Senado á los reynos de Macedonia y de Ilyrico, et de la informacion que llevaron de la manera que se habian de administrar aquellas provincias.

Despues de esto hecho, ordenóse por decreto comun del Senado, se eligiesen Embaxadores para enviar á los Capitanes Lucio Paulo, et Lucio Anicio, para que estos conforme al decreto hecho por el Senado diesen fin y conclusion en los negocios de sus provincias. Eligieronse diez Embaxadores que fuesen á Macedonia, y cinco á Ilyrico. Los que fueron nombrados para ir á Macedonia son estos: Aulo Postumio Lusco, Cayo Claudio, entrambos varones Censores, Cayo Licinio Craso que fue compañero en el consulado de Paulo, et entonces tenia por suerte la administracion de la provincia de Galia, y se le habia prolongado el imperio. A estos varones consulares fueron añadidos Ceneo Domicio Ahenobarbo, Servio Cornelio Sula, Lucio Junio, Casio Antistio Labeo, Tito Numisio Tarquiniense, Aulo Terencio Varron. Los que fueron nombrados para ir á Ilyrico son estos: Publio Elio Ligo varon consular, Cayo Cicereio, et Ceneo Bebio Tamphilo, este el año pasado, et Cicereio muchos años antes habian sido Pretores, Publio Terencio Tusciveicano, et Publio Manlio. Avisaron tambien los Padres á los Cónsules, que pues era necesario que sucediese alguno á Cayo Licinio, que era nombrado por Embaxador en la provincia de Galia que administraba, que luego repartiesen entre sí las provincias, ó echa-

sen suertes sobre ellas, para que se supliese lo que faltaba. Echaron suertes, et cupo á Marco Junio la provincia de Pisa. Este antes que se partiese para su provincia, plugó á los Padres que tuviese cargo de hacer entrar dentro del Senado los Embaxadores que venian de todas partes de muchos Principes y repúblicas para congratular á los Romanos las grandes victorias que habian habido sus Capitanes en Macedonia y en Ilyrico. A Quinto Elio le cayó por suerte la provincia de Galia. Pues aunque sea verdad que se enviaban tales personas por Embaxadores, que se podia facilmente presumir que los Capitanes Romanos usando de su consejo, no harian cosa que fuese indigna de la clemencia et gravedad del pueblo Romano, todavia quisieron los Padres que se tratase primero en el Senado la suma de sus consejos, y casi la sustancia de lo que se habia de hacer en la reformacion de los dos reynos, porque los Embaxadores llevasen de Roma á sus Capitanes comenzada la traza y la regla conforme á la qual se habian de gobernar los Capitanes en la conclusion de aquellos negocios. Ante todas cosas ordenaba el Senado y pueblo Romano que quedasen enteramente libres los Macedonios et los Ilyrios, porque fuese notorio et divulgado por todas las naciones de la tierra como el pueblo Romano tomaba las armas no para sujetar con triste servidumbre á los que antes eran libres, sino por el contrario, para poner en libertad entera et perpetua á los que antes habian padecido miserable servidumbre. Tambien para que las gentes que hubiesen vivido antes en libertad, dende en adelante debaxo de su imperio la tuviesen muy mas libre y entera, segura y perpetua estando defendidos et amparados con la sombra et defensa del pueblo Romano. Tambien querian que los que hubiesen estado debaxo del imperio de Reyes, como conociesen en el tiempo presente que vivian con mayor mansedumbre y modestia, et con mucho menor molestia respecto al pueblo Romano, de lo que antes debaxo de sus Principes habian vivido. Querian mas, que

conociesen estos subditos que si en algun tiempo antes el pueblo Romano habia hecho la guerra contra sus Reyes, ó en el tiempo á venir la haria contra otros, el fin de ella tenian propuesto que fuese solamente victoria para los Romanos, y libertad y prosperidad para sus subditos. Allende de esto, ordenó mas el Senado que fuesen deshechos y quitados enteramente los grandes tributos que hasta entonces se habian pagado de los metales que se sacaban de las minas de Macedonia, y tambien los arrendamientos que se pagaban por las posesiones de los campos. Porque estas rentas no se podian coger sin que fuese muy agravado el pueblo, y sin que hubiese un cierto arrendador ó alcabalero que las cogiese. Y adonde hay los tales alcabaleros, álli ó el derecho comun et público es vano, ó la libertad de los aliados es ninguna. Porque estas cosas ni aun los mismos Macedonios no las podian administrar sin agravio grandísimo de todas las gentes del reyno. Y donde quiera que está puesta en medio la ocasion de presa y rapiña entre los que administran los negocios, alli nunca faltarán causas de sediciones y de contiendas. A esta causa era honesto et conveniente que hubiese un consejo comun entre las gentes y tal, que el desenfrenado vulgo no usase mal de la libertad que le era permitida para su moderacion saludable, et la convirtiese en licencia pestilencial y dañosa. Ordenaron mas que todo el reyno de Macedonia fuese distribuido en quatro regiones ó provincias diversas, en cada una de las quales hubiese su consejo et juicio donde se tratasen las causas de los litigantes. Que dende en adelante no pagasen al pueblo Romano mas de la mitad del tributo que solian pagar á sus Reyes. Para el reyno de Ilyrico se ordenaron tambien otros decretos á estos semejantes. Lo demas que hubiese que ordenar en entrambos reynos se dexó al juicio de los Capitanes et de los Embaxadores, los quales podrian tomar mas ciertos et mas sanos consejos de la ocasion presente de los negocios que tratasen.

CAPITULO XV.

De la venida de Atalo hermano del Rey Eumenes á Roma, et del buen recibimiento que se le hizo.

Entre muchas embaxadas que vinieron á Roma de muchos Reyes, naciones y repúblicas, ninguna fue de tanta magnificencia y estimacion como la de Atalo hermano del Rey Eumenes, el qual solo convirtió á sí mas que todos los otros los ojos y los ánimos de los Romanos. Porque fue recibido de toda la república et principalmente de aquellas ilustres et señaladas personas que se habian hallado en su compañia en la guerra de Macedonia con muy mayor amor et benevolencia que si viniera el mismo Rey Eumenes. Traxèronle á Roma dos cosas, al parecer, muy honestas. La una la alegria y gozo conveniente para congratular al Senado aquella victoria, en la qual le habia ayudado por parte, y con hechos ilustres habia dado claras muestras de su virtud. La otra la queja que traia por causa de la alteracion que los Galos habian hecho en su tierra, los quales, con otras gentes extrangeras, entrando por la tierra de Eumenes con sus armas y espadas habian puesto en condicion el reyno. Allende de estas dos causas traia tambien una cierta esperanza secreta de alcanzar honras et premios del Senado por los servicios que habia hecho en la guerra; pero tales honores, que á fatiga podia salir con ellos, guardando la limpieza de su piedad. Habia tambien en Roma algunos autores no muy buenos, que aumentaban su esperanza et encendian mas con buenas razones su deseo no muy justo. Decíanle que habia en Roma tal opinion entre todos de Atalo y de Eumenes, como si el uno fuera cierto et fiel amigo de los Romanos, y el otro no muy cierto ni fiel aliado de los Romanos ni de Perseo. Demanera que apenas po-

dian juzgar quales cosas alcanzaria mas facilmente Atalo del Senado, las que demandase para honra et aumento de su estado, ó las que fuesen contrarias para diminucion y abatimiento de la honra et estado de Eumenes, en tanto grado estaba toda la república Romana fundada en atribuirle á él honra et premio, et en quitarlo al Rey Eumenes su hermano. Era, pues, Atalo de la condicion de algunos hombres, segun se declaró por la obra, que comprehenden en su ánimo y desean tanto, quanto la esperanza les promete. Y llevara hasta el cabo Atalo esta opinion, si la prudente amonestacion de un amigo no le pusiera un freno en su ánimo con que pudiera reprimir el desordenado brio que la próspera fortuna suele por la mayor parte engendrar en los ánimos de los hombres. Hallose en su compañia un Médico llamado Stracio, el qual habia enviado con él su hermano el Rey Eumenes, como persona que no estaba segura, y que temia lo que su hermano Atalo podria hacer contra él en Roma. A esta causa envió en su compañia á este Médico para que estuviese muy atento á las cosas que hiciese su hermano en Roma, y le amonestase tambien con mucha gravedad y fidelidad, si le viese en algo torcer de la lealtad que á su dignidad real se debia. Este Médico como sabia que ya estaban ocupados los oidos, y trasportados los sentidos de Atalo en contraria opinion de lo que él quisiera, por causa de la multitud de hombres Romanos y personas de mucho valor que le persuadian lo que dicho habemos, casi perdia la esperanza de poderle hacer tornar á tras del camino que habia comenzado. Todavia quiso hacer la última prueba, y aguardando tiempo y lugar oportuno habló con Atalo, et fue de tanta eficacia su razonamiento, que no solamente pudo restituir el caso que ya estaba en términos de desesperacion; pero aun hizo tanto con sus razones que enteramente le convirtió á su propósito, et le quitó del ánimo et voluntad lo que antes por su ambi-

cion y por consejo de otros muchos tenia deliberado hacer contra su hermano el Rey Eumenes. Porque como en la guerra pasada de Macedonia habia sido muy dudosa la fe de Eumenes et muy aprobada la lealtad de Atalo, habia caido el Rey en odio de muchos, et cobrado Atalo la gracia de todos de tal suerte que á su juicio et de otros muchos, si demandara en el Senado el reyno de su hermano Eumenes en premio de sus buenos servicios, no le fuera negado. Mas porque no era la demanda honesta, et por servir al viejo Eumenes, quiso el Médico quitarlo de la voluntad de Atalo, como salió con ello, dandole buenas razones.

CAPITULO XVI.

Del razonamiento que el Médico del Rey Eumenes hizo en presencia de Atalo para persuadirle que no hiciese ninguna cosa contra su hermano.

Quando vió coyuntura muy oportuna llegose el Médico á Atalo, et le dixo que por relacion de otros habia entendido como estaba determinado de demandar al Senado el reyno de Eumenes su hermano, et porque el caso era feo et junto con manifiesta infamia, le rogaba que mirase muy bien lo que hacia antes que llegase á tales términos. Porque si mirase la cosa con claros ojos hallaria que de esta demanda se le recreceria infamia et poco provecho y daño al Rey y al reyno, aunque saliese con lo que deseaba. Porque como era notorio por la experiencia de muchas gentes y de luengos tiempos que otros reynos habian crecido de pequeños principios con la paz y concordia que muchos siglos habian guardado, con las quales virtudes suelen perpetuarse los reynos, et con los vicios contrarios destruirse. Que su reyno era nuevo, et con no estar fundado con ningunas ri-

quezas, ni fuerzas antiguas, solamente se sustentaba et fortalecia con la concordia de los hermanos, con la qual sola parecia firme et estable. Era tambien notorio que en este reyno uno era el que usurpaba el nombre del Rey y traia la corona como insigne nota de la dignidad real; pero en efecto de verdad todos los hermanos reynaban y gobernaban tanto como él mismo que era llamado Rey. Pues como Atalo era el mayor en edad despues del Rey Eumenes, asi era tambien el mayor en dignidad, ¿y quién hay en el mismo reyno que por sus virtudes y gravedad no le tenga ya tanto por Rey, como al mismo que traia la corona? Y no solamente reconocian ya á Atalo casi por Rey á causa de sus virtudes et de sus grandes riquezas, que veian las gentes ser tantas como las que el mismo Rey poseia, sino porque en efecto de verdad muy presto se esperaba que por derecho natural le vendria á él muy presto la corona, et la posesion absoluta del Reyno. Veian que la edad de Eumenes se descaia, que no tenia hijo ninguno heredero, ni tampoco esperanza ninguna de haberle por causa de su edad y de sus enfermedades. ¿Pues qué necesidad habia entonces de hacer fuerza á una cosa que muy poco tiempo despues de su propia voluntad se le vendria? Allende de los inconvenientes que se seguirian si alguna cosa se hiciese por fuerza, y el peligro en que estaria todo el reyno siendo diviso, tenian presentes otros peligros no menores de los alborotos que habian levantado nuevamente los Galos en su reyno, á los quales á gran pena podrian resistir siendo concordes, y mucho menos habiendo en ellos alguna muestra de discordia. Pues si sobre todos los peligros et alteraciones que entonces habia de fuera, se aumentasen nuevas sediciones domésticas, ¿qué otra cosa se podria esperar de ellas sino la destruccion manifiesta de todo el reyno, et hacer que el Rey Eumenes muera fuera del reyno desterrado y abatido, et él mismo Atalo pierda la es-

peranza del reyno, la qual entonces, si estuviese reposado, tenia muy cercana? Pues aunque entrambas obras fuesen igualmente gloriosas, conservar el reyno entero para su hermano, ó quitársele, ¿quién hay entre los hombres que son dotados de generoso ánimo, que no juzgue ser muy mayor gloria conservar el reyno que perderle por tomarle? Principalmente siendo esta obra no solamente liberal y magnífica, sino tambien santa y religiosa. Pero como sea verdad que la crueldad de quitar el reyno al hermano ya viejo y cansado, sea obra de ingratitud intolerable y semejante al crimen de parricidio, no hay razon que quede ya ninguna duda en el ánimo de Atalo, ni se traiga mas en deliberacion y consulta, si se ha de cometer tan grave crimen, ó seguir la moderacion que la misma naturaleza ordena, antes que mancillar su fama con tan deshonesto renombre et sus manos con su propia sangre. ¿Qué es lo que queria demandar Atalo en el Senado Romano? ¿una parte del reyno, ó todo entero? Si solamente una parte demandaba, considere él mismo ¿quán pequeñas serian sus fuerzas para sostener tal renombre estando repartidas, pues quando estaba el reyno entero no era bastante para resistir á sus enemigos? Si todo el reyno entero pedia, ¿qué crueldad tan grande seria echar fuera de él desterrado á su hermano mayor que con justo motivo le poseia? Téngase por cierto Atalo, que son muy justos los ojos divinos, y que no dexan semejantes crímenes sin grave castigo. Considère las historias de todos tiempos, et la fin que hicieron todos los tiranos, et porque no sea necesario buscar los exemplos de las fábulas fingidas, ni tampoco de las historias antiguas, solamente considere el exemplo del Rey Perseo de Macedonia, et la fin que habia hecho, á la qual muy merecida le habia traido la justicia divina, solamente por haber cometido semejante maldad contra su hermano, lo que algunos le persuadian que él hiciese contra Eumenes. Por usur-

par el reyno injustamente, Perseo mató á su hermano inocente con mucha crueldad, y despues á él mismo para que sea castigado conforme á su merecimiento le echa la venganza divina fuera del reyno, et le trae á Samothracia hasta dentro del templo burlado y desamparado de todas las criaturas humanas, y alli como si los mismos Dioses presentes con su propia mano le llevasen á la pena, viene á postrarse abatidamente ante los pies de su enemigo vencedor, poniéndose en su merced, para que haga de él como de un malhechor lo que por bien tuviere. Allende de esto, téngase por cierto Atalo, que los mismos que le incitan á que se mueva contra su hermano, no por el bien que le desean, sino por el odio que con Eumenes tienen, loarán por extremo su gravedad y constancia, si él permaneciere en la fe y amistad del Rey su hermano. Movieron mucho estas palabras del Médico el ánimo de Atalo, y como eran verdaderas, confirmolas de tal manera en su corazon que enteramente se determinó á no dar oidos á los que le incitaban contra su hermano, y de seguir el consejo del Médico.

CAPITULO XVII.

De lo que propuso Atalo en el Senado Romano, et de las grandes honras que le fueron hechas en Roma, y de lo que mas aconteció con los Embaxadores de Rodas.

Con esta deliberacion entró Atalo en el Senado. Alli declaró en presencia de los Padres el placer grande que él habia habido por la victoria del pueblo Romano. Remostró tambien lo mucho que él habia trabajado en aquella guerra, et tambien su hermano, el Rey Eumenes. Despues de haber remostrado honestamente lo uno y lo otro, dexando á los Padres

que juzgasen lo que merecian semejantes obras, declaró mas como los Galos se habian rebelado contra ellos, et que muy pocos dias antes habian hecho gran movimiento y alteraciones en su reyno. A esta causa demandó que el Senado y pueblo Romano enviasen sus Embaxadores á los Galos para que por su autoridad movidos dexasen las armas que contra ellos habian tomado. Propuesta, pues, esta necesidad presente en el Senado á la fin demandó que le diesen á Eno y á Maronea. Oida esta demanda halláronse burlados los que mucho antes habian acusado al Rey Eumenes, y habian tambien amonestado á Atalo que demandase parte del reyno, pues que él con mas justo título le merecia que su hermano. Con esto se salió Atalo del Senado. Muy pocas veces antes fue visto en Roma, que ningun Rey, ni Príncipe, ni hombre particular fuese oido con tanto consentimiento et favor, quanto entonces fue oido en el Senado Atalo. Y asi todo el tiempo que estuvo en Roma se le hicieron todas las honras et presentes que se podian hacer á persona de muy grande estima, y al tiempo de su partida le hicieron las mismas, y aun las aumentaron. Entre otras muchas embaxadas que vinieron á Roma de las ciudades de Asia y de Grecia, los Embaxadores de Rodas principalmente movieron la ciudad et la convirtieron. Porque luego que llegaron á Roma, fueron vistos de todos, vestidos y adornados con vestidudas blancas et resplandecientes, como convenia á personas que venian á congratular la victoria, et declarar el gozo que por ella habian recibido, y si los tales fueran vistos con vestiduras negras, ó abatidas, pudieran algunos juzgar que se lamentaban por el triste caso de Perseo, y no se alegraban por la victoria del pueblo Romano. Despues que el Consul Marco Junio habló con los Padres, les dixo como los Embaxadores de Rodas estaban en la congregacion, y si serian admitidos en el Senado, y si se les daria aposento y recibimiento tal como so-

lia siempre hacerse á los Embaxadores, conforme á la costumbre del pueblo Romano, mandaron los Padres que no se les hiciese ninguna honra, ni se usase con ellos de las señales de amor que ordinariamente se usaban con los otros Embaxadores, ni que tampoco fuesen admitidos en el Senado. Oido este mandamiento de los Padres, salió el Consul fuera del Senado, y se vino al lugar donde estaban los Embaxadores, los quales luego que le vieron se llegaron á él humildemente, y le dixeron como eran enviados del Senado y pueblo de Rodas, para congratular al Senado Romano por la victoria que habian alcanzado del Rey y reyno de Macedonia, et tambien para disculparse en presencia de los Padres y Senadores de los crímenes de que sabian ser acusada su ciudad, por tanto que le suplicaban hiciese de manera que se les diese audiencia en el Senado. El Consul les respondió conforme al decreto de los Padres, que los Romanos tenian por costumbre de tratar con mucho amor y benevolencia á sus amigos y aliados, et de dar aposento et hacer otras honras á los Embaxadores de los tales, et darles tambien audiencia en el Senado; pero que los de Rodas no habian usado de tanta fidelidad en aquella guerra para con los Romanos, que merezcan ser contados en el número de sus amigos y aliados, y que á esta causa ni serian recibidos como Embaxadores de sus amigos, ni tampoco admitidos en el Senado. Oida esta respuesta tan dura los Embaxadores de Rodas se postraron luego todos por tierra, y rogaron al Consul et á todos los que se hallaron presentes que ablandasen un poco su ira, et tuviesen por bien de considerar ser cosa muy honesta que los nuevos y falsos crímenes que contra ellos se habian levantado, no fuesen de mayor valor para hacer daño á su república, que el merecimiento de muchos y muy ciertos servicios que habian hecho á los Romanos, de los quales ellos mismos eran testigos. Luego despues que hubieron dicho estas palabras

se desnudaron los vestidos blancos y alegres que traian, et si vistieron ropas de duelo, y mostrando un semblante muy triste se iban por todas las casas de los Principes et grandes señores á rogarles, derramando lágrimas de sus ojos, que fuesen sus intercesores para con el Senado, y que tuviesen por bien conocer su causa antes que fuesen condenados.

CAPITULO XVIII.

De la alteracion que se levantó en Roma entre el Pretor y los Tribunos del pueblo acusando el uno, et escusando los otros á los de Rodas; y del razonamiento de los Rodios.

A esta sazon Manio Juvencio Thalna Pretor, que tenia por entonces la jurisdiccion sobre los ciudadanos y extrangeros, incitaba et conmovia el pueblo contra los de Rodas, et habia publicado una ley para que fuese propuesta al pueblo, por la qual mandaba que se denunciase la guerra públicamente á los de Rodas, et que de los Magistrados de aquel año se eligiesen algunas personas señaladas para que fuesen con naos de armada á hacer aquella guerra, pensando que él seria uno entre los otros, ó por ventura solo el que para este cargo fuese elegido. A estas alteraciones y movimientos resistian Marco Antonio, et Marco Pomponio Tribunos del pueblo. Allende de esto, reprehendian todos al Pretor, y decian que él habia comenzado este negocio por un exemplo nuevo y mal visto que sin consentimiento del Senado, y sin hacerlo saber á los Cónsules, él de su propia autoridad tuvo atrevimiento de publicar aquella ley: si querian, ó mandaban que se denunciase la guerra públicamente á los de Rodas. Porque en semejante caso quando se queria denunciar la guerra en nombre del pueblo Romano á otra nacion ó Príncipe, ante todas cosas era necesario tomar consejo con el Senado sobre lo

que cumplia hacer en la declaracion de la guerra. Despues se proponia en el pueblo lo que el Senado hubiese deliberado, et lo aprobaban los Tribunos del pueblo. Propuesta la cosa de esta manera, mandabase que ninguno fuese intercesor por aquella ley antes que fuese dada facultad á los hombres particulares de aprobarla ó reprobarla. A esta causa acontecia muchas veces que los que no habian hecho profesion de ser medianeros para que se reprobase alguna ley, despues de considerados los vicios de ella, resistian todo lo que podian porque no se hiciese. Por el contrario, otros que habian venido para reprobar alguna ley á la fin vencidos por la autoridad et potencia de los que la defendian, dexaban de serles contrarios. Y en este hecho del Pretor como no habia cosa legitimamente hecha conforme á la orden de la república, era de todos reprehendido por su soberbia et temeridad, y ninguno queria aprobar lo que él habia hecho. E los Tribunos oponiendose antes de tiempo, imitaban el apresuramiento del Consul; mas escusaban su oposicion diciendo que toda deliberacion sobre los Rhodios, debia dexarse hasta que llegasen de Macedonia el General, y los diez Legados, los quales como bien informados de todo, darian noticias ciertas de la voluntad que cada ciudad tenia á Perseo y á los Romanos. Pues como sin embargo de esto el Pretor insistiese en su propósito, llegó la cosa á que el Tribuno Antonio sacó los Legados delante del pueblo, y á Antonio que habia salido tambien, et comenzaba á hablar desde los rostros, le quitó de alli, y dió lugar de hablar á los Rhodios; los quales no estaban todavia libres de cuidado, por mas que los intentos precipitados del Pretor hubiesen sido desbaratados por semejante obstinacion del Tribuno. Y á la verdad los Padres estaban muy enojados; de suerte que los Rhodios mas eran aliviados de presente, que libres en todo del mal que les amenazaba. A la postre el Senado despues de muchos ruegos les dió audiencia, y el Consul los introduxo en él. E primeramente he-

charon sus cuerpos en tierra, en donde estuvieron mucho tiempo llorando, hasta que el Consul les mandó levantarse y hablar. Entonces Astimedes, habiendo compuesto el semblante quanto pudo para mover la compasion, habló de esta manera: » Este llanto y fealdad de unos aliados poco ha florecientes en vuestra amistad, ó Padres conscriptos, no puede no causar compasion aun á los enojados; pues con quanta mas razon se compadecerán vuestros corazones, si quereis considerar la cruel condicion con que aqui defendemos la causa de la ciudad, ya casi condenada dentro de vosotros. » Todos los demas son acusados antes que sean condenados, » ni los castigan primero que esté probada la culpa; mas » nosotros los Rhodios, está en duda el crimen que habemos » cometido; pero no está en duda la pena y la ignominia » grande que por él padecemos. Los tiempos pasados, quan» do los Romanos vencieron á los Cartagineses, et sojuzga» ron á los Reyes Filipo de Macedonia, et Antiocho de Asia, » nosotros los de Rodas venimos á Roma, et aunque al pre» sente nos veis llenos de duelo y tristeza fue nuestra fortuna » entonces mas próspera, aunque en el tiempo de agora te» nemos los mismos ánimos que antes tuvimos, y al presente » no merecemos padecer mayor ignominia de lo que enton» ces mereciamos. Veniamos entonces asi como agora, por de» clarar el gozo que habia recibido nuestra república por » vuestra victoria. Llevaronnos honradamente de la posada » pública donde estabamos aposentados á vuestro palacio, Pa» dres Conscriptos, y del palacio nos llevaron tambien al » Capitolio á presencia de vuestros Dioses para darles las » gracias por la clemencia que con vosotros usaron, y á ofre» cerles nuestros dones en señal de gratitud et ánimo pronto, » para que dende en adelante tuviesen tambien cargo de con» servar et de aumentar la próspera fortuna de vuestra re» pública. Al presente que venimos al mismo oficio, y por » la misma ocasion, no permitistes que nos aposentasemos den-

„tro de vuestra ciudad como si fueramos enemigos, y á gran „pena fuimos recibidos en una miserable y abatida posada „comprada por dineros, y asi con vestidos de duelo y de „tristeza maltratados et llenos de infamia nosotros los de Ro- „das venimos al palacio de la Corte Romana, en el qual lu- „gar no há muchos dias que estuvimos con mayor honra. „Porque conocida la virtud y esfuerzo de los Rodianos en „pago y recompensa de los nobles hechos que hicieron en „servicio de los Romanos, el Senado les hizo gracia de dos „provincias, de la de Lycia, y de la de Caria, y allende „de esto los adornaron con tan honestos títulos, y les hi- „cieron tan grandes honras, quantas era rozon que se hicie- „sen á varones fuertes que por la obra habian mostrado su „virtud y nobleza. Con todo esto, segun de otras personas „habemos entendido, los Macedonios et los Ilyrios, que an- „tes que hiciesen la guerra contra vosotros habian sido sier- „vos y casi esclavos de sus Príncipes, ahora que son de vo- „sotros vencidos y sujetados los habeis hecho libres y esentos, „habiendo sido muy poco antes vuestros enemigos. No digo „esto, Padres Conscriptos, porque yo ni los de nuestra na- „cion tengamos envidia de la prosperidad, et buena andanza „de las otras gentes, sino antes para reconocer en ellos la „clemencia et misericordia del pueblo Romano. ¿Pero qué „diremos nosotros, Padres Conscriptos, ó en ley de que jus- „ticia cabe que habiendo vosotros hecho de vuestros enemi- „gos capitales, amigos et libertados, que de solos los de Ro- „das que en esta guerra estuvieron quedos, et desde luengo „tiempo fueron vuestros amigos los quereis hacer deconfede- „rados enemigos públicos?

„Por cierto que vosotros sois Romanos, que divulgais „por todo el mundo que vuestras guerras son siempre prós- „peras et bien afortunadas, porque son justas y adminis-tra- „das sin injuria de ninguno; y no tanto soleis gloriaros por „la felicidad de sus fines, quanto por la justicia de sus prin-

„cipios afirmando siempre que sin gravísima causa no os mo-
„veis á querer hacer la guerra contra persona. Los Cartagi-
„neses fueron la causa que Filipo Rey de Macedonia fuese
„vuestro enemigo, y vosotros no tomasteis contra él las ar-
„mas hasta que él os dió ocasion muy necesaria para que
„fuesedes contra él como contra cierto enemigo. Quiso com-
„batir, et aun combatió la ciudad de Mesena en Sicilia por
„gratificar á los Cartagineses. Combatió tambien la ciudad
„de Athenas, y procuraba de sujetar con triste servidumbre
„todas las ciudades libres de Grecia. Ayudó á Anibal con
„dineros y con otros favores. Por todas estas causas juntas,
„cada una de las quales era de mucha importancia, con mu-
„cha razon os movisteis contra el Rey Filipo, et como vues-
„tra causa era muy justa alcanzasteis la victoria haciendole á
„él venir en conocimiento de su yerro. El Rey Antiocho
„de su propia voluntad sin haberle vosotros ofendido tomó
„las armas contra vuestro imperio y contra vuestros aliados,
„movido solamente por el simple llamamiento de los Etolos
„vuestros enemigos. Luego pasó con una flota de naos de
„armada á Grecia, ocupando de paso la ciudad de Deme-
„triade, la ciudad de Calcide, et el monte de Thermopi-
„las, et trabajaba con todas sus fuerzas de echaros fuera de
„la posesion de vuestro imperio. Para la guerra postrera que
„hicistes con Perseo, tuvistes ocasiones muy ciertas y mani-
„fiestas. Estandoos vosotros quedos et sin pensamiento de
„guerra, él procuraba con mano armada sojuzgar á vues-
„tros aliados. Hizo matar á muchos Príncipes y grandes se-
„ñores de diversas naciones et pueblos que estaban en vues-
„tra amistad et confederacion muy estrecha, lo que os mo-
„vió á la guerra. Pero nosotros los de Rodas, si habemos de
„morir á vuestras manos, ¿qué título tendrá nuestra extre-
„mada miseria? ¿Qué hicimos? ¿En qué pecamos? ¿En qué
„os habemos ofendido, Romanos? Pero quando esto digo,
„aun no comienzo á separar la causa general de toda nues-

„tra ciudad de la causa particular de Poliarato y de Dion,
„ciudadanos nuestros, et de otros á estos semejantes á los
„quales traemos con nosotros para ponerlos en vuestro po-
„der, que como á hombres culpados que claramente han
„ofendido la magestad de vuestro imperio hagais de ellos á
„vuestra voluntad: ¿Si todos los de Rodas fuesen igualmen-
„te culpados, quál seria nuestro crimen en esta guerra? Di-
„réisnos que favorecimos la parte del Rey Perseo, et que asi
„como en las guerras pasadas contra Antiocho y contra Fili-
„po peleamos contra los Reyes por vosotros, por el contrario
„tambien en esta guerra peleamos por el Rey contra voso-
„tros. Con quanta lealtad nosotros solemos ayudar á nuestros
„confederados, y quan animosamente nos ponemos á todos
„peligros en la guerra, si no quereis creer á mis palabras,
„dad si quiera crédito á vuestros Capitanes Cayo Livio y
„Lucio Emilio Regilo que fueron vuestros gobernadores en
„Asia, á los quales podreis preguntar de nosotros, y ellos os
„harán entera relacion de nuestras obras. Nunca vuestras
„naos pelearon sin nosotros. Con nuestras naos de armada
„peleamos nosotros una vez cerca de la ciudad de Samos, et
„otra vez en Pamphilia contra Anibal Capitan de los Car-
„tagineses. Estas victorias nuestras, tanto fueron mas glorio-
„sas para nosotros, quanto fue mayor el daño et perdida que
„en ellas recibimos. En Samos peleamos adversamente y per-
„dimos gran parte de nuestras naos, y muy excelentes et
„esforzados mancebos de nuestra nacion, y fue tan grande el
„desastre que muchas naciones poderosas se halláran quebran-
„tadas las fuerzas con tanto daño, sin poder dentro de luen-
„go tiempo rehacerse. Pero nosotros no perdimos el ánimo
„ni las fuerzas con tan grave daño sino antes con mayor ar-
„dimiento tornamos sobre los enemigos, et los vencimos, y
„luego despues otra vez salimos al camino á resistir á la ar-
„mada del Rey Antiocho que venia de Siria muy podero-
„sa. Esto que digo, Padres Conscriptos, no lo digo por via

„ de vanagloria nuestra, pues no es tal nuestra fortuna que „ permita gloriarnos de ninguna cosa, aunque sea muy insig- „ ne, sino solamente por daros á entender en alguna manera „ de la suerte que los de Rodas suelen ayudar á sus amigos „ et confederados. Despues de vencidos les Reyes Filipo et „ Antiocho, recibimos de vosotros en premio de nuestra vir- „ tud, ornamentos amplisimos y nobilisimos.

CAPITULO XIX.

En el qual los de Rodas prosiguen su platica, y por contrarios argumentos prueban que no sirvieron al Rey Perseo.

„ Si qual es al presente vuestra fortuna próspera alcanzada „ por la misericordia de los Dioses inmortales, et por vues- „ tra ilustre virtud, tal fuera la fortuna de Perseo, et des- „ pues de acabada la guerra si fueramos á él á Macedonia á „ que nos diera grandes premios, ¿qué le dixeramos? ¿y qué „ nos respondiera? Por cierto, que con mucha razon nos pre- „ guntará: ¿Vosotros los de Rodas por qué me demandais „ premios? ¿Qué habeis hecho por mí? ¿En qué guerra me „ habeis servido? ¿En qué me habeis ayudado? ¿Habeisme „ por ventura ayudado con dineros, con trigo, con gente de „ á pie por tierra ó con naos de armada por mar? No por „ cierto. ¿Pues que verguenza es la vuestra que por no haber „ hecho por mí ninguna cosa vengais á demandarme premios? „ ¿Quereis acaso decir que estuvisteis puestos en guarnicion en „ mi nombre en alguna parte, y que peleasteis en la batalla? „ Decidme por vuestra fe ¿qué fortalezas nos habeis guar- „ dado? ¿Debaxo de la bandera de quales Capitanes peleas- „ teis? ¿Si nos demandase, en qué lugar estuvieron nuestros „ soldados? En quál puerto, ó en quál mar dentro de sus „ términos fueron vistas nuestras naos de armada, ¿qué le res-

„ ponderiamos? Ninguna cosa cierta podriamos responderle.
„ Pero seriamos forzados á defender nuestra causa en presen-
„ cia del Rey vencedor, de la misma manera que al presen-
„ te la defendemos en presencia de vuestro Senado. Porque
„ en pago de nuestro honesto et loable oficio, es nuestra suer-
„ te tan desdichada, que habiendo enviado nuestros Emba-
„ xadores á la una parte et á la otra con estudio y deseo de
„ acordar la paz, lo que habemos ganado por nuestro oficio,
„ es que de entrambas partes no habemos ganado ninguna
„ gracia, y lo que peor es, de la una de ellas somos acusa-
„ dos de grave crimen, y de no menor peligro. Aunque es
„ verdad que Perseo en tal caso con justo tititulo se podria
„ quejar de nosotros, que en el principio de la guerra no-
„ sotros os enviamos nuestros Embaxadores por los quales
„ os ofrecimos daros todas las cosas que os fuesen necesarias
„ para la guerra, asi de armas por mar y por tierra, como
„ de naos et mancebos esforzados, afirmando como era ver-
„ dad que estamos prestos de ayudaros en todo lo que bas-
„ tase nuestro poder, como en las otras guerras lo habiamos
„ hecho. De este crimen nos podeis acusar vosotros, Padres
„ Conscriptos, de que hayamos hecho semejante ofrecimien-
„ to, y no pusimos por obra ninguna cosa. A esto respondo,
„ Padres Conscriptos, que hago testigos á vuestras conciencias,
„ para que ellas juzguen por quien ha quedado. Nosotros asi
„ como lo ofrecimos con buen ánimo, estabamos prestos de
„ declarar por la obra nuestras voluntades; pero vosotros no
„ quisisteis usar de nuestro ofrecimiento, y no sabemos la cau-
„ sa porque menospreciasteis nuestra ayuda. Demanera que
„ ni hicimos ninguna cosa contra vosotros como enemigos,
„ ni tampoco faltamos al oficio que debiamos de buenos ami-
„ gos y confederados vuestros. Pero vosotros no permitisteis
„ que pusiesemos por obra lo que ofreciamos y deseabamos.

CAPITULO XX.

En el qual el Embaxador de Rodas prosigue su plática, y responde á los crímenes de que le pueden acusar los Romanos.

„¿Pues qué diremos? ¿Qué me preguntais vosotros, Ro„manos? Podria por cierto preguntarme alguno de vosotros, „¿Qué quiere decir vuestra justificacion tan santa? ¿Tan „inocentes sois que contra toda razon y derecho está indig„nado contra vosotros el pueblo Romano? ¿Ninguna cosa se „ha dicho, ni se ha hecho en vuestra ciudad contra vuestra „voluntad por cuya ocasion el pueblo Romano se haya mo„vido justamente á ira contra vosotros? A esto respondo, Ro„manos, que no estoy tan fuera de sentido que haya que„rido parecer al presente en vuestra presencia, para excu„sar lo que se ha hecho, sino solamente tengo propuesto „en mi razonamiento apartar la causa pública de la re„pública muy lejos de la culpa particular de algunos po„cos hombres. Porque no hay ninguna ciudad en el mundo „tan bien gobernada ni tan dichosa, que no se hallen en „ella algunas veces algunos hombres malos, et donde el „vulgo de la gente no sea siempre ignorante y sin expe„riencia. Tambien yo he oido contar otros que lo sabian, „que aun en vuestra república hubo algunas veces hombres „malos, que andaban lisonjeando á la multitud del pue„blo, y por complacer á las gentes vulgares hacian mu„cho daño á los Gobernadores et á todo el estado de la „ciudad. Tambien se afirma por cosa cierta, que en los „tiempos pasados se apartó de vosotros el pueblo, et os „quitó de vuestra potestad la república. Pues si un crimen „tan grave, y en negocio de tanta importancia pudo acon„tecer en una ciudad tan bien gobernada como es la vues-

„ tra, ¿ por qué se ha de maravillar ninguno que se hayan tambien hallado algunos hombres particulares en nuestra república, que deseando tener la amistad del Rey Perseo, corrompieron al vulgo de la gente con sus consejos? Pero con todo esto no pudieron hacer en nosotros otra mella los tales, que hacernos cesar en nuestro oficio, como vosotros quisísteis que cesásemos. No quiero aqui disimular, ni poner en olvido el mas grave crimen de nuestra ciudad de que somos acusados, el qual dicen, haber cometido nosotros en esta guerra. En un mismo tiempo enviamos nuestros Embaxadores á vosotros y al Rey Perseo, para tentar si por la una parte, ó por la otra se podrian hallar algunos buenos medios de paz. Este desdichado consejo nuestro, un Embaxador furioso, segun despues entendimos, le hizo que fuese vano et muy necio. Este Embaxador nos consta que habló con tanta audacia en vuestra presencia, como si fuera vuestro Embaxador Romano Cayo Popilio, al qual enviásteis para hacer cesar la guerra que estaba encendida entre los Reyes Antiocho y Ptolomeo. Pero habeis de saber que de esta misma soberbia ó locura, como quiera que deba ser llamada, que usó nuestro buen Embaxador en vuestro Senado, de otra tal ó mayor usó tambien en presencia del Rey Perseo.

CAPITULO XXI.

En el qual el Embaxador de Rodas prosigue su plática, et confirma su razon con el exemplo de muchas ciudades et personas.

„ No ignorais vosotros, Padres Conscriptos, que asi como los hombres particulares son de diversas condiciones, de la misma manera las repúblicas et naciones tienen tam-

„bien sus diferentes et varias costumbres. Unas gentes de „su natural inclinacion son coléricas, que muy presto y por „pequeña ocasion se encienden en ira: otras son atrevidas: „otras son temerosas : otras son muy dadas al vino : otras „á los deleytes carnales. Es fama comun, que el pueblo „de los Atenienses es demasiadamente apresurado, y atre„vido mas de lo que sufren sus fuerzas para emprender „hechos grandes et de mucha importancia. El pueblo de „los Lacedemonios es mas tardio y considerado, que ha„ce sus negocios no apresuradamente, sino muy sobrepen„sado, y muy á reposo tentando el vado en las cosas que „trata, y á gran pena se atreve á entrar por entero en los „negocios de que tiene probada noticia y casi cierta confian„za. Tampoco quiero negar que toda la region de Asia sue„le criar ingenios muy vanos, y que las palabras y mane„ra de hablar de nuestra gente es un poco mas vanaglo„riosa de lo que seria razon, y cobramos esta soberbia, „porque somos tenidos por los principales y de mayor emi„nencia entre todas las ciudades comarcanas. Y Este mis„mo vicio nuestro, tened por cierto, Padres Conscriptos, „que no es tanto aumentado con nuestras fuerzas, quan„to con vuestras honras y juicios. Por cierto que harto fue „castigada entonces de vosotros aquella desdichada embaxa„da nuestra despedida con tan triste respuesta. Y si enton„ces no fue harto grande la ignominia que recibió en re„compensa de su crimen, á lo menos téngome por cierto, „que esta tan miserable y abatida embaxada presente es „bastante para deshacer todo el crimen, et aun otro ma„yor que se pudiera cometer en la otra enbaxada pasada. „Las palabras soberbias principalmente son aborrecidas et „acriminadas de los hombres que son de su natural muy ace„lerados, y se encienden facilmente en ira. Los hombres „prudentes hacen burla de ellas, principalmente si son usa„das de personas de mas baxa condicion para con otros que

„ son sus superiores. Pero ninguna persona juzgó jamas que „ merecian ser castigadas con pena de muerte. Grande era „ por cierto el peligro que habia para disminuir su estado, „ si los de Rodas menospreciasen de palabra á los Romanos. „ Bien habemos visto otras veces algunos hombres mal acon- „ dicionados, que no dudan de decir palabras injuriosas „ contra los mismos Dioses inmortales; pero ni por esto no „ habemos visto ni oido que ninguno haya sido tocado á esta „ causa con algun rayo del cielo: ¿Qué es lo que mas nos „ falta de excusar? ¿Qué resta ya para ser perdonados, pues „ que en nuestras obras ningun hecho se halla, ni hallará „ jamas de hobres enemigos? ¿Y las palabras vanagloriosas „ de los Embaxadores merecieron por su culpa ofender vues- „ tros oidos, y no que por ellas fuese nuestra ciudad des- „ truida?

CAPITULO XXII.

En el qual el Embaxador de Rodas prosigue su plática, y responde á otros crímenes que podrian decirse contra los de Rodas.

„ También oygo, Padres Conscriptos, que hay algunos „ entre vosotros que en sus palabras acusan nuestra calla- „ da voluntad, y sin haber dicho ni hecho cosa ninguna que „ os ofenda, solamente por nuestros pensamientos, no qua- „ les ellos son, sino quales ellos los juzgan, quieren que „ seamos tenidos por capitales enemigos. Decian que noso- „ tros en nuestros ánimos calladamente favorecíamos mas „ la parte del Rey Perseo, et que quisiéramos mas que él „ fuera vencedor que no los Romanos. A esta causa juz- „ gan algunos que se ha de hacer la guerra contra nosotros. „ Otros mas moderados entre vosotros dicen ser verdad que „ tal fue nuestro deseo; pero que no por eso es justo que

„ se nos haga la guerra, ni seamos perseguidos á sangre y „ fuego como los otros mas crueles juzgaban. Porque nin„ guna ley ni costumbre entre todas las naciones de hom„ bres humanos permite, que si alguno quiere mas que sea „ vencido su enemigo, y que venza su amigo, por sola es„ ta causa de su callada voluntad sea condenado á muerte, á „ no ser que haga alguna cosa con la que pueda ayudar á ven„ cer, ó destruir á quien él juzgaba por enemigo, y no dar la „ victoria á quien tenia por amigo. A estos que nos libran de „ pena, aunque no nos libran de culpa, les agradecemos mu„ cho esta moderacion y clemencia. Pero yo quiero ahora es„ tablecer una ley mas rigurosa contra nosotros mismos. Digo „ asi: que si todos nosotros somos de esta voluntad, y quere„ mos que venga en efecto el crimen de que somos argüidos, „ no queremos que se ponga diferencia ninguna entre la vo„ luntad y la obra, sino que sea lo uno y lo otro por un mis„ mo crimen juzgado, por el qual muramos todos por justo „ juicio vuestro. Pero sino pasa asi el caso, antes si en efec„ to de verdad algunos de nuestros Príncipes favorecieron „ al Rey solamente con la voluntad sin obras, no por eso „ demando que por amor de nosotros que fuimos de vues„ tra parte perdoneis á los otros que no lo fueron. Solamen„ te os rogamos, no permitais que nosotros inocentes perez„ camos por causa de los otros culpados. Tened por cierto, „ Padres Conscriptos, que no teneis vosotros tanto odio con„ tra ellos, quanto le tiene nuestra ciudad misma. Y co„ mo esto sabian por cosa muy cierta los malhechores, al„ gunos de ellos se escaparon huyendo: otros se dieron á „ sí mismos la muerte por no morir á nuestras manos: otros „ fueron condenados por nuestro juicio, los quales pondre„ mos en vuestro poder, para que hagais de ellos á vues„ tra voluntad. Todos los demas, fuera de estos que que„ dan en la ciudad de Rodas, asi como no merecemos que „ se nos hagan gracias por lo que habemos hecho por vo-

„ sotros en esta guerra, por el consiguiente tampoco me-
„ recemos pena.

CAPITULO XXIII.

En el qual el Embaxador de Rodas da fin á su plática, et trabaja quanto puede por alcanzar la paz de los Romanos.

„ Quanto á lo demás que nos resta, mucha razon es por
„ cierto, que el cúmulo de nuestras buenas obras y ser-
„ vicios pasados supla en parte las faltas presentes. Con tres
„ Reyes poderosos habeis hecho la guerra estos años pasa-
„ dos. Contra los dos primeros os ayudamos con todas nues-
„ tras fuerzas. Contra el postrero estuvimos quedos sin dar
„ favor á él ni á vosotros. Ahora, pues, en ley de buen
„ comedimiento, y aun de justicia cabe, que no nos haga
„ mas daño el haber cesado en una guerra, que el haber
„ peleado animosamente por vosotros en otras dos guerras no
„ menores. Poned á una parte, Padres Conscriptos, tres Re-
„ yes como tres sentencias, al Rey Filipo, al Rey Antiocho,
„ y al Rey Perseo. De estas tres sentencias las dos nos li-
„ bran muy claramente, la tercera es dudosa. ¿Pues qué ra-
„ zon hay que sea mas grave una sentencia dudosa para con-
„ denarnos que dos muy claras para salvarnos? De la otra
„ parte poned el juicio de los otros Reyes, los quales si
„ hubiesen de juzgar de nuestra causa claramente nos con-
„ denarian. Al presente sed vosotros los jueces, Padres Cons-
„ criptos, y pesad con la libra de la equidad si es razon
„ que Rodas sea enteramente destruida y asolada. Acuérde-
„ seos tambien, Padres Conscriptos, que quando entrais en
„ esta deliberacion, no es necesario que consulteis sobre al-
„ guna guerra que podreis comenzar, y no podreis sostener
„ y acabar. Porque como sea verdad que ninguno de los

„ Rodios tomara armas contra vosotros, sino que luego se „ os darán por vencidos, juzgar podréis facilmente que el „ acabamiento et fin de esta guerra será mas facil que sus „ principios. Si perseveráredes en vuestra ira, solamente os „ demandaremos tiempo para que podamos tornarnos á nues- „ tra tierra, et relatar en el Senado de nuestra república „ esta triste y miserable embaxada. Esto hecho tomaremos „ todas las libres personas que hubiere en la ciudad de Ro- „ das, asi hombres como mugeres, y con todos nuestros di- „ neros nos embarcaremos en las naos, et dexando los Dio- „ ses de nuestra tierra y de nuestras familias, públicos y „ particulares, nos vendremos á Roma, et acumulando en „ un monton todo nuestro oro et toda nuestra plata, y to- „ das las cosas de valor públicas y particulares que con noso- „ tros traxéremos en la sala de vuestro palacio á la entrada „ del Senado, nos vendremos á poner en vuestra potestad „ á nosotros y á nuestras mugeres é hijos, para que hagais „ de nuestros cuerpos á vuestra voluntad, con deliberacion „ de sufrir hasta lo último de la miseria humana todo lo „ que quisiéredes hacer de nuestros cuerpos lejos de nues- „ tra patria, porque nuestros ojos no vean su destruccion. „ Y estando ausentes nosotros de ella, si no os bastare tomar „ venganza en nosotros destruidla tambien y saqueadla. Po- „ drán juzgar los Romanos, si es su voluntad, que los de Ro- „ das son sus enemigos. Pero tambien es verdad, que es de „ algun valor nuestro juicio de nosotros mismos, que nunca „ pensamos ni juzgamos ser vuestros enemigos, aunque sufra- „ mos todas las miserias y adversidades que pueden venir so- „ bre el mas abatido hombre del mundo, no por eso haremos „ ninguna obra de enemigos contra vosotros." Acabado, pues, este tal razonamiento todos los Embaxadores juntos se postraron otra vez por tierra, y extendieron unos ramos de oliva en señal de humildad, sujecion y de la paz que demandaban. Despues de esto se levantaron et se salieron fuera del Senado.

CAPITULO XXIV.

De lo que deliberó el Senado sobre el negocio de los de Rodas, y de la respuesta que dieron á los Embaxadores, y de lo que mas se hizo.

Salidos fuera del Senado los Embaxadoces de Rodas, comenzaron á consultar entre sí los Padres et los Senadores sobre lo que se debia hacer en aquel caso de los Rodios. Demandábase de uno en uno el parecer de los que se hallaban presentes en el Senado. Entre todos los otros se mostraban grandes enemigos de los de Rodas todos los Cónsules, Pretores y Embaxadores, que habian hecho la guerra en Macedonia; pero ayudó y favoreció mucho su causa Marco Porcio Caton, el qual aunque de su natural era de áspero y riguroso ingenio, en aquel caso se mostró en el Senado muy blando y moderado. No relataré aqui la imagen muerta, ó semejante del razonamiento que hizo este varon en el Senado. Porque su misma habla, y sus propias palabras estan escritas, y andan divulgadas por las manos de los hombres, la qual plática se halla escrita y comprehendida en el quinto libro de los Orígenes. Despues de acabada esta consulta, diose tal respuesta á los Embaxadores, que ni se hicieron enemigos, ni quedaron amigos. Philocrates et Astimedes fueron los principales de esta embaxada, et despues que oyeron la respusta de los Romanos parecioles que seria buen consejo que la una parte de ellos se fuese á Rodas con Philocrates, para hacer saber á su Senado lo que respondian los Romanos, et la otra parte quedase en Roma con Astimedes, para que entendiese lo que alli se hacia, y avisase á los suyos de ello, et mandáronles mas los Romanos que hiciesen salir de Licia et de Caria á sus Gobernadores dentro de cierto término señalado. Quando

la respuesta de los Romanos con estas nuevas llegaron á la ciudad de Rodas, que de suyo eran harto tristes tomaronlas con buen ánimo, y recrearonse algun tanto en ver que se les era quitado el temor de mayor daño. Y como de la respuesta de los Romanos juzgaban que podian estar seguros de guerra, convirtieron en gozo y alegria todo lo que mas les mandaban. Y por aplacar mas el ánimo de los Romanos y atraerlos á querer hacer con ellos la paz, luego mandaron hacer una corona de veinte mil piezas de oro, et enviaron con esta embaxada á Theodoro, que era el Gobernador de la armada por mar. Tenian voluntad de rogar á los Romanos, que tuviesen por bien de hacer con ellos la paz, et confirmar la amistad antigua, pero de tal manera, que no se comunicase con el pueblo esta nueva confederacion, ni tampoco se pusiese por escritura, lo qual sino alcanzaban seria para ellos mayor ignominia en ser rehusados. Al Capitan de la armada habian dado solamente este cargo que tratase solamente el negocio con el Senado sin proponer ninguna rogacion al pueblo. Porque habian estado luengo tiempo en amistad con los Romanos; pero de tal manera que nunca se habian querido atar con liga ó confederacion jurada de alianza. Esto hacian ellos por buen respeto, y no por otra causa sino por no quitar á los Reyes la esperanza de su ayuda, si alguno tuviese de ella necesidad, et tambien porque ellos no perdiesen el fruto que les podria venir entreteniendo honestamente la buena amistad de los Reyes et Príncipes. Todavia entonces les pareció necesario demandar la amistad y alianza de los Romanos. No por hacerse por esta via con su ayuda mas seguros contra los otros que quisiesen hacerles la guerra, porque no temian á otros que á los Romanos, sino por hacerse menos sospechosos para con los mismos Romanos. Casi en este mismo tiempo los Caunios como vieron estas discordias entre los de Rodas, et los Romanos, alzaronse á mayores, y apartaronse de la obediencia de los Rodianos. Tam-

bien los Milasenses ocuparon algunos pueblos de los Euromenes. Pero con todas estas turbaciones no estaban tan abatidos los ánimos de los de la ciudad que no sintiesen, que si Lycia y Caria les fuesen quitadas á los Romanos, los demas pueblos comarcanos, que estaban debaxo de su señorio, ellos mismos se harian libres apartandose de su obediencia, ó serian ocupados de sus vecinos, que no eran á ellos sujetos. De esta manera vendrian aperder gran parte de su señorio, et á la fin serian forzados á encerrarse dentro de los términos de una isla pequeña y esteril, que por ninguna via podria sustentar la multitud de gentes que habia en tan gran ciudad. Enviaron, pues, luego un exército de esforzados mancebos, los quales usaron tambien de su virtud que en breve tiempo sujetaron á los Caunios, aunque eran ayudados con el favor de los Cybiratas, et los constriñeron á ser de nuevo obedientes y sujetos á los de Rodas. Tambien á los Milasenses, y á los Alabandenos, que les habian tomado la provincia de los Euromenses, et despues venian contra ellos con su exército, los vencieron en batalla cerca de Orthosia, y recobraron su provincia.

CAPITULO XXV.

De las cosas que hizo Lucio Anicio en el reyno de Ilyrico, y de como pronunció en la congregacion de los Príncipes la sentencia del Senado Romano.

Al tiempo que se hacian estas cosas en Rodas, y otras en Macedonia, et otras en Roma, como dicho habemos no estaba ocioso Lucio Anicio en el reyno de Ilyrico. Despues que tomó preso al Rey Gencio, como arriba lo habemos contado, puso gente de guarnicion dentro de la ciudad de Scodra, que antes habia sido el asiento real, et lugar principal del reyno, y dexó por Capitan de esta gente á Gabinio. A Cayo Lici-

nio dió cargo de la guarda y gobernacion de Rhizona y de Olcinio, que eran dos ciudades principales et situadas en lugares muy oportunos: puestos, pues, estos Gobernadores en Ilyrico, él se fue con lo restante del exército á Epiro. Luego en llegando se le dió la ciudad de Phanota, et toda la multitud de gente que dentro estaba le salió á recibir con mucha alegria, y adornadas con coronas las cabezas. En esta ciudad puso luego guarnicion, y se pasó á la provincia de los Molosos. En llegando con él exército se le dió toda la provincia, salvo las ciudades llamadas Pasarona, Tecmona, Philace, et Horreo. Despues de apaciguado el resto de la provincia, lo primero se fue con su exército á la ciudad de Pasarona. Los Príncipes y Gobernadores de esta ciudad eran Antino et Theodoro, varones insignes, tanto por el favor que tenian del Rey, quanto por el odio natural con que aborrecian á los Romanos. Estos fueron los autores principales por cuyo respeto toda la provincia se habia apartado de la obediencia de los Romanos. Y en aquella sazon como fueron acusados de su propia conciencia, porque no tenian esperanza de alcanzar perdon á causa de sus obras, no quisieron morir solos dando la tierra, et á si mismos en poder de los Romanos, antes quisieron perecer juntamente con la ruina comun de su patria. Y quando sintieron que se acercaba el Capitan Romano, cerraronle las puertas de la ciudad, y amonestaron á los que dentro estaban, que tuviesen por mejor morir como hombres animosos con las armas en la mano valerosamente, que vivir sujetos á triste servidumbre. Ninguno habia dentro del pueblo que osase hablar contra estos dos varones, que eran muy poderosos. A la fin un mancebo noble llamado tambien Theodoto, como el miedo que tenia de los Romanos era mayor, venció el temor que tenia de sus Principes que era menor, salió en público, et dixo en presencia de todo el pueblo estas palabras: „¿Qué desatino es el vues„tro tan grande, ciudadanos, que por causa de dos hombres

„solos querais venir en peligro de perder toda la ciudad en„tera, et siendo ella sin culpa hacerla culpada del crimen de „que son notados dos hombres? Yo siempre he oido decir, „ciudadanos, que los hombres que aventuraron su vida y qui„sieron morir por amor de su patria, fueron buenos y loables „ciudadanos. Que los hombres particulares quieran hacer á „la república participante de su crimen, et que la quieran „traer en peligro de perderse toda por amor de ellos solos, „estos dos creo que son los primeros que lo han inventado. „¿En qué estamos mas dudando? ¿Abramos las puertas de la „ciudad, et recibamos el mismo imperio que ha recibido to„da la redondez de la tierra.?" Luego que dixo este noble mancebo estas palabras, seguiale toda la multitud del pueblo, et se iban derechos á las puertas de la ciudad para dexar entrar dentro á los Romanos. A esta sazon, como vieron los dos Principes Antino et Theodoto que no valia ya nada su mando ni autoridad, luego que se abrieron las puertas de la ciudad, ellos fueron los primeros que se opusieron contra los Romanos, et los acometieron como hombres desesperados, ofreciendose ellos mismos á las heridas y á la muerte. Pero como eran faltos de ayuda luego fueron heridos et muertos de los primeros golpes que sobre ellos cargaron. De esta manera fue entregada la ciudad á los Romanos. La misma pertinacia de estos dos Príncipes imitó tambien Cephalon, que era el Capitan y Caudillo de la ciudad de Tocmona. Este quando supo que venian los Romanos cerróles la puerta del pueblo, lo qual no pudiendo sufrir los de la ciudad, se levantaron contra él et le mataron, y despues se entregaron todos en poder de los Romanos. Visto, pues, como todo el mundo se sujetaba de su propia voluntad á los Romanos, tampoco las otras dos ciudades de Philace y de Horreo pudieron sufrir el cerco, ni el combate, y se dieron á los Romanos, porque sabian que no pudieran mas que los otros resistir á sus fuerzas, si se pusieran en armas. Despues que estuvo en potes-

tad de los Romanos pacificamente todo el reyno de Epiro, repartióse el exército por las ciudades mas oportunas, para que en ellas estuviesen los soldados aposentados aquel invierno. Esto hecho él se tornó á Ilyrico. En la ciudad de Scodra halló que eran venidos los cinco Embaxadores que habia enviado el Senado, y quando hubo entendido de ellos lo que ordenaban los Padres tocante al reyno de Ilyrico, mandó que fuesen convocados en aquella ciudad todos los principales de la tierra. Alli se asentó en medio de todos en el tribunal para pronunciarles el decreto y sentencia del Senado, lo qual hizo por estas palabras: „Ordena y manda el Senado y pueblo Romano, que los Ilyrios sean enteramente libres, et yo „en su nombre prometo de sacar muy en breve toda la „gente de guerra, que está puesta en guarnicion por las ciudades y fortalezas. Ordena y manda mas el Senado et pueblo Romano que no solamente sean libres, sino que tambien sean exêntas et privilegiadas sin pagar ningun tributo „nombradamente las ciudades de los Isenses, de los Taulancios, de los Dasarecios, de los Pirustas, de los Rizonitas, „et de los Olciniares. Porque estas ciudades se pasaron de su „propia voluntad á la parte de los Romanos antes que fuese vencido el Rey Gencio. Que tambien sea participante de „estos mismos privilegios et exênciones la ciudad de los Daorseos, porque esta ciudad dexó á Caravancio, et se pasó „con las armas á los Romanos. Que los Scodrenses, los Dasarenses, et Selepitanos con todo el restante del reyno de „Ilyrico paguen solamente al Senado et pueblo Romano la „mitad del tributo que solian pagar al Rey Gencio. Allende de esto ordena y manda el Senado y pueblo Romano „que todo el reyno de Ilyrico sea distribuido en tres partes. „La una sea la que ya habemos nombrado. En la otra se „comprehendan todos los Labeatas. En la tercera sean contados los Agravonitas, los Rizonitas, et los Olciniatas con „todas las demas gentes comarcanas que moraban en torno de

„ellas." Quando el Pretor Romano hubo pronunciado esta sentencia y decreto del Senado en Ilyrico, él se tornó luego á Epiro á la ciudad de Pasarona para pasar alli el invierno.

CAPITULO XXVI.

De lo que hizo el Consul Lucio Paulo Emilio en Macedonia antes que viniesen los Embaxadores de los Romanos, y de los caminos que hizo por ver la tierra de Grecia.

Entretanto que estas cosas se hacian en Ilyrico, el Consul Paulo Emilio antes que llegasen los diez Embaxadores que le habia enviado el Senado con el decreto y conclusion del estado de Macedonia, envió á su hijo Quinto Maxîmo, que era tornado de Roma, para saquear las ciudades de Eginio y de Agasa. A la ciudad de Agasa porque habiendo ella misma venido al Consul Marcio de su propia voluntad á demandar la amistad del pueblo Romano, y siendo admitida, otra vez despues quebró su fe dada, et se tornó á Perseo. Los Eginenses eran notados de nuevo crimen, porque quando volava por todas partes la fama de la victoria de los Romanos contra el Rey Perseo, ellos no le quisieron dar crédito, y pensaron ser cosa fingida. Y asi como entraron dentro de la ciudad algunos soldados Romanos, ellos los trataron como á enemigos. Envió tambien el Consul á Lucio Posthumio, para que saquease y destruiese la ciudad de los Enioros, porque perseveraron en resistirles con mano armada con mayor pertinacia que ninguna de todas las otras ciudades que se les habian ya dado. A esta sazon era ya casi el tiempo del otoño, y como el Consul estaba esperando el decreto del Senado, sin tener otra cosa que hacer en Macedonia, determinó ir por las mas nobles ciudades de Grecia por ver aquellos lugares mas ennoblecidos con ilustre y perpetua fama, que

conocidos por la vista de los ojos. Dió, pues, cargo del exército á Cayo Sulpicio Galo, et él se partió con poca gente para recrearse en aquel camino despues de tan luengos y tan graves trabajos como habia padecido en aquella guerra. A sus dos lados iban su hijo Scipion, y Atheneo hermano del Rey Eumenes. De Macedonia se vinieron por derecho camino á Thesalia á la isla de Delfos, para ver aquel inclito oráculo que por toda Grecia, ó por mejor decir, por todas las partidas del mundo era tan celebrado. Alli celebró solemnes sacrificios dedicados al Dios Apolo, et despues que hubo acabado de celebrar religiosamente sus ceremonias sagradas, andando mirando los edificios del templo, vió á la entrada dos columnas muy ricas, las quales habia hecho edificar el Rey Perseo, para que en ellas se pusiesen sus estatuas, y como vió que ya no podian conseguir el fin para que eran hechas, juzgó que á él tocaban con mas justo titulo pues que era el vencedor de Perseo, et así ordenó que en ellas se pusiesen dos bustos de su cuerpo. Partido de Delfos, se fue á la provincia de Lebadia, para ver el templo de Jupiter que alli habia, el qual tenia por sobrenombre Trophonio. Alli vió la boca de la cueva obscura por la qual baxan los que quieren saber alguna cosa del oráculo para demardar á los Dioses lo que deseaban. Alli tambien celebró sus sacrificios dedicados al Dios Júpiter, y á la Diosa Hercyna, en honor de los quales Dioses en aquel lugar está un templo consagrado. De alli se partió para Calcide por ver el seno de mar que alli cerca se hace, llamado Euripo, y entró tambien dentro de la isla llamada Euboea, que con una puente está junta con la tierra. De Calcide se pasó por mar á Aulide que estaba tres millas de alli. Este es un puerto de mar muy bueno y muy seguro que guarda las naos que en él están contra la tempestad del mar seguramente. Este es tambien lugar desde luengos tiempos muy celebrado por causa que en este mismo puerto en los tiempos

pasados estuvieron mil naos de las del Rey Agamemnon de la flota de los Griegos, que pasó á Troya en la demanda de Helena. Este mismo Rey Agamemnon quando iba á Troya, y se paró con su flota en este puerto, estuvo en el templo de Diana, que alli es muy notable, donde fue sacrificada su hija en el altar de la misma Diosa. De alli vino el Consul á un lugar de la tierra Atica, que era llamado Oropo. En este lugar hay un templo muy hermoso, en el qual es adorado por Dios el adivino Amphiloco. Este templo es antiguo, et está situado en un lugar deleytoso adornado por todas partes de arboledas verdes, de fuentes, et rios de aguas muy frescas.

De alli vino á la ciudad de Atenas, pueblo muy ennoblecido por la antiguedad de su fama. En esta ciudad habia cosas muy notables et dignas de consideracion grande. La fortaleza de la ciudad, el puerto y los muros que se juntan con la ciudad de Pireo. Las atarazanas de las naos. Los monumentos et enseñas de ilustres Capitanes Griegos que ganaron en sus batallas et expediciones. Las imagenes et estatuas infinitas de muchos Dioses et varones excelentes, hechas de todas suertes de materia, y labradas con artificio maravilloso. Las escuelas de hombres sapientisimos que enseñaban todas suertes de artes et ciencias, que en aquella ciudad florecian, mas que en otro lugar del mundo nunca florecieron. Despues que hubo bien contemplado las cosas que habia en la ciudad dignas de ser vistas, subióse el Consul Romano á la fortaleza; et alli en el templo de Diana, que es la patrona et abogada de aquella ciudad celebró muy religiosos sacrificios. Despues se partió para la ciudad de Corinto, donde llegó el dia siguiente. Esta ciudad era entonces muy rica, famosa, et florecia en el trato de la mercaderia antes que fuese destruida. Tambien se holgó de ver la fortaleza, et el lugar que está junto á ella llamado Isthmo. La fortaleza de una altura increible, llena de fuentes al derredor et dentro de sus edifi-

cios. El lugar llamado Isthmo parria por medio los dos mares de la parte de Oriente , et de Occidente que se juntaban con la tierra. De alli se partió para la ciudad de Sicion y Argos que eran dos pueblos nobles. Despues se fue á Epidauro , que no era igual en riquezas con las otras dos; pero muy celebrada por causa de la ilustre fama del templo de Esculapio, que en aquella ciudad habia. Este templo está situado cinco mil pasos de la ciudad , el qual en los tiempos pasados fue muy rico por causa de los muchos dones que le ofrecian personas señaladas; pero al presente es pobre de los mismos dones, y rico de las señales de donde se han quitado los tales monumentos. Estos dones en los tiempos pasados los daban muchos por hacer veneracion á Esculapio, otros por haber alcanzado la salud siendo curados con el arte de su medicina. De alli se fue el Consul para Lacedemonia, ciudad no muy rica , ni muy celebrada por causa de la magnificencia de los ciudadanos, y edificios ; pero sobre las otras ciudades de Grecia, memorable por causa de la buena disciplina de honestas costumbres que en ella habia. Partido de Lacedemonia se fue por la ciudad de Megalopolis á Olympia. En aquel lugar vió todas las cosas que habia dignas de memoria, et entre las otras quando vió el templo et la estatua de Jupiter , como si viera al mismo Dios presente se movió mucho en su ánimo. A esta causa mandó que se aparejasen sacrificios muy solemnes de lo que antes habia acostumbrado para celebrar en aquel lugar , no con menor religion que si se hallara en el Capitolio Romano.

CAPITULO XXVII.

De lo que hizo el Consul Romano despues que acabó de visitar todas las provincias de Grecia, et los lugares mas señalados et memorables que en ella habia, et de como respondió á Cayo Sulpicio, porque dexaba andar libremente al Rey Perseo, al qual despues dió en guarda de Aulo Posthumio.

De esta manera, que dicho habemos, habiendo el Capitan Paulo Emilio visitado toda la Grecia, et notado los lugares mas notables que en ella habia, determinó tornarse por diverso camino á su exército, para dar orden en el estado de Macedonia. Fue tan grande su prudencia et moderacion en este viage, que en todo él, ni dexó cosa de notar que fuese digna de memoria, ni tampoco quiso informarse ni hacer mencion de lo que ninguno habia hecho en público ni en particular en aquella guerra de Perseo. Porque no juzgasen las gentes que quedaba algun rencor en su ánimo, et por no solicitar con nuevo miedo los ánimos de sus confederados. Quando tornó á la ciudad de Demetriade salíole al camino una compañia de gentes de los Etolos rotos et maltratados. Quedó maravillado de verlos, et preguntando la causa de su desastre, fuéle respondido, que Lycisco et Tisippo habian muerto quinientas et cicuenta personas señaladas de sus principales, habiendo cercado al Senado con los soldados Romanos que habia enviado el Presidente Bebio, et los otros que habian quedado con la vida eran desterrados, et sus haciendas eran confiscadas et poseidas de los mismos que habian sido sus acusadores. El Consul movido á piedad les dixo que viniesen á la ciudad de Amphipolis, et que alli, conocida su causa, serian ayudados en lo que fuese posible. El mismo Consul

despues de haber comunicado en Demetriade con Ceneo Octavio, habiendo oido por una fama vulgar et comun que los diez Embaxadores Romanos eran ya pasados, se partió luego de alli, y pospuestos todos negocios, se dió priesa por alcanzarlos en la ciudad de Apolonia. Llegando, pues, ya el Embaxador Romano cerca de esta ciudad saliole á recibir al camino hasta la ciudad de Amphipolis el Rey Perseo, libre de toda guarda, del qual lugar hasta la ciudad donde venia habia camino de un dia. Quando el Consul le vió, recibiole muy blandamente, haciéndole buena cara, et sin darle muestras de lo que en el ánimo sentia por verle asi libre ir por donde quiera, sin guarda de persona. Pero quando llegó al real reprehendió gravemente á Cayo Sulpicio, á quien habia dado cargo de la guarda del Rey, porque le dexaba andar libremente por la tierra lejos de sí, y sin guarda de ninguno. Reprehendiole tambien, porque habia dado tanta licencia á los soldados que les hubiese permitido quitar las tejas de los muros de la ciudad et cubierto con ellas los lugares donde ellos estaban aposentados para pasar el invierno. Y asi mandó que luego se tornasen á llevar las tejas á los mismos lugares de donde se habian quitado, et que luego se rehiciesen los muros, como de antes estaban. Esto hecho, quitó el cargo que habia dado de guardar al Rey á Cayo Sulpicio, et dió el cuidado de guardar á Perseo con su hijo Filipo á Aulo Posthumio. La hija de Perseo et el hijo menor, que habian quedado en Samothracia, mandó que fuesen alli traidos, et los trató muy liberalmente, haciéndoles siempre mucha honra. Allende de esto, habia el Consul señalado un cierto dia para que en él se congregasen en la ciudad de Amphipolis diez principales, los mas señalados del reyno de Macedonia, et traxesen consigo todas las letras, et el dinero público que habia en todo el reyno guardado en nombre del Rey.

Llegado este dia, juntáronse en un lugar los diez prin-

cipales de Macedonia, et los diez Embaxadores Romanos, et sentose tambien en el tribunal donde se pronunciaban los juicios al Consul. Estaban todos cercados de una multitud muy grande de gentes de Macedonia que venian á oir la sentencia que se habia de pronunciar en nombre de los Romanos. Y aunque es verdad que esta gente de los Macedonios estaba acostumbrada al duro imperio de su Rey, que los tenia muy sujetos, todavia en ver esta forma de juicio, et principalmente en la coyuntura que se veian vencidos y abatidos, parecíales una cosa terrible y espantable. Habia en aquella congregacion una magestad grandísima conveniente á la dignidad del Imperio Romano. Habia mucha multitud de ministros, á cada uno de los quales era atribuido su propio oficio.

Demanera que todas las ceremonias que se hacian, parecian tan extrañas en aquel lugar, que nunca se habian visto semejantes, que no solamente á los Macedonios vencidos, sino tambien á los amigos et aliados pudieran poner espanto. Y asi estaban las gentes con esta nueva forma de representacion no menos alteradas que maravilladas, esperando atentamente lo que sucederia.

CAPITULO XXVIII.

De como el Consul Romano se asentó en el tribunal, et pronunció la sentencia de los Romanos tocante al reyno de Macedonia en lengua Latina, et despues el Pretor Cenco Octavio en lengua Griega.

Despues que por mandamiento de los Gobernadores se hizo señal para que se diese audiencia, luego se hizo en toda la congregacion silencio muy grande. Entonces el Consul Paulo comenzó á pronunciar con palabras Latinas lo que tocante al reyno de Macedonia habia juzgado el Senado Ro-

mano, et á él le parecia qne se hiciese. Despues que él hubo acabado su razonamiento pronunciado con mucha gravedad et admiracion de los que le oian, el Pretor Ceneo Octavio, que se halló tambien presente en aquella congregacion pronunció en lengua Griega las mismas palabras et sentencia que el Consul habia dicho en lengua Latina. En esta sentencia se contenian tales artículos. Ante todas cosas pronunciaba el Consul en nombre del Senado et pueblo Romano, que dende en adelante todos los Macedonios quedasen libres. Que quedasen en la misma posesion, et estancia de ciudades, bienes et posesiones que antes tenian, sin que perdiesen ninguna cosa de sus haciendas, ni recibiesen molestia de pasarse á diversos lugares. Que viviesen siempre conforme á sus leyes, como de antes eran acostumbrados. Que eligiesen cada año sus nuevos Magistrados. Que pagasen cada año al pueblo Romano solamente la mitad del tributo, que antes habian pagado á los Reyes de Macedonia. Allende de esto pronunció, que todo el Reyno de Macedonia fuese distribuido en quatro regiones. La primera parte de las quales fuese todo el espacio de tierra que hay entre el rio Neso. Que se comprehendiese tambien en esta parte primera la tierra que hay de la otra parte del rio Neso, á la banda de Oriente, todas las ciudades, villas, lugares, et castillos que antes habia poseido el Rey Perseo, salvo las ciudades de Eno, Maronea et Abedra. En esta primera parte entraba tambien toda la tierra que se extendia de la otra parte del rio Strymon á la banda de Occidente, en la qual se contenia la provincia de Bisaltica, con la ciudad de Heraclea, que es llamada Sintice. La segunda region del reyno de Macedonia fue á la banda de Oriente desde donde nace el rio Strymon, hasta llegar á las ciudades et tierras que dicho habemos de Sintice, Heraclea, et de Bisaltas. A la banda de Occidente toda la tierra que estaba limitada con la corriente del

rio Axio. En esta parte se comprehendian todos los Peonios, que moraban cerca del rio Axio. Esta region segunda se extendia por los límites que dicho habemos todo el luengo de la tierra hasta la parte contraria de Oriente. La tercera region del reyno de Macedonia fue limitada por todo aquel espacio de tierra que está ceñido de la banda de Oriente con el rio Axio, et de la banda de Occidente con las aguas del rio Peneo. Por el lado de Septentrion el monte Bora está puesto como fortaleza et muro que cierra et defiende esta region tercera. Añadiose tambien á esta parte la provincia de Peonia que se extiende de la parte de Occidente al luengo de la ribera del rio Axio. Tambien fueron contadas las ciudades de Edesa et de Berea dentro de la jurisdiccion de esta parte tercera. La quarta region del reyno de Macedonia fue señalada de la otra banda del monte Bora, la qual por la una parte confina con el reyno de Ilyrico, et por la otra con el reyno de Epiro. Esta fue la distribucion de los términos del reyno de Macedonia. Ordenose mas, que en estas quatro provincias hubiese quatro lugares señalados et principales para que á ellos acudiesen los hombres en todas las causas, ó diferencias que se les ofreciesen.

En estos quatro lugares se habia de administrar justicia, et eran como Chancillerias públicas, donde se hiciesen leyes, et se oyesen las causas de los litigantes, et se pronunciasen las sentencias, et se hiciesen las congregaciones de todo el reyno todas las veces que fuese necesario consultar sobre algun negocio importante et perteneciente al estado público del reyno. Las cabezas, pues, de estas regiones fueron nombradas en la primera provincia la ciudad de Amphipolis, et la segunda Thesalonica, en la tercera Pela, en la quarta Pelagonia. A estas quatro ciudades habian de acudir de todo el reyno. En ellas se habian de hacer las juntas del reyno. Alli se habian de congre-

gar los Tribunos, et alli se habian de elegir los Magistrados. Pronunció mas, que ningunos matrimonios se hiciesen fuera de sus propias regiones et de los términos limitados de su tierra, que no hubiese ningunos contratos ni comunicaciones de edificios, ni de posesiones mezcladas de los de la una region con los de la otra. Allende de esto pronunció mas, que ninguno dende en adelante usase los oficios de los metales de oro et de plata que hasta entonces habian usado los Macedonios; pero permitioles el oficio et trato del metal et del hierro. A los que tenian cargo de pagar el tributo mandó, que dende en adelante pagasen la mitad de lo que antes solian pagar al Rey de Macedonia. Mandoles mas, que los Macedonios no usasen de sal traida de fuera, sino solamente de lo que habia dentro del reyno. A los Dardanos que demandaban la provincia de Peonia por suya, diciendo que antes habia sido de su jurisdiccion, y que sus confines estaban juntos con los términos de Dardania, mandó que á todos fuese dada libertad, como á los Macedonios, que antes habian sido sujetos al reyno de Perseo. Pero como estos no alcanzaban la provincia de Peonia, como la habian demandado dioles facultad que pudiesen comunicar en el trato de la sal con los Macedonios. A la tercera region mandó que llevasen los Stobeos que eran de Peonia, y les asignó cierto precio por este oficio. Mandó que estos mismos cortasen en los montes la leña que era necesaria para hacer naos, y que ninguno se lo defendiese, ni otros que ellos se metiesen en este oficio. En estas regiones que eran comarcanas á los Bárbaros, et lo eran todas, salvo la tercera, permitió que en los postreros términos de ellas hubiese algunas gentes armadas de guarnicion para defender la tierra contra los insultos de los Bárbaros, que podrian moverse contra ellos. Esta fue la sentencia et orden que dieron los Romanos tocante al estado del Reyno de Macedonia.

CAPITULO XXIX.

De lo que hizo mas el Consul Romano en la congregacion despues de pronunciada la sentencia de los negocios de Macedonia. Y de las calidades de las quatro provincias del reyno.

Esto que dicho habemos fue pronunciado en el dia primero que se congregaron los Romanos, et los Príncipes de Macedonia para dar orden sobre lo que cumplia se hiciese para el buen gobierno del reyno que habian ganado. Oida esta sentencia, moviéronse los ánimos de los hombres con varias aflicciones. La libertad que se les pronunció tan claramente, alegró mucho los ánimos de todos los que se hallaron presentes. Tambien en ver que se les disminuia la mitad del tributo que solian pagar cada año á Perseo, se hallaron por extremo alivados. Pero en ver que era repartida la república en quatro partes, et que era defendida la contratacion de los unos con los otros, esto reprehendieron muchos, diciendo que ya estaba desmembrada su república como animal quarteado, y cortados parte á parte todos los miembros de su cuerpo cada uno por sí, que antes solian estar todos juntos, et ayudarse los unos á los otros en sus necesidades. Demanera que aun los mismos Macedonios ignoraban, quan flaca et debil era ya Macedonia estando distribuida en diversas partes, et no de mucho valor. La primera parte donde está la ciudad de Bisaltas cria varones muy fuertes et animosos, en aquella distancia de tierra que hay de la otra parte del rio Niso, et cerca del rio Strymon. Hay en esta tierra tambien muchas variedades de mantenimientos et fertilidad de muchos bienes. Hay tambien metales de mucho valor que se sacan de las entrañas de la tierra. Alli cerca está tambien muy oportunamente si-

tuada la ciudad de Amphipolis, la qual está en tal término puesta, que de la parte de Oriente cierra todas las entradas del reyno de Macedonia. En la segunda region de Macedonia estan situadas las ciudades muy famosas et celebradas de Thesalonica, et de Casandria. Tambien la ciudad de Palene, que es tierra fertil y de muchos frutos. Hay tambien en esta tercera region muchas comodidades de la mar por causa de muchos et muy buenos puertos que hay en ella. Dos puertos hay cerca de dos montes que son llamados Toron et Atho. A este postrero llaman algunos el monte de Eneas. Otros puertos hay en la isla de Euboea, et otros al mar que es llamado Helesponto situados en lugares muy oportunos et provechosos. La tercera region tiene muchas ciudades antiguas et nobles, las principales de las quales, son Edesa, Berea et Pela, et la tierra de los Vecios en la qual se cria gente belicosa. En esta provincia moran muchos Galos et Ilyrios, que labran bien la tierra, et son hombres animosos en la guerra. En la quarta region moran los Eordeos, et los Lincestas et los Pelagones. Con estos está juntada la tierra de Atintania, de Stymphes, et de Elimiotes. Toda esta tierra es fria, et áspera, dura, et dificultosa de ser labrada. Los ingenios de los hombres son semejantes á la calidad de la tierra. Hacenlos mas fieros y groseros, de lo que ellos son, los hombres Barbaros sus comarcanos, que moran junto con ellos. Unas veces se exercitan en la guerra, otras veces en tiempo de paz, no dexan usar de sus costumbres groseras. De manera que de la suerte que dicho habemos fueron distribuidas las provincias de Macedonia, atribuyendo á cada una de ellas sus propios usos y oficios apartados. Acabada de pronunciar esta sentencia, el Consul dió conclusion en los negocios de Macedonia, diciendo que allende de aquella sentencia general pronunciada en nombre del Senado, pueblo Romano, y suyo, se harian otras leyes particulares apropiadas á la ciudad y provecho de cada tierra, de lo qual tendrian cargo los Gobernadores.

CAPITULO XXX.

De lo que el Consul mandó que se hiciese despues de la junta de los Principes, y de los muchos pueblos y personas que fueron acusadas, y algunas de ellas condenadas.

Despues de açabados los negocios de Macedonia, antes que fuese despedida la congregacion, mandó el Consul que fuesen citados los Etolos, para que en aquella junta diesen razon de su hecho, asi de los hombres que habian muerto, como de los que habian desterrado. Quando comparecieron los Etolos, hizose mas diligente informacion contra ellos en el conocimiento de su causa, sobre qual parte habia favorecido al Rey, ó á los Romanos, que sobre los que habian recibido injuria, ó hechola á otros. Oida la razon de los Etolos tocante á los muertos, fueron librados de culpa los que los habian hecho matar. Fue tambien confirmado el mismo juicio por los desterrados. Demanera que ya no se hablaba mas de los desterrados que de los muertos. Solamente fue condenado Aulo Bebio porque habia dado los hombres Romanos para que les fuese dada la muerte. Esta conclusion y sentencia dada sobre el negocio de los Etolos fue causa que en todas las ciudades y pueblos de Grecia, que habian favorecido la parte de los Romanos, se engendrase en los ánimos de los hombres nna soberbia intolerable. Estos tenian sujetos casi debaxo de sus pies á todos los otros que por alguna via eran sospechosos como favorecedores de la parte del Rey. En todas las ciudades se hallaban tres suertes principales. Las dos suertes eran de hombres lisonjeros que favoreciendo unos á los Romanos, otros al Rey solamente por alcanzar favor de los Príncipes, y por ganar dineros, et andando lisonjeando de una parte á otra apremiaban las ciudades, et robaban tambien los bienes de algu-

nos particulares só color del favor que con los Principes tenian. El tercer género de principales que habia en las ciudades era contrario enteramente á estos dos, y peleaba solamente por guardar las leyes et libertad de las ciudades, poniendo en condicion y peligro sus propias personas y bienes por defender y conservar el bien comun de toda la república. Estos tenian enteramente ganada la voluntad de sus ciudadanos, pero perdian la gracia de los extrangeros. Elevados, pues, con la próspera fortuna de los Romanos, los que eran sus favorecedores eran muy privados de los Príncipes, solos ellos eran los que tenian cargo del gobierno de las ciudades, solos eran enviados con embaxadas, y solos gobernaban los mas arduos negocios. De este género de gente venian muchos et muy continuos de Peloponeso, de Beocia, y de los otros concilios et ciudades de Grecia; que querian congraciarse con los Romanos, por cuya ocasion hinchian de acusaciones los oidos de los diez Embaxadores, diciendo que no solamente habian sido antes, et aun eran entonces amigos de Perseo, los que se habian vanamente descubierto en público á si mismos, sino que habia muchos mas en secreto que no se declaraban, los quales só color de defender la libertad de su patria en los concilios de Grecia, habian dicho et hecho muchas cosas contra la magestad del imperio Romano.

Por tanto que no seria posible confirmar entre aquella gente rebelde por entero su imperio, sino se quebrasen lo primero las alas y los ánimos de las partes contrarias, y despues se confirmase y estableciese la autoridad de solos aquellos que eran favorecedores de los Romanos, et no deseaban otra ninguna cosa, que solo el acrescentamiento de su imperio. Hicieron tanto estos hombres con sus acusaciones, que en parte persuadieron ser verdad lo que decian, de suerte que el Consul Romano mandó que se escribiesen letras, y se enviasen á las ciudades de Etolia, Acarnania, Epiro et Beocia, para que los de aquellos pueblos los siguiesen á Roma, don-

de se trataria su causa, y era necesario que compareciesen para dar su disculpa. Para la provincia de Achaya se partieron dos Embaxadores Romanos de los diez que habian venido. Estos eran Cayo Claudio, y Ceneo Domicio, para llamar las gentes de aquella provincia por su propio mandamiento. Esto se hizo por dos causas. La una porque se tenian por cierto que en esta gente de los Acheos habia mayor audacia y mayor esfuerzo de ánimo para no obedecer á los Romanos, que en las otras naciones, et por ventura á esta causa vinieran tambien en peligro Calicrates, los demas autores, y acusadores de sus crimines. La otra causa porque quisieron los mismos Embaxadores llamarlos estando presentes, fue porque quando se traxeron en presencia del Consul, et de los Embaxadores las escrituras et letras del Rey Perseo, fueron halladas muchas cartas de las otras ciudades y provincias, pero de los Acheos ningunas. Demanera que su crimen era ciego, et por haber del mayor noticia y apaciguar las gentes, fue necesario que se hallasen presentes los Embaxadores Romanos. Despues que fue dada conclusion en los negocios de los Etolos, luego citaron á la gente de los Acarnanes. En la provincia de estas gentes no se innovó ninguna cosa, solamente se hizo exênta la ciudad de Leucas, para que no fuese mas sujeta á comparecer dende en adelante en el juicio de los Acarnanes.

CAPITULO XXXI.

De la inquisicion grande que se hacia en las ciudades de Grecia sobre las personas que habian favorecido al Rey Perseo, y de lo que mas se hizo en la eleccion de los Gobernadores, y leyes.

Buscando, pues, mas adelante asi en público como en particular quienes habian sido los favorecedores de la parte del

Rey, extendióse esta su informacion hasta los términos de las provincias de Asia. De alli enviaron á Labeon á la ciudad de Antisa, que está situada en la isla de Labeo, con orden que destruyese los edificios de la ciudad, et á los moradores de ella hiciese pasar á Methymna. La causa porque quisieron usar de tanta severidad con este pueblo fue, porque quando Antenor, Capitan de Perseo, andaba por la mar hecho Corsario con los navichuelos, los de esta ciudad le recibieron en su puerto, y le ayudaron con vituallas. En toda esta deliberacion, et en tanto número de acusaciones y de crimines, á dos personas señaladas mandaron cortar las cabezas, el uno de los quales fue Andronico hijo de Andronico, natural de la nacion de los Etolos, porque siguiendo el consejo de su padre tomó las armas contra los Romanos. El otro fue Neo Thebano, por cuya intercesion et medio se confederó la ciudad de Thebas con el Rey Perseo. Despues que fue hecha esta diligencia en la inquisicion de los negocios de fuera, mandó el Consul que de nuevo se congregase el concilio de los Macedonios, para que se pronunciase en presencia de todos lo que mas pertenecia al estado del reyno de Macedonia. Ordenaron lo primero que se eligiesen ciertos Senadores, á los quales en su lengua llaman Synedros, por cuyo consejo y prudencia fuese administrada la república. Esto hecho leyeronse públicamente los nombres de muchos principales de Macedonia, los quales con sus hijos mayores de quince años, ordenaba el Consul, que se partiesen delante para Roma. Quando la gente vulgar entendió este decreto, al principio les parecia muy cruel, pero despues considerando bien el caso, no solamente le aprobaban, pero aun juzgaban que expresamente con este hecho se confirmaba su libertad, la qual no pudiera constar entera, si ellos quedaran en Macedonia; porque como eran los principales, quisieranse alzar á mayores, y tener dominacion et mando sobre los otros que eran de mas baxa condicion. Y de esta manera quedara en el

reyno la simiente de discordias, y el extrago de la libertad que deseaban los Romanos dar á las ciudades. Fueron á la fin nombrados por este decreto los principales amigos del Rey, y los Capitanes del exército asi por mar como por tierra, los quales eran acostumbrados á servir al Rey con mucha humildad y reverencia, y á mandar y gobernar á todo el resto del pueblo con mucha crueldad y soberbia. Algunos habia entre ellos tambien hombres muy ricos, y otros de mas baxo estado. Todos eran tratados asi en su mantenimiento como en su vestir liberalmente. Ninguno de ellos era dotado de ánimo tan generoso, que supiese con igual prudencia sufrir el freno de las leyes, ni las riendas de la libertad. Demanera que por este decreto se mandó que saliesen fuera de Macedonia todos los que habian sido Ministros del Rey, en qualquier oficio que le hubiesen servido, aunque fuese muy abatido, principalmente los que habian sido enviados con algunas embaxadas, aunque hubiesen sido de pequeña importancia, y que todos se fuesen luego á Italia, denunciando pena de muerte á los que no quisiesen obedecer á este decreto. Despues de hechas estas cosas ordenó mas el Consul con gran sapiencia lo que pertenecia al regimiento del reyno tocante á las leyes que se habian de hacer, conforme á las quales viviesen los Macedonios en sus provincias. Estas fueron con tanta prudencia y moderacion ordenadas et establecidas que todas las gentes juzgaban que el Capitan Romano siendo vencedor habia dado tales leyes á los Macedonios que no merecian ser tenidas ni ordenadas para castigo de los enemigos vencidos, sino para remuneracion de amigos muy queridos. Finalmente fueron tales estas leyes que el uso de luengo tiempo que duraron, el qual es un maestro y enmendador muy excelente de todas leyes, no pudo reprehenderlas ni castigarlas con su contiaua experiencia.

CAPITULO XXXII.

De las fiestas que ordenó el Consul Romano que se hiciesen en la ciudad de Amphipolis para recrear los ánimos de las gentes, que estaban cansadas de tan luenga guerra, y de las grandes solemnidades que en ellas se hicieron.

Despues que se hubo dado asiento por orden muy concertada en los negocios arduos del reyno, determinó el Consul dar tambien orden como se celebrasen unas fiestas muy solemnes con que se alegrasen los ánimos de los hombres. Estas fiestas habia pensado y aparejado desde mucho tiempo antes el Consul, y se habian enviado Embaxadores á las ciudades de Asia, y á los Reyes con orden que anduviesen rodeando por todas las ciudades de Grecia haciendo saber á los principales las fiestas que el Consul Romano establecia en Macedonia, et rogándoles que se qusiesen hallar presentes á ellas en la ciudad de Amphipolis, porque no siempre estuviesen los naciones et los pueblos ocupados, et molestados con los negocios de guerra, sino que alguna vez se recreasen tambien los ánimos con algun exercicio de placer. A estas fiestas que publicó el Consul Romano vinieron artificios de todas suertes, de todas las partes del mundo. Vinieron personas muy señaladas, luchadores, caballos muy hermosos, Embaxadores de diversas regiones con sacrificios solemnes, et todo lo demas que en honor et reverencia de los Dioses, et de los hombres suele hacerse en las mas solemnes fiestas de Grecia. De esta manera aconteció que se maravillaban todas las gentes, no solamente de la magnificencia del Consul, sino tambien de su prudencia en aparejar con tanto aparato y pompa, y con tanta discrecion et buen orden fiestas tan solemnes, á las quales entonces no eran acostumbrados los Romanos. Allende de las ce-

lebridades que se habian preparado, aparejaronse tambien combites tan solemnes y suntuosos que igualaba su magnificencia á la grandeza de los juegos et fiestas que se hacian. Porque queria que todos los principales et Embaxadores que hubiesen venido á honrar con su presencia aquellas celebridades, fuesen tratados con mucha pompa et magnificencia. Fue tan grande esta pompa qual en muchos tiempos no se habia visto en Grecia. De suerte que se decia vulgarmente el dicho del Consul que era comun en voca de todos, el qual solia decir, que celebrar fiestas solemnes, et aparejar combites muy suntuosos, era solamente de aquel que supiese vencer en la guerra. Despues de acabada toda la solemnidad de aquel triunfo, mandó el Consul que se juntasen todos los escudos que habia de metal, y se pusiesen en las naos guardados, y todas las otras armas de todas suertes fueron acumuladas en un lugar hechas un monton muy grande. A la hora el Consul hizo su oracion al Dios Marte, y á la Diosa Minerva, et á la Diosa Lua, et á todos los otros Dioses y Diosas á las quales suelen ser consagrados los despojos de la guerra, et despues de hecha tomó en su mano una hacha encendida, y el mismo Consul el primero, puso fuego á las armas que estaban acumuladas. Tras él hicieron lo mismo los maestros de caballeros. Fue notado en aquella congregacion que se habia juntado infinita multitud de pueblos de todas partes del mundo, de Europa, et de Asia parte de ellos para congratular al Consul Romano la victoria que habia alcanzado de sus enemigos, et parte para honrar las solemnidades de la fiesta, y que habia tantos exércitos de gentes á si por mar como por tierra, et que con todo esto habia tanta abundancia et copia de todas provisiones y mantenimientos para todos, y tan abundante que no solamente bastó para sustentarlos á todos abastadamente; pero aun allende de esto á la mayor parte de los Principes, y de las ciudades el Consul dió muchos et muy grandes presentes que no solamente bastaron para la necesidad

presente, pero aun sobraron gran parte para llevar á sus casas. Entre las otras cosas que se mostraron dignas de admiracion en aquellas fiestas, la mayor y mas principal de todas, allende de los juegos de todas suertes que se hicieron, fue la presa hecha en los despojos del reyno de Macedonia. Esta estaba puesta en diversos montones en la sala principal del palacio, para que de todos fuese vista y notada. Habia en ella muchas estatuas ricas y pinturas de gran valor, vasos de oro, plata, y de metal, tapices texidos con maravilloso artificio de diversas suertes, y otras infinitas obras riquísimas, hechas no solamente para recrear con deleyte presente la vista de los ojos, quales son las cosas de que está lleno el palacio de Alexandria, sino acomodadas para el uso perpetuo de los Reyes. Estas cosas quando fueron de todos vistas se pusieron en las naos, y el Consul dió cargo á Ceneo Octavio que las hiciese llevar á Roma. Esto hecho el Consul Paulo Emilio despidió los Embaxadores que habian venido de diversas partes del mundo á su llamamiento, et los envió tan contentos con su liberalidad y la dulzura de sus palabras, que todos reconocian quedarle en obligacion por la honra que de él habian recibido.

CAPITULO XXXIII.

De lo que hizo el Consul Romano despues que despidió los Embaxadores, que habian venido á las fiestas, y de como fueron saqueadas las ciudades de Epiro, y él se partió con su exército para Roma, y despues tambien el Pretor Anicio, y de lo que mas hicieron los Embaxadores Romanos con los Galos.

Partidos los Embaxadores, el Capitan Romano con su exército se pasó de la otra parte del rio Strimon, y asentó su real mil pasos de la ciudad de Amphipolis. Poco tiempo

despues se partió de alli, y al quinto dia llegó á Pela. Pasando mas adelante de la ciudad detúvose dos dias en el lugar que es llamado Speleo. De alli envió á Publio Nasica et á su hijo Quinto Máxîmo con una parte de su exército á destruir los Ilyrios que en aquella guerra habian ayudado al Rey Perseo, con orden que despues que lo hubiesen hecho le saliesen al camino, al lugar que es llamado Orico. El se partió para el reyno de Epiro, et dentro de quince dias llegó á la ciudad de Pasarona. No muy lejos de alli estaba asentado el real del Pretor Anicio, al qual escribió cartas el Consul, avisándole que no se moviese por cosa que se hiciese en aquella provincia. Porque el Senado habia dado á los soldados el despojo de algunas ciudades de Epiro, que en la guerra pasada se habian pasado á la parte de Perseo. Envió tambien ciertos Centuriones á las ciudades de Epiro que dixesen venian á sacar de aquella tierra las guarniciones que en ella habia para que quedasen los Epirotas libres, asi como lo habian quedado los Macedonios, et allende de esto, mandó que de cada una de las ciudades viniesen á él diez de sus principales. A estos mandó que el oro y la plata que tenian lo pusiesen en un lugar público, y á la hora envió ciertas capitanias de gentes por las ciudades del reyno con orden, que los que habian de ir á las ciudades que estaban mas lejos se partiesen antes que los otros que habian de ir á las demas, para que de esta manera todos llegasen en un dia á las suyas, y de una vez fuesen todas ocupadas sin saberlo ninguna de ellas antes, ni poderse ayudar las unas á las otras. Habíase declarado muy por extenso á los Centuriones la orden que habian de seguir en este viage, y lo que habian de hacer en las ciudades. Quando fueron llegados, luego á la mañana pusieron en un lugar público todo el oro y la plata que habia en cada pueblo, et á las quatro horas del dia se hizo señal, para que los soldados saqueasen las ciu-

dades. Cogiose tan gran presa en este saco que se distribuyeron á cada uno de los caballeros quatrocientos dineros, et á cada uno de los hombres de á pie docientos, et fueron presas ciento et cincuenta mil cabezas de personas. Esto hecho, luego abatieron los muros de las ciudades saqueadas. Estas ciudades fueron casi setenta. Vendiose el despojo de todas, et del dinero que se sacó se pagó lo que se debia á los soldados. Partido de aquel lugar el Consul llegó al mar de Orico, y por el camino notaba con atencion la continencia de sus soldados, los quales le parecia que no iban muy contentos, ni llevaban hartos sus ánimos, porque no habian gustado mas de los despojos de Macedonia, que si nunca hubieran hecho la guerra en aquel reyno. En Orico halló el Consul la parte del exército que habia enviado con Scipion Nasica, y con su hijo Quinto Máxîmo. A esta hora mandó que todo el exército se embarcase en las naos, y haciendo él lo mismo se partió con toda su gente para Italia. Pocos dias despues el Pretor Anicio convocó una junta de los otros Príncipes, y ciudades de los Epirotas, et de los Acarnanes. Alli mandó á los Príncipes que le siguiesen á Italia para donde reservaba el conocimiento de su causa. El estuvo alli esperando las naos en que habia ido el exército Macedónico, y quando fueron tornadas, él se embarcó con los suyos, y se pasaron á Italia. En el tiempo que estas cosas se hacian en Macedonia et en Epiro, los Embaxadores Romanos que eran enviados con Atalo, para fenecer la guerra que habia entre los Galos y el Rey Eumenes, llegaron á la provincia, y fue de tanto valor su presencia, y su embaxada, que se hicieron treguas por todo el invierno. Y asi los Galos se partieron para sus casas, et el Rey Eumenes se fue á invernar á la ciudad de Pergamo. Alli estuvo enfermo mucho tiempo de una enfermedad muy grave. El verano le hizo salir por fuerza de casa. Porque pasadas ya las treguas, eran llegados los

Galos hasta Synnada, quando Eumenes habia ya cogido por todas partes nuevo exército en la ciudad de Sardos. Visto, pues, que de nuevo se comenzaba la guerra entre los Galos y el Rey Eumenes, los Embaxadores Romanos, que estaban atentos por no perder ningunas ocasiones, se fueron hasta la ciudad de Synnada y alli hablaron con Solovecio, que era el Capitan del exército de los Galos. Con estos Embaxadores Romanos habia tambien venido Atalo; pero no les pareció buen acuerdo que él entrase en el real de los Galos, porque no se encendiesen mas los ánimos de los unos y de los otros, altercando de una parte y de otra con odiosas palabras. Publio Licinio habló particularmente con el Príncipe de los Galos, y á la fin afirmó que se habia hecho mas feroz con los ruegos de los Embaxadores Romanos, y decia que estaba maravillado de su pertinacia, y que era cosa digna de notar, que entre dos Reyes riquísimos y potentísimos, Antiocho y Ptolomeo, habian sido de tanto valor las palabras de los Embaxadores Romanos, que luego en oyendo el nombre del Senado y pueblo Romano se concertaron sus diferencias, y tuvieron por bien de hacer la paz, y que para con los Galos no habia aprovechado mas su embaxada, que si les rogara algun hombre particular y de poca estima.

CAPITULO XXXIV.

De como los Reyes presos se llegaron á Roma, y el Capitan Romano llego tambien con su armada y con todos los tesoros de Macedonia, y como por decreto del Senado le fue concedido el triunfo contra el qual se opuso Servio Galba.

Despues de esto fueron llevados á Roma los primeros los dos Reyes presos, Perseo y Gencio con sus hijos, y con buena guarda. Despues de ellos se llevó tambien toda la otra

multitud de hombres presos, que se habian tomado en la guerra. Y allende de estos todos los otros Macedonios, et Principes de Grecia, á los quales fue mandado que viniesen á Roma. Porque habian sido llamados muchos de ellos, no solamente los que entonces se hallaron presentes en sus ciudades de palabra, sino tambien por cartas los que á la sazon se estaban ausentes en las cortes de algunos Reyes, ó á otros negocios. El mismo Consul y Capitan Romano, Paulo Emilio, pocos dias despues entró dentro de la ciudad de Roma por el rio Tiber en una nao real de extremada grandeza, que era llevada contra la corriente del rio con diez et seis ordenes de remos, la qual iba muy adornada de los despojos del reyno de Macedonia, no solamente de armas muy ricas y excelentes, sino tambien de los tapices reales ingeniosa y ricamente texidos. Estaban de la una parte et de la otra las riberas del rio Tiber llenas de infinita multitud de gente, que acudia solamente por verle. Muy pocos dias despues llegaron tambien Ancio et Octavio con su armada. A estos tres Capitanes por decreto del Senado se les concedió el triunfo que habian por su virtud y hechos ilustres bien merecido. Mandó mas el Senado á Quinto Casio Pretor, que hablase con los Tribunos del pueblo, et ellos hiciesen por autoridad de los Padres con el pueblo, que en el mismo dia que estos Capitanes entrasen dentro de la ciudad triunfando, se les diese absoluto mando de todo el imperio. Es costumbre muy usada en el discurso de la vida humana que el mediano estado de las gentes es menos sujeto á envidia que el mas sublime y eminente. Porque la envidia siempre está puesta en asechanzas para perseguir al sumo grado, como aconteció en el caso presente. Porque nunca se puso ninguna duda en el triunfo de Anicio ni de Octavio; pero no le faltó que calumniar en el triunfo de Paulo, con el qual ninguno de los otros dos tuviera osadia de querer compararse. Habia gobernado el sabio Capi-

tan sus soldados en esta guerra de Macedonia conforme á la disciplina antigua. Quanto á los despojos et á la presa que habia hecho en los tesoros reales no habia permitido á los soldados que robasen tanto quanto ellos quisieran. Pues si hubiera querido satisfacer á su apetito desordenado, ninguna cosa le quedara, que pudiera poner en el tesoro público Romano. A esta causa todo el exército de Macedonia fuera damasiadamente negligente en el favor de su Capitan al tiempo que se hubiese de proponer al pueblo la ley, que por decreto del Senado se habia ordenado, tocante al imperio y triunfo que por su victoria al Consul se concedia. La causa de este alboroto y mala voluntad de los soldados era Servio Sulpicio Galba, que con odiosas razones encendia sus ánimos. Este Galba habia sido Tribuno Militar de la segunda legion en la guerra de Macedonia, et tenia particular odio con el Consul. A esta causa, movido de su propia envidia y de la gloria de su Capitan, queria impedir su triunfo, y procuraba con los soldados que ellos tambien se opusiesen, et á la fin todos hiciesen tanto que no le fuese del pueblo concedido. Andaba este Galba solicitando los soldados, principalmente los de su legion, para que viniesen á dar su voto en presencia del pueblo contra el triunfo del Consul. Movia sus ánimos con odiosas palabras diciendo, que de esta manera se vengarian todos de la soberbia de aquel su Capitan tan arrogante y maligno, si hiciesen tanto con sus votos que pudiesen deshacer la ley que se habia de proponer al pueblo tocante á su triunfo. Pues que él no les habia podido dar dineros, tampoco los soldados le podian dar la honra que esperaba. Y que no esperase coger fruto de alguna gracia, donde no habia echado simiente de ningunos merecimientos. Movidos, pues, los ánimos de los soldados con estas palabras, quando se juntaron todos en el Capitolio, Tiberio Sempronio, Tribuno del pueblo, propuso en presencia de toda la jun-

ta el decreto del Senado sobre el imperio y triunfo del Consul. Despues que se hubo propuesto en presencia del pueblo el decreto del Senado, solamente restaba que fuese aprobado con el voto de todos, en lo qual ninguno ponia duda. A esta hora se levantó de improviso Servio Galba, et demandó al Tribuno del pueblo, porque eran ya las ocho horas del dia, y no les quedaba harto tiempo para declarar, por qué causa los soldados no daban su voto para que triunfase Lucio Emilio, que se despidiese por entonces la multitud del pueblo, et se dilatase aquel juicio hasta el dia siguiente, et que de mañana comenzasen, porque tenia necesidad de un dia entero para tratar aquella causa. A esto respondió el Tribuno del pueblo, et le mandó expresamente que si tenia alguna cosa que decir, que la dixese luego en aquel dia, et que no esperase hasta el dia siguiente.

CAPITULO XXXV.

De lo que dixo Servio Galba contra el Capitan Romano, por las quales razones le parecia que no le habia de ser concedido el triunfo.

Entonces Galba comenzó á decir, et no cesó de hablar hasta que fue llegada la noche. Decia como todos los oficios de la guerra pasada habian sido muy ásperos y dificultosos, et que el Capitan les habia hecho padecer mayor trabajo, et ponerse á mayor peligro de lo que requeria la oportunidad del tiempo, y la calidad del negocio. Por el contrario, en los premios y honras, que con mucha razon se debian á los soldados por los trabajos pasados, se habia mostrado demasiadamente estrecho et apretado. Y que si el arte de la disciplina Militar puede constar et proceder á su curso ordinario, siendo gobernada por tales Capitanes, seria demasiadamente áspera et grave para los que

hacen la guerra, y la misma tambien seria para los vencedores pobre y deshonrada. Que los Macedonios vencidos gozaban demas próspera fortuna que los Romanos vencedores. Por tanto que si viniesen el dia siguiente todos á deshacer la ley propuesta que entenderian los hombres podorosos, que no estaba todo puesto en la mano del Capitan, sino que algo tambien quedaba para el juicio de los soldados. Incitados, pues, y movidos con estas palabras los ánimos de los hombres, el dia siguiente los soldados hinchieron de tanta multitud el Capitolio, que no quedó lugar para entrar ningun otro de los que habian de dar su voto. Fueron llamadas dentro del Capitolio las primeras Tribus, las quales por su voto deshicieron la ley del triunfo. A esta hora acudió al Capitolio con mucha priesa gran concurso de principales de la ciudad, los quales en presencia de todos daban voces diciendo ser una cosa injustísima y fuera de los límites de toda razon que el Consul Lucio Paulo, Capitan victorioso de una guerra tan grande y tan gloriosa fuese privado del triunfo que con muy justo título se le debia. Porque de esta manera ¿qué otra cosa se hacia en la república, sino hacer sujetos los gloriosos Capitanes á la licencia y avaricia de los soldados, y que contra este excelente varon todos pecaban con ambicion demasiada? Pues que se atreven los hombres abatidos á hacer estos desafueros, tambien se atreven á hacer á los soldados señores sobre sus Capitanes. Entonces se volvian todos contra Galba, y no habia ninguno que con palabras injuriosas públicamente no le denostase. A la fin apaciguado este alboroto, Marco Servilio, que habia sido Consul et maestro de caballeros, demandó á los Tribunos, que aquella causa se comenzase á tratar de nuevo, deshaciendo todo lo que en aquel alboroto se habia hecho contra ella, y que á él se le diese facultad para hablar en público delante del pueblo. Los Tribunos se apartaron para deliberar sobre aquel caso, y

despues de bien considerada la calidad del negocio, y la dignidad y autoridad de los Príncipes que en él semetian, fueron vencidos por la justa razon, et dixeron que de nuevo comenzarian á tratar aquel negocio, y que otra vez harian entrar en el Capitolio las mismas tribus Romanas para que diesen su voto, quando Marco Servilio, et los otros hombres particulares que querian hablar, hubiesen hablado. Entonces dixo Servilio en presencia del pueblo estas palabras.

CAPITULO XXXVI.

Del razonamiento que hizo Marco Servilio en favor del Consul Romano contra Servio Galba, et los soldados que se oponian contra su triunfo.

„Quan excelente y sabio Capitan haya sido, y sea Lucio „Emilio, Romanos, sino hubiese ningun otro argumento „para juzgarlo, este era por cierto muy bastante, que en „una guerra tan grave y peligrosa como la pasada, habien- „do tenido debaxo de su mando y gobierno tan livianos, y „tan sediciosos soldados, y tan noble, tan temerario, y tan „eloqüente enemigo para alborotar la multitud de las gentes, „no por esto tuvo en su exército ninguna sedicion y albo- „roto. Esta misma severidad de imperio que al presente abor- „recen, entonces los reprimió y conservó pacíficos en su ofi- „cio. Demanera que siendo gobernados en el real los solda- „dos conforme á la disciplina antigua, no hicieron cosa que „no debian, aunque ellos eran desordenados. Pues si Servio „Galba queria mostrarse en público y dar muestras de su elo- „qüencia acusando á Lucio Paulo, para hacer con mas hon- „ra, y con menos reprehension lo que queria, no debia im- „pedir el triunfo que era justísimamente debido, y aunque „no hubiera otra razon para aprobarle, era muy bastante es- „ta, que por autoridad et decreto del Senado era juzgado

„por justo; pero vinierale mas á cuenta el dia siguiente despues „de acabado el triunfo, quando Lucio Paulo fuera hombre „ particular, ó un poco despues, quando él comenzase la ad- „ministracion de su Magistrado, acusarle, y conforme á las „leyes de la república, si alguna cosa tuviese contra él, lla- „mar á juicio á su enemigo. De esta manera habria Lucio Pau- „lo el triunfo debido en premio de sus nobles hechos, et de „la gloriosa victoria que alcanzó en Macedonia, y habria „tambien en su tiempo la pena, si alguna cosa hubiese he- „cho indigna de la gloria de sus claras obras antiguas y nue- „vas. Pero declaró en este hecho Servio Galba, qual sea su „condicion. Pues que no habiendo ningun crimen de que po- „der acusar justamente á tan ilustre varon, quiso procurar „con calumnias obscurecer sus loores y noble fama. Ayer „demandó Galba un dia entero para acusar á Lucio Paulo, „et quatro horas que faltaban del dia consumió diciendo et „calumniando. ¿Qué hombre jamas hubo tan disoluto, los „crimenes de cuya vida entera, por muchos que sean, no „puedan ser dentro de tantas horas, y en tan luengo espa- „cio de tiempo recontados? Pero en todo este tiempo ¿qué „cosa propuso, que quiera ni deba negar Lucio Paulo, si vi- „niese á discutirse la causa? Venga, pues, algun hombre „eloqüente y de buen juicio y proponga dos razonamientos. „El uno de los soldados de Macedonia. El otro mas limpio, „y de mejor juicio que sea muy ageno de favor y de odio. „Sea juez todo el pueblo Romano, en cuya presencia sean „propuestas las acusaciones. ¿Qué es lo que dirias hallando- „te en tal oportunidad en presencia de los ciudadanos Ro- „manos, Servio Galba? Porque te hago saber que estas pala- „bras vulgares que piensas ser de algun valor, en tal caso „serian ningunas. ¿Qué otra cosa podrias decir contra tu Ca- „pitan, sino lo que antes has dicho? Estando el exército con- „gregado perseveraste luengo tiempo y con gran severidad, „sin darle reposo. Las velas y las escuchas se hacian con

„demasiada diligencia. Diste á los soldados mas trabajo de lo „que antes solias, quando eras Capitan del exército. En un „mismo dia anduviste camino, y cansados del camino lle- „vaste los soldados á las haces para dar la batalla. Quando „fueron todos vencedores, tampoco los dexaste tomar re- „poso, sino luego llevaste la gente en seguimiento de los „enemigos, que iban huyendo. Quando pensaban que los „habias de hacer ricos repartiendo entre ellos todos los des- „pojos del reyno de Macedonia, tú recoges los tesoros del „Rey para llevarlos en el triunfo, y despues ponerlos en „el tesoro público. Cosas por cierto de gran loor cuentas, „no de acusacion ninguna. Estas cosas asi como por ventura „valdrian algo para encender en odio et en ira los ánimos „de los soldados que juzgan no haberseles dado tanta liber- „tad quanta deseaba su desenfrenada licencia y desordenada „avaricia: de la misma manera serian deshechas y de ningun „valor si se dixesen en presencia del pueblo Romano, que „sabe juzgar con juicio claro la verdad, y tiene experien- „cia y exemplos asi antiguos como presentes de sus mayo- „res. No ignora por cierto el pueblo Romano quantos da- „ños ha recibido la república por la ambicion de sus Ca- „pitanes, y quantas victorias haya alcanzado y conservado „con la severidad y estrecho gobierno de su imperio. No es „necesario que el pueblo Romano nos represente todos los „exemplos antiguos de sus Capitanes. Bastanos que se le „acuerda muy bien de la guerra Africana pasada, y de la „diferencia grande que hubo entre Marco Minucio, maestro „de caballeros, y entre Quinto Fabio Maxîmo que fue „Dictador Romano. Y si esto es notorio entre los grandes „y pequeños del pueblo Romano, tambien lo sabe sin falta „el acusador, el qual si usara de buen juicio, facilmente „pudiera conocer ser su acusacion muy excusada, y mucho „mas excusada la defension de Paulo Emilio. Pasemos, pues, „mas adelante al otro razonamiento de los dos que dixe. Al

„presente no habló mas con el pueblo Romano, sino con
„vosotros soldados, si ya este nombre con que os llamo es
„de tanto valor, que os mueva á vergüenza y á empacho,
„como cierto debe, hacer tan grave injuria á vuestro Capi-
„tan, que siendo vosotros los que le habiades de defender, no
„han faltado algunos de vuestra compañia que se hayan atre-
„vido á querer violar la limpieza y gloria de su nombre.

CAPITULO XXXVII.

En el qual Marco Servilio prosigue su platica, y endereza sus palabras á los soldados, amonestándolos que reconozcan lo que deben á su Capitan, y que por su propia causa deben seguir el triunfo.

„Es verdad, soldados, que al presente me parece que ha-
„blo de otro ánimo con vosotros, hablando en presencia de
„todo el exército, muy diferente del ánimo que tinia poco
„antes quando mi razonamiento se dirigia á los oidos del
„pueblo. Qué es lo que quereis decir, soldados. ¿Hay por
„ventura alguna persona en Roma, salvo Perseo, que no
„quiera qne se haga solemne triunfo de los Macedonios? y si
„algunos hay ¿sereis vosotros de tan floxo ánimo que no le
„despedaceis con las mismas manos que vencisteis á los Mace-
„donios? No ignorais vosotros por cierto, que os estorbaria
„vencer, si pudiese, el que quiere estorbaros entrar en la
„ciudad de Roma triunfando de vuestra victoria. Estais en
„error muy grande, soldados. Si pensais que el triunfo de
„esta victoria solamente pertenece al Capitan, y no tambien
„es ornamento insigne de los soldados y del pueblo Romano.
„Sabed que este triunfo no solamente adorna la gloria de
„vuestro Capitan Paulo, sino tambien la vuestra, et de to-
„dos los Romanos. Tambien muchos otros Capitanes que no
„alcanzaron el triunfo del Senado, triunfaron en el monte

„Albano. No hay ningúno por cierto que pueda mas quitar „á Lucio Paulo el ornamento y título de haber acabado con „gloriosa victoria la guerra de Macedonia, que á Cayo Lu- „tacio la gloria de la primera guerra Africana, y á Publio „Cornelio Scipion la gloria de la segunda, de las quales vic- „torias con justo título triunfaron. Tambien podeis vosotros „considerar que á Lucio Paulo no le hará mayor ni menor Ca- „pitan el triunfo de esta victoria; pero toca esto mucho mas „á la fama y renombre de los soldados y de todo el pueblo „Romano. Lo primero porque en ningun tiempo ni lugar „pueda ser notado de tan grave crimen el pueblo Romano, „que se diga ser envidioso et ingrato contra sus Príncipes cla- „risimos. Y porque no parezca que esta gloriosa república „quiere imitar en vicio tan feo de ingratitud el exemplo de „los Athenienses que despedazaban et perseguian por en- „vidia á sus esforzados y valerosos Capitanes. Harto gra- „ve crimen de ingratitud cometieron nuestros antepasados „contra Camilo, al qual violaron y ofendieron gravemente „poco antes que él recobrase la ciudad del poder de los Ga- „los que la habian tomado. Allende de esto basteos el otro „grave y no menor crimen que cometisteis contra Publio Afri- „cano, que siendo el vencedor et domador de Africa, en Li- „terno tuvo su asiento y casa, y en Literno se muestra el „dia de hoy su sepultura. Pues si la gloria de Lucio Paulo „es igual con la de aquellos varones excelentes, avergonze- „monos en querer con manifiesta injuria quitarle el triunfo „que á sus ilustres hechos muy merecidamente se debe.

„Quitemos, pues, lo primero de nosotros esta infamia „tan grande, que será muy fea entre todas las otras nacio- „nes que la oyeron, et muy dañosa para la nuestra si la su- „friere. Porque si asi fuese ¿quién habria de aqui á delante „que quisiese ser semejante al Africano, ó á Paulo en una „república ingrata et enemiga de todos los buenos? Si en es- „te caso no hubiese ninguna infamia, et solamente se dis-

»putase sobre la gloria, ¿qué triunfo se hace en toda esta »república, cuya gloria no sea comun de todo el pueblo „Romano? ¿Tantos triunfos de los Galos, tantos de las Es- »pañas, tantos de Africanos et Cartagineses, cuyos quereis »que sean? Solamente de los Capitanes, ó del pueblo Ro- »mano? Asi como los triunfos que se han hecho no fueron »solamente de Pyrro ni de Anibal, sino tambien de los Epi- „rotas et de los Cartagineses, de la misma manera tambien „Marco Curcio et Publio Cornelio no son solos los que „triunfan, sino con ellos tambien el pueblo Romano. La „causa propia es de los soldados, los quales entran tam- »bien dentro de la ciudad coronados con hojas de laurel, »et cada uno de ellos va adornado con los premios in- »signes que se le han dado por su virtud, et de esta ma- »nera aumentan la gloria et fama del triunfo, y pasando »por medio de la ciudad van cantando los loores de su Ca- »pitan y los suyos. Si alguna vez se celebra en Roma algun »triunfo, et los soldados que se hallaron en la victoria no »son llamados de la provincia para que se hallen en él, in- »dignanse et alborotanse porque no son llamados, et aun »con todo esto estando ausentes piensan que ellos mismos »tambien triunfan, pues que con sus manos es alcanzada »la victoria.

CAPITULO XXXVIII.

En el qual Marco Servilio prosigue su platica, y prueba por el exemplo de los otros Capitanes, pues á ellos se concede el triunfo sin contradicion, que mucho mas le merece Paulo Emilio.

»Si alguno os preguntase, soldados, ¿para qué fin, ó á »qué próposito al presente os han traido en Italia, et no os »despidieron luego en Macedonia despues de acabada la guer-

„ra? ¿Para qué habeis venido á Roma debaxo de vuestras „banderas de la misma manera que estabades en Macedo- „nia? ¿Qué estais aqui esperando? ¿Por qué no se va ca- „da uno á su casa? ¿Qué otra cosa sabreis responder, sino „que estais esperando á que os vea toda la ciudad triunfan- „do? Por cierto que, pues, vosotros sois victoriosos con „mucha razon quereis que las gentes os vean triunfar de „vuestra victoria. No ha muchos años que se triunfó en „esta ciudad del Rey Filipo de Macedonia, padre de este „Perseo, et del Rey Antiocho de Asia. Entrambos quedaron „en sus reynos reynando, quando se triunfó de ellos en Ro- „ma. ¿Pues del Rey Perseo que está preso, et es traido con „sus hijos á Roma no se hará ningun triunfo? Si á caso acon- „teciese una cosa tan desaforada et fuera de razon en Roma, „que los otros Capitanes triunfasen, et entrasen en carros „triunfales adornados de oro y de purpura dentro del Capi- „tolio, y Lucio Paulo los viese estando como hombre par- „ticular en lugar mas baxo entre la otra multitud de la „gente, y les preguntase: Decidme, Lucio Anicio et Ceneo „Octavio, ¿pareceos que vosotros sois mas dignos del triunfo „que yo, y que merèceis esta gloria mejor que Lucio Pau- „lo? Yo fiador, que ellos mismos se abaxasen del carro „triunfal, y de pura vergüenza darian sus propias enseñas, „et su mismo lugar al Capitan Lucio Emilio. Decidme, „pues, Romanos, ¿quereis vosotros mas ver llevar en el „triunfo al Rey Gencio que al Rey Perseo? ¿et quereis mas „que se triunfe de una cosa acesoria que se aumentó á la „guerra, que de la propia et principal guerra? ¿Qué cosa „tan agena de toda razon seria ver que las legiones de „Ilyrico, y los soldados de la armada por mar adornados de „laurel en señal de victoria, entrasen dentro de la ciudad „con triunfo, et las legiones de Macedonia siendo injustamen- „te despojadas de su triunfo se estuviesen desde lexos miran- „do los agenos? Allende de esto ¿qué se hará de tantos te-

„soros y de tan ricos despojos? ¿Adónde se esconderán tan„tos millares de armas quitadas de los cuerpos de los enemi„gos? ¿Quereis que se tornen á enviar de nuevo á Mace„donia? ¿Qué se hará de tantas et tan excelentes enseñas y „ornamentos de oro, de plata, de marmol, de marfil, tablas „pintadas, et obras texidas? ¿Qué se hará de tanto tesoro „de dineros de oro et de plata monedada que es traida á Ita„lia? ¿Quereis por ventura que todas estas riquezasse pon„gan de noche secretamente en el tesoro público como cosas „hurtadas? ¿Qué haremos de aquella representacion magnifi„centísima que sobre todos los otros tesoros es de mayor estima? „Este Rey Perseo de Macedonia nobilisimo et riquisimo, que „tenemos en nuestro poder preso en qué lugar, ó de qué „manera se representará et pondrá delante de los ojos del „pueblo vencedor, que por su virtud ha alcanzado de él la „victoria? Muchos de los que vivimos, tenemos bien en la „memoria, quanto concurso de pueblo se juntó en esta ciu„dad quando fue preso el Rey Syphax de Numidia, que „solamente fue una pequeña parte que se allegó en favor de „los Cartagineses en la guerra Africana? ¿Pues el Rey Perseo „de Macedonia preso, et sus hijos Filipo et Alexando, tan „sublimes et gloriosos nombres se apartarán como robados de „los ojos de aquella ciudad que los ha conquistado? Toda „la ciudad, et todos los ojos de los hombres tambien desean „ver al mismo Lucio Paulo que ha sido dos veces Consul, „et al presente es domador et sojuzgador de Grecia entrar „por la ciudad en un carro triunfal con aquella dignidad et „pompa, que aun por confesion de los mismos enemigos se „debe justamente á sus meritos. Para este fin principalmente „le hicimos Consul, para que acabase con glorioso fin la „guerra que habia durado quatro años enteros con gran „afrenta et deshonra del nombre Romano. ¿Quando le cayó „por suerte la provincia, quando se partió de Roma para „administrarla, todos nosotros con interiores movimientos del

„ ánimo et con palabras claras le denunciamos la victoria, et
„ le destinamos el triunfo, et ahora que es tornado vence-
„ dor glorioso se le negaremos? ¡Qué ingratitud seria la vues-
„ tra, Romanos!

CAPITULO XXXIX.

En el qual Marco Servilio da fin á su plática, y prueba con evidentes razones que por causa de los Dioses, de la república, y de los mismos soldados debe ser concedido el triunfo bien merecido al Capitan Romano Lucio Paulo.

„ ¿No consideráis que queriendo negar el triunfo á este
„ victorioso Capitan, que tambien le merece, haceis injuria
„ no solamente á los hombres, sino tambien á los mismos
„ Dioses inmortales á quien tambien se debe? ¿No sabeis
„ que nuestros mayores quando querian emprender algu-
„ nos hechos arduos siempre comenzaban por la invocacion
„ de los Dioses, y el mismo fin en todas sus obras delan-
„ te de sus ojos propusieron? El Consul y el Pretor quando
„ se parten para sus provincias para hacer alguna guerra ador-
„ nados con sus vestiduras nobles, y con sus maceros delan-
„ te se van al Capitolio, et alli en presencia de los Dio-
„ ses inmortales celebran sus sacrificios, et ruegan de un mis-
„ mo ánimo á los Dioses que en aquella guerra, ó nego-
„ cio que comienzan quieran dar prósperos fines. De la mis-
„ ma manera quando el Consul, Pretor, ó Capitan Roma-
„ no viene de su provincia victorioso, torna otra vez al Ca-
„ pitolio, y entra en él triunfando para hacer garcias á los
„ Dioses inmortales por la victoria que le han dado, et en
„ el mismo lugar se consagran muchos dones de los ene-
„ migos en nombre del pueblo Romano. Una parte, no la
„ menor, sino antes la mayor del triunfo es los sacrificios

„ que se hacen en el Capitolio al principio et al fin de la „ guerra, para que sea notorio á todo el pueblo que el „ Capitan es tornado á Roma victorioso, et que hace por „ la victoria gracias á los Dioses inmortales. Deshaced, pues, „ ahora, y destruid con vuestras manos sacrílegas aquellos „ sagrados sacrificios que se han de llevar en el triunfo. „ ¿Aquel santo convite que se apareja despues de los sacri- „ ficios para el Senado, no en lugar particular, sino en „ público, no en lugar profano sino en sagrado, en el Capi- „ tolio, pensais por ventura que es ordenado para el de- „ leyte de los hombres, ó para la honra de los Dioses? „ ¿Sereis, pues, vosotros tales que por la autoridad de Ser- „ vio Galba, querais estorbar la honra de los Dioses, et „ las ceremonias sagradas de tanta importancia? Para el „ triunfo de Lucio Paulo se cerrarán las puertas, y el Rey „ de Macedonia, Perseo, con sus hijos, et toda la otra mul- „ titud de Príncipes presos, et los otros ricos despojos de „ los Macedonios se dexarán estar cerca del rio olvidados, „ et sin que de ellos se haga ninguna cuenta? ¿El Consul „ Lucio Paulo, como si fuese hombre particular et viniese „ de la aldea se habra de tornar de la puerta de la ciu- „ dad para su casa? Pues vosotros Centuriones, et vosotros „ soldados, tened mayor respeto á lo que el Senado ha por „ su decreto mandado que se haga tocante al triunfo del „ Capitan Lucio Paulo, que no á lo que Servio Galba de „ suyo inventa. Y tened mas respeto á esto que yo digo „ con mucha razon et justicia, que no á lo que él dice sin „ causa ni verdad. Porque él no sabe otra cosa, ni ha apren- „ dido otra cosa que hablar, et hablar maldiciente et maligna- „ mente; pero yo he aprendido desde luengos tiempos á ha- „ blar et obrar. Veinte y tres veces he peleado con los ene- „ migos, siendo de ellos provocado. De todos los hombres „ con quien me he combatido, he tambien ganado et traido „ conmigo sus despojos. Mi cuerpo está notado en diversos

„ lugares de diversas et muy honestas llagas que he reci„ bido peleando por la república." A esta sazon se dice que descubrió su cuerpo, et mostró sus llagas, recontando qual de ellas en qual guerra habia recibido. Estando, pues, mostrando las señales de sus heridas, dicen que á caso descubrió alguna parte de su cuerpo que habia de ser cubierta, et que fue vista una hinchazon muy grande que tenia en la ingle, por cuya ocasión se comenzaron á reir algunos que estaban cerca de él. Quando esto él consideró, dixo luego con grande ánimo: „ Aun esto mismo de que os reis „ me ha venido de estar noches y dias armado sobre mi ca„ ballo, et no me avergüenzo mas de ello que de las mis„ mas llagas que os muestro, pues que lo uno y lo otro „ me ha venido en servicio de la república, y este mismo „ inconveniente que habeis visto nunca me estorbó de em„ plearme animosamente en el beneficio y servicio de la re„ pública. Yo os he mostrado mi cuerpo, soldado viejo, á „ vosotros mancebos, herido con hierro en muchos lugares „ con llagas honestísimas recibidas por mi patria. Ahora de„ cid á Galba que os muestre su cuerpo todo sano y muy „ delicado. Vosotros, pues, Tribunos, tornad á congregar „ de nuevo las Tribus, y dénse otra vez los votos. Yo, ó „ soldados, os seguiré quando vayais á votar, y señalaré los „ malos y desagradecidos, y á aquellos que no tienen por bue„ no ser regidos por el General, sino que él de buena gana se „ humille á ellos por ambicion." Los soldados reprehendidos de esta manera mudaron de parecer; de suerte que las Tribus fueron otra vez llamadas para votar, y todas, sin quedar ninguna, mandaron que triunfase. Pues Paulo habiendo vencido la malevolencia y murmuracion de los enemigos, triunfó de Perseo y de los Macedonios por tres dias, que fueron el veinte y ocho, veinte y nueve y treinta de Noviembre.

Este triunfo fue el mas magnífico de los pasados, ya

se mire á la grandeza del Rey vencido, ya la hermosura de las imágenes, ya la cantidad del dinero. El pueblo vestido de togas blancas lo vió desde unos tablados á manera de teatros, los quales habia levantado en la plaza y otros lugares por donde habia de pasar. Todos los templos estaban abiertos y coronados de guirnaldas, et con el incienso que se quemaba humeaban. Los Lictores y Alabarderos desembarazaban anchamente las calles, apartando la muchedumbre que se amontonaba temerariamente, y discurria por todas partes. Aunque la pompa del triufo se repartió en tres dias, como se ha dicho, el primero apenas bastó para que pasasen las estatuas y pinturas cautivas, las quales iban en doscientos y cincuenta carros. El otro dia pasó en muchos carros lo mas hermoso y lo mas preciado de las armas Macedónicas, asimismo resplandecientes, como si recientemente hubiesen sido bruñidas, et que hacian una vista maravillosa por lo mismo que iban amontonadas et confundidas, no que dispuestas con arte: los escudos mezclados con los morriones, las cotas con las peltas Cretenses, et las cetras Thracias, et las aljabas con los frenos de los caballos, y las espadas desembaynadas amenazando con sus puntas sacadas de todas partes, et las Larisas que sobresalian á los lados. Pues si quando pasaban unas con otras se tocaban, hacian cierto sonido marcial y terrible, que aun asi no podian ser vistas sin algun horror de los corazones. Tambien iban setecientos y cincuenta vasos llenos de plata marcada, llevados por tres mil hombres. Otros llevaban vasos de diferentes formas, dispuestos con muy buena orden, et dignos de verse tanto por su grandeza et peso, como por la hermosura de los relieves.

El tercero dia muy de mañana comenzó á pasar el exército precedidos de trompetas que iban tocando una música de guerra como si fuesen á pelear: detras iban ciento y veinte bueyes de cuernos dorados, con bandas y fa-

ras. Eran llevados por unos jóvenes ceñidos con faxas de un trabajo muy exquisito, á los quales acompañaban niños que conducian las tazas de oro y plata para el sacrificio. Seguian los que llevaban la plata labrada en sesenta y siete vasos, en cada uno de los quales habia tres talentos. Tambien se veia una taza sagrada que pesaba diez talentos de oro, engastada en piedras preciosas, que Paulo la habia mandado hacer. Iba luego la carroza de Perseo cargada de sus armas, et corona. Seguia la muchedumbre de cautivos: Bitis hijo del Rey Cotys, que por su padre habia sido enviado en rehenes á Macedonia, é despues cogido por los Romanos; et los hijos de Perseo con sus ayos y maestros, los quales con lágrimas que movian á lástima extendian las manos hácia los expectadores, et enseñaban á los muchachos como habian de implorar humildemente la misericordia del pueblo vencedor. Eran dos los hijos, y una hija, los quales tanto mas excitaban la compasion de quien los veia, quanto por su edad no podian conocer su desgracia. E por esto muchos no pudieron contener las lágrimas, et todos quedaron suspendidos de cierto pesar que no les dexó gozar la alegria pura, mientras tanto que los muchachos estuvieron á la vista. Luego despues de los hijos iba Perseo con su muger, cubierto con una vestidura negra, et zapatos á la manera de los Griegos. Estaba como pasmado y atónito; et tal que pareció que la gravedad de sus males le habia quitado en un todo el juicio. Seguia la muchedumbre de amigos et domésticos, los quales gran dolor manifestaban en su semblante, et en las lágrimas que derramaban mirándole continuamente, bien daban á entender que sentian los males del Rey olvidados de los suyos. Perseo habia enviado á rogar á Emilio que no le hiciese esta afrenta de ser llevado en triunfo, el qual burlándose de su pusilanimidad respondió: eso en su poder y albedrio estuvo antes, y ahora está de presente, avisándo-

le tácitamente que con muerte gloriosa evitase la deshonra que temia. Mas por ventura su ánimo muelle no le dexó tomar el consejo, ni sabemos qué esperanza haya tenido para querer mas hacerse él mismo parte de la presa. Venian á la postre quatrocientas coronas de oro, las quales casi todas las ciudades de Grecia y Asia habian regalado á Paulo por Legados por el parabien de la victoria. Estas coronas eran ciertamente de grande precio miradas por sí solas, mas eran poca cosa para las inmensas riquezas que fueron en este triunfo.

CAPITULO XL.

De como fueron convencidos los Tribunos y todo el pueblo por el razonamiento de Marco Servilio, y como de comun opinion de todos fue otorgado el triunfo al Capitan Paulo Emilio, y del triunfo que se hizo.

Despues de acabado este razonamiento quedaron convencidos enteramente los soldados y el pueblo, y de tal manera se movieron sus ánimos que luego conocieron el yerro que habian hecho en dar oidos á Servio Galba, et en negar el triunfo á tal Capitan que merecia ser de todos acatado. Y asi se congregaron de nuevo las Tribus, et de comun opinion se le concedió el triunfo que con mucha razon se le debia, el qual fue magnificentísimo. Lleváronse en este triunfo muchas cosas muy ricas et de admiracion grande, et tanta cantidad de oro y de plata de los dineros que el Rey tenia atesorados, que dicen llegó la suma hasta el valor de doscientos mil sextercios de oro, segun escribe Valerio Antias. Aunque esta suma sin duda ninguna fue mayor, segun se puede juzgar por el número de los carros et por el peso de oro et plata que el mismo Autor escribe que se llevaron. Otro tanto como esto fue consumido en

la guerra pasada, y destruido quando se huyó el Rey á Samothracia, segun escriben los Autores. Y lo que mas de maravillar es, que esta cantidad de dinero tan grande se habia cogido dentro de treinta años despues de la guerra que hizo el Rey Filipo con los Romanos, parte de las rentas de los metales, et parte de otras alcabalas del Reyno. Demanera que el Rey Filipo era muy pobre de dineros quando comenzó á hacer la guerra contra los Romanos, et por el contrario Perseo era riquísimo quando emprendió esta postrera guerra. A la fin entraba el postrero el mismo Capitan Paulo Emilio en un carro triunfal con mucha magnificencia. Àdornaban mucho la gravedad del Capitan dos ornamentos excelentísimos y dignos de veneracion muy grande; el unó era la dignidad de todo su cuerpo, y el otro la magestad de su senectud, los quales á todos los que le miraban parecian admirables. Despues del carro entre otros ilustres y excelentes varones que le seguian, iban tambien sus dos hijos Quinto Máximo y Publio Scipion. Tras estos seguian todas las compañias de los caballeros, y despues las esquadras de la gente de á pie, todos muy en orden puestos acompañando y honrando con su presencia á su Capitan, y dando exemplo á los que los miraban, que quisiesen hacer en semejante caso lo mismo. A cada uno de los soldados de á pie fueron dados cien dineros, á los Centuriones doblado, á los caballeros tresdoblado. Dícese que habia determinado el Capitan de hacer dar á los soldados doblado de lo que les dieron, et por el consiguiente á los otros, sino hubieran reclamado al principio contra su triunfo, ó si dieran muestras de alegria y agradecimiento, levantando en alto sus voces como se acostumbra, quando les dieron la dicha suma. Pero lo que sobre todo adornó y puso admiracion á las gentes de este triunfo, fue el Rey Perseo que iba delante del carro del Capitan atado con cadenas por toda la ciundad á la vista de las gentes. Aunque podemos tambien decir que no sola-

mente Perseo en este triunfo dió exemplo muy notable á los hombres de los casos humanos, sino tambien el mismo Capitan Romano, Paulo Emilio. Porque Perseo iba vencido y atado con cadenas delante del carro del Capitan como si le llevaran á la vergüenza por toda la ciudad de Roma. Y el Capitan iba en un carro triunfal muy glorioso con ornamentos de oro y púrpura resplandecientes, como vencedor de aquel poderoso Rey que llevaba delante. Mas con todo esto habia perdido pocos dias antes dos hijos que le entristecieron mucho el gozo del triunfo, porque no haya ningun placer y alegria que sea perfecto en toda la vida humana. Tenia el Consul Paulo en su casa dos hijos, habiendo dado otros dos en adopcion, los quales solos le quedaban herederos de su familia et de su nombre. El uno era de diez años, et el otro de catorce. El de menor edad murió cinco dias antes del triunfo, et el mayor tres dias despues que él habia triunfado. Estos fuera razon que fueran llevados en el carro triunfal con el padre con mucha pompa asi por alegrar mas con su presencia el corazon del noble padre viejo, como por predestinar para sí mismos semejantes triunfos ganados por su virtud, quando fuesen de cumplida edad. Si la fortuna enemiga de la prosperidad de los buenos no tuviera envidia de su felicidad, et antes de tiempo no se los quitara delante de sus ojos. Pero sufrió con gran moderacion et constancia la muerte de los hijos el valeroso padre, y pocos dias despues Marco Antonio, Tribuno del pueblo, por su causa hizo congregar toda la multitud dél pueblo para que en presencia de todos el Capitan recontase las obras notables que habia hecho, como lo tenian de costubre los otros Capitanes Romanos, cuyo razonamiento fue memorable et digno de un valeroso Príncipe Romano.

CAPITULO XLI.

Del razonamiento que hizo el Capitan Lucio Paulo en presencia del pueblo Romano, en el qual compara la fortuna particular de su casa con la prosperidad pública del pueblo Romano.

„ Aunque me tengo por cierto que no ignorais, vosotros „ Romanos, con quanta prosperidad yo haya administrado „ los negocios de la república durante el tiempo de mi go- „ bernacion, et como dos rayos del cielo, enviados por la „ providencia de los Dioses, estos dias pasados hayan toca- „ do mi casa, pues que os hallasteis presentes á mi triunfo, y „ al enterramiento de mis dos hijos; pero no obstante esto „ yo os ruego que por vuestra virtud me oigais con paciencia „ comparar en pocas palabras, y con el ánimo que debo mi „ fortuna particular con la prosperidad pública del pueblo Ro- „ mano. Partido de Italia, me hize á la vela con todas mis naos „ de armada á Brundusio un dia de mañana despues de sa- „ lido el Sol. A las nueve horas pasadas del dia con todas „ mis naos llegue á Corcyra. De alli al quinto dia llegue á „ la isla de Delfos. En este lugar en el templo de Apolo ce- „ lebré solemnes sacrificios, et rogué á Dios por mí, et por „ la salud y prosperidad de todo mi exército. Partido de „ Delfos al quinto dia llegué á Macedonia al lugar donde „ estaba asentado el real de los Romanos. Alli tomé á mi „ cargo el exército, et reformando en él algunas cosas que „ eran necesarias y estorbaban mucho para alcanzar la victo- „ ria, porque el real de los enemigos estaba asentado en lu- „ gar inexpugnable, et por ninguna via podria ser constriñi- „ do el Rey á dar la batalla, pasé por enmedio de sus guar- „ niciones el monte, y llegué en salvo con mi exército al „ lugar que es llamado Petra. Poco tiempo despues forzé al „ Rey á salir al campo, et le vencí en batalla campal, y le

„ [illegible]se en huida á él con todo su exército. Despues de esto „ tomé la posesion de todo el reyno de Macedonia, y le puse „ absolutamente debaxo del Señorio y mando del imperio Ro- „ mano. Y toda está guerra que habian administrado quatro „ años enteros antes de mí otros Cónsules, et de tal manera „ que siempre la dexaban á su succesor mas grave et peli- „ grosa que la habian recibido, yo la acabé toda dentro de „ quince dias. Despues se siguió tras esta victoria un mar „ de prósperas fortunas. Las ciudades de Macedonia se me- „ dieron todas: entregóse en mi poder todo el tesoro del Rey „ Perseo, y poniendo los mismos Dioses en mis manos al „ Rey con sus hijos fueron presos en el templo de Samothra- „ cia. A mí mismo me parecia ya que mi fortuna era dema- „ siadamente próspera y grande, y á esta causa comenzaba „ á tenerla por sospechosa y poco durable. Comenzé á tener „ temor, lo primero de los peligros del mar al tiempo que „ habia de pasar á Italia, y traer conmigo en las naos los „ tesoros del Rey, et los ricos despojos del reyno con mi „ exército victorioso y elevado. Despues que llegué á Ita- „ lia con próspero viento, salvas y seguras todas las cosas, y „ las gentes que conmigo traia, ninguna otra cosa me resta- „ ba, pues que es la costumbre de todo el curso de la „ vida humana, que quando la fortuna llega al sumo grado de „ la felicidad no queda firme en tal estado, y facilmente tor- „ na su rueda, sino rogar á los Dioses inmortales quisiesen usar „ conmigo de tal clemencia que esta mudanza de fortuna la „ sintiese antes mi propia casa en particular, que toda la re- „ pública en general. Tengome por cierto que fueron admiti- „ das en los oidos divinos mis oraciones, y espero será ya li- „ bre et segura la fortuna pública, con este desastre tan gran- „ de particular que ha venido por mi casa. Pues que mi „ triunfo fue entrepuesto, como exemplo inconstante et varia- „ ble de los casos humanos en medio de la muerte de mis dos „ hijos. Y pues en mí y en Perseo habeis contemplado dos

„ exemplos insignes y notables de la suerte y condicion de „ los hombres mortales, considerad al presente que Perseo iba „ preso, y llevaba delante de sí á sus dos hijos tambien pre- „ sos, pero vivos et sanos, yo que de ellos triunfé, sali del „ Capitolio en el carro triunfal habiendo enterrado al uno de „ mis hijos, y dexando al otro que ya casi espiraba. Y de „ tanta multitud de hijos que la benignidad inmensa de Dios „ me habia dado, no me queda ya ninguno que conserve el „ nombre y apellido de Lucio Emilio Paulo. Porque dos que „ dí en adopcion repartiendolos con otros como de una fami- „ lia y generacion muy copiosa et abundante, ya están enxe- „ ridos en otras dos familias nobilísimas et antiquísimas de Ro- „ ma de los Cornelios y de los Fabios cuyos nombres repre- „ sentan. Demanera que en la casa de Paulo no queda ya otra „ persona que él mismo solo; pero este desastre de mi casa con „ la felicidad y próspera fortuna pública del pueblo Romano „ se consuela et se recrea."

CAPITULO XLII.

Del triunfo que hizo Ceneo Octavio de la armada, y de los Embaxadores de Thracia que vinieron á Roma, y de la respuesta que les dió el Senado, y les entregó libremente sus rehenes.

Estas palabras dichas con tanto ánimo, mucho mas convencieron y confundieron los ánimos de los oyentes, que si con grandes lamentaciones se hubiera lamentado por causa de su desdicha. Ceneo Octavio en el primer dia del mes de Diciembre triunfó tambien de la armada del Rey Perseo. Este triunfo fue sin presos y sin despojos. Dió á los compañeros soldados de las naos setenta y cinco dineros á cada uno: á los Gobernadores que habian estado en las naos doblado: á los maestros de las naos quatrodoblado. Despues de esto se juntó el Senado para consultar sobre lo

que se debia hacer en los negocios presentes. Ordenaron los Padres, que Quinto Casio tuviese cargo de guardar al Rey Perseo y á su hijo Alexandro, y que se fuese con ellos á la ciudad de Alba, y llevasen consigo los dineros, la plata y las demas cosas que tenian. Tambien el hijo del Rey de los Thraces, Bitis, con los rehenes que con él estaban en poder de los Romanos fueron enviados á Carseolos, para que alli fuesen guardados. Los otros presos de Macedonia, que habian sido llevados en el triunfo, mandó el Senado que fuesen puestos en la carcel. Pocos dias despues que estas cosas fueron hechas vinieron á Roma los Embaxadores del Rey Cotys de los Thraces, los quales traian consigo dineros para rescatar á su hijo, y á los otros rehenes que estaban en poder de los Romanos. Estos Embaxadores fueron admitidos en el Senado, y quando se vieron en presencia de los Padres procuraron con palabras persuadir lo que deseaban. Que el Rey Cotys de los Thraces contra su voluntad habia ayudado al Rey Perseo, por cuya ocasion habia sido forzado á dar rehenes. Por tanto que rogaban humildemente á los Padres que tuviesen por bien que los tales rehenes fuesen rescatados, et que demandasen por su rescate tanto dinero quanto ellos quisiesen. Fuéles respondido por autoridad del Senado: que al pueblo Romano se le acordaba muy bien de la amistad que habia antes tenido con el Rey Cotys, y muchos tiempos antes con sus antepasados, et con la gente de los Thraces. Que los rehenes que habian dado eran en efecto de verdad su propio crimen, y no la defensa de su crimen, pues que era notorio que la gente Thraciana no habia causa para que pudiera haber temor del Rey Perseo, aun quando estuviera quedo y reposado, y mucho menos estando ocupado en la guerra contra los Romanos. Pero aunque sea verdad que el Rey Cotys haya hecho mas estima de la gracia del Rey Perseo que de la amistad del pueblo Romano, todavia el Senado tendria mas respeto á hacer lo que era digno de sí

mismo y de su acostumbrada clemencia, que no á lo que se podria hacer conforme á sus méritos. Por tanto que les restituirian á su hijo y á sus compañeros que están con él puestos en rehenes. Y que le hacian saber que los beneficios que solian hacer los Romanos eran hechos de su propia liberalidad et gracia, y no comprados por dineros. Demanera que el precio que ofrecian por el rescate, querian mas dexarle puesto en los ánimos de los que recibian el beneficio, que tomarle en dineros de contado. Fueron nombrados por Embaxadores Tito Quincio Flaminio, Cayo Licinio Nerva, Marco Caminio Rebilo, para que llevasen estos rehenes á Thracia, y á los Embaxadores Thracianos se les dieron los dones que se acostumbraban dar á los otros Embaxadores, dos mil dineros de metal á cada uno. Bitis con los otros rehenes fueron llevados de Caseolos á Roma, y de alli los enviaron con los Embaxadores Romanos á su padre. Las naos reales que se habian tomado de los Macedonios porque eran de una grandeza no acostumbrada las sacaron en tierra, y fueron puestas en el campo Marcio.

CAPITULO XLIII.

De como triunfó Lucio Anicio del Rey Gencio de los Ilyrios, de su muger, hijos, y hermano, y de la diferencia que hubo entre este triunfo, y el otro pasado del Consul.

Estando aun representada no solamente en los ánimos de los hombres, sino casi tambien en los ojos la memoria del triunfo de Macedonia, Lucio Anicio triunfó tambien del Rey Gencio y de los Ilyrios en las fiestas que llamaban Quirinales, en honor del primer fundador de Roma, Romulo. Todas las cosas de este triunfo parecieron á los hombres mas semejantes que iguales á las del otro triunfo de Macedonia. Demanera que comparadas las unas con las otras todas se hallarán menores, aunque sean en algo semejantes. Menor era

la persona del mismo Capitan Anicio, que Paulo, asi en nobleza de linage como en el valor de su persona. Menor era en el oficio. Porque Anicio era Pretor, y Emilio Consul. Tampoco Gencio podia ser con el Rey Perseo comparado. No los Ilyrios con los Macedonios, no los unos despojos con los otros, no los dineros de Ilyrico con los de Macedonia, ni tampoco podian ser comparados los dones del uno con los dones del otro. De suerte que aunque la magnificencia y riqueza del otro triunfo en todo y por todo era muy mayor, todavia contemplando este triunfo por sí sin el otro, era loable y no merecia ser menospreciado. Dentro de pocos dias habia conquistado y sojuzgado este Capitan una nacion de gente muy feroz y soberbia, que no estimaba en nada á las otras gentes confiando en el esfuerzo de sus personas, y en la fortaleza y municion de muchos lugares fuertes que tenian bien fortalecidos. Tomó presos al mismo Rey y á toda la generacion y parentesco del Rey. Llevó en el triunfo muchas enseñas militares, y otras muchas cosas, el aparato real, et todos sus tesoros. Veinte y siete libras de oro, et diez y nueve libras de plata, trecientos mil dineros de moneda forjada, ciento y veinte mil de plata de Ilyrico. Delante del carro triunfal del Capitan, iban el mismo Rey Gencio con su muger y sus hijos, y Caravancio hermano del Rey, y otras nobles personas de los Ilyrios. De la presa que se habia hecho en la conquista de aquel reyno se distribuyeron á los soldados quarenta y cinco dineros á cada uno, á los Centuriones doblado, et á los caballeros tresdoblado. A los aliados del nombre Latino dió tanto quanto á los ciudadanos Romanos, et á los compañeros de las naos dió tanto como á los soldados. Todos los soldados siguieron en este triunfo muy alegres á su Capitan, et celebraban sus loores cantando muchos versos victoriosos. Escribe Valerio Antias, que de aquella presa de Ilyrico se hicieron docientos sextercios, allende del oro et de la plata que fue puesto en el tesoro público, et

porque no parece verisimil haberse allegado esta suma en aquellos lugares, quise nombrar el Autor que lo escribe. El Rey Gencio con su muger, sus hijos y su hermano fueron llevados á Spoleto por mandamiento y decreto del Senado, para que alli se guardasen. Los otros presos quedaron en Roma, y se pusieron en la carcel. Los Spoletanos rehusaron la guarda de estos Reyes, et á esta causa fueron llevados de Spoleto á Iguvio, para que en aquel lugar estuviesen puestos en guarda. Lo demas que restaba de la presa y despojos de Ilyrico eran ciento et veinte fustas pequeñas, que son llamados navichuelos. Estas fustas por decreto del Senado las tomó Quinto Casio, y las distribuyó entre los Corcyreos, Apoloniates y Dirrachinios. Los Cónsules de aquel año solamente talaron et destruyeron los campos de los Lygures, et porque los enemigos nunca quisieron sacar al campo su exército, no hicieron cosa memorable, et asi quando fue llegado su tiempo, se tornaron á Roma para elegir nuevos Magistrados.

CAPITULO XLIV.

De las juntas Consulares que se hicieron en Roma, de los Cónsules y Pretores que se eligieron, y de como vino á Roma el Rey Prusias de Bitinia con su hijo Nicomedes, et de lo que propuso en el Senado, y le fue respondido.

En el dia primero de las juntas generales eligieron por Cónsules á Marco Claudio Marcelo y á Cayo Sulpicio Galo. El dia siguiente eligieron Pretores, á Lucio Julio, Lucio Apuleyo Saturnio, Aulo Licinio Nerva, Publio Rutilio Calvo, Publio Quintilio Varo, y á Marco Fonteyo. A estos Pretores fueron atribuidas las dos provincias de España, et tambien las provincias de Sicilia y de Cerdeña. En aquel año hubo bisiesto. En el dia siguiente despues del bisiesto se celebraron en Roma las fiestas que eran llamadas Termina-

les. En este año murió Cayo Cludio, que era Sacerdote del Colegio de los que llamaban Augures. En su lugar eligieron los Sacerdotes del mismo Colegio á Tito Quincio Flaminio. Tambien murio en aquel año el Sacerdote de Quirino, Marco Fabio Pictor. En este mismo año el Rey Prusias de Bitinia vino á Roma con su hijo Nicomedes. Este Rey entró dentro de la ciudad acompañado de mucha gente que con él venia, y entró con él desde la puerta hasta la plaza et el tribunal el Pretor Quinto Casio para acompañarle y guiarle. Quando andaba por las calles de Roma hízose gran concurso de gente de personas que venian á verle, et él decia que era venido á Roma para visitar y saludar á los Dioses que en aquella ciudad moraban, et al Senado et pueblo Romano; et que venia tambien para congratularles la victoria que habian habido contra los Reyes Perseo, y Gencio, y porque despues de conquistados y sojuzgados los Macedonios, y los Ilirios habian aumentado su imperio con los reynos de Ilirico, y de Macedonia. A esta sazon le preguntó el Pretor, que si queria en aquel mismo dia le llevaria al Senado en presencia de los Padres y Senadores. Suplicó que le dexasen primero recrearse dos dias, para que en este medio pudiese visitar los templos de los Dioses, los huéspedes y los amigos. Diéronle á Lucio Cornelio Scipion, que era Tesorero, para que le llevase por la ciudad, y le mostrase todo lo que quisiese. A este mismo tambien habian enviado antes á Capua para que alli le recibiese en nombre del Senado y pueblo Romano, y luego se aparejaron en la ciudad casas muy honradas y bien aderezadas donde se aposentase el Rey et su hijo, y todas las gentes que los acompañaban. Al tercero dia despues que llegó á Roma entró en el Senado, y congratuló á los Padres la victoria de los Reyes, y el aumento de su imperio. Tambien recontó lo que él habia hecho en aquella guerra en servicio de los Romanos. Rogó mas á los Padres que

le diesen facultad de cumplir un voto que habia hecho. Porque habia prometido celebrar en el Capitolio diez sacrificios mayores, y en Preneste uno en el tiemplo de la Fortuna; habia hecho este voto por la victoria del pueblo Romano. Allende de esto rogo al Senado, que tuviesen por bien los Padres de renovar la amistad antigua que con él tenian, y que se le diesen ciertas posesiones de tierra que habian sido tomadas del Rey Antiocho, y que á ninguno antes las habia dado el pueblo Romano, et en aquella sazon eran poseidas de los Galos. A la fin rogó tambien al Senado que tuviese por encomendado á su hijo Nicomedes. A este Rey favorecian todos los Capitanes que habian estado en Macedonia; y asi le fue concedido todo lo que habia demandado. Pero tocante á las tierras y posesiones, que demandaban, que se enviarian Embaxadores para ver lo que era, et que si fuesen tierras del pueblo Romano que á ninguno fuesen dadas, porque el Senado juzgaria al Rey Prusias dignísimo de que se le atribuyesen. Pero que si aquellas tierras no habian sido tomadas del Rey Antiocho, por la misma causa tampoco serian del pueblo Romano. Y que si por ventura eran dadas á los Galos que las poseian, que perdonase Prusias al Senado, pues que no podia dar una misma cosa dos veces y á diversas personas, ni tampoco era honesto que al Rey Prusias se diesen dones con injuria de otros, los quales no podrian ser durables, ni tampoco serian gratos á quien fuesen dados, pues que sabe que presto le serian quitados. Quanto á los ruegos por su hijo Nicomedes facilmente lo admitió el Senado, y respondió que le tendria por encomendado. Y con quanto cuidado et diligencia suela defender y honrar el pueblo Romano á los hijos de los Reyes sus aliados, lo podria juzgar por el testimonio manifiesto del Rey de Egypto Ptolomeo. Con esta respuesta fue despedido muy alegremente el Rey Prusias. Hiciéronsele en nombre del Sena-

muy ricos presentes de gran cantidad de sextercios y de vasos de plata de peso hasta cincuenta libras. Y al hijo del Rey Prusias, Nicomedes, mandó el Senado que se le diesen tales y tantos dones, quantos se habian dado á Masgaba hijo del Rey Masinisa. Allende de esto ordenó el Senado que se le diesen al Rey del tesoro público todos los sacrificios que quisiese celebrar, asi en Roma como en Preneste, de la misma manera que se acostumbraban á dar á los Magistrados Romanos. Mandó mas el Senado, que de la armada que estaba en Brundusio se le asignasen veinte naos luengas que le llevasen con toda su compañia hasta que llegase el Rey á la flota entera de naos que se le habia dado emprestada, y á Lucio Cornelio Scipion dieron cargo que no se partiese del Rey hasta que fuese embarcado, y que por todas las partes que fuese le diesen provision muy abundante para sí y para los suyos de todas las cosas necesarias, á cuenta del pueblo Romano. Partióse muy alegre el Rey por aquella liberalidad que con él habia usado el pueblo Romano. Dicen que los presentes que se le hicieron no los admitió, et que mandó á su hijo que tomase los dones que le daba el pueblo Romano. Esto es lo que escriben nuestros Escritores del Rey Prusias. Pero Polibio escribe claramente que este Rey Prusias fue indigno de la magestad de tan ilustre nombre. Dice que solia recibir á los Embaxadores la cabeza raida, y con un sombrero puesto en ella, y que solia llamarse libertado del pueblo Romano, y que á esta causa traia las enseñas de su orden. Dicen tambien que quando vino á Roma y entró en el Senado se humilló y besó el umbral de la puerta, et que llamó á los Senadores Dioses conservadores suyos, y otras palabras á estas semejantes, que no fueron tan honrosas para los que las oian, quanto deshonestas y feas para el que las decia. Despues que hubo gastado treinta dias en Roma y en los contornos de la ciudad se tornó á su reyno.

INDICE

DE LOS CINCO LIBROS DE LA QUINTA DECADA de Tito Livio de la guerra Macedónica.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

LIBRO QUARTO.

LIBRO QUINTO.

